

DAVID FARLAND

LOS SEÑORES DE LAS RUNAS  
TOMO II

*La hermandad  
del Lobo*



Lectulandia

Gaborn ha logrado expulsar a Raj Ahten, pero este no ha sido vencido ni mucho menos. Atacando ciudades y fortalezas apartadas y matando consagrados, Ahten intenta atraer la atención del rey de la Tierra para que deje su trono y así aplastarlo.

Sin embargo, mientras uno y otro debilitan a sus tropas en combate, los ejércitos de un antiguo e implacable enemigo emergen de las mismísimas entrañas de la tierra.

«Algunas sagas de fantasía son reconocidas de inmediato como obras de arte, como las de George R. R. Martin, Robert Jordan y Terry Goodkind. Añadan a David Farland y su serie épica *Los señores de las runas*».

**Lectulandia**

David Farland

# **La hermandad del lobo**

**Los señores de las runas 02**

ePub r1.1

Titivillus 16.08.15

Título original: *Brotherhood of the Wolf*  
David Farland, 1999  
Traducción: Myriam Gracia Bernabé  
Retoque de cubierta: Piolín






Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

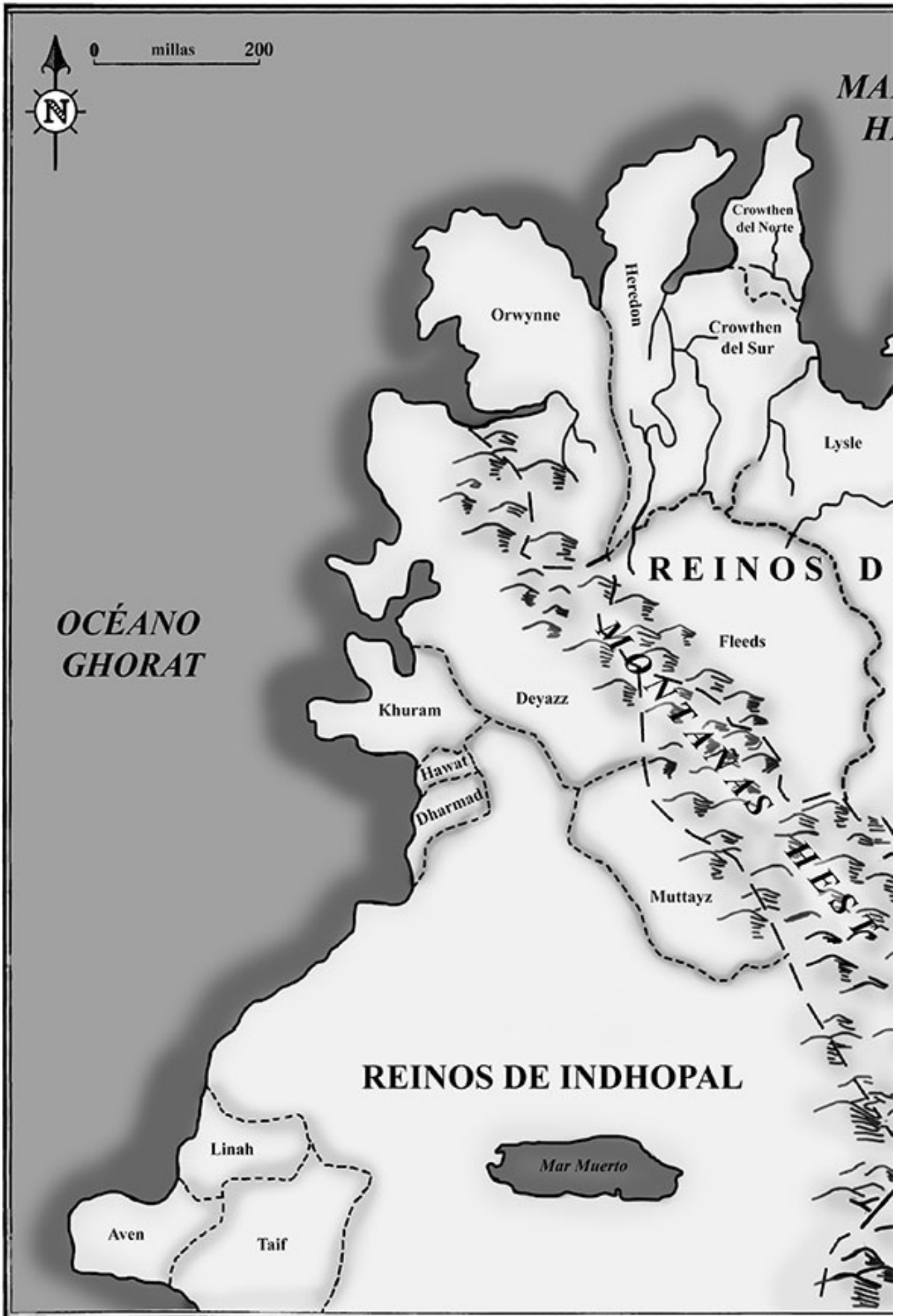
**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

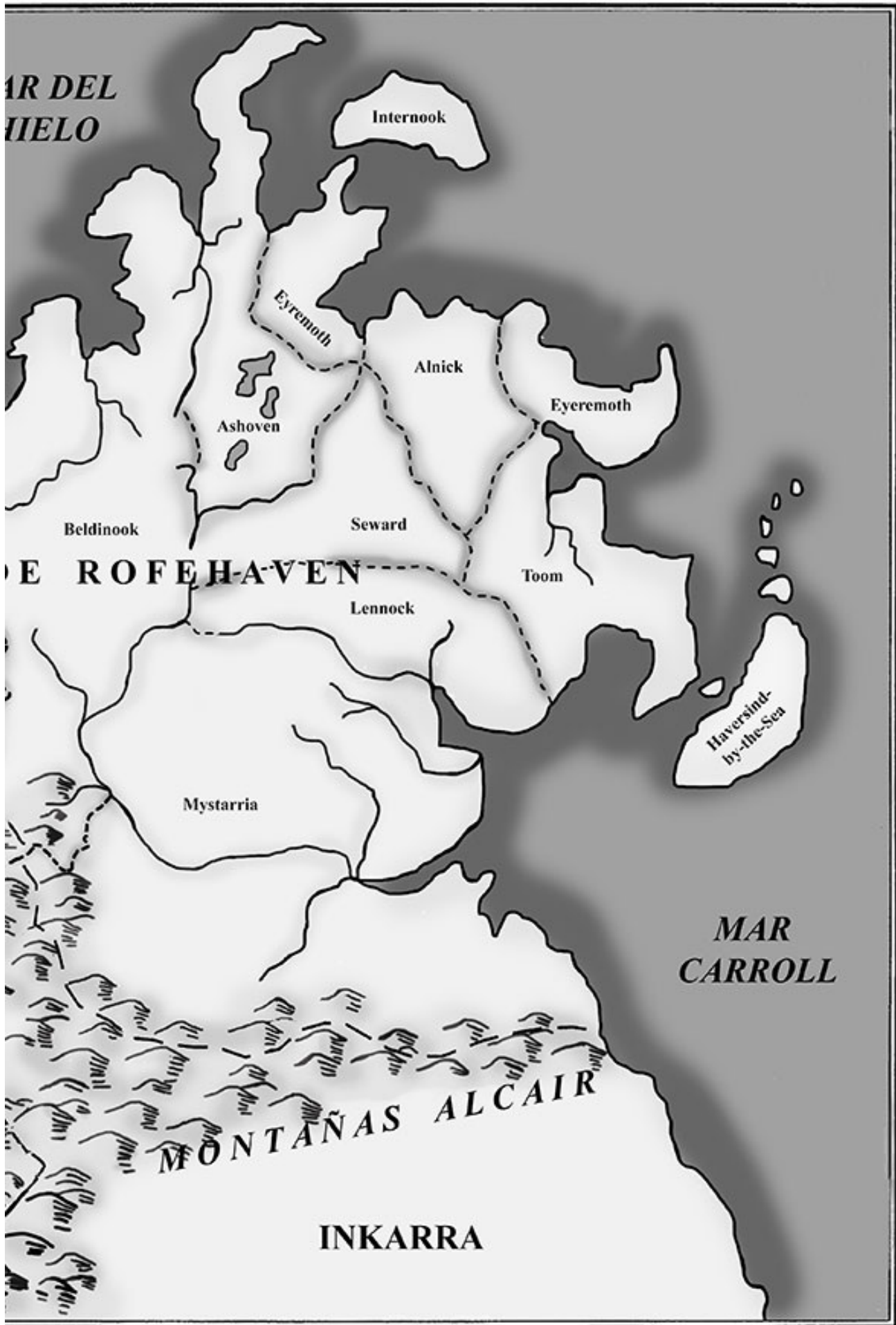
---

# Ciudad amurallada de Sylvarresta

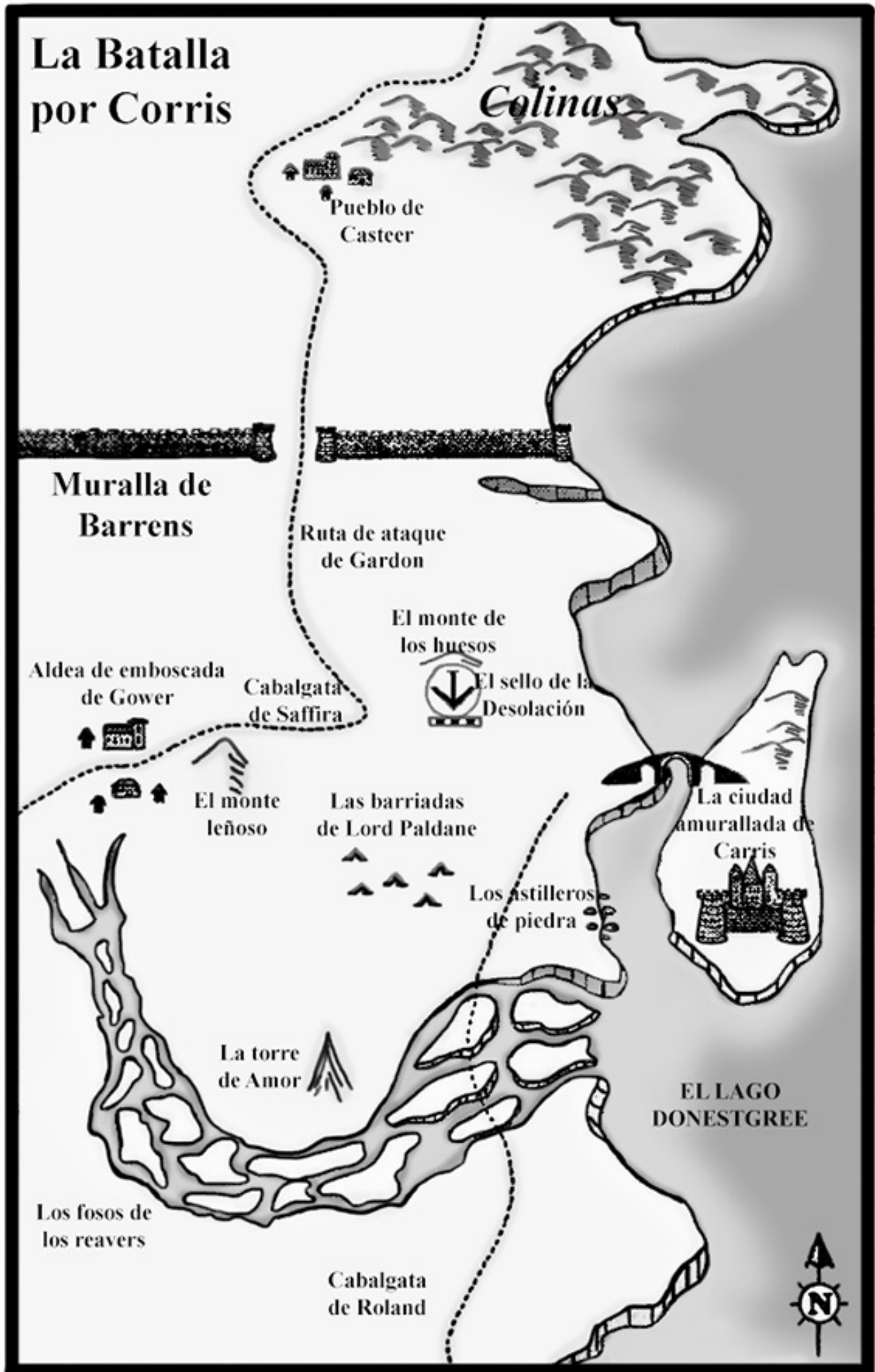
-  Viviendas humildes
-  Fincas señoriales
-  Mercaderes ricos
-  Posadas / Mercados
-  Almacenes / Fábricas







# La Batalla por Corris





# Prólogo



**L**a semana de Hostenfest comenzaba con el habitual ambiente festivo en el castillo de Tal Rimmon, en el norte de Mystarria.

La primera mañana de Hostenfest, el espíritu del rey de la tierra se presentó como solía. Padres y madres se deleitaban amontonando comida para sus hijos en la mesa de la cocina: chorreantes panales de miel en dulces montones, mandarinas con pintas marrones típicas de Mystarria, almendras asadas en mantequilla, uvas dulces recién arrancadas de las vides y aún húmedas por el rocío de la mañana. Todo esto representaba los generosos obsequios que el rey de la tierra confería a quienes amaban la tierra, «los frutos del bosque y del campo».

Y en ese primer amanecer de Hostenfest, los niños se levantaron y corrieron ansiosos hacia la chimenea, donde las madres habían dejado muñecas tejidas con paja y flores silvestres secas para sus hijas, o quizás una caja con un gatito amarillo dentro; y donde los muchachos igual se encontraban con arcos tallados en madera de fresno, o capas de lana con finos bordados que ayudarían a resguardarlos del frío durante el invierno que se acercaba. Así los niños rebosaban felicidad y así empezó la semana de Hostenfest en Tal Rimmon, bajo un cielo tan cálido y azul que ocultaba la llegada del otoño.

«El verano es eterno», prometía el cielo. No soplaban viento alguno que agitara las arboladas colinas en torno al castillo.

Aunque durante el segundo día de Hostenfest los padres comentaban en voz baja que una fortaleza había caído, pocos niños hicieron caso. Después de todo, Tal Dur estaba situada muy al oeste y el duque Paldane el Cazador, quien actuaba de regente durante la ausencia del rey, repelería rápidamente a los ejércitos de Indhopal.

Además, todavía era época de alegres festividades y había recordatorios de ello por doquier. Por el suelo había hierba fresca esparcida: reina de los prados, menta, lavanda o rosa. Las imágenes del rey de la tierra aún estaban colocadas en los umbrales de las puertas y los marcos de ventanas, una invitación al rey de la tierra para que entrara en los hogares de la gente. Ya hacía casi dos mil años desde que el rey de la tierra se había alzado a fin de guiar a la humanidad. Las viejas estatuillas talladas en madera lo mostraban vestido con las ropas de viaje verdes y el báculo en la mano, una corona de hojas de roble enlazadas en el pelo y, a sus pies, conejos y zorrillos que jugaban.

Las imágenes simplemente servían como recordatorio de que el rey de la tierra se hubo presentado una vez. No obstante, en aquel día, algunas de las ancianas se acercaban a sus imágenes y susurraban «que la tierra nos proteja», como si se dirigieran a Ella.

Pocos niños se percataron.

Y más tarde, esa noche, cuando un jinete anunció que realmente un nuevo rey de la tierra se había alzado lejos, en el norte, en Heredon, y que el nombre del ese rey de la tierra era Gaborn Val Orden de Mystarria, la gente de Tal Rimmon irrumpió en una celebración llena de júbilo.

*¿Qué importaba que el mensajero trajera funestas noticias de señores degollados en lugares remotos, de los ataques de las tropas de Raj Ahten, señor de los lobos, en los reinos de Rofehavan? ¿Qué importancia tenía que el viejo rey Mendellas Val Orden, el propio padre de Gaborn, hubiera sucumbido en la batalla? Después de todo, un nuevo rey de la tierra se había alzado y, asombrosamente, se trataba del mismísimo soberano de Mystarria.*

Tal noticia llenó a los jóvenes de orgullo inconmensurable, mientras que los mayores intercambiaban miradas deliberadas y susurraban: «Será un invierno largo».

De inmediato los herreros de Tal Rimmon se pusieron a trabajar en la forja de espadas y martillos de armas, escudos y armaduras para hombres y caballos. El marqués Broonhurst y otros nobles de los alrededores regresaron a la fortaleza antes de que concluyera la temporada de caza otoñal. En el gran salón del marqués, discutieron largo y tendido acerca de lo que presagiaban aquellos partes: nefastas noticias de ataques de brujería, el avance de las tropas enemigas, el llamado del duque Paldane a prepararse para el combate.

Pocos niños se dieron cuenta, puesto que su júbilo seguía inalterado.

Pero aquel día parecía que un cambio de aires había traído consigo una sensación indescriptible de perentoriedad y agitación. A lo largo de la semana, los jóvenes de Tal Rimmon habían estado preparándose para las justas que acompañaban la clausura de Hostenfest. Sin embargo, los muchachos que se disponían a luchar entonces mostraron una repentina expresión salvaje en la mirada. Y, a mitad de semana, cuando comenzaron los primeros torneos, los que participaban en la justa o en los combates de práctica atacaron a sus contrincantes con inusitada brutalidad. En ese momento, su intención no era la de ganarse honores únicamente entre ellos, sino la de ganarse algún día el derecho de poder entrar en combate junto al mismo rey de la tierra.

El marqués observó el cambio y, cuando dijo repetidamente a sus lores: «Es buena cosecha la de este año, la mejor que jamás he visto», no se refería a las manzanas.

A mitad de semana, el cielo se oscureció y hubo en Tal Rimmon una tarde de tormenta y truenos que hizo temblar la ciudad. Muchos de los niños del lugar se acurrucaron en la cama con sus madres y padres, a salvo bajo la colcha. Esa misma

noche, quinientos poderosos señores de las runas llegaron del este a caballo, en respuesta al llamamiento del duque Paldane para defender Carris, la fortaleza más grande en Mystarria occidental, ya que los partes más recientes referían que el señor de los lobos, quien se retiraba hacia sus dominios en Indhopal, había lanzado un ataque en dirección sur, hacia el centro de Mystarria.

El marqués Broonhurst no podía alojar a tantos señores con sus tropas, por lo que hizo que muchos se resguardaran de la tormenta en el gran salón o en las posadas fuera del castillo. Allí los lores y los caballeros debatieron larga y enérgicamente cómo repeler la inminente invasión.

Las tropas de Raj Ahten ya habían tomado tres fortalezas fronterizas. Peor aún, aquel le había arrebatado los dones a unas veinte mil personas. Se había apoderado de su fuerza, inteligencia, resistencia y elegancia para sí mismo, convirtiéndose en un guerrero tan fiero que nadie podría superarlo en combate. Intentaba convertirse en «la esencia de todos los hombres», un ser que, según contaban las antiguas leyendas, era inmortal. Algunos ya temían la indestructibilidad de Raj Ahten.

Todavía peor: había usurpado tantas virtudes de encanto que su belleza eclipsaba al sol. Cientos de kilómetros al norte, en Heredon, cuando sus tropas asediaron el castillo de Sylvarresta, los vasallos del rey Sylvarresta miraron a Raj Ahten durante un segundo, arrojaron las armas muralla abajo y le dieron la bienvenida como su nuevo regente. Y se contaba que, en Longmot, Raj Ahten había utilizado la tremenda fuerza de su voz para destrozarse la piedra de los muros del castillo, al igual que un maestro cantor puede romper un cristal.

Casi había amanecido cuando Raj Ahten atacó Tal Rimmon. Se presentó tirando de una carreta llena de cebollas. Una maltrecha capa le tapaba hasta la frente para protegerlo de la lluvia de la noche. En las puertas de la fortaleza los centinelas le prestaron poca atención, puesto que también se habían acercado otros campesinos con sus carros, quienes se refugiaban de la lluvia bajo los aleros de la tienda de un tejedor.

Raj Ahten comenzó a tararear una canción, emitiendo una especie de gemido gutural de increíble volumen, un sonido que gradualmente hizo retumbar los muros de piedra de Tal Rimmon y vibrar los huesecillos del oído medio de los hombres, como si tuvieran un avispon atrapado dentro del cráneo.

Los centinelas maldijeron y desenfundaron las armas. Unos pocos campesinos que iban junto a Raj Ahten se agarraron la cabeza en señal de dolor, mientras el canto de este les hacía añicos el cráneo. Antes de morir, perdieron el sentido.

En pocos segundos, la piedra de las torres de Tal Rimmon empezó a temblar violentamente. Pedazos de aquella se desconcharon como si la artillería hubiera golpeado los muros.

Pronto las almenas del castillo vibraron, inclinándose para después desplomarse, tal y como si un puño todopoderoso hubiera arremetido contra ellas.

Raj Ahten continuaba de pie con su capa harapienta. Subió el tono de voz hasta

que las torres del marqués se derrumbaron hacia adentro y su gran salón cayó con la protesta de las vigas chirriantes.

Los señores de las runas quedaron aplastados bajo la piedra de esos edificios. Las lámparas de aceite, rotas, desparramaron su contenido por los maderos y los tapices, por lo que gran parte del castillo ardió en llamas.

Ningún hombre corriente podía acercarse a Raj Ahten sin ser masacrado. Dos de los señores de las runas poseían suficientes dones de resistencia como para soportar su voz, pero cuando se abalanzaron desde las ruinas de una de las posadas e intentaron darle a probar su acero, Raj Ahten desenvainó su daga tan velozmente que, antes de que se diesen cuenta, les abrió el vientre.

Una vez que la fortaleza y la mayoría de los edificios del mercado hubieron caído, Raj Ahten dio media vuelta y huyó por las oscuras calles de la ciudad, hacia las sombras.

Instantes después llegó hasta donde estaba su corcel imperial, atado detrás del granero de un campesino, a los pies de una pequeña colina. Dos docenas de sus Invencibles se habían agrupado en la oscuridad mientras esperaban su regreso.

Un tejedor de llamas, de nombre Rahjim, se encontraba sentado sobre un caballo negro y, hambriento, contemplaba las ruinas de Tal Rimmon, las llamaradas que se retorcían hacia el firmamento. Era el tercer castillo que su señor había destruido en una sola noche. El tejedor respiraba entrecortadamente debido a la excitación que sentía; la boca despedía vaho; los ojos, una luz antinatural. No tenía cabello alguno, ni siquiera tenía cejas.

—¿Hacia dónde ahora, oh gran luz? —preguntó el tejedor de llamas.

Al acercarse, Raj Ahten notó el calor seco de la piel de la criatura.

—Ahora vamos a Carris —respondió Raj Ahten.

—¿No a las Cortes de Tide? —suplicó el tejedor—. ¡Podríamos destruir su capitolio antes de que los lores puedan advertir el peligro!

—A Carris —dijo Raj Ahten con más firmeza, resuelto a resistirse a los argumentos del tejedor de llamas.

Todavía no deseaba arrasar toda Mystarria.

El rey de Mystarria aún se encontraba apartado, muy al norte, en Heredon, escondido en las profundidades del bosque de Dunn, protegido por los espíritus de sus antepasados.

—Atacar el capitolio en las Cortes de Tide sería un golpe cruel —instó Rahjim.

—No atacaré allí —susurró Raj Ahten en tono amenazador—. El muchacho no vendrá si no le dejo nada que salvar.

Raj Ahten saltó a lomos de su caballo de armas, aunque durante un rato no emprendió la marcha hacia Carris. Tal Rimmon se distinguía tan claramente como el día bajo las columnas de humo que producía el fuego. En la distancia, la gente gritaba e intentaba arrojar agua a sus hogares, pasto de las llamas, o trataba de sacar a los

caídos de debajo de los edificios derrumbados. Raj Ahten podía oír los llantos de los niños. Contempló la ciudad incendiada, mientras las llamas reflejadas en sus oscuros ojos bailaban.

## *Sexto Libro*

---

*Vigésima jornada del mes de la cosecha*



Un día de decisiones

# Capítulo 1



## *Las voces de los ratones.*

**E**l rey Gaborn Val Orden cabalgaba hacia el castillo de Sylvarresta el último día de Hostenfest, el día del gran banquete, cuando tiró de las riendas de su montura y observó detenidamente la carretera de las montañas Durkin, donde los árboles del bosque de Dunn habían sido talados para despejar el camino a tres kilómetros de la ciudad. Amanecía y el sol proyectaba un fino haz plateado sobre las colinas del este, las sombras de los robles deshojados tapaban el camino.

Sin embargo, en un tramo donde daba la luz de la mañana tras la curva, Gaborn distinguió tres liebres grandes. Una de ellas parecía estar en guardia, ya que observaba atenta la carretera, con las orejas firmes, mientras otra mordisqueaba un trébol melilot de flores amarillas y dulces, que crecía al borde del camino. La tercera liebre se limitaba a saltar estúpidamente y a olfatear las hojas marrones y amarillas recién caídas.

Aunque las liebres estaban a más de cien metros de distancia, a Gaborn la escena le resultaba extraordinariamente nítida. Después de haber pasado los últimos tres días bajo tierra en la oscuridad, sus sentidos parecían revitalizados. La luz resultaba más brillante que nunca, el trinar de los pájaros le llegaba más claramente. Incluso la forma en que la fresca brisa del amanecer, que descendía del monte y le acariciaba el rostro le parecía nueva y diferente.

—Detente —susurró Gaborn al mago Binnesman.

A su espalda, alcanzó y desató el arco y la aljaba de la silla de montar; lanzó una mirada de advertencia a su cronista, aquel erudito de apariencia esquelética que le seguía desde su infancia, para ordenarle que se mantuviera alejado.

Ellos tres se encontraban solos en la carretera. *Sir Borenson* los seguía a cierta distancia, con su trofeo de la cacería de Hostenfest, pero Gaborn quería regresar a casa apresuradamente y reunirse con su nueva esposa.

Binnesman frunció el ceño.

—¿Milord, un conejo? Sois el rey de la tierra. ¿Qué dirá la gente?

—Silencio —susurró Gaborn.

Sacó la última flecha de la aljaba, pero se detuvo. Binnesman tenía razón. Gaborn era el rey de la tierra y lo adecuado sería que abatiera un buen jabalí. *Sir* Borenson había matado a un reaver hechicero, y arrastraba su cabeza por este camino de la ciudad. Durante dos mil años, la gente de Rofehavan había esperado ansiosa la llegada del rey de la tierra. Todos los años, durante el séptimo día de Hostenfest, el último día de los festejos, el día del gran banquete, servía de recordatorio de la promesa del rey de la tierra, quien bendeciría a su gente con todos los «frutos del bosque y del campo».

La semana anterior el espíritu de la tierra había coronado a Gaborn y le había encomendado que cuidara de la simiente de la humanidad durante los aciagos tiempos que se avecinaban.

Había luchado mucho y muy duro durante los últimos tres días, y la cabeza del reaver pertenecía a Gaborn y a Binnesman tanto como a *sir* Borenson.

Aun así, Gaborn se imaginó cómo los bufones y los titiriteros lo ridiculizarían si solamente aportaba una simple liebre al gran banquete. De modo que se preparó para las burlas de los bufones y saltó con delicadeza de su cabalgadura mientras susurraba «quieto» a la bestia. Se trataba de un caballo de fuerza, un cazador sublime, con runas de inteligencia marcadas en el cuello. Este lo miró fijamente en silencio, mientras Gaborn colocaba la pala inferior del arco en el suelo, metía una pierna entre este y la cuerda, lo doblaba y tiraba del extremo superior de la cuerda hasta dejarla bien anclada. Una vez encordado el arco, cogió la última flecha, examinó las plumas grises de ganso y la encocó.

Sigilosamente, se desplazó hacia adelante y se mantuvo agachado en el lado del camino donde había espesura. Las violetas de hechicero crecían altas en esa zona, con flores de color morado intenso. Una vez tomara la curva, las liebres estarían bajo la luz del sol. Siempre y cuando se mantuviera entre las sombras, no lo verían. Si permanecía en silencio, no lo oirían; y mientras que el viento le diera de cara, no lo olerían.

Con una mirada hacia atrás, Gaborn vio que su cronista y Binnesman seguían montados. Gaborn, al acecho, comenzó a acercarse por el camino enlodado.

A pesar de todo, estaba nervioso, y no se trataba de simples temblores de caza; sentía el inicio de una aprensión algo imprecisa. Entre los nuevos poderes que la tierra le había otorgado, Gaborn podía percibir el peligro en torno a sus elegidos.

Hacía apenas una semana había sentido como la muerte rondaba a su padre, aunque no había podido detenerla. La noche anterior, empero, la misma abrumadora sensación le había permitido prevenir una catástrofe cuando los reaver les tendieron una emboscada en el Averno.

En aquel instante presentía el peligro, algo impreciso, algo distante. La muerte le acechaba del mismo modo que acechaba a aquellos conejos.

La única desventaja de aquel poder recién estrenado era que no podía identificar la procedencia del peligro. Podía tratarse de cualquier cosa: un vasallo demente, un



jabalí que merodea entre la maleza.

No obstante, Gaborn sospechaba que era Raj Ahten, el señor de los lobos de Indhopal, el hombre que había asesinado a su padre.

Mensajeros sobre caballos de fuerza habían traído noticias de Mystarria. En la tierra natal de Gaborn, las tropas de Raj Ahten habían asaltado tres castillos mediante tretas justo antes de Hostenfest.

El tío abuelo de Gaborn, el duque Paldane, había reunido un ejército a fin de contener el problema. Paldane era un viejo señor, un estratega experto con varios dones de inteligencia. El padre de Gaborn había confiado en él incondicionalmente y a menudo lo había enviado a campañas para seguir la pista a delincuentes o para dar una lección de humildad a lores altaneros. Gracias a su éxito, algunos lo llamaban «el Cazador», otros «el Sabueso» y era un hombre temido en Rofehavan. Si alguien podía estar a la altura de la inteligencia de Raj Ahten, ese era Paldane. Sin duda, Raj Ahten no podía marchar hacia el norte con su ejército y exponerse a los tumularios del bosque de Dunn.

Sin embargo, se acercaba el peligro, Gaborn estaba seguro de ello. Con cuidado, colocó los pies en el barro seco del camino y se movió tan sigilosamente como un espectro.

Cuando alcanzó la curva de la carretera, las liebres ya se habían ido. En la maleza al borde del camino oyó unos crujidos, pero eran solamente ratones moviéndose, correteando bajo la hojarasca.

Se detuvo un segundo preguntándose que habría pasado. Ah, tierra, dijo para sí mismo, dirigiéndose al Elemento al cual servía, ¿no podrías al menos enviarme a un venado del bosque?

No hubo voz alguna, nunca la había.

Segundos más tarde, Binnesman y Días se acercaron al trote por el camino. El cronista llevaba las riendas de la yegua parda de Gaborn.

—Parece ser que las liebres están algo nerviosas hoy —dijo Binnesman maliciosamente, como complacido.

La luz matinal resaltaba las arrugas de la cara del mago y acentuaba el tono rojizo de su toga. Una semana antes Binnesman había dado parte de su vida para invocar a un wylde, una criatura que poseía los poderes de terrestres. Antes de ello, el cabello de Binnesman era castaño y sus vestiduras verdes como las hojas en verano. Pero ya habían cambiado de color y a Gaborn se le antojaba que el hombre había envejecido décadas en los últimos días. Peor todavía, el wylde, a quien intentó llamar, había desaparecido.

—Sí, las liebres parecen nerviosas —respondió Gaborn con recelo.

Como guardián de la tierra, el cometido de Binnesman era servir a la tierra y afirmaba que se preocupaba tanto de los ratones y las serpientes como de los humanos. Gaborn se preguntó si el hechicero habría advertido a las liebres mediante algún encantamiento o algo más sencillo, como un gesto de la mano.

—Algo más que agitadas, diría yo.

Gaborn se subió a la silla, pero mantuvo el arco encordado y la flecha encocada. Estaban cerca de la ciudad, pero pensó que igual aún vería algún venado al borde del camino, algún enorme y anciano abuelo con unas astas tan largas como su brazo, que había descendido de las montañas para comer una manzana dulce del huerto de algún campesino antes de morir.

Gaborn miró a Binnesman, quien todavía sonreía de forma reservada, aunque Gaborn no sabía distinguir bien si se trataba de una sonrisa burlona o consternada.

—¿Te complace que no haya cazado las liebres? —se aventuró a decir Gaborn.

—No os habrían gustado, milord —dijo Binnesman—. Mi padre era posadero y solía decir que un hombre de tripas veleidosas nunca queda satisfecho.

—Y eso, ¿qué significa? —preguntó Gaborn.

—Elegid vuestra presa, milord —respondió Binnesman—. Si andáis cazando reaver, no tiene sentido perseguir a las liebres. No permitiríais que lo hicieran vuestros perros, ni vos deberíais hacerlo.

—Ah —dijo Gaborn, preguntándose si el mago indicaba algo más de lo que decía.

—Además, los reaver han demostrado ser adversarios más fuertes de lo que ninguno esperábamos.

Decepcionado, Gaborn reconoció que Binnesman tenía razón. Pese a la mezcla de poderes de Gaborn y Binnesman, cuarenta y un caballeros habían muerto luchando contra los reaver. Aparte de Gaborn, Binnesman y *sir* Borenson, solamente otros nueve habían salido de las ruinas con vida. Había sido una refriega temible. Los otros nueve acompañaban a Borenson arrastrando la cabeza del reaver hechicero rumbo a la ciudad, puesto que habían preferido permanecer junto a su trofeo.

Gaborn cambió de tema:

—No sabía que los hechiceros teníais padres —dijo burlón—. Cuéntame algo más sobre el tuyo.

—Fue hace mucho tiempo —replicó Binnesman—. No me acuerdo bien de él. De hecho, creo que os he contado todo lo que recuerdo.

—Seguro que recuerdas algo más —lo reprendió Gaborn—. Cuanto más te conozco, más sé que no debo creerme nada de lo que dices.

No sabía cuántos cientos de años había vivido Binnesman, pero sospechaba que tendría alguna que otra anécdota que contar.

—Tenéis razón, milord —dijo Binnesman—. Carezco de padre. Como todos los guardianes de la tierra, nací de ella misma. Una criatura que alguien esculpió con lodo hasta que me convertí en un ser de carne y hueso por voluntad propia.

Binnesman enarcó una ceja con aire misterioso.

Gaborn le lanzó una mirada y, durante un instante, tuvo la acuciante sospecha de que Binnesman hablaba más sinceramente en esta ocasión.

Al esfumarse el momento, Gaborn se rio.

—¡Eres un mentiroso! ¡Estoy convencido que inventaste el arte de mentir!

Binnesman se rio a su vez.

—No, es una destreza sutil, pero no la inventé. Simplemente intento perfeccionarla.

Justo entonces, por el sur, apareció en la carretera, estrepitosamente y a galope tendido, un caballo de fuerza. Era un corcel veloz, con tres o cuatro dones de metabolismo, un caballo de batalla blanco que resplandecía bajo el sol conforme se desplazaba entre las sombras y los árboles. El jinete vestía los colores de Mystarria, la imagen de un hombre verde sobre un campo azul.

Gaborn tiró de las riendas de su montura y esperó. Después de haber presentido el peligro, temía las noticias del correo.

El mensajero se aproximaba rápido, sin aminorar la marcha de su cabalgadura, hasta que Gaborn levantó la mano y lo llamó. Solo entonces el jinete reconoció a Gaborn, pues el rey vestía una simple toga gris de viaje que se había manchado en el trayecto.

—¡Alteza! —exclamó el correo.

De la bolsa de cuero atada a la cintura, extrajo un pequeño pergamino enrollado e hizo entrega del mismo; el sello rojo de cera llevaba marcado el anillo de Paldane.

Gaborn desenrolló el pergamino. Mientras leía, se le cayó el alma a los pies y se le aceleró la respiración.

—Raj Ahten se ha desplazado al sur de Mystarria —le dijo a Binnesman—. Ha destruido las fortalezas en Gorlane, Aravelle y Tal Rimmon. Esto fue al alba, hace un par de días. Paldane dice que sus hombres y algunos caballeros equitativos hicieron a Raj Ahten pagarlo caro. Los arqueros tendieron una emboscada a las tropas de Raj Ahten. Uno puede caminar de la aldea de Boarshead al monte de Gower sobre las espaldas de los muertos.

Gaborn no se atrevía a referir el resto de tan horribles noticias. Las notas de Paldane eran extremadamente detalladas y exactas, pormenorizaban el tipo y la cifra exacta de bajas enemigas: 36 909 hombres, la gran mayoría soldados ordinarios de Fleeds. Además, también había anotado el tipo y la cifra exacta de flechas utilizadas (702 000); los defensores muertos (1274); los heridos (4951) y los caballos muertos (3207) frente a la cantidad de armaduras, oro y caballos capturados. Proseguía dando parte de los movimientos exactos de las tropas enemigas junto a la disposición de sus propios hombres. Los refuerzos de Raj Ahten comenzaban a reunirse en Carris desde los castillos de Crayden, Fells y Tal Dur. Paldane estaba reforzando Carris, convencido de que Raj Ahten intentaría tomar la gran fortaleza y no destruirla despreocupadamente.

Gaborn leyó las nuevas y agitó desalentado la cabeza. Raj Ahten había optado por el salvajismo. Paldane le había pagado en especie. La noticia repugnaba a Gaborn.

Las últimas palabras de Paldane eran: «Es evidente que el señor de los lobos de Indhopal espera atraeros al conflicto. Ha arrasado la frontera septentrional para que

no vengáis al sur, con la esperanza de traer nuevas tropas que puedan ayudarle. Os ruego que permanezcáis en Heredon. Dejad que el Cazador acorrale a este perro».

Gaborn enrolló el pergamino y se lo metió en el bolsillo de la toga.

*Esto es enloquecedor, pensó Gaborn. Hallarme aquí sentado, a casi mil kilómetros de distancia, y recibir noticias de la muerte de mi gente días después de los acontecimientos.*

No podía detener a Raj Ahten. Pero podía recibir noticias con más antelación...

Miró al mensajero, un joven muchacho con pelo castaño rizado y ojos azul claro. Gaborn lo había visto en la corte en numerosas ocasiones. Fijó la mirada en los ojos del joven y utilizó el poder de la vista terrestre para penetrar más allá de sus ojos, en su corazón. El correo era una persona orgullosa, orgullosa de su posición y de su destreza como jinete. Era atrevido, incluso deseaba arriesgar la vida al servicio de su señor. Una docena de jóvenes en posadas repartidas por Mystarria creían amarlo, puesto que daba buenas propinas y besaba aún mejor. No obstante, el chico se debatía entre el amor de dos mujeres que poseían personalidades opuestas.

Gaborn no se formó una buena opinión del joven, aunque no tenía motivo alguno para no elegirlo. Necesitaba vasallos como él, mensajeros de confianza. Gaborn alzó la mano izquierda, miró al muchacho fijamente a los ojos y susurró:

—Te nombro elegido de la tierra. Ya puedes descansar, pero hoy debes regresar a Carris. Tengo un mensajero elegido allí en este momento. Si presiento peligro para ambos, sabré que Raj Ahten planea atacar la ciudad. Si alguna vez oyes mi voz en tu fuero interno advirtiéndote, obedéceme.

—No me atrevo a descansar, alteza —dijo el mensajero—, mientras Carris corra peligro.

Ante la satisfacción de Gaborn, el joven dio media vuelta a su montura en dirección sur y, en pocos segundos, había desaparecido, tan solo una nube de polvo que se sostenía encima del camino mostraba el paso del emisario por Heredon.

Apesadumbrado, Gaborn reflexionó sobre lo que debía hacer; tendría que avisar a sus lores en Heredon de la perturbadora noticia.

Mientras cabalgaban al alba, Gaborn sintió la repentina necesidad de escapar. Clavó los talones en la carne del caballo y su cazador ruano salió al galope entre los árboles ensombrecidos del camino, con la montura de Binnesman a su lado, que le seguía el ritmo cómodamente, y Días sobre la mula blanca, siguiéndolos con dificultad, rezagado. Por fin alcanzaron una curva ancha en una cresta que les brindaba una vista despejada del castillo de Sylvarresta.

Gaborn detuvo su corcel. El mago y él pararon y contemplaron boquiabiertos el panorama.

El castillo se asentaba en una pequeña colina en uno de los meollos del río Wye, los altos muros y torres se alzaban como cumbres. Alrededor de la colina, se achaparraba una ciudad amurallada. Fuera de las murallas de la ciudad, campiña común con campos vacíos, algunos pajares, huertos y casas de campesinos y

graneros.

Pero durante aquella última semana, al extenderse la noticia del alzamiento de un rey de la tierra, nobles y campesinos de todo Heredon (e incluso de otros reinos), habían comenzado a reunirse. Gaborn tuvo una premonición sobre lo que se avecinaba. El terreno ante el castillo de Sylvarresta había quedado calcinado por Raj Ahten; aun así, se habían aglomerado tantos campesinos que la zona en torno a la gran ciudad amurallada de Sylvarresta estaba llena de pabellones. No todas las tiendas de campaña pertenecían a campesinos, muchas eran de nobles y caballeros de Heredon; ejércitos que se habían puesto en marcha al recibir noticias de la invasión, pero que habían llegado demasiado tarde para brindar su ayuda. Las banderas de Orwynne y Crowthen del Norte y Fleeds y algunos príncipes mercaderes de Lysle se mezclaban con la muchedumbre y, apartados en otra ladera, acampaban miles de mercaderes indhopaleses quienes, después de haberse visto expulsados por el rey Sylvarresta, se apresuraron en volver a fin de ver este nuevo portento, al rey de la tierra. Los campos en torno al castillo de Sylvarresta se percibían oscuros, pero no por la hierba quemada, sino oscurecidos por la masa de cuerpos de cientos de miles de hombres y animales.

—Por los Elementos —soltó Gaborn—. Se han cuadruplicado en número en los últimos tres días. Me llevará la mayor parte de una semana jurarlos a todos como elegidos.

Gaborn podía oír música en la distancia que fluía por encima del humo de las fogatas. El crac de una lanza de justas resonó por la campiña, seguido inmediatamente de vítores. Binnesman, sentado sobre su cabalgadura, contemplaba el panorama y, justo entonces, el historiador les dio alcance. Las tres bestias jadeaban después de la corta carrera.

Algo llamó la atención de Gaborn. En el cielo una bandada de estorninos sobrevolaba el valle, varios miles de pájaros, como si fueran una nube animada. Zigzagueaban hacia un lado, luego hacia otro, descendían en picado y luego se elevaban; como si estuvieran perdidos y buscasen dónde posarse, pero sin hallar un lugar seguro. Los estorninos a menudo volaban así en otoño, pero aquellos pájaros parecían especialmente asustados.

Gaborn oyó el graznar de los gansos. Recorrió con la mirada el río Wye, que serpenteaba por los verdes campos como un hilo de plata. A cien metros por encima del río y a kilómetros de distancia, los gansos volaban formando una uve, siguiendo el curso del río. Aunque sus voces sonaban forzadas, quebradas.

A su lado, Binnesman, sentado sobre el caballo, se irguió y se volvió hacia Gaborn.

—¿Lo oís también, no es cierto? Lo sentís en los huesos.

—¿El qué? —preguntó Gaborn.

El cronista carraspeó como si quisiera preguntar algo, pero no dijo nada. El historiador apenas hablaba. Interferir en los asuntos de los humanos estaba prohibido

por los señores del tiempo, aquellos a quienes Días servía. No obstante, era obvio que sentía curiosidad.

—La tierra. La tierra nos habla —dijo Binnesman—, nos habla a vos y a mí.

—¿Y qué dice?

—Aún no lo sé —respondió Binnesman sinceramente.

El hechicero se rascó la barba y luego frunció el entrecejo.

—Pero sé que normalmente esta es la forma en que se comunica conmigo: mediante la agitación nerviosa de los conejos y ratones, mediante la nube de pájaros que cambia de dirección, mediante el graznido de los gansos. Ahora susurra al rey de la tierra también. Crecéis, Gaborn, vuestros poderes crecen.

Gaborn examinó a Binnesman. La tez del mago tenía un extraño matiz rubicundo que casi estaba a tono con la holgada toga de este. Olía a las hierbas que guardaba en sus descomunales bolsillos: flores de tilo y menta, borraja y violetas de hechicero, albahaca y otras cien especias. Aparentaba poco más que un anciano alegre, salvo por las arrugas de sabiduría de la cara.

—Estudiaré el tema. Esta noche sabremos algo más —aseguró Binnesman a Gaborn.

Pero Gaborn no podía apartar su preocupación. Sospechaba que tendría que convocar un consejo de guerra, aunque no se atrevía a hacerlo hasta que supiera qué tipo de amenaza presentía su tierra y contra la que le advertía.

Allí, al pie de la colina, Gaborn divisó lo que le parecía una mujer vieja sentada al borde de la carretera con una manta que le cubría la cabeza.

Cuando los caballos se acercaron, pateando el camino, la anciana alzó la vista, y Gaborn comprobó que no era vieja en absoluto sino una joven dama, una muchacha a quien reconocía.

Una semana atrás, Gaborn había conducido a un «ejército» desde el castillo de Groverman a Longmot; un ejército compuesto por doscientas mil cabezas de ganado de la mano de hombres, mujeres y niños campesinos y unos cuantos soldados entrados en años. El polvo que hubo levantado el rebaño al cruzar las llanuras fue ardid suficiente para alejar al señor de los lobos, Raj Ahten, cuando atacaba Longmot.

Si Raj Ahten hubiese descubierto la trampa de Gaborn, estaba seguro de que el señor de los lobos habría degollado a cada mujer y niño de su cortejo como pura represalia. La muchacha al pie de la colina era una de las que habían formado parte de aquel ejército. Gaborn la recordaba bien, había cargado con un pesado estandarte en una mano y un bebé en la otra.

Había actuado de manera valiente y altruista. Gaborn estaba agradecido por la ayuda de gente como ella. Aun así, Gaborn estaba asombrado de verla, una simple campesina, que seguramente no tenía acceso a un caballo, allí en el castillo de Sylvarresta, a más de doscientos kilómetros al norte de Longmot, una semana después de la batalla.

—Oh, alteza —dijo la muchacha, bajando la cabeza en una reverencia.

Gaborn cayó en la cuenta de que había estado esperando al borde de la carretera a que regresara de la cacería. Él había estado ausente del castillo de Sylvarresta tres días y se preguntaba cuánto tiempo llevaba allí la joven.

Ella se puso en pie y Gaborn vio que la suciedad del camino le manchaba los pies. Evidentemente, había caminado desde Longmot. Con la mano derecha acunaba a su bebé y, al levantarse, metió la mano bajo el mantón, extrajo el pezón de la boca del bebé y se tapó debidamente.

Después de ayudar en combate, muchos nobles se habían presentado en busca de favores. Raras veces Gaborn había visto a un campesino hacerlo; sin embargo, esta muchacha quería algo de él, lo quería desesperadamente.

Binnesman sonrió y dijo:

—¿Molly? ¿Molly Drinkham? ¿Eres tú?

La joven sonrió tímidamente mientras que el mago desmontaba y se acercaba a ella.

—Sí, soy yo.

—Entonces veamos a tu hijo.

Binnesman tomó al niño de los brazos de Molly y lo alzó. El bebé, una cosita de pelo oscuro que no tendría más de dos meses, se había metido el puño en la boca y lo chupaba enérgicamente con los ojos cerrados. El mago sonrió plácidamente.

—¿Es niño? —preguntó.

Molly asintió con la cabeza.

—Ah, es un calco de su padre —cacareó Binnesman—. Una cosita muy valiosa. Verrin habría estado orgulloso. Pero ¿qué haces aquí?

—He venido a ver al rey de la tierra —dijo Molly.

—Bien, pues aquí está —dijo Binnesman.

Se volvió hacia Gaborn y le presentó a Molly:

—Alteza, Molly Drinkham, quien en otros tiempos vivía en el castillo de Sylvarresta.

Repentinamente, Molly se quedó paralizada, el rostro pálido de terror, como si no soportara la idea de hablar con un rey. *O igual solamente teme hablar conmigo, el rey de la tierra*, pensó Gaborn.

—Disculpadme, señor —dijo Molly demasiado chillona—, espero no molestaros. Sé que es temprano. Seguramente no os acordáis de mí...

Gaborn descendió del caballo para no estar sentado mucho más alto que ella e intentó tranquilizarla.

—No me molestas —dijo en voz baja—. Has recorrido una gran distancia a pie desde Longmot. Recuerdo la ayuda que me prestaste. Alguna necesidad acuciante te ha traído hasta aquí, estoy ansioso de escuchar tu petición.

Ella asintió tímidamente.

—Es que, se me había ocurrido...

—Adelante —dijo Gaborn, echándole un vistazo a Días.

—No siempre fui una fregona para el duque Groverman —dijo—. Mi padre limpiaba las caballerizas para los hombres del rey Sylvarresta y yo vivía en el castillo. Pero hice algo que me trajo la deshonra y mi padre me envió al sur.

Bajó la mirada hacia su hijo, un bastardo.

—La semana pasada caminé junto a vos —continuó—, y sabed esto: si sois el rey de la tierra, entonces debéis de poseer todos los poderes de Erden Geboren. Eso es lo que os convierte en rey de la tierra.

—¿Dónde has oído eso? —preguntó Gaborn, su tono de voz traicionaba su preocupación.

De repente temió que ella le fuera a pedir algo imposible. Las hazañas de Erden Geboren eran tema de leyenda.

—El mismo Binnesman —dijo Molly—. Solía ayudarlo a secar hierbas y me contaba historias. Y si sois el rey de la tierra, entonces vienen malos tiempos, y la tierra os ha dado el poder de nombrar elegidos, de escoger a caballeros que lucharán junto a vos y de elegir a aquellos que vivirán bajo vuestra protección y quiénes no. Erden Geboren sabía cuando su gente se encontraba en peligro, y advertía a los suyos en su fuero interno y en su pensamiento. Seguramente vos podéis hacer lo mismo.

Gaborn ya sabía lo que quería, quería vivir, quería que él la nombrara elegida. La miró un rato, observó algo más que su cara redonda y su grata figura bajo la ropa sucia; observó algo más que su cabello largo y oscuro y las arrugas de preocupación alrededor de los ojos azules. Utilizó el poder de la vista terrestre para adentrarse en las profundidades de su ser.

Encontró el afecto de ella por el castillo de Sylvarresta y la inocencia allí perdida, y el amor por un hombre llamado Verrin, un encargado de las caballerizas que había muerto tras recibir una coz. Vio su consternación al encontrarse en el castillo de Groverman trabajando de sirvienta. No le pedía mucho a la vida, quería volver a casa y mostrarle el bebé a su madre, regresar al lugar donde se había sentido a gusto y amada. Gaborn no discernía engaño alguno en ella, ni crueldad. Más que nada, Molly estaba orgullosa de su hijo bastardo y lo quería locamente.

El poder de la vista terrestre no le mostraba todo a Gaborn. Este sospechaba que si escudriñaba el corazón de Molly durante horas, llegaría a conocerla mejor de lo que ella se conocía a sí misma. Pero no había mucho tiempo y en pocos segundos había visto bastante.

Transcurrido un instante, Gaborn se relajó, levantó la mano izquierda y dijo:

—Molly Drinkham —pronunció en voz baja, como si formulara un encantamiento—, te nombro elegida. Yo opto por protegerte en los aciagos tiempos que se avecinan. Si alguna vez oyes mi voz en tu fuero interno, presta atención. Vendré a por ti o te conduciré a un lugar seguro de la mejor manera que pueda.

Ya estaba hecho. Gaborn sintió el efecto del hechizo de inmediato, percibió el vínculo, ese tirón ya familiar en el estómago que le permitía sentir la presencia de la



otra, que le advertiría cuando ella corriera peligro.

Molly abrió mucho los ojos como si también lo notara y, entonces, se ruborizó e hincó una rodilla en el suelo.

—No, alteza, me habéis malentendido —dijo.

Alzó al bebé en sus brazos. El puño del niño se le escapó de la boca, aunque este parecía medio dormido y no le importó.

—Quiero que lo nombréis elegido a él, que un día lo convirtáis en uno de vuestros caballeros.

Gaborn miró al niño fijamente y comenzó a temblar, turbado ante tal ruego.

Evidentemente, la joven había sido criada con los relatos de las grandes hazañas de Erden Geboren y, por ello, esperaba mucho de un rey de la tierra. No obstante, no comprendía las limitaciones de Gaborn.

—No lo entiendes —intentó explicarle con delicadeza—. No es así de sencillo. Cuando nombro a un elegido, mis enemigos lo saben. No me enfrento a hombres o a reaver, sino a los Elementos invisibles que los mueven. Al elegirte te pongo en grave peligro y, aunque pueda enviar caballeros en tu ayuda, lo más probable será que tengas que ayudarte a ti misma. Mis recursos son muy limitados, nuestros enemigos demasiados. Tienes que poder defenderte sola, ayudarme a ponerte a salvo. Yo no podría hacerle eso a un niño. No podría ponerlo en peligro. ¡No puede defenderse solo!

—Pero necesita quien lo proteja —dijo Molly—. No tiene padre.

Espero a que Gaborn contestara durante unos segundos y luego le suplicó:

—¡Por favor! ¡Por favor, nombradlo elegido, por mí!

Gaborn escrutó el rostro de Molly, y sus mejillas ardieron de vergüenza. Miró de lado a lado, paseando la mirada de Binnesman a Días, como un ferrin atrapado en un rincón oscuro de la cocina con la esperanza de escapar.

—Molly, pides que el niño pueda crecer y convertirse en un soldado a mi servicio —tartamudeó Gaborn—; pero ¡no creo que tengamos tanto tiempo! Se acercan tiempos muy malos, los peores que ha visto este mundo. En unos meses quizás, o igual en un año, se nos echarán encima con la firme intención de matarnos. Tu hijo no podría luchar en combate.

—Entonces, nombradlo de todos modos —dijo Molly—. Al menos sabréis cuando corre peligro.

Gaborn la miraba de hito en hito, totalmente horrorizado. Hacía una semana había perdido a varias personas entre sus elegidos en la batalla de Longmot: a su padre, al padre de Chemoise, al rey Sylvarresta. Al morir estos, Gaborn se sintió totalmente desolado. No había intentado explicarse la sensación ni explicársela a nadie, pero era como... si todos tuvieran raíces y las hubieran arrancado de su cuerpo, dejando abiertos unos agujeros oscuros que no podrían cerrarse. Perderlos era como perder extremidades que no podían reemplazarse y la idea de que la muerte de aquellos era señal de un fracaso personal lo avergonzaba. Acarreaba su culpabilidad como si fuera

un padre que, por abandono, había dejado que sus hijos se ahogaran en un pozo.

Gaborn se mojó los labios con la lengua.

—No soy tan fuerte. No sabes lo que me pides.

—No tiene quien lo proteja —dijo Molly—. Sin padre, sin amigos. Nada más que yo. Veis, ¿es solamente un bebé!

Destapó al niño que dormía, lo levantó y se acercó más. El bebé estaba delgado, aunque dormía profundamente y no parecía tener hambre. Su aliento olía al dulce aroma de los recién nacidos.

—Ya basta —la instó Binnesman—. Si su majestad dice que no puede nombrar al niño elegido, entonces no puede.

Binnesman la cogió del codo con delicadeza, como si la dirigiera hacia la ciudad.

Molly se revolvió hacia Binnesman y gritó ferozmente:

—Entonces, ¿qué queréis que haga? ¿Qué estampe la cabeza del pequeño bastardo contra una piedra del camino y me deshaga de él? ¿Es eso lo que queréis?

Gaborn se sentía consternado, a la deriva. Miró a su cronista temiendo lo que podría quedar escrito sobre su decisión. Con la mirada, buscó la ayuda de Binnesman.

—¿Qué puedo hacer?

Ceñudo, el guardián de la tierra examinó al bebé y, con el más abierto movimiento, negó con la cabeza.

—Me temo que tenéis razón. Elegir al niño no sería sensato, ni bondadoso.

Molly se quedó boquiabierta, conmocionada, y retrocedió como si acabara de reconocer que Binnesman, un viejo amigo, se había convertido en enemigo.

Binnesman intento explicarse:

—Molly, la tierra ha encomendado a Gaborn que reúna la simiente de la humanidad, que proteja a los que pueda durante los tiempos aciagos que se avecinan. Y aun así todo lo que haga puede no resultar suficiente. Otras razas han desaparecido de la faz de la tierra: los toth, los duskin. La humanidad podría ser la siguiente.

Binnesman no exageraba. Cuando la tierra se hubo manifestado en el jardín del mago, le dijo eso mismo. En todo caso, Binnesman estaba siendo demasiado amable con Molly al no contarle la verdad.

—La tierra ha prometido proteger a Gaborn y él, a su vez, ha jurado protegerte lo mejor posible, aunque considero que lo mejor es que seas tú quien proteja a tu hijo.

Así es como Gaborn pensaba salvar a los suyos, nombrando a lores y guerreros como elegidos, a fin de que ellos protegieran a los que estaban a su cargo. Antes de la cacería, había nombrado a más de cien mil personas en Heredon, seleccionado a tantos como pudo: ancianos y jóvenes, nobles y campesinos. Si se concentraba en ellos, podía localizarlos, alcanzarlos mentalmente; podía encontrarlos si tenía que hacerlo, y sabía si se encontraban en peligro. ¡Pero había tantos! Así, había comenzado nombrando a caballeros y lores para proteger ciertos enclaves. Le costaba elegir con sensatez y no se atrevía a rechazar a los débiles, a los sordos, a los ciegos, a los jóvenes o a los retrasados mentales. No se atrevía a darles menos importancia

que a cualquier otro hombre, ya que no los convertiría en sacrificios humanos de su presunción. Al colocar a un noble o incluso a un padre o una madre a cargo de los suyos, aliviaba algo de la presión que sentía. Y hasta cierto punto eso es lo que había hecho, utilizar sus poderes para instruir a sus nobles, pidiéndoles que prepararan las defensas y las armas, que se prepararan para la guerra.

Molly palideció ante la idea de tener que hacerse cargo de su bebé, parecía tan conmovida que Gaborn temió que se desmayara. Molly sospechaba, con toda razón, que no podría protegerlo adecuadamente.

—Y yo también ayudaré a proteger a tu hijo —ofreció Binnesman como consuelo.

Masculló algunas palabras en voz baja, se mojó el dedo con la lengua y se arrodilló al borde de camino para revolver el dedo en el barro. Se levantó y con los dedos enlodados comenzó laboriosamente a dibujar una runa de protección en la frente del niño.

No obstante, era evidente que Molly creía que la ayuda del mago no sería suficiente. Las lágrimas le recorrían el rostro y, todavía de pie, se puso a temblar por la conmoción.

—Si fuese vuestro hijo —suplicó Molly a Gaborn—, ¿lo nombraríais elegido entonces?, ¿lo haríais?

Gaborn sabía que lo haría. Molly debió de leer la respuesta en el rostro de este.

—Os lo doy entonces —ofreció Molly—. Un regalo de bodas, si lo aceptáis. Os lo entrego para que lo criéis como hijo vuestro.

Gaborn cerró los ojos. La desesperación en el tono de voz de Molly lo hería como un hacha. Cómo podía elegir a este niño, *¿no sería algo cruel? Esto es una locura*, pensó. *Si lo nombro elegido, ¿cuántas otras miles de madres más pedirán lo mismo?, ¿diez mil?, ¿cien mil? Y, por otro lado, ¿si no lo hago y Molly tiene razón? ¿Qué pasará si por no hacer nada lo condeno a morir?*

—¿Tiene nombre el niño? —preguntó Gaborn, ya que en algunas tierras los hijos ilegítimos no recibían nombre alguno.

—Se llama Verrin —dijo Molly—, como su padre.

Gaborn contempló al bebé, penetró con sus ojos más allá de la dulce cara y la suave piel, en lo hondo de su pequeña mente. No había mucho que ver, una vida aún por vivir, unos cuantos anhelos imprecisos. El niño se sentía aliviado y agradecido por el pezón de su madre y por el calor de su cuerpo y la manera en que ella le cantaba cariñosamente para dormirlo. Pero Verrin no entendía a su madre como persona, no la quería como ella lo quería a él.

Gaborn contuvo un sollozo.

—Verrin Drinkham —dijo en voz baja, levantando la mano izquierda—, te nombro elegido, elegido de la tierra. Que la tierra te cure, que la tierra te oculte, que la tierra te haga suyo.

Gaborn notó los efectos de la fuerza vinculante.

—Gracias, alteza —dijo Molly.

Los ojos de la joven brillaban humedecidos por las lágrimas. Se giró y se puso en marcha en dirección hacia el castillo de Groverman, dispuesta a caminar los doscientos kilómetros hacia casa.

Al hacerlo, empero, Gaborn percibió una fuerte sensación de terror. La tierra le advertía que Molly se encontraba en peligro. Si regresaba al sur, moriría.

Si iba a asaltarla algún malhechor por el camino o a enfermar debido al viaje o a enfrentarse a otro sino más atroz, no lo sabía. Aunque no podía adivinar qué forma adoptaría el peligro, su premonición era tan fuerte como la del día en que murió su padre.

*Molly, pensó Gaborn, por ahí te espera la muerte. Vuélvete y ve al castillo de Sylvarresta.*

Molly se detuvo a media zancada, dirigió sus grandes ojos azules hacia él, con mirada inquisitiva. Dudó medio segundo y luego se giró y echó a correr camino arriba hacia el norte, en dirección al castillo de Sylvarresta como si un reaver le pisara los talones.

Los ojos de Gaborn se llenaron de lágrimas de agradecimiento ante la escena.

—Buena chica —susurró.

Había temido que no hubiera oído la advertencia o que tardara en hacerle caso.

El cronista de Gaborn, sentado sobre la mula blanca, miró a Gaborn y luego a la joven.

—¿La habéis hecho volverse ahora mismo?

—Sí.

—¿Presentís peligro en el sur?

—Sí —respondió Gaborn nuevamente, sin querer expresar cierto miedo que lo acechaba sigilosamente—. Al menos, peligro para ella.

Girándose hacia Binnesman, Gaborn dijo:

—No sé si voy a poder continuar así. No esperaba que esto resultara tan duro.

—A un rey de la tierra no se le pide que acarree cargas livianas —dijo Binnesman—. Se dice que tras la batalla de Caer Fael no se encontraron heridas en el cuerpo de Erden Geboren. Algunos piensan que murió de congoja.

—Tus palabras me consuelan —dijo Gaborn con ironía—. Quiero salvar a ese niño, pero al elegirlo, no sé si he hecho bien o mal.

—O quizás nada de lo que hacemos importa —dijo Binnesman, como si se resignara a la idea de que incluso los mejores esfuerzos no salvarían a la humanidad.

—No, debo creer que importa —se opuso Gaborn—. Debo creer que la lucha merece la pena. Si no, ¿cómo podré salvarlos a todos?

—¿A toda la humanidad? —preguntó Binnesman—. Imposible.

—Entonces debo encontrar la forma de salvar a la mayoría.

Gaborn se volvió para mirar a Días, el cronista que lo había seguido desde su infancia.

El hombre vestía una sencilla toga marrón de erudito y su rostro esquelético lo escrutaba sin parpadear. Aunque, cuando Gaborn clavó en él los ojos, este apartó la vista con aire de culpabilidad.

Esa sensación premonitoria que sentía Gaborn lo desconcertaba, y estaba convencido que Días podía advertirle del origen de tal peligro, si quisiera.

Sin embargo, hacía mucho que el cronista había abandonado su nombre y su propia identidad en interés del servicio a los señores del tiempo. No podía decir nada.

Pero, aunque se suponía que la devoción del historiador a los señores del tiempo no le dejaba mucho margen para inmiscuirse en los asuntos del hombre, Gaborn había oído anécdotas de cronistas que habían renunciado a sus votos.

Gaborn sabía que, muy lejos, en un monasterio del norte, en las islas más allá de Orwynne, vivía otro cronista (uno que había cedido al historiador de Gaborn un don de inteligencia y que, a su vez, había recibido del cronista de Gaborn el mismo don). Así, ambos compartían una sola mente, una hazaña raras veces repetida fuera del monasterio ya que podía provocar la demencia.

El cronista de Gaborn se llamaba «testigo» y los señores del tiempo le habían encomendado la tarea de observar a Gaborn y escuchar sus palabras. Su compañero, el amanuense, hacía de escribano y anotaba las proezas de Gaborn hasta la muerte de este, cuando se publicarían las crónicas de la vida de Gaborn.

Y, como todos los escribanos, vivían en un lugar común, compartían información. De hecho, conocían todo lo que sucedía entre los señores de las runas.

Por tanto, Gaborn presentía que los cronistas sabían demasiado y raramente compartían su sabiduría.

Binnesman se fijó en la mirada acusadora que Gaborn le lanzaba a Días y en voz alta se planteó lo siguiente: «Si tuviera que elegir las semillas para el jardín del año próximo, no sé si intentaría conservar casi todas o solamente las mejores».

## Capítulo 2



### *Extraños compañeros de cama.*

**L**a aldea de Hay, en las tierras centrales de Mystarria, era un desecho urbano en medio de un paisaje mediocre, pero contaba con una posada y la posada era lo único que Roland quería.

Entró a caballo en Hay pasada la medianoche sin que ni siquiera uno de los perros del lugar se despertara. En la distancia, hacia el suroeste, el cielo era del color del fuego. Varias horas antes, Roland se había encontrado con uno de los oteadores del rey, un hombre con seis dones de vista, quien le informó que un volcán había entrado en erupción, aunque Roland se encontrara demasiado lejos para oír la explosión. Pero el resplandor del fuego se había evidenciado a través de una columna de humo y cenizas. Aquella pira alejada se unió a la luz de las estrellas, produciendo así una claridad sobrenatural.

La aldea la constituían cinco casitas de piedra con tejados de paja. El posadero criaba puercos a los que les gustaba hozar en la puerta. Cuando Roland desmontó, un par de ellos se despertaron y lanzando un gruñido, se levantaron tambaleándose y olfateando el aire a la vez que parpadeaban. Roland aporreó la puerta de roble y se fijó en la imagen de Hostenfest clavada en ella: una imagen de madera del rey de la tierra hecha jirones, con una toga verde de viaje y una corona de hojas de roble. Alguien había sustituido el báculo del rey de la tierra por una ramita de tomillo de flores violetas.

El grueso posadero que recibió a Roland llevaba un delantal tan sucio que casi no se diferenciaba de sus cerdos. Por lo que, en silencio, Roland juró que se alejaría de allí sin probar desayuno alguno; aunque, en aquel momento necesitaba dormir y pagó por una habitación.

Como las habitaciones estaban todas ocupadas por viajeros que huían del norte, se vio obligado a compartir cama con un tipo enorme que olía a grasa y a demasiadas cervezas.

Pero afortunadamente la habitación estaba seca, mientras que el suelo a la intemperie no lo estaba. Así que Roland se metió en la cama con el otro, lo puso de

lado para que dejara de roncar e intentó dormir.

El plan se estropeó. Pasados dos minutos, el corpulento hombre se dio la vuelta de nuevo y comenzó a roncar muy alto en el oído de Roland. Aunque aún estaba dormido, envolvió a Roland con una pierna y comenzó a manosear su pecho. El hombre le agarraba tan fuerte que aquello solamente podía indicar que había adquirido dones de fuerza física.

Roland susurró amenazador:

—Estése quieto o por la mañana habrá una mano cortada en la cama.

El hombretón, cuya barba era tan espesa que incluso las ardillas podrían haberse escondido en ella, entreabrió los ojos en la tenue luz de la hoguera que penetraba a través de la ventana de pergamino.

—Oh, lo siento —se disculpó el grandullón—. Se me antojaba que era usted mi mujer.

Se dio la vuelta y enseguida comenzó a roncar.

Al menos eso era un consuelo. Roland había oído historias sobre hombres víctimas de sodomía en tales circunstancias.

Roland se puso de lado, dejó que la espalda del fulano le calentara el trasero, e intentó dormirse. Una hora más tarde, empero, tenía al hombracho de nuevo encima, agarrándole el pecho a Roland. Roland le propinó un buen codazo en los pectorales.

—¡Maldita seas, mujer! —gruñó el tipo en sueños, volviéndose de nuevo, enfurruñado—. No eres más que huesos.

Roland se prometió a sí mismo que a la noche siguiente dormiría con las piedras del campo.

Apenas ese pensamiento se le hubo pasado por la mente, se despertó de un sueño profundo. Otra vez estaba rodeado por los brazos del hombre, brazos grandes como troncos. Su compañero de lecho le había besado la frente. Una suave luz matinal entraba por la ventana. Con los ojos cerrados, el otro parecía profundamente dormido y respiraba hondo.

—Disculpe —dijo Roland, mientras asía la barba del hombre y tiraba de ella de un lado a otro.

Empujó la cabeza del hombre hacia atrás.

—Admiro a un hombre que puede demostrar su afecto, pero le ruego que se abstenga de mostrármelo a mí.

El hombre abrió los ojos rojos y miró a Roland durante medio segundo. Roland esperaba que aquel bruto se disculpara avergonzado.

En vez de ello, palideció algo consternado.

—¿Borenson? —gritó, despertándose del todo—. ¿Qué haces aquí?

Echó los ciento cincuenta kilos de peso hacia atrás, contra la pared, y allí se agazapó, temblando como horrorizado por si Roland le pegaba.

Se trataba de un hombre tremendo, de cabello negro y bastantes canas en la barba. Roland no lo reconocía. *Aunque he estado dormido durante veintiún años*, pensó.

—¿Le conozco? —preguntó Roland, rogando que le dijera su nombre.

—¿Si me conoces? Casi me matas, aunque debo reconocer que me lo merecía. Entonces era un imbécil, pero me he enmendado y ahora solamente soy medio imbécil. ¿No me conoces? ¡Soy el barón Poll!

Roland no conocía de nada al tipo. Me confunde con mi hijo, Ivarian Borenson, se percató Roland, la existencia del cual solamente había averiguado tras despertar de su largo sueño.

—¡Ah, barón Poll! —dijo Roland con entusiasmo, esperando que el hombre reconociera su propio equívoco.

No era probable que el hijo de Roland se le pareciera tanto: él tenía el cabello pelirrojo intenso y la tez pálida, pero la madre del muchacho era de piel bastante oscura.

—Me complace verte.

—Igualmente, me alegro de que pienses así. Entonces, ¿el pasado está olvidado? ¿Me perdonas... que te robara la bolsa? ¿Todo?

—En lo que a mí respecta, como si no nos conociéramos —dijo Roland.

El barón Poll parecía un tanto desconcertado.

—Parece que estás de un humor generoso, después de todas las palizas que te propiné... Imagino que te hiciste soldado. Uno podría hasta decir que me debes algo, ¿no?

—Ah, las palizas —repitió Roland, aún asombrado de que el tipo no se percatase de su confusión.

Roland únicamente sabía que su hijo era capitán de la guardia del rey.

—No fue nada. Yo las devolví con creces, ¿no?

El barón Poll miró a Roland de hito en hito, como si este se hubiera vuelto completamente loco. Roland comprendió que su hijo no se había defendido.

—Bueno... —aventuró Poll con recelo—, entonces me alegro de que nos reconciliemos. Pero... ¿qué haces aquí, en el sur? Pensaba que estarías en Heredon.

—Desgraciadamente, el rey Orden ha muerto —dijo Roland solemnemente—. Raj Ahten se enfrentó a él en Longmot. Miles de hombres cayeron en combate.

—¿Y el príncipe? —preguntó Poll, palideciendo.

—Por lo que sé, está bien —respondió Roland.

—¿Por lo que sabes? ¡Pero tú eres su guardaespaldas!

—Es por eso que tengo prisa en regresar a su lado —dijo Roland, bajándose de la cama.

Se echó la nueva capa de viaje de piel de oso por los hombros y se puso las pesadas botas.

El barón Poll movió su mole lentamente al borde de la cama, y echó un vistazo algo estupefacto.

—¿Dónde está tu hacha? ¿Y el arco? ¡Viajas sin armas!

—Sí.



Roland tenía prisa por llegar a Heredon y no se había molestado en comprar armas, apenas se había enterado la noche anterior de que las iba a necesitar cuando se encontró con varios refugiados que huían del norte.

El barón Poll miró a Roland como si este estuviera loco.

—Sabrás que el castillo de Crayden cayó hace seis días junto con el castillo de Fells y la fortaleza de Tal Dur, ¿no? Y que hace un par de días Raj Ahten destruyó Tal Rimmon, Gorlane y Aravelle. Doscientos mil hombres de Raj Ahten marchan hacia Carris y llegarán mañana al amanecer. ¿Te diriges sin armas hacia ese peligro?

Roland no conocía la topografía del lugar. Al ser analfabeto, no podía leer mapas y, hasta ahora, no se había desplazado a más de diez kilómetros de su hogar natal, en las Cortes de Tide. Aunque sabía que los castillos de Crayden y Fells defendían el paso de la frontera oeste de Mystarria, jamás había oído hablar de Tal Dur, pero sabía que los castillos al norte habían sido destruidos.

—¿Podré llegar a Carris antes que ellos? —preguntó Roland.

—¿Tu caballo es veloz?

Roland asintió.

—Posee un don de resistencia y uno de fuerza y metabolismo.

Se trataba de un noble corcel, como el que montaban los correos del rey. Tras una semana de viaje, Roland se había tropezado con un comerciante de caballos y le había comprado la bestia con el dinero heredado mientras dormía.

—Entonces, hoy puedes hacer cien kilómetros sin problema —dijo el barón Poll—. Pero las carreteras pueden resultar traicioneras. Los asesinos de Raj Ahten andan sueltos en masa.

—De acuerdo —dijo Roland.

Tenía la esperanza de que su cabalgadura estuviera a la altura del desafío. Se dio media vuelta con la intención de partir.

—Espera, no puedes marcharte así —dijo el barón Poll—. Llévate mis armas y mi armadura, lo que quieras.

Con la cabeza señaló hacia un rincón de la habitación. El peto del barón Poll se encontraba apoyado contra la pared junto con un hacha enorme, una espada tan larga como un hombre y una espada corta.

El peto era demasiado ancho para Roland, le sobraba la mitad, y dudó poder siquiera levantar la espada de mano y media lo suficiente como para utilizarla en combate. Roland era carnicero de profesión. El hacha era del mismo tamaño que las cuchillas de carnicero de doce kilos que Roland había utilizado para partir cabezas de vacuno, pero dudaba que en una refriega optara por un arma tan tosca. Aunque quedaba la espada corta, la cual no era mucho más grande que un buen cuchillo largo. Aun así, Roland no podía aceptar tal obsequio con engaños.

—Barón Poll —se disculpó Roland—, me temo que te has equivocado. Mi nombre es Roland Borenson. No soy miembro de la guardia del rey. Me confundes con mi hijo.

—¿Cómo? —exclamó el barón Poll—. El Borenson que yo conocía era un bastardo sin padre. Así lo decían todos. ¡Y nos burlábamos de él sin tregua por eso!

—Todos los hombres tienen padre —dijo Roland—. Yo he estado sirviendo como consagrado en la torre Azul los últimos veintiún años, cedí mi metabolismo a favor del rey.

—¡Pero todos afirmaban que estabas muerto! No. Espera... Ya recuerdo algo mejor la historia: se decía que eras un delincuente común, un asesino, ejecutado antes de nacer tu hijo.

—Ejecutado no —protestó Roland—, aunque quizás la madre de mi hijo lo hubiera deseado así.

—Ah, recuerdo bien a esa arpía —dijo el barón Poll—. Según la memoria, a menudo deseaba la muerte a todos los hombres. Desde luego, me maldecía lo suficiente.

El barón Poll se ruborizó de repente, como si le avergonzara seguir entrometiéndose.

—Debería haberlo sabido —dijo—. Sois demasiado joven. El Borenson que yo conocía posee dones de metabolismo y, por consiguiente, ha envejecido. En los últimos ocho años, ha envejecido más de veinte. Si ambos os pusierais hombro con hombro, creo que pareceríais padre e hijo, aunque el padre sería él y tú, el hijo.

Roland asintió con la cabeza.

—Ya lo has comprendido.

El barón Poll unió las cejas en modo pensativo.

—¿Te diriges a ver a tu hijo?

—Y también a ofrecer mis servicios a mi rey —contestó Roland.

—No posees dones —indicó Poll—. No eres un soldado. Nunca llegarás a Heredon.

—Seguramente no —asintió Roland.

Roland se dirigió hacia la puerta.

—¡Espera! —gritó el barón Poll—. Sacrifícate si quieres, pero no se lo pongas fácil a los otros; al menos, llévate un arma.

—Gracias —dijo Roland conforme cogía la espada corta.

No llevaba un cinturón con el que sujetar la vaina; así que se la guardó bajo la camisa.

El barón Poll resopló, disgustado por la elección de tal arma.

—De nada. Suerte.

El barón Poll salió de la cama y le estrechó la mano a Roland a la altura de la muñeca. El tipo agarraba tan fuerte como un torno. Roland también lo agarró fuertemente, como si poseyera dones de fuerza física propios. Los años que había pasado trabajando con cuchillos le habían fortalecido las muñecas y dejado un potente agarre, incluso tras décadas de estar dormido tenía músculos firmes y callos.

Roland se apresuró a la planta baja. La sala común estaba llena, los campesinos

que escapaban al sur se agolpaban en torno a unas mesas, mientras que los escuderos que se dirigían al norte con sus señores se sentaban en otras. Aquellos jóvenes afilaban hojas o frotaban el cuero o las cotas de malla con aceite. Algunos de los nobles iban extrañamente vestidos con casacas, calzas y gambesonos y se sentaban en taburetes en la barra.

El olor a pan fresco y carne era suficientemente atrayente para que Roland se arrepintiera de su promesa de salir de allí sin comer. Se sentó en un taburete vacío. Dos caballeros discutían enérgicamente acerca de cuánto dar de comer a un caballo de batalla antes de lanzarse en combate, y uno de ellos hizo un gesto con la cabeza hacia Roland, como si lo animara a unirse al debate. Roland se preguntó si el hombre lo conocía, o si creía que Roland era un noble debido a la capa de piel de oso que llevaba, y la casaca, calzas y botas nuevas. Roland sabía que iba vestido como un noble, pero enseguida oyó a un escudero susurrar el nombre de Borenson.

El posadero le trajo té con miel en una taza guardabigotes, y Roland comenzó a comer una barra de pan de centeno que mojaba en una salsera de jugo de carne, la cual contenía tropezones de carne de cerdo.

Mientras comía, se puso a reflexionar sobre los acontecimientos que habían transcurrido a lo largo de la semana.

Esta era la segunda vez en una semana que le habían despertado con un beso... Siete días antes hubo notado un roce en la mejilla, un roce suave e indeciso, como si una araña se arrastrara encima de él, y se despertó de golpe, con el corazón acelerado.

Sobresaltado, se encontró en una habitación con poca luz, tumbado en una cama al mediodía. Las paredes eran de piedra maciza, su colchón de plumas y paja. Reconoció el lugar de inmediato por la acidez del aire de mar. En el exterior, golondrinas de mar y gaviotas chillaban como si fuera un solitario lamento. Las enormes olas del océano rompían contra el rompeolas extraído de la roca antigua al pie de la torre. Como consagrado que había otorgado dones de metabolismo, había dormido profundamente durante veinte años. De algún modo, durante esos años de durmiente, Roland había percibido el azote de las olas temporales que hacían que todo el torreón se estremeciera con el impacto, erosionando la roca incesantemente.

Se encontraba en la torre Azul, a varios kilómetros al este de las Cortes de Tide, en el mar Caroll.

La pequeña estancia que habitaba era sorprendentemente escueta, casi como una tumba: no había mesa ni sillas, ni tapices ni alfombras que vistieran las paredes o el suelo desnudo. Ni un armario para ropa, ni siquiera una percha en la pared donde colgar una bata. No era una habitación habitable, solamente un lugar donde dormir eternamente. Aparte del colchón y Roland, el diminuto aposento contenía una joven que había dado un salto hacia atrás, hacia los pies de la cama, junto a una palangana. Roland la distinguió bajo la tenue luz que proyectaba una ventana incrustada de salitre. Era un bombón de cara ovalada, ojos azul pálido y pelo de color paja. Llevaba una corona de diminutas violetas en el pelo. Lo había despertado el roce de su largo

cabello.

El rostro de la joven enrojeció de vergüenza y se agachó un poco en cuclillas.

—Discúlpeme —tartamudeó—. La señora Hetta me ordenó que lo lavara.

Como si quisiera demostrar sus buenas intenciones, levantó un paño de lavar y se lo mostró.

No obstante, la humedad del trapo en los labios no le supo a Roland a trapo rancio sino al beso de una muchacha. Quizás quiso lavarlo, pero decidió procurarse una diversión algo más tentadora.

—Voy en busca de ayuda —dijo, y tiró el trapo en la palangana.

Se giró a medias desde donde estaba agazapada.

Roland la agarró por la muñeca, rápido, como cuando una mangosta atrapa una cobra. Debido a su celeridad, se había visto obligado a ceder su metabolismo al servicio del rey.

—¿Cuánto tiempo llevo dormido? —le suplicó.

Tenía la boca sequísima y las palabras le producían picor de garganta.

—¿En qué año estamos?

—¿Año? —preguntó la joven, apenas forcejeando con él.

Roland la tenía cogida firmemente. Aunque la muchacha podía haberse liberado, decidió quedarse. Roland percibió su aroma: limpio, con un toque de agua de lilas en el pelo, o igual eran violetas secas.

—Es el vigésimo segundo año del reinado de Mendellas Draken Orden.

Las nuevas no le sorprendieron, pero las palabras fueron un golpe. Veintiún años desde que cedí mi don de metabolismo al servicio del rey. Veintiún años durmiendo en este camastro mientras unas jóvenes me lavan de cuando en cuando o me dan sopa con una cuchara y se aseguran de que aún respiro.

Roland había otorgado su metabolismo a un joven soldado, un sargento llamado Drayden. En esos veintiún años, Drayden habría envejecido más de cuarenta, mientras que Roland dormía y no envejecía ni un solo día.

Se le antojaba que habían pasado unos instantes desde que se había arrodillado ante Drayden y el joven rey Orden y los mediadores cantaban con voces de pájaro, apretando los marcadores en el pecho de Roland, invocando el don. El dolor que le habían producido los marcadores fue indescriptible, llegó a notar el olor de la carne y del vello del pecho cuando comenzaron a chamuscarse, a sentir una fatiga aplastante mientras los mediadores extraían su metabolismo. Había aullado de dolor y de terror al final y, en apariencia, sucumbido para siempre.

Puesto que ya se había despertado, sabía que Drayden estaba muerto. Si un hombre cedía sus atributos a un noble, una vez que este moría, los atributos regresaban al consagrado. Si Drayden había muerto en combate o en el lecho, Roland no podía saberlo. Pero ya que era uno de los restablecidos, significaba con certeza que Drayden había muerto.

—Me voy —dijo la joven, forcejeando un poco.

Roland notó el suave vello del antebrazo. Tenía un par de granos en la cara, pero con el tiempo se imaginó que se convertiría en una belleza.

—Tengo la boca seca —dijo Roland, sin soltarla.

—Le traeré agua —le prometió y dejó de forcejear como si, al rendirse, esperaba que el otro la soltara.

Roland le soltó la muñeca, pero la miró fijamente a la cara. Era un hombre joven y hermoso de cabello largo y pelirrojo, recogido en la nuca, de barbilla pronunciada y ojos azules penetrantes, de cuerpo esbelto y musculoso.

—Hace un instante, cuando me besabas mientras dormía, ¿me deseabas a mí o a algún otro hombre?

La muchacha tembló de miedo, miró la pequeña puerta de madera del aposento de Roland, como si quisiera asegurarse de que estaba cerrada. Agachó la cabeza con timidez y dijo:

—A usted.

Roland escrutó el rostro de la joven. Unas cuantas pecas, boca recta, una nariz delicada. Deseaba besarla, justo detrás de la pequeña oreja izquierda.

Para rellenar el silencio, la muchacha comenzó a charlar:

—He estado lavándole desde que tenía diez años. Yo..., en ese tiempo, me he familiarizado bastante con su cuerpo. En su semblante hay amabilidad, crueldad y belleza. A veces me pregunto qué tipo de hombre es usted, y esperaba que se despertara antes de casarme. Me llamo Sera, Sera Crier. Mi padre, madre y hermanas murieron en un derrumbamiento de tierras cuando era pequeña, y ahora soy sirvienta aquí, en el torreón.

—¿Sabes mi nombre acaso? —preguntó Roland.

—Borenson. Roland Borenson. Todo el mundo en el torreón le conoce. Es usted el padre del capitán de la guardia del rey. Su hijo es el guardaespaldas del príncipe Gaborn.

Roland se maravilló. No sabía que tenía un hijo, aunque cuando hubo cedido el don su esposa aún era joven. Esta, empero, habría envejecido. En el momento de ceder el metabolismo, no sabía que esperaba un hijo.

Se preguntaba si la joven era sincera, por qué se sentía atraída por él.

—Sabes mi nombre. ¿Sabes también que soy un asesino? —preguntó.

Sera retrocedió estupefacta.

—Maté a un hombre —confesó Roland.

Se preguntó qué lo motivaba a contar eso. Aunque el hombre había muerto hacía ya veinte años, para él hacía apenas horas, y aún tenía reciente en la mente el tacto de las tripas del hombre entre las manos.

—Estoy segura de que tuvo una buena razón para hacerlo.

—Lo encontré en la cama con mi mujer. Lo abrí como a un pez, aunque mientras lo hacía, me preguntaba cuál era mi excusa. Nuestro matrimonio había sido concertado y fue una unión desacertada, se mirara por donde se mirara. No sentía

afecto por ella y ella me odiaba. Matar al hombre fue algo inútil. Creo que lo hice para hacerle daño a ella, no lo sé. Durante años te has preguntado qué clase de hombre soy, Sera. ¿Crees saberlo?

Sera se mojó los labios y comenzó a temblar.

—Cualquier otro hombre hubiera sido decapitado por tal obra. El rey debe de tenerle en estima. Igual él también discernió algo de amabilidad oculta bajo su crueldad.

—Yo solo veo desperdicio y estupidez —respondió Roland.

—Y belleza.

Sera se inclinó para besar los labios de Roland. Este desvió un poco la cabeza.

—Estoy comprometido —dijo.

—A una mujer que lo repudió y se casó con otro hace mucho, mucho tiempo...  
—contestó Sera.

Roland estaba convencido de que ella sabía de lo que hablaba al mencionar a su mujer. La noticia lo entristeció. La joven era la hija de otro carnicero, con un ingenio más afilado que los cuchillos de su padre, la cual siempre opinó que Roland era estúpido y Roland siempre opinó que ella era cruel.

—No —respondió, intuyendo que Sera no entendía lo que quería decir—. No comprometido con mi mujer, sino con mi rey.

Roland se incorporó en el catre, se miró los pies. No llevaba nada más que una túnica, una prenda de algodón rojo de buena calidad que absorbía el aire húmedo. No como la vieja ropa de trabajo de hacía veintiún años, cuando había cedido su don. Esas se habrían deshecho.

Sera le consiguió unos pantalones y un par de botas de piel de cordero y se ofreció a ayudarle a vestirse, aunque no necesitaba ayuda. Nunca se había sentido tan completamente restablecido.

Aunque ya era la segunda vez durante esa misma semana que Roland se había despertado con un beso, los labios de Sera Crier le resultaron bastante más apetecibles que los del barón Poll.

Mientras comía, un joven caballero con armadura de launas entró por la puerta delantera.

—¡Borenson! —gritó a modo de saludo.

En ese mismo instante, el barón Poll acababa de bajar la escalara y estaba de pie en el rellano.

—¡Y el barón Poll! —dijo el hombre, consternado.

De repente, la sala se convirtió en un remolino de agitación. Los dos nobles situados al lado de Roland se tiraron al suelo. El caballero que se encontraba junto a la puerta desenfundó la espada de la vaina con un ruido metálico. Los escuderos en el rincón gritaron varias versiones de «¡pelea!» y «¡contienda sangrienta!». Uno de los muchachos tumbó una mesa y se ocultó tras ella como si fuera una barricada. Una

joven que servía a los campesinos tiró una cesta con panes al aire y salió corriendo en dirección a la alacena, chillando:

—¡Barón Poll y *sir* Borenson en la misma habitación!

El posadero salió corriendo de la cocina, pálido, como si esperara rescatar el mobiliario.

Allí donde Roland mirara, veía caras asustadas.

El barón Poll permaneció de pie en el rellano, contemplando la escena con una sonrisa burlona en los labios.

Roland disfrutó con la broma. Arrugó la frente, sacó la espada corta y lanzó una mirada amenazadora al barón Poll. Después, cortó una barra de pan en dos y clavó la punta de la daga en el mostrador, para que quedara allí agitándose.

—Parece ser que a mi lado ha quedado vacío un taburete, barón Poll —dijo Roland—. ¿Desayunas conmigo?

—Vaya, gracias —dijo cortésmente el barón Poll.

Balanceándose, se acercó al taburete, se sentó, tomó la mitad de la barra y la metió en la salsera de Roland.

*La multitud no daba crédito, Roland pensó, están igual de sorprendidos que si el barón Poll y yo fuéramos un par de sapos volando por la sala, como colibríes, y cazando moscas con largas lenguas.*

Aterrorizado, el joven caballero exclamó:

—¡Pero ustedes no pueden estar a cincuenta leguas el uno del otro, por orden del rey!

—Cierto, pero anoche, por pura casualidad, Borenson y yo nos vimos forzados a compartir el mismo camastro —respondió el barón Poll con satisfacción—. Y debo admitir que jamás había tenido un compañero de cama más cordial.

—Ni yo —añadió Roland—. Pocos hombres le calentarían a uno el trasero tan bien como el barón Poll. El hombre es tan grande como un caballo y tan caliente como la fragua de un herrero. Sospecho que podría calentar a una aldea entera por la noche. Podría freírse pescado en sus pies o cocer ladrillos en su espalda.

Todos los miraban de hito en hito, como si estuvieran chalados, mientras Roland y el barón Poll discutían en voz alta tópicos como el tiempo, las recientes lluvias, que habían empeorado la gota de la suegra de Poll, la mejor forma de cocinar el venado y demás. Los miraban cautelosamente, como si en cualquier instante fuera a acabarse la tregua y ambos hombres fueran a sacar los puñales.

Por fin, Borenson le dio una palmada a Poll en la espalda y salió fuera, a la luz del alba. La aldea de Hay hacía honor a su nombre, en el campo había pajares por doquier y rudbequias que estaban muy floridas para aquella altura del verano. Al borde de la carretera, saliendo de la aldea, abundaban los tonos amarillos y marrones intensos. La campiña era llana y la hierba había crecido mucho, y en anteriores veranos las rudbequias ya estaban descoloridas por el sol, casi marchitas.

Los puercos se habían marchado de la puerta de la posada, un acto sensato. Un

par de gallinas rojas picoteaban en el lodo a los pies de Roland. Este esperó a que un mozo de cuadra le trajera su caballo. Mientras, estuvo de pie observando el cielo neblinoso. El ambiente estaba húmedo con masas de niebla. La ceniza del volcán flotaba entre la niebla como copos de nieve cálida.

El barón Poll salió y estuvo con él un instante, mirando hacia arriba y acariciándose la barba.

—Hay maldad en la erupción del volcán, y magia poderosa —predijo—. Tengo entendido que Raj Ahten lleva tejedores de llamas en su cortejo. Me pregunto si estarán involucrados en esto.

A Roland se le antojaba poco probable que los tejedores de llamas tuvieran algo que ver con el volcán. Había hecho erupción muy al sur y los soldados de Raj Ahten se reunían en Carris, unos cien kilómetros al norte. No obstante, aquello no presagiaba nada bueno.

—¿Qué es eso de las órdenes del rey? —preguntó Roland—. ¿Por qué debes mantenerte a cincuenta leguas de mi hijo?

—Ah, no es nada —dijo el barón Poll con una sonrisa avergonzada—. Agua pasada, te lo contaría, pero probablemente pronto te enteres de labios de un trovador, imagino. Lo cuentan casi bien del todo.

El barón Poll bajó la vista al suelo, algo sofocado, y se limpió la ceniza que le había caído en la capa.

—He temido mortalmente a tu hijo los últimos diez años.

Roland se preguntó qué habría hecho su hijo si se hubiera despertado en los brazos de aquel hombre.

—Pero los malos tiempos pueden convertir a los peores enemigos en amigos, ¿no? —dijo el barón Poll—. Y los hombres pueden cambiar, ¿verdad? Si lo encuentras, deséale a tu hijo lo mejor de mi parte.

La expresión de Poll rogaba el perdón de Roland, y a este le hubiera complacido perdonarlo; pero no podía hablar por su hijo.

—Lo haré —prometió Roland.

A lo lejos, por el camino de tierra que venía del sur, cincuenta caballeros galopaban hacia el norte. Los cascos de los caballos de batalla retumbaban en la tierra.

—Quizás tu trayecto hacia el norte no resulte tan peligroso después de todo —dijo el barón Poll—. Pero, toma nota de lo que te digo, ten cuidado en Carris.

—¿Tú no te diriges al norte? Pensaba que vendrías conmigo.

—¡Bah! —dijo el barón Poll—. Yo voy en dirección equivocada. Tengo una finca de verano en las afueras de Carris y mi mujer quería que me llevara algunos objetos valiosos antes de que los hombres de Raj Ahten saqueen el lugar. Estoy ayudando a los sirvientes a proteger el carro.

Eso parecía una actitud cobarde, pero Roland no dijo nada.

—Ya —dijo el barón Poll—, sé lo que piensas. Pero tendrán que luchar sin mí,



tuve dos dones de metabolismo hasta el otoño pasado, cuando algunos de mis consagrados fueron abatidos. Me siento demasiado viejo y gordo para un combate de verdad. La armadura me sienta como me sentaría la ropa interior de mi mujer.

Aquellas palabras le resultaron duras, el barón deseaba ir con él. No obstante, no aparentaba tener más de cuarenta y pico años. Si había tenido consagrados durante diez, cronológicamente tendría veinte años; la edad de Roland.

—Podíamos saltarnos la batalla de Carris —sugirió Roland— y buscarnos otra más a tu gusto. ¿Por qué no vienes conmigo?

—¡Ja, ja! —Rio el barón Poll—. ¿Casi mil trescientos kilómetros hasta Heredon? Si no te preocupa tu salud o la mía, ¡al menos apiádate de mi pobre caballo!

—Deja que tus criados transporten tus tesoros. No necesitan que los protejas.

—Ah, mi mujer la tomaría conmigo, ¡la bruja! Es mejor provocar la ira de Raj Ahten que la suya.

Una doncella salió de la posada y, con experta destreza, agarró por el cuello a una de las gallinas que habían estado picoteando la tierra.

—Tú vienes conmigo. Lord Collinward quiere que acompañes su desayuno.

Le retorció el cuello y comenzó a desplumarla mientras se la llevaba a la parte de atrás de la posada.

Instantes más tarde, los caballeros del sur entraban en la aldea y condujeron a los caballos hacia el establo. Parece ser que esperaban descansar, informarse y atender a las monturas.

Cuando el mozo de cuadra le trajo el caballo, Roland montó y entregó una moneda pequeña al muchacho. La potranca estaba bien restablecida, retozona. Era una enorme bestia roja cuyos cascos y frente resplandecían de blanco. Se comportaba como si estuviera preparada para una enérgica carrera al aire fresco de la mañana. Roland se marchó por el camino, atravesando un campo envuelto en niebla alta que pronto se convirtió en una neblina baja.

Roland olfateó las cenizas. Por la carretera hacia el norte estaba el ejército de Raj Ahten, se decía que contaba con hechiceros, con los Invencibles, los gigantes frowth y con violentos canes de guerra.

No pudo evitar pensar en lo injusta que podía llegar a ser la vida. Esa pobre gallina en la posada no había tenido oportunidad alguna antes de morir.

Mientras Roland se ocupaba de tales pensamientos nefastos, lo sobresaltó el estruendo de un caballo a galope tendido.

Miró hacia atrás, preocupado ante la idea de que fuera un ladrón o un asesino. Cabalgaba entre la niebla espesa y no distinguía trescientos metros de distancia por delante. Espoleó a su cabalgadura y se salió de la carretera, buscó la espada corta justo cuando una descomunal figura apareció estrepitosamente entre la niebla, detrás de él.

El barón Poll dio un brinco sobre la montura.

—¡Bien hecho! —gritó el caballero rechoncho, manteniéndose sentado a duras

penas encima del corcel de batalla.

La bestia miraba a su alrededor con expresión aterrorizada, los ojos bien abiertos y las orejas hacia atrás, como temiendo que su dueño fuera a propinarle un buen cachete.

—¿No te dirigías al sur con tus tesoros? —preguntó Roland.

—¡Al diablo con ellos! Los sirvientes pueden fugarse con todo, por lo que a mí respecta. ¡Que se queden también con la arpía de mi mujer! —gritó el barón Poll—. Tenías razón, ¡es mejor morir joven, con la sangre caliente en las venas, que morir viejo y lentamente por obesidad!

—Yo no dije eso —protestó Roland.

—¡Anda ya! Tu mirada lo decía todo, muchacho.

Roland enfundó la espada.

—Bueno, puesto que tengo ojos tan elocuentes le daré un descanso a la lengua indisciplinada.

Con ello, introdujo al caballo en la niebla.

## Capítulo 3



### Hostenfest.

**M**yrrima se despertó al alba con lágrimas en los ojos. Se las secó y permaneció tumbada, maravillada ante la rara sensación de melancolía que la había invadido cada amanecer durante los últimos tres días. No sabía con certeza por qué se despertaba llorando.

No debería sentirse de esa manera. Era el último día de Hostenfest, el día del gran banquete, y debería ser el día más feliz del año. Además, en las últimas semanas, había logrado varias pequeñas victorias. En vez de dormir en su casucha a las afueras de Bannisferre, se había despertado en su habitación en el torreón del Rey en el castillo de Sylvarresta. En los últimos tres días, se había convertido en íntima amiga de la reina Iome Orden y se había desposado con un caballero de relativa riqueza. Sus hermanas y su madre se encontraban en el castillo, en el torreón de los Consagrados, donde recibirían cuidados de por vida.

Debería sentirse contenta y, sin embargo, era como si la fatalidad la abrumara.

A través de la ventana, oía a los mediadores del rey canturreando en el torreón de los Consagrados. Durante la última semana, miles de personas habían ofrecido sus atributos al servicio del rey de la tierra. Aunque Gaborn era un señor vinculado por juramento, y había prometido no tomar la fuerza, inteligencia o resistencia de otros a menos que le fueran otorgadas voluntariamente, todavía no había aceptado ni un solo don. Algunos temían que hubiera abandonado la costumbre del todo, aunque no había prohibido a sus caballeros tomar dones.

El rey Gaborn Val Orden parecía contar con un interminable suministro de marcadores y, toda esa semana, el mediador jefe había estado trabajando con sus aprendices día y noche, repartiendo dones entre los caballeros de Heredon, como intento de reconstrucción de las diezmadas tropas del reino. Sin embargo, el torreón de los Consagrados solamente estaba medio lleno.

Un suave golpeo le llegó desde la puerta, Myrrima se giró en la cama, envuelta en sábanas de satén; observó por una ventana del mirador. La luz matutina apenas se reflejaba a través de la imagen de la vidriera de colores (palomas de luto cruzando un

cielo azul, como vistas a través de una cortina de hiedra). Se dio de cuenta de que el suave sonido de la puerta la había despertado.

—¿Quién es?

—Soy yo —dijo Borenson.

Retirando las sábanas, se levantó de un salto, corrió hacia la puerta y la abrió de golpe. Allí estaba Borenson plantado ante el umbral, con una lámpara en las manos, cuya pequeña llama temblaba con las corrientes de aire en la fortaleza. Parecía una mole allí en la oscuridad, sonriente como un niño que tiene algo gracioso que contar. Los enormes ojos azules le chisporroteaban y la barba pelirroja se abría como un abanico.

—No hace falta que llames a la puerta —rio Myrrima.

Ya llevaban cuatro días casados, aunque Borenson se había escabullido y había pasado los últimos tres de cacería. Lo que era todavía peor: no habían consumado el matrimonio y Myrrima estaba algo perpleja.

Sir Borenson parecía estar locamente enamorado pero, cuando a ella se le ocurrió llevarlo al lecho la noche de bodas, este se limitó a decir: «¿Cómo puede un hombre deleitarse con tal placer cuando esta noche cazaré en el bosque de Dunn?».

Myrrima no tenía ninguna experiencia con los hombres. No sabía si era correcto sentirse tan dolida ante el rechazo. Se preguntaba si realmente Borenson estaba tan sobreexcitado con la cacería, si eso era natural, o si tenía alguna herida de guerra que le impedía demostrar afecto. Igual Borenson únicamente se había casado con ella porque Gaborn lo había sugerido.

Durante días estuvo dolida y desconcertada, anhelando el regreso de Borenson. Por fin había regresado.

—Temía que estuvieras profundamente dormida —dijo Borenson.

Dio un paso hacia adelante, se atrevió a darle un beso mientras sostenía la lámpara hacia un lado. Myrrima tomó la lámpara y la colocó sobre un baúl.

—Así no —dijo ella—. Estamos casados.

Lo agarró de la barba y lo atrajo hacia ella, lo besó bruscamente, conduciéndolo hasta la cama. Esperaba que ya se hubiera calmado.

Casi de inmediato se arrepintió de ello. Borenson iba todo manchado y llevaba la cota de malla cubierta de barro. Alguien tendría que dedicar horas a limpiar la ropa de la cama.

—Oh, esto tendrá que esperar —sonrió Borenson—. Aunque no demasiado tiempo, claro. Solo hasta que me haya lavado.

Myrrima lo miró fijamente. La melancolía que había sentido minutos antes se había disipado del todo.

—Ve y lávate entonces.

—Todavía no —se rio Borenson con satisfacción—. Tengo que enseñarte algo.

—¿Me has cazado un jabalí para Hostenfest? —Se rio Myrrima.

—Este Hostenfest, nada de jabalís —contestó él—. La cacería no salió como

anticipamos.

—Bueno, imagino que los nobles sentados a la mesa pueden arreglárselas con un conejo —se burló Myrrima—. Aunque yo no querría algo más pequeño. Nunca me gustaron los ratones de campo.

Borenson sonrió enigmáticamente.

—Vamos, date prisa.

Borenson se acercó al guardarropa de Myrrima y extrajo un vestido azul sencillo. Myrrima se quitó el camisón, se puso el vestido y empezó a atarse los lazos del canesú. Borenson contemplaba la escena, deleitado al verse entretenido por su nueva esposa. Ella se puso unos zapatos y, segundos más tarde, se vio obligada a correr escalera abajo por el torreón para alcanzar a Borenson.

—La cacería no fue bien —dijo Borenson cogiéndole la mano—. Tuvimos algunas bajas.

Se quedó perpleja ante eso. Aún quedaban algunos nomen de pelo negro y gigantes frowth merodeando por el bosque, pues Raj Ahten había buscado refugio al sur hacía días, abandonando a todo aquel que se encontrara demasiado cansado para huir. Se preguntaba cómo habían muerto los lores.

—¿Bajas?

Borenson asintió con la cabeza, sin querer decir más.

En pocos segundos se encontraban en la calle empedrada. El aire matinal era muy frío y Myrrima veía su propio aliento. Borenson la condujo apresuradamente por el rastrillo de la puerta del Rey, corrieron por la calle del Mercado hasta la puerta de la ciudad. Allí, justo al otro lado del puente levadizo, junto al foso, se estaba formando un gran gentío.

Los campos frente al castillo de Sylvarresta estaban llenos de pabellones de colores vivos que se extendían como una ciudad de tela. Durante esa semana, otros cuatrocientos mil campesinos y nobles de Heredon y otros reinos se habían reunido allí para ver al rey de la tierra, Gaborn Val Orden. La campaña se había convertido en un laberinto infinito de tiendas y animales, tanto que las tiendas tapaban las colinas cercanas, y pueblos enteros habían brotado en las llanuras del sur y del oeste.

Por todos lados, comerciantes y mercaderes levantaban puestos y creaban mercadillos improvisados entre la multitud. El olor a salchichas cocidas se paseaba entre la gente y, como era día festivo, cientos de juglares calentaban los laúdes y las harpas bajo los árboles.

En la distancia, cuatro muchachos campesinos cantaban con acompañamiento de gaitas y laúdes, y lo hacían tan mal que Myrrima no podía discernir si actuaban de un modo serio o, por lo contrario, se estaban burlando de los precarios esfuerzos de otros.

Borenson apartó a algunos campesinos a codazos y echó a un par de mastines para que Myrrima pudiera ver lo que había en medio del corro de gente.

Lo que vio la repugnó: un pedazo de carne gris igual de grande que una carreta

sobre la hierba; era la cabeza sin ojos de un reaver. Los tentáculos le colgaban de la parte trasera del cráneo como lombrices muertas y las hileras de dientes cristalinos tenían un aspecto aterrador bajo el sol de la mañana. Aquella cosa estaba sucia después de haber sido arrastrada durante kilómetros y kilómetros. No obstante, bajo la mugre, Myrrima distinguió runas tatuadas en la horripilante carne de la frente del monstruo; runas de poder que, incluso entonces, brillaban como tenues llamas. Todos los niños de Rofehavan conocían el significado de aquellas runas faciales: este no era un reaver corriente, era un hechicero.

El corazón de Myrrima se aceleró, como si quisiera salirse del pecho. Le costaba respirar y se sintió mareada. De repente, le entró frío y se quedó allí plantada, recogiendo el calor de los cuerpos de los extraños mientras los mastines olfateaban la cabeza del reaver y agitaban las colas mochas nerviosamente.

—¿Un reaver hechicero? —preguntó con pocos ánimos.

Nadie había matado a un reaver mago en Heredon durante los últimos mil seiscientos años. Myrrima escrutó aquella cabeza. El monstruo podía haber partido en dos de un mordisco un ropero, o incluso un hombre.

Los campesinos se reían nerviosamente. Los niños estiraban el brazo para tocar aquella horrible cosa.

—La atrapamos en el bosque de Dunn, en unas ruinas duskin subterráneas. La encontramos con sus machos, por lo que los matamos a todos y rompimos los huevos.

—¿Cuántos han muerto? —preguntó Myrrima, aturdida.

Borenson no contestó enseguida.

—Cuarenta y un caballeros de los buenos —dijo por fin—. Lucharon bien. Fue una contienda violenta.

Y añadió lo más modestamente posible:

—Yo maté a la hechicera.

Myrrima se volvió hacia él, toda enfurecida.

—¿Cómo puedes hacer esto?

Sorprendido ante tal reacción, Borenson balbuceó:

—No... No fue fa... fácil, confieso. La reaver me hizo sudar, se resistía a perder la cabeza.

De repente, Myrrima lo vio todo claro: el despertar cada mañana tan melancólica, las noches en vela. Estaba aterrorizada. Había querido casarse por dinero y, en vez de eso, se había enamorado. Mientras tanto, su marido parecía más interesado en arriesgar la vida que en hacerle el amor.

Se dio la vuelta e, indignada, se marchó entre la gente, apartando a los mirones, abriéndose paso hacia la puerta del castillo, cegada por las lágrimas.

Borenson fue tras ella, le dio alcance al pie del puente levadizo y la giró hacia él.

—¿Por qué estás tan enfadada?

Su voz sonó tan alta que asustó a un pez que nadaba entre los juncos del foso. El agua se arremolinó cuando algo grande se alejó nadando. El gran gentío que entraba

en el castillo dejó espacio a Borenson y Myrrima, los rodeaban como si fueran islas en un arroyo.

Myrrima se giró completamente para mirarlo cara a cara.

—Estoy enojada porque me dejas.

—Por supuesto que te dejo, en unos días —dijo Borenson—. Pero no lo hago voluntariamente.

Borenson había matado al rey Sylvarresta, y Myrrima sabía que eso lo avergonzaba, a pesar de que Sylvarresta había dado un don a Raj Ahten, otorgando inteligencia al señor de los lobos. Aunque Sylvarresta fue un hombre bueno, y solamente había otorgado su don bajo coacción, la verdad era que en una guerra tan horrible como esta un amigo no podía mostrar consideración con otro amigo; ni un hermano con otro hermano.

Al ceder un don de inteligencia a Raj Ahten, el rey Sylvarresta se convirtió en enemigo de todos los hombres justos y Borenson no tuvo más remedio que cumplir con su deber y acabar con la vida de su viejo amigo.

Una vez hecho, la hija del rey, Iome, se resistió a castigar a Borenson, pero tampoco pudo perdonarlo. Así pues, le ordenó que realizara un acto de penitencia, que partiera hacia las tierras al otro lado de Inkarra en busca del legendario Daylan Hammer, la «esencia de todos los hombres», y que lo trajera a Heredon para que los ayudara a derrotar a Raj Ahten.

Sonaba a aventura insensata. Aunque corría el rumor de que aún vivía, Daylan Hammer no podía seguir con vida después de dieciséis siglos. *Sir* Borenson parecía resistirse a la marcha cuando veía mejores formas de proteger a los suyos. No obstante, el deber lo obligaba y tendría que partir pronto.

—No deseo marcharme —dijo Borenson—, pero debo hacerlo.

—Es largo el camino a Inkarra. Demasiado largo para un hombre solo, podría acompañarte.

—¡No! —insistió Borenson—. No puedes. No sobrevivirías.

—¿Qué te hace pensar que tú sí sobrevivirás? —preguntó Myrrima, aunque ya supiera la respuesta.

Era capitán de la guardia del rey, con dones de fuerza física, resistencia y metabolismo. Si había algún hombre que podía atravesar el territorio enemigo, ese era Borenson. Inkarra era un lugar peligroso, una región extraña donde no se toleraba a los habitantes del norte. Ni él ni Myrrima se desplazarían con facilidad por Inkarra; los inkarranos eran de tez pálida como el marfil y de pelo lacio, color de plata. Borenson y Myrrima no podrían caracterizarse lo suficiente como para disimular su origen extranjero.

La mayoría de los inkarranos eran gente nocturna que trabajaban y se movían durante las horas de oscuridad. Durante el día, se pasaban casi todo el tiempo en casa o en los tenebrosos bosques. Evitarlos resultaría casi imposible.

Y si capturaban a Borenson, este se vería obligado a luchar en aquel lúgubre

terreno. A fin de mantenerse con vida, tendría que viajar ocultándose durante la noche lo mejor posible, y evitar todo contacto con los inkarranos.

—No puedo llevarte conmigo —dijo Borenson—. Me retrasarías la marcha, nos matarían a ambos.

—Esto no me hace gracia —dijo Myrrima—. No me gusta la idea de que vayas solo.

Un vendedor con un carrito de mano se acercó a ellos y Myrrima se quitó del paso y tiró de Borenson.

—A mí tampoco, pero no estarás pensando que me servirías de ayuda...

Myrrima negó con la cabeza y una lágrima le salpicó la mejilla.

—Ya te conté la historia de mi padre, un mercader bastante adinerado que, según dicen, fue asaltado y asesinado y luego alguien quemó su tienda para ocultar las pistas. A veces me pregunto si podía haberlo salvado. La noche que lo mataron, no era el más rico mercader de Bannisferre ni el más pobre. Pero estaba solo. Igual si lo hubiera acompañado...

—Si lo hubieras acompañado, probablemente estarías muerta —dijo Borenson.

—Quizás —susurró—. Aunque a veces preferiría estar muerta que vivir sabiendo que podría haber sido de ayuda.

Borenson la miró con dureza.

—Admiro tu lealtad, la aprecio. Pero el peor día de mi vida fue la semana pasada cuando me enteré de que fuiste a Longmot con la esperanza de unirme a mí en combate. Quiero que duermas a mi lado, no que luches a mi lado, aunque tengas el corazón de un guerrero.

La besó con ternura.

Durante unos instantes cruzaron la mirada. Myrrima sostuvo la mano extendida de Borenson. Una declaración.

—Si no puedo ir contigo —dijo Myrrima—, no seré feliz hasta que no regreses.

Borenson sonrió y apoyó su frente en la frente de Myrrima. Le besó la nariz.

—Entonces, acordemos eso. Ninguno de los dos será feliz hasta que regrese.

La abrazó durante un rato y dejó que los campesinos circularan en dirección al castillo.

A su espalda, Myrrima oyó a un par de hombres que decían:

—No hace más de media hora que nombró elegida a esa zorra de Bonny Cleads, ¡anda que...! ¿Por qué el rey de la tierra elige a alguien como ella?

—Dice que escoge a quien ama a su prójimo —dijo el otro—, y no conozco a nadie que ame al prójimo más que ella.

Myrrima notó que Borenson se ponía tenso en sus brazos al prestarles atención a los campesinos. Aunque le molestaba oír tales críticas al rey, no se enfrentó a aquellos tipos.

Myrrima oyó un grito y un chapoteo en el agua, como si alguien hubiera lanzado algo al foso, pero hizo caso omiso hasta que Borenson se separó de ella y se volvió a



mirar. Miró para comprobar qué había captado la atención de Borenson. A unos cien metros de distancia corriente arriba, había cuatro jóvenes de pie en el dique que contemplaban el foso, sentados en una pequeña cuesta bajo un sauce muy grande.

El sol brillaba y el cielo estaba despejado. Una niebla matutina se elevaba del agua oscura. Conforme Myrrima los observaba, un enorme pez apareció en la superficie del foso y se puso a nadar perezosamente. Uno de los muchachos le lanzó un arpón, pero el pez salió disparado y se sumergió de nuevo.

—¡Eh! —gritó Borenson como enfadado—. ¿Qué hacéis, muchachos?

Uno de ellos, enjuto, con el pelo de estropajo y la cara triangular, dijo:

—Pescar un esturión para Hostenfest. Unos cuantos de los grandes entraron en el foso esta mañana.

Mientras hablaba, un pez descomunal de entre dos y dos metros y medio emergió en la superficie y comenzó a aletear, dando vueltas de forma curiosa; haciendo caso omiso de un patito que buceaba en unos juncos cercanos. El enorme pez no parecía estar cazando moscas. Uno de los jóvenes preparó el arpón.

—¡Alto en nombre del rey! —ordenó Borenson.

Myrrima no tuvo más remedio que sonreír al oír como Borenson se apropiaba del nombre del rey.

El muchacho que tenía el arpón en la mano miró a Borenson como si este se hubiera vuelto loco.

—Pero nunca antes un pez tan grande había entrado en el foso —dijo.

—¡Ve en busca del rey ahora mismo! —ordenó Borenson—. ¡Y del mago Binnesman también! Diles que es una emergencia, que en el foso hay unos peces extremadamente raros.

El muchacho miró al esturión con ansia, el arpón aún en posición sobre el hombro.

—¡Ahora! —bramó Borenson—. O juro que te degollaré ahí mismo.

El otro dirigía la mirada de Borenson al pez, así una y otra vez, hasta que tiró el arpón y salió corriendo hacia el castillo.

Cuando Gaborn se acercó al foso iba de la mano de su esposa, Iome, y el mago Binnesman caminaba tras ellos. Un gentío de campesinos se había agolpado en la orilla. Estos parecían perplejos y enfadados porque un caballero estuviera allí plantado, haciéndole la guardia a los enormes esturiones a menos de seis metros de la orilla. Refunfuñaban acerca de cómo los peces eran «suficientemente buenos para el estómago del rey, pero no para el nuestro».

Borenson había estado recabando información sobre los peces durante varios minutos. Al alba alguien había avistado nueve esturiones nadando hacia el foso desde el río Wye, los cuales aleteaban ya en la superficie, en el exterior de los muros del castillo, ejecutando una curiosa y sinuosa danza.

Iome se acercó a Myrrima, sonreía radiante debido a que su marido había vuelto a

casa. Los cronistas de Gaborn y Iome los seguían.

—Tenéis buen aspecto —dijo Myrrima—. De hecho, tenéis la tez encendida.

Era cierto. Iome se limitó a sonreír ante el comentario. En los últimos días, Iome había invitado a Myrrima a acompañarla durante las comidas como si Myrrima fuera una doncella nacida en la corte. Myrrima se sentía algo incómoda y aprensiva ante tal comportamiento, como si solamente jugara a ser la esposa de un noble, aunque Iome parecía estar muy complacida con su compañía en todos los sentidos.

La dama de honor de Iome, Chemoise, había partido durante la semana hacia la finca de un tío en el norte. Iome y Chemoise habían sido compañeras constantes durante los últimos seis años. Ahora que estaba casada, no le hacía falta una dama de honor que la acompañara a todas horas. Aun así, Myrrima se preguntaba si Iome anhelaba la compañía de una dama. Desde luego, Iome había intentado hacerse amiga suya.

Iome besó a Myrrima en la mejilla y sonrió a modo de saludo.

—Tú también tienes buen aspecto. ¿A qué se debe tanto alboroto?

—Imagino que se trata de los peces grandes —dijo Myrrima—. Creo que nuestros lores y caballeros siguen siendo unos niños.

—Y tanto. Nuestros maridos actúan de forma curiosa hoy —dijo Iome.

Myrrima simplemente se rio porque llevaban solamente cuatro días de casadas y ninguna de ellas estaba acostumbrada a hablar de «nuestros maridos».

Al poco, el joven rey Orden se arrodillaba junto al foso, un hombre joven de cabello oscuro y ojos azules que escudriñaba las profundidades junto a los nenúfares rosas. El guardián de la tierra, Binnesman, lo imitó, con aquellas vestiduras de mago en tonos escarlatas y rojizos.

Al ver a los peces, Gaborn los miró asombrado. Se acercó a la orilla del río y se plantó junto a Borenson, luego se sentó de cuclillas y observó a los peces mientras estos daban vueltas y buceaban.

—¿Magos acuáticos? —inquirió Gaborn—. ¿Aquí, en el foso?

—Eso parece —dijo Borenson.

—¿Qué quieres decir con eso de «magos acuáticos»? —preguntó Iome a Gaborn—. Son peces.

El guardián de la tierra lanzó una mirada paciente a Iome y se acarició la barba grisácea.

—No asumáis que para ser hechicero hay que ser humano. A menudo, los Elementos prefieren a las bestias. Ciervos y zorros suelen aprender algunos encantamientos mágicos para esconderse en el bosque y moverse sigilosamente. Estos peces parecen ser muy poderosos.

Gaborn sonrió a Iome abiertamente.

—El otro día me preguntabas si mi padre había traído algún mago acuático para nuestros esponsales y ahora Heredon me sorprende con los suyos propios.

Iome sonrió como una niña y apretó la mano de Myrrima.

Myrrima miraba a los peces de hito en hito, maravillada. Había oído rumores sobre peces vetustos en el nacimiento del Wye, peces mágicos que ningún hombre podía capturar. Se preguntaba qué hacían allí.

Iome preguntó:

—Incluso si los Elementos los prefieren, ¿de qué nos sirven? No podemos hablar con ellos.

—Seguramente no nos comunicamos bien —dijo Binnesman—. Pero Gaborn puede escuchar lo que dicen.

Gaborn lanzó una mirada al mago, como si le sorprendiera que el guardián de la tierra opinara que podría hacer tal cosa.

—Utilizad el poder de la vista terrestre —le dijo Binnesman—, para eso está.

A sus espaldas, se agolpaba un gentío de niños y mirones. Varios de los niños mayores habían traído redes de pescar de las orillas del río y otros habían recogido arpones y arcos con la esperanza de pescar los esturiones para comer, si el rey lo permitía. Parecían algo desesperados ante la perspectiva de saltarse una comida.

Ahora que el sol estaba un poco más alto, Myrrima veía los esturiones con mucha más facilidad, con sus lomos azul oscuro. Nadaban en círculos cerca de la superficie, las aletas cortaban el agua mientras nadaban de forma extraña. Para el observador inexperto, podría parecer que agitaban la superficie como el salmón, listos para desovar.

—¿Qué ha pasado con el agua del foso desde que ha empezado esto? —preguntó Gaborn en voz alta.

—Está subiendo el nivel de agua —dijo Binnesman—. Diría que al menos unos treinta centímetros y medio desde esta mañana.

Bajó hasta el borde del foso e introdujo los dedos en el agua.

—Y el agua aquí se ha aclarado bastante. El sedimento está posándose.

Uno de los peces dibujó una ese tranquilamente y luego se hundió y emergió de nuevo para poner un punto final y luego partirla por la mitad. Gaborn siguió el trazado con el dedo.

—Ahí lo veis —dijo Binnesman, señalando al esturión—. Ese pez dibuja runas de protección.

Gaborn dijo:

—Lo veo. Es una sencilla runa acuática que mi padre me enseñó de pequeño. ¿Contra qué crees que nos brinda protección?

—No lo sé —contestó Binnesman mirando hondamente, como si quisiera leer la respuesta en los ojos del esturión—. ¿Por qué no les preguntáis?

—Enseguida —prometió Gaborn—. Nunca he intentado utilizar la vista terrestre con un animal. Dame unos segundos para concentrarme.

Unas libélulas de verde intenso pasaron zumbando por allí. Myrrima y Iome estuvieron de pie cogidas de la mano un rato, examinando las runas dibujadas por los peces. Se fijaron en que los esturiones habían elegido una zona sin palustres ni

flotantes.

Mientras, Gaborn y Binnesman debatían el significado de las runas. Uno de los esturiones seguía dibujando las runas de protección junto a unas totoras. Gaborn dijo que otro dibujaba runas de pureza cerca del centro del agua, una runa para limpiar el agua. Un tercero esbozaba runas que Binnesman reconoció como runas de curación. Una y otra vez.

A lo lejos, otro se movía en las profundidades del foso y esbozaba runas que ni Gaborn ni Binnesman habían visto jamás. Ni siquiera Gaborn, un monarca criado en las Cortes de Tide, donde los magos acuáticos eran algo común, podía adivinar el sentido de todas aquellas runas. Aunque Binnesman sugirió que la runa servía para enfriar el agua.

—¿Crees que el agua realmente está ahora mucho más fría? —susurró Iome a Myrrima.

—Voy a ver —dijo Myrrima.

Descendió y tocó el agua también, aunque nadie más en la orilla se atrevía. Binnesman tenía razón. El agua estaba muy fría, tan fría y fresca como las charcas de las montañas. Ciertamente, el nivel del agua del foso estaba más alto que en toda la semana.

Myrrima hizo un gesto de asentimiento dirigido a Iome.

—¡Está helada!

Gaborn descendió hasta una enorme roca plana junto a Myrrima, se inclinó sobre la superficie cristalina del foso y comenzó a dibujar runas en el agua, sencillas runas de protección. Imitaba al esturión.

Un gran esturión se acercó a la superficie, justo bajo de su mano, el lomo azul oscuro cerca de Gaborn. Abría y cerraba las agallas rítmicamente como si estudiara a Gaborn, observaba los dedos de este como si fueran comestibles. El pez estaba próximo a Myrrima, de un modo tentador.

—Eso es. Te protegeré si puedo —susurró Gaborn al pez con un suave tono de voz—. Dime, ¿qué temes?

Gaborn continuó dibujando las runas, miró al pez a los ojos fijamente, y leyó su mente durante largos minutos. Frunció el ceño como si lo que veía lo confundiera.

—Veo tinieblas en el agua —murmuró—. Veo tinieblas y noto sabor a metal. Siento... estrangulamiento. Percibo un sabor a... metal. Se aproxima algo rojo.

El joven rey dejó de hablar, casi parecía haber dejado de respirar, con la mirada perdida y los ojos en blanco.

—Rey Orden —lo llamó Binnesman, pero Gaborn no se movió.

Myrrima se preguntaba si debía agarrar a Gaborn y evitar que se cayera dentro, pero Binnesman se acercó al borde del agua y tocó el hombro de Gaborn.

—¿Qué? —preguntó Gaborn al despertar del trance.

Se apoyó en la roca plana.

—¿Qué es lo que temen? —inquirió Binnesman.

—Creo que tienen miedo a la sangre —dijo Gaborn—. Temen que el río se llene de sangre.

Binnesman se apretó el báculo contra el pecho fuertemente y frunció el entrecejo. Negó consternado con un gesto de la cabeza.

—No puedo creerlo. No hay señal alguna de que se acerque un ejército. Además, para llenar el río de sangre, haría falta una gran batalla. Raj Ahten está lejos. Algo raro pasa —dijo el mago—. Lo estuve presintiendo durante toda la noche. La tierra está dolorida. Noto el dolor como pinchazos en la carne, al norte, en Crowthen del Norte, y también al sur. Tiembla en lugares apartados y aquí, bajo nuestros pies, se mueve lentamente.

Gaborn intentó interpretarlo.

—De todos modos, me tranquiliza tener a estos magos aquí, en el foso.

Se volvió y se dirigió al grupo de muchachos con arpones, arcos y redes.

—Que ningún hombre pesque en este foso o contamine el agua en modo alguno. Que nadie se bañe. Estos magos serán nuestros huéspedes.

Gaborn le preguntó a Binnesman:

—¿Podemos aislar el foso del río?

Myrrima sabía que no sería muy difícil. La pequeña presa de derivación que había río arriba llenaba el canal que traía el agua hasta el foso.

—Desde luego —dijo Binnesman, mirando a su alrededor—. Tú, Daffyd y Hugh, id a cerrar el calce. Y daos prisa.

Dos fieles jóvenes corrieron río arriba, con los codos y los faldones al vuelo.

Myrrima contempló al mago enderezarse todo lo largo que era y observar el primer sol de la mañana. Contuvo el aliento y se esforzó por escuchar mientras Binnesman hablaba.

—Milord —dijo tan bajito que la mayoría de los presentes allí próximos seguramente no lo oyeron—. La tierra nos habla. A veces habla con el movimiento de los pájaros y otros animales y a veces con el estrépito de la piedra. Pero nos habla, sin duda. No sé lo que dice, pero no me gusta este asunto de ríos llenos de sangre.

Gaborn asintió.

—¿Qué debo hacer?

—Raj Ahten contaba con una poderosa piromántica en su comitiva, antes de que la mataseis —dijo Binnesman pensativamente—. Aunque estoy convencido de que bosques enteros aún se ven sacrificados por los Elementos a los cuales sirven los tejedores de llamas.

—Sí —dijo Gaborn.

—Yo no mencionaría a la luz del día planes que deseara mantener en secreto. Ni delante del fuego, ni siquiera ante la llama de una vela. Si es necesario, convocad las reuniones del consejo bajo las estrellas. O mejor aún, en una sala de piedra a oscuras, donde la tierra pueda proteger vuestras palabras.

Myrrima sabía que los tejedores poderosos a veces habían afirmado que, si

escuchaban la lengua susurrante de las llamas, podían oír claramente palabras pronunciadas por otros o por los de su clase a cientos de kilómetros de distancia. No obstante, Myrrima nunca había visto a un tejedor de llamas que pudiera realmente lograr tal hazaña.

—Está bien —consintió Gaborn—. Celebraremos las reuniones del consejo en el gran salón, con las chimeneas apagadas allí durante todo el invierno. Y ordenaré que nadie comente estrategia militar o secretos con otros durante el día o delante de las llamas.

—Eso debería de bastar —dijo Binnesman.

Después, el rey y Iome, sus cronistas y Binnesman se acercaron para ver la cabeza del reaver y luego regresaron al castillo. Borenson se quedó unos momentos y apostó varios muchachos junto al foso, encargándoles que cuidaran de los peces.

Myrrima, pensativa, se mantuvo al margen. En la última semana, habían cambiado muchas cosas en su vida. Pero la advertencia de Binnesman a Gaborn indicaba nefastos presagios: ríos de sangre. Con los cientos de miles de personas que habían acampado en torno a la ciudad de Sylvarresta, parecía como si todo el mundo emigrara a Heredon, a la corte del rey de la tierra. Cualquiera que fuera el cambio que se avecinaba, se encontraba en su epicentro.

Subió por el dique y se quedó mirando el gentío, contemplando los pabellones erguidos en la semana que había transcurrido. Al sur y al oeste se levantaban nubes de polvo: numerosos viajeros desplazándose por la carretera. La noche anterior, Myrrima había oído decir que habían llegado a Heredon príncipes mercaderes de lugares tan apartados como Lysle.

Myrrima cayó en la cuenta de que el mundo entero se agolparía allí. Los poderes de un rey de la tierra son legendarios y solamente se conceden en los tiempos más tenebrosos. Cada persona de cada rincón que desee vivir se personará aquí. En el bosque de Dunn hay reaver y en el foso magos. Pronto habrá bastante gente para producir ríos de sangre.

Saber eso la hacía sentir minúscula e impotente, preocupada por el porvenir. Y ahora que Borenson se marchaba, sabía que no podría contar con él.

*Debo prepararme para todo lo que pueda ocurrir, pensó Myrrima.*

Myrrima caminó junto a Borenson de regreso al castillo. Se detuvo unos instantes en el puente levadizo y observó a los enormes peces que aleteaban en el foso. La presencia de estos la tranquilizaba. Los magos acuáticos eran poderosos respecto a las artes curativas y de protección.

Aquella mañana, Myrrima terminó el desayuno en el torreón del Rey, únicamente acompañada por el rey Gaborn, la reina Iome y sus cronistas. Aunque Myrrima y Iome estaban haciéndose amigas, esta aún se sentía algo incómoda comiendo en presencia del rey.

De hecho, la comida estuvo plagada de molestos silencios. Gaborn y Borenson se

negaron a hacer comentarios sobre la cacería de los últimos tres días, y apenas contaron nada. Asimismo, Gaborn había recibido noticias algo preocupantes de Mystarria y estuvo con aspecto angustiado, sombrío y reservado durante toda la mañana.

Ya casi habían terminado con el desayuno cuando el anciano canciller Rodderman apareció ante la puerta del comedor. Poseía un aire resplandeciente gracias a su barba canosa peinada y a la toga negra del cargo que ostentaba.

—Milord, *milady* —dijo—. El duque de Groverman os espera en la antesala y ha pedido audiencia.

Iome miró a Rodderman cansinamente.

—¿Es algo importante? No he visto a mi marido desde hace tres días.

—No lo sé, pero lleva media hora merodeando por ahí fuera —dijo Rodderman.

—¿Merodeando? —Rio Iome—. Entonces no podemos dejarlo así.

Aunque Iome se reía ante la forma de expresarse de Rodderman, Myrrima intuía que no tenía al duque en gran estima.

Al poco, el duque entró en la sala. Era un hombre bajo, de extremidades desgarradas, el semblante duro, los ojos oscuros y tan juntos que era todo fealdad; parecía fuera de lugar en una familia de nobles y soldados. Myrrima había oído rumores acerca de que lo había engendrado un mozo de cuadra.

En honor a Hostenfest, Groverman vestía una hermosísima toga negra bordada con hojas de verde oscuro. Llevaba el pelo recién peinado, y la barba, algo canosa, recortada con la habilidad de un experto para quedar bifurcada a la altura de la barbilla. A pesar de ser poco agraciado, se aseaba y vestía bien.

—Altezas. —El duque sonrió gentilmente e hizo una profunda reverencia—. Espero no haber interrumpido vuestra comida.

Myrrima se percató de que Groverman le había pedido a Rodderman que esperara hasta que el rey y la reina hubieran terminado de desayunar antes de advertirles su presencia.

—En absoluto —dijo Gaborn—. Es muy amable por tu parte esperar tan pacientemente.

—Ciertamente, se trata de un asunto que considero un tanto urgente —dijo el duque—, aunque otros no estén de acuerdo.

Lanzó una mirada a Iome. Myrrima se preguntó qué significaba tal advertencia, hasta Iome se quedó desconcertada.

—Os he traído un regalo de bodas, alteza, si me permitís el atrevimiento.

En los últimos días, cada noble del reino había estado colmando al rey y a la reina con regalos de boda, algunos eran regalos caros de obsequiantes que esperaban procurarse algún favor. La mayoría de los lores habían traído a sus hijos o a criados de confianza con la idea de ayudar a reformar las listas de la guardia del rey. Esos hijos realizaban un servicio por partida cuádruple: no solamente reforzaban el ejército del rey, sino que también servían de recordatorio constante de la lealtad del noble

ante el rey. Un hijo de confianza en la corte podía intentar obtener favores para su padre o servirle de espía. Por último, permitía al hijo en cuestión forjar nuevas alianzas con otros nobles en posibles rincones apartados del reino o incluso en otras naciones.

En los últimos tres días, el número de soldados había aumentado tan rápidamente que parecía que Gaborn no tendría que imponer nuevos tributos a sus súbditos para incrementar sus tropas, a pesar de que Raj Ahten había diezmado la guardia del rey. En vez de eso, Myrrima pensaba que Gaborn tendría problemas a la hora de encontrar puestos para todos los nuevos soldados.

—Pues entonces... —preguntó Iome—, ¿qué regalo tan urgente nos has traído?

Groverman fue directo al grano.

—Es un tema en cierto modo delicado —dijo—. Como sabéis, no he sido agraciado con hijos ni hijas, u ofrecería uno para vuestro servicio. Pero os he traído un regalo al que tengo el mismo afecto.

Dio una palmada y miró expectante hacia la puerta del comedor. Por ella apareció un muchacho, caminando con los brazos abiertos, con un cachorrillo amarillo en cada mano que sostenía por el pescuezo. Los perrillos tenían aspecto triste y enormes ojos castaños. Myrrima no estaba familiarizada con aquella raza. No eran mastines ni ningún otro tipo de can de guerra. Ni sabuesos o el tipo de perros de caza que conocía, o los perros falderos tan populares entre las damas de climas más fríos.

Podía tratarse de chuchos, salvo que ambos animalillos tenían un color uniforme: el pelo corto leonado en la espalda y un poco de pelo de color blanco en la garganta.

El muchacho, un niño de diez años vestido con pantalones de cuero grueso y un capote nuevo, iba tan limpio y tan bien aseado como el duque Groverman. Entregó un cachorrillo a Gaborn y otro a Iome.

Una de las pequeñas cositas peludas percibió el olor a grasa de las salchichas del desayuno en la mano de Gaborn. La lengua húmeda del cachorro comenzó a deslizarse entre los dedos de Gaborn, jugueteón, le daba mordisquitos. Gaborn le alborotó las orejas al cachorro y le dio la vuelta para comprobar si era macho o hembra: era un macho. El perro agitó la cola con ferocidad y, con dificultad, se revolvió, como si pretendiera hacerle daño a Gaborn en los dedos. Un verdadero luchador.

Gaborn observó a la criatura.

—Gracias —dijo Gaborn, sorprendido—. Pero no estoy familiarizado con esta raza. ¿Qué se hace con ellos?

Myrrima posó la mirada en Iome a fin de comprobar la reacción de la reina ante su cachorro, y quedó asombrada. En la mirada de Iome había tal furia que apenas podía dominarse.

Al duque no se le había escapado la expresión.

—Escuchadme —le dijo a Gaborn—. No os ofrezco estos perrillos a la ligera, alteza. Habéis tomado dones de hombres y sé que, como señor vinculado por



juramento, sois reacio a hacerlo. De hecho, aunque muchos se han ofrecido a servir como consagrados esta última semana, ni vos ni la reina habéis tomado dones. Sin embargo, debemos estar preparados para lo que se avecina.

Myrrima se sobresaltó al oír a Groverman pronunciar en alto la misma idea que la había acechado una hora antes.

—Es una decisión muy seria —accedió Gaborn con la mirada angustiada, llena de dolor.

Myrrima había consentido aceptar dones de encanto e inteligencia de sus hermanas y de su madre y entendía el gran cargo de conciencia que se pagaba al cometer tal atrocidad.

—No aceptaría la fuerza o resistencia o inteligencia de otro hombre así sin más —dijo el rey—. Pero he considerado si debo hacerlo, por el bien de mi reino.

—Comprendo —dijo Groverman con sinceridad—. Pero os ruego, milord, *milady*, que consideréis la posibilidad de tomar dones de un perro.

Iome se puso rígida.

—Duque Groverman —dijo entre dientes—, ¡esto es intolerable!

El duque miró a su alrededor con nerviosismo. Myrrima reconoció entonces la raza. Aunque nunca había visto cachorros como aquellos, había oído hablar de ellos. Eran cachorros criados para entregar dones, perros con mucha resistencia y muy buen olfato.

—¿Es menos intolerable aceptar dones de un hombre? —replicó Groverman a la defensiva—. Se dice que hacen falta cincuenta hombres para igualar el don de olfato de un perro. Creo que el olfato de mis perrillos es cien veces mejor que el de un hombre común. Por tanto, os pregunto, qué es mejor, ¿tomar el don de olfato de cien hombres o de un solo perro? En cuanto a resistencia, estos cachorros han sido criados con gran resistencia. Durante mil generaciones los señores de los lobos los han enfrentado para que solamente los más fuertes sobrevivan. Gramo por gramo, ningún hombre vivo puede proporcionaros mejor fuente de resistencia. Además, puede obtenerse metabolismo y oído de tales perros, aunque me temo que son demasiado pequeños para aportar fuerza física. Y, mientras que un hombre debe ofrecer sus dones de forma voluntaria y, por tanto, la transmisión del atributo puede fracasar, si jugáis con los cachorrillos y les dais de comer durante un día o dos, nacerá en ellos tal devoción eterna hacia vos que los dones podrán transmitirse a vos sin pérdida alguna. Ningún otro animal ama al hombre tan sinceramente, ningún otro se entregará tan en cuerpo y alma como estos cachorrillos.

Iome parecía tan furiosa que no podía hablar. Tomar dones de un perro se consideraba algo abominable. Algunos monarcas altruistas lo habrían arrojado al foso más cercano al sugerir que utilizaran cachorros para obtener dones.

Gaborn era un señor vinculado por juramento, Iome era hija de un señor vinculado por juramento. Un señor vinculado por juramento prometía solamente aceptar dones de aquellos vasallos que los ofrecían voluntariamente. Tales vasallos

podían ser hombres o mujeres de grandes atributos, como una gran inteligencia o una tremenda resistencia, pero que a menudo no contaban con otros atributos necesarios para ser buenos guerreros. Sabiendo que no podían servir a sus señores como soldados, podían optar por ceder la inteligencia o la resistencia en beneficio de su señor, se sometían a la humillación de los marcadores por el bien común.

Aunque no todos los lores de Rofehavan estaban vinculados por juramento, el padre de Gaborn mismamente se había considerado un «pragmatista». Los pragmatistas a menudo compraban dones. Muchos hombres estaban dispuestos a vender el uso de sus ojos u oídos a sus señores a cambio de oro, pues muchos amaban el oro más que a sí mismos. Pero Iome le había contado a Myrrima que incluso el padre de Gaborn había finalmente abandonado sus pragmáticas costumbres, pues el rey Orden no siempre estaba seguro de la motivación de algunos hombres a la hora de vender un atributo. A menudo un campesino, un señor de menor rango con grandes deudas contraídas no veía otra salida e intentaban, por tanto, vender un don al mejor postor.

El padre de Gaborn se había enfrentado a su propia comprensión de que ese pragmatismo suyo era inescrupuloso, ya que nunca podía estar totalmente seguro de lo que conducía a un hombre a vender sus dones. ¿Era codicia? ¿Era desesperación o simplemente estupidez lo que impulsaba a un hombre a comerciar con su máspreciado bien por unas monedas de oro?

De hecho, Myrrima sabía que algunos lores voraces ocultaban su deseo por los atributos del prójimo bajo un velo de pragmatismo. Tales lores aceptaban encantados dones en lugar de los impuestos y, una y otra vez, en esos reinos, cuando el rey subía los tributos, los campesinos se veían obligados a cuestionarse los motivos del monarca.

Los peores de todos eran, sin lugar a duda, los señores de los lobos. Como un vasallo tenía que ceder dones «voluntariamente» antes de poder transmitir un atributo, los señores de los lobos siempre buscaban la forma de hacer que los vasallos estuvieran más dispuestos a ello. Chantaje y tortura, tanto física como psicológica, eran la moneda de cambio de los señores de los lobos. Raj Ahten había chantajeado al rey Sylvarresta a ceder su inteligencia al amenazarlo con matar a su única hija, Iome. Una vez que el rey hubo accedido, Raj Ahten obligó a Iome a cederle un don de encanto en vez de ver cómo torturaban a su padre, privado de inteligencia, cómo asesinaba a su amiga Chemoise y usurpaba su reino. Raj Ahten era la clase más despreciable de hombre, un señor de los lobos.

El eufemismo «señor de los lobos» era un término acuñado para referirse a aquellos hombres de voracidad tan implacable que robaban atributos incluso a los perros. En otros tiempos sombríos, los hombres no solamente habían utilizado dones de olfato, resistencia o metabolismo de los perros, sino que algunos habían tomado dones de inteligencia. Se contaba que, al hacer eso, aumentaba la astucia del hombre en el combate, así como su sed de sangre.

Por tanto, la mera idea de tomar dones de perros se había convertido en algo odioso en Rofehavan. Aunque Raj Ahten, el gran enemigo de Gaborn, nunca se había rebajado a tomar dones de un perro, se le llamaba el señor de los lobos. En aquel momento, Groverman se atrevía a ofender a Iome al suplicarle que se convirtiera en señor de los lobos.

—Siempre que un hombre no acepte el don de inteligencia de un can, no resulta una mala costumbre —dijo Groverman, como si el hecho de que nadie le contradijera lo hubiera animado—. Un perro sin olfato es buena mascota. Si cuenta con un buen adiestrador que cuide del animal, puede mantenerse bien, incluso tomarle afecto. Os cederá el sentido del olfato incluso mientras vuestros hijos forcejean con él en el suelo. De hecho, he calculado el número de agricultores, curtidores, artesanos, albañiles y sastres que conlleva cuidar de un consagrado. Calculo que es la labor conjunta de veinticuatro campesinos por cada consagrado humano, más otros ocho por cada caballo consagrado. Por otro lado, solamente se requiere un hombre por cada siete perros consagrados. No hay punto de comparación.

—Un rey en pie de guerra necesita canes de calidad tanto como armas y armaduras. Raj Ahten cuenta con canes de guerra en su arsenal, mastines con dones. Si no queréis que estos cachorros os sirvan de consagrados, considerad, al menos, que cedan dones a vuestros perros de batalla.

—¡Eso es una atrocidad! —dijo Iome—. ¡Un escándalo y un insulto!

Miró a Gaborn suplicante.

—No era esa mi intención —dijo Groverman—. Únicamente menciono la posibilidad de ser práctico. Mientras vos comíais, estuve media hora plantado en la puerta, ¡ni siquiera lo sabíais! En caso de tratarse de un asesino, podría haberos tendido una emboscada. Pero con el don del olfato de un solo perro, no tendríais necesidad de verme o de oírme para saber que me escondía tras la puerta.

—¡No consentiré que me llamen «señor de los lobos»! —Se opuso Iome.

Dejó al cachorro en el suelo, el cual se paseó hasta donde estaba Myrrima y le olfateó la pierna. Myrrima le rascó la oreja.

Gaborn no parecía perturbado ante la propuesta. Myrrima se preguntó si sería por influencia de su padre, que siempre se había distinguido por ser un hombre prudente. *¿Podría un hombre de principios ser un señor vinculado por juramento y un señor de los lobos?*, se preguntó.

—Alteza —instó Groverman a Gaborn—, debo rogaros que consideréis esta opción. Es cuestión de tiempo que Raj Ahten envíe a sus asesinos, y ni vos ni vuestra esposa estáis preparados para enfrentaros a uno de los Invencibles. Además, ya se rumorea que su alteza ha prometido ser un señor sometido a juramento. No sé como planeáis hacer frente a Raj Ahten, pero los nobles de Heredon no piensan en otra cosa. Puede que, si os negáis a comprar dones, os veáis muy necesitado de consagrados.

Pensativo, Gaborn acarició a la gordita bola de pelo que sostenía bajo la nariz. El

cachorrillo gruñó y dio un firme mordisco al pulgar de Gaborn.

—Coge a tus chuchos y vete de aquí —dijo Iome a Groverman—. No quiero ser partícipe.

Gaborn sonrió con ferocidad, paseando la mirada de Iome al duque, luego se limitó a negar con la cabeza.

—Personalmente, no necesito dones caninos —dijo Gaborn.

Volviéndose a Iome dijo:

—Y si no quieres ser señor de los lobos, entonces así sea. Podemos entrenar al cachorro para que ladre a los extraños y dejarlo en tu habitación. El cachorro será tu guardián y, quizás a su modo, pueda salvarte la vida.

—No quiero ni verlo —dijo Iome.

Myrrima cogió al cachorro de la reina de forma protectora, y este se acurrucó contra su pecho y la miró fijamente a los ojos.

—Pues ya hemos decidido —le dijo Gaborn a Iome—. Pero en cuanto a las tropas, Groverman tiene razón. Necesitaré rastreadores y escoltas con buen olfato que descubran emboscadas. Dejaré que mis hombres elijan si es un elogio o una desgracia el que lo llamen a uno «señor de los lobos».

Gaborn indicó a Groverman que aceptaba el regalo con una inclinación de cabeza.

—Os lo agradezco, excelencia.

Gaborn centró su atención en el muchacho que había traído los cachorrillos y Myrrima comprendió que el regalo no solo consistía en los perros, sino también en el jovenzuelo. Era un muchacho de cabello negro, alto y delgado, propiamente como un lobo.

—Dime, ¿cómo te llamas? —preguntó Gaborn.

—Kaylin —respondió el otro, hincando una rodilla en el suelo.

—Estos perros son magníficos. Imagino que eres el cuidador.

—He ayudado.

El acento del muchacho era algo tosco, pero su aguda mirada indicaba inteligencia.

—¿Te gustan estos perrillos? —preguntó Gaborn.

El muchacho se sorbió la nariz y contuvo una lágrima al parpadear. Asintió con la cabeza.

—¿Por qué estás tan triste?

—He estado cuidándolos desde que nacieron. No quiero que les pase nada, alteza.

Gaborn cruzó una mirada con Groverman. El duque sonrió y señaló al muchacho con un movimiento de cabeza.

—Bien, Kaylin —dijo Gaborn—, ¿estarías dispuesto a quedarte en el castillo y cuidarlos para mí?

El muchacho se quedó boquiabierto de asombro. Tal como Myrrima había adivinado, Groverman no había advertido al muchacho sobre tal posibilidad.

Gaborn sonreía al duque sin más, complacido.

—¿Cuántos cachorros puedes suministrarme?

El duque sonrió.

—He dejado que críen a gusto durante cuatro años. Me olí que algo se estaba cocinando. ¿Mil serían suficientes, alteza?

Gaborn sonrió abiertamente, era un espléndido regalo de bodas, a pesar de que parecía que Iome iba a estallar encolerizada e iba a arrancarle el pelo al duque.

—¿Crees que podríamos tenerlos para la primavera? —preguntó Gaborn—. Parece un número elevado.

—Incluso antes —dijo Groverman—. Hay setecientos cachorros esperando en carromatos hay fuera. Los otros estarán listos en unas cuantas semanas.

Myrrima sabía que el otoño no solía ser la mejor época del año para criar perrillos. La primavera y el verano traían más nacimientos. Aquellos setecientos debían de haber nacido hacía dieciséis semanas aproximadamente.

—Te lo agradezco —dijo Gaborn.

Dejó a su cachorrillo en el suelo y regresó a la mesa del desayuno mientras Groverman se marchaba con Kaylin.

El perrillo del rey se acercó a Myrrima y se entretuvo con el zapato de esta un momento, tirando del pie como si intentara arrancarlo de la pierna, hasta que Myrrima le dio una salchicha del plato.

Iome parecía tan alterada ante la presencia de los cachorros que Myrrima se ofreció a llevárselos con los otros. Cuando Iome accedió, Myrrima cogió los cachorros y el plato de salchichas. Salió del torreón y encontró a Kaylin en el césped del patio. Este miraba a los cachorros en el carromato con tristeza.

El nuevo consejero de Gaborn, Jureem, que había servido a Raj Ahten recientemente, se encontraba junto al muchacho, de espaldas a Myrrima, dándole instrucciones a Kaylin. Jureem tenía que hablar muy alto para que se le oyera con los ladridos de las criaturas.

—Por supuesto que tendrás que trabajar incansablemente —dijo Jureem—. Los perros dependerán de ti para comer y beber, para refugiarse y lavarse. Debes mantenerlos fuertes.

Kaylin asintió enérgicamente. Myrrima se detuvo detrás de Jureem, lo había observado repartiendo instrucciones a los criados en los últimos días, fastidiando a una de las doncellas por aquí, dando la lata a uno de los mozos de cuadra por allí. En ese momento, sintió curiosidad por escuchar lo que este antiguo esclavo de un país lejano tenía que decir.

—Un buen sirviente lo da todo a su señor —entonó Jureem con fingida exageración y un fuerte acento taifan—. Jamás se permite estar cansado, nunca elude su deber. Nunca ha de hartarse de ejecutar bien su cometido. Sirve a su señor en cada pensamiento y en cada acto, atendiendo las necesidades de su señor antes de que sean pronunciadas. Entrega su vida, sus anhelos y su placer al servicio de su señor. ¿Eres capaz de eso?

—Pero... —dijo el muchacho—, solo quiero ocuparme de los cachorros.

—Cuando los sirves a ellos, sirves a tu señor. Esta es la tarea que te ha encomendado. Aunque si eligiera otra diferente, entonces tendrás que estar preparado para cumplir todas sus órdenes. ¿Entiendes?

—¿Significa que me puede apartar de los cachorrillos? —gimió el muchacho.

—Puede que algún día. Si haces bien este trabajo, puede que te encargue más obligaciones. Además de las casetas, puede ponerte a cargo de los establos o pedirte que entrenes a canes para la guerra. Igual se te pide que te unas a la guardia y lleves armas, incluso los perros consagrados pueden convertirse en objetivo de los asesinos de Raj Ahten. Observa al rey que trabaja sin descanso para los suyos. Aprende de su devoción. Todos vivimos al servicio del prójimo. Un hombre no es nada sin un señor y un señor no es nada sin sus vasallos.

Jureem se alejó con prisa en pos de alguna otra obligación que cumplir.

El muchacho pareció reflexionar sobre las palabras del consejero, luego alzó la mirada hacia Myrrima y contuvo el aliento; sonrió de esa forma esperanzada en que los hombres solían hacer desde que adoptara los dones de encanto.

Myrrima dejó ambos cachorros a sus pies y los acarició mientras devoraban las salchichas. En ese momento, ni siquiera Myrrima sabía cómo iba a proceder. Aunque sabía que debía prepararse, y las palabras de Jureem la convencieron de que tenía que empezar de un modo enérgico, y adelantarse al peligro antes de que llegara.

—A los cachorros les gustas —musitó Kaylin.

—¿Los conoces bien? —preguntó Myrrima—. ¿Sabes qué cachorros nacieron de qué perras?

Kaylin asintió seriamente. Claro que lo sabía. Esa era la única razón por la cual Groverman había enviado al muchacho a servir al rey Orden.

—Quiero cuatro —dijo Myrrima en voz baja, a fin de no ser escuchada.

Se sentía terriblemente preocupada por el hecho de que planeaba quitarle los perrillos a su propio rey sin pedir permiso, pero Kaylin no sabía que los robaba. ¿No la había visto en el comedor con el rey y la reina? El muchacho asumiría que se trataba de una noble con derecho a los perrillos. Myrrima esperaba que si se esforzaba mucho, quizás verdaderamente se ganara tal derecho.

—Dos con resistencia, dos con olfato y uno con metabolismo. ¿Puedes escoger los mejores para mí?

Kaylin asintió con vigor.

Después del desayuno, Iome y Gaborn se retiraron a sus aposentos un rato y cerraron la puerta tras ellos, dejando a los cronistas en la antesala.

Iome no se encontraba del todo cómoda en aquella habitación. La enorme cama (con las imágenes de bufones y lores talladas en los postes y las piñas en lo alto), había sido la cama de sus padres hasta hacía una semana. Los perfumes y cosméticos de su madre estaban en el neceser junto al mirador, por donde entraba la mejor luz

matutina. La ropa de su padre aún estaba en los armarios; Gaborn había traído algo de ropa de Mystarria, aunque las prendas de su padre le venían a Gaborn relativamente bien.

Más que los objetos de la estancia, era el aroma lo que a Iome le recordaba a sus padres; aún percibía el olor del cabello de su madre en la almohada, los aceites corporales, el perfume.

¿*Debo decírselo?*, se preguntaba Iome. Llevaba dentro al hijo de Gaborn, estaba segura, aunque solamente llevaban cuatro días casados y Iome no sentía náuseas. Aún tardaría algunos días en saber si tendría una falta, pero notaba algo extraño en el cuerpo, y Myrrima lo había visto hoy, había dicho que Iome estaba «radiante».

Se sentó al borde de la cama, preguntándose si Gaborn la deseaba, pero este se limitó a acercarse al mirador y fijar la mirada al sur, largo rato, muy pensativo.

—¿Has decidido ya lo que vas a hacer? —preguntó Iome.

Antes de la boda Gaborn había vivido en una constante agitación, reflexionando sobre la mejor manera de enfrentarse a Raj Ahten, sobre dónde se produciría la siguiente arremetida de Raj Ahten. Como rey de la tierra era el protector de la humanidad, pero Gaborn se estremecía ante la simple idea de acabar con una vida humana, aunque fuera la de un enemigo. Las noticias de aquella mañana sobre los ataques de Raj Ahten lo habían dejado hondamente consternado.

Iome lo había animado a participar en la cacería con la esperanza de que, unos días alejado de allí, enfrascado en una especie de rutina, le despejaría la mente y tranquilizaría a sus súbditos también.

—¿Aceptarás dones? Miles de personas se han ofrecido como consagrados.

Gaborn agachó la cabeza, con un gesto pensativo.

—No puedo —dijo—. De eso estoy cada vez más seguro.

Hacía una semana que los padres de ambos habían sido asesinados. Después de aquello, Gaborn sintió deseos de tomar dones, de aceptar la fuerza de mil hombres y la gracia de otros mil y la resistencia de diez mil y el metabolismo de cien, y usarlos para liquidar a Raj Ahten.

No obstante, eso ya parecía agua pasada. Era arriesgado tomar dones de un hombre; aunque este los ofreciera voluntariamente, siempre existía un riesgo. Un hombre que cediera fuerza física, podría descubrir repentinamente que su corazón se había debilitado demasiado para latir y perecer en unos segundos. Uno que cediera gracia y no pudiera digerir bien la comida o relajar los pulmones lo suficiente para espirar, podría sucumbir de inanición o asfixia. Uno que cediera resistencia a su señor podía morir debido a una infección la próxima vez que una enfermedad se extendiera por la fortaleza.

Igualmente, un hombre que aceptara los dones de otro pronto podía sentirse envenenado por el sentimiento de culpa. Peor todavía, puesto que un señor de las runas poderoso era casi invencible, solamente un insensato lo atacaría directamente y, en vez de ello, los consagrados de ese señor en cuestión se convertirían en el objetivo

de la cólera del enemigo. Si uno mataba a los consagrados de un señor, rompería el vínculo mágico que le proporcionaba sus atributos y, por ese acto, el señor se haría más humano, más vulnerable al ataque.

Borenson había matado a los consagrados de Iome la semana anterior. El dolor de aquello le resultó asombroso. Hombres y mujeres buenos perecieron. Iome lloró la pérdida amargamente noche tras noche, puesto que los consagrados solían ser amigos, gente que amaba su reino y que, así, habían decidido reforzarlo para poder mantener su dominio.

Como rey de la tierra, Gaborn trataba de defender a los suyos. Aunque encerrara a los consagrados en torres, los protegiera con los más poderosos caballeros y pusiera a los mejores médicos a cuidarlos, igual no bastaría.

Los argumentos de Gaborn en contra de aceptar dones eran sólidos desde el punto de vista ético. No obstante, Iome pensaba que, como rey de la tierra, era la esperanza del mundo. Pero *¿cómo podía ser un gran monarca si se exponía, siendo vulnerable, a un ataque?*

—La semana pasada —dijo Iome—, me prometiste que te convertirías en señor sometido a juramento. ¿Abandonas los dones del todo? No sé por qué. Eres un hombre bueno. Si aceptas dones de tus elegidos solamente, sé que los utilizarás con conocimiento y prudencia. Y serás mejor rey por ello. Y, como eres el rey de la tierra, sabrás cuándo tus consagrados corren peligro y sabrás cómo protegerlos convenientemente.

—Saber que un hombre corre peligro y rescatarlo son dos cosas muy distintas —dijo Gaborn con gravedad—. Incluso con todos mis poderes, quizás no alcanzaría a protegerlos.

—Pero ¿y Raj Ahten? ¿Qué pasará si envía a sus asesinos? ¡Seguramente lo hará!

—Si envía a sus asesinos, presentiré el peligro y escaparemos —dijo Gaborn—. Pero no me enfrentaré a otro hombre jamás, a menos que no tenga elección.

Iome se sintió algo confusa con aquella conversación. Valoraba la vida, apreciaba la vida de su gente por encima de todo, pero no podía huir de Raj Ahten. No podría perdonarlo por lo que había hecho: su madre y su padre habían muerto a manos de Raj Ahten. Igual que los padres de Gaborn.

Gaborn debería estar clamando venganza. En ese momento, Raj Ahten atravesaba Mysterria. Todos los consejeros de Gaborn habían coincidido en que las tropas de Heredon se encontraban demasiado debilitadas para seguir al señor de los lobos hacia el sur. Estaban faltas de soldados y caballos de fuerza con los que poder emprender tal acción. Las tropas de Raj Ahten habían robado todos los caballos buenos de las caballerizas de Sylvarresta cuando huyeron. Una de las primeras cosas que hizo Gaborn al volver al castillo de Sylvarresta fue la de enterarse de los nombres de todos los corceles que se habían llevado, así como de los nombres de sus consagrados. Luego envió la lista al duque Groverman, quien guardaba los caballos consagrados, y ordenó que los mataran.



Fue un intento desesperado, cuyo objeto era retrasar la marcha de Raj Ahten en su huida hacia Mystarria. Los caballeros de Raj Ahten se habrían visto obligados a montar caballos corrientes. Quizás gracias a la masacre de caballos consagrados, hordas de caballeros equitativos pudieron montar emboscadas que se cobraron cierto número de Invencibles de Raj Ahten.

Gaborn había proporcionado al duque Paldane el tiempo necesario para montar las defensas contra el señor de los lobos, e igual eso hizo posible la aniquilación de parte de las fuerzas de Raj Ahten. El país natal de Gaborn, Mystarria, era el dominio más grande y opulento de todos los reinos de Rofehavan. Un tercio de los soldados de fuerza del norte se encontraban bajo el mando de Paldane, el Cazador.

Sin embargo, Iome dudaba que Paldane pudiera detener a los ejércitos de Raj Ahten. Solamente esperaba que, de algún modo, Paldane mantuviera al señor de los lobos a raya hasta que los reyes del norte pudieran unir sus ejércitos. Gaborn había enviado mensajeros por todo Rofehavan, suplicando ayuda.

Y, a pesar de eso, Gaborn no había mandado hombres desde Heredon para ayudar a Paldane.

—¿Por qué? —preguntó Iome—. ¿Por qué no detienes a Raj Ahten? No tienes que hacerlo tú mismo. Muchos de los que se reúnen aquí son nobles de Heredon. Cuentas con hombres que pueden luchar, ¡los nobles de Heredon desean ansiosamente venganza! ¡Yo misma lucharía! Dudo si preguntarte pero ¿le tienes miedo?

Gaborn negó con la cabeza, la miró como si esperara que Iome lo entendiera.

—No le tengo miedo —dijo Gaborn—. Hay algo, sin embargo, que me contiene. Algo que... Me siento tan hondamente... No puedo expresarlo bien. Posiblemente sea incapaz de expresarlo en absoluto. Pero... soy el rey de la tierra y mi cometido es salvar la simiente de la humanidad en estos tiempos tenebrosos que se acercan. No creo que la gente de Indhopal sea el enemigo, no puedo hacerles daño. No cuando sospecho que los reaver son los verdaderos enemigos.

—Raj Ahten es nuestro enemigo —dijo Iome—. Es tan malo como cualquier reaver.

—Lo es —admitió Gaborn—, pero piensa en lo siguiente: por cada cuatrocientos hombres y mujeres vivos, tenemos un solo soldado de fuerza, un protector capaz de detener a un reaver. Y si ese protector muriera, entonces es probable que esas cuatrocientas personas mueran debido a tal pérdida.

Era una idea aterradora y Iome misma se había preocupado mucho por la logística durante los últimos siete días, cuando empezó a plantearse la envergadura del problema. ¿De cuántos soldados podría disponer Gaborn para luchar contra Raj Ahten? ¿Uno solo serían ya demasiados?

Gaborn había dado a entender infinidad de veces que opinaba así. Con los cuarenta mil marcadores que su padre había capturado en Longmot, Gaborn podía equipar a cuatro mil soldados de batalla. Una cifra diez veces mayor de la que el

padre de Iome había tenido. A pesar de ello, sería un ejército pequeño en comparación a lo que Raj Ahten podía reunir.

Además, había que lidiar con el mismísimo señor de los lobos. Raj Ahten contaba con miles de dones propios. Gaborn había mencionado utilizar los marcadores y convertirse en el igual de Raj Ahten y así poder enfrentarse al señor de los lobos de hombre a hombre.

Pero si lo hacía, si extraía dones incluso de unos cientos de hombres, le preocuparía estar desperdiciando recursos. No sabía cuándo encontraría nuevos marcadores. Jureem le había advertido que las minas de metal sangriento de Kartish estaban agotadas. Esos cuarenta mil marcadores eran la mejor arma de Gaborn contra los reaver.

Aunque, de repente, Iome comprendió algo que se le había escapado.

—Un momento, ¿quieres decir que no quieres matar a Raj Ahten?

Hasta ese momento había pensado que Gaborn iba a quedarse en Heredon, que se ocultaría tras los lindes protectores del bosque de Dunn y dejaría que las sombras de sus antepasados lo protegieran de Raj Ahten. Pero Gaborn parecía nervioso, había cierto aire de empeño, una actitud rogativa que le dio a entender que Gaborn tenía que decirle algo que no querría escuchar.

Gaborn se giró a medias y la miró por el rabillo del ojo, como si no fuera capaz de enfrentarse a ella.

—Tienes que entender, mi amor, que la gente de Indhopal no son mis enemigos. La tierra me ha hecho su rey e Indhopal es parte de mi dominio. Debo salvar a los que pueda. La gente de Indhopal también necesita un defensor.

—No puedes ir a Indhopal —dijo Iome—. No puedes estar pensando tal cosa. Los secuaces de Raj Ahten te matarán. Además, te necesitamos aquí.

—Estoy de acuerdo —dijo Gaborn—, pero Raj Ahten posee el ejército más fuerte del mundo y es el más poderoso de todos los señores de las runas. Si lucho contra él, puede que acabemos con todo; si no le hago caso, sin duda obro por mi cuenta y riesgo; si intento huir, me alcanzará. Solo veo una alternativa...

—¿Quieres decir que utilizarías tus poderes y lo nombrarías elegido? ¿Después de lo que ha hecho?

Iome no pudo ocultar el tono conmovido y rabioso de su voz.

—Espero poder pactar una tregua —confesó Gaborn.

Por la inflexión de la voz de este, Iome supo que la decisión ya estaba tomada.

—Lo he hablado con Jureem.

—Raj Ahten no te concederá una tregua —dijo Iome con certeza—. No a menos que le devuelvas los marcadores que tu padre se procuró con su propia vida. ¡Y eso no sería una tregua, sino una rendición!

Gaborn asintió con la cabeza, la miró sin parpadear.

—¿No te das cuenta? —dijo Iome—. Ni siquiera sería una rendición con honor puesto que, una vez hubieras devuelto los marcadores, Raj Ahten los utilizaría contra

ti. Conozco a mi primo, lo conozco. No te dejaría tranquilo. El hecho que la tierra te haya dado el timón de la humanidad, no significa que Raj Ahten reconozca tu título.

Gaborn apretó los dientes, parecía que iba a volverse. Iome podía distinguir la angustia en sus rasgos, sabía que amaba a los suyos, que trataba de protegerlos lo mejor posible y que, en aquel momento, no sabía cómo derrotar a Raj Ahten.

—Aun así, debo pedirle una tregua —respondió Gaborn—. Y si no se puede obtener la tregua, entonces... debo pedirle condiciones de rendición honrosas. Únicamente si no pudieran cumplirse esas condiciones, entonces me vería obligado a luchar.

—No podemos rendirnos —dijo Iome—. Mi padre se rindió y, tras ello, Raj Ahten modificó las condiciones a su antojo. ¡No puedes ser a la vez consagrado de Raj Ahten y rey de la tierra!

—Me temo que tienes razón —dijo Gaborn y suspiró hondo, y fue a sentarse en la cama junto a Iome. Le tomó la mano, aunque no sirviera de mucho consuelo.

—¿Por qué no lo matas y te libras de él? —preguntó Iome.

—Raj Ahten cuenta con unos diez mil soldados de fuerza a su servicio —dijo Gaborn—. Aunque lo derrotara rotundamente y perdiera solamente la mitad de diez mil, ¿sería un precio justo? Piénsalo, ¡cuatro millones y medio de mujeres y niños! ¿Podría desperdiciar la vida de uno a sabiendas? Y, ¿quién dice que la cosa acabaría ahí? Con tantas bajas, ¿sería entonces posible detener a los reaver?

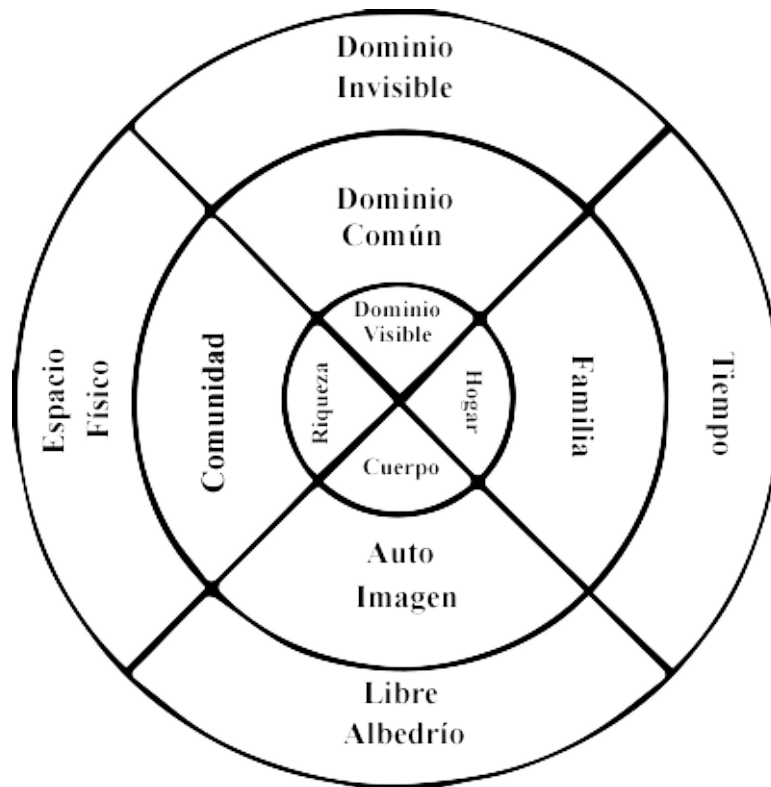
Gaborn guardó silencio. Al poco, se aproximó un dedo a los labios para indicarle a Iome que guardara silencio y se acercó al antiguo escritorio del rey Sylvarresta. Sacó un pequeño libro del primer cajón y comenzó a extraer los papeles escondidos en las tapas.

Se los trajo a Iome y susurró:

—En la Sala de los Sueños de la Facultad del Conocimiento, los cronistas estudian la naturaleza del bien y del mal —dijo Gaborn.

Aquello sorprendió a Iome. La instrucción que recibían los historiadores era algo que no se revelaba a los señores de las runas. Ya sabía por qué Gaborn susurraba. Los cronistas de ellos dos estaban justo al otro lado de la puerta.

Gaborn le mostró el siguiente diagrama:



*Las tres esferas del hombre*

—Cada hombre se reconoce como señor —dijo Gaborn—, y domina tres esferas: la de lo invisible, la de lo comunal y la de lo visible. Cada esfera se divide en varias partes. El tiempo de un hombre, su espacio corpóreo y su libre albedrío forman parte de la esfera de lo invisible, mientras que todo lo que posee, aquellas cosas que están a la vista, son parte de su esfera visible. Cuando alguien vulnera nuestra esfera, lo llamamos «el mal». Si quiere apoderarse de nuestra tierra o de nuestro cónyuge, si trata de destruir nuestra comunidad o nuestra reputación, si abusa de nuestro tiempo o intenta negarnos el libre albedrío, lo odiamos por ello. Si otro amplía nuestra esfera, lo llamamos «el bien». Si te halaga ante el prójimo y acrecienta tu talla ante la comunidad, lo amamos por ello. Si te da dinero u honor, lo amamos igualmente. Iome, hay algo en lo que creo firmemente y que solamente puedo expresar de este modo: la vida de los hombres, sus destinos, se hallan todos aquí, ¡forman parte de mi esfera!

Gaborn señaló el dibujo, con imprecisión indicaba la esfera de lo comunal y la de lo invisible. Iome lo miró a los ojos y creyó entender. Ella había sido señora de las runas toda su vida, le habían encomendado los detalles de algunos asuntos de estado. Aceptaba los anhelos, los sueños y la suerte de su gente como parte de su dominio.

—Ya entiendo —susurró Iome.

—Sé que comprendes, en parte —exhaló Gaborn—, pero no del todo. Presiento... Presiento que se acerca un cataclismo. La tierra me avisa, se acerca el peligro. No solamente para nosotros, sino para cada hombre, mujer y niño que he nombrado elegido. Debo hacer cuanto pueda para protegerlos, todo lo posible, aunque esté

condenado a fracasar. Debo pactar una alianza con Raj Ahten.

Iome percibió la vehemencia de su actitud y supo que no estaba tan solo declarando su decisión, sino que pedía su conformidad.

—¿Y yo?, ¿qué lugar ocupo en tus esferas? —preguntó Iome señalando el diagrama sobre el regazo de Gaborn.

—Tú eres todo ello —dijo Gaborn—. ¿No lo entiendes? Esta no es mi cama o tu cama, es nuestra cama.

Se señaló a sí mismo.

—Este no es mi cuerpo o tu cuerpo, es nuestro cuerpo. Tu suerte es mi suerte y mi destino es el tuyo. Tus anhelos, los míos. No quiero muros o separaciones entre nosotros. De lo contrario, no estaríamos verdaderamente casados. No seríamos realmente uno.

Iome asintió, ya lo entendía. Había observado a parejas anteriormente; con el tiempo compartían tanto, se unían tanto que incluso adquirían las manías y las extrañas ideas del otro y viceversa.

Iome deseaba ansiosamente tal unión.

—Te crees muy sabio —dijo Iome—, al citar enseñanzas prohibidas. Pero yo también sé algo de la Sala de los Sueños. En la Sala de los Sueños de la Facultad del Conocimiento, se dice que el hombre nace llorando. Lloro por el pecho de su madre, le llora a su madre cuando se cae, llora para recibir calor y ternura. Cuando va creciendo, aprende a diferenciar sus necesidades. «¡Quiero comida!», grita. O «Tengo frío, quiero que amanezca». Y cuando la madre tranquiliza a su hijo, sus propias palabras son todo menos una queja: «Deseo que seas feliz». Cuando aprendemos a hablar, casi todos nuestros sonidos son simples gritos mejor definidos. Si escuchas cada una de las palabras que emite un hombre, podrás descubrir los ruegos soterrados bajo cada idea que expresan «Quiero amor», «Quiero comodidad», «Quiero libertad».

Iome se detuvo un segundo para reclamar su atención y, en ese prolongado y repentino silencio, sabía que lo había conseguido.

Entonces dio voz a su ruego:

—Gaborn, no te rindas ante Raj Ahten. Igual que me amas, ama la vida y a tu gente, nunca te rindas ante el mal.

—Siempre que pueda elegir —dijo Gaborn, atendiendo por fin a razones.

Tiró el libro de Gaborn al suelo y tomó la barbilla de Gaborn en la mano, lo besó con firmeza y lo tumbó en la cama.

Dos horas más tarde, los centinelas en lo alto de la muralla del castillo gritaron consternados y señalaron hacia el río Wye, allí donde el agua serpenteaba entre los fértiles campos. Corriente arriba, el río se había teñido de rojo, rojo como la sangre.

Aunque la crecida de un encarnado vivo que venía corriente abajo portaba el fuerte olor mineral a cobre y azufre, se trataba únicamente de lodo y cieno, lo suficientemente espeso para contaminar el agua, obstruir las agallas de los peces y

asfixiarlos lentamente.

Gaborn se llevó al mago a investigar. Binnesman estaba de pie con el agua hasta la rodilla. De forma experimental, introdujo la mano y la probó, para de seguido poner cara de asco.

—Es lodo de las profundidades de la tierra.

—¿Cómo llegaría hasta el río? —se preguntaba Gaborn.

Este se mantuvo en la orilla del río, el olor del agua contaminada no le gustaba nada.

—El nacimiento del Wye —dijo Binnesman—. El agua procede del subsuelo profundo. El lodo viene de allí.

—¿Podría un terremoto causar esto? —preguntó Gaborn.

—Podría —murmuró Binnesman—. Pero me temo que no ha sido eso. Las ruinas donde liquidamos a la reaver hechicera están cerca de la fuente del agua. Imagino que los reaver están cavando un túnel allí. Quizás no los matáramos a todos.

Como se habían congregado tantos lores en el exterior del castillo de Sylvarresta para la celebración de Hostenfest, no fue difícil reunir a unos cuantos hombres de calidad rápidamente para recorrer a caballo los cuarenta y ocho kilómetros que distaba hasta las montañas. Seis horas después, al inicio de la tarde, quinientos soldados llegaban a las antiguas ruinas duskin con Gaborn y Binnesman a la cabeza.

Las ruinas tenían exactamente el mismo aspecto que la noche anterior, cuando Binnesman, Gaborn y Borenson habían aparecido por allí. Las retorcidas raíces de un gran roble en una colina tapaban parcialmente la entrada. Los hombres encendieron las antorchas y comenzaron el descenso por una antigua escalera rota, donde la tierra desprendía un fuerte olor a mineral. Gaborn notó la diferencia con el día anterior.

La entrada a la antigua ciudad de los duskin era un semicírculo perfecto de unos diez metros de diámetro. Las piedras de los muros eran descomunales y cada una estaba perfectamente esculpida y colocada, de forma que incluso miles de años más tarde, aún se mantenían en su sitio.

En los primeros cuatrocientos metros había un gran número de túneles y cámaras, casas y tiendas donde los duskin antaño vivieron, ahora cubiertos por la extraña flora del Averno: colocasias con sus hojas oscuras y ondedadas y mullidos tapetes de follaje que se aferraban a la pared. Cualquier artefacto de los duskin había sido objeto de saqueo hacía tiempo. Hoy era hogar de tritones fluorescentes, cangrejos ciegos y otros moradores del Averno.

Apenas hubieron descendido unos ochocientos metros por la escalera de caracol, el paso se vio bruscamente interrumpido. Habían cortado el paso recientemente. Allí donde debía haber seguido la escalera en sentido descendente, kilómetros y kilómetros hacia el mar Idymean, había un túnel que la atravesaba.

Binnesman se acercó al borde de la escalera, pero la piedra se resquebrajó y desplazó bajo sus pies; el mago saltó hacia atrás. Sostuvo la lámpara en lo alto y

escudriñó la distancia.

La abertura del túnel era un enorme círculo de al menos ciento ochenta metros de anchura, excavada atravesando la tierra compacta y los detritos. En el fondo había un montón de fango y piedra. Ningún ser humano podía haber cavado aquel conducto. Tampoco un reaver.

Binnesman seguía con la vista fija allí abajo, acariciándose la barba. Después, cogió una piedra y la dejó caer.

—He notado algo moviéndose bajo mis pies... —musitó—. La tierra está sufriendo.

Justo entonces, una bandada de pequeñas y oscuras criaturas pasaron volando a través del túnel, criaturas del Averno que no toleraban la luz del día. Emitieron alaridos de dolor y se apartaron de las lámparas.

Nervioso, Borenson rompió el silencio.

—¿Qué puede haber cavado ese túnel?

—Solamente una cosa —respondió Binnesman—, aunque mi bestiario del Averno la describe como una criatura solamente vista una vez por un hombre, la describe como un ser mítico. Ese túnel solamente lo puede cavar un hujmoth, un gusano terráqueo.

## Capítulo 4



### Los reaver

— Jinete aéreo Averan —dijo el maestro de bestias, Brand—, te necesitan. Averan se volvió a mirarlo en la luz previa al amanecer, pero no demasiado rápido. En la galería enorme y oscura del nido del pterodáctilo, localizó a Brand gracias al ruido de sus pasos, y no porque alcanzase a verlo. Estaba dando de comer a unos polluelos de pterodáctilo y no se atrevía a apartar la mirada de los reptiles. Los pterodáctilos medían cinco metros de hombro a hombro y podían engullir de un bocado a una niña de la estatura de Averan. Aunque los animales la adoraban, y los había alimentado desde que salieron de los correosos huevos valiéndose de sus garras, era probable que perdieran el control si tenían hambre. A veces intentaban enganchar la carne que sostenía en la mano con una de las garras de sus largas alas. Averan no deseaba perder un brazo, como le había sucedido a Brand tiempo atrás.

*Jinete aéreo*, pensó Averan. *Me ha llamado «jinete aéreo» y no «cuidadora de las bestias»*. Con nueve años de edad, Averan era demasiado grande, demasiado mayor para ser un jinete aéreo. Hacía dos años que no se le permitía volar.

Brand permaneció en el umbral del nido, la tenue luz de la mañana proyectaba un halo a su alrededor. Llevaba una pierna de cordero atada al cinturón con un cordón, un señuelo para los pterodáctilos. Entornó los ojos y se acarició la canosa barba con la mano izquierda.

Averan se preguntaba si Brand había bebido demasiado vino la noche anterior y se había olvidado de su edad.

—¿Está usted...?

—¿Seguro? Claro —gruñó Brand, parco en palabras, crispado.

Averan pronto se fijó en que Brand estaba temblando.

—Y debemos apresurarnos.

Este dio media vuelta y se encaminó a las galerías.

En la velada luz, Averan y Brand subieron unos peldaños labrados en la piedra hasta el nido superior. Aquella cavidad era hedionda. Los pterodáctilos más viejos



portaban cierto aroma parecido al de las serpientes y, tras siglos de asentamiento, aquel olor había penetrado la roca. Averan se había acostumbrado a que le gustara el olor hacía tiempo, igual que se decía que algunos disfrutaban con la pestilencia del sudor de caballo o el olor a perro.

En lo alto de la escalera se abría una amplia cámara con una entrada angosta cincelada en la ladera este de la colina. Bajo la tenue luz, Averan comprobó que la sala estaba vacía. Los pterodáctilos habían salido a cazar por la mañana. El fresco aire otoñal tendía a inquietarlos y darles hambre.

Averan siguió a Brand hasta la terraza, donde este se detuvo un instante, cogió la pata de cordero del cinturón y se aseguró de que la cuerda estaba firmemente atada entre un ligamento y el hueso, a la altura de la articulación. Luego comenzó a agitar aquel enorme y tosco cebo. Se necesitaba un hombre adulto para mover el cebo del pterodáctilo de esa manera.

—¡Cuello Curtido! —llamó—. ¡Cuello Curtido!

El pterodáctilo estaba adiestrado para responder a su nombre. El cordero era la recompensa que el monstruo recibía por su obediencia, una vez acudiera al reclamo.

Averan escrutó el cielo de la mañana. No había rastro alguno del reptil. Cuello Curtido era anciano y grande, una bestia de gran resistencia, aunque no muy veloz. Apenas se le utilizaba ya como montura. Desde el verano pasado, le había dado por alejarse más y más cuando cazaba.

Al oeste se erguían las montañas Hest de escarpados picos, blanqueados por la nieve de la noche anterior. Sobre la ladera, a los pies del nido, se alzaba el torreón de Haberd (con cinco torres de piedra y murallas que se extendían a ambos lados de la angostura que conducía a las montañas). La gente corría dentro de los muros del castillo, gritaban, algunos aún llevaban antorchas. Las voces sonaban indistintas y lejanas. Mujeres y niños se subían a carromatos en el patio; intentaban huir.

Únicamente entonces Averan cayó en la cuenta de que algo horrible sucedía.

—¿Qué ocurre?

Brand dejó la pata de cordero en el suelo como si estuviera cansado, la miró de arriba abajo.

—Acaba de llegar un escudero con noticias de las colinas de Morenshire. Anoche hizo erupción un volcán en las montañas de Alcair, esparciendo ceniza, y siguiendo su rastro, se acercan los reaver. El jinete calcula que entre los reaver hay unos ochenta mil portadores de acero y otros mil hechiceros menores y, como poco, un hechicero maligno. Sobre ellos, una nube de tábanos que oscurecen el cielo. Debes avisar de todo esto al duque Paldane en Carris.

Averan se esforzó por comprender las consecuencias de lo que Brand acababa de decir. Morenshire era una región en el lejano oeste de Mystarria, colindante con la confluencia de las montañas Hest y Alcair. La ciudadela del torreón de Haberd, la fortaleza más cercana, era antigua y sólida; refugio de viajeros de las montañas. Los soldados allí se limitaban a mantener los caminos seguros contra ladrones, reaver y

demás indeseables. Sin embargo, el torreón no aguantaría el embate de un ejército como el descrito por Brand. Los reaver invadirían las murallas en cuestión de una hora y no tomarían prisioneros.

El duque Paldane era el estratega del rey. Si alguien podía derrotar a los reaver era Paldane. Aunque Paldane tenía muchas preocupaciones. Los hombres de Raj Ahten habían asaltado o destruido varios castillos fronterizos y tanto lores como campesinos huían del norte.

—Nuestro señor opina que la erupción volcánica ha hecho salir a los reaver de sus guaridas —prosiguió Brand—. Ya ocurrió lo mismo una vez, en los tiempos de mi abuelo. El volcán inundó las madrigueras con lava y las bestias tuvieron que huir. Aunque esta erupción acarreará más miseria que esa otra. Los reaver han estado reproduciéndose descontroladamente durante mucho tiempo en esas colinas.

Brand se frotó las patillas.

—Y usted, ¿qué? —preguntó Averan—. ¿Qué hará?

—No te preocupes por mí —dijo Brand—. Me enfrentaré a ellos con una sola mano, si es necesario.

Movió el muñón del brazo derecho y se rio penosamente de su propio chiste. Pero Averan distinguía el terror en la mirada de Brand.

—No te preocupes. Llévate al viejo Cuello Curtido —dijo Brand—. Volarás sin la comodidad de una silla, agua o comida, para ir más ligera.

—¿Por qué no Derwin? —preguntó Averan—. ¿No debería él llevarle el mensaje al duque Paldane?

Derwin era más joven. Con cinco años, era el correo aéreo oficial del torreón de Haberd.

—Ayer noche lo envié a otro recado —respondió Brand, escudriñando el horizonte sur en busca de la bestia.

Después masculló con disgusto:

—El estúpido de nuestro señor, que envía a los correos aéreos a recoger las cartas de sus amantes.

Averan ya sabía eso. Años atrás había repartido cartas y rosas de lord Haberd a *lady* Chetham en Arrowshire. En respuesta, la dama enviaba misivas propias y medallones con mechones de pelo o pañuelos perfumados. Aparentemente, lord Haberd creía poder ocultar su adúltera aventura con más facilidad si utilizaba niños como mensajeros en vez de uno de sus soldados de mayor edad.

Las fértiles llanuras del este estaban envueltas en niebla matutina, la cual se tornó de un tenue tono dorado conforme la rozaron los primeros rayos del sol. Aquí y allí verdes crestas se elevaban como islas color esmeralda entre la niebla. Averan escrutó los valles en busca del pterodáctilo. Cuello Curtido estaría por ahí, al acecho de algo lento y grasoso para comer.

—¿Cuándo llegarán los reaver? —preguntó Averan.

—En dos horas —contestó Brand—, como mucho.

Muy poco tiempo para organizar las defensas. Si lord Haberd pidiera ayuda a las fortalezas cercanas, tardarían un día en llegar, incluso si fueran caballeros sobre corceles de fuerza. Averan se preguntaba si los hombres de Haberd aguantarían tanto tiempo.

Brand se pegó la mano a la boca y llamó de nuevo. En la distancia, Averan observó como un puntito con alas salía de la niebla, carne de color tostado que brillaba con la luz matutina. Cuello Curtido respondía al reclamo.

—Cuello Curtido está mayor —dijo Brand—, tendrás que hacer paradas y dejarlo que descanse frecuentemente.

Averan asintió con la cabeza.

—Primero sobrevolarás los bosques hacia el norte y luego atajarás entre los picos de las montañas Brace. Solamente son unos cuatrocientos kilómetros, no es mucho. Puedes llegar a Carris al anochecer.

—Si descansamos, ¿no iremos más lentos? —preguntó Averan—. Quizás debería hacer el recorrido de un tirón.

—De este modo es más seguro —dijo Brand—. No hace falta que mates a la bestia con las prisas.

¿*Qué querrá decir?*, se preguntó Averan. Claro que tendría que apresurarse y la muerte de su montura no era nada comparada con la muerte de seres humanos.

Fue entonces cuando comprendió la verdad. El torreón de Haberd era un lugar aislado. Nada de lo que ella hiciera serviría de algo. La ayuda no llegaría a tiempo. Lord Haberd seguramente ya habría enviado mensajeros sobre caballos de fuerza. Y los caballos le sacarían a ella bastante ventaja. La velocidad máxima que alcanzaría sería de sesenta y cuatro kilómetros por hora y, volando hacia el norte en aquella época del año, tendría que vérselas con el viento de cara. Un corcel rápido, uno con suficientes dones de metabolismo y fuerza y resistencia podría alcanzar los ciento treinta por hora sin problemas.

—No me envía para que transmita un mensaje —dijo Averan. La voz se le atería a la garganta y el corazón le daba martillazos.

Brand inclinó la cabeza para mirarla y sonrió cariñosamente.

—Claro que no. Te estoy salvando la vida, hija —confesó—. Comunícale el mensaje al duque Paldane, si quieres. Siempre cabe la posibilidad de que los jinetes no lo consigan. —Se acercó y cuchicheó con aire confabulador—: Pero si sigues mis consejos, yo no me quedaría allí. El palacio de Carris es un sitio muy peligroso. Si los reaver se dirigen hacia Carris, podrían hacerse con la fortaleza en dos semanas y no hay garantías de que el duque Paldane te deje marchar con el mismo pterodáctilo. Dile a Paldane que tienes órdenes de transmitir un mensaje más al norte, al primo segundo de nuestro señor en Montalfer. Paldane no se atreverá a retenerte.

Cuello Curtido aleteaba penosamente, intentando ganar altitud por los nebulosos valles, con la oveja de algún campesino en su enorme boca. Volaba con entusiasmo, los pequeños ojos dorados escudriñando los alrededores.

La bestia se posó en la terraza, agitando aquellas descomunales alas y despeinando a Averan con el viento levantado. Cuello Curtido dio un torpe brinco y con delicadeza dejó el cadáver de la oveja a los pies de Brand, como si fuera un gato gigante que le regalaba un ratón muerto a su amo. El pterodáctilo se quedó allí, jadeante, los pliegues de la garganta se movían mientras intentaba recobrar el aliento.

Se adelantó y rozó el pecho de Brand con el pico.

Brand sonrió con nostalgia, estiró su mano y le dio unas palmaditas a la bestia en el morro; extrajo un trozo de carne de entre los dientes de Cuero curtido, dientes tan afilados como la hoja de un sable.

—Vieja lagartija, te voy a echar de menos —dijo Brand.

Este lanzó la pierna de cordero al aire lo más alto que pudo y Cuello Curtido la enganchó antes de que cayera a tierra.

Brand le dijo a Averan:

—Cuando era chico solía montarlo, sabes, hace cuarenta años de eso. También el rey Orden. Tu cabalgadura es de nobles.

Cuello Curtido era uno de los pterodáctilos más viejos del nido. No era el que ella hubiera escogido, pero estaba bien adiestrado y Brand siempre le había tenido cierto afecto especial al monstruo.

—Lo cuidaré bien —dijo Averan.

Brand cerró el puño con la palma de la mano hacia el suelo y el gran reptil se inclinó hacia delante y se agachó para que Averan pudiera montar.

Averan dio un paso corriendo y brincó sobre el lomo de la bestia. Como todos los correos aéreos, poseía un don de resistencia y uno de fuerza física: tenía más capacidad y más aguante que cualquier plebeyo y, al ser pequeña, podía saltar y encaramarse a la espalda del monstruo. Además de esos dones, contaba con uno de inteligencia así que podía memorizar a pie juntillas casi cualquier mensaje que su señor transmitiese. Esos dones la distinguían de otros niños. Aunque solamente tenía nueve años, había aprendido mucho en ese tiempo.

Averan se acomodó delante de la primera escama callosa del cuello de la bestia, le rascó la correosa piel.

—Que nunca caigas —dijo Brand.

Era la primera regla que aprendían los correos aéreos de niños. Además era una especie de despedida entre los de su clase, una invocación con la que comenzaba cada viaje.

—Nunca —respondió Averan.

Brand le lanzó una pequeña bolsa que hizo ruido al cogerla, ruido de monedas. Los ahorros de toda una vida, se imaginó Averan.

Apretó las piernas en torno al cuello del pterodáctilo, notó la tensión en los músculos del reptil mientras este esperaba órdenes.

Averan deseaba tener más tiempo para despedirse de Brand. Una parte de su ser no se acomodaba al hecho de que realmente se aproximaban los reaver. El torreón

estaba igual aquella mañana que cualquier otro día de otoño. Allí en la terraza, más altos que el castillo, adiantos y campanillas de flores violetas bien abiertas escalaban la roca. El aire estaba quieto y tranquilo. El olor de los fogones de cocina provenía de la fortaleza allí abajo.

La mente de Averan se rebelaba ante la idea de marcharse. Normalmente, hubiera alimentado al pterodáctilo algo mejor antes de emprender un viaje tan largo. En ese momento, deseaba permitirle a Cuello Curtido comer algo más, pero la bestia apenas lograría cargar con su peso y el del estómago lleno.

Averan notó la garganta seca, y las lágrimas amargas le picaban en los ojos. Se sorbió la nariz y preguntó por última vez:

—¿Y usted qué, Brand? ¿Qué hará? ¿Saldrá del castillo? Prométame que se esconderá, si no por usted, por mí.

—Correr ante los reaver supondría la muerte —dijo Brand—. Me rebanarían en dos como una salchicha. Y me temo que, en mi condición actual, no serviría como arquero en las murallas.

—Entonces, escóndase por mí —le suplicó Averan.

Brand lo significaba todo para ella: padre, madre, hermano, amigo. No tenía familia, su padre había muerto en una refriega con los reaver antes de nacer ella y su madre había fallecido a consecuencia de una caída cuando Averan era una niña pequeña. Una caída de una silla al encender una lámpara en el torreón del lord. Aunque Averan presenció el accidente de su madre, nunca supo aceptar que alguien pudiera morir tan fácilmente. Ella misma había caído desde una altura de cinco metros en más de una ocasión, cuando algún reptil se libró de su jinete de una sacudida al aterrizar, pero jamás se había hecho daño.

—Prometo esconderme, si eso sirve de algo —dijo Brand.

Averan examinó los ojos de Brand para ver si mentía, pero nunca había logrado adivinar lo que escondía la mirada de la gente. Lo que otros pensaban en realidad, lo que querían decir, a menudo le parecía un misterio inescrutable. Así que, tuvo que contentarse con la esperanza de que Brand se ocultaría, o huiría, o que de algún modo escaparía de los reaver.

Brand había estado mirándola fijamente; pero de repente clavó la mirada detrás de ella y se quedó sin respiración.

Averan se volvió. A lo lejos, en una de las colinas, cañón arriba, vio aparecer repentinamente varios reaver correteando sobre seis patas, con su piel correosa de un gris pálido bajo la luz de la mañana y, a esa distancia, no podía distinguirse bien cuántas runas llevaban tatuadas en la piel. Solamente se reconocía el acero destellando con la luz del sol y el reflejo de las porras encendidas. A aquella distancia, las criaturas hexápedas parecían insectos raros que salían corriendo de debajo de las rocas. No obstante, Averan sabía que cada una de esas crueles bestias era tres veces más alta que un hombre.

Una nube oscura los seguía desde lo alto, los tábanos se acercaban en tropel de

forma alarmante. Los tábanos eran más pequeños que los murciélagos y más grandes que los escarabajos sanjuaneros. A veces salían de las cuevas volando. Averan nunca había visto un enjambre tan grande que oscureciera el cielo.

—¡Márchate ya! —dijo Brand—. Los reaver no llegarán en dos horas. A ese paso, invadirán las murallas del castillo en cinco minutos.

—¡Arriba! —gritó Averan.

El pterodáctilo dio la vuelta y saltó al vacío. Averan se sintió algo mareada durante un instante mientras el reptil caía, por encima del hombro de la bestia observó el enjambre de piedras a unos cien metros más abajo.

Durante un momento, se olvidó de los reaver. Muchos correos aéreos habían caído en aquellas rocas durante siglos. Averan había visto a la pequeña Kylis precipitarse el año anterior y había oído los alaridos mortales de la niña. Durante aquel interminable segundo, Averan temía que Cuello Curtido no pudiera aguantar el peso de ambos y que ella los dirigiese a la muerte.

Justo entonces las alas del pterodáctilo se montaron en las corrientes de aire y se hincharon.

Averan volvió la mirada, Brand agitaba la mano desde el escarpado promontorio del nido de los pterodáctilos mientras que la luz matinal se reflejaba en su rostro. Después, entró con valentía en las galerías superiores del nido.

A Averan se le antojó que la montaña se lo había tragado, estuvo tentada de dar unas vueltas en torno a la ciudad durante unos instantes para ver la llegada de los reaver; pero no deseaba que tales recuerdos la acecharan durante años.

Así pues, con suaves golpecitos de los pies y algunas órdenes, Averan condujo a Cuello Curtido hacia el norte, sobrevolando la niebla que se agitaba enérgicamente y brillaba como las olas en el mar. Averan se secó las lágrimas mientras Cuello Curtido la alejaba de allí.

## Capítulo 5



### *Historias de osos*

— **E**ntonces tu hijo lanza la jabalina al viejo colmillos —le contaba, muerto de risa, el barón Poll a Roland—, y se cree buen tirador, apunta justo entre los ojos. Pero el viejo jabalí debe de tener el cráneo más duro que la cabeza del bufón del rey, porque la jabalina le da y ¡simplemente le hace un arañazo!

El barón Poll sonreía ante el recuerdo y Roland escrutaba el camino. A media tarde, aún les quedaba medio día de viaje hasta Carris. Iban a trote tranquilo, así las cabalgaduras no se cansaban.

—Como el viejo colmillos está chalado, baja el hocico y piafa la tierra, con la sangre que le cae por los incisivos. Como ya sabes, los jabalíes del bosque de Dunn son tan altos como un caballo y de greñas tan largas como un yac. Y tu hijo, que en aquel momento tenía únicamente trece años, se fija en que este puerco va a arremeter y no tiene la suficiente inteligencia para hacer lo que debe hacer todo hombre.

—¿Y eso es? —preguntó Roland, quien nunca había cazado jabalíes en el bosque de Dunn.

—¡Pues montarse en el caballo y salir corriendo! —exclamó el barón Poll—. No, tu hijo se queda allí montado, contemplando a la bestia, y hace de su caballo una bonita diana y, sin duda, se ha meado en los pantalones. Bien, pues el viejo jabalí embiste y propina la cornada bestial al estómago del caballo, un buen golpe alto que destripa al animal y lanza a tu hijo en el aire metro y medio. Como decía, pasa una hora y hemos perdido a los perros, cabalgamos en su busca. Podemos oírlos ladrando en las colinas, ¿sabes? Y tu hijo desmonta y va como cojeando, y el jabalí ve a tu muchacho ahí plantado, y tu hijo sale corriendo tan rápido que, por los Elementos, ¡hubiera jurado que había salido volando!

El barón Poll tenía los ojos muy abiertos, deleitosos al contar la anécdota. Sonaba como si la hubiera relatado ya muchas veces y la hubiera perfeccionado.

—Entonces, el joven *sir* Borenson, al escuchar los ladridos de los perros se dice, como descubrimos más tarde: «Correré hasta donde están los perros, ¡ellos me protegerán!». Y así echa a correr entre los helechos, con el jabalí pisándole los

talones. En aquel momento, tu hijo acababa de tomar dones de metabolismo, así que ya te puedes imaginar cómo corre. Y grita, a toda velocidad: «¡Me matan!, ¡endiablado asesino!», armando mucho revuelo y, cada vez que aminora la marcha, el puerco le pega un susto de muerte. Después de unos ochocientos metros colina arriba, pienso que es hora de salvarle la vida, y voy tras él y tras la bestia a caballo. Pero corren tan rápidos entre la maleza que termino sorteándolos y buscando un camino más despejado, con lo cual no consigo acercarme lo suficiente y poner a tiro al jabalí.

»Aquí es cuando tu hijo llega donde los perros. Están todos sentados al pie de un serbal, con las lenguas fuera y, de vez en cuando, uno de ellos aúlla como si quisiera así pasar el tiempo, y tu hijo piensa: «Ah, me subiré al árbol y los perros me salvarán enseguida». Tu vástago se encarama al árbol y los perros se ponen de pie de un brinco, ilusionados, lo miran y agitan el rabo, y el joven Borenson trepa unos seis metros. Entonces el jabalí salta entre los perros. El viejo colmillos tenía mucha experiencia, y no le agradaban los canes mucho más de lo que le agradaba tu hijo y, comprobando que estos se hallaban reventados y asombrados de ver un monstruo de ciento cincuenta kilos entre ellos, el colmillos agacha el morro y lanza al primero que coge unos trece metros por el aire y a otros dos los abre en canal antes de que puedan incorporarse. El resto de los perros de caza, solamente había unos cinco o seis en esta pequeña jauría, deciden que es hora de marcharse con la poca dignidad que les queda, y huyen. Ahí, el joven *sir* Borenson comienza a llamarme a gritos: «¡Socorro! ¡Hijo de puta! ¡Ayuda!». Bien, me digo a mí mismo, ese no es el modo de llamar a alguien cuando le pides que te salven el miserable pescuezo, o lo que queda de él. Por eso, como veo que está a salvo subido a un árbol, decido reducir la marcha del caballo para darle un respiro. Justo entonces, oigo un sonido de lo más curioso, ¡un rugido ensordecedor! Cuando miro hacia arriba, comprendo por qué grita tu hijo. Resulta que el árbol al que se había subido tenía osos. ¡Tres osos grandes! ¡Los perros los habían obligado a trepar al árbol!

El barón Poll se reía tanto al recordarlo que casi lloraba de la risa.

—En ese momento, tu hijo se encuentra atrapado en el árbol y los osos no parecen demasiado complacidos de tenerlo con ellos, y el jabalí allí abajo, y comienzo a reírme con tanta fuerza que apenas me tengo en la silla. Me dice de todo, nunca fuimos amigos, ya sabes, y me ordena que lo rescate. Bueno, siendo tres años mayor que él y, con quince años, pensé que mejor insultado a que me diera órdenes un muchacho que había cumplido los doce años hacía dos semanas. Manteniéndome a buena distancia del árbol, le grito: «¿Me has llamado hijo de puta?». Y tu hijo responde: «¡Sí!». Bueno, no importa que dijera la verdad —continuó el barón Poll—. No iba a dejar que un mocoso de doce años me insultara. Por eso, le respondí a gritos: «¡Llámame “señor”, o te salvas tú solo!».

El barón Poll se detuvo y se quedó pensativo.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Roland.

—La cara de tu hijo se oscureció de cólera. Nunca habíamos sido amigos, como



he dicho, pero nunca habría adivinado lo mucho que me odiaba. Siempre me había burlado de él sin compasión, desde que era niño, maldiciéndolo por bastardo, y creo que enseguida me había calado. Sabía que yo era de origen humilde y opinaba que debía tratarlo mejor que los otros, no peor. Creo que me merecía su desprecio, aunque nunca imaginé que un muchacho pudiese odiar con tal intensidad. Me dijo: «Cuando te mueras, si mueres con honor, ¡entonces te llamaré “señor”! ¡Y ni un segundo antes!».

»En ese instante fue cuando sacó su puñal —añadió el barón Poll con más sobriedad— y siguió trepando, y comenzó a reír y a atacar a los osos él solo.

—¿Con un puñal nada más?

—Pues sí —dijo el barón Poll—. Poseía dones de fuerza física y resistencia a su favor, aunque su estatura era la de un muchacho. Los osos se habían encaramado a unas ramas grandes y no sé si un hombre cuerdo se habría enfrentado a ellos de aquel modo. Pero tu vástago fue a por ellos, igual únicamente para demostrarme que podía hacerlo. Y creo que los hubiera matado, además. Pero los osos lo vieron venir y saltaron los primeros. El jabalí, al ver a los osos caer como ciruelas del árbol, decide dejar a tu hijo en paz y marcharse a buscar bellotas...

El barón Poll cacareaba con la anécdota.

—Fue entonces cuando comprendí que el joven *sir* Borenson un día lograría convertirse en capitán de la guardia del rey —prosiguió el barón Poll—. Eso, o matarse, o quizá ambas cosas.

—¿Ambas?

Roland examinó el rostro del barón Poll. Era un hombre descomunal, unos ciento cincuenta kilos de grasa, todo cubierto de vello tan oscuro como la noche. Sin embargo, su expresión era afable.

—Los hombres que llegan a capitanes de la guardia del rey no duran mucho en el puesto. ¿Sabías que la familia del rey Orden ha pasado por tres asesinatos en los últimos ocho años?

Tres agresiones en ocho años parecían demasiadas. En la historia reciente, Roland nunca había oído nada parecido. Al donar el metabolismo al servicio del rey, nunca se imaginó que podría despertar en una época tan tenebrosa. Su rey muerto; todo el reino de Mystarria asediado por invasores.

—No me había enterado —dijo Roland.

Después de veinte años dormido, no había tenido la oportunidad de ponerse al día en cuanto a acontecimientos recientes. Se preguntaba si el rey Orden había tenido problemas internos: vecinos que lo querían ver muerto.

—¿Quién envió a los asesinos?

—Raj Ahten, está claro —dijo el barón Poll—. Nunca pudo demostrarse, pero siempre sospechamos de él.

—Deberíais haber mandado a un asesino que lo despachase —replicó Roland, furioso, con una indignación honrosa.

—Lo hicimos, enviamos a docenas. De todos los reinos de Rofehavan, hemos enviado a cientos, puede que a miles. Queríamos atentar contra su vida y la de sus herederos, hemos intentado acabar con sus consagrados y con sus aliados. Los caballeros equitativos enviaron a los suyos también. Maldita sea, lo que tenemos entre manos no es una simple disputa fronteriza.

Era asombroso que un señor de los lobos pudiera repeler tantos ataques y seguir siendo tan poderoso como se rumoreaba que era Raj Ahten.

Aunque resultaba evidente. Toda esa tarde, mientras Roland y Poll habían estado haciendo camino, fueron tropezándose con campesinos que huían del norte. Hombres y mujeres tirando de carretas con fardos de ropa, algunas sobras de comida y unos cuantos objetos personales de valor. Además, habían visto indicios de desplazamientos recientes de ejércitos: los soldados de Mystarria que se dirigían al norte para entrar en combate.

Roland guardó silencio.

—Oh, oh —dijo el barón Poll entre dientes—, ¿qué tenemos aquí?

Al tomar una curva, toparon con una pendiente. Más adelante había un caballo tendido. Seguramente, una pierna rota. La bestia tenía la cabeza erguida y apenas miraba a su alrededor. El jinete estaba atrapado bajo el peso del corcel. El hombre vestía el atuendo de los correos del rey: yelmo de cuero y capa verde, chaleco azul oscuro con la imagen del caballero verde en el pecho.

El mensajero los había adelantado hacía menos de una hora, entonces lanzó un grito para que se apartaran. Pero en ese instante, el correo no se movía.

Roland y el barón Poll galoparon hacia el pobre desgraciado. Esa parte baja del camino se encontraba enfangada debido a la lluvia de los últimos días. Se percibía desde el primer momento. Roland vio que el caballo había resbalado al doblar la curva y luego había patinado unos cien metros. Aparentemente, al deslizarse, el caballo se había torcido la pierna y se había desplomado. Galopar con un caballo de fuerza a toda velocidad, uno con tres dones de metabolismo, podía resultar peligroso. Un caballo que intentara coger una curva a cien kilómetros por hora podía apoyar el pie de mala manera y arremeter con celeridad contra un árbol.

Era evidente que el mensajero estaba muerto. La cabeza del hombre se hallaba torcida en una fea posición y tenía los ojos vidriosos. Las moscas danzaban en el aire en torno a la lengua del jinete.

Roland desmontó de un salto y extrajo el saco de misivas de la toga, una bolsa larga y redonda de cuero teñido de verde. El caballo herido miró a Roland y soltó un relincho de dolor. Roland raramente había oído a un caballo emitir un sonido semejante.

—Apiádate de la bestia —dijo el barón Poll.

Roland desenfundó la espada corta y, cuando el animal apartó la vista, le propinó una estocada mortal.

Roland abrió la bolsa, extrajo el pergamino y durante medio segundo estuvo

examinándolo. No sabía leer ni escribir más que unas cuantas palabras, pero se le antojó que reconocería el sello de cera. No fue así.

—Bueno, ábrelo —dijo el barón Poll—. Al menos sabremos hacia dónde tenemos que ir.

Roland rompió el lacre, abrió el pergamino y halló una misiva escrita apresuradamente. Reconocía algunas palabras («el», «un», «y»), pero no podía descifrar las palabras más largas por mucho que entornara los ojos.

—Diablos, ¡dilo ya! —gritó Poll.

Roland apretó los dientes, no era idiota, pero tampoco había recibido una educación. Le tendió la carta al barón Poll.

—No sé leer.

—Oh —se disculpó el barón Poll cogiendo el pergamino.

Pareció leerlo de un solo vistazo.

—¡Por los Elementos! —exclamó—. El torreón de Haberd fue aplastado al amanecer por los reaver, miles de ellos. ¡Enviaban las noticias a Carris!

—Dudo que el duque Paldane se alegre de recibir más malas noticias —dijo Roland.

El barón Poll se mordió el labio inferior, pensativo. Miró hacia el sur, luego hacia el norte, preocupado acerca de la dirección que debían tomar.

—Paldane es el tío abuelo del rey —dijo, como si Roland lo hubiera olvidado en los últimos veinte años—. En la actualidad es regente, pero, si lo asedian en Carris, no podrá hacer nada de nada contra los reaver. Alguien debería llevar estas noticias a las Cortes de Tide en el sur, a los consejeros de allí, y al rey.

—Sin duda habrán enviado a más de un correo —dijo Roland.

—Siempre cabe esa posibilidad —dijo el barón Poll.

Roland hizo ademán de subirse a su montura cuando el barón Poll carraspeó fuerte e hizo un gesto con la cabeza hacia el mensajero muerto.

—Mejor coger la bolsa. No hay necesidad de dejarla para los carroñeros.

Roland se sintió algo mareado al robarle a un muerto, pero sabía que el barón Poll llevaba razón. Si ellos no se la quitaban, el próximo que llegase lo haría. *Además, se dijo, si iba a llevarle un mensaje al rey, seguro que recibía honorarios de mensajero.*

Cortó el monedero y descubrió que pesaba más de lo que se esperaba. Seguramente, el hombre llevaba encima los ahorros de toda una vida.

Roland agitó la cabeza. Era la segunda vez en una semana que se había encontrado en posesión de una pequeña fortuna. Se preguntó si se trataba de alguna señal que le indicase que esta guerra iba a resultarle provechosa.

Se subió al caballo y le gritó al barón Poll:

—¡Echemos una carrera!

Espoleó la carne del corcel con los talones y ambos salieron galopando con tanto furor como una tormenta. El barón Poll contaba con la cabalgadura más veloz, pero Roland sabía que la bestia del gordo se cansaría antes.

En una ladera, a veinte kilómetros más al norte de donde Roland y el barón Poll habían encontrado al correo muerto, Akhoular, el oteador, estaba de pie junto a un gran roble blanco. Con la cabeza apoyada en una rama, contemplaba a dos hombres que galopaban en dirección norte por una carretera embarrada a primera hora de la tarde. No eran campesinos, eso lo sabía, que huían del combate hacia Carris. Tampoco soldados rumbo a la guerra.

No tenían pinta de ser mensajeros del rey, puesto que no vestían el atuendo adecuado. Akhoular se preguntaba quiénes serían...

Sus hombres habían matado a varios correos durante la última semana y se habían deshecho de los cuerpos por los lindes del camino. Quizás los correos del rey habían espabilado y viajaban disfrazados.

Akhoular poseía cinco dones de vista. Incluso a dos kilómetros de distancia, podía distinguir el semblante resuelto de ambos hombres. El más joven, un hombre corpulento sobre un caballo muy ligero, portaba una bolsa de mensajería de cuero verde en la muñeca. El más grueso iba bien armado.

Decididamente, los mensajeros del rey se habían vuelto más despiertos. Ya no cabalgaban con los colores del monarca, y además este mensajero contaba con un caballero que lo protegía.

Akhoular silbó hacia el campamento situado debajo del árbol. Le faltaban hombres, había perdido tres asesinos durante aquella semana. No obstante, llamó a un joven que era maestro de la hermandad de los sigilosos.

—Bessahan, ¡dos jinetes con un mensaje! —dijo y señaló hacia la carretera, aunque el asesino, desde ahí abajo no podría ver a través del bosque.

Akhoular dijo:

—Galopan hacia Carris. Debes matarlos.

—No llegarán a Carris —aseguró Bessahan al oteador.

El sigiloso montó a lomos de su caballo de fuerza y se tapó la cara con una capucha sucia, de color marrón. Con una mano, tanteó la parte de atrás de la silla de montar, comprobó que el arco de cuerno aún seguía atado a las alforjas. Espoleó al caballo y se apresuró ladera abajo.

## Capítulo 6



### Entre los caballeros

— **A** sí, mucho mejor —dijo *sir* Hoswell.

Myrrima contempló cómo se arqueaba la flecha y hacía diana a ochenta metros de distancia. Su disparo quedó unos treinta centímetros más bajo de lo que pretendía, pero era el tercer disparo seguido que acertaba en el círculo de tela roja prendido al pajar, y se sentía muy orgullosa.

—Bien, *milady* —dijo *sir* Hoswell—. Si lo repetís diez mil veces más, lo interiorizaréis. Aprended a disparar a esa distancia y os acostumbraréis a disparar cada vez más lejos. Pronto lo haréis instintivamente, no con la cabeza ni las manos.

—Tengo que mejorar la puntería —lo corrigió Myrrima.

La idea de disparar otras diez mil veces la preocupaba. Ya tenía los dedos y los brazos cansados del esfuerzo.

—Ese disparo no hubiera detenido a uno de los Invencibles.

—Bah —dijo *sir* Hoswell—. Quizás no lo hubierais matado, pero lo hubierais dejado como a un eunuco. Y si la idea es evitar la violación, decididamente lo habríais dejado totalmente imposibilitado.

Myrrima lo miró de reojo. *Sir* Hoswell sonreía abiertamente. Era un hombre enjuto, de bigote tupido, barba rala, y ojos de párpados pesados como un lagarto medio dormido sobre una piedra caliente. Aquella sonrisa habría resultado amable si no tuviera los dientes tan torcidos.

*Sir* Hoswell se encontraba cerca, demasiado cerca. Myrrima no podía evitar sentirse algo incómoda. Estaban en el claro de un angosto valle, no muy lejos de las tiendas montadas por los nobles de menor rango. Cientos de muchachos habían practicado el tiro con arco en aquella zona pues era el día de la gran justa. Los árboles de cincuenta metros se encorvaban allí cerca, a ambos lados de Myrrima, y esta se sintió sola y vulnerable.

Conocía a *Sir* Hoswell de toda la vida, era de Bannisferre; aunque en aquel momento no se fiaba de él. Ya caía la tarde y se preguntó si sería recomendable regresar al castillo.

Los robles de las colinas formaban una barrera natural que los ocultaba. Myrrima no tenía ningún otro testigo allí presente. Sabía que estar a solas con un hombre que no fuera su marido parecería escandaloso, pero había decidido prepararse para el combate y no quería atraer la atención de Borenson. Si su marido adivinaba sus intenciones, Myrrima pensaba que se lo prohibiría. Necesitaba que alguien le enseñara.

Lord Hoswell había sido amigo de su padre y era un estupendo arquero. Cuando se lo tropezó practicando, le pidió que le diera lecciones durante las tardes y él había accedido.

Con el don de inteligencia que su madre le había cedido dos semanas antes, Myrrima descubrió que había aprendido las bases del tiro con arco mucho más deprisa de lo que creía posible.

—Intentadlo de nuevo —la instó lord Hoswell—. Esta vez, tirad del arco con más fuerza. Necesitáis un disparo firme, más penetración.

Myrrima sacó una flecha de la aljaba y la examinó rápidamente. El emplumador había realizado un trabajo precipitado: una de las plumas de ganso blanco no estaba pegada y atada como debiera. Se mojó el dedo con la lengua, alisó y colocó la pluma en su sitio; luego tomó el arco con firmeza entre los dedos, puso el culatín en la cuerda y tiró de ella hacia atrás, hacia la oreja.

—Un momento —dijo *sir* Hoswell—, tenéis que conseguir una postura más firme.

Se situó detrás de Myrrima y esta notó el calor de su cuerpo y el de su aliento en el cuello.

—Estirad la espalda y girad el cuerpo un poco de lado, así.

Levantó la mano y le agarró el pecho izquierdo, modificó la postura de Myrrima un centímetro y permaneció allí sin soltarla, con un estremecimiento. Las piernas le temblaban.

Myrrima notó cómo se ruborizaba de vergüenza y en su fuero interno oyó la voz de Gaborn, rey de la tierra, con un aviso: Corre, estás en peligro, corre.

De repente, Myrrima se sintió tan asustada que aflojó la flecha accidentalmente; pero *sir* Hoswell no le soltó el pecho.

Tan velozmente como le fue posible, para que ni siquiera los dones de metabolismo del hombre pudieran prevenirlo, se revolvió y le dio un rodillazo en la ingle.

*Sir* Hoswell se desplomó a medias, pero tenía la blusa de Myrrima en la mano e intentó tirar de ella.

La voz de Gaborn sonó una segunda vez: Corre.

Myrrima le dio un puñetazo en la nuez, Hoswell intentó retirarse y, al hacerlo, le soltó la blusa lo suficiente como para que, después de asestar el golpe, Myrrima se liberara.

Giró sobre sus talones a fin de echar a correr. Hoswell la agarró por el tobillo,

haciendo que cayera por tierra. Myrrima gritó:

—¡Violador!

Se volvió hacia Hoswell y lo pateó mientras caía.

Entonces él se puso encima.

—¡Maldita zorra! —siseó y le dio una bofetada—. Cerrad la boca o yo os la cerraré para siempre.

Hoswell torció la mano, con la palma contra la barbilla de Myrrima le empujó la cabeza con una fuerza increíble, para doblarle el cuello hacia atrás. Después, movió los dedos y le tapó la nariz. Con la mano sobre la boca, Myrrima no podía respirar. Tampoco podía escapar, pues soportaba el peso de su cuerpo. Intentó quitárselo de encima, le clavó la uña del pulgar en el ojo derecho, tan violentamente que la sangre comenzó a brotarle de la órbita.

—¡Desgraciada! —maldijo Hoswell—. ¿Debo mataros?

Este le dio un puñetazo en la tripa, cortándole la respiración y provocándole náuseas. Durante un rato, Myrrima forcejeó en silencio, intentando respirar mientras Hoswell se desabrochaba el cinturón con la mano libre. A Myrrima le ardían los pulmones. Necesitaba aire. La visión se le tornó rojiza. La cabeza comenzó a darle vueltas como si estuviera cayendo en espiral.

Luego oyó un ruido seco y *sir* Hoswell se quedó sin aliento. Rodó al suelo, Myrrima quedó libre. Alguien le había pegado una patada fuerte a su agresor, de esas que podían romper costillas.

La joven tomó una bocanada de aire fresco, sintió cómo se le llenaban los pulmones una y otra vez; no obstante, aún resollaba.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó una voz.

Era la voz de una mujer, de acento tan fuerte que, al principio, Myrrima no reconoció que hablaba en rofehavanés.

Myrrima levantó la vista. La mujer que la miraba tenía los ojos azules y el pelo negro le caía en rizos por los hombros. Aparentaba tener unos veinte años. Los hombros anchos indicaban más fuerza que un esclavo; vestía una sencilla toga marrón sobre una camisa hecha de cota de malla sólida y, en la mano, llevaba una pesada hacha. A su espalda, había una mujer tímida vestida con ropa de erudita, una cronista.

Myrrima lanzó una mirada a *sir* Hoswell y se preguntó si la mujer le había asestado un golpe mortal con el hacha. Aquella no era una mujer cualquiera, era una amazona de Fleeds, una guerrera con suficientes dones de fuerza física y encanto como para equipararse con Hoswell.

Pero *sir* Hoswell seguía con vida, agarrándose las costillas, encorvado como un perro al que han fustigado. Le corría la sangre por la cara. Gruñó:

—Mantente al margen, zorra de Fleeds.

—¡Huy!, en tu lugar no me dirigiría a una señorita de esa forma tan burda, en especial cuando blande un hacha y no nos han presentado oficialmente.

La mujer sonrió, se burlaba del protocolo de las damas nobles de la corte. Esta se fijó en el hombre un momento y luego frunció el ceño.

—Si Heredon no produce mejores luchadores que esto —dijo entre dientes—, nunca me acostaré con nadie.

Myrrima estaba boquiabierta, horrorizada ante todo lo sucedido. Apenas entendía lo que estaba diciendo la otra, aunque comprendió que era una broma.

Los señores de los caballos de Fleeds llevaban miles de generaciones dedicados a criar caballos. Los cuidaban porque admiraban su fuerza, belleza e inteligencia. Del mismo modo, las damas nobles de Fleeds se aplicaban en engendrar hijos. En el transcurso su vida, una dama de abolengo podía pedirle a doce hombres respetables que yacieran con ella para tener hijos. Aunque podían casarse, los maridos no las gobernaban. Solamente las mujeres tenían derecho a títulos nobiliarios y en Fleeds la creencia era que «ningún hijo debe saber quién es su padre». A las mujeres de Fleeds, la extraña idea de que los hombres reinaran les parecía irrisoria. Así, en Fleeds un rey era simplemente un consorte que se casaba con una reina. Y si esta decidía deshacerse de él y elegir otro compañero, entonces el consorte perdía el título.

—Yo, esto... —tartamudeó Myrrima.

Hoswell se sostuvo la frente ensangrentada y luego se desplomó, como si estuviera agotado.

—Tú, esto, ¿qué? —preguntó la otra.

—Lo siento —dijo Myrrima—. Solamente le había pedido que me enseñara a utilizar el arco.

La mujer escupió hacia Hoswell.

—Hubiera creído que los nobles del norte desearíais enseñar a las mujeres a luchar, puesto que tenéis a Raj Ahten derribando castillos a diestro y siniestro.

Myrrima no podía discutirle eso. Se arrodilló junto a Hoswell, quien tosía y se arrastraba para ponerse de rodillas a duras penas.

Myrrima quiso ayudarle a levantarse, pero Hoswell la miró boquiabierto y le apartó las manos de un cachete.

—¡Dejadme, furcia mystarriana! Debería de haber sabido que me traeríais problemas.

Se puso de rodillas, se levantó y se fue dando tumbos, balanceándose de un lado a otro.

Myrrima no sabía exactamente cómo sentirse, le dolían las palabras del otro: «Furcia mystarriana». Ella había nacido y se había criado en Heredon, Hoswell la conocía. ¿La llamaba zorra por haberse casado con un hombre de Mystarria?

La mujer de Fleeds dijo:

—No hagas puchereros por ese. Conozco a esa clase de hombres. Durante la cena contará a los otros que consiguió propasarse contigo y que luego tropezó y dio contra una roca.

—Deberíamos buscar a un médico —dijo Myrrima—. No estoy segura de que



pueda volver al campamento.

—Eso provocaría una pelea —afirmó la amazona—. Si quieres vengar tu honor, clávale una flecha en la espalda ahora mismo.

—No —dijo Myrrima.

—Entonces, déjalo.

Myrrima frunció el entrecejo. No se consideraba un dechado de virtudes, pero nunca hubiera imaginado que dejaría a un hombre herido valerse por sí mismo.

*Debería estar encolerizada con el canalla, no tenerle lástima, pensó.*

Myrrima tensó la mandíbula. Si iba a luchar, se tropezaría con cosas peores que un hombre tambaleándose con un nódulo encima de la nariz.

—Gracias —dijo Myrrima a la amazona—. Ha sido una suerte que estuvieras por aquí.

—Oh, no estaba cerca —dijo la mujer de Fleeds—. Estaba en el cruce de aquella colina y el rey de la tierra dijo que alguien necesitaba ayuda en este lugar.

—¡Oh! —exclamó Myrrima, sorprendida.

La amazona la observó abiertamente.

—Eres bella. ¿Qué dones posees?

—Dos de encanto, uno de inteligencia —dijo Myrrima.

—¿Qué eres? ¿Noble o una puta con dinero? Aunque no veo gran diferencia entre ambas.

—Noble... —dijo Myrrima, pero titubeó porque era mentira—. Algo parecido. Mi nombre es Myrrima. Mi marido forma parte de la guardia del rey.

—Pues pídele a él que te enseñe a tirar con arco —dijo la mujer, sin ocultar su asco ante las costumbres insulsas de los nortños.

Se volvió con ademán de avanzar hacia los árboles.

—¡Espera! —le rogó Myrrima.

La mujer se giró sobre los talones.

—¿A quién tengo el placer de dirigirme?

Myrrima pensó que sus modales sonaban demasiado refinados para una mujer tan basta.

—Erin, Erin del clan de los Connal.

Era una princesa, hija de la gran reina Herin la Roja.

—Siento la muerte de tu padre —le dijo Myrrima, pues no se le ocurría nada más.

A Heredon había llegado la noticia que en los últimos días Raj Ahten había capturado al gran rey Connal y lo había entregado vivo como comida a los gigantes frowth.

*Lady Connal se limitó a asentir con la cabeza, con un destello en sus ojos verdes. Podía haber dicho algo condenatorio sobre su padre, desaprobatorio sobre su valor en el combate. Tal desaprobación era señal de humildad en su tierra, podía haber mostrado algún ápice de afecto por su padre. No hizo nada de eso.*

—Muchos soldados perecieron —fue lo único que dijo—. Hombres y mujeres.

Los muertos son los afortunados. Hay cosas peores que la muerte.

Erin se agachó y recogió el arco y la aljaba de Myrrima, encocó una flecha, tensó la cuerda al máximo y la dejó volar. La flecha dio en el centro de la diana sobre el pajar.

Está luciéndose, se percató Myrrima, quiere que la respete.

Treinta mil soldados de Fleeds se habían unido al ejército de Raj Ahten. El señor de los lobos poseía tantos dones de encanto y de voz que muy pocos podían resistir sus poderes de persuasión.

De repente, Myrrima entendió a Erin Connal. Estaba orgullosa de su padre, orgullosa de que hubiera muerto antes que convertirse.

Medio segundo antes, Myrrima hubiera temido pedirle un favor a esta dama. No obstante, al comprobar la propia vergüenza de Erin, Myrrima percibía el recato de aquella mujer. *No somos tan diferentes*, pensó.

—Princesa Connal, ¿podrías enseñarme? —preguntó Myrrima.

—Si eres capaz de aprender —respondió Connal—. Pero lo primero que debes aprender es a no llamarme «princesa» o «*lady*», o ningún otro de vuestros títulos cortesanos. No dejaré que nadie me hable como si fuera la mascota de un hombre. En mi tierra, una mujer consigue un título en el clan por su propio esfuerzo, no por cuna, con lo cual no tengo derecho a vuestros títulos. Me llamarás Connal, o si prefieres, llámame «hermana amazona» o «hermana», para abreviar.

Myrrima asintió.

Sir Hoswell acababa de tomar la curva que atravesaba una cortina de árboles. La hermana Connal dijo:

—Salgamos de aquí antes de que esa comadreja se tope con algunos amigos y regresen.

Myrrima cogió el arco y las flechas y la hermana Connal la condujo por el bosque, con la cronista de Connal discretamente rezagada. La hierba de los campos se notaba seca al tacto; pero, ya bajo los árboles, la lluvia de las últimas dos noches había ablandado los tallos de hierba y la hojarasca, de modo que parecía como si caminaran sobre una alfombra mojada.

Subieron por el bosque de robles y la hermana Connal observó a Myrrima por el rabillo del ojo con desaprobación.

—El problema con las arqueras es que el pecho es un estorbo. Y tú tienes más pecho que otras. Podría utilizar un trapo y atártelo al torso. Mejor aún, he visto a algunas mujeres que visten chalecos de cuero.

Myrrima hizo una mueca. Siempre había estado orgullosa de su pecho y no le apetecía la idea de apretárselo y taparlo con cuero.

Alcanzaron la cima del montículo y se detuvieron unos instantes. Allí, junto a la antigua carretera de las montañas Durkin, los lores menores habían montado su campamento, y desde el montículo, Myrrima avistaba las tierras en torno al castillo al otro lado de los pabellones.

Los campos alrededor del castillo de Sylvarresta parecían un mar de lonas y seda. Junto a la carretera acampaban los lores de menor categoría, hombres y mujeres cuyo derecho a títulos nobiliarios provenía de una sola generación o dos, gente cuyos padres o abuelos habían sido los primeros caballeros de su familia y así habían prosperado en la escala social por encima de los campesinos comunes. Un lord de mayor rango sería normalmente nombrado después de cuatro generaciones y si sus antepasados se habían ganado el honor generación tras generación, lo cual confirmaba su sangre noble. A Myrrima no le parecía que el título de caballero fuera tan gran honor, cualquier bruto podía ganárselo un día que le saliera bien. La mayoría de los hombres entre los caballeros tenían antepasados con título únicamente por su destreza con las armas, un talante descortés y una disposición desagradable. Por ejemplo, «sir». Gylmichal, en la tienda justo a sus pies, era paisano de Myrrima, de Bannisferre. Este individuo había sido engendrado por un borracho con la boca de estropajo, que había descubierto la ira y la valentía honrosas en la jarra de licor. Su padre, cuando oía que un malhechor había agredido a un viajero, se emborrachaba hasta montar en cólera ciega, normalmente hasta pasada la medianoche, y luego salía con los perros de caza a despachar al bandido mientras estaba dormido. Por esta razón, los campesinos tuvieron que hacer reverencias y limpiar el suelo con las gorras ante los descendientes de este durante las generaciones venideras.

Gylmichal era por tanto un lord menor, un hombre con título, pero sin el linaje ni la condición social suficientes como para codearse con los lores mayores, cuyos pabellones, más grandes y ostentosos, estaban montados en el flanco este del castillo de Sylvarresta. Al oeste del castillo y ante la puerta, los campesinos habían colocado algunas destartaladas tiendas, o dormían bajo las estrellas. Todavía más al oeste había unos cuantos pabellones de seda de colores vivos pertenecientes a los mercaderes de Indhopal.

La hermana Connal se había detenido en la cima del montículo unos momentos, paseando los ojos entre la multitud de tiendas.

—Aquel es mi pabellón —dijo y señaló una tienda de lona manchada de tierra, allí abajo.

En contraste con los pabellones de Heredon, que siempre se montaban con estacas en las cuatros esquinas y varios palos sosteniendo el techo, la tienda de Connal era redonda, con un solo palo en el centro, de aquella forma tan poco elegante utilizada por los señores de los caballos.

Directamente bajo Myrrima, en el epicentro de los pabellones de los lores menores, había un barroso campo de torneos, rodeado de barreras con barandas para que los espectadores pudieran observar los juegos. Algunas de las barandas estaban adornadas con tapices de colores, para proteger las elegantes ropas de los espectadores de las salpicaduras de barro. Los vendedores de pastelillos y avellanas asadas daban vueltas entre la muchedumbre mientras anunciaban a voces su mercancía.

Las laderas del montículo donde estaban Erin y Myrrima eran tan escarpadas y abruptas que nadie se había molestado en subir allí a fin de contemplar el espectáculo desde lo alto. Sin embargo, a Myrrima le resultó el sitio casi perfecto para ver el ruedo por encima de la multitud, además el sonido llegaba hasta aquel lugar asombrosamente bien. Fijó los ojos al otro lado del gentío, a unos veintisiete metros de distancia, aferrada a la áspera corteza de un roble, y se hizo espectadora de los juegos junto con Erin Connal y su cronista.

Las justas estaban consideradas como juegos de niños en Rofehavan, hombres jóvenes que aún se entrenaban para la guerra. Entre los señores de las runas, quienes se hacían potentes con dones de fuerza física, hasta el golpe descuidado de una lanza podía tener efectos devastadores. Por eso, en la vida de todo soldado llegaba el momento de abandonar las justas.

En el campo de juego, dos jóvenes vestidos con armadura completa estaban montados sobre corceles de batalla. El muchacho del lado oeste del campo era de origen muy humilde. Llevaba armadura de torneo, que consistía en un yelmo extremadamente pesado y un peto que acostumbraba a ser algo más grueso en el costado derecho, donde se incrementaba la posibilidad de recibir el impacto de una lanza con mayor fuerza con relación al costado izquierdo. Tenía aspecto de ser una armadura vieja y hecha de retales dispares tomados prestados de otros caballeros. El único adorno que llevaba era una cola de caballo, tintada de púrpura vivo y encasquetada en el yelmo, junto con la prenda de su dama, un pañuelo de seda amarilla atado en el mango de la lanza. A Myrrima le dio mucha lástima aquel muchacho.

El joven del otro lado parecía algo más privilegiado. Su armadura de torneo era nueva y resultaba evidente que habían tardado un año en hacérsela. El peto, el yelmo, las hombreras y los guanteletes a juego estaban hechos de plata bruñida bañada en un esmalte rojo con la imagen de tres mastines de lidia. Llevaba una capa de paño de oro y un penacho de plumas de pavo real aclaradas en la cimera.

El maestro de ceremonias, el barón Wellensby, estaba en un lateral, sentado en un pabellón especial con sus tres hijas gordas y su paquidérmica esposa. El barón iba ridículamente ataviado con una hopalanda color violeta vivo, con mangas tan holgadas que podrían haber ocultado a varios niños. Llevaba un sombrero blanco de ala ancha que le tapaba la cara de modo que era evidente que el barón lo había elegido para que nadie se percatase de si se dormía durante el torneo o no. Su esposa, que no se distinguía por su elegancia, llevaba un vestido cortesano de color esmeralda con unas mangas flotantes exquisitamente bordadas. Mantenía las manos metidas en los bolsillos delanteros y acariciaba un perrillo que se asomaba por un bolsillo lo bastante como para ladrar a los caballeros cuando pasaban de largo a la carga. En un momento en el que el gentío quedó en silencio, los gritos de ánimo de la señora dirigidos a los soldados sonaron curiosamente como los ladridos del perro.

Era obvio que esta era una más de las muchas pasadas que los jóvenes ya habían

hecho. Ya habían anunciado sus nombres y, si luchaban por algún privilegio en particular, los términos y condiciones de la justa ya se habían explicado y establecido.

En ese instante, el barón Wellensby bajó la lanza. Con esa señal, los jóvenes muchachos, sobre las monturas de batalla, inclinaron las lanzas y gritaron, al tiempo que picaban espuelas en las costillas de las cabalgaduras.

Los caballos de guerra respondieron con una sacudida de cabezas e iniciaron la acometida, con las armaduras tintineando y los cascos aplastando el lodo. El joven de la capa de paño de oro había atado docenas de campanillas de plata a la crin y a la cola de su caballo, con lo cual el caballo cascabeleaba al galope.

Detrás del pabellón del barón, había un grupo de trovadores sentados que tocaban un breve riff con las trompas, las gaitas y los tambores para ambientar con música la embestida, que acabaría simplemente con un par de lanzas destrozadas. Al fin y al cabo, las lanzas eran huecas, así los soldados no podían empalarse, sino solamente tirar al contrincante del caballo. Al hacer impacto contra el cuerpo de un soldado, la lanza se hacía añicos con un ¡crac!, que se oía en kilómetros a la redonda. El aplauso del público estaba garantizado.

Aun así, Myrrima no supo contener la emoción que la batalla le provocaba. En estos juegos solía haber heridos, pues incluso un pequeño golpe pusilánime con una lanza dejaba a un hombre magullado. Y un caballero que flaqueara en el manejo de la lanza podía rasgarse un tendón. Las lanzas podían horadar en las viseras y penetrar el cerebro. Las caídas de los caballos podían romperle el cuello a alguien.

Además, a veces las cabalgaduras resbalaban durante la contienda y, al precipitarse, aplastaban a los jinetes. Era rara la justa que no terminaba con al menos un par de muertes. Asimismo el espectáculo resultaba bastante más intenso cuando los adversarios eran conocidos por el público, y casi siempre uno de los caballeros era alguien popular y admirado o alguien envidiado, odiado, o amado.

Las trompas resonaban a la par que el redoble de los tambores. Los corceles de la batalla corrían mientras repicaban sus campanillas y brotaba el ruido metálico de las armaduras. Y durante todo ese tiempo, Myrrima contenía la respiración.

Los caballos eran de fuerza, cada uno con un don de metabolismo para que galoparan hacia el otro a velocidades vertiginosas. Sus cascos se movían tan céleres que su forma quedaba borrosa a los ojos del espectador. Se le erizó la piel de la espalda.

—Ganará el muchacho humilde de la izquierda —dijo Connal, desinteresada—. Tiene la postura adecuada.

Myrrima dudaba que sucediera enseguida. Un torneo de justa requiere que los combatientes realicen veinte o treinta pases antes de que se declare una victoria. Aquellos jóvenes parecían agotados y manchados de barro, ya habían dado varias pasadas.

Los soldados se encontraron y el aire se llenó con el ruido de las lanzas al partirse y el relinchar de los caballos. El joven rico cayó al suelo, derribado por la lanza que

le dio de lleno en el gorjal y le dobló la cabeza hacia atrás. Aunque intentó agarrarse a las riendas, se rompieron con su peso.

El público vitoreó y pataleó de aprobación, aquellos que habían apostado contra el caballero derrotado profirieron insultos.

—Ah, el pobre se ha manchado esas bonitas plumas blancas de pavo real —gimió Myrrima con fingida simpatía.

La hermana Connal soltó una carcajada.

—Le va a hacer falta un martillo y unas tenazas para sacarse el yelmo.

Sin embargo, el joven se levantó rápidamente e hizo una reverencia para que el gentío se tranquilizara cuando viese que estaba bien. Salió de la palestra cojeando. Algunos escuderos corrieron para ayudarle a quitarse la armadura, con la que hicieron un montón que se convertiría en el premio del vencedor. Myrrima se alegró por el caballero más pobre.

El aroma a avellanas recién tostadas con mantequilla y canela que le llegaba de los vendedores dispersos entre la muchedumbre le abrió el apetito. Le apetecía bajar y unirse al festejo.

—¿Podrías vencer a ese caballero? —preguntó Myrrima mientras el vencedor se paseaba por el ruedo con la lanza rota en alto.

—Seguro —dijo la hermana Connal—. Pero ¿qué tiene eso de deportivo?

Myrrima se maravilló. Los señores de los caballos de Fleeds eran temibles guerreros que rendían honor a la fuerza de un líder antes que a la de su linaje. La hermana Connal se contaría seguramente entre la más fuertes de todas, y tendría dones de fuerza física, de resistencia y de habilidad para enfrentarse a cualquier luchador.

Cuando el herido salió de la palestra, los heraldos se adelantaron y anunciaron los nombres de los siguientes participantes. Al acercarse el primer heraldo, se produjo un rugido repentino y amortiguado, un murmullo de agitación. Desde allí, en lo alto y con el griterío, Myrrima no captó el nombre del combatiente que acababa de nombrar el heraldo; pero, de inmediato se dio cuenta de que no se trataba de un enfrentamiento corriente. El heraldo que proclamaba en un lado de la palestra no era un muchacho, sino un curtido y veterano luchador cuya cara estaba horriblemente marcada por la lucha. No llevaba una guerrera real engalanada con la marca del señor a quien servía, por ello Myrrima supuso que era uno de los caballeros equitativos, quien había jurado luchar solamente contra el mal.

Por un extremo de la palestra apareció un caballero montado en un enorme caballo negro, una monstruosa bestia con tantas runas de poder marcadas que ya no parecía un ser de carne y hueso. Se movía con el aplomo y la fuerza de una criatura de hierro que hubiera cobrado vida.

El hombre que iba montado sobre aquel engendro era una abominación del mismo estilo. Myrrima estaba segura de que el jinete le sacaba una cabeza al hombre más alto que hubiese visto, quizás corriera por sus venas sangre de gigante.

Se trataba de un tipo grandísimo, moreno e inquietante. Portaba el escudo sin marca de los caballeros equitativos, pero vestía una armadura de un estilo foráneo. El escudo tenía forma de águila con las alas abiertas, con un solo pincho que sobresalía del ojo del águila. El yelmo del caballero tenía cuernos, a la manera de los soldados de Internook, y la cota excepcionalmente larga. Cuando se pusiera de pie le llegaría a los tobillos y montado le tapaba los pies y los estribos. Las mangas del capote le quedaban por la muñeca.

No obstante, no llevaba la armadura de placas propia de los torneos; una lanza le perforaría aquella cota, sin importar lo bien hecha que estuviera, con la misma facilidad que una aguja atraviesa la tela.

Este no iba a ser un combate cualquiera. Entre los poderosos señores de las runas que montaban caballos de fuerza, la lanzada de cualquiera podía romperle los huesos a un hombre o hacer papilla sus tripas. Las armaduras de placas no eran lo suficientemente gruesas como para proteger a un jinete ni lo suficientemente cómodas como para proporcionarle libertad de movimientos. Por tanto, entre aquellos poderosos señores el arte de la justa había evolucionado hacia un nuevo tipo de contienda. Tales lores no podían intercambiar golpes, pues tampoco las armaduras podían proteger demasiado.

En vez de eso, los señores de las runas tenían que hacer uso de la habilidad y la velocidad para esquivar y desviar los golpes. La destreza defensiva de un hombre se convertía en la armadura más segura; de hecho, en la única armadura. Por consiguiente, pocos señores de las runas se ponían placas que entorpeciesen la amplitud de movimientos, preferían las cotas o lorigas sobre gruesas capas de cuero y tela que absorbieran los golpes. Cuando los señores de las runas se enfrentaban en torneos, el espectáculo era emocionante: nobles acometiendo a lomos de caballos de fuerza y chocando a cientos de kilómetros por hora. Algunos saltaban del caballo para esquivar arremetidas, o se aferraban a la barriga de los animales, o realizaban otras proezas increíbles. Era un entretenimiento de primera, digno del torneo real. También era un enfrentamiento mortal que no debía tomarse a la ligera.

El que se encontraba en la palestra no llevaba la armadura de placas propia de los torneos. Aquel monstruo no había acudido a luchar por riquezas o gloria, había venido a cobrarse una vida o a perder la suya.

—Mira lo que tenemos aquí —dijo la hermana Connal—. Esto parece interesante.

—¿Quién es? —preguntó Myrrima—. ¿Quién lucha?

—El alto comisionado, Skalbairn.

—¿El alto comisionado aquí, en Heredon? —preguntó anonadada.

Nunca había visto al hombre antes, ni había oído que hubiera cruzado la frontera. Normalmente, pasaba el invierno en Beldinook, tres reinos al este.

Pero claro que ha venido, cayó en la cuenta, tan pronto como ha sabido que un rey de la tierra ha advenido. El mundo entero se dirige hacia Heredon y galopó tan veloz que ningún mensajero pudo llegar antes que él para anunciar su visita.

Ahí estaba, el líder de los caballeros equitativos. Myrrima miraba asombrada. Entre los caballeros equitativos no había privilegio de títulos, un plebeyo que se uniera a ellos podía ascender igual de rápido que un príncipe. Su juramento se reducía a una única cosa: destruir a los señores de los lobos, a los malhechores, y luchar en nombre de la justicia.

Entre los caballeros equitativos nadie ostentaba el título de «lord», pero sí había otros rangos: escuderos, caballeros y comisionados. El alto comisionado Skalbairn era el líder entre ellos. A su modo, poseía tanto poder como cualquier otro rey de Rofehavan.

Y el grado de alto comisionado no se lo ganaba cualquiera sin derramar sangre. Myrrima nunca había visto a aquel hombre. Se decía que Skalbairn estaba algo loco, era una fiera que peleaba como si deseara la muerte.

Myrrima sí reconoció al heraldo que apareció por el otro lado de la palestra. El corpulento duque Mardon salió a zancadas por detrás del pabellón principal, vestido con sus mejores ropas. Levantó las manos para silenciar al gentío.

—Duque Mardon —susurró Myrrima, impresionada.

Si un duque hacía de heraldo de luchadores es que no se trataba de una pelea cualquiera, significaba que algún gran noble estaba a punto de luchar, quizás un rey, y a Myrrima se le antojó, por un instante, que el joven Gaborn saldría a batirse.

*Pero, si un noble va a combatir, se preguntó ella, ¿por qué aquí?* Los nobles mayores tienen otro ruedo en el patio del castillo y esta contienda debería hacerse allí. A menos que los lores mayores no quieran que alguien en la corte se entere de este combate hasta que acabe.

—Damas y caballeros —bramó el duque Mardon con un tono de voz que atravesó los campos.

La voz se perdió entre la oleada de vítores y aplausos anticipados. Myrrima no pudo oír nada hasta que el duque gritó más alto.

—... acabó con una hechicera reaver en el bosque de Dunn ayer mismo... ¡Sir Borenson el Asesino de reyes!

El corazón de Myrrima se puso a latir tan fuerte que esta se figuró que la hermana Connal podía oírlo.

Los vítores y los gritos procedentes de la muchedumbre eran ensordecedores. Unos aclamaban a su marido, otros reclamaban su muerte. Algunos campesinos encolerizados gritaban:

—¡Insensato! ¡Bastardo! ¡Hijo de puta! ¡Matarreyes!

Con la barahúnda que se produjo, la gente comenzó a precipitarse desde las tiendas más cercanas y el público aumentó de forma alarmante.

Ahora Myrrima ya comprendía por qué aquel combate se celebraba allí. Su marido había asesinado al rey Sylvarresta, lo había hecho bajo las órdenes del rey Orden después de la batalla de Longmot. Aunque el rey Sylvarresta había cedido un don de inteligencia a Raj Ahten y era, por consiguiente, nada más que un peón en las



manos del enemigo, en su tiempo había sido un buen monarca, querido por sus vasallos. Como castigo por tal crimen, Iome Sylvarresta había condenado al marido de Myrrima a cometer un acto penitente. Aparentemente, aquello no era suficiente para el alto comisionado; este quería sangre por sangre y por ello había retado a *sir* Borenson. El joven rey Gaborn Val Orden jamás hubiera permitido tal combate. No hubiera consentido que se celebrara en la palestra de los nobles, y por eso se enfrentaban allí, entre los lores menores, los que peleaban a los gallos, los hostigadores de osos.

—¡Por los Elementos! —Soltó la hermana Connal frívolamente—. El único hombre en este reino que querría entre las piernas y aquí está, en una lucha a muerte.

Myrrima, pasmada ante tal insulto, echó un vistazo al semblante de la amazona, hasta que cayó en la cuenta que la hermana Connal no podía saber que *sir* Borenson era su marido.

Borenson se dirigió hacia el lado oeste de la palestra. Sentado sobre un caballo de batalla gris, vestía su propia armadura de launas y portaba un sencillo escudo redondo cuyo símbolo heráldico había cubierto. El cabello le caía, largo y pelirrojo, por la espalda, los ojos azules sonreían. Examinó a su contrincante, calculando su tamaño y el grosor de sus brazos.

Un caballero con los colores del rey Sylvarresta se presentó corriendo con un pesado yelmo de guerra que Borenson se encasquetó.

Myrrima estaba horrorizada; asombrada de que su marido estuviera en la palestra preparándose para luchar sin haberle dicho ni media palabra sobre ello.

Unos caballeros que traían las lanzas salieron a la arena. Estas no eran artefactos de madera hueca pintadas con colores alegres. Se trataba de lanzas de combate macizas, de fresno pulido, enastadas con anillos de hierro y con puntas de acero. Estas puntas de acero habían sido ennegrecidas con brea para que no se deslizaran por el escudo o la armadura de un hombre al chocar contra ellos, sino para que pudieran penetrarlos. Cada lanza debía de pesar más de sesenta y ocho kilos y su grosor se reducía a veinte centímetros de diámetro en la base. Una vez que un hombre quedaba ensartado, la lanza reventaba la carne y los huesos con su presión, dejaba una herida tan enorme que no podían recuperarse, ni aunque tuviesen dones de resistencia. Aquellas lanzas eran armas de destrucción. El alto comisionado llevaba una negra, un color que representaba venganza. La de Borenson era roja, el color de la sangre inocente y, atado en la empuñadura, el pañuelo rojo de seda de Myrrima.

Los trovadores comenzaron a tocar una estridente pieza antes de la embestida.

—Debo marcharme —dijo Myrrima, sintiendo náuseas.

Miraba a su alrededor desesperadamente, buscando un camino de bajada del montículo. El terreno escarpado estaba lleno de enormes rocas y pequeños robles que surgían entre las piedras.

—¿Adónde? —preguntó la hermana Connal.

Myrrima gimió y señaló.

—Allí. ¡Ese es mi marido!

La expresión de asombro en la cara de la hermana Connal resultó un alivio. Myrrima comenzaba a pensar que la mujer era impasible y que sus propias emociones (la conmoción y el horror ante todo lo que le había ocurrido ese día) la hacían sentirse débil e imprevisible.

Myrrima se apartó y comenzó a descender tan rápidamente como pudo. Cuando hubo llegado abajo y cruzado la carretera de las montañas Durkin, el gentío en torno a la palestra se había hecho más denso.

Intentó pasar a la fuerza entre la gente, pero no pudo hasta que, de repente, se encontró a la hermana Connal a su lado, apartando a la muchedumbre y gritando:

—¡Quítense!

Myrrima la miró para darle las gracias y la hermana Connal se disculpó por el comentario que había hecho con anterioridad.

—No sabía que era tu marido —dijo sin más.

Cuando consiguieron llegar hasta un lugar donde veían perfectamente el lance, los caballos ya habían comenzado su acometida.

Este no era un combate de jóvenes de veinticinco pasadas con la lanza, donde el perdedor sufriría nada más que contusiones en las costillas.

El griterío salvaje de la multitud era ensordecedor. Myrrima observó las expresiones tensas y aturcidas de algunas caras próximas a ella. Esperaban sangre.

Ambos soldados habían escogido posturas algo extrañas. *Sir Borenson* se había enderezado sobre los estribos e inclinado mucho hacia la derecha, como solamente un guerrero con muchos dones de fuerza física podía hacer. Además, no sostenía la lanza en la posición horizontal, sino que la sostenía en alto como si fuera tan ligera como una jabalina.

El alto comisionado se inclinaba muy hacia delante en su corcel de batalla negro, con la intención de reducir el tamaño del objetivo que era su enorme mole. Al ver la postura de Borenson, forzó la lanza hacia fuera y la sostuvo con el brazo estirado lo más bajo posible; una posición que Myrrima no había visto utilizar antes a ningún soldado. En la otra mano no llevaba escudo, sino que había optado por una espada corta.

Parecía como si Borenson tuviera la intención de hincar la lanza en la visera del alto comisionado desde arriba, mientras que este quizás esperaba perforar la axila de Borenson, allí donde la armadura dejaba la carne expuesta.

Cuando se toparon en medio de la palestra, ambos se transformaron en un remolino de movimientos furiosos.

Los dos caballos se abalanzaron uno contra otro como rayos. La siluetas de los dos hombres montados perdieron definición mientras que ambos trataban de encontrar un punto de ventaja probando varias posturas defensivas. Myrrima observaba a Borenson que se estiraba, se agachaba, y bajaba el escudo procurando apartar la punta de la lanza de Skalbairn.

No podía observar al comisionado y a su marido a la vez, pero vio a su contrincante revolverse hacia la izquierda, y tirarse al suelo medio segundo para esquivar la lanza de Borenson y luego saltar de nuevo sobre el caballo.

Los hombres chocaron con violencia. Myrrima oyó el chasquido de las armas y las armaduras. Uno de ellos gritó de dolor mientras el público aplaudía y sonaban las trombas. El escudo de Borenson dio un golpe brutal y Skalbairn repartía estocadas con la espada corta.

Se vieron unos destellos de metal y uno de los yelmos salió volando. *Sir* Borenson se cayó del caballo con una voltereta. Durante un instante, que duró una eternidad, Myrrima pensó que habían decapitado a su marido. Al ver el yelmo salir despedido, trazar un arco y luego caer rodando por el suelo, se le escapó un alarido de terror. Los músicos atronaron el espacio con las trompetas ante la señal de una muerte y el gentío vitoreó enloquecido.

Myrrima se sintió mareada y se agarró al hombro de Connal, la amazona. Pero, al momento, se fijó en que ambos hombres habían caído y que ¡aún seguían con vida!

Forcejaban con una celeridad sobrenatural en la palestra embarrada, rugían y se pegaban con los puños de metal como si trataran de desenmarañarse.

Borenson fue el primero en ponerse de pie de un brinco y retroceder un paso. Incluso con la armadura puesta se movía con liviandad, pues poseía siete dones de fuerza física y con ellos la fuerza de ocho hombres. Por un lado de la cara le caía sangre. Los espectadores lo abuchearon.

Borenson se buscó el cinturón y sacó un lucero del alba que se puso a blandir con destreza; las pesadas bolas de los extremos de las cadenas desaparecían de la vista. Se desplazó de lado, como los cangrejos, con el objetivo de recuperar el escudo.

El ambiente olía a lodo y sangre.

Pero el gigante de Skalbairn se incorporó con la misma facilidad, cruzó la palestra a toda prisa hacia su caballo, extrajo un hacha enorme de la vaina de un jinete y, agitándola, avanzó hacia Borenson, al que sobrepasaba en altura unos cuarenta centímetros.

Solamente entonces la muchedumbre se calló el tiempo suficiente para que Myrrima oyera lo que decían los luchadores: su marido se reía, profería esas carcajadas dementes de guerra por las cuales era famoso.

Borenson hacía oscilar el lucero del alba; el objetivo, la cabeza del alto comisionado. Una advertencia cuya intención era hacer retroceder al monstruo.

El alto comisionado giró sobre sus talones y lo esquivó. Un segundo más tarde, intercambiaban una sucesión de golpes tan veloces que Myrrima fue incapaz de captarlos. Ninguno de ellos salió victorioso. Pero, cuando Borenson retrocedió un paso para recobrar el aliento, Myrrima alcanzó a ver que la sangre aún le brotaba de la frente.

Nuevamente se abalanzaron el uno sobre el otro. El alto comisionado lanzó un despiadado hachazo que Borenson intentó esquivar, pero el arma rajó la parte externa

de su escudo y partió las abrazaderas internas en trocitos. El escudo se deshizo en el brazo de Borenson mientras este movía el lucero, intentando propinarle al otro un mazazo en la cara. Los pinchos de las bolas de acero arañaron la barbilla del alto comisionado, aunque gran parte del impacto fue absorbido por el resistente yelmo.

Con su defensa desmoronándose, Borenson saltó en el aire y se dejó caer con todas sus fuerzas con la intención de dar una estocada rápida.

Otra vez los movimientos de los hombres quedaron desenfocados. Myrrima presintió, más que ver, cómo el alto comisionado se escabullía del ataque y alzaba el hacha, con lo que enredó las bolas de lastre del lucero del alba.

Después volaron los puñetazos, los hombres gemían. Skalbairn le propinó a Borenson una patada en las piernas que lo hizo derrumbarse, este intentó levantarse pero Skalbairn le sacudió con el puño enmallado en la cara.

Aturdido, Borenson se desplomó de espaldas, perdiendo el conocimiento momentáneamente.

Skalbairn desenfundó su daga larga y se tiró al suelo enérgicamente, haciendo presión con la hoja bajo la barbilla de Borenson. Myrrima intentó encaramarse por la barandilla, temía que el alto comisionado le clavase la daga en la garganta a su marido, pero la hermana Connal la cogió por el hombro y le gritó en el oído:

—¡Mantente al margen!

—¿Te rindes? ¿Te rindes? —bramó el grandullón de Skalbairn.

Del gentío se escucharon algunas palmadas aisladas para el Alta Comisionado, junto con diversos clamores: «¡Matadlo!», «¡Matad al escolta hijo de puta!», «¡Asesino de reyes!».

Tales clamores solían reservarse para los canallas más viles y cobardes. Myrrima estaba consternada por la vehemencia de los insultos. Su marido había matado a un reaver hechicero y traído la cabeza a las puertas de la ciudad; deberían aclamarlo como héroe.

Pero la gente de allí jamás olvidaría que su marido había asesinado al rey Sylvarresta. Myrrima comenzó a asimilar que nunca olvidarían el proceder de su marido, ni se lo perdonarían.

«Furcia mystarriana», la había llamado *sir* Hoswell. «Matarreyes», gritaba la multitud a su marido. Echó un vistazo a las caras que la rodeaban, encendidas de entusiasmo. Nada los complacería más que ver a su marido muerto.

Casi no se había percatado que los trovadores, que habían estado tocando durante todo el combate, habían cambiado de redoble de tambor a un agudo y escalofriante sonar de trompetas que reclamaba el golpe mortal.

Sintió asco, hasta la médula. Es mejor que ninguno de vosotros, deseaba gritar. ¡Mejor que todos vosotros juntos!

El gentío guardó silencio para poder oír la respuesta de Borenson con el redoble de tambor.

Y allí, tumbado en el lodo, con un gigante enojado que le marcaba la yugular con

una daga, Borenson contestó con una risa escandalosa, con una risa tan sincera que Myrrima se preguntó si la lucha había sido preparada para entretener a los lores menores.

*Igual a la postre no es un combate a muerte*, pensó Myrrima esperanzada. Dos luchadores diestros que fingen una rencilla mortal para entretener a la muchedumbre. No sería la primera vez.

—¿Te rindes? —bramó el alto comisionado Skalbairn otra vez, y el tono de voz dejó claro que no era broma.

—Me rindo —se rio *sir* Borenson, e hizo ademán de levantarse—. Por los Elementos que no conocía a hombre capaz de manejarme así.

El alto comisionado gruñó fieramente y empujó la cabeza de Borenson hacia abajo, ejerciendo todavía más presión sobre la garganta de Borenson con el largo puñal.

Según las ordenanzas de combate oficiales, al haberse rendido, *sir* Borenson dejaba su vida en manos del alto comisionado. Su vida pertenecía a Skalbairn a partir de ahí, y podía morir a hierro o vivir, según le apeteciera a Skalbairn. Pero el código oficial de caballería, que sí se cumplía en el campo de batalla, raras veces se tomaba en serio en la palestra. A un caballero derrotado se le podía pedir un rescate de armas o de armadura, a veces hasta dinero o tierras, pero jamás se le mataba en el acto.

—¡No te escaparás tan fácilmente! —bramó el alto comisionado como un toro—. Tu vida me pertenece, infame bastardo, ¡y tengo intención de cobrármela!

Borenson se tumbó, asombrado por la furia desmedida del alto comisionado.

Puede que otro hombre hubiera luchado con la esperanza de salvarse; pero, siendo fiel a su palabra, Borenson permaneció allí y tentó a su adversario.

—He dicho que me rindo. Si lo que quieres es mi vida, tómala.

El alto comisionado sonreía salvajemente. El gigante se encorvó hacia Borenson, ansioso por clavarle la hoja de su daga en la garganta.

—Antes una pregunta —exigió el alto comisionado—. ¿Es Gaborn Val Orden realmente el rey de la tierra?

Entonces Myrrima comprendió que el alto comisionado no deseaba aniquilar a su marido, sino únicamente información. Y la quería tan desesperadamente que había estado dispuesto a arriesgar su propia vida por obtenerla.

Un caballero que se rendía en el campo de batalla estaba obligado por su honor a decir la verdad. Borenson respondería sinceramente, siempre y cuando la respuesta no traicionara a su señor.

El alto comisionado había gritado para que todo el aforo guardara silencio y escuchara la respuesta. Con un tono que no admitía argumento, Borenson dijo:

—Realmente es el rey de la tierra.

—No sé... —dijo el alto comisionado—. En Crowthen del Sur oí rumores extraños. Se decía que, en la Facultad del Conocimiento, tu rey estudió en la Sala de los Rostros y en la del Corazón, que aprendió el arte de la mímica y de los motivos en

un lugar más indicado para un hombre deshonesto que quisiese aprender a engañar a los demás. Y el mismo día que se proclamó rey de la tierra, aquel mismo día, su primera acción fue la de expulsar a Raj Ahten de sus dominios. Algunos opinan que es una rara casualidad que el joven Orden «se haya convertido» en rey de la tierra cuando Heredon más lo necesitaba. Una historia demasiado conveniente, que suscita la esperanza de los campesinos. Así pues, te pregunto de nuevo, ¿es el verdadero rey de la tierra o es un farsante?

—Por mi honor y mi vida, él es el rey de la tierra.

—Hay quien lo llama perro callejero sin afecto ninguno —gruñó el alto comisionado. Algunos se preguntan por qué huyó de Longmot, abandonando a sus hombres y a su padre, muertos todos a manos de Raj Ahten. Pero tú conoces al joven desde hace mucho tiempo, lo criasteis desde que era un cachorrillo. ¿Qué dices?

La voz de Borenson sonó encolerizada.

—Mátame ya, asqueroso truhán. No pienso escuchar las mentiras envenenadas que propaga ese idiota del rey Anders.

El silencio se extendió entre la muchedumbre y muchos miraron hacia el extremo de la palestra, por donde *sir* Skalbairn había salido a caballo. Allí, en la puerta, había un hombre plantado, vestido con una lujosa toga. Tenía el cabello ralo y rubio, la cara achatada y el gesto severo. Aparentaba tener unos treinta años, pero si poseía dones de metabolismo, entonces sería mucho más joven. Myrrima no lo había visto antes, ni se habría fijado en él tampoco, pero la gente susurraba que era el príncipe Celinor, el hijo de Anders.

El gigante sonrió apenado y miró al príncipe Celinor como si rogara su autorización. El príncipe asintió con la cabeza, parecía haber quedado satisfecho.

*Vaya, pensó Myrrima, el hijo del rey Anders andaba detrás de todo esto. Pero ¿exige saber si Gaborn es el rey de la tierra porque necesita una confirmación o porque quiere que los campesinos duden?* Si se trataba de esto último, no había sitio más a propósito para semejante espectáculo que entre los lores menores.

El alto comisionado Skalbairn enfundó la daga, le ofreció la mano a Borenson y dijo:

—Levántate, *sir* Borenson. Quiero ver a este muchacho rey yo mismo.

En pocos instantes, la palestra se llenó de jóvenes y nobles insignificantes que acudían corriendo para ver al alto comisionado, el hombre que había superado a *sir* Borenson. Algunos fueron a recoger su lanza, otros le trajeron la montura.

Borenson se levantó temblorosamente y nadie fue a consolarlo o a darle la enhorabuena por tan buena pelea. En vez de eso, se dirigió hacia la lanza partida y se arrodilló a fin de desatar el pañuelo rojo de Myrrima, en señal de prenda.

Myrrima trepó por la baranda de la palestra y apareció en el espeso barro intentando buscar una vía de acceso hacia su marido. Le costó avanzar por el lodo y, cuando llegó donde estaba Borenson, notó que se estremecía, no estaba segura de lo que debía decir.

Borenson había conseguido desatar el pañuelo y se hallaba de pie, de espaldas a Myrrima, enrollándose al cuello. Intentaba atárselo con los guanteletes puestos, pero el cuero grueso y la malla hacían que se manejara torpemente.

Myrrima lo rodeó, se puso delante de él e intentó anudárselo. Sus manos temblaban tanto que resultaban igual de torpes que las de él. Lo miró a la cara.

Borenson llevaba el pelo embarrado, y tenía sangre seca de una herida profunda encima del ojo derecho.

—¿Lo has presenciado?

Myrrima asintió en silencio, terminó de atar el pañuelo, aunque ya no veía. Las lágrimas le inundaban los ojos.

—Maldito seas. Podía estar haciendo el nudo en tu cadáver en este momento.

Borenson se echó a reír, un ladrido corto y nervioso.

—¿Me tienes en tan poca estima que no me lo dijiste?

A Myrrima se le ocurrió entonces que debía de haber luchado allí para que ella no se enterara.

—Fui a buscarte —explicó Borenson—. Pero no estabas en el banquete del rey, ni en los juegos reales. Nadie te había visto desde esta mañana. Y *sir* Skalbairn reclamaba mi presencia, exigía el combate antes del anochecer. ¡Era cuestión de honor!

Myrrima advirtió que era cierto que nadie la había visto. Ella había tenido cuidado de no decirle a nadie adónde iba.

—Podías haber esperado. ¿Me quieres menos que a tu propio honor?

Hasta ese momento, Myrrima no le había hablado de amor. Gaborn había concertado su unión y ella había accedido. En resumidas cuentas, se conocía desde hacía una semana solamente. Se había casado con él y, a pesar del poco tiempo juntos, sabía que estaba enamorada. Deseaba que Borenson confesara lo mismo.

—Por supuesto que no —dijo Borenson—. Pero ¿qué vale una vida sin honor? Nunca podrías tenerme afecto si fuera menos hombre.

Justo en ese instante, Borenson miró por encima del hombro de Myrrima y esta se giró para ver qué reclamaba la atención de Borenson. Era Connal, la hermana amazona, que traía el arco y la aljaba de Myrrima. Esta los había tirado por el montículo, fuera de la palestra. Borenson sonrió a la amazona.

—*Milady* —dijo la hermana amazona Connal—. Te has dejado esto.

Myrrima los cogió con una mano.

—Erin Connal, ¡bien hecho! —dijo Borenson a modo de saludo—. No sabía que estabas en el campamento.

—Estoy aquí desde ayer —contestó la hermana amazona Connal—, sin nada mejor que hacer que contemplar esa cabeza de reaver putrefacta que trajiste al alba.

—¿Os conocéis? —preguntó Myrrima.

—Nos hemos visto un par de veces —dijo Borenson, vacilante—. El viejo rey Orden era amigo de su madre y por eso a menudo visitábamos su palacio cuando

pasábamos por Fleeds.

—Me alegra verte —dijo Erin, agachando la cabeza como una tímida dama.

A Myrrima no le hizo gracia aquello. No le gustaba la idea de que se conocieran, de que Connal se sintiera atraída por su marido; así que le preguntó a Borenson sin más rodeos:

—¿Sabías que quiere hijos tuyos?

Borenson dejó escapar un silbido de sorpresa y se sonrojó.

—Bueno, por supuesto que quiere hijos míos, ¿qué amazona no lo desearía?

Hablaba como si se estuviera dirigiendo a un grupo de compañeros de farra. Luego dudó, como si se hubiera percatado de que había hablado demasiado y añadió jocoso:

—Pero, claro, no le venderemos ninguno de nuestros valiosos vástagos, ¿verdad, mi amor?

Myrrima sonrió con los labios apretados, a duras penas apaciguada.



## Capítulo 7



### *El alto comisionado.*

**B**orenson se retiró, deseando poder alejarse de su esposa. No se atrevía a preguntarle lo que hacía con un arco o por qué se encontraba en compañía de Erin Connal.

Afortunadamente, tenía que despejar la palestra y recoger sus cosas antes del siguiente enfrentamiento, por lo que se acercó al caballo y condujo a este y a las mujeres hasta donde estaba el alto comisionado.

Skalbairn se hallaba enfrascado en una conversación con el príncipe. Susurraban. Aunque, por supuesto, Borenson poseía dos dones de oído y logró captar el final de la charla.

—Claro, claro —decía Celinor casi en tono de súplica.

Luego alzó la vista y vio que Borenson se aproximaba.

Borenson sonrió y dijo a pocos metros de distancia:

—Príncipe Celinor, *sir* Skalbairn, permitidme que os presente a mi esposa.

El alto comisionado saludó con una inclinación de cabeza y el príncipe Celinor se limitó a repasar a Myrrima con la mirada, en modo apreciativo, de la cabeza a los pies.

—Voy a por mi caballo —dijo Celinor, apartándose.

Al pasar, Borenson percibió queapestaba a alcohol. Celinor se marchó entre el gentío por la zona norte de la palestra.

—¿Qué diantre ha sido todo esto? —preguntó Borenson al alto comisionado, alzando los ojos para mirarlo a la cara.

Skalbairn se encorvaba como un oso sobre Borenson.

—¿Qué es eso de pasar el invierno en Crowthen?

El alto comisionado escrutó a Borenson, como si calculara hasta dónde contarle. Evidentemente, lo que tenía que decir no era algo que el rey Anders de Crowthen del Sur desearía que se hablara en público. Aunque el alto comisionado era un hombre duro de pelar y parecía importarle poco el efecto que tuvieran sus palabras.

—En Beldinook me llegaron noticias sobre el ataque de Raj Ahten a Heredon.

Los mensajeros del rey Anders, quienes me rogaron que condujera a los justos caballeros equitativos a Crowthen del Sur, fueron los que me avisaron. Traían dinero para el viaje, demasiado dinero, dos veces más de lo necesario. Aquello olía a soborno.

—¿Quiere sobornar a los caballeros equitativos?

—Entiendo la angustia de Anders —continuó el alto comisionado—. ¿Qué monarca no desearía tener a los caballeros equitativos acampando en sus dominios cuando los ejércitos de Raj Ahten andan cerca? Efectivamente, parecía una jugada lógica. Pero, en vez de seguirles el juego, echamos a Raj Ahten hacia las montañas y ordené a mis hombres que lo hostigaran.

»Fue anoche cuando llegué a Crowthen y descubrí que Anders todavía quiere que mis hombres se queden en Crowthen haciendo caso omiso de la amenaza que se cierne sobre Mystarria. Su hijo me estaba presionando para que cumpliera mi parte del trato, al menos por ahora.

—¿Qué vas a hacer?

—Anders montará en cólera. Voy a devolverle el oro, bueno, casi todo.

—Anders huele a cobarde —dijo Borenson.

Al oír eso, los ojos negros del alto comisionado chisporrotearon de modo peligroso.

—No subestimes a Anders. Me temo que es peor que un cobarde.

—¿Qué quieres decir?

—Quiere a mis hombres, y los quiere desesperadamente. Un cobarde los necesitaría para protegerse; pero, al dirigirme a Crowthen me pregunté si no sería al rey de la tierra a quien teme, y no a Raj Ahten.

—¿A Gaborn? —dijo Borenson asombrado, pues no podía imaginarse que Anders tuviera miedo del muchacho.

—Encontré pruebas en la frontera. El rey Anders ha apostado a sus tropas en la carretera y ha prohibido a los campesinos y a los mercaderes que entren en Heredon. Sus hombres proclaman que Gaborn es un farsante y que quienes vienen a verlo pierden el tiempo y perjudican los intereses de Anders.

—Que a Anders no le interese descubrir la verdad, es una cosa, pero ¿prohibirle a los suyos que vengan? Eso es malvado.

—Míralo desde su punto de vista —dijo Skalbairn—. En dos mil años no hemos tenido rey de la tierra. En tiempos de Erden Geboren, se le adoraba como el único y verdadero monarca de todo Rofehavan. Pero, desde entonces, otros hombres más insignificantes han sido proclamados reyes y las tierras se han repartido y se ha peleado por ellas. ¿Qué le sucedería a Anders si la gente se subleva y se pusiera al servicio de la dinastía de los Orden? ¿Quedaría relegado a caballero o se le pediría que se inclinase y se arrodillase como un campesino común? Tú y los demás plebeyos podéis pensar que tener un rey de la tierra es algo estupendo; pero, recuerda esto, si Anders pudiera liquidar al muchacho, lo haría. Y seguramente no será el

único lord en Rofehavan que se sienta así.

—Maldita sea —susurró Borenson y se volvió para mirar.

Myrrima y la amazona estaban suficientemente próximas como para haber oído todo lo que el alto comisionado le había referido.

—Mi madre dice que si alguna vez surgiera un rey de la tierra en nuestra era, sería de la dinastía de los Orden —dijo la amazona Connal—. Me ha pedido que compruebe si es el rey de la tierra y, si lo es, que le ofrezca el retorno del servicio de los clanes.

—Como haré yo —dijo el alto comisionado—, si realmente es el rey de la tierra.

—Lo es —dijo Myrrima con insistencia—. Diez mil hombres en Longmot presenciaron su coronación por el espíritu de Erden Geboren. Y yo misma he oído las órdenes de Gaborn en mi fuero interno.

—Yo lo conocí esta mañana —dijo Erin a Skalbairn—, y he descubierto la verdad. Mi intención es la de respaldarlo.

—A pesar de ello, el rey Anders ridiculiza la historia de la coronación y lo compara con el balbuceo de un ejército asustado —objetó el alto comisionado Skalbairn—. Resalta que el guardián de la tierra, Binnesman, estaba presente y que el viejo mago puede haber estado involucrado en la farsa.

—Eso es algo rastrero —se opuso Myrrima.

—Pero Anders cree que es cierto —dijo Skalbairn—. Y objeta que su linaje es tan real como el de los Orden y que, igualmente, el rey de la tierra podía provenir de sus entrañas.

—¿Proclamaría rey de la tierra al príncipe Celinor? —dijo la hermana amazona Connal—. ¿Al borrachín de Celinor? He oído muchas anécdotas penosas sobre él.

—Por supuesto que no —susurró el alto comisionado—. ¿Por qué se iba a molestar en ofrecer a su hijo como rey cuando es tan engreído?

Borenson se rio con desdén.

—Creo que su hijo no es más que un peón —dijo el alto comisionado—. Aparentemente, el muchacho ha acudido a poner su espada al servicio de la guardia del rey como simple hijo de caballero. Pero más bien habla como un espía que hace el trabajo sucio de su padre. ¡Solo tenéis que escucharlo cuando vuelva!

—Dime, entonces —espetó Borenson al alto comisionado—, si el rey de la tierra convocara a tus hombres para el combate, ¿cuántos podrías traer?

Con un gruñido y el parpadeo de aquellos despiadados ojos, el alto comisionado dijo:

—¿Si los trajera a todos? Hemos tenido bajas. Los justos ascienden a unos mil en caballería, ocho mil arqueros, seis mil lanceros, quinientos de artillería y, cómo no, cincuenta mil escuderos y demás séquito.

Al dar esa información, el alto comisionado no se había molestado en mencionar la valía de las tropas: sus mil efectivos montados valían más que diez mil de la caballería de cualquier otro señor; mientras que muchos de los arqueros eran asesinos

avezados, que a menudo entraban en territorio peligroso para tender trampas a ejércitos enteros.

—Chitón... —susurró Myrrima.

El príncipe Celinor se acercaba con la cabalgadura y su cronista le seguía rezagado. Aunque se trataba de un caballo de fuerza, la bestia tenía las orejas gachas, y parecía necesitar una buena comida en las cuadras reales después de haber recorrido doscientos cuarenta kilómetros desde el amanecer.

El príncipe sonreía inocentemente.

—¿Nos vamos? —preguntó.

Borenson los condujo entre la multitud. Aquella tarde las calles se encontraban abarrotadas de gente, campesinos de los campamentos que se dirigían de una mesa a otra o de torneo en torneo. Celinor los sorteaba con destreza, pero con las piernas flojas, se diría que algo bebido.

Nadie dijo nada, dejaron que el príncipe Celinor llenara el incómodo silencio con su perorata.

—Todo esto me resulta increíble; quiero decir que, conocía a Gaborn. Fui con él a la Facultad del Conocimiento, pero no tuvimos mucho roce. No pasaba mucho tiempo en las tascas...

La amazona Connal dijo:

—Y claro, no podíamos esperar que te hicieras verdaderamente amigo de alguien que no pasaba todo su tiempo libre en la tasca.

Celinor hizo caso omiso de la pulla.

—Me refiero a que era un muchacho algo extraño, puesto que estudiaba en la Sala de los Rostros y en la del Corazón, pero no estudió el manejo de las armas o tácticas. Por eso no lo conozco bien.

—Quizás hablas mal de él porque sientes celos —dijo Connal.

—¿Celos? —inquirió Celinor—. Nunca podría ser el rey de la tierra. Y no deseo faltarle al respeto a los Orden; pero, de niño a veces soñaba que el rey de la tierra nacería en mis tiempos y siempre lo imaginé como alguien más grande y mayor que yo, alguien con expresión de intensa sabiduría emanándole de la frente, la fuerza de un ejército entero abultándole el pecho. Alguno de talla legendaria... ¿Y qué me encuentro? ¡A Gaborn Val Orden!

Myrrima no pudo evitar extrañarse ante las palabras del príncipe Celinor. El joven sonaba bastante inofensivo, como un muchacho despreocupado y balbuciente. Aunque, ¿se trataba de meros balbuceos? Todo lo que había dicho parecía calculado con el fin de sembrar la duda.

—Gaborn sirve a los suyos —dijo Borenson a Celinor—. Los sirve con más fidelidad que cualquier otro que yo conozca. Posiblemente por eso la tierra lo ha elegido, lo ha convertido en nuestro defensor supremo.

—Igual sí —replicó Celinor.

Este sonrió fríamente y, con aire de superioridad, ladeó la cabeza en ademán

pensativo.

Cuando Borenson llegó al gran salón en compañía del príncipe Celinor, el alto comisionado Skalbairn y la amazona Connal, docenas de lores y barones ya estaban afanados en el banquete en torno a las mesas que rodeaban la estancia. En medio de las mesas, los trovadores se sentaban en cojines y tocaban suavemente mientras que los niños que se dedicaban a servir corrían de un lado a otro entre la cocina y la alacena, traían comida y bebida según hiciera falta y recogían las mesas.

Al otro extremo del gran salón, Gaborn sonrió y se levantó para saludar a Borenson cuando este atravesaba el umbral, con los otros apelotonados tras él.

Gaborn lo llamó:

—*Sir* Borenson, *lady* Borenson, príncipe Celinor y *lady* Connal, bienvenidos. Dejad que los criados os traigan sillas y platos.

Después de eso, alzó la vista hacia el alto comisionado y le preguntó:

—¿Y a quién tenemos aquí?

Los trovadores dejaron de tocar los laúdes, panderetas y tambores. Gaborn miraba fijamente a Skalbairn con una expresión severa en los ojos.

—Alteza, permitidme que os presente al alto Comisionado Skalbairn, maestro entre los caballeros equitativos.

Borenson pensó que Skalbairn inclinaría bruscamente la cabeza. En vez de eso, el alto comisionado actuó sin titubear y dijo ásperamente:

—Milord, algunos afirman que sois el rey de la tierra. ¿Es eso cierto?

La pregunta dejó a Borenson perplejo, pues había supuesto que el otro ya se había convencido.

—Lo soy —dijo Gaborn.

El alto comisionado prosiguió:

—Se dice que Erden Geboren penetraba los corazones de los hombres y elegía a algunos como protegidos. Si poseéis tal poder, os ruego que miréis en mi corazón y me nombréis elegido; serviré al rey de la tierra con la vida. Conmigo traigo a los justos caballeros equitativos, miles de guerreros que lucharán a mi lado.

Desenvainó la espada y dio un paso hacia la mesa del rey, se arrodilló, clavó la hoja en el suelo y se apoyó en la empuñadura.

Inmediatamente, Borenson se sintió avergonzado. Este no era un honor que uno pudiese exigir al rey de la tierra en público. A pesar de ello, Gaborn no parecía haberse inmutado por los toscos modales del alto comisionado.

En torno a las mesas del rey, los lores comenzaron a murmurar, atónitos. Algunos se cuestionaban la educación del fulano; pero el alto comisionado era un soldado famoso, uno de los mejores en todo Rofehavan, y sabían que podía reunir a miles de guerreros para engrosar las tropas del rey de la tierra. Eso sería una gran ventaja, con lo cual ninguno se atrevió a criticarlo abiertamente.

Además, ningún alto comisionado se había ofrecido antes a jurarle lealtad a un

monarca. Hasta entonces.

Gaborn se inclinó hacia delante en la mesa, colocó las manos a los lados de la fuente de plata y clavó la mirada en los ojos del alto comisionado durante un rato.

El alto comisionado sostuvo su mirada con sus ojos negros como la obsidiana.

El rostro de Gaborn se relajó, como siempre que ejecutaba el nombramiento de protegidos. Penetró en los ojos del alto comisionado y levantó el brazo izquierdo en ángulo recto, como si fuera a llevar a cabo el ritual.

Luego dejó caer la mano y se quedó boquiabierto y tembloroso.

—¡Fuera de aquí! —exclamó Gaborn, el semblante se le tornó pálido—. ¡Fuera, insensato! ¡Márchate de mi castillo! ¡Fuera de mis tierras!

Pasmado, Borenson recordó a aquellos a quienes Gaborn había elegido en la última semana: pobres, inocentes ancianas que no podían sostener una daga para defenderse, y mucho menos una espada.

Aquel era uno de los mejores guerreros de la época arrodillado frente a él y ¿Gaborn quería desterrarlo?

El alto comisionado sonreía, secretamente triunfante.

—Pero ¿por qué, milord? —preguntó despreocupadamente—. ¿Por qué me despedís?

—¿Debo decirlo? —preguntó Gaborn—. Veo el sentimiento de culpa grabado en tu corazón. ¿Debo explicarlo para tu eterna deshonra?

—Os lo ruego —respondió el alto comisionado—. Nombrad el pecado y sabré que sois el rey de la tierra.

—No, no lo pronunciaré —se encolerizó Gaborn, como si la idea le repugnara—. Hay damas presentes y estamos comiendo. No lo diré, ni ahora, ni nunca. Pero rechazo tus servicios. Ahora márchate.

—Solamente el verdadero rey de la tierra sabría que no merezco vivir —dijo el alto comisionado—, y solamente un verdadero caballero se negaría a nombrar mi pecado. Mi oferta sigue en pie. Me ofrezco a vuestro servicio.

—Y yo sigo rechazándola —respondió Gaborn.

El alto comisionado Skalbairn se levantó y enfundó la espada.

—Por supuesto, ya sabréis que Raj Ahten se dirige hacia el sur, hacia el corazón de vuestra Mystarria. Tendréis que enfrentaros a él, y pronto. Vuestros enemigos desean que Raj Ahten os derrote.

—Lo sé —dijo Gaborn.

—Los justos se dirigen hacia el sur. Lucharé pues, aunque me odiéis.

Se produjo un silencio sepulcral en la abarrotada sala cuando el alto comisionado giró sobre los talones y a zancadas abandonó Heredon.

Borenson advirtió la expresión en la cara del príncipe Celinor. Este se limitó a ladear la cabeza, a contemplar el espectáculo con mirada calculadora.

Borenson acusó el hecho de que el joven príncipe no se atrevió a ofrecer su propia espada en público.

## Capítulo 8



### *La mujer verde.*

**M**ientras volaba, Averan seguía mirando hacia atrás, donde habían quedado la fortaleza y el maestro de bestias Brand, por si distinguía algún indicio de que hubiera cambiado la situación. Esperaba descubrir el humo de los edificios en llamas o escuchar el estruendo de la muerte.

Pero la fortaleza solamente reflejaba el sol de la mañana, la piedra blanca de las atalayas relucía como siempre, hasta que dejó de divisarla y las torres se convirtieron en un puntito minúsculo en el horizonte. Y luego desapareció por completo cuando las nubes de los valles comenzaron a elevarse. Aunque Averan contara con la vista de un oteador, finalmente también perdió de vista el castillo.

Voló durante horas, el mundo flotaba bajo las alas de su montura. El viento frío le pegaba en la cara y el sol le calentaba el costado y la espalda. Las nubes ascendían por los valles, algunas se alargaban, convirtiéndose en columnas cristalinas, en raras esculturas. Averan sabía que introducirse en ellas constituía un error, puesto que estaban repletas de fragmentos de hielo transportado por el viento y las corrientes de aire en torno a ellos resultaban peligrosas.

Incluso aproximarse a las nubes significaba sentir un fuerte golpe helado. Deseó haber conservado sus guantes de vuelo, hechos en cuero para mantener las manos calientes. Se acurrucó contra el cuello de la cabalgadura a fin de sentir el calor del cuerpo de Cuello Curtido y escuchar el sutil ritmo de su respiración y, así, saber cuándo el animal comenzaba a cansarse.

Durante aquel día dejó que Cuello Curtido descendiera dos veces entre la niebla y reposara en la tierra brevemente. Era un pterodáctilo anciano, y se agotaba con facilidad. Averan temía que si lo forzaba demasiado, su corazón dejaría de latir.

Al avanzar, las montañas Alcair fueron engullidas por la distancia hasta que la neblina lo ocupó todo y las montañas Brace surgieron entre las nubes a su izquierda. Averan conocía el nombre de todas las cimas y sabía que, una vez que superara una cresta con forma de silla de montar a ciento doce kilómetros de distancia, ya estaba cerca de Carris. Calculaba que no llegaría a Carris antes del anochecer y únicamente

deseaba que el manto de nubes fuera lo suficientemente tenue como para poder distinguir las luces de la ciudad desde allí arriba.

Caía la tarde, Averan volaba con un nudo en el estómago por el hambre y con la boca seca por la sed al no haber querido sobrecargar a su montura más de lo necesario. Seguía tumbada contra el cuello del animal, escuchando el tamborileo firme de su corazón. Se preguntaba si debía dejarlo descansar de nuevo.

Así pues, se encontraba distraída durante el instante más importante de su vida, ya que al anochecer, la mujer verde cayó en picado del cielo despejado.

Averan oyó un grito sin palabras, un alarido desgarrador, y miró hacia arriba: una mujer verde caía del cielo.

La localizó a doscientos metros de distancia. La mujer caía de cabeza, desnuda como un recién nacido. Era alta, de construcción delgada, bajo el pecho escuálido asomaban claramente las costillas. El pelo y el vello del pubis eran del color de las agujas del pino y la piel tenía un tono algo menos vivo, casi de color carne. Averan distinguió algunos detalles más.

Miró arriba para comprobar si la mujer había caído de algún vehículo. A veces, los tejedores de llamas viajaban en globo y se decía que los señores del cielo lo surcaban en barcos hechos de nube, aunque nunca había visto uno. No, ni nube, ni globos sobre su cabeza o en los alrededores.

En ese momento, notó un viento frío que le heló las manos, penetró entre las costuras de su casaca y le azotó la cara. Ahora podía distinguir claramente, podía oír el grito de la mujer.

Algo en Averan la hizo reaccionar. Había presenciado la caída de su madre de una silla y había visto cómo se partía la cabeza contra las baldosas junto a la chimenea. También cómo su amiga Kylis, de cinco años, se precipitaba desde la terraza del nido al precipicio más abajo.

No podía quedarse tranquilamente triunfalmente cómo otra persona se dirigía hacia la muerte.

Sin detenerse a pensar en su propia misión de hacerle llegar un mensaje al duque Paldane en Carris, echó el cuerpo hacia atrás, sujetó el cuello de Cuello Curtido con firmeza, entre las piernas, y gritó:

—¡Abajo! ¡Deprisa!

El pterodáctilo plegó las alas y se abalanzó en pos de la mujer verde como un halcón que se zambulle en picado a por un ratón.

Durante un instante, la mujer clavó los ojos en Averan, con los brazos estirados en ademán suplicante. La boca abierta con forma de «o», horrorizada, los colmillos al descubierto, las verdes y largas uñas de las manos extendidas como garras.

No es humana, advirtió. Y no lo era. No importaba, parecía humana aunque no podía asegurarlo. En unos segundos los engulleron las nubes.

La siguió entre la niebla. El vapor le dejaba gotitas de agua en la piel. Cuello Curtido agitó las alas, frenando, se negaba a introducirse a ciegas en la neblina.



Desde abajo le llegó el chasquido de la madera y el alarido de la mujer verde cesó.

Cuando el gran reptil atravesó el bajo manto de niebla, Averan descubrió a la mujer verde casi de inmediato.

Esta había caído a un huerto, entre tres manzanos silvestres. Uno de ellos se había partido con el impacto, se distinguía un corte blanco donde las ramas más altas se habían quebrado.

El pterodáctilo planeó sobre el huerto. La mente de su jinete parecía entumecerse mientras ordenaba a su montura que aterrizara. El enorme animal agitó las alas y Averan se bajó de un salto antes de que la bestia tocara tierra.

En pocos segundos se encontró junto a la mujer, que había quedado con la mano derecha sobre la cabeza y las piernas abiertas. El impacto había sido tan fuerte que el suelo húmedo donde se hallaba el cuerpo se había hundido ligeramente.

No percibió indicios obvios de huesos rotos. Ninguna protuberancia en la carne de la mujer verde. Sin embargo, encontró sangre, sangre de un verde oscuro, casi negra y oleaginosa, recorriéndole el pecho izquierdo.

Averan no había visto a muchas mujeres desnudas, y desde luego a ninguna como esta. La mujer verde no solamente era bien parecida, sino que era hermosa, sobrenatural, como la esposa de un magnífico señor de las runas, con tantos dones de encanto que una mujer corriente tendría que conformarse con mirar a dicha criatura y desesperarse.

A pesar de los rasgos perfectos del rostro, con una piel sin imperfecciones, la mujer verde no era humana. Los largos dedos, que terminaban en forma de garra, parecían tan afilados como anzuelos. La boca, apenas abierta, chorreaba sangre verde y mostraba unos colmillos más largos que los de un oso. Las orejas eran... de algún modo no correspondían: delicadas y gráciles, pero ladeadas hacia delante, como las orejas de una cierva.

La mujer verde no respiraba. La niña pegó la cabeza a su pecho, en busca de los latidos del corazón. Y escuchó un palpitar, suave y profundo, como si la mujer verde estuviera descansando.

Palpó sus brazos y sus piernas, intentando localizar alguna herida. Le limpió la sangre verde de la zona próxima al cuello y descubrió lo que parecía una punción producida por las uñas de la mujer. Limpió la sangre de los labios e inspeccionó la boca. A causa de la caída se había mordido la lengua y esta sangraba con profusión. Ladeó la cabeza, temía que la sangre que le corría libremente por la garganta pudiera ahogarla.

La mujer verde gruñó, guturalmente, como si fuera un perro inquieto entre sueños de caza. Averan retrocedió bruscamente, de un salto, temiendo por primera vez que aquella mujer fuera un animal salvaje, mortal.

Un perro comenzó a aullar.

Levantó la vista. Se encontraba al borde de una granja. No muy lejos de allí, había una casita, una choza construida con pedernal y con un tejado de paja. Un

lobero ladraba junto al límite de la empalizada, pero no se atrevía a acercarse al pterodáctilo. En cuanto al reptil, se limitaba a contemplar al perro con ojos hambrientos, como si ansiara que acometiera.

La mujer verde entornó los ojos y agarró a Averan de la garganta, quien intentó gritar.

## Capítulo 9



### *El rescate.*

**R**oland y el barón Poll llevaban todo el día viajando a galope tendido, a un ritmo que hubiera matado a un caballo corriente, cuando oyeron los gruñidos y ladridos de un perro acompañados por los gritos de un niño.

Acababan de rodear una aldea cercana al pie de las montañas Brace, y el caballo de Roland había aminorado la marcha para recuperar el aliento. El cielo estaba nublado y, con las montañas tan cerca, las sombras de la noche comenzaban a espesarse.

Roland oyó el alarido cuando se acercaban a una pequeña granja con un huerto de perales y manzanos silvestres en la parte trasera. Un vistazo le reveló la presencia de un pterodáctilo en el huerto, arremetiendo e intentando morder a un lobero enorme, mientras que, bajo la sombra de un árbol, una niña gritaba aterrorizada.

—¡Por los Elementos! ¡Un pterodáctilo salvaje! —gritó el barón Poll, picando espuelas a su cabalgadura.

Los pterodáctilos salvajes solían atacar a los animales de los campesinos por aquellos lares tan próximos a las montañas, aunque era algo poco habitual que comieran seres humanos.

El corazón de Roland se aceleró.

El barón Poll estiró el brazo hacia atrás y desenfundó el hacha de caballería; espoleó al caballo hasta el otro lado de la casita, asustando a su paso a unos patitos nerviosos que merodeaban cerca de la puerta de la choza. El caballo saltó la empalizada. El perro, envalentonado por la presencia del barón Poll, saltó tras él y arremetió contra el pterodáctilo.

El caballo de Roland sorteó la valla repentinamente y el jinete advirtió que también él mismo arremetía contra el pterodáctilo sin habérselo pensado. Extrajo la espada corta del interior de la túnica, aunque de poco serviría frente a semejante lagarto.

El mundo parecía haberse detenido en aquel instante. Roland podía oír a la niña que gritaba dentro del huerto, podía ver a la descomunal bestia alzarse y desplegar las

alas. El caballo de batalla del barón Poll se levantó sobre las dos patas traseras y aporreó el aire con las manos.

Por su aspecto, se trataba de un viejo reptil enorme, con dientes como dagas y ojos dorados que ardían. El perro se abalanzó sobre él y el pterodáctilo lo atrapó de un mordisco entre las largas mandíbulas. Lo sacudió violentamente, rompiéndole los huesos.

En ese momento en que el reptil andaba distraído, el barón Poll levantó el hacha con las dos manos, se la lanzó con toda su fuerza e hizo diana entre los ojos del reptil.

—¡Ja! ¡Toma eso, criatura asquerosa! —gritó el barón como si imitara a algún gran héroe.

El pterodáctilo echó la cabeza hacia atrás de un tirón, presa del asombro. La sangre manaba del horrible hachazo que le habían propinado. El animal batió las alas una vez, después se ladeó y se desplomó.

Roland permaneció sentado en la silla medio segundo, sintiéndose exultante, aferrado a su propia espada de forma ridícula. La niña seguía gritando, empero.

A medida que el cuerpo del pterodáctilo se asentaba en el suelo, Roland vio mejor a la niña, que había quedado momentáneamente oculta debajo de las alas del reptil. Era una criatura de siete u ocho años, arrodillada junto a los árboles. La muchacha había medio girado el cuerpo hacia Roland. Tenía unos ojos verdes penetrantes y el cabello rizado, igual de pelirrojo que el suyo. Vestía una capa con capucha de color azul oscuro con el escudo de armas del rey: la imagen de un hombre verde, un rostro rodeado de hojas de roble, y todo ello sobre un pterodáctilo bordado en rojo.

Un correo aéreo. Roland palideció del todo. Hemos matado a la montura de un correo real, cayó en la cuenta. Todo el oro que llevaba encima no podría compensar al nuevo rey.

La niña gritó de nuevo y él advirtió que había algo más. El manzano silvestre bajo el que se encontraba la niña estaba partido, como si lo hubiera alcanzado un rayo. Y entre la hierba alta y seca bajo el árbol había una cosa verde. Una de las garras se aferraba a las vestiduras del correo aéreo. No la había atacado el pterodáctilo. Era otra cosa lo que la retenía.

—¡So... socorro! —gimió la pequeña.

Roland se apresuró a dar unos pasos adelante para ver mejor, repentinamente cauteloso, hasta que divisó a la mujer verde tendida en un charco de sangre del más intenso color jade.

Jamás había visto algo semejante. Era bella y extraña, mucho más de lo que Roland hubiera podido imaginar. Sus garras tenían firmemente sujeta la casaca de la niña. Se hallaba embelesada por la imagen estampada en el torso de la mensajera. La movía de un lado a otro, como hipnotizada, embobada con los hilos de colores que formaban la estampa del hombre verde.

Roland estaba perplejo.

—Aléjate de esa cosa, niña —susurró—. No grites más y deja que la bestia se

quede con la casaca.

La muchacha se volvió hacia él, blanca como el papel. Dejó de chillar, pero comenzó a lloriquear mientras se deshacía de la levita e intentaba desenredarse.

Mientras tanto, el barón Poll había desmontado y se acercaba a ellos, jadeante, con el hacha que había recuperado. Roland bajó del caballo de un brinco con la espada en ristre.

La mujer verde apenas había advertido la presencia de los dos hombres hasta que la niña intentó retroceder. Entonces fue cuando la atacó agarrándole el antebrazo, escrutó su rostro con aquellos ojos de un verde tan oscuro como su propia sangre.

—¡Suéltala! —gritó Roland, dando un paso hacia delante y blandiendo la espada corta.

El barón avanzó hasta quedar a su lado.

La mujer verde la emprendió con ellos, miró a Roland fijamente y lo atravesó con la mirada. Tiró a la niña a un lado como si fuera una muñeca de trapo, se acuclilló y olfateó el aire como un animal. Sus pechos se mecían al moverse de lado a lado. Descubrió el rastro de algún olor. Clavó los ojos al barón Poll.

El corazón de Roland latía muy fuerte por el miedo.

—Eso es —dijo el barón—. Soy yo quien te interesa. Yo soy a quien quieres, ¿no hueles la sangre?, ¿quieres un poco? ¡Pues ven a por ella!

La mujer verde se abalanzó sobre Poll, con tres saltos recorrió veinte metros de distancia. Roland se preparó para la acometida. Afianzó los pies, levantó la espada y calculó cuándo asestar la estocada que le arrancaría la cabeza a aquel espécimen. Con un potente grito blandió la espada justo cuando la cosa verde alcanzaba al barón Poll. Roland dejó caer todo el peso con el golpe, hundió el arma en el cuello de la mujer verde y sintió como si la hoja de la espada hubiera golpeado una roca. La espada produjo un sonido metálico, rebotó en el cuello y le pegó a Roland en la muñeca izquierda. El golpe del estoque le ocasionó un dolor ardiente y punzante en el brazo con el cual manejaba el arma.

La mujer había derrumbado al barón Poll, quien había caído de espaldas, demasiado pasmado como para blandir el arma, y se había puesto a horcajadas sobre él, sujetando el mango del hacha con las manos. El barón se esforzaba por mover la hoja de un lado a otro, pero incluso con sus dones de fuerza física casi no podía hacerla ceder.

La mujer verde sostenía el hacha, la examinaba. Olfateó la sangre del pterodáctilo y, luego, con una larga y sensual lengua lamió el filo del hacha. Roland retrocedió cuando la bestia cerraba los ojos, deleitándose con el sabor de la sangre.

La pequeña aún gimoteaba. A Roland el pulso le martilleaba los oídos y el sudor le corría por el peto de la casaca.

Parecía evidente que la mujer verde ansiaba sangre como un hombre que se ahoga ansía respirar.

—¡Por los Elementos, aléjate de mí! —Renegó el barón Poll, aterrorizado.

Sostenía el hacha e intentó arrancársela mientras esta intentaba lamer toda la sangre.

Roland jamás había presenciado algo así, no tenía conocimiento de ninguna criatura semejante a aquella. Debía tratarse de un ser invocado, quizás algún monstruo maligno sacado de las entrañas de la tierra. La sangre oscura y verde le manaba de un par de heridas pequeñas. *Verde como las llamas verdes*, pensó.

Por allí cerca, el correo real seguía lloriqueando. Roland se dirigió a ella suavemente:

—Sal de aquí, hija. Camina despacio, sin correr.

Él mismo comenzó a retroceder, sabía que no serviría de ayuda al barón Poll. La mujer verde dejó de lamer la hoja del hacha, se giró, observó a Roland, y repitió con voz suave e imitando el tono y el acento de Roland:

—Sal de aquí, hija. Camina despacio, sin correr.

Roland no sabía si la bestia intentaba darle órdenes o simplemente imitaba sus palabras. Retrocedió otro paso, la hojarasca crujía bajo sus pies. Partió una ramita con el talón.

La mujer verde lamió de nuevo la hoja del hacha y gritó al barón Poll:

—Soy yo quien te interesa. Yo soy a quien quieres, ¿no hueles la sangre?, ¿quieres un poco? Pues ven a por ella.

El barón Poll asintió mientras la mujer terminaba de lamer la sangre y soltaba el mango.

—Sangre —susurró Poll—, sangre.

La mujer verde dejó de lametear y lo miró de hito en hito.

—Sangre —repitió, pasando la lengua por el hacha—, sangre.

Para entonces, Roland ya se había alejado unos doce pasos y se preguntaba si debía girarse sobre los talones y echar a correr. Aunque sabía que uno nunca huye de un perro o de un oso. El movimiento de las piernas solo sirve para atraer a los animales. Decidió que tampoco debía huir de la mujer verde.

Yendo a contramarcha, Roland se volvió. En menos de medio segundo, la mujer verde había dado un brinco y lo había enganchado por detrás.

—Sangre —dijo, levantándolo.

Olisqueó la muñeca de Roland, donde había recibido la estocada momentos antes, e inhaló hondo el aroma de la sangre de Roland.

—¡No! —gritó Roland mientras lo dejaba caer y lo empujaba de lado.

Le entró tierra en la boca y percibió un olor amargo a zanahorias silvestres y moho fragante de la cebada silvestre que crecía por allí. A continuación sintió un escozor cuando la mujer verde le clavó una de las largas zarpas en la muñeca. Forcejó a fin de soltarse, intentó darle un puntapié en la cara. Pero la otra lo sujetaba, le pasaba la lengua por la muñeca izquierda, saboreando la sangre. Le propinó una patada en su tobillo y, aunque aparentaba la delicadeza de una bailarina, todos los músculos de sus piernas eran como cables de acero. Oponerse no le sirvió de nada,

ella lo sujetó con más fuerza, le aplastó el brazo.

Roland jadeaba de dolor. La mujer verde le chupaba la herida, extraía su jugo vital mediante sorbidos ruidosos. Roland gritó, luchaba por su propia vida, temía que en cualquier momento aquella fuera a morderle en la garganta.

—¡Socorro! —gritó Roland, buscando al barón Poll.

Pero el caballero rechoncho se había incorporado tambaleándose y lo miraba con impotente terror.

*Por los Elementos, pensó Roland. Veinte años dormido y me despierto para perecer durante la primera semana.*

De repente, la niña se abalanzó hacia el barón Poll, cogió su hacha y saltó hacia ella.

—¡No! ¡No! —gritó Roland.

La niña dejó caer el hacha sobre la cabeza de la mujer verde. Se oyó un ruido sordo.

Esta se detuvo, relajó algo el agarre; miró a la niña, quien gritó:

—¡No!

Entonces la mujer verde soltó a Roland del todo y este quedó libre. Intentó escapar entre la hierba, pero, a tres pasos de distancia, tropezó y se cayó.

La mujer verde lo contemplaba con expresión hambrienta.

—¡No! —repitió la niña—. Él no.

Por segunda vez, aporreó el cráneo de la mujer verde con el hacha.

Esta se agachó a ras del suelo y, desde allí, miró a la pequeña y repitió como un loro:

—¡No!

La niña soltó el hacha, había cortado la piel de la mujer, una pequeña herida que supuraba sangre oscura.

La niña alargó la mano y le acarició el pelo de la frente a la mujer verde, quien arqueó la espalda como complacida con la atención.

—Al adiestrar a un animal peligroso —dijo la niña con tono tranquilo a Roland y al barón Poll—, uno debe recompensar la buena conducta y castigar la mala.

Roland asintió con la cabeza. Por supuesto que la pequeña sabe cómo amaestrar a las bestias. En definitiva, era correo aéreo y tenía que cuidar de los pterodáctilos.

Roland había sido el carnicero del rey y, de niño, una de sus primeras obligaciones había sido la de llevar huesos y despojos de asaduras a las perreras para que el maestro de bestias Hamrickson pudiera adiestrar a los canes de guerra del rey. Creyó saber lo que le pedía la niña. Cautelosamente, comenzó a dar marcha atrás para evitar atraer la atención de la mujer verde y, dolorido, cojeó hasta el pterodáctilo muerto.

—No, lo haré yo —dijo la pequeña—. Así me creerá su ama.

Lo adelantó de prisa y dio un rodeo en torno al cuerpo del reptil. Los ojos de la niña parecían vacíos de dolor al contemplar al animal. Inclino el cuerpo y extrajo el

cuerpo inerte del perro de la mandíbula del pterodáctilo. Resultó una tarea ardua. El lobo era un can enorme que probablemente pesaba unos treinta y cinco kilos; pese a eso, la niña lo levantó con facilidad.

*Soy un ignorante*, pensó Roland. La muchacha es un correo aéreo, con al menos un don de fuerza física. A pesar de su reducido tamaño, es más fuerte que yo. Se me había antojado salvarla y, en vez de eso, ella es quien me ha salvado a mí.

Regresó con el perro y lo colocó a los pies de la mujer verde.

—Sangre —le susurró—. Para ti.

La mujer verde olfateó al perro y comenzó a lamerle la sangre del pelo. Cuando parecía segura de que nadie le arrebataría aquello, abrió el cadáver y empezó a desgarrarle la espalda y las patas.

—Buena chica —dijo la niña—. Muy bien.

La mujer verde alzó los ojos hacia la niña. Mientras escupía sangre de la boca, repitió:

—Buena chica.

—Además eres lista —añadió la pequeña.

Esta se señaló con el dedo y murmuró:

—Averan, Averan.

La mujer verde repitió su nombre. Averan señaló a Roland y este dijo su nombre. Finalmente, el barón Poll se acercó y dio su nombre. Después, Averan señaló a la mujer verde.

Esta dejó de comer y fijó la vista en ellos con expresión vacía.



## Capítulo 10



### *La gema.*

**L**ágrimas de cólera amenazaban con cegar a Averan mientras trabajaba, ira y dolor al contemplar a su pterodáctilo abatido. No quería parecer una niña, no quería actuar puerilmente, pero le resultaba casi imposible mostrarse indiferente.

Así pues, una vez que Roland y el barón Poll se hubieron presentado, se concentró en curarle la herida a Roland. Se movía como adormecida, como en un sueño. La caída de la mujer verde del cielo, la conmoción de ver a Cuello Curtido muerto, el horror que se había instalado en el torreón de Haberd; todo eso la había dejado mermada y exhausta. Deseaba gritar. En vez de eso, se mordió el labio y se puso manos a la obra.

Sabía que la herida de la muñeca escocía a Roland como la picadura de un avispon mientras la lavaba. La lesión era profunda, desigual, y sangraba profusamente. Cogió un cubo de agua de un pozo que había junto a la casita, la vertió sobre ella y le tapó el corte. Ahogó un grito y la mujer verde se acercó, deseosa, como un perro que mendiga restos de comida.

—No —le advirtió Averan—. Esto no es para ti.

El barón Poll cogió el hacha. El grueso caballero la blandió amenazadoramente. La mujer verde retrocedió.

Roland se rio con abatimiento.

—Gracias, hija, por no echarme de comida a tu mascota.

Terminó de secar el agua. El roce ligero había abierto de nuevo la herida y Averan utilizó parte de la casaca de Roland como compresa para mantenerla cerrada.

—No es mi mascota —replicó Averan, intentando contener la pena.

—Intenta convencerla a ella de eso —dijo el barón Poll—. En media hora retozará para ti e intentará introducir el hocico en tu cama.

Averan sabía que tenían razón. La mujer verde la había aceptado, la había aceptado desde el momento en que se despertó y la encontró arrodillada sobre ella. En ese sentido, era como un bebé pterodáctilo que acababa de salir del huevo. Pero

que el barón llevara razón no significaba que le resultase simpático. Al fin y al cabo, él era el mendrugo que había abatido a Cuello Curtido.

*La mujer verde piensa que soy su madre*, reflexionó Averan.

Agitó la cabeza. No sabía lo que hacer con la bestia.

—¿Invocaste tú a la criatura? —preguntó el barón Poll.

—¿Invocarla? —inquirió Averan.

—No es una criatura natural, ¿no? —dijo el barón Poll mirando a la mujer verde con recelo—. Nunca había oído hablar de su especie, conque debe de haber sido invocada.

Averan se encogió de hombros. La pregunta del barón Poll no le atañía, no concernía a ninguno de ellos. No sabía nada de magia, aparte de lo que uno podía oír de algún que otro mago menor. El torreón de Haberd casi nunca hospedaba a gente con poderes.

—Es verde de fuego —dijo Roland—. Las llamas pueden ser verdes. ¿Posees poderes del fuego?

La mujer verde se enderezó y se acercó al cuerpo inerte de Cuello Curtido, comenzó a comer. Averan hizo un gesto de dolor y miró hacia otro lado.

—No —dijo Averan mecánicamente—. A veces enciendo el fuego en el hogar de nuestro nido, eso es todo lo que puedo hacer. No soy tejedora de llamas.

Con una punta de la casaca de Roland, Averan limpió el resto de la sangre de la herida de este.

—La tierra también puede ser verde —dijo Averan—. Al igual que el agua.

Parpadeó para deshacerse de una lágrima.

Roland no respondió, pero el barón sí lo hizo.

—Tienes razón, niña, pero las artes invocatorias las practican los tejedores de llamas, no hechiceros terrestres o magos acuáticos.

—Cayó del cielo —dijo Averan—. Eso es todo lo que sé. La vi caer en el aire ante mis ojos cuando me encontraba sobre las nubes. Quizás sea una criatura del aire.

El barón Poll se giró y bajó la mirada hacia Averan.

—Invocada —dijo, pensativo, seguro de sí mismo.

Frunció el entrecejo. Poseía un don de inteligencia y aprendía rápido, pero solamente tenía nueve años y nunca había estudiado artes mágicas.

—¿Y crees que soy yo la invocadora? Eres bobo.

El barón Poll era el mayor en edad e incluso Roland confiaba en su consejo.

—Puede —dijo—, pero he oído decir que los Elementos tienen sus razones para actuar como lo hacen. Aunque quizás no la invocaras, pueden habértela enviado.

Eso parecía igual de improbable. Roland dejó de sangrar por fin y la herida parecía lo suficientemente limpia.

Averan advirtió que llevaba los dedos un poco manchados de la sangre de la mujer verde. Los metió en el cubo e intentó limpiarse frotándose los dedos, pero la sustancia verde ya le había penetrado la piel; le manchaba las manos como si hubiera

derramado tinta y esta hubiera impregnado manchas de distinto tamaño. Supuso que ya se le quitaría.

—Siento lo de tu pterodáctilo —dijo el barón Poll por tercera vez desde que se había presentado—. ¿Podrás perdonarme?

Averan contuvo amargas lágrimas. *Cuello Curtido no era mi pterodáctilo, se dijo. Pertenecía al rey o a Brand más que a nadie.*

A pesar de ello, había alimentado a la bestia durante años, la había cepillado, raspado los dientes y limado las uñas. Amaba al viejo reptil.

Sabía que era anciano, que solamente le quedaban un verano o dos de vida, como máximo. Sabía que no debía culpar al barón por haberlo matado. Brand siempre había dicho: «Nunca castigues a una bestia de buen corazón. Hasta los brutos más amables a veces muerden por error».

Averan dedujo que eso también podía aplicarse a los hombres, incluidos los caballeros rechonchos carentes de conocimiento. Las lágrimas le inundaron los ojos.

—Ya estáis perdonado, *sir Panza* —dijo Averan, intentando contener el dolor en el tono de voz.

—Adelante, niña, lánzame insultos si te hace sentir mejor —dijo el viejo caballero—. ¡Tendrás algo más que eso!

Averan deseaba contener la lengua, pero aguantarse la congoja le dolía demasiado. Sin embargo, no se atrevía a faltarle al respeto a un noble.

—Si os complace, *sir Canasta de pan, sir Barril de grasa, sir Culo grande...*

—Eso está mejor, niña —dijo el barón Poll con expresión hosca.

—Aunque es un barón —corrigió Roland—, y lo más idóneo sería llamarlo barón Culo grande.

Averan sonrió un poco, se sorbió la nariz y se secó las lágrimas, satisfecha con los insultos; al menos de momento.

El barón Poll preguntó:

—¿Hacia adónde te dirigías? ¿Llevabas un mensaje importante?

Averan reflexionó: *era el mensaje más importante que jamás había transmitido, la noticia de una invasión inminente.*

—Paldane ya tendrá conocimiento de ello —dijo Averan con sinceridad—. Los reaver se acercaban al torreón de Haberd desde las montañas. Haberd ya habrá sucumbido. Tenía que llevar el mensaje al duque Paldane, pero también despacharon jinetes con caballos de fuerza. El maestro Brand me ha hecho volar con el único propósito de salvarme la vida.

—Encontramos a tu emisario —dijo el barón Poll—, hoy mismo. Tuvo una mala caída, así que imagino que Paldane aún no conoce las noticias. Son amargas nuevas las de hoy en día: el rey está muerto; Raj Ahten se acerca a Carris. Y ahora los reaver.

—Nos dirigimos hacia el norte, a Heredon —dijo Roland mientras se incorporaba—. Podríamos llevarle tus noticias a Paldane en Carris y después también al rey.

El barón Poll añadió:

—Podemos dejarte en Carris.

Averan recordó la advertencia de Brand de que sería mejor refugiarse en el norte.

—No quiero ir a Carris —dijo—. ¡Me voy a Heredon con vos!

—¿A Heredon? —dijo el barón Poll—. No, no. Seguro que es un viaje arriesgado con Raj Ahten en camino. No hace falta que vayas allí, transmitiremos tu mensaje.

—Conozco el camino a Heredon —se ofreció Averan—. Conozco las carreteras y las montañas, y atajos por los que un hombre con un buen caballo puede desplazarse. Os podría guiar.

—¿Has volado allí? —preguntó el barón.

—Sí, dos veces —mintió Averan.

Había visto mapas y memorizado la topografía del lugar, pero nunca había volado más lejos de Fleeds.

Los hombres se miraron de forma significativa. Una guía les vendría bien.

—No, solamente contamos con dos caballos —dijo Roland—. Te dejaremos en alguna parte segura.

—Podría montar con vos —le dijo Averan a Roland.

Dada la barriga del barón Poll, resultaba inviable hacer un tándem con él sobre un caballo.

—Soy pequeña y poseo un don de fuerza y uno de resistencia. Si vuestra montura se cansa, puedo bajarme y correr.

Sabía que ese dato era importante. Deseaba alcanzar Heredon al instante, sentía un ansia ilógica e irracional por llegar. El mensaje para Paldane era importante, pero la necesidad que sentía era más irresistible. Todo su cuerpo se estremecía de deseo. De hecho, sabía casi exactamente a qué lugar quería ir. Cerró los ojos y visualizó los mapas: en el centro de Heredon, a casi mil quinientos kilómetros al norte de allí, detrás de las montañas Durkin, al castillo de Sylvarresta. Con la mente, distinguió algo parecido a una piedra preciosa de verde brillante.

—¿Tienes familia en Heredon? —preguntó el barón Poll.

—No —confesó Averan—. En realidad, no.

Pese a eso, era importante llegar allí.

—Entonces, ¿por qué tan empeñada en ir? —preguntó Roland.

Averan sabía que, como era pequeña, una niña, los demás esperaban que actuara como tal, que fuese propensa a las pataletas y a los arranques de cólera irracionales. Pero Averan no era como otros niños, nunca lo fue. Brand decía que la había escogido entre todos los huérfanos de Mysterria porque, al mirar en sus ojos, había visto a una mujer anciana. En su corta vida, ya había vivido más que otros.

—Ahí es a donde me dirigía —mintió—, después de entregarle el mensaje al duque Paldane. Mi maestro Brand tiene una hermana en el castillo de Sylvarresta y este esperaba que me acogiera. Me dio una carta para ella y dinero para mi manutención.

Hizo tintinear la bolsa que llevaba atada al cinturón.

Roland no le pidió la carta. Evidentemente, las palabras escritas no eran lo suyo. Y el barón Poll era un hombre perezoso, no quería molestarse en leer cartas. Averan esperaba que el señuelo del dinero los enganchara.

—¿Y qué hay de tu mascota? —preguntó el barón, haciendo un gesto con la cabeza hacia la mujer verde—. ¿Crees que nos seguirá?

—La dejaremos —respondió Averan, aunque algo en su fuero interno le advertía lo contrario.

*¿Y si el barón Poll tiene razón? ¿Y si uno de los Elementos ha invocado a la criatura para mí? ¿No sería una lástima abandonarla, o un peligro?* No obstante, Averan no veía el modo de llevarse a la criatura con ellos.

El barón Poll reflexionó y con un tono que no admitía argumentos dijo:

—No nos atrevemos a llevarte tan lejos. Te dejaremos en algún lugar seguro, al norte de Carris, si prefieres. Tengo una prima en un pueblo pequeño al norte de allí. Podría servir de ayuda y buscar a alguien que se encargue de ti.

La mensajera estaba acostumbrada a tratar con lores, a menudo desconsiderados, a quienes no les gustaba que les dijeran que estaban equivocados. El tono del barón Poll le avisaba que no podía esperar nada mejor de él. Aunque en su corazón juró: si me dejáis, correré tras vos si así debe ser, y os seguiré en cada paso.

Averan corrió en busca de la potra pía de Roland y el semental color arena del barón, y se dispusieron a partir. El sol casi se había puesto, aunque el dueño de la casita no había regresado.

El barón Poll cogió algunas peras y manzanas silvestres del pequeño huerto y unos cuantos nabos y cebollas de un jardín detrás de la choza. Unos escuálidos patos, apenas salidos del cascarón, con unas ocho semanas, se balanceaban por delante de la casa. El barón Poll los dejó en paz.

La niña se preguntó quién viviría allí; seguramente un leñador, pues el huerto era demasiado pequeño para que una persona se ganara la vida y las colinas al sur se distinguían arboladas. Se preguntó qué pensaría al encontrarse a su perro muerto y a un pterodáctilo tumbado junto a este en el patio trasero. Abrió el portamonedas que Brand le había entregado y, descubrió que no solamente contenía monedas del norte, sino también un par de anillos de comercio como los que los utilizaban los mercaderes de Indhopal. Los anillos estaban pesados con la misma precisión que cualquier moneda, y estampados con los símbolos muttayines, pero podían ponerse en los dedos de las manos o los pies, o atados al cuello y, por tanto, no se perdían tan fácilmente como una moneda del norte.

Después de elegir una moneda de plata, Averan la dejó encima del perro. Luego se subió en la montura delante de Roland y se alejaron al galope de la casita por un camino sinuoso en dirección a los bosques de las montañas Brace.

Cuando dejaron atrás aquel lugar, la mujer verde seguía alimentándose del cadáver de Cuello Curtido. Ni siquiera levantó la cabeza, salvo para lanzar una despreocupada mirada en dirección a Averan.

A un kilómetro y medio de distancia, la carretera se transformó en una pendiente muy acusada. El camino principal estaba bordeado de alisos cuyas hojas se habían tornado amarillentas con el inicio del otoño. En lo alto, descansaban algunos pinos a lo largo de la colina.

Allí la carretera se convertía en un lugar solitario, una ladera azotada por el viento. Había zonas donde habían rodado piedras de la montaña y estas bloqueaban el camino. Roland tenía que maniobrar al caballo y sortearlas. Doce años antes, esta vía había estado bien atendida, pero había tantos malhechores por aquellos montes que los hombres del rey ya no se molestaban en seguir cuidándola.

Había anochecido y Bessahan llevaba toda la tarde cabalgando sin parar, intentando alcanzar a los emisarios del rey. Pero su caballo había perdido una herradura en el bosque y tuvo que detenerse a repararla, con lo que perdió una hora.

Bessahan encontró al pterodáctilo al borde del camino casi de casualidad. Se hallaba cerca de una casita junto a la carretera. Una mujer gruesa estaba allí plantada con una lámpara, mirando boquiabierta al reptil en su huerto. La lámpara venía tapada por una capucha de cerámica empañada que no desprendía mucha luz. En la oscuridad, la mujer confundió a Bessahan con otro.

—Eh, Koby, ¿eres tú?

Bessahan no dominaba el rofehavanés demasiado bien, y no se atrevió a que la mujer oyera su acento. Simplemente respondió con un gruñido.

—¿Has visto esto? Alguien ha matado a este pterodáctilo aquí mismo junto a la casa, le han partido la cabeza de un tajo. Hay huellas de un par de caballos. ¿Fuiste tú?

Bessahan negó con la cabeza.

—Y el endiablado monstruo ha matado también a mi perro.

La mujer gorda sacudió la cabeza, indignada. Era una señora mayor de pelo grasiento y con un delantal sucio. Bessahan, que había tomado dones de olfato de dos perros, percibía el olor a jabón de sosa que desprendía incluso a cincuenta pasos. Una mujer mugrienta que lavaba ropa para otros.

—Quien fuera que se lo cargara, no me ha hecho ningún favor —se quejó la mujer—. Si me hubieran dicho: «Kitty, ¿quieres que matemos a esa bestia que tienes en el patio?», hubiera dicho que no, que la dejaran tranquila, que matarla no me devolvería a Perro y que, además, podía comerse a estos patos inútiles también. Pero ¿me escucharía alguien? ¡Qué va!

La opinión que Bessahan se había formado de la mujer empeoró todavía más. No solamente era gorda y grasienta, sino que hablaba demasiado y pensaba menos.

—Bien, pues —preguntó—, ¿me ayudas a deshacerme de él? El cuerpo solo servirá para atraer a los lobos. De hecho, parece que uno ya se ha ocupado de ello, está todo destrozado.

Bessahan escudriñó la carretera. Seguramente los emisarios habrían seguido

aquella ruta, adentrándose en las montañas, en la oscuridad. Pero caía la noche y se preguntó si aquellos se arriesgarían entre los senderos de las montañas en la oscuridad. No, lo mejor sería quedarse por allí cerca; podrían haber acampado en cualquier parte, en el huerto, colina arriba.

Además se acercaba la lluvia, podía olerla en el viento, lo que haría más difícil seguirles la pista mediante el olfato.

A la tenue luz de la lámpara, se acercó sin desmontar hasta la anciana. Esta lo miró con ojos velados, sintiéndose de repente cautelosa.

—Eh, ¡tú no eres Koby! —advirtió.

—No, lo siento —respondió Bessahan con fuerte acento—. No soy tu Koby, me llamo Bessahan.

—¿Qué haces aquí? —preguntó retrocediendo, a la defensiva.

—Busco a los hombres que mataron al pterodáctilo —respondió Bessahan.

—¿Para qué? —exigió la vieja.

Bessahan dejó que el caballo diera un paso hacia delante.

—¿Bessahan? —preguntó, de repente asustada—. ¿Qué nombre es ese?

Era evidente que no había visto a los hombres, no poseía más información que le pudiera ser útil; así que le dijo la verdad.

—No es un nombre, sino más bien un apodo. En mi país, significa «cazador de hombres».

La anciana se cubrió la boca con la mano, como si quisiera ahogar un grito. Bessahan se inclinó hacia delante con celeridad, agarró su pelo con la mano derecha y, con la izquierda, desenfundó el khivar, un puñal alargado típico entre los asesinos.

Dio un fuerte tajo con el puñal, la hoja atravesó el hueso, y el cuerpo de la vieja cayó sobre la hierba seca a los pies de su caballo. Le cortó una oreja y luego arrojó la cabeza junto al cuerpo. Había muerto en silencio.

Bessahan se guardó la oreja en un portamonedas, bajó del caballo de un brinco y cogió la lámpara. Limpió la hoja del khivar y rodeó el cadáver del pterodáctilo. Percibió el aroma de un joven con levita de algodón y de un hombre mayor cuyo sudor se parecía al rastro de un jabalí. Todos aquellos norteños comían demasiado queso y bebían demasiada cerveza. Según Bessahan, tenían pieles malolientes, como la leche cortada; además, iban sucios.

No obstante, percibió algo más, el olor de una niña en el cuello de la bestia. De repente se percató que aquel no era un pterodáctilo salvaje. Acercó la lámpara, comprobó que las escamas del cuello del reptil estaban desgastadas, en la base de los hombros, por el roce de piernas jóvenes. ¡Un correo aéreo había montado aquella bestia!

Así que, se había unido a los emisarios del rey. Las huellas de cascos próximas al cuerpo del pterodáctilo demostraban que, en efecto, dos jinetes se dirigían al norte.

Bessahan le quitó la cobertura a la lámpara, apagó la mecha y la dejó en la hierba. Prefería que el cuerpo de la anciana no fuera hallado hasta la mañana.

En la oscuridad, estiró la espalda y contempló el cielo. Entre las nubes, un hueco irregular dejaba ver las estrellas que brillaban como mil diamantes en un firmamento perfecto. Una noche hermosa, con un toque de frío. En una noche como aquella, en casa, hubiera llevado a un par de muchachas a su habitación para calentarse. Había pasado demasiado tiempo sin la compañía de una mujer.

Dejó que la capucha le cayera sobre los hombros, agitó el largo y oscuro cabello a la luz de las estrellas, y olfateó el aire, consternado. Percibía un olor curioso, algo... que nunca antes había encontrado. Fértil, con olor a terruño, como la tierra recién labrada o como el musgo, aunque más dulce.

Estoy en un bosque del norte, se recordó a sí mismo, lejos de casa. Claro que aquí hay plantas que no he olido antes.

Sin embargo, algo le inquietaba. Olfateaba el aire, saboreaba el aroma, pero no podía localizar el origen del olor mismo. Como si algún extraño animal hubiera pasado por allí.

Bessahan se subió al caballo y se adentró en la noche.



## Capítulo 11



### *Piedras pulidas.*

**I**ome y Gaborn estaban en lo alto del torreón del Rey contemplando la campiña a los pies del castillo de Sylvarresta. Era la última noche de Hostenfest y el gran banquete ya había concluido, aunque Gaborn no había probado bocado en todo el día. En ese momento, la tradición dictaba que era hora de cantar.

Durante mil años o más, Hostenfest concluía con celebraciones de canto. Las familias se reunían en torno a los hogares y arrojaban puñados de aromáticas hojas secas y pétalos de flores sobre el fuego; rosas y jazmines, lavanda o menta.

Luego cantaban juntos, con la esperanza de un nuevo rey.

Doscientas mil tiendas y pabellones se extendían en los campos ante el castillo de Sylvarresta, y cada uno de ellos relumbraba con la luz de las lámparas en su interior, de modo que la luz que brillaba por doquier hacía que las dependencias resplandecieran como oro y plata, azules iridiscentes y verdes intensos. Asimismo, la gente de Heredon se encontraba de pie frente a las tiendas y sostenían lámparas de aceite en alto. La esencia de los pétalos de flores inundaba el aire y la luz de las lámparas se reflejaba en sus rostros.

Hombres y mujeres de todas las clases se daban cita en aquel lugar: lores y damas con sus mejores galas, campesinos harapientos, cientos de miles, eruditos y retrasados, trovadores y jornaleros, prostitutas y curanderos, mercaderes y cazadores. Los enfermos, los sanos, los tullidos y los moribundos. Gente atónita, jubilosa, los escépticos, los verdaderos creyentes, los atemorizados.

Todos aturridos y expectantes. Era el último día de Hostenfest, la celebración del rey de la tierra. La gente festejaba, pero incluso en esa conmemoración había un trasfondo de terror.

Juntos, cantaron un antiguo himno:

Señor del bosque, señor del campo,  
ante quien toda rodilla debe postrarse y todo corazón rendirse.  
Cuán grande mi alegría cuando venga a nosotros vuestro reino.  
Llamadme cuando recojáis la cosecha.

Juntos resistiremos cuando descieran las tinieblas.  
Hombro con hombro en las murallas del castillo;  
yo seré la espada y vos el escudo.  
Señor del bosque, señor del campo.

Mientras cantaban, Iome los observó maravillada; pues además de las luces opalinas que brillaban en los pabellones, una extraña luz azul zafiro resplandecía en el foso.

Los enormes esturiones nadaban alocadamente, dibujaban runas de protección alrededor de la fortaleza como si también ellos quisieran brindar su apoyo al rey de la tierra.

Cuando cesó el canto, las cuernas comenzaron a trompetear sobre la muralla del castillo de Sylvarresta y entre la vasta muchedumbre. Cientos de miles de voces gritaron al unísono:

—¡Aclamad todos al nuevo rey de la tierra! ¡Aclamad todos al nuevo rey de la tierra!

Las voces hicieron eco entre los montes y resonaron entre los muros del castillo. Hombres, mujeres y niños alzaban el puño entusiasmados mientras daban vivas. Muchos de los animales corcovearon como locos ante el griterío y empezaron a correr entre los campamentos. Un gentío de al menos quinientas mil personas se precipitó hacia delante para arrodillarse con las armas y ofrecer su apoyo a Gaborn. Los hombres gritaban y las mujeres lloraban, mientras las trompas seguían retumbando. En las murallas del castillo, había muchachos ondeando los colores de Sylvarresta.

Iome nunca hubiera imaginado tal alboroto. Un escalofrío le recorrió la columna.

Esto es tan solo el principio, se percató Iome. La gente recuerda los mitos. Todo hombre, mujer y niño que desea vivir sabe que debe servir al rey de la tierra y obtener su protección. Acuden millones y millones. El mundo entero se reunirá aquí.

Así era como Gaborn Val Orden se erguía triunfante en el muro del castillo de Sylvarresta. Iome lo miró a la cara para observar su reacción. Gaborn estaba de pie sin moverse, rígido, escudriñaba el horizonte, como si escuchara una trompeta en la distancia.

Iome dirigió la atención hacia el borde del bosque, aparte de los árboles oscuros, no pudo distinguir nada. Sin embargo, Gaborn temblaba al contemplar el espacio más allá de las colinas sur con expresión ausente en los ojos.

—¿Qué sucede? —preguntó Iome.

Gaborn respiraba con dificultad.

—Iome, ¡presiento una advertencia más que nunca! La tierra me avisa. El campo aquí es tenebroso. ¡Se acerca mi muerte! ¡Se avecina para todos nosotros!

—¿Qué quieres decir? —preguntó Iome.

—Debemos prepararnos para huir —dijo.

No dijo nada más. En vez de eso, la cogió de la mano, giró y bajó corriendo por el

torreón del Rey; por la puerta abierta, escalera abajo, bajaron seis plantas hasta llegar a los viejos sótanos, que nadie había ocupado en vida de Iome.

Los cronistas de Gaborn y Iome aceleraron el paso para alcanzarlos.

Iome era más o menos consciente del hecho de que Binnesman, el guardián de la tierra, había convertido aquel sucio agujero en su estudio desde que los tejedores de llamas de Raj Ahten quemaron su cobertizo en el jardín. Pero, cuando Gaborn abrió la puerta, no estaba del todo preparada para lo que vio.

El mago Binnesman estaba allí en el sótano, cuyo olor a moho, azufre y cenizas se hacía únicamente tolerable gracias a los manojos de hierbas atados a las vigas. Binnesman no tenía encendidas velas ni lámparas de ninguna clase. No obstante, casi oculta en la tierra del suelo había una piedra vidente. Se trataba de una enorme piedra redonda, una ágata del blanco más puro. En torno a esta, había otros cristales más pequeños, que apuntaban hacia el centro, hacia la descomunal piedra, y el mago había dibujado runas mágicas en la tierra alrededor de aquella composición. Los cristales y la gran ágata pulida brillaban todos con luz propia.

Binnesman se encontraba allí de pie, apoyado en su báculo, examinando la piedra rutilante. Observaba una imagen. Al concentrar su atención en la piedra, Iome pudo ver cuatro montañas que escupían humo, ceniza y fuego. Un trueno retumbó en la distancia, dándole la impresión de que el suelo se movía. La piedra reveló la imagen de volcanes en erupción.

O, al menos, eso pensó al principio. Pues aquellos no eran volcanes corrientes, sino pequeñas cúpulas por donde la lava se desbordaba como el agua y miles y miles de reaver eran arrojados a la superficie.

La piedra no se limitaba a mostrar aquella visión solamente. Iome se fijó en que el hedor a azufre y cenizas en el ambiente procedía de la piedra, y el calor que irradiaba esta calentaba la estancia como el horno de un panadero. Efectivamente, podía oler, sentir, oír y ver todo, como si estuviera observando los volcanes de lejos.

Iome nunca había tenido noticia de que Binnesman jugara con piedras videntes. De hecho, lo había negado cuando Raj Ahten se lo echó en cara.

Iome se pasmó ante la imagen en la piedra.

—Los reaver han salido a la superficie en Crowthen del Norte —dijo el hechicero con toda naturalidad—. Otros emergen más al sur, por las montañas Alcair. Vuestra fortaleza en Haberd se ha venido abajo. Las defensas en Kartish corren la misma suerte.

Incluso al contarle, el castillo de Sylvarresta tembló bruscamente al moverse la tierra. Al principio Iome pensó que se trataba de un efecto secundario de las piedras videntes atascadas en el suelo, pero el mago escudriñó las paredes del castillo, preocupado.

—Un temblor sin importancia nada más —dijo el mago—. La tierra está dolorida.

Iome echó un vistazo a la pareja de cronistas que se había refugiado en un rincón detrás de ella. Con la mente emparejada a sus homólogos, sabían más de los temas

terrestres que nadie en aquella habitación, eso incluía a Binnesman, el hechicero. Lo que veía la preocupó: el historiador de Gaborn contemplaba la escena horrorizado, boquiabierto.

—¿A qué juega Raj Ahten atacándome en un momento como este? —exigió saber Gaborn—. ¿Es consciente del peligro?

—Dudo que haya visto esta calamidad —respondió el mago—. Lo último que descubrí fue que sus tropas marchaban hacia Carris, aparentemente. Al menos, así era hace unas horas.

—¿Dónde se encuentran ahora? —inquirió Gaborn.

Binnesman agachó la cabeza y cerró los ojos, como si estuviera demasiado cansado para proseguir. Desde que había creado al wylde y lo había perdido, se fatigaba mucho.

—Ha sido un día largo, pero lo intentaré.

El hechicero se inclinó hacia el suelo y se frotó las palmas de las manos y la cara con tierra fresca. Después, levantó algunos de los cristales alrededor de la piedra vidente y los manipuló, separando unos ligeramente y moviendo otros de izquierda a derecha, con el semblante muy concentrado.

El proceso le llevó varios minutos puesto que primero tenía que localizar las tropas de Raj Ahten, como si le viese desde una colina distante, y luego avanzar hacia posiciones de ventaja.

Pero lo que Iome vislumbró finalmente le erizó el vello de sus brazos: las tropas de Raj Ahten se agolpaban en torno a una aldea: cien casas de piedra con tejados de paja, cercada por una albarrada, la cual podía fácilmente superar un caballero con un buen caballo de fuerza. El muro no contaba con centinelas, ni se oía el sonido distante del ladrido de los perros. En apariencia, el pueblo no era consciente de la amenaza que se cernía sobre ellos.

—Conozco ese lugar —dijo Gaborn—. Es la aldea de Twynhaven.

Los gigantes frowth del ejército de Raj Ahten alzaban el hocico y olfateaban hambrientos el aire, como si intentaran descubrir el rastro de sangre fresca. Los caballeros de la comitiva tenían las lanzas y las hachas en ristre.

Aunque eran los hechiceros de Raj Ahten los que iban a la cabeza. Tres tejedores de llamas desplegados en fila, justo al otro lado de la tapia, que comenzaban a canturrear en voz baja y aguda. Iome los oía perfectamente, aunque no entendía lo que decían, ya que era el canto del fuego y de la consumación de las llamas, el chisporroteo de las llamas, el crujido de un leño.

Alrededor de cada uno de ellos, la hierba y los arbustos se encendieron de repente. Las llamas verdes salieron disparadas hacia el cielo y los tejedores se vieron envueltos en ellas. Iome olió cenizas, sintió el calor de su fuego. Los tejedores comenzaron a acercarse hacia la aldea furtivamente y escalaron la albarrada.

De repente, los perros del pueblo los vieron y varios de ellos comenzaron a ladrar. Un caballo relinchó nervioso. A pesar de ello, nadie dio la alarma.

Los tejedores de llamas saltaron la tapia y, para entonces, el fuego a su espalda había crecido tanto que Iome los observaba a través de una cortina de llamas.

En torno a la aldea, el sol de finales de verano había secado la hierba, le había chupado toda la humedad. El tejedor del extremo izquierdo señaló hacia su izquierda y un tentáculo de llamas le brotó de la mano y recorrió el contorno de la tapia tan veloz como el galope de un caballo. El de la derecha hizo lo mismo. En pocos segundos, ambos rayos se encontraron en un extremo alejado de la ciudad, la cual quedó rodeada por las llamas.

Luego el fuego se elevó hacia el cielo y se propagó hacia el centro de aquel cerco.

Una mujer chilló y salió corriendo de su casa al borde de la aldea, boquiabierta, abrumada. Muchos otros empezaron a escapar de sus hogares, niños y madres. Unos caballos tumbaron un corral y comenzaron a dar vueltas al pueblo, corcoveando salvajemente.

Entonces los tejedores de llamas avanzaron hacia la aldea. Las llamas que iban en aumento los alimentaban, les proporcionaban energía. Un tejedor señaló hacia un gran granero y el tejado de paja se prendió, casi como si explotara.

Unos instantes más tarde, uno de sus compañeros se acercó a una casa, lanzó una cuerda de llamas trenzadas hacia el hogar para que el tejado y todas las vigas de madera del interior se consumieran al instante. El calor de aquello azotó a Iome considerablemente.

La gente gritaba dentro de la casa y un fornido ciudadano huyó corriendo, con el pelo y la ropa en llamas. Una mujer y su hijo lo siguieron, el muchacho llevaba un escudo. La armadura y los ojos del niño reflejaban el fuego. El humo y su resplandor iluminaban la escena.

El olor del humo llegó hasta la nariz de Iome.

La aldea entera se convirtió bruscamente en un infierno: las llamas ascendían a unos cien o doscientos metros de altura. Los tejedores empezaron a cantar más fuerte conforme se introducían en el incendio y se transformaban en gusanos fluorescentes que se retorcían entre los ciudadanos abatidos.

—Esa gente son sacrificios al Elemento al cual sirven —dijo Binnesman aterrado. El mago se retiró de la piedra vidente.

—Esto es magia negra.

—Es de donde proviene mi terror —dijo Gaborn.

Las llamas que rodeaban la aldea se tornaron verdes paulatinamente, los distintos fuegos se fusionaron en curiosas sombras sobrenaturales. En unos segundos, los muros de piedra de las casitas y las tapias de piedra comenzaron a disolverse en charcos derretidos.

*Todo ha sido tan rápido,* pensó Iome.

Pronto quedó arrasada toda la aldea: los huesos de los cadáveres, tanto de hombres como de animales, quedaron limpios por las llamas.

No había llevado las horas habituales de conjuración que Iome imaginaba que

requería una invocación. Quizás el sacrificio reforzaba el encantamiento de los tejedores. Estos cantaban y bailaban como llamas vivientes.

En una hora, apareció un umbral verde y reluciente en el suelo, y los tejedores se apostaron ante él, coqueteando en la lengua de las llamas y las cenizas.

De allí no surgió nada hasta que uno de los tejedores se acercó al umbral y desapareció en el infierno y, casi al instante, las llamas en torno a la ciudad se extinguieron, reducidas a una negrura total. Solo ardía en la oscuridad alguna brasa aislada.

Iome contuvo el aliento durante un momento eterno, convencida de que el tejedor había muerto, que había desaparecido en el más allá y que nunca regresaría.

Fue entonces cuando distinguió dos siluetas que tomaban forma entre las cenizas, retorciéndose como luchadores, eso pensó en un principio. Pero no, decidió, se contorsionan como hombres que se arrastran los últimos metros de un largo y arduo viaje.

Uno era el contorno oscuro de un tejedor, cubierto a medias por la ceniza. Junto a este, había otro algo más grande, como el de un siniestro hombre con una enmarañada melena larga de pelo rizado. Pero resplandecía de pura luz blanca, como si estuviera hecho de cristal. Las llamas se mecían y jugaban con su carne.

Aquel torpe engendro se puso de pie tambaleándose y desplegó las rutilantes alas como un abanico. La frente parecía relampaguearle y la expresión de los ojos era brillante y violenta.

Entre todas las tropas de Raj Ahten, soldados curtidos por la experiencia gritaron de asombro, mientras los canes de guerra se retiraban ladrando y gruñendo de miedo.

—¡Por los Elementos! —dijo Gaborn—. ¡Ha invocado a una Gloria!

*Pero ¿de qué tipo?*, se preguntó Iome; puesto que antaño se decía, que en la batalla del desfiladero de Vaderlee, Erden Geboren, el rey de la tierra, había luchado con una Gloria a su diestra y otra a siniestra. Se contaba que eran adversarios imparables. Iome los creyó los herederos de la humanidad.

No obstante, la criatura poseía la mirada maléfica, y cuando replegó las alas sobre los hombros, la luz que emanaba se convirtió en el más sombrío abismo.

—No os dejéis engañar —dijo Binnesman—. No es como las Glorias que veneraban las antiguas leyendas. Se trata de una Gloria Caída. Esta criatura viene a matar al rey de la tierra, no a salvarlo.

—¿Cuándo? —preguntó Gaborn—. ¿Cuándo vendrá?

Binnesman se acercó a una mesa pequeña y recogió un tomo grande, un manuscrito iluminado que describía varias criaturas terrestres. Pasó las páginas del bestiario, fue al apartado que hablaba de las criaturas del Averno. La información sobre las Glorias caídas era algo escasa, un simple esbozo. Evidentemente, incluso entre los sabios, esta bestia era más bien material de leyenda.

—Es una criatura de aire y tinieblas —dijo Binnesman—. Vendrá volando y lo más probable es que espere a atacaros por la noche. Creo que está muy lejos para que

os alcance hoy, pero mañana noche, o la noche siguiente, seguro que acudirá.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Gaborn.

Binnesman no contestó, simplemente frunció el entrecejo mientras leía el artículo sobre la Gloria Caída.

—Ese insensato de Raj Ahten —farfulló Binnesman—. Dejar tal monstruo suelto en este momento.

Binnesman se arrodilló junto a los cristales, golpeó uno de ellos un poco, lo cual modificó la perspectiva para poder ver mejor al ejército de Raj Ahten. Estuvo contemplándolos un rato y luego le dijo a Gaborn:

—No veo a Raj Ahten. ¿Dónde estará?

Gaborn también inspeccionó la imagen.

—Está oscuro. Quizás se encuentre entre las sombras de la retaguardia.

—No —dijo Binnesman—. Estaría en la vanguardia, para saludar a su nuevo embajador. No está. Por algún motivo, se ha separado de su ejército principal.

—Y ¿por qué? —inquirió Gaborn—. ¿No puedes localizarlo?

Binnesman negó ceñudo con un gesto de su cabeza.

—Lo dudo. Ejércitos, volcanes... son algo fáciles de localizar; pero ¿un hombre cabalgando en la noche? Eso podría llevarme días y ya casi no me quedan fuerzas.

Binnesman se apartó de la piedra vidente y la imagen se desvaneció del todo, aunque los cristales aún alumbraban débilmente la estancia. Bajo aquella iluminación, mostraba una apariencia maltrecha. Apenas una semana antes, su toga había sido verde, del color de las hojas en pleno verano. Pero luego había intentado invocar a un wylde, una criatura de la tierra que aumentaría sus poderes. Desgraciadamente, el wylde se había perdido y Binnesman estaba ya cansado y debilitado.

—He estado estudiando los volcanes —dijo apesadumbrado—, intentando averiguar el plan de ataque de los reaver. Debo admitir que no tiene sentido. Los reaver están aflorando en lugares apartados unos de otros, la mayoría lejos de todo asentamiento humano. Pero una cosa sí he notado, emergen en lugares donde ya hay un volcán antiguo o en regiones con fuentes termales o géiser.

—¿Y eso significa...? —preguntó Gaborn.

—Que en el centro de la tierra hay un reino de fuego —dijo Binnesman—, como vos mismo visteis cuando llegamos al mar Idymean. Creo —continuó Binnesman—, que, en algunos lugares, tal dominio del fuego se halla más próximo a la superficie que en otros. Ahí es donde se forman las fuentes termales y aparecen los volcanes. Y me pregunto si el calor está forzando a los reaver a salir a la superficie.

Gaborn cambió de tema.

—El tema más urgente es que Raj Ahten se prepara para atacar Mystarria. Tengo que convocar a los líderes de batalla a un consejo.

—¿Guerra contra Raj Ahten? —preguntó Binnesman—. ¿Estáis seguro que eso es algo prudente, con tantos reaver saliendo a la superficie?

Gaborn suspiró hondamente.

—No. Pero si no doy algún indicio de que me enfrentaré a él, Raj Ahten puede causar más daños. Solamente me cabe la esperanza de que, una vez que se entere de los estragos en sus dominios, se retire a Indhopal y se ocupe de defender lo suyo. Igual podemos negociar una tregua.

El mago escrutó a Gaborn, pensativo.

—Podéis intentar reclamar a Raj Ahten si así lo deseáis —dijo Binnesman—. Pero no creo que podáis salvarlo. Recordad que hace una semana le eché mal de ojo y esas maldiciones tardan en hacer efecto, pero temo que ya no podáis ayudarlo.

—Debo intentarlo, por mi gente —dijo Gaborn.

Binnesman lo miró bajo aquellas espesas cejas.

—Y por el bien de vuestros vasallos debo advertiros: Raj Ahten no aceptará los consejos de un enemigo. Correréis grave peligro cuando aparezcáis ante él. Puede que incluso esté intentando provocaros para que salgáis a luchar, pues sabe que no os puede atacar aquí, tan cerca del bosque de Dunn, donde los tumularios os protegen.

—Lo sé —dijo Gaborn, incómodo—. ¿Me acompañarás, entonces?

—Sabes que no poseo fuerzas para el combate —dijo Binnesman—, pero puedo seguiros en un día o dos y ofrecer toda la ayuda de la que sea capaz. Por ahora, debo prepararme para enfrentarme a la Gloria Caída y debo hacerlo solo.

—¿Tú? —preguntó Gaborn—. ¿Solo, sin un wylde? Puedo reunir a cincuenta mil caballeros para que luchen a tu lado.

—Y no os servirían de nada, sería un suicidio —dijo Binnesman.

—¿Qué armas debes dominar para ellos? —preguntó Gaborn.

—Todavía no lo sé —dijo Binnesman—. Tengo que pensar en algo. En cuanto a vos, convocad el consejo de guerra. Vuestros hombres saben cómo luchar mejor que yo. Al alba, avisad a la gente para que huya del castillo de Sylvarresta. Sé que presentís el peligro que nos acecha. Y, ahora, debo descansar.

Sin más preámbulo, se tambaleó hacia un rincón y se tumbó sobre una gruesa marga. La marga no puede llevar aquí mucho tiempo, advirtió Iome. El pavimento del sótano estaba recubierto por algunas losas colocadas sobre la tierra endurecida. El mago debía de haber obtenido la roca él mismo. Los guardianes de la tierra a menudo administraban tierras curativas a los enfermos. Iome se preguntaba si la marga sobre la que dormía tenía alguna propiedad especial. Binnesman cogió puñados de tierra y se los puso cerca y también por encima; al poco, dormía tranquilamente.

Iome echó un vistazo a su alrededor. La estancia ya sola olía ligeramente a moho y al limpio aroma de las hierbas del hechicero. Allí notaba el poder de la tierra, ese extraño cosquilleo que le entraba cuando Gaborn o el mago se le acercaban, aunque algo más fuerte. De manera voluntaria, la bendición que tan a menudo había oído a Gaborn pronunciar últimamente, le vino en mente: «Que la tierra os oculte. Que la tierra os cure. Que la tierras os haga suyos». Aquel era un lugar protegido por la tierra.



—Vámonos —dijo Gaborn.

## Capítulo 12



*En el consejo del rey.*

**S**ir Borenson despertó a Myrrima con una leve sacudida y le dio la siguiente noticia, que Gaborn requería su presencia en la reunión del consejo.

—¿Seguro que me quiere a mí? —preguntó Myrrima, desconcertada.

Había subido a sus aposentos a tumbarse después del banquete y se había dormido con la ropa puesta. Se incorporó algo rígida.

—Estoy seguro —dijo Borenson.

—Si quiere saber qué flores otoñales quedarán mejor en el gran salón, puedo aconsejarle hasta que cante el gallo —dijo Myrrima—. Pero no sé nada de guerra.

—Gaborn te aprecia —dijo Borenson, sin tampoco entender lo que pasaba.

No tenía habilidades bélicas y Borenson sospechaba que Gaborn la había invitado como gesto cortés hacia él, para que pudiera pasar más tiempo con su nueva esposa antes de partir hacia Inkarra. Aunque no se atrevió a herir los sentimientos de Myrrima diciéndole esto.

—¿No te dijo cuando te conoció que te quería en la corte? Respeta tu opinión.

—Pero... me siento una impostora.

—Estoy convencido de que el rey se siente igual —se aventuró a decir Borenson—. Hace una semana, lo que más le preocupaba era si ponerse o no una pluma en el sombrero para presentarse a pedir la mano de Iome. Ahora su padre está muerto y debe organizar una guerra. Seguro que hace una semana lo que más le preocupaba a Iome era el color del hilo de su bordado, pero estará presente en el consejo también.

—¡Suena como si hubiera invitado a todo el reino a participar en el consejo! —exclamó Myrrima sorprendida.

—No a todos. El canciller Rodderman y Jureem estarán presentes, al igual que Erin Connal, el rey Orwynne, el alto comisionado Skalbairn y lord Ingris de Lysle.

Cañuda y pensativa, Myrrima se levantó del lecho, miró en el espejo y comenzó a peinar su largo cabello oscuro.

Borenson no sabía con certeza cuál era su papel en este consejo ya que, a la postre, había renegado de todo escudo de armas.

Unos días atrás, se había prometido tomar dos semanas para preparar el viaje a Inkarra. Deseaba despedirse de su tierra natal y de su esposa, se le antojó que tendría tiempo suficiente. Aunque era porque Borenson también había pensado que Raj Ahten se refugiaría en sus tierras de Indhopal para pasar el invierno. En vez de eso, el señor de los lobos avanzaba hacia el sur, derecho al corazón de Mystarria, sin darle tregua a Gaborn. Gaborn estaba atascado allí arriba, en Heredon, aislado de su propio reino y de sus consejeros.

Por eso, Borenson no había tenido voluntad para marcharse al sur en pos de su misión en Inkarra. No mientras su amigo aún necesitara apoyo. Aunque como caballero equitativo, Borenson podía marcharse si lo deseaba; pero, esa noche, decidió quedarse.

Sabía que si Gaborn ponía rumbo al sur, hacia Mystarria, Borenson lo acompañaría. Y, una vez que le hubiera dado la espalda a Heredon y a su esposa, no regresaría hasta cumplir la misión.

—¿Y qué hay de Binnesman, el herbolario? ¿Estará presente en el consejo? —preguntó Myrrima.

—Binnesman duerme —dijo Borenson—, y no se le puede molestar.

De todos los que no asistirían a la reunión, Borenson se extrañaba mucho ante la ausencia de Binnesman. Se había ofrecido a pegarle una patada en las costillas y sacarlo de la cama, pero Gaborn se lo había prohibido.

—¿Y el príncipe Celinor? —inquirió Myrrima—, ¿o los otros príncipes mercaderes de Lysle?

Borenson frunció el entrecejo. Todos los presentes en la corte en las últimas horas habían oído cómo los príncipes mercaderes habían llegado a Heredon, acampado y ordenado a Gaborn que se acercara a sus pabellones a nombrarlos elegidos, como si él fuera el criado en vez de el rey de la tierra.

Borenson los hubiera maldecido a todos ellos, pero ante la sorpresa de los demás, Gaborn había obedecido y elegido a varios de los engreídos lores.

—Sospecho que el rey no se fía totalmente de Celinor —respondió Borenson—. Y, aunque Gaborn ha invitado a lord Ingris, parece ser que este opina que los otros príncipes mercaderes servirían lo mismo que una bandada de gansos.

—Me parece que a estas horas ya habrán acampado otros lores —dijo Myrrima—. ¿Qué hay de Crowthen del Norte o Beldinook?

—No se sabe nada de Crowthen del Norte —dijo Borenson—. El rey de hierro nunca sintió simpatía por Sylvarresta y puede que su primo, el rey Anders, no tenga interés alguno en el rey de la tierra. O que se enfrente a problemas propios. Los reaver han aparecido por Crowthen del Norte esta noche. Gaborn ya ha enviado mensajes al rey de hierro ofreciéndole ayuda. En cuanto a Beldinook, el rey Lowicker está algo delicado...

Borenson no sabía qué más decir. Lowicker siempre había sido amigo de la dinastía de los Orden, pero Borenson no se fiaba del hombre. A Borenson le parecía

que Lowicker utilizaba su fragilidad como excusa para no hacer nada cuando le venía bien. Borenson se limitó a repetir la opinión de Gaborn sobre la situación:

—A pesar de todo, Lowicker ha tenido que ocuparse de Raj Ahten cuando este atravesaba sus tierras de camino a Mystarria. No es de extrañar que no haya enviado emisarios.

Cuando Myrrima hubo terminado de peinarse, se quedó parada observando su reflejo a la luz de las velas; era hermosa y deseable.

Borenson le ofreció la mano y escoltó a su esposa hasta el gran salón. Se encontraron a Gaborn sentado en la penumbra ante una mesa, de espaldas a la pared. En la sala no había ni velas ni lámparas encendidas, ni fuego que calentara la chimenea. A excepción de una ventana abierta que dejaba entrar la luz de las estrellas en la estancia, el resto estaban cerradas a cal y canto.

En la oscuridad, el rey Orwynne se había colocado a la izquierda de Gaborn. Iome se hallaba sentada aparte, detrás de Gaborn. Justo a la derecha de Gaborn estaba el presumido de lord Ingris, un tipo que envejecía con elegancia, con un tricornio de fieltro granate adornado con una enorme pluma de avestruz teñida. Su blusa de seda brillaba como el color perla en la oscuridad y los anillos y collares y broches destellaban incluso con aquella tenue iluminación. Jureem se sentaba junto a este y, por primera vez, su chillona vestimenta sureña se veía superada. Gaborn hizo un gesto para que Borenson se sentara junto a Jureem.

Myrrima se dirigió a la pared trasera y se sentó junto a Iome; le tomó la mano a la reina. Borenson observó a su esposa. Iome se aferró a Myrrima como si necesitara apoyo. La luz de las estrellas pincelaba el rostro de la reina.

Borenson volvió la mirada hacia Gaborn. Con la luz de las estrellas distinguía el brillo del sudor en la frente del monarca. *Ambos están asustados*, pensó Borenson. En efecto, aquella no era una reunión ordinaria del consejo.

Segundos más tarde, Erin Connal entró en la sala y tomó asiento al otro lado de la mesa, frente a Gaborn y junto al canciller Rodderman. Los cronistas se colocaron en fila contra la pared, detrás de los lores.

—Hemos buscado al alto comisionado por todo el campamento —dijo Rodderman—, pero no hay rastro de él. Ya se ha marchado.

—Es lo que me temía —dijo Gaborn.

—No tuvo elección —dijo Borenson sin molestarse en ocultar cierto fastidio en su tono.

Opinaba que Gaborn se había equivocado al rechazar la oferta de servicio que le había brindado el alto comisionado y, por los poderes, aunque a nadie se le ocurriría criticar al rey de la tierra por su error, Borenson no podía ocultar sus sentimientos.

—¿Debemos conversar en la oscuridad? —preguntó lord Ingris con voz afeminada, intentando entablar conversación.

—Sí —dijo Gaborn—. Ninguna llama. He ordenado a los criados que apagaran incluso las brasas del hogar. Nadie debe repetir lo que aquí se hable, a la luz del día o

ante una llama viva.

Gaborn respiró hondo.

—Entraremos en combate. La tierra me ha advertido que corremos grave peligro y, esta noche, el mago Binnesman ha utilizado piedras videntes para mostrarme al enemigo. En este momento, los reaver aparecen por Crowthen del Norte.

—¿Cómo? —dijo lord Ingris—. ¿Cuándo partimos?

—No, al menos no contra los reaver —dijo Gaborn—. El rey de hierro se ha negado a responder a mis misivas durante toda la semana e incluso ahora no sé si acogería a nuestras tropas en Crowthen del Norte. Tampoco creo que nos permitiera atravesar su reino. Por tanto, hace media hora envié al duque Mardon hacia el norte, a Donyeis, con algunos refuerzos, por si los reaver atacaran en esta dirección, y he ofrecido ayuda al rey Anders y al rey de hierro. Eso es todo lo que haré.

—Entonces —preguntó lord Ingris—, ¿creéis que se ha contenido a los reaver?

—En absoluto —dijo Gaborn—. Los reaver han destruido el torreón de Haberd en Mysteria. Otros están en Kartish y puede que se produzcan más brotes.

Los lores se miraron entre ellos en la oscuridad. Un enjambre de reaver en el norte era algo inquietante, pero al referirse Gaborn a varios brotes en el sur había despertado un terror solemne. Esto significaba que no era un incidente aislado; auguraba el comienzo de una invasión a gran escala.

Borenson solamente se había enterado de los brotes de reaver momentos antes de la reunión, pero apenas podía imaginarse peores noticias. En toda su vida, los reaver casi no habían pisado la faz de la tierra. Aunque las antiguas leyendas aseguraban que no siempre había sido así, y todo el mundo temía que algún día miles y miles de reaver salieran a la superficie.

—Así que, nos enfrentamos a una amenaza seria —continuó Gaborn—, una ante la cual no podemos hacer nada de momento. Pero existe una segunda amenaza igual de nefasta, pues, mientras que los reaver van mordisqueando por las fronteras, Raj Ahten acomete contra el centro de la región. Durante esta última semana, las tropas de Raj Ahten han estado huyendo en dirección sur. Tanto el agotamiento como los caballeros equitativos se han cobrado numerosas bajas entre las fuerzas del señor de los lobos. Salieron de Fleeds con más de cuarenta mil hombres. Los rastreadores del duque Paldane calculan que Raj Ahten cuenta actualmente con unos cuatro mil efectivos. De esos, solamente la mitad son Invencibles, algunos arqueros, gigantes frowth, canes de guerra y brujos.

—Parece que sus fuerzas se van a pique —dijo lord Ingris con esperanza—. No podrán huir eternamente.

—Es cierto que los hombres de Raj Ahten están exhaustos —dijo Gaborn—, y las cabalgaduras que tomaron en Fleeds están agotadas. Ha dejado una espantosa estela de gigantes, canes de guerra y soldados comunes abatidos, demasiado cansados para seguir la marcha a su ritmo. A pesar de ello, en este momento aún nos da esquinazo. Ha dejado a esos cuatro mil hombres atrás, a ciento veintiocho kilómetros al norte de

Carris. El canciller Rodderman y yo hemos consultado los mapas y puede ser que haya ido a reunirse con otras tropas en la fortaleza de Tal Dur. Aunque puede que se dirija rumbo al castillo de Crayden o al castillo de Fells.

—No iré a Fells —dijo Erin Connal—. Hace una hora recibí noticias. Uno de nuestros rastreadores dice que las tropas de Raj Ahten parecen dirigirse a Carris con más de cien mil hombres de Fells, la mayoría soldados comunes. Raj Ahten se unirá a ellos. ¡Paldane, vuestro cazador, está a punto de convertirse en presa!

El mismo Borenson había avisado a Gaborn acerca de tal posibilidad. No podía imaginarse al señor de los lobos retirándose a Tal Dur, una pequeña fortaleza en las colinas, cuando el poderoso castillo de Carris lo llamaba.

La hermana amazona Connal dijo:

—Mi madre ha ordenado al clan de los Bayburn recuperar Fells en nombre de Mystarria.

Era evidente que las noticias de Connal cogieron a Gaborn por sorpresa, pues Borenson oyó cómo recuperaba el aliento.

—¡Bien hecho! —dijo el rey Orwynne mientras lord Ingris aplaudía.

Mentalmente, Borenson visualizó cómo debían de estar convergiendo las tropas de Raj Ahten. Carris era una fortaleza impenetrable en Mystarria occidental, y de gran valor, pero Raj Ahten había utilizado su voz para destruir Longmot. Quizás ahora obrase del mismo en Carris. Borenson solamente podía esperar que no lo hiciera.

—Si Raj Ahten consigue hacerse con el control de Carris —advirtió Borenson—, la mitad de Mystarria caerá este invierno. Debemos detenerlo.

Jureem replegó las manos, puso los codos en la mesa y apoyó la regordeta barbilla sobre los puños. Con fuerte acento taifanés, le dijo a Gaborn:

—Borenson tiene razón, pero yo extremaría las precauciones, oh, gran señor. Como todo lobo, Raj Ahten pretende asestaros un golpe bajo y vuestro punto débil es Mystarria. Espera provocar al rey de la tierra para que pelee, obligarlo a que salga del bosque de Dunn. Atacará Carris.

Gaborn dijo en voz baja:

—Lo sé, es algo que me ha estado preocupando mucho. Pero existe otra amenaza que me mostró Binnesman. Esta noche, los tejedores de llamas de Raj Ahten invocaron a una Gloria Caída del infierno.

Lord Ingris profirió un grito ahogado, los demás se tomaron la noticia en silencio. Borenson no estaba seguro de cómo reaccionar ante aquello. Había oído hablar de las Glorias, claro está, criaturas de luz y bondad que habitaban en el más allá. Y, con menos certeza, sabía que tenían enemigos, criaturas de las tinieblas con poderes secretos. Pero eso era todo.

—Temíamos la presencia de asesinos —dijo el canciller Rodderman—. Parece inevitable que Raj Ahten ataque al rey de la tierra. ¿Vendrá la Gloria Caída aquí?

—No —dijo Jureem—. Creo que Raj Ahten la utilizará contra Mystarria, contra

Paldane en Carris.

—Te equivocas —dijo Gaborn—. Se dirige hacia aquí. La tierra me lo ha advertido.

—Así sea —asintió Jureem aquiescente—. Hace una semana conocía las tácticas de Raj Ahten, pero ha cambiado las reglas del juego.

—Necesitamos una estrategia, un plan para luchar contra la criatura —dijo el rey Orwynne.

Gaborn negó con la cabeza.

—No, quiero que la gente huya.

—Entonces, lo notificaremos de inmediato —dijo el rey Orwynne.

Gaborn repitió el mismo gesto.

—Si la noticia se filtrara esta noche, se produciría una oleada de histeria masiva. La campiña se encuentra envuelta en oscuridad y abarrotada de caballos y bueyes y niños que quedarían aplastados bajos los cascos de las bestias. La mitad de los hombres acampados ahí fuera están ebrios después de Hostenfest. No, aunque me pese, aguardaré hasta el alba antes de correr la voz. El peligro es grave, pero aún lejano.

Erin Connal preguntó a Gaborn bruscamente:

—Alteza, ¿podéis estar seguro de que la Gloria Caída viene a por vos y no contra alguien más? ¿Fleeds, por ejemplo?

Borenson la consideró prudente al plantearse la seguridad de sus dominios en primera instancia.

—Después de nombrar a mi padre elegido, sentí el peligro que se cernía sobre él, como un aura asfixiante, una nube negra. A las pocas horas habrá muerto. Desde esta mañana, he sentido ese aura surgir en torno a cada persona en esta sala. De hecho, en torno a todos los presentes en el castillo de Sylvarresta. Toda esta semana, hemos temido que Raj Ahten enviara a algún asesino avezado a nuestro asentamiento. Creo que ese asesino ya se acerca, aunque es mucho más malvado que un Invencible. Y todos nosotros aquí, en el castillo de Sylvarresta, somos el objetivo. Los vasallos elegidos por mí en Longmot y en la carretera hacia al norte apenas corren peligro. Pero cada uno de nosotros aquí, en esta fortaleza, debería estar en guardia.

—Si presentís nuestro peligro —dijo lord Ingris—, ¿no podéis presentir el de Mystarria o el de Lysle? Quizás podríais decirnos qué lugar tiene pensado atacar Raj Ahten a continuación.

Gaborn negó con la cabeza tristemente.

—No puedo elegir a la gente sino cara a cara. Además, este poder es nuevo. Aparte de los emisarios enviados a Carris y a las Cortes de Tide, todavía no he elegido a nadie en Mystarria o Lysle para poder calcular lo que se avecina. Por tanto, debemos formular un plan de acción, buscar la forma de defendernos contra Raj Ahten.

—Debéis saber —dijo lord Ingris—, que otros lores ya se han enfrentado a Raj

Ahten. Al enterarse de la invasión de Mystarria, nosotros los príncipes mercaderes arremetimos contra él, y no somos los únicos.

—¿Cómo es posible? —preguntó el rey Orwynne.

—Mientras vosotros os defendéis con armas y hombres —dijo lord Ingris—, la mejor defensa que tenemos en Lysle siempre ha sido la riqueza. Contratamos a mercenarios a fin de reforzar las fronteras y pagamos tributos a los vecinos. Al tener conocimiento del ataque, mandamos emisarios a ciertos nobles de Inkarra, les ofrecimos sobornos si enviaban a sus asesinos contra los consagrados de Raj Ahten en las provincias del sur, donde menos lo esperaba.

—¡Bien hecho! —exclamó el rey Orwynne—. Tengo mil soldados de armas buenos en Orwynne que podrían atacar desde el norte.

Ingris sonrió abiertamente.

—Los señores de la guerra de Toom pueden haberse adelantado, por lo que sé...

Sir Borenson permaneció sentado, escuchándolos con consternación. Él mismo había degollado a los consagrados de Raj Ahten allí mismo, en el castillo de Sylvarresta, en el torreón de los Consagrados, a apenas doscientos metros del salón. Resultó una hazaña horripilante, una que le había partido el corazón. Aunque se convenció de que cumplía órdenes, de que era algo necesario, casi no soportaba el quedarse allí y escucharlos hablar de tan flagrante matanza.

Estaba a punto de pronunciarse cuando el mismo Gaborn gritó:

—¡No! —Miró a Ingris y a Orwynne con dureza—. ¡Rechazo tal plan!

—¿Por qué? —preguntó Ingris.

Este sacó un pañuelo de seda del bolsillo, se lo llevó a la nariz y luego arrojó el pañuelo manchado al suelo.

—El precio es demasiado alto —dijo Gaborn—. No combato contra Raj Ahten, sino por la humanidad. ¡Enviar a nuestros soldados unos contra otros es una insensatez!

Con toda naturalidad, lord Ingris dijo:

—Ya hemos arrojado la primera piedra. Quizás ya no podáis salvar a Raj Ahten de la perdición.

*Sin duda, pensó Borenson, este hombre se sobrestima. A la postre, hemos estado enviando asesinos durante años. Pero ante la sorpresa de Borenson, Gaborn parecía muy angustiado.*

Gaborn preguntó:

—Dime, ¿cuándo tomaste la decisión de contratar asesinos a sueldo de Inkarra?

Lord Ingris reflexionó.

—Hace una semana, a media tarde. El día en que murió vuestro padre.

Gaborn miró con dureza a lord Ingris.

—Esa misma tarde, el mago Binnesman le echaba un mal de ojo a Raj Ahten. Al igual que tú, teme que la maldición no sea reversible. No puede evitar extrañarme que ambas cosas coincidieran en el tiempo. Igual habéis sido instrumentos en manos de la



tierra.

Lord Ingris prorrumpió en carcajadas como si rechazara un cumplido desmerecido.

—Lo dudo. Si Raj Ahten muere, será gracias a mi oro y a la avaricia de los inkarranos y no a la maldición de un guardián de la tierra.

Tras la butaca de Gaborn, Iome dijo:

—¿Y de dónde proviene el oro sino de la tierra?

Durante el silencio que se produjo a continuación, Borenson se preguntó si realmente era posible que un puñado de asesinos pudiera asestar un golpe de tal magnitud.

Lo dudaba. Raj Ahten tenía demasiados consagrados repartidos por un reino muy extenso y estos se encontraban bien protegidos. Aunque lograra herir a Raj Ahten, Borenson sabía que no podrían liquidarlo fácilmente. Primero, Raj Ahten tendría que perder ciertos dones clave. Si perdiera la resistencia, por ejemplo, retendría la fuerza, pero sucumbiría bajo un golpe especialmente certero. O sin el metabolismo, perdería suficiente celeridad como para que el más insignificante de los soldados lo decapitara.

Si coincidiesen unas cuantas circunstancias, un puñado de asesinos podrían suponer una amenaza devastadora para el señor de los lobos.

Gaborn negó con la cabeza y dijo:

—Soy incapaz de desearle la muerte a otro hombre y tener la conciencia tranquila. Y, desde luego, no puedo permitir la masacre de hombres, mujeres y niños inocentes cuyo único delito ha sido ceder atributos a Raj Ahten. Si es necesario me enfrentaré a él, pero, de momento, solamente pretendo detenerlo o, mejor aún, redimirlo si es posible.

—¡Al diablo con vuestra insensata indulgencia! —gritó el rey Orwynne, levantándose a medias de la butaca—. ¡Aunque sabía que diríais eso!

—¿Os oponéis a la sabiduría de nuestro soberano? —preguntó Jureem.

El rostro del rey Orwynne se endureció.

—Majestad, perdonadme —dijo, luchando por contener la ira—. No podéis arriesgaros y permitir que Raj Ahten siga con vida. Sería algo más que imprudente, sería una locura.

—No he tomado esta decisión porque es ingeniosa —dijo Gaborn—. Lo hago porque intuyo que es lo correcto.

—Sois un hombre joven, con muchos ideales aparentemente nobles, y contáis con los poderes de la tierra que os ayudan —le dijo lord Ingris a Gaborn—. Tenéis la esperanza de redimir a Raj Ahten pero, decidme, ¿cómo lo haréis?

—En Longmot conseguí cuarenta mil marcadores —dijo Gaborn sin alterarse.

El rey Orwynne, lord Ingris y Erin Connal lo miraron de hito en hito.

—Ya he utilizado cinco mil a fin de rehabilitar el ejército de Heredon y reconstituir la caballería —continuó Gaborn—. El resto de los marcadores bastarán

para equipar a un pequeño ejército con dones o sobrarán para crear a un único señor tan poderoso como Raj Ahten. Lo pensé la semana pasada, después de la batalla de Longmot. Convertirme en el igual de Raj Ahten e intentar superarlo. Como tú, deseo luchar. Pero me resisto a considerar mi enemigo a Raj Ahten, aunque haya atacado a mi gente. Voy a proponerle una tregua.

El rey Orwynne se quedó estupefacto.

—Ha sido él quien nos ha atacado —dijo en voz alta—. No podemos darle la espalda.

—Es cierto —dijo Jureem—. Mi antiguo amo no os otorgará una tregua, salvo que vos mismo le concedáis un don; vuestra inteligencia o fuerza física, algo que os inutilizara para que no pudierais enfrentaros a él nunca más.

—Quizás —dijo Gaborn—, aun así le propondré la tregua. Enviaré a un emisario con estas palabras: «Aunque odio a mi propio primo, el enemigo de mi primo es mi enemigo». Cuando le llegue el mensaje ya tendrá noticias de la caída del torreón de Haberd y probablemente de sus propios problemas en Kartish. Le recordaré la amenaza de los reaver y le informaré de que somos primos políticos y que, para sellar la paz, en vez de un don le ofrezco veinte mil marcadores. Sabe que sin ellos me encontraré paralizado. Aunque únicamente le entregaré los marcadores con la condición de que salga de Rofehavan.

Borenson se mojó los labios. No era probable que Raj Ahten atendiera a razones aunque, a la vez, ¿cómo podría rehusar la oferta de veinte mil marcadores?

—Otros hombres han puesto encima de la mesa ofertas tan atractivas como esa —le advirtió Jureem—. No comprará lo que cree que puede tomar por la fuerza. Sospecho que no atenderá a razones, e incluso que matará a vuestro emisario.

—Puede —dijo Gaborn—. Pero ¿y si fuera uno de los nuestros quien le presentara el ruego, uno a quien apreciara y no pudiera despachar con facilidad?

Gaborn se inclinó a la derecha, clavó los ojos en Jureem.

—Jureem, hace unos días me contaste que Raj Ahten tiene cientos de mujeres escondidas en el palacio de Concubinas de Obran. Que a ningún hombre le está permitido verlas, so pena de muerte. ¿Quién es la favorita? ¿Escucharía mi ruego? ¿Se brindaría a ayudarnos?

—Saffira es su nombre, milord —dijo Jureem mientras se acariciaba la perilla—. La hija del emir Owatt de Tuulistan. El tesoro máspreciado de su harén.

—Conozco la reputación de su padre, el emir es un hombre bueno —dijo Gaborn—. Sin duda su hija tendrá algo de esa bondad y fortaleza.

—Quizás —dijo Jureem—, pero nunca la he visto. Una vez que una esposa entra en el palacio, ya no sale.

—Raj Ahten es un hombre vanidoso —dijo Iome—. Solamente se me ocurre una razón por la cual oculte a los suyos las mujeres de su harén. ¿Cuántos dones de encanto le ha concedido a su esposa favorita?

Jureem reflexionó.

—Suponéis bien, *milady*. Acostumbra a conceder un don de belleza a sus esposas cuando yace con ellas para que así, durante su próxima visita, sean aún más hermosas de lo que recordaba. Saffira ha sido su favorita durante cinco años. Ya debe de poseer más de trescientos dones.

Borenson se reclinó asombrado. Una mujer con una docena de dones de encanto ya lo dejaba encandilado. No podía imaginarse cómo una mujer con cientos de esos dones le afectaría. Igual la idea funcionaba. Aunque Borenson se sintió algo inquieto.

—No puedo creer que nadie se haya planteado antes utilizarla como arma.

—Yo era el sirviente de más confianza de mi señor —dijo Jureem—. Era mi deber conseguir chucherías y dones para las concubinas. Aparte de a otros dos o tres más, no se le permitía a nadie conocer el tamaño del harén.

Gaborn posó la mirada en cada uno de los presentes.

—¿Qué decís? Propongo enviarle un mensaje a Saffira y que ella se lo lleve a Raj Ahten.

—Podría funcionar —dijo Jureem algo indeciso—. Pero no creo que Raj Ahten acepte sus consejos. De hecho se trata solamente de su esposa.

Borenson se quedó pensativo. En muchas zonas de Indhopal, se consideraba poco viril atender a los consejos de una mujer.

—Quizás resulte bien —dijo Iome algo más esperanzada—. Binnesman indicó que Raj Ahten había enloquecido sencillamente porque había estado escuchando su propia voz. Igual ella puede convencerlo.

—¿Qué importa que tengamos que ofrecerle otros mil dones de encanto y voz como gesto de buena voluntad? —preguntó Gaborn—. Así ni siquiera Raj Ahten podría resistirse a ella.

—En Obran hay mediadores con suficiente destreza para otorgar ese tipo de dones —confesó Jureem.

—Y para ello contamos con los marcadores —intervino el canciller Rodderman—. Pero puede llevarnos un día o dos encontrar mujeres que sirvan como consagradas.

—Ofrezco mi belleza —dijo Myrrima.

Miró hacia Borenson con nerviosismo, como si temiera su reacción. Había empleado esa belleza como cebo para casarse con él y tenía que ser consciente de lo injusto que era regalarla en aquel momento. No obstante, Borenson la admiró aún más por aquel gesto.

—En Obran ya hay mujeres —dijo Jureem—. Raj Ahten cuenta con muchas concubinas, y todas poseen encanto y voz. Algunas han sufrido mucho debido a esta larga guerra. También anhelan la paz y sospecho que, algunas de ellas, puede que muchas, actuarían como vectores...

—Supondría asumir un gran riesgo —dijo el rey Orwynne—. No conocemos a esta mujer, no sabemos cómo podría afectarla. ¿Y si se vuelve contra vos?

—Debemos intentarlo —dijo Gaborn—. Raj Ahten no es el peor enemigo.

Necesito de su fuerza. Quiero que se enfrente a los reaver.

Parecía una posibilidad remota, una que ni Borenson se habría planteado.

—Quizás —dijo Erin Connal—, pero debemos avanzar con la cautela de la cierva. Decís que presentís un aura de peligro entre nosotros. Aunque enviarais emisarios esta noche, tardarán días en llegar a Indhopal...

—No con el caballo adecuado —la contradijo Jureem—. La fortaleza de Obran está situada en las provincias del norte, al sur de Deyazz, apenas a unos mil ciento veinte kilómetros de aquí.

Borenson dijo:

—Nunca había oído hablar de Obran. Pero si está tan cerca, con una montura real y algo de suerte, yo podría atravesar Fleeds por el desfiladero del Cuervo y llegar allí mañana por la tarde temprano. Si acepta, Saffira podría entregarle el mensaje a Raj Ahten durante la noche siguiente.

Habló sin reflexionar sobre el tema. Sonaba a misión insensata. Se cuestionó sus propios motivos al ofrecerse voluntario. En parte, deseaba hacerlo porque sabía que era el hombre adecuado para aquel trabajo. Ya había ejecutado docenas de misiones peligrosas con anterioridad. Además, esto le brindaría la oportunidad de espiar las defensas de Indhopal y estudiar las maniobras de las tropas enemigas a lo largo de la frontera. Al hacerlo, se adentraría más al sur, hacia Inkarra. Así comenzaría la misión que Iome le había preparado.

Sin embargo, una pequeña parte de su ser deseaba mucho más: deseaba redimirse.

Tanto lord Ingris como el rey Orwynne habían propuesto despreocupadamente una matanza de consagrados, preferían adherirse a la interminable tradición carnicera que antaño definió la táctica bélica de los señores de las runas. En parte, tal propuesta era espeluznante porque era fiable.

Pero Borenson ya no tenía estómago para eso. El plan de Gaborn, no importaba lo torpemente elaborado que estuviera, ofrecía un rayo de esperanza para alcanzar un acuerdo entre Indhopal y Rofehavan que pusiese fin a aquella locura.

Y era el único plan de ese género sobre la mesa.

Borenson tenía las manos manchadas con la sangre de más de dos mil hombres, mujeres y niños. Si consigo que funcione el plan, reflexionó, algún día lograré sentirme limpio de nuevo.

—Yo no pondría todas mis esperanzas en esta única baza, alteza —dijo el rey Orwynne—. Debéis plantearos el resto de vuestras opciones de defensa. Saffira quizás no logre su objetivo o no quiera hacer lo que le pedís, y no hubierais convocado al consejo si no desearais daros prisa y acudir en ayuda de Mystarria. Necesitáis preparar el enfrentamiento contra Raj Ahten en persona, si fuera necesario...

—O podríais elegir a un campeón —lo exhortó la hermana amazona Connal—, pero no debéis dejar que Orwynne o Heredon luchen solos. Puede que Raj Ahten tema al duque Paldane, pero si marcháis desde el norte contra él, os temerá más a vos.

Y todos los hombres del norte se unirían a vos para luchar. Los clanes de los señores de los caballos cabalgarían junto a vos.

Gaborn permaneció sentado planteándose las propuestas de sus aliados.

Este altruista muchacho realmente espera salir de esto sin enfrentarse a Raj Ahten, se percató Borenson. Aunque sospechaba que Gaborn nunca lo conseguiría. La guerra contra Raj Ahten se les venía encima a pesar de que ni Gaborn ni ninguno de ellos lo desearan.

—¿Qué haréis? —lo instó Borenson.

Gaborn reflexionó un segundo más y afirmó:

—El destino del mundo depende de nuestra decisión. No podemos tomarla precipitadamente y, sinceramente, no he pensado en otra cosa durante toda la semana. Mi gente no puede esconderse de Raj Ahten, y no puedo expulsarlo. Me enfrentaría a él si creyera que así podríamos triunfar, pero lo dudo. Por eso, debo albergar la esperanza de redimirlo, no importa lo remota que parezca tal posibilidad.

Gaborn miró a Borenson.

—Te llevarás mi caballo y partirás dentro de una hora.

Borenson dio un puñetazo en la mesa y se levantó de la butaca, ansioso por ponerse en marcha, aunque permaneció allí un momento por educación.

Gaborn se dirigió al rey Orwynne:

—He conocido a *sir* Langley, es hombre un de buen corazón. Te daré dos mil marcadores para que se prepare como desee.

—Sois demasiado generoso —dijo el rey Orwynne, aparentemente asombrado ante el hecho de que el rey de la tierra concediera tamaño regalo.

Incluso hacía diez años, cuando el metal sangriento abundaba, el reino entero de Orwynne no había visto dos mil marcadores en un solo año.

Por último, Gaborn se dirigió a Connal:

—Tienes razón. Si marchó al frente de nuestros ejércitos, Raj Ahten no puede ignorarme. Viajaré hacia el sur, y Fleeds también contará con dos mil marcadores.

Connal balbuceó asombrada. Probablemente, su pobre reino no había visto dos mil marcadores en un mismo lustro.

Así concluyó la reunión. Los lores apartaron las butacas de la mesa y comenzaron a levantarse. Gaborn introdujo la mano en el bolsillo del chaleco, extrajo las llaves de la sala del tesoro del rey y se las lanzó a Borenson.

—Milord —dijo Jureem—. ¿Puedo sugerir que *sir* Borenson acepte setecientos dones de encanto y trescientos de voz?

Gaborn asintió:

—Que así sea.

Borenson salió del salón y puso rumbo a la sala del tesoro en el torreón de los Consagrados. Myrrima lo seguía y, una vez fuera, lo acompañó a lo largo de la pared de piedra.

Le agarró la mano.

—¡Espera! —dijo.

Borenson se volvió para mirarla a la luz de las estrellas. La noche era algo fría, pero no gélida. Myrrima alzó la vista y lo miró fijamente con expresión preocupada. Bajo las estrellas era bellísima. La ondulación de la cintura y el lustre brillante del cabello lo tentaban.

—No vas a volver, ¿cierto? —preguntó ella.

Borenson negó con la cabeza.

—No. Carris se encuentra a mil cuatrocientos kilómetros al sur desde aquí. Puedo alcanzar la frontera norte de Inkarra con unos cuatrocientos ochenta kilómetros más de viaje. Me dirigiré hacia el sur.

Myrrima lo escrutó.

—¿No piensas siquiera despedirte?

Borenson veía que no iba a ponérselo fácil. Deseaba abrazarla, besarla. Deseaba quedarse, pero sus obligaciones lo reclaman en otra parte y nunca había faltado al deber.

—No hay demasiado tiempo.

—Sí hay tiempo —dijo Myrrima—. Has tenido toda la semana. ¿Por qué te quedaste en Heredon si no para decir adiós?

Efectivamente, Myrrima tenía razón, había decidido quedarse a fin de despedirse de ella, de todo Rofehavan, puede que de su propia vida. Aunque no había tenido el valor de decirlo.

Borenson le besó los labios tiernamente y susurró:

—Adiós.

Hizo ademán de girarse, pero Myrrima le cogió por el brazo nuevamente.

—¿Realmente me amas?

—Como mejor sé.

—Entonces, ¿por qué no te has acostado conmigo? Me deseas, lo he visto en tus ojos.

Borenson no había querido abordar este tema, pero contestó lo más sinceramente que pudo.

—Porque hacerlo supone el riesgo de engendrar un hijo...

—¿Y no quieres que tenga a tu hijo?

—Traer un hijo al mundo supone aceptar ciertas responsabilidades...

—No crees que esté preparada para tal responsabilidad —dijo Myrrima demasiado alto.

—Si yo muriera, ¿no desearía que a mi hijo lo llamaran bastardo! —Se encolerizó Borenson—. O hijo de un asesino de reyes, ¿o algo peor!

La sangre le calentó la cara y Borenson notó que temblaba de ira. A pesar de esa cólera, fue capaz de distanciarse, como si se estuviera observando a sí mismo desde fuera, mientras farfullaba algo sobre el pasado y el presente. *Ah, curioso cómo aún sangran las viejas heridas*, pensó. Allí estaba, asesino de reyes, y de reaver, escolta

del rey de la tierra, uno de los guerreros más temidos de todo Rofehavan y bien merecidamente. No obstante, en su fuero interno todavía era aquel niño que corría entre las callejuelas de estuco, en la isla de Thwynn, mientras los otros niños le lanzaban insultos y le arrojaban barro y piedras con aristas.

Borenson siempre había sentido la necesidad de demostrar su valía, lo cual lo había impulsado a convertirse en uno de los soldados más fuertes de su tiempo. Ya no temía a ningún otro hombre del mundo.

Aunque la idea de que un hijo suyo pudiera sentirse tan vulnerable como él se había sentido en el pasado le resultaba insoportable.

Borenson aún temía las burlas de aquellos chicos.

—¡Ámame! —exigió Myrrima, intentando acercarlo a ella.

Pero Borenson puso un dedo en su cara y dijo, algo más rotundamente:

—Responsabilidad.

—¡Ámame! —suplicó ella.

Se sacudió la mano de Myrrima de la manga y dijo:

—¿Es que no lo ves? Es así como se hace. Si muero, lo que parece probable, tendrás mi nombre y mi dinero...

—Había oído decir que eras un hombre lujurioso —lo acusó Myrrima—. ¿Es que nunca te has acostado con una mujer?

Enojado, Borenson intentó controlarse. No podía expresar con palabras el autodesprecio que sentía, el deseo de reescribir su propio pasado.

—Si lo he hecho, fue un error —dijo—, pues nunca imaginé que conocería a alguien como tú.

—Lo que te mantiene al margen de mi cama no es la responsabilidad —lo acusó Myrrima—. Te mortificas a ti mismo. Pero, al hacerlo, me castigas a mí también y ¡yo no merezco esto!

Sonaba tan segura de sí misma, tan convencida. Borenson no tenía respuesta para aquella acusación, solamente la sólida convicción de que finalmente entendería que él actuaba por el bien de ella.

Le apretó la mano y luego se marchó.

Myrrima se sintió engañada al contemplar cómo se alejaba Borenson. El ruido metálico de la cota hacía eco entre las torres de piedra. Enseguida Borenson llegó a la rejilla del torreón de los Consagrados y las sombras del edificio se lo tragaron. Myrrima se quedó parada un segundo, observando el reflejo de la luz de las estrellas en las baldosas del patio de armas.

Sabía que Borenson consideraba que estaba en lo cierto, que amar a alguien significaba hacerse responsable de esa persona.

Mientras él se entretenía en recoger los marcadores, Myrrima comenzó a enfurecerse. Borenson no permitiría que la responsabilidad fuera recíproca. Unos minutos más tarde, Borenson salía del torreón con una bolsa de cuero llena de

marcadores. Al verla se desvió y puso rumbo a las caballerizas, como si quisiera evitarla.

Ella dijo:

—Solo tengo una cosa que decirte: responsabilidad.

Borenson se detuvo y la contempló un instante.

—¿Por qué insistes en hacerte responsable de mí y yo no lo puedo ser de ti?

—No vas a venir conmigo —dijo Borenson.

—¿Piensas que tengo menos capacidad para amar que tú?

—Tienes menos capacidad para mantenerte con vida —respondió Borenson.

—Pero...

—Y si la tuvieras, no hay caballo en Heredon que pueda seguirle el ritmo a la montura que cabalgaré esta noche.

Lanzó una mirada hacia el establo.

Myrrima pensó entonces que Borenson desaparecería pero, ante el asombro de esta, Borenson regresó donde ella estaba, colocó su enorme mano detrás de su cuello y la besó apasionadamente. Luego, permaneció un rato frente a frente con ella, mirándola fijamente. El brillo de las estrellas no se reflejaba en los ojos azul pálido de Borenson, semejantes a pozos negros en la noche.

A pesar de ello, aún se encontraba violento. Myrrima distinguía las ganas de vivir de Borenson, de luchar, de regresar. Lo sentía a través del modo en que sus fuertes manos le sostenían la nuca. Finalmente, Borenson dijo sin alterarse:

—Cuando regrese, te amaré como deseas, como te mereces.

Después, dio media vuelta y se marchó apresuradamente. Con los dones de metabolismo, el ritmo de este la dejó sorprendida. Ella permaneció allí largo rato, aún podía olerlo, aún notaba su sabor en los labios. Quiso seguirlo a los establos reales a través del patio, pero cuando iba a hacerlo, Borenson ya colocaba la silla sobre el caballo de Gaborn y salía de allí como un vendaval, gritando a los centinelas que le abrieran las puertas.

Myrrima cruzó los brazos para protegerse del frío de la noche y observó cómo partía.

Tan pronto como su marido se hubo marchado, Myrrima cogió una lámpara y se dirigió a la perrera donde el muchacho Kaylin tenía a sus cachorros enjaulados. Solamente había logrado escabullirse un par de veces ese día para ir a verlos; aunque, tan pronto como olieron su rastro, los cachorrillos comenzaron a ladrar y a agitar la cola y, al poco, docenas de perrillos ladraban en busca de atención.

Kaylin se encontraba en la parte trasera de la perrera, dormido sobre un lecho de paja, con al menos veinte cachorros a su alrededor, sin nada más que lo mantuviera caliente. Myrrima lo tapó con su capa, se dirigió a la jaula de sus cachorrillos y quitó el pestillo.

Les había traído algunas sobras de la comida y se las echó, les habló, y los arrulló hasta que se calmaron lo suficiente como para poder tomarlos en brazos.



—Sí, pequeñines —susurró—. Esta noche dormiréis conmigo.

Consiguió sujetar dos perrillos en cada brazo y se acercó a la puerta de la perrera. Cuando intentaba correr el pasador de la puerta, esta se abrió de par en par.

Allí plantada estaba Iome Sylvarresta con una criada a su espalda y la cronista detrás. La única luz que las iluminaba era la que producían las estrellas del firmamento.

Myrrima estaba segura de que Iome la había seguido a fin de cogerla desprevenida robando los cachorrillos.

—Oh, alteza —dijo—, ¡qué sorpresa!

Iome lanzó una mirada a los perrillos y después al torreón a su espalda, como consternada al haberlo descubierto con sus propios ojos.

De repente, Iome tensó la mandíbula y su expresión se tornó severa.

—¿El muchacho Kaylin, duerme aquí?

Algunos cachorrillos salieron y rodearon a la reina, daban saltitos en los faldones de su vestido, y gemían y ladraban para que les hiciera caso.

—Sí, está aquí —dijo Myrrima.

Iome no se disculpó por lo que tenía planeado hacer. Incluso siendo una princesa siempre se había negado a aceptar dones de segundos, a arriesgar vidas humanas.

—Voy a necesitar algunos de esos también —dijo Iome con frialdad—. Si es que quiero servirte de alguna ayuda.

Más tarde, aquella misma noche, después de que los lores se hubieran marchado, Gaborn se quedó en el antiguo despacho de Sylvarresta, situado en la cuarta planta del torreón del Rey, con la mirada perdida en dirección suroeste, atravesando las colinas. El suelo se había cubierto recientemente con ulmaria seca, por lo que las pisadas de Gaborn en el entarimado habían aplastado las flores amarillas e impregnado la estancia de un grato y agradable aroma.

Habían pasado tres horas desde que Borenson dejara la fortaleza. Iome se había retirado a sus aposentos hacía tiempo, aunque Gaborn no creía que lograra dormir. Después de todo, estaban recién casados y se la imaginó en vela, preocupada, igual que él estaba inquieto.

O igual no. Esperaba que durmiera. La semana anterior, cuando asesinaron a sus consagrados, Iome había perdido todos los dones de resistencia, y ahora necesitaba dormir lo mismo que cualquier otra persona corriente. Gaborn aún conversaba sus dones de resistencia y fuerza física y, durante periodos de tensión, no dormía casi nada. En vez de eso, prefería descansar de pie, y a veces dejaba que la mente deambulara entre sueños despiertos.

Deseaba que Iome no lo esperara. Esa noche necesitaba soledad.

El despacho daba a un rincón del jardín de la reina. En el agua de un estanque que reflejaba la luz, croaban un par de ranas. Un ferrin con aspecto de rata y vestido con harapos se acercó a beber de la charca. Las ranas callaron mientras la criatura espiaba

a su alrededor con ojos brillantes. Gaborn degustó el aroma del aire fresco que entraba por la ventana abierta, escrutó el horizonte bajo las estrellas.

La campiña a sus pies ya estaba a oscuras y la gente se agolpaba en masa. Gaborn aún sentía el peligro que corrían, lo presentía más próximo, como una soga alrededor del propio cuello. La Gloria Caída se acercaba. Gaborn sentía el peligro acrecentarse como si volara hacia el norte sin detenerse.

Medio millón de personas, todos bajo su tutela, junto con sus caballos y ganado, se encontraban dormidos e ignorantes del riesgo inminente.

—Que la tierra os oculte, que la tierra os cure. Que la tierra os haga suyos — susurró Gaborn, recitando la antigua bienaventuranza.

Sentía horror ante lo que tenía que hacer. Deseaba salvarlos a todos, hacer todo cuanto estuviera en su mano. Y, a pesar de ser el rey de la tierra, sus poderes le resultaban nuevos todavía y crecían en él. Se notaba algo torpe, incompetente.

*Si resisto estos tiempos aciagos, pensó, tendré que vivir con el recuerdo de aquellos a quienes he decepcionado. Por el bien de mi conciencia, no me atrevo a abandonar a ninguno.*

Estuvo largo rato meditando acerca de las palabras escritas en el pequeño volumen del emir Owatt de Tuulistan. No las palabras prohibidas de la Facultad del Conocimiento, sino un poema ridículo que versaba sobre la autodefinición. Al no haberlo aprendido de memoria, solamente recordaba un par de estrofas:

El amor y los amantes no siempre sustentan vida,  
y, sin embargo, elijo amar.  
Aunque el corazón me falle y perdamos la batalla,  
decido seguir esforzándome.

Al igual que el emir, Gaborn entreveía sabiduría en la pugna. El universo era un enemigo poderoso. Con el tiempo la muerte derrotaba a todos los hombres; pero, mientras respirara, Gaborn podía elegir el tipo de hombre en el que se convertiría. Y era crucial que se mantuviera como la clase de hombre con quien pudiera vivir.

Pensó en el emir Owatt de Tuulistan. Aquel librito que envió al rey Sylvarresta intrigaba a Gaborn. Evidentemente, el emir era una joya de hombre. En esos momentos, Gaborn había depositado grandes esperanzas en su hija Saffira.

En la cima de un monte a orillas del bosque de Dunn, el parpadeo de un fuego fatuo, una luz gris titilante, captó la atención de Gaborn. Se trataba de un tumulario, sentado sobre su cabalgadura fantasmal en la oscuridad, que escudriñaba la multitud apiñada en dirección al castillo.

Protege a mi gente, advirtió Gaborn, justo como he ordenado que se haga. Como un pastor en el monte que vigila a su rebaño por la noche.

Desde tan lejos, Gaborn no distinguía quién era. Se imaginó que era el espíritu del mismísimo Erden Geboren o quizás su propio padre. En aquellos tiempos, Gaborn echaba en falta los consejos de su progenitor.

Inadvertidamente, se preguntó si los tumularios serían capaces de luchar contra la Gloria Caída. Lo dudaba, el roce gélido de un tumulario podía matar a un mortal, pero los tumularios se disipaban bajo la luz. Las fogatas los ahuyentaban, la luz del sol los desterraba. Si la Gloria Caída provenía de los dominios del fuego en el más allá, sin duda esta ejercería control sobre tal Elemento.

Al fondo de la sala, el cronista de Gaborn carraspeó.

Gaborn se giró y miró al hombre entre las sombras, se preguntó qué era lo que sabía.

—Dime —empezó Gaborn en tono relajado—, ¿qué opinas de nuestros planes? ¿He obrado bien o mal hoy?

—Eso no puedo decirlo —respondió Días con un tono que no le revelaba nada en absoluto en Gaborn.

Gaborn formuló una pregunta retórica, ya que conocía la respuesta.

—Si me estuviera ahogando donde no hiciera pie, a medio metro de la orilla, ¿me salvarías?

—Haría constar en acta el momento en el que os sumergisteis por última vez —respondió el historiador, divertido con el juego.

—¿Y si la humanidad se fuera a pique conmigo? —preguntó Gaborn.

—Sería un día triste para los anales —dijo Días sobriamente.

—¿Dónde está Raj Ahten? ¿Qué es lo que planea?

—Todo a su tiempo —dijo Días—. Dentro de poco lo sabréis.

Gaborn siguió cavilando. *¿Se apresura Raj Ahten hacia el norte también?, ¿se personará con la Gloria Caída?, ¿o tendrá planes más nefastos en mente?*

—Alteza, ¿puedo haceros una pregunta? —dijo Días.

—Por supuesto.

—¿Habéis considerado la suerte de los cronistas? ¿Os habéis planteado la idea de nombrarme elegido, o de elegir a alguno de los otros?

Aprovechando el momento, Gaborn clavó los ojos en el hombre, penetró su fuero interno y se introdujo en los anhelos y sueños del otro.

Gaborn se había metido en el corazón de su padre y todo le había resultado nítido. Se había introducido en el corazón del hijo de Molly Drinkham y había observado que no deseaba otra cosa más que agradecerle a su madre el pezón, el calor de su cuerpo y la manera en que lo arrullaba a la hora de dormir. Pero hasta aquel infante, con sus imprecisos deseos, le había resultado a Gaborn algo más claro, más comprensible, que Días.

Mediante la vista terrestre descubrió a un hombre y a una mujer, no solo a un hombre. Una mujer con una pluma y un pergamino, una mujer de cabello rubio como el trigo y ojos verde esmeralda.

Nunca se había planteado que el copista de su historiador fuera una mujer. En aquel instante vio que se amaban, que para ellos compartir una sola mente era un placer y cierta intimidad que él jamás hubiera imaginado.

Ahondó aún más y se hizo patente que compartían algo más que eso: una pasión por las anécdotas, las hazañas y los cantos de antaño, un júbilo casi infantil que derivaba simplemente de observar el desarrollo de los acontecimientos, del mismo modo que un viejo jardinero se deleita contemplando los primeros azafranes de primavera, cuando abren sus pétalos blancos, o el verde germinar de las semillas en un campo recién sembrado. Para ellos, el estudio de la historia era un placer continuo, una constante fuente de alegría.

Y ninguno deseaba más que observar. No querían mejorar el mundo o aliviar el dolor del prójimo. No buscaban beneficiarse. Se contentaban con observar. Gaborn no entendía, estaba anonadado. No se le había pasado por la cabeza que el corazón de un hombre fuera tan extraño como el que latía dentro del cronista.

Reflexionó. Aquel día ya le había contado a Iome que deseaba ese tipo de compenetración entre ellos, que su esfera y la de ella se hicieran una, y que anhelaba madurar junto a ella. No obstante, siempre que fueran dos criaturas distintas, nunca lo conseguirían. Pero los días habían descubierto la fórmula, una manera de unir a dos personas para que fueran una sola mente y un solo corazón, y habían seguido tal camino.

Los envidiaba a medias. Le hubiera hablado a Iome de tal posibilidad, pero era demasiado tarde para ellos. Ya le había concedido un don de encanto al vector de Raj Ahten y, aunque tal vector estuviera muerto y Iome hubiera recobrado su belleza, el hecho de haber cedido un don hacía imposible que pudiera otorgar otro.

Ellos jamás podrían compenetrarse de tal modo.

—Lo tendré en cuenta —respondió Gaborn.

—Gracias, alteza —dijo Días.

Gaborn continuó mirando por la ventana, dejando que el fresco aire de la noche le soplara en la cara mientras escuchaba el croar de las ranas. Estuvo allí sentado varias horas, descansando como hacen los señores de las runas, con los ojos abiertos, deambulando entre sueños.

En el sueño, Gaborn era un joven cabalgando sobre un semental. Atravesaba una oscura sima a lo largo de un angosto camino de montaña que una vez recorrió con su padre.

Conocía el lugar, conocía aquel paisaje tan inhóspito. La semana anterior le había preguntado a Días por qué los historiadores solían llamarse «guardianes de los sueños». El cronista le anunció que pronto visitaría aquel lugar en sueños, aquel paisaje fantástico donde todos ocultaban sus temores. Le dijo a Gaborn que buscara aquel paraje.

Aunque, en ese sueño, estaba solo entre telas de araña, fuertes como cuerdas de acero, que le impedían el paso. En las brechas de la roca oscura, podía ver arañas más grandes que cangrejos que se escabullían entre las sombras, con ojos resplandecientes como cuarzos brillantes.

Luego, Gaborn levantó la cabeza por la sombría quebrada, llena de telarañas. El

corazón le martilleaba de terror y sentía una presión en el pecho; gotas de sudor le marcaban la frente. Desenvainó la espada y se abrió camino entre los resistentes filamentos que se rompían como las cuerdas de un laúd. Picó a la cabalgadura para que avanzase.

Uno de los filamentos que se le habían escapado chocó contra su frente y, antes de partirse, le hizo un corte en la cara. Continuó a caballo mientras la sangre le brotaba del caballete de la nariz y le caía en los labios apretados.

Esta es la tierra del miedo, se percató. Aquí es donde viven mis fobias. Se apresuró a enfrentarse a ellas.

Se agachó y galopó en ascenso por la estrecha quebrada, temía a la muerte, esperaba poder encontrar allí a su padre en vez de a la parca, o a su madre, o hallar alguna otra recompensa. Sin embargo, la sima se hacía sinuosa y retorcida. Luego se convirtió en un pasadizo amplio donde brillaba una luz tenue.

Allí en lo alto, erguido sobre un caballo pardo, estaba su cronista. El escueto cráneo en forma de «V» oscura, el pelo muy corto y desarreglado. Tenía una apariencia casi esquelética, nada más que huesos envueltos en un trozo de tela. En la mano sostenía una luz verde que se consumía, como si se tratara de la llama de una lámpara azotada por el viento, aunque la luz no provenía de ningún objeto.

—Os he estado esperando —dijo el cronista, sosteniendo la débil luz como si fuera a pasársela a Gaborn.

—Lo sé —respondió este—. Intentaré no decepcionarte.

Gaborn se estiró hacia la luz.

—¿Qué es? —preguntó conforme la luz le rozaba la palma.

—Es la esperanza del mundo y todos sus anhelos —dijo Días, cuyos enjutos labios se estiraron esbozando una sonrisa espantosa.

Gaborn se echó a temblar al ver lo diminuta que era la luz. La mano le tembló e hizo caer la llama sobre el suelo pedregoso.

## Séptimo Libro

---

*Trigésima primera jornada del mes de la cosecha*



Un día sin elección

## Capítulo 13



### *La cuarta oreja.*

**I**ncluso con el viento cambiando de dirección, Bessahan olía el humo de la fogata de los emisarios a cinco kilómetros de distancia por el camino. Se encontraba a cierta altitud, en las montañas Brace, en el grueso de una pinada. Al anochecer, las nubes se presentaron raudas, con fuerte olor a lluvia, y en media hora se puso a llover a cántaros mientras caían los rayos. El viento agitaba los grandes pinos, derribaba ramas al borde de la carretera. Las hojas que se habían desprendido formaban remolinos. Su presa no se atrevía a moverse entre aquellas inquietantes tinieblas y se vieron forzados a refugiarse bajo los árboles. Los rayos cesaron tras una hora y solamente unos breves relámpagos encendían el horizonte al norte, aunque la lluvia seguía cayendo.

Se acercó al fuego sigilosamente. Caminó por la carretera para no hacer ruido, se mantuvo a ras del suelo hasta que el olor de los leños se hizo más intenso.

Esperaba verlos acampados junto a la vía, pero al pasar de largo el punto de donde provenía el olor, advirtió que procedían con cautela. Habían tomado un desvío y subido la montaña hasta un claro oculto. Desde la carretera, ni siquiera podía ver la lumbre.

Por tanto, Bessahan se bajó del caballo, lo ató a un árbol y encordó el arco. Luego desfundó el khivar y lo inspeccionó. Después de decapitar a la anciana había limpiado la hoja. En ese momento, se tomó unos segundos para afilarla con una piedra de esmeril en la penumbra, únicamente al tanteo.

Cuando por fin se consideró preparado, se quitó los zapatos duros y dejó que los pies desnudos se aferraran al camino de tierra mientras se preparaba para subir la pendiente.

Para un maestro de la hermandad de los sigilosos no suponía demasiada complicación ascender entre la maleza en la oscuridad, solamente se trataba de una experiencia fría y penosa y en ocasiones dolorosa. En la espesura hubo de guiarse por el tacto, dejar que los dedos de manos y pies buscaran las pequeñas ramas que los ojos no veían.

Así fue como empezó el lento ascenso. El camino no resultaba demasiado duro, como pronto pudo comprobar. El musgo era grueso y notó que se arrastraba por un arriate de helechos frondosos más altos que el torso de un hombre. Por allí los árboles eran ancianos, debían haberse plantado hace unos cien años y casi no había ramillas por el suelo del bosque. Las pocas que encontró eran diminutas y, al estar húmedas, llevar allí mucho tiempo y encontrarse podridas, se partían sin hacer ruido. Además, los helechos y la fuerte lluvia enmudecían el crujir de las roturas.

Durante el trayecto solamente se tropezó con una dificultad: al arrastrarse, la palma de una mano se hundió en el moho y dio con algo puntiagudo, posiblemente un tosco trozo de hueso abandonado por un lobo. La herida que le hizo fue pequeña, una insignificante punción que casi no sangraba, por lo que hizo caso omiso del dolor.

En media hora había llegado a la cima del monte, donde había alcanzado una pequeña elevación desde la que había divisado la fogata. Uno de los enormes pinos se había desplomado, un árbol de unos cuatro metros de diámetro que se apoyaba contra la ladera. La comitiva se hallaba acampada bajo las ramas, las utilizaban de techo. Habían arrancado parte de la corteza más seca para encender el fuego, aunque seguía húmeda y produjo más humo que llamas.

Justo entonces, estaban tumbados bajo mantas junto a la fogata y hablaban. El enorme caballero, el emisario grandote de cabello pelirrojo, y una niña.

—Deja de preocuparte —dijo el emisario grandote de cabello pelirrojo—. Si sigues así no vas a pegar ojo.

—Pero ya ha pasado una hora desde que la vimos. ¿Y si se ha perdido? —preguntó la niña.

—Mejor que mejor —dijo el caballero rechoncho.

—Pues ha sido vuestra hoguera lo que la ha asustado —acusó la niña al caballero—. Le tiene terror.

Bessahan se detuvo, con el corazón en vilo. En un principio pensó estar cazando a tres personas, pero parecía haber una cuarta. Su señor remuneraba sus acciones por cada oreja y deseaba la cuarta oreja de esa mujer. Y si aquella andaba buscándolos, no tardaría mucho en toparse con el campamento. Incluso una persona sin el olfato de un lobo podía oler aquella hoguera. Bessahan retrocedió y decidió esperar.

Mientras se arrastraba marcha atrás sobre el estómago por el borde del monte, chocó contra algo sólido. Se volvió a mirar y levantó la cabeza. Una mujer desnuda de piel oscura le sonreía ridículamente. La cuarta oreja.

—¿Hola? —susurró Bessahan con la esperanza de que no gritara alarmada.

—¿Hola? —respondió la otra en un susurro.

¿Se trata de una retrasada?, se preguntó. La mujer se sentó de cuclillas y lo observó. Iluminados por la tenue luz que se reflejaba en las ramas, en lo alto, Bessahan casi no podía distinguirla. Pero tenía el cabello largo y ondulado.

Llevaba demasiado tiempo sin una mujer y decidió disfrutar de ella antes de matarla. Rápidamente estiró el brazo, le tapó la boca e intentó tumbarla.



Aunque la mujer era más fuerte de lo que aparentaba. En vez de derribarlo, simplemente le agarró la mano y la olisqueó con expresión de puro éxtasis en el semblante, como si estuviera oliendo un ramo de flores.

—Sangre —dijo con nostalgia, saboreando el aroma de la herida.

A continuación le mordió la muñeca y apareció el dolor. El mordisco le había atravesado los tendones y ligamentos y la sangre manaba como si fuera de una arteria, en aspersión, como una fuente.

Bessahan intentó liberarse, pero la mujer lo tenía firmemente agarrado. Él poseía tres dones de fuerza física, así que tiró fuertemente, intentado soltarse. Los huesos de la muñeca se partieron al retorcerse, mientras la mujer seguía apretando. Un vistazo a la mano de la mujer, lo hizo darse cuenta de que lo que se imaginaba eran largas uñas no eran tales, sino garras o zarpas. ¡No era humana!

La mujer abrió la boca con atónito deleite al contemplar el chorro de sangre que brotaba.

Bessahan blandió el khivar en alto y, de un tajo espantoso, intentó cortarle la garganta. El fino filo de acero le rozó la piel; pero, a pesar de sus dones de fuerza, la punta apenas la hirió. De hecho, la hoja se partió en dos.

La sangre le había salpicado la cara y las manos al asesino. La mujer se puso a cuatro patas, como si quisiera chuparla.

Él forcejeó en silencio mientras la otra lo obligaba a tumbarse y le lamía la sangre de la cara con la lengua rasposa. Cuando comenzó a clavarle los dientes en la barbilla, mordisqueando como un gatito que no ha aprendido aún a matar al ratón que se está comiendo, Bessahan luchó con violencia. Hasta que los dientes de la mujer verde dieron con su garganta. Finalmente todo cesó, aunque los pies de Bessahan continuaron agitándose un tiempo después de que ya no sintiera nada.

Justo antes del alba la mujer verde entró en el campamento. Roland estaba durmiendo cuando repentinamente notó el roce de esta al tumbarse a su lado.

Averan estaba acurrucada contra su estómago y la mujer verde se acercó e intentó acomodarse a espaldas de Roland.

Temblaba de frío. Del fuego ya no quedaban más que brasas humeantes, la hoguera se había extinguido. La lluvia se había mezclado con nieve en la última hora.

Roland dormía bajo una manta y encima de esta, su nueva capa de piel de oso. Medio despierto, tomó la capa y la echó por encima de la piel desnuda de la mujer verde de manera protectora. Después, con unas cuantas palabras susurradas y gestos, la instó a que se introdujera bajo la manta con él y con Averan.

Lentamente, la mujer obedeció, como si no estuviera segura de lo que quería Roland. Una vez que estuvo tumbada entre él y la niña, donde el calor de ambos cuerpos la calentarían, Roland se limitó a envolverla con un brazo y una pierna para acelerar el proceso. En unos minutos había dejado de temblar tan violentamente y yacía allí, regocijándose.

Al alba, Roland pudo distinguir los rasgos de la mujer verde. Era una de las mujeres más bellas que había visto nunca, incluso con aquel extraño tono de piel y los labios verde oscuro.

Se fijó que allí, tumbada junto a él, miraba las brasas humeantes todavía algo atemorizada.

—No te preocupes —susurró—. No te harán daño.

La mujer verde cogió la mano herida de Roland y olisqueó el vendaje.

—Sangre, ¡no! —dijo en voz baja.

—Eso es —respondió él—. Sangre, ¡no! Eres lista y obediente. Dos virtudes que admiro en una mujer, o lo que quiera que seas.

—Eres lista y obediente —lo imitó—. Dos virtudes que admiro en una mujer, o lo que quiera que seas.

Roland olfateó el aire. *Un curioso aroma a... moho y albahaca dulce mezclados*, resolvió. También percibió el penetrante olor férreo de la sangre en ella. Era una criatura grande, tal alta como él, y más musculosa.

Roland agarró el pulgar de la mujer verde y susurró:

—Pulgar, pulgar.

Esta repitió sus palabras y en pocos minutos Roland le había enseñado todo sobre manos, brazos, y nariz; y de ahí pasaron a los árboles, a las hojas de otoño y al cielo. Cuando se cansó, se adormeció de nuevo y abrazó a la mujer verde estrechamente. Se preguntó de dónde había salido, si se sentía sola. Como Roland y Averan, aparentemente no estaba ligada a nadie. Ellos tres estaban terriblemente solos en el mundo, a la deriva.

*Yo debería cicatrizar esa herida*, pensó Roland. *Podría pedirle a Paldane que me permitiera convertirme en tutor de Averan. En este mundo hay demasiados huérfanos; además, compartimos el color de pelo y la gente pensaría que es mi hija*. Se prometió que al día siguiente hablaría sobre ello con Averan.

Quizás como estrechaba a una mujer en sus brazos, ansiaba la compañía de una y, como aún recordaba a la esposa que lo había repudiado hacía veintiún años, se puso a pensar en Sera Crier y en el sentido del deber que lo impulsaba en dirección norte.

Recordó su despertar siete días atrás...

Mientras se colocaba unos pantalones holgados, Roland le dijo a Sera Crier:

—Cedí mis dones hace años a un hombre llamado Drayden. Un sargento de la guardia del rey. ¿Lo conoces?

—Lord Drayden —lo corrigió Sera—. El rey le permitió retirarse a sus fincas hace varios años. Es bastante mayor, creo que el vuestro no fue el único don de metabolismo que aceptó. Aunque aún viaja a Heredon todos los años, para la cacería del rey.

Roland asintió con la cabeza. Se le antojó que lo más probable era que lord Drayden se hubiera caído del caballo o encontrado a unos de los viejos colmillos del bosque de Dunn. Los grandes jabalíes eran igual de altos que un caballo y habían

empalado a muchos cazadores.

Apenas la idea se le hubo pasado por la cabeza cuando un grito retumbó por las angostas salas del torreón de los Consagrados.

—¡El rey ha muerto! ¡Mendellas Draken Orden ha sido abatido!

Y en otra parte del torreón alguien gritó:

—¡Sir Beaufort ha muerto!

Una mujer gritó:

—¡Marris ha caído!

Roland se preguntaba por qué tantos lores y caballeros morían al mismo tiempo. Era algo más que una serie de casualidades, más que un mero accidente.

Al terminar de ponerse la bota proclamó:

—¡Lord Drayden descansa en paz!

Los gritos de los consagrados de la torre Azul circulaban raudos y furiosos ante tanta muerte declarada, demasiados nombres, demasiados caballeros y nobles y soldados corrientes para llevar la cuenta.

Los jabalíes abatían a muchos hombres a la vez. Debía de haberse producido una gran batalla. Conforme decenas de voces se fundían en una al nombrar a los caídos, Roland pensó que no se trataba de una batalla, que sonaba a masacre.

Salió corriendo de su aposento a la estrecha sala del torreón de los Consagrados. Descubrió que su diminuta habitación se encontraba situada en lo alto de una escalera. Una mujer salió tambaleándose de una habitación próxima, se frotaba las manos, había sido restituida recientemente a la normalidad después de la cesión de agilidad. Al otro lado, un hombre parpadeaba de asombro, avizorando de un lado a otro; había cedido el uso de la vista a un lord.

Sera Crier iba pegada a los talones de Roland.

Por la torre Azul sonaban alaridos de pena y la gente se precipitaba escaleras abajo, hacia el gran salón.

La torre Azul era una antigua fortaleza cuya leyenda refería que no había sido construida por el hombre, pues ningún hombre podía haber dado forma y levantado rocas tan enormes como las que componían los muros de contención. Muchos pensaban que la torre la había construido una raza olvidada de gigantes. La fortaleza se erguía treinta plantas sobre el nivel del mar Caroll. Con las miles y miles de habitaciones, la torre Azul era una gran ciudad desparramada. Durante al menos tres milenios había alojado a los consagrados de Mystarria, aquellos que hubieron cedido la inteligencia o la resistencia o la fuerza física, el metabolismo, el encanto o la voz.

Roland sorteó a un grupo de gente que se interponía en su camino hacia el salón, se abrió paso dando un empujón a una mujer gorda. Sera aceleró la marcha para seguirle el ritmo. Él la cogió de la mano y atravesó las salas abarrotadas, empujando con la cabeza para que le dejara pasar hasta que, finalmente, Sera y él pudieron contemplar el gran salón por el borde de un balcón, una estancia elegante donde se iban agolpando miles de consagrados y criados.

Entre tanta confusión, algunos pedían noticias a gritos, otros lloraban abiertamente por el amor al rey perdido. Una mujer mayor chillaba como si le hubieran arrancado a un hijo del pecho y lo hubieran lanzado contra las baldosas.

—Esa es la anciana Laras. Es cocinera. Sus hijos forman parte del séquito del rey. ¡Deben de haber perecido también! —dijo Sera confirmando lo que pensaba Roland.

Allí abajo, en la gran sala, los consagrados que se hallaban restablecidos se agolpaban en un gentío aplastante, junto con los cocineros y criados que solían atenderlos. Un fulano fornido empezó a golpear a otro con los puños y se produjo una pelea, a lo que siguió una refriega generalizada. Los que querían noticias gritaban para que los demás se callaran. El alboroto sacudía la sala, provocando eco en las paredes.

El techo del gran salón era una enorme bóveda de unos veintitrés metros, con cinco alturas de balcones que rodeaban la sala. Al menos tres mil antiguos consagrados se habían juntado allí. Salían de cada puerta y escalera, otros se abarrotaban contra las barandillas de roble de los balcones.

Roland apenas comprendía el alcance de lo que estaba sucediendo.

*¿Miles de consagrados restablecidos al mismo tiempo? ¿Cuántos valerosos caballeros han perecido en combate? ¡Y tan rápidamente!*

Siete hombres de diversas edades tomaron asiento en torno a una enorme mesa de roble. Uno de ellos comenzó a aporrear la mesa con un candelabro de latón al tiempo que gritaba:

—¡Silencio! ¡Silencio! ¡Que todos podamos escuchar lo que ha pasado! ¡Los sabios del rey son lo que mejor pueden contar!

Aquellos siete hombres eran los sabios del rey, un grupo de hombres que había cedido al mismísimo rey Mendellas Draken Orden el uso de la inteligencia, permitiendo que sus cráneos se convirtieran en vasijas para contener los recuerdos de otro hombre. Aunque el rey había muerto, los fragmentos del pensamiento del monarca y los recuerdos de este perduraban en cada uno de estos hombres rehabilitados. En pocos días, aquellos hombres probablemente se convertirían en valiosos consejeros del nuevo rey.

Tras un instante, sacaron a la mujer que chillaba del gran salón y el resto contuvieron los sollozos y los gritos. Sera Crier se apretó contra la espalda de Roland e intentó encaramarse a hombros de este a fin de observar mejor el tumulto de allí abajo.

A Roland le parecía que la multitud respiraba al unísono, cada hombre y cada mujer esperaba ansiosamente escuchar las nuevas de la batalla.

Los sabios del rey comenzaron a hablar. El más anciano entre ellos era un hombre de barba canosa llamado Jerimas. Roland, de pequeño, lo había visto en la corte, aunque ya casi no lo reconocía.

Jerimas habló primero.

—Sin duda el rey ha perecido en combate —dijo—. Recuerdo ver a un enemigo.

Un hombre de semblante oscuro, vestido con la armadura típica del sur. En el escudo portaba la imagen de un lobo rojo con tres cabezas.

No era más que el jirón de un recuerdo, una imagen.

—Raj Ahten —dijeron dos de los otros sabios—. Luchaba contra Raj Ahten, el señor de los lobos.

—No. Nuestro soberano no murió en ese combate —dijo el cuarto sabio—. Se cayó desde una torre, recuerdo la caída.

—Estaba unido a la cadena de la serpiente —añadió el viejo Jerimas—. Antes de morir notó el dolor de un marcador.

—Había cedido el metabolismo —dijo otro fulano con voz ronca como si estuviera enfermo y casi no pudiera hablar—. Todos cedieron metabolismo. Veinte nobles en una sala. La luz de los marcadores suspendida en el aire como lombrices fluorescentes y hombres gritando de dolor al ser marcados.

—Sí, formaron una cadena. La cadena de la serpiente, a objeto de poder enfrentarse a Raj Ahten —concedió otro de los sabios.

—Estaba salvando a su hijo —dijo Jerimas—. Ya recuerdo. El príncipe Orden había ido en busca de refuerzos... y traía un ejército a Longmot. El rey Orden se hallaba herido y no podía seguir luchando; de modo que dio su vida con la esperanza de romper la cadena y salvar a su hijo.

Muchos de los sabios asintieron. Una vez de niño, Roland y unos amigos se colaron en unas antiguas ruinas: la finca de un lord, que antaño había contenido un mosaico de teselas de colores en el suelo. Roland y sus amigos se sentaron una mañana y recompusieron las teselas, intentaron adivinar qué imagen tomaría. Resultó ser la imagen de un mago acuático y unos delfines que luchaban contra un leviatán en las profundidades del océano.

En ese momento, observaba cómo los sabios del rey recomponían las teselas de los recuerdos de Orden y, de forma parecida, intentaban unir las piezas y formar una imagen coherente.

Otro hombre sacudió confundido la cabeza, y añadió:

—En Longmot hay un gran tesoro y todos los reyes del norte lo desean.

—Chitón... —sisearon los otros al unísono—. ¡No hables de eso en público!

—¡Orden peleó para liberar a Heredon! —gritó uno de los sabios a quien había mencionado el tesoro—. No codiciaba ningún tesoro. ¡Luchaba por la tierra y la gente que amaba!

Después, se produjo un largo silencio mientras los sabios reflexionaban. Ninguno de ellos recordaba todo lo que sabía Orden. Una parte por aquí, otra parte por allá. Una imagen, un pensamiento, una palabra aislada. Tenían todas las piezas, pero los sabios del rey, incluso esforzándose todo lo posible, apenas podían ensamblar el rompecabezas. Faltaban muchas de las piezas clave, los recuerdos que Orden se había llevado a la tumba.

Roland se planteó cuál era su deber, dónde encajaba. En la tierra de Heredon, su

rey había muerto; en Heredon, su propio hijo servía al nuevo monarca.

—¿Qué nuevas traéis del príncipe Orden? —gritó—. ¿Hay alguien aquí que estuviera consagrado al príncipe?

Roland nunca había visto a este príncipe y solamente conocía su existencia porque Sera Crier se lo había mencionado. El rey Orden se había casado apenas una semana antes de que él se convirtiera en consagrado.

Roland esperó unos instantes. No obtuvo respuesta. Ninguno de los consagrados del príncipe se había restablecido. Se giró y apartó bruscamente a Sera Crier. Se abrió paso a empujones entre el gentío con la intención de salir de la torre Azul lo antes posible. Los sabios del rey podían pasarse horas contando la desgraciada anécdota. Sabía que en pocos instantes varios de los restablecidos intentarían llegar a tierra firme para visitar a sus seres queridos y quería adelantárseles para llegar antes a los botes.

Sera lo cogió por la manga y lo detuvo.

—¿Adónde va? —preguntó—. ¿Regresará?

Roland se volvió hacia la muchedumbre, vio el semblante conmocionado de Sera empalidecer. Sabía que, a oídos de Sera, la respuesta no sonaría agradable, sin importar lo suavemente que él la diera; por lo tanto, escogió una manera brusca:

—No sé adónde voy. Yo... necesito salir de aquí. Pero no volveré nunca.

—Pero...

Roland le puso el dedo índice en los labios.

—Me has servido bien mucho tiempo.

Roland sabía que los hombres aprenden a amar desafortunadamente a quienes sirven con más fervor. Sera Crier lo había cuidado durante años, le había prodigado afecto mientras dormía, había soñado con lo que él haría al despertarse.

Los sirvientes del torreón de los Consagrados eran a menudo niños descarriados que realizaban tareas de poca importancia a cambio de lo estrictamente esencial para vivir. Si Sera se quedaba allí, seguramente se casaría con algún muchacho en aquella misma tesitura y ambos criarían una familia entre las sombras de la torre Azul. Nunca caminaría por los verdes campos de la tierra firme bajo el ardiente sol; se vería obligada a escuchar el romper de las olas y el reclamo de las gaviotas el resto de su vida. Evidentemente, Sera Crier deseaba algo mejor. Pero Roland no tenía nada que ofrecerle.

—Te agradezco tus servicios, tanto para mí como para mi rey —le dijo—. Pero ya no soy un consagrado y no encajo aquí.

—Esto... Yo podría ir con usted —sugirió Sera—. Con tantos hombres restablecidos, liberados hoy de la servidumbre, nadie me echaría de menos si me marchara.

*Soy un buen servidor, pensó él, lo entrego todo a mi señor. Tú deberías hacer lo mismo.*

Entornó los ojos en dirección a la puerta más próxima, un pasillo oscuro repleto

de gente. Se preparó mentalmente para abrirse camino entre ellos. No tenía allegados entre los vivos. Tras veintiún años de sueño, el rey había muerto, su madre y su tío Jemin ya eran viejos cuando cedió el don. Con toda probabilidad, estarían muertos. No los vería más. Aunque los hombres lo llamarían en adelante «restablecido», él no se veía restituido en nada. Solamente le quedaba una cosa en el mundo: un hijo por encontrar.

—Sera —susurró—, cuídate. Igual algún día nos encontraremos de nuevo.

Se volvió y se marchó. Roland fue el primero en llegar al pequeño muelle de la torre Azul...

Entonces, Roland sonrió al tiempo que restregaba la nariz en el pelo de la mujer verde y se preguntaba si vería a Sera otra vez.

El barón Poll lo despertó.

—¡Buenos días a todos!

Roland levantó la cabeza. El sol estaba en lo alto de la colina y el barón Poll lo miraba fijamente con sonrisa burlona. En las manos llevaba una barra de pan del día anterior, partió un pedazo y se pudo a mordisquearlo con gusto.

Averan se despertó envuelta en los brazos de la mujer verde. Se revolvió y miró a esta de hito en hito.

—¿Qué ha estado comiendo?

Roland se incorporó cosa de un centímetro. Temprano, antes del alba, había notado la sangre seca que manchaba generosamente la barbilla de la mujer.

—Parece como si hubiera cazado algo —dijo Roland.

—Al menos, no los caballos —dijo Averan con tono de alivio.

Las cabalgaduras estaban tumbadas bajo las ramas del pino caído.

—No cazó algo —dijo el barón Poll con obvio deleite—, cazó a alguien. Diría que lo ha despachado bien. Venid a ver el cuerpo del delito.

—¿Un viajero? —exclamó Averan angustiada.

El barón no respondió, se limitó a girarse y a conducirlos colina abajo. Roland se puso en pie de un salto, al igual que Averan, y siguieron al barón Poll por la cima del monte. La mujer verde los seguía con aparente curiosidad ante tanta agitación.

—¿Cómo lo encontrasteis? —preguntó Averan.

—Andaba buscando un afortunado árbol joven sobre el cual vaciar la vejiga —explicó el noble—, cuando me he tropezado con los restos.

Justo entonces llegaron a un ligero hundimiento en el terreno. La horripilante escena que los aguardaba quedaría para siempre e indeleblemente grabada en la mente de Roland.

Averan no gritó horrorizada como lo hubiera hecho cualquier otro niño. En vez de eso, se acercó a los restos y los inspeccionó con fascinación morbosa.

—Diría que nos acechaba —conjeturó el barón— cuando ella se le abalanzó por la espalda. Mirad aquí, una flecha encocada y un cuchillo largo, aunque roto.

Roland había sido el carnicero del rey y sabía algo de cuchillos. En una ocasión compró uno igual en el mercado.

—Es un khivar —matizó.

El hombre llevaba un capote de algodón negro bajo la capa. Junto a la garganta desgarrada había un collar roto adornado con anillos de oro de comercio.

—¿Uno de los asesinos de Raj Ahten?

—Llevaba una bolsa con orejas humanas —confirmó el barón Poll—. Dudo que fuera cirujano.

Roland se agachó y tiró del collar hasta soltar los anillos, que se guardó en el bolsillo. Miró a su compañero de reojo y este sonrió socarronamente.

—Ya vas aprendiendo, hombre. No tiene sentido dejárselo a los carroñeros.

—Sangre —dijo la mujer verde.

Luego dijo en voz baja:

—Sangre, ¡no!

Ante eso, Averan sonrió traviesa y dijo en voz alta:

—Sangre, ¡sí!

Se acercó al cadáver y fingió limpiarse el dedo en aquel revoltijo, luego dijo:

—¡Sangre rica! Ñam, ñam... Sangre, ¡sí!

Aunque no parecía interesada.

—Le gustan fresquitos —indicó Roland.

—¿Seguro que eso es buena idea? —preguntó el barón a la niña—. ¿Enseñarla a matar?

—No la enseño a matar —dijo Averan—. No quiero que se sienta culpable por lo que ha hecho, nos salvó la vida. ¡No ha hecho nada malo!

—Ya, y como ha satisfecho la necesidad de sangre estoy seguro de que se encontrará de buen humor todo el día —dijo—. Aunque, por supuesto, la próxima vez que le entre hambre, simplemente agarrará a alguien al borde del camino.

—No, no lo hará —dijo Averan—. Es muy inteligente. Estoy segura de que sabe más de lo que te imaginas.

Estiró el brazo y rascó la cabeza de la mujer verde como si esta fuera un perro.

—Ah, sí, es lista —dijo el barón—. La próxima vez que el gran rey suba los impuestos, vendrá a mi casa a cobrarse lo que debo.

Averan miró enfurecida a su interlocutor.

—¿Alguna vez se os ha ocurrido que podía sernos de utilidad? ¿Y si mató a este hombre porque sabía que era un problema? ¿Y si hubiera más asesinos por el camino? Podría matarlos por nosotros. Parece que tiene un fuerte sentido del olfato y todos huelen a jengibre y a curri. Es posible que los detecte por el olor. ¿No creéis, Roland?

Roland se limitó a encogerse de hombros.

—A mí me gusta el curri —replicó el barón Poll—. Y no me hace gracia la idea de que me saquen las tripas porque alguien en la taberna decida servir curri para



cenar. Además, ella no es inteligente —continuó—. ¡He visto cuervos que también saben imitar las palabras!

*La fe de Averan en la mujer verde parece algo exagerada, pensó Roland. Aunque ha aprendido muchas palabras esta mañana y, en un día o dos, podríamos enseñarla a cazar.*

Además, lo que era más importante, no estaba seguro de lo que hacer con ella. No habían tenido suerte alguna al intentar matarla el día anterior.

Habían intentado adelantarse a ella, dejarla atrás, pero había sido en vano, y la mujer verde los había seguido al galope junto a los caballos, clamando sangre.

No, esa mujer era un problema, quizás uno que solamente el rey y sus consejeros podrían resolver. De momento, Averan estaba a cargo de ella y Roland no tenía ni remota idea de cómo controlarla.

## Capítulo 14



*Deyazz.*

**E**l amanecer sorprendió a *sir* Borenson lejos de Heredon. Estuvo casi toda la noche cabalgando hacia Fleeds, en el sur, y luego hacia el desfiladero del Cuervo.

Montaba la yegua parda de Gaborn, iba entre las faldas de las montañas, sobre Deyazz; descendía por los caminos que Jureem había nombrado, aunque aún inseguro del destino.

La palabra «Obran» era una contracción de dos palabras indhopalesas: obir que significaba «envejecer» y ran que significaba «ciudad del rey». Una traducción aproximada sería la «ciudad del antiguo rey». Sonaba a nombre de capital de provincia, pero Borenson nunca había oído hablar del maldito lugar y las indicaciones de Jureem solamente lo conducirían hasta las fronteras septentrionales del gran desierto salino, el hogar de los nómadas muttayin. Le parecía un sitio un tanto insólito donde encontrar un palacio.

Jureem le había asegurado que necesitaría un guía que le mostrara la ubicación del palacio. Un guía que tendría que ser también un lord menor. Borenson portaba un estandarte en la mano izquierda, el verde banderín de tregua sobre el jabalí de Sylvarresta.

El aire de la mañana era tonificante, revitalizador. El corcel recorría grandes distancias entre las paradas de descanso. El aliento de Borenson era frío y la armadura tintineaba con cada pisada de los cascos de la montura. El caballo abría y cerraba los pulmones como un fuelle. Las carreteras de la zona eran angostas y traicioneras, no debido al barro, como sucedía en Mystarria, sino a causa de los desprendimientos de rocas de lo alto de las colinas. Además, las pequeñas ardillas rojas, muy comunes en aquella región, no parecían darse cuenta del peligro al oír el estruendo de los cascos sobre el caliche.

A pesar de los riesgos, Borenson galopaba colina abajo a velocidades de hasta ochenta kilómetros por hora.

El paisaje que se divisaba era una extensa sabana salpicada de árboles de un tono

verde oliva apagado. Allí donde no se distinguía la arcilla roja del suelo, la hierba era del color de la arena. Un solo río ancho le prestaba al paisaje una pigmentación plateada justo por el horizonte. Ciudades hechas de lona y casas de barro relumbraban en la frontera, con campos de trigo y huertos de naranjas y almendros a lo largo del cauce del río. Aún no había pasado por ninguna aldea. Los ciudadanos de Deyazz solamente vivían a orillas de los grandes ríos.

Sorprendentemente, durante la noche había atravesado las montañas con relativa facilidad, cruzándose varias veces con pequeñas caravanas de mercaderes que se dirigían hacia el norte, a pesar de que la temporada de comercio estaba demasiado avanzada. Solamente se le ocurría un motivo por el cual hacían tal recorrido: eran refugiados de Indhopal que ansiaban ver al rey de la tierra.

En una ocasión, había tenido que dar un rodeo para eludir a un ejército acampado provisionalmente en un desfiladero. Aunque llevaba una antorcha en el mástil del estandarte para que todos distinguieran los colores de tregua, tres veces lo habían perseguido unos asesinos.

No obstante, Borenson cabalgaba a lomos de un corcel real, uno que había recibido dos dones de metabolismo y dos de vista durante aquella semana, para que galopara veloz y con visión clara, incluso bajo las estrellas. Por tanto, había logrado sacarles ventaja a sus perseguidores, de los que solo se había llevado el rebote de una flecha en la armadura como muestra de la persecución.

Pero Borenson no podía sacarle ventaja a las dudas que lo asaltaban. Estaba preocupado porque había sido demasiado brusco al despedirse de Myrrima. Quizás ella tuviese razón al decir que los castigaba a ambos por sus crímenes.

El camino que le esperaba hacia Inkarra y la misión en Obran también eran motivo de aversión. Sobre todo le preocupaba Gaborn. El joven era lo suficientemente ingenuo para pensar que podía exigir la paz o intentar sobornar a Raj Ahten. El rey Orwynne llevaba razón: lo mejor sería emplear los marcadores a fin de prepararse para el combate.

Borenson siempre había imaginado que, cuando apareciera el rey de la tierra, sería alguien majestuoso, con la sabiduría de los años marcada en la frente, tan fuerte como las colinas, con músculos que gruñesen, tan poderoso como las raíces de los árboles. Tendría el respeto de todos y cierta actitud implacable. El rey de la tierra que siempre había imaginado no se parecía a Gaborn en absoluto.

Este rey no poseía gran destreza bélica, ni grandes reservas de sabiduría. No era más que un muchacho inexperto que amaba a los suyos. Pero tenía una cosa a su favor que Borenson jamás había considerado. Le vinieron a la mente las palabras del padre de Gaborn una vez que debatieron qué pasaría si entraran en guerra con cierto duque en Beldinook que les estaba dando quebraderos de cabeza. Mendellas Orden había dicho:

—Al duque Trevorsworthy puedo manejarlo. Es su mujer y ese maldito sargento Arrants quienes me dan un miedo tremendo.

Borenson se había reído ante la idea de un monarca atemorizado por una mujer y un simple sargento, pero este lo interrumpió:

—La mujer es una estratega estupenda y el sargento Arrants es quizás el hombre de artillería mejor inspirado que haya visto hasta ahora. Puede construir una catapulta con una mantequera y hacer que derribe la muralla de un castillo o que atraviese el entrecejo a un hombre con un proyectil de hierro a cuatrocientos metros de distancia.

Y después le dio a Borenson una lección:

—Recuerda, un lord nunca es un hombre solo, sino la esencia de todos los hombres de su séquito. Cuando te enfrentas a un lord, debes plantearte los puntos fuertes de cada hombre a sus órdenes antes de poder calcular adecuadamente su talla.

Por tanto, Borenson se planteó los recursos humanos de Gaborn: miles de nobles de varios grados militares y títulos de Mystarria, desde caballeros al tío abuelo de Gaborn, el sabio Paldane. Algunos eran marineros o albañiles, hombres al frente de grandes tropas de campesinos, hombres que entrenaban caballos o que fabricaban escudos a martillazos. La fuerza de una nación debía calcularse mirando algo más que sus guerreros.

Y si uno medía la talla de un lord mediante la fortaleza de sus hombres, la tierra no podía haber elegido mejor. Mystarria era el reino más extenso y opulento de Rofehavan.

Quizás la tierra había elegido a Gaborn en parte por la fortaleza de sus vasallos. Si eso era cierto, la tierra no había escogido simplemente a Gaborn por sus méritos, sino que lo había nombrado porque sabía que Borenson se contaba entre los defensores del rey de la tierra.

La idea dejó a Borenson perplejo y le daba una lección de humildad, puesto que implicaba que estaba más estrechamente involucrado en este asunto de lo que había pensado. Además significaba que la tierra exigía el mayor esfuerzo posible por su parte. Incluso podía indicar que Borenson necesitaba proteger a Gaborn de sí mismo. La tierra requería de un hombre que se enfrentara a los reaver cuando salieran de las cuevas; un hombre que conociera los puntos débiles de Gaborn y que no lo despreciara por ser meramente humano en vez de un rey de la tierra adecuado.

Tales pensamientos impulsaban a Borenson en el momento en que entraba en Deyazz a caballo, al galope entre los estrechos senderos de montaña. Al doblar una curva, una bandada de cuervos alzó el vuelo desde el camino. De repente, en otra curva muy cerrada delante de él, apareció una tropa de cien soldados a caballo.

A la derecha, el camino era demasiado empinado para encaramarse; a la izquierda, casi era una caída vertical. Su montura fue lo suficientemente inteligente para frenar en seco antes de que Borenson pensara en tirar de las riendas. El animal había sido adiestrado para odiar los colores de las tropas de Raj Ahten. Con ello, coceó el aire con uno de los cascos, pateó y resopló y forcejó con el bocado al ver tantos jubones dorados que lucían el trío carmesí de las cabezas de lobo.

El capitán de la tropa era uno de los Invencibles, un hombre grande de nariz

aguileña y tez marcada por la viruela, con ojos oscuros que destellaban. Llevaba un mazo de caballería de mango largo. Detrás de él, varios soldados preparaban sus arcos.

A su espalda, Borenson oyó repentinamente el batir de unos cascos. Miró hacia atrás por el sendero: otra tropa de lanceros se acercaba. Debían de haber descendido por la otra colina. Ni siquiera había visto a su rastreador.

Atrapado, estaba atrapado.

—¿Adónde te diriges, pelirrojo? —preguntó el Invencible.

—Llevo un mensaje del rey de la tierra y vengo con bandera de tregua.

—Raj Ahten no está en Indhopal, como bien sabes —dijo el grandullón—. Está en Mystarria. Lo mejor para ti sería que regresaras a tu tierra.

Borenson asintió con la cabeza, aquiescente, con los ojos entornados en señal de respeto.

—Mi mensaje no es para Raj Ahten —dijo Borenson—. Es para el Palacio de concubinas en Obran, para una mujer llamada Saffira, la hija del emir de Tuulistan.

El Invencible ladeó pensativo la cabeza. Evidentemente, no estaba preparado para tales noticias. A su espalda, un hombre mayor encapuchado, vestido con un capote de fina seda gris bajo la capa amarilla de viaje, le susurró al oído:

—¡Sabbis etolo! ¡Verissa oan!

«¡Matadlo! Busca la fruta prohibida».

Borenson clavó sus ojos en el viejo. Era evidente que no se trataba de un soldado, mercader o viajero, sino de una especie de consejero de Raj Ahten. Lo más seguro es que ostentara el rango de kaif, que se traduciría como «viejo» o «mayor». Pero lo más importante era que parecía estar en contra de Borenson.

—Es fruta prohibida mirar a las concubinas —dijo Borenson—. Pero no tenía entendido que lo fuera entregar un mensaje.

El anciano le lanzó una mirada enojada, receloso, como si discutir con alguien de su categoría fuera una afrenta.

—Eres sincero —dijo el Invencible—. Aunque me sorprende que hayas oído hablar del palacio en Obran. Entre estos cien, solamente el kaifba y yo conocemos su existencia.

Kaifba, gran anciano.

—Entonces, ¿puedo hacer entrega del mensaje?

—¿Por qué necesita un mensajero armadura y armas? —preguntó el Invencible.

—Los desfiladeros son lugares peligrosos y tus asesinos no respetan el estandarte de tregua.

—¿Estás seguro de que se trataba de mis asesinos? —preguntó el Invencible como si Borenson lo hubiera ofendido—. Estos montes están plagados de atracadores y hombres de la peor calaña.

El Invencible sabía de sobra que eran sus asesinos. Y, deliberadamente, miró el hacha de armas y la armadura de Borenson.

Borenson tiró el escudo, desenfundó el hacha y la arrojó al borde del camino. Luego se quitó el yelmo y la loriga y también los dejó en el suelo.

—¿Satisfecho ya? —preguntó Borenson.

—Un emisario no necesita dones —dijo el Invencible—. Quítate la levita para que podamos ver qué fuerza tienes.

Borenson se quitó la casaca y mostró las dentadas cicatrices blancas donde los marcadores lo habían mordido treinta y dos veces. Resistencia, fuerza física, agilidad, metabolismo e inteligencia. Las tenía todas.

El Invencible gruñó:

—Dices que eres un emisario real, pero tu escudo no porta heráldica, como el de los caballeros equitativos que a menudo aparecen para matar a los consagrados de mi señor. Aunque debo preguntarme si un caballero equitativo sería tan estúpido como para cabalgar así, tan al descubierto. Y también debo preguntarme qué caballero equitativo posee tantos dones.

—Me llamo Borenson y con anterioridad era escolta del rey de la tierra. Ahora no porto heráldica, libre de hacer lo que desee, y en este momento deseo entregar el mensaje del rey de la tierra y entablar la paz.

Se quedó parado, respirando hondo, en actitud desafiante. Sin armas ni armadura no tendría ninguna oportunidad frente a aquel Invencible y sus soldados. Estaba a merced de ellos.

—Asesino —mascullaron los hombres entre las filas, que lo miraban con aire siniestro.

Uno de ellos dijo:

—Llevadlo al borde del precipicio, ¡enseñadle a volar!

Pero el kaifba murmuró:

—Cuentas una historia interesante, algo difícil de demostrar y de negar. Conoces el palacio de las Concubinas, aunque ningún otro hombre en tu país haya oído hablar de él. Y yo no conozco a esa tal Saffira, aunque sé que el emir tenía muchas hijas.

Seguramente, si Saffira era una persona de importancia él, habría conocido aquel nombre.

—En vuestra tierra está prohibido pronunciar su nombre —dijo Borenson—. Me enteré a través de uno que sirvió como consejero a la mismísima gran luz, Jureem, quien en la actualidad se sienta al lado del rey de la tierra y lo asesora.

Un kaifba sin duda conocería a Jureem, que había sido gran consejero de Raj Ahten.

—¿Cuál es el mensaje? —preguntó el kaifba—. Dímelo y quizás pueda transmitírselo.

Entre los deyazz, un mensaje podía comunicarse a través de un tercero sin ofender al remitente o al receptor del mensaje.

—Porto un obsequio, un favor para Saffira junto con el mensaje —dijo Borenson.

—Muéstramelo —dijo el kaifba.

Entre la realeza, un obsequio de oro o perfume suponía una dádiva aceptable antes de pedir un favor. Borenson se preguntó si tales objetos no tentarían a aquellos soldados. Los hombres se removieron incómodos sobre las cabalgaduras.

Borenson metió la mano en las alforjas y extrajo todos los marcadores que pudo con una mano, quizás setenta.

—Es el obsequio de la belleza. Setecientos marcadores de encanto y trescientos de voz.

Los soldados comenzaron a hablar muy animados. Los marcadores valían más que su peso en oro.

—¡Silencio! —gritó el Invencible a sus hombres con severidad.

Después, clavó una mortífera mirada sobre Borenson y le ordenó:

—Dime cuál es el mensaje.

—Tengo que decirle: «Aunque odio a mi primo, el enemigo de mi primo es mi enemigo». Y luego debo rogarle que le lleve este mensaje a Raj Ahten en representación nuestra, en nombre del rey de la tierra.

—Mátalo —susurró el kaifba.

Algunos soldados lo instaron a que lo hiciera. Los caballos de estos cocearon en el suelo al notar la tensión en el ambiente, aquella emoción electrizante.

Borenson se preparó para recibir el golpe mortal. Indudablemente, si el kaifba había ordenado su muerte, los otros acatarían su voluntad.

Pero el capitán de los Invencibles ladeó la cabeza y reflexionó, haciendo caso omiso de aquel mandato, como solamente podía un oficial.

Tras una larga pausa, aventuró:

—¿Y crees que la gran luz de Indhopal hará caso?

—Cabe esa esperanza —dijo Borenson—. El rey de la tierra ya es primo político de Raj Ahten. Y sabemos que los reaver están atacando Kartish y el sur de Mystarria. Mi rey espera poder aparcarse este conflicto, ya que nos acecha un enemigo peor.

El Invencible asintió y dijo:

—Suenan como las palabras de un rey de la tierra. Busca la paz. Mi abuelo siempre decía que cuando el rey de la tierra apareciese, sería un gran guerrero, pero un mejor pacifista.

Este echó una ojeada al kaifba, quien lo miraba fijamente, encolerizado por no haber matado a Borenson de inmediato.

—Entregarás el mensaje —dijo el Invencible—. Pero únicamente si consientes llevar grilletes mientras estés en nuestro territorio. Debes prometer no quebrantar nuestra ley. No podrás entrar en el palacio y no podrás mirar a ninguna de las concubinas. Además, yo cabalgaré contigo en todo momento. ¿Accedes a ello?

Borenson asintió con la cabeza.

En unos instantes, alguien trajo los grilletes, enormes piezas de hierro especialmente fabricadas para inmovilizar a hombres con dones de fuerza física, y se los colocó en las muñecas. Luego los ató a la espalda de Borenson con una vuelta de

cadena, para que este no pudiera levantar las manos.

Una vez hubo terminado, Borenson esperaba que el soldado le ofreciera la llave al Invencible. No fue así.

En vez de ello, el Invencible tomó las riendas del corcel de Borenson y comenzó a guiarlo montaña abajo.

—¿No tienes la llave de los grilletes? —preguntó Borenson.

El Invencible negó con la cabeza.

—No la necesito. Si fuera necesario, los abrirá un herrero.

A Borenson lo invadió una sensación de incomodidad y un nuevo temor se apoderó de él. Raj Ahten no acostumbraba a matar hombres, no les privaba de la vida. Los despojaba de sus dones. Un hombre como Borenson supondría un gran trofeo. El Invencible sonrió con frialdad al ver que Borenson había caído en la cuenta. Borenson se había rendido sin oponer resistencia.



## Capítulo 15



### La huida.

**A**l amanecer, tras una noche de sueño irregular, a Iome la despertó una voz que escuchaba entre sueños: Despertad, elegidos habitantes del castillo de Sylvarresta, se acerca una Gloria Caída y no tenemos mucho tiempo; debéis huir al bosque de Dunn, despertad.

El efecto fue asombroso, Iome nunca se había sentido tan completamente dominada por la voluntad de otro. La voz sonaba como un timbre en el interior del cráneo y todo su ser intentaba obedecerla. Cada uno de sus músculos parecía reaccionar.

Mientras jadeaba, el corazón aporreaba su pecho salvajemente. Saltó de la cama tan solo con una colcha por encima de los hombros, haciendo que los perrillos que habían dormido junto a ella se dispersaran.

*¡Está bien! Ya me he levantado,* pensó distraída. *¿Y ahora qué? ¡Corre!,* decidió presa de un pánico ciego, la Gloria Caída se aproxima.

De no ser porque se percató de que la colcha sola era en sí demasiado impúdica, hubiera salido huyendo del castillo envuelta en ella. Corrió hacia el guardarropa y apresuradamente se puso una blusa y una falda, junto con la capa de viaje y las botas de montar, mientras los cachorrillos amarillos daban vueltas en torno a ella, saltaban y movían las colas, preguntándose qué era aquel nuevo juego.

Iome únicamente pensaba en los establos, intentó determinar la ruta más rápida a las caballerizas y a su montura. Estaba a punto de abandonar el castillo sin nada cuando se detuvo en seco.

*Un momento,* pensó, jadeante. *Binnesman dijo que la Gloria Caída no llegaría hasta esta noche, lo cual significa que tengo todo el día para preparar bien la huida.*

A pesar de ello, el rey de la tierra la había avisado mediante sus poderes, había advertido a todos los que permanecían dentro de la ciudad y en los alrededores para que se levantaran y se dispersaran. No, no que escapen, sino que preparen la huida.

Mientras pensaba en todo ello, se percató de que sería toda una hazaña. Habría que mover tiendas, animales, y equipaje en grandes cantidades. Peor aún, gente

procedente de todo Heredon, y de lugares mucho más lejanos, había viajado hasta el castillo de Sylvarresta. La ciudad jamás había alojado a más de cien mil personas, pero allí los campos en torno al castillo se veían abarrotados por una cifra siete veces superior. Si huyeran de golpe, todos los caminos que llevaban afuera de la ciudad se verían atascados.

Gaborn había decidido prevenirlos a todos en ese momento para darles bastante tiempo. En vez de huir hacia el bosque, como le aconsejaban a Iome todos los instintos, se agachó y acarició a cada uno de sus cachorros durante unos instantes. Oyó cómo miles de personas gritaban consternadas y cómo el sonido de la gente acampada en el exterior del castillo se transformaba en un clamor sordo. Gaborn únicamente les había avisado para que se prepararan, pero sonaba como si entre el gentío cundiera el pánico. Iome dejó a los perrillos en sus aposentos y a toda prisa subió a lo alto del torreón del Rey. Allí encontró a Gaborn contemplando la ciudad, donde se había armado un jaleo inimaginable.

Miles de personas corrían hacia el bosque de Dunn, gritando y llorando, algunos solamente con la ropa que llevaban puesta, otros desmontaban los pabellones lo más rápidamente posible. Algunos de los caballos corcoveaban y se asustaban, alejándose al galope de sus desesperados amos. No obstante, no todos hicieron como había ordenado Gaborn. Mucha de la gente del campamento no había sido aún nombrada, no habían percibido las órdenes de Gaborn. Miles de ellos corrían hacia el castillo, como en busca de órdenes explícitas o para defender la fortaleza. Otros decidieron que huir hacia el norte, en dirección opuesta al bosque de Dunn, era lo más sensato. Una marea de personas se dirigía ciegamente en dirección al pueblo de Eels, a unos cinco kilómetros de Sylvarresta.

En los lindes del campamento, el rey Orwynne había apostado a unos quinientos caballeros montados y otros mil nobles de Heredon se habían plantado junto a ellos, dispuestos a marchar hacia el sur. Tal cortejo incluía a todo lord o caballero del séquito de Gaborn que pudiera manejar un caballo de fuerza.

No era un gran ejército como para enviarlo contra Raj Ahten, pero era poderoso, compuesto únicamente por caballos de fuerza capaces de recorrer trescientos veinte kilómetros al día. Los guerreros parecían estar ansiosos por partir, muchos observaban lo que podía acechar fuera de los límites del campamento.

Sin embargo, el rey de la tierra permanecía allí de pie, en su torre, consternado ante el disturbio que había generado con su advertencia mediante los poderes terrestres. Gaborn vestía una sencilla loriga de caballería bajo la capa y se había calzado las botas de montar, aunque todavía no se había encasquetado el yelmo, con lo cual el cabello oscuro le caía hasta los hombros.

—¿Qué haces? —exigió saber Iome—. ¡Me diste un susto de muerte! Nos has dado a todos un susto de muerte.

Iome se puso la mano en el pecho, intentando calmar su corazón en vano, relajar la respiración.

—Lo siento —dijo Gaborn—. Esperaba que saliera mejor. He estado conteniendo el impulso de hacer sonar la alarma durante toda la noche. Tenía que darles el mayor tiempo posible para poder huir, pero no me atreví a que salieran corriendo a ciegas en la oscuridad. No deseaba que cundiera el pánico.

Su tono sonaba tan arrepentido que Iome supo que era sincero: únicamente le preocupaba el bienestar de su gente.

De repente, la voz de Gaborn retumbó en su mente de nuevo: *Tranquilizaos, tenéis todo el día. Unid fuerzas. Salvad a los ancianos, a los jóvenes y a los enfermos. Alejaos del castillo cuanto podáis y siempre antes del anochecer.*

La gente seguía corriendo, aunque muchos se detuvieron e intentaron acatar la nueva orden.

Gaborn señaló hacia la turbulenta masa de lonas que caían y ciudadanos que se dispersaban.

—¿Ves lo sucedido? Muchos de los que acampaban a orillas del río provienen del oeste de Heredon y hubieran aplastado a todos los demás al huir hacia sus hogares. Y allí abajo, ¿ves ese pabellón rojo donde lloran unos niños? ¡Su madre y su padre han huido sin ellos! Felicito a los padres por su obediencia, pero esperaba una respuesta algo más comedida. Aunque el hombre y la mujer de la tienda de al lado también fueron elegidos y ninguno de ellos se ha molestado en salir de la cama, por lo que puedo ver. Deben de estar recogiendo las cosas, pienso; pero ¿y si el peligro fuera algo más inminente?, ¿debería felicitarlos por la tranquila reacción o morirán algún día por esa misma razón? Y mira allá arriba, muchos ya han alcanzado la orilla del bosque de Dunn y deambulan confundidos, sin saber cómo obrar. Otros no dejarán de correr, diga lo que diga, hasta que el cansancio los haga desplomarse. ¿Quién actúa mejor? ¿Los que siguen mis órdenes al pie de la letra o los que se esfuerzan demasiado? Y por ahí, ¿ves a esa mujer que lucha por salvarse? Debe de rondar los noventa años. No podrá caminar más de tres kilómetros al día. ¿Crees que alguien le brindará ayuda?

Al tiempo que Gaborn escrutaba aquel arremolinado miasma humano, la boca se le abría de asombro y horror.

Iome ya lo entendía. Aquellos poderes eran tan recientes, tenía tan poca costumbre, que los utilizaba torpemente, y no podía permitírselo. Ese poder era como una espada, un arma que únicamente era útil si el brazo que la blandía sabía parar golpes y lanzar estocadas con destreza. Intentaba aprender a manejarse. Y era mucho lo que dependía de esas estocadas: la vida de todo hombre, mujer y niño en aquella vasta multitud.

Al contemplar la escena, Iome se percató de que presenciaba una desgracia mucho mayor. Como rey de la tierra, poseía poderes para advertir a los suyos, pero no podía obligarlos a obedecer; no podía forzarlos a proceder en su propio interés.

Al emitir la segunda orden, la confusión comenzó a aliviarse. Gaborn les envió una tercera advertencia, pidiéndoles que se calmaran y que se ayudaran mutuamente.

La gente se tomó unos segundos para detenerse y mirar fijamente a Gaborn. Tiendas y pabellones continuaban cayendo con apabullante celeridad, pero los padres ahora sí acudían a atender a sus hijos apresuradamente, y los extraños ayudaban a los ancianos. Iome comprendió que ya no había motivo para preocuparse por si los primeros eran aplastados bajo los pies de quienes los seguían.

Gaborn asintió en señal de aprobación. Se volvió hacia Iome y la abrazó.

—¿Te vas ya? —preguntó Iome, sin querer que se marchara.

—Sí —respondió él—. El rey Orwynne y los otros ya han subido en sus monturas y tenemos largo camino que recorrer hoy. Muy pocos caballos soportarán tal ritmo. He enviado emisarios a la reina Herin la Roja y a Beldinook, para rogarles que nos acojan por un día. Viajaremos sin cocineros y sin séquito.

Iome asintió con la cabeza. Sin séquito, la marcha resultará árdua, sin cocineros, ni lavanderas, ni tiendas, ni escuderos que cuidaran de las armaduras y los animales. Aunque si querían viajar aprisa, tendrían que arreglárselas. En tiempos tan complicados como aquellos, ningún noble se atrevería a negar comida a las tropas, estarían agradecidos por los refuerzos, y una cena y una cama supondrían una pequeña recompensa.

Entonces, Gaborn hizo una pregunta inesperada:

—¿Vendrás conmigo?

No era habitual que un noble llevara a su esposa al frente, pero tampoco lo era abandonarla durante los primeros seis meses de casados. Iome sospechaba que para Gaborn era una pregunta difícil.

—¿Ahora me pides que te acompañe? —dijo Iome—. Podías haberlo dicho hace horas, me habría preparado.

—Fui a verte hace horas. Dormías de manera inquieta y no tienes la resistencia suficiente para quedarte en vela y luego cabalgar todo el día. Por eso se me ha ocurrido pedirle a Jureem que se quede unas horas esta mañana, que tome notas y vigile el campamento y que aprenda todo lo que pueda. Así, la próxima vez que yo tenga que prevenir a toda una ciudad a fin de dispersarla, sabré cómo hacerlo. He pensado que podías quedarte con él y partir más tarde. Vuestros caballos son veloces y podréis darnos alcance rápidamente.

—¿Puedo traer a Myrrima? —preguntó Iome—. También querrá venir. Necesito la compañía de una dama.

Gaborn frunció el entrecejo, pensativo. No deseaba cargar con la mujer de otro lord durante un viaje que podía resultar peligroso, pero entendía la necesidad de su esposa de observar el protocolo.

—Por supuesto —dijo, aunque sonaba algo inseguro.

La miró con dureza, los ojos azules la escudriñaron.

—Observé a los cachorros en la cama contigo.

—No estabas allí —dijo a la defensiva—. Necesitaba algo que me calentara.

—¿Tan frías son las noches?

—Los caballeros de Heredon son apasionados.

Había citado el título de un romance subido de tono que nunca había oído cantar paladinamente en su presencia.

Gaborn se rio escandalosamente y se sonrojó.

—¡Conque mi esposa desea ser como un señor de los lobos que se arrastra de taberna en taberna cantando canciones verdes y enseñando las piernas! —dijo Gaborn—. ¡Reina de los caminos! La gente dirá que soy una mala influencia.

—¿Estás en contra de ello?

Gaborn sonrió.

—No. Si no poseyera ya algunos dones, hubiera dormido con algunos de los cachorros anoche. Me alivia ver que has aceptado el regalo del duque Groverman. Estará encantado de haberte servido tan bien.

Gaborn reflexionó un momento.

—Tendré que decir al tesorero que aparte algunos marcadores para tu uso personal. Unos cien deberían bastar.

—Entonces, dispondré también que Jureem cargue algunos cachorros más para ti —dijo Iome—. Pronto entrarás en combate.

Iome lo agarró y lo besó por impulso; luego, se dio cuenta de que lo había besado en la torre, donde no menos de diez mil ojos los observaban.

—Hasta esta tarde, entonces.

—Gracias —respondió Iome.

Gaborn se mordió el labio, sonrió con preocupación y dijo:

—Nunca des las gracias a un hombre por llevarte al frente hasta que no haya terminado la guerra.

Después de eso, se giró, atravesó la puerta en lo alto de la torre, y bajó de allí deprisa. Al poco, Iome lo divisó cruzando el patio a zancadas, entre calles empedradas, hacia la puerta del Rey. Luego se perdió cuando se acercaba a la esquina carbonizada de la calle del Mercado, donde la semana anterior había matado a la tejedora de llamas. Los mamposteros habían intentado reparar los daños provocados a los edificios de esa zona, pero la limpieza y los trabajos de restauración de las fachadas llevarían meses o años. Y los vecinos ya habían empezado a referirse al lugar como la Esquina Negra. Iome imaginó cómo en unos años se diría a los extranjeros que pidieran las señas de algún local: «Sí, el taller del herrero se encuentra donde la Esquina Negra, en dirección a la rejilla», y todos entenderían lo que significaba aquello.

*Si tenemos suerte y vivimos hasta entonces, pensó.*

Después se puso manos a la obra. Hizo el equipaje y ordenó a unos criados y a un centinela nuevo, un joven y fuerte muchacho que se llamaba *sir* Donnor, procedente del castillo de Donyeis, que fueran con ella a la sala del tesoro del rey a recoger todo el oro y las especias valiosas, las armaduras y los marcadores.

Gaborn se había llevado veinte mil marcadores hacia el sur con objeto de

entregárselos a Raj Ahten, con la esperanza de que el señor de los lobos accediera a las condiciones de la tregua. Pero había dejado diez mil en la sala del tesoro, junto con otros obsequios que le habían regalado recientemente los nobles de Heredon. Entre ellos había una armadura de launas para él y otra para su caballo, un presente del duque Mardon con motivo de las nupcias reales. Gaborn había descartado utilizarla en combate, pues resultaba muy pesada. Había además gran cantidad de oro y especias de renta fiscal, puesto que los impuestos de la cosecha se abonaban durante la semana de Hostenfest. La suma total ascendía a varios miles de libras. Por ello, Iome hizo que los criados lo trasladasen sigilosamente hasta el cementerio, donde lo guardó bajo llave en un panteón, entre los huesos de sus abuelos.

Tan solo esa proeza le llevó dos horas y, cuando terminó, se le ocurrió que debía comprobar el estado de Binnesman, ya que no lo había visto y le preocupaba que necesitara la ayuda de algunos sirvientes antes de que todos abandonaran la ciudad.

Cuando fue a buscarlo a su habitación, en el sótano del torreón, no lo encontró, aunque en una vieja chimenea había un fuego encendido y el aire olía mucho a verbena hervida, una planta herbácea con aroma a limón que solía utilizarse como concentrado para perfumes. La fragancia fresca a verbena inundaba todo el sótano, olía a rayos de sol líquidos. En la alacena de lácteos, Iome encontró a la hija del canciller Rodderman, una niña de ocho años, de expresión despierta, que se había quedado allí mientras su padre se aseguraba de que la fortaleza era evacuada de manera correcta. Binnesman se había marchado al alba, había dicho que iba a los jardines de las grandes fincas de la ciudad en busca de laurácea, achicoria común y artemisa.

Iome dejó de inquietarse por Binnesman por el momento. En vez de eso, se dirigió al torreón de los Consagrados para asegurarse de que los consagrados habían sido evacuados.

Esa última semana, el torreón había cambiado mucho. *Sir Borenson*, obedeciendo las órdenes del padre de Gaborn, había degollado a todos los consagrados, pues Raj Ahten había obligado a las tropas del rey a cederle dones, despojando así a miles de súbditos de Sylvarresta de los suyos propios. Las acciones de Borenson fueron una obra sangrienta y espeluznante y, aunque en parte Iome se sentía agradecida por el hecho de que alguien hubiera tenido el valor de hacerlo, por otro lado aún estaba conmovida y entristecida. Muchos de esos consagrados habían sido criados como donantes del uso de la mente, de la fuerza física, la resistencia o el metabolismo al servicio del rey Sylvarresta. Su único crimen había sido el de amar a su señor e intentar servirle del mejor modo que eran capaces. No obstante, cuando los caballeros a quienes habían cedido esos dones cayeron en manos de Raj Ahten, y este los obligó a ceder dones propios, los consagrados pasaron a ser un instrumento en manos de un monstruo como Raj Ahten. Ya que nadie albergaba la esperanza de matar a Raj Ahten, a lo más que podían aspirar sus enemigos era a debilitarlo, lo que significaba una matanza de consagrados débiles e inocentes. Lo de Borenson fue un trabajo

atroz: matar a retrasados que no sabían que la muerte los acechaba, masacrar a los donantes de metabolismo durante su eterno sueño, asesinar a los que estaban muy débiles porque habían donado fuerza física, de modo que ni siquiera podían levantar las manos para esquivar el golpe.

Desde aquella noche, Borenson se mostró frío y distante con ella y con Gaborn. No soportaba el sentimiento de culpa.

Y mientras Iome cruzaba el espacio abierto que hacía de patio interior del torreón de los Consagrados, tampoco pudo dominar bien sus propios recuerdos de ese lugar. Los altos y estrechos muros del torreón la asfixiaban. El torreón de los Consagrados contenía demasiados recuerdos sombríos.

Dentro del patio solamente crecían un par de árboles, poco desarrollados por falta de luz. La semana anterior, la madre de Iome yacía allí mismo: el cuerpo oculto después de que Raj Ahten la asesinara. Y después de que su padre hubiera cedido la inteligencia al señor de los lobos, Iome se había quedado un día atendiéndolo, aunque este ya no reconocía a su propia hija al mirarla. Sylvarresta no se quedó solo sin inteligencia, sino que Iome tuvo que ceder su propia belleza al vector de Raj Ahten, y por consiguiente se afeó.

Iome cruzó el patio, pero no se atrevió a entrar en el torreón por miedo a que la invadieran demasiados recuerdos de amigos perdidos, por miedo a emprender la búsqueda de manchas de sangre en los catres y en el suelo. Aunque el ayudante de limpieza le aseguró que habían quemado las camas y que el suelo, las paredes y, por los Elementos, el techo relucían como el oro, no podía imaginarse con pleno conocimiento el aspecto que había tenido.

Por fin envió a *sir* Donnor al mismo torreón en busca de Myrrima, mientras ella esperaba en el patio a que llegara su cronista.

En el patio había varios carromatos aparcados, y Iome observó cómo algunos centinelas guiaban a los ciegos y a los que habían donado su agilidad o fuerza física a otro. Qué triste visión la de aquella gente que se había ofrecido a convertirse en impedida al servicio de su soberano.

Un instante más tarde, *sir* Donnor salía del edificio. Le aseguró a Iome que Myrrima ya se había ocupado de su madre y de sus hermanas, ahora que estaba recogiendo su habitación.

Iome ordenó a *sir* Donnor que fuera a las caballerizas y que preparara los caballos. Después se dirigió a informar a Myrrima de que partirían juntas, en dirección sur, con su marido. Iome no se sorprendió al encontrarla con los cachorros, que ladraban a sus pies, y con un arco largo, una aljaba llena de flechas de mortífera apariencia y una muñequera, en su cama. Aunque sí se sorprendió al ver que intentaba probarse un viejo chaleco demasiado holgado y muy acolchado, que únicamente parecía apropiado para fregar el suelo.

—¿Creéis que me aplasta el pecho lo suficiente? —preguntó Myrrima.

Iome miró a Myrrima realmente anonadada y dijo:

—Si lo que deseas es aplastarte el pecho, unas piedras funcionarían mejor.

Myrrima puso cara agria.

—Lo digo en serio.

—Bueno, suficientemente aplastado ¿con qué propósito?

—¡Para que no me estorben al disparar!

Iome nunca había disparado con arco, aunque conocía damas que sí lo habían hecho y, por tanto, comprendió los apuros de Myrrima.

—En mi guardarropa tengo un chaleco de cuero de montar que puede servirte mejor. Te lo traeré —se ofreció Iome.

Entonces fue cuando le explicó que cabalgarían juntas hacia el sur. Myrrima se mostró sorprendida y realmente contenta ante la perspectiva de seguir a los hombres al frente.

Una hora más tarde, daban cuenta de un buen desayuno en compañía de la historiadora de Iome y *sir* Donnor. Pero, a las diez de la mañana Binnesman aún no había regresado a su cuarto, así que ordenaron que les trajeran los caballos del establo y se prepararon para salir, dejándolo casi todo resuelto. Los perrillos de Iome se habían quedado en las cocinas del rey hasta que esta estuvo segura de que partía.

Entre tanta confusión, Iome todavía no había hablado con Jureem. Cuando alcanzó las puertas de la ciudad, lo encontró gritando a los que remoloneaban en el exterior del castillo. Pensaba que toda la gente asentada en los terrenos en torno a la fortaleza ya se habría dispersado, pero no era así. Al mirar por el portón de la ciudad, se fijó en que los caminos hacia el sur y el oeste y los que conducían al bosque de Dunn, estaban atascados con carretas y bueyes y campesinos, muchos de los cuales habían abandonado la idea de marcharse y simplemente deambulaban por allí. De los pabellones cercanos al castillo, aún quedaba un cuarto de ellos en pie, y muchos de los ocupantes no parecían interesados en moverse en absoluto.

A Jureem aquello lo sobrepasaba. Aunque era un excelente servidor, quizás el más capaz entre todos los que había conocido, no podía obrar milagros. Y, evidentemente, se enfrentaba a una situación imposible. Cinco mil lores y caballeros, y también algunos campesinos, con unos simples arcos largos por armas, habían sitiado las puertas del castillo y exigían que se les dejara entrar. La guardia de la ciudad, unos cuarenta hombres, les bloqueaban la entrada.

—¿Qué pasa aquí? —exigió saber Iome.

—Alteza —explicó Jureem—, estos hombres desean proteger las murallas del castillo.

—Pero... —a Iome no se le ocurrió nada en ese momento—, pero Gaborn dijo que huyeran todos.

—¡Lo sé! —exclamó Jureem—. Pero han decidido no hacer caso.

A Iome le asombró que un vasallo pudiera desobedecer las órdenes de su soberano. Miró a *sir* Donnor, como si buscara respuesta. No obstante, el muchacho rubio se limitó a fulminar con la mirada a aquellos alborotadores.



Iome paseó los ojos entre la multitud.

—¿Es eso cierto? —preguntó—. ¿Ninguno habéis sido elegidos? ¿No escuchasteis las órdenes?

Ante eso, cientos de hombres desviaron avergonzados la mirada. A pesar de que podían oponerse a Jureem, un simple vasallo, no podían hacer lo mismo con Iome.

Aturdida, dijo:

—¿Sabéis siquiera lo que es la Gloria Caída? ¿Pretendéis conocer los poderes que posee?

Uno de los hombres, un lord menor que Iome reconoció como *sir Barrows*, se adelantó.

—Todos hemos oído hablar de Glorias y Luminosas —dijo—. Y si los viejos mitos son ciertos, pueden morir en combate, igual que un hombre. Creemos que podemos defender las almenas firmemente con los aparatos de asedio, las ballestas, las catapultas y los arcos de acero y matarla antes de que toque tierra.

—¿Estás loco? —gritó Iome, atónita ante las palabras del hombre—. Sé que sois todos valientes, pero ¿sois también idiotas? ¿No oísteis la orden de vuestro señor? ¡Os dijo que huyerais!

—Claro que lo oímos, alteza —respondió *sir Barrows*—, pero sin duda tal orden se refería principalmente a mujeres y pequeños. ¡Nosotros somos hombres fuertes!

Ante eso los hombres agitaron las lanzas y las hachas, alzaron los escudos y profirieron un grito que resonó entre las colinas.

Iome los miraba de hito en hito. Habían oído las palabras del rey de la tierra y habían resuelto tomar la iniciativa. Se volvió al capitán de la guardia del rey y le ordenó:

—Apostad a doscientos arqueros en las murallas y disparad a cualquiera de estos hombres que se ponga a tiro.

—¡*Milady*! —dijo *sir Barrows* con tono dolido.

—Yo no soy tu señora —le dijo Iome gritando ferozmente—. Si no obedecéis las palabras de vuestro señor, no sois sus vasallos, y moriréis todos, ¡todos! Puede que elogie vuestro valor, pero maldeciré vuestra insensatez y, si es necesario, ¡la castigaré!

—¡Alteza! —dijo *sir Barrows*, cayendo de rodillas como si esperara las órdenes de Iome.

Los demás claudicaron e imitaron el ejemplo, aunque algunos tardaron algo más en arrodillarse que otros.

Iome se dirigió a Jureem:

—¿Por qué hay gente deambulando por los caminos? —preguntó—. ¿Por qué no pueden abandonar la ciudad?

—Los más lentos entorpecen la marcha —dijo Jureem—. Muchos de los carros transportan demasiada carga y a algunos se les han roto los ejes o han perdido las ruedas, así que todos tienen que esquivarlos.

Iome se volvió hacia las tropas ante la puerta del castillo.

—*Sir Barrows*, envía a mil hombres por cada carretera y que aparten los carros de aquellos que tienen problemas para seguir la marcha; que se pongan a arreglar las ruedas y los ejes. A los que aún están en los campos, pregúntales por qué se quedan. Si tienen una buena razón para permanecer aquí, quiero saberlo. Si la razón no es válida, les dices que tenéis órdenes de matar a todos los que ese encuentren a ocho kilómetros del castillo dentro de una hora.

—¡Alteza! —exclamó *sir Barrows* lleno de asombro—. ¿Realmente deseáis que los mate?

Iome se sintió apabullada ante la estupidez del hombre. Pero luego recordó las palabras de Gaborn al comenzar la semana. Él opinaba que era erróneo maldecir a un hombre por simple, pues los simples no podían evitar serlo y siempre estaban a merced de los astutos.

—No tendrás que matarlos —le advirtió—. La Gloria Caída se encargará de ello.

*Sir Barrows* abrió la boca, dándose cuenta repentinamente.

—Así se hará, alteza.

Dio media vuelta y comenzó a vociferar órdenes.

Jureem inclinó la regordeta figura ante la reina y el dobladillo de las vestiduras de seda dorada barrió el suelo.

—Gracias, alteza. No pude razonar con ellos y no me atrevía a molestaros.

—La próxima vez, atrévete.

—Hay otras cuestiones.

—¿Cuáles son?

—Hay cientos de personas demasiado enfermas para emprender la huida. Algunos demasiado ancianos, otros demasiado enfermos. Algunas madres que han parido hace pocas horas o soldados heridos en los torneos de ayer. Han pedido permiso para refugiarse en el castillo. Ordené que se les acomodara en las posadas hasta que decidamos qué hacer.

—¿No podemos subirlos a los carromatos? —preguntó Iome.

—Ordené a los médicos que hablaran con los que pueden pronunciar palabra. Los que podían acomodarse en un carromato, ya se han marchado. Algunos médicos se han ofrecido a quedarse aquí y cuidar de los enfermos.

Iome se pasó la lengua por los labios e hizo una mueca desesperada. Claro que no podrán desplazarse. Y en un día no podemos llevarlos a ocho kilómetros de aquí, o lo que sería más adecuado, a ochenta.

—Deja que se queden —dijo Iome—. Algunos tendrán que permanecer ocultos.

Se cuestionó si debía ordenar a los médicos que se marcharan, pues temía perder hombres y mujeres de tal calibre. Por otro lado, no se atrevía a negarle a los enfermos y a los moribundos todo el socorro que pudiera ofrecerles.

Al mismo tiempo que se planteaba qué hacer, *Binnesman* apareció, paseando entre la multitud de guerreros, procedente de algún lugar fuera de la ciudad. En la

espalda llevaba un saco rebosante de hojas de lauráceas.

Aunque aún era por la mañana, Binnesman ya tenía cara de agotamiento.

—Dejad que se queden, majestad —gritó—, pero no en las habitaciones de los pisos superiores de las posadas, sino en los sótanos más profundos. Dibujaré runas en las puertas para ocultarlos y dejaré algunas hierbas que les ofrezcan protección.

Iome se sintió más aliviada al ver a Binnesman de lo que la lógica podía explicar; al acercarse el mago, comprendió por qué. Antes solía percibir el poder terrestre que lo anegaba por dentro, una ligera y perturbadora fuerza que sugería nacimiento y crecimiento y que la llenaba de anhelos creativos. Sin embargo, aquella mañana Binnesman debía de andar repartiendo encantamientos protectores, pues Iome, que se había sentido como un jinete atosigado al huir de los enemigos, repentinamente se encontraba a salvo entre los muros de una fortaleza.

Eso es, advirtió. Esa mañana se encuentra segura en su presencia.

—Pareces agotado. ¿Puedo hacer algo por ti?

—Sí —dijo Binnesman—, me preocuparía menos por vos, alteza, si abandonarais la ciudad como todos los demás.

Pero Iome paseó la mirada por la campiña.

—No todos se han marchado y no puedo irme hasta haber hecho cuanto sea posible por garantizar la salvaguarda de mi gente.

Binnesman carraspeó.

—Suenas a algo que diría vuestro marido.

Aunque el tono de voz del mago no era de reproche. Binnesman contempló a Iome y a Myrrima durante unos instantes.

—Una cosa sí podéis hacer, aunque no sé si debo pedirlo.

—Lo que sea —dijo Iome.

—¿Tenéis un ópalo noble que no os importara prestarme? —preguntó Binnesman. El tono de voz indicaba que la piedra no le sería devuelta.

—Mi madre tenía un collar y unos pendientes.

—Con el encantamiento adecuado, resultan unos poderosos amuletos contra las criaturas de las tinieblas —dijo Binnesman.

—Entonces te los daré, si puedo arrancarlos del engaste.

—No los toquéis —dijo Binnesman—. Cuanto más grande y más brillante la piedra, mejor protección. Además, el ópalo se rompe con facilidad.

—Voy a por ellos —dijo.

Cayó en la cuenta de que se le había olvidado llevarlos a la sala del tesoro. El cofre con las joyas de su madre aún estaba escondido detrás del escritorio, en su habitación.

—Me encontraréis en las posadas —dijo Binnesman—. El tiempo se nos echa encima.

Iome y Myrrima volvieron a caballo al torreón del Rey y subieron a la estancia más alta. *Sir Donnor* y la cronista de Iome no se atrevieron a entrar en los aposentos

de Iome y se quedaron en la antesala exterior.

El joyero contenía la corona oficial de su madre, una joya sencilla pero elegante de plata y diamantes. Aparte de la corona, había docenas y docenas de pendientes, broches, brazaletes, ajorcas y collares.

Iome encontró el collar que recordaba. Este estaba hecho de plata engarzada con veinte ópalos blancos que hacían juego. El centro lo formaba una piedra grande y brillante engastada en un colgante de plata.

Su madre le había contado que su padre compró las piedras durante el viaje de pedida de mano a Indhopal. A Iome le maravillaba aquella historia: su padre había recorrido medio mundo para encontrar a su madre. Le parecía un viaje romántico, viajar tan lejos, aunque Gaborn no se había quedado corto con ella.

Pero, de algún modo, el ardor del matrimonio entre Iome y Gaborn quedaba disminuido por el hecho de que los padres de ambos habían sido amigos y ambos deseaban la unión durante mucho tiempo. Casarse con él le pareció un poco como casarse con una persona corriente, aunque hasta hace diez días no lo conocía.

Mientras hurgaba en el joyero de su madre, Iome encontró más ópalos. El cofre era grande, había servido de joyero a las reinas de la dinastía de los Sylvarresta durante generaciones y guardaba algunas joyas que su madre nunca llegó a ponerse. Encontró un broche de ópalos de fuego engastados, como los ojos de un trío de peces, elaborado con cobre deslustrado. Además, encontró un antiguo colgante en forma de lágrima con un ópalo que brillaba en tono verde vivo.

Esos fueron los que seleccionó, puesto que tenían las piedras más grandes, y se los pasó a Myrrima porque era quien llevaba bolsillos en el chaleco.

—Ojalá que estos sirvan.

Puso el resto de las joyas en el joyero y lo deslizó bajo la cama. Cuando hubo terminado, contempló el castillo a través del mirador. Las calles de la ciudad estaban desiertas, silenciosas. Por primera vez en su vida, no veía una sola chimenea que desprendiera humo de las cocinas. En la distancia, distinguió algunas tiendas que se desmontaban en el campo. Ahora que los caballeros amenazaban con matar a la gente, esta huía a toda prisa.

Bruscamente, la escena de allí abajo le resultó familiar.

—Lo he soñado —dijo Iome.

—¿Soñado el qué? —preguntó Myrrima.

—Soñé con esto la semana pasada cuando Gaborn y yo nos dirigíamos hacia el sur, a Longmot; o algo parecido a esto. Soñé que Raj Ahten venía a destruirnos y que todos en el castillo se convertían en un vilano y flotaba en el aire, y el viento nos apartaba de sus garras.

La gente dispersándose en todas direcciones le recordaba al vilano agitado por un fuerte viento.

—Solo que en mi sueño, Gaborn y yo fuimos los últimos en partir. Todos flotamos en el viento..., pero en mi sueño sabía que no regresaríamos nunca. Jamás

volveríamos aquí.

Esa noción la asustaba. La idea de no poder volver al castillo donde había crecido.

Las leyendas contaban que el rey de la tierra se comunicaba con los hombres mediante señales y sueños, y aquellos que prestaban atención y comprendían se convertían en nobles y reyes. La sangre de tales reyes fluía por las venas de Iome.

—Fue solo un sueño —dijo Myrrima—. Si se hubiera tratado de un verdadero mensaje, Gaborn estaría aquí, con vos.

—Está conmigo, al menos eso creo —dijo Iome—. Me parece que estoy embarazada de él.

Iome miró a Myrrima. Sabía que provenía de familia plebeya, con lo cual no tomaría un presagio a la ligera.

—Oh, *milady* —susurró Myrrima—. ¡Enhorabuena!

Y tímidamente abrazó a Iome.

—Pronto te tocará a ti —le aseguró esta—. Es imposible encontrarse cerca del rey de la tierra y no responder a su fuerza creadora.

—Eso espero —dijo Myrrima.

Iome recuperó el joyero de debajo de la cama y extrajo la corona de su madre y las joyas más valiosas que encontró. *Por si acaso*, se dijo. Envolvió las joyas en una funda de almohada con la intención de transportarla en las alforjas.

Una vez hubo acabado, una muchacha comenzó a gritar con desesperación en el patio de armas, delante del castillo.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Hay alguien ahí?

Myrrima abrió la ventana del mirador y Iome se apoyó en la repisa para mirar hacia abajo.

Una muchacha de unos doce años, que por su aspecto parecía ser una doncella, ataviada con un vestido marrón, vio a Iome y gritó:

—¡Ayudadme, alteza! Esperaba encontrar a alguien de la guardia del rey. Mi señora, *lady* Opinsher, se ha encerrado en sus aposentos ¡y no quiere salir!

*Lady* Opinsher era una dama entrada en años que vivía en el vecindario más antiguo y opulento de la ciudad. Iome la conocía bien y sabía de sobra que Gaborn la había nombrado elegida cuando se presentó en la boda. A buen seguro, *lady* Opinsher habría oído la advertencia del rey de la tierra.

—Enseguida vengo —dijo la reina, preguntándose qué consecuencias tendría aquello.

Myrrima y ella bajaron apresuradamente al patio, con *sir* Donnor y la cronista de Iome siguiéndolas de cerca. La muchacha se encaramó con miedo al corcel de Myrrima, cabalgaron hacia la ciudad por la puerta del Rey y a través de las angostas calles que conducían a la mansión de *lady* Opinsher.

Mientras galopaban, Iome lanzó algunas miradas a lo alto, descubrió a un niño en una ventana abierta. Se fijó en que ya era tarde y que no todos habían obedecido el

reclamo de su marido.

Una vez en la mansión de *lady* Opinsher, se detuvieron ante el pórtico de columnas blancas, las cuales sostenían un techo en el patio cerrado. Dos guardias armados se encontraban situados en el quicio de la puerta de entrada, vestidos con una elegante armadura de esmalte.

—¿Qué significa esto? —les preguntó Iome—. ¿No tendríais que haberos marchado ya?

—Os rogamos indulgencia —dijo uno de ellos, un hombre mayor, con ojos azul claro y un bigote canoso que le caía sobre la boca—, pues hemos jurado servir a *lady* Opinsher y ella ha ordenado que nos quedáramos en nuestros puestos. Por eso enviamos a la muchacha.

—¿Podemos entrar? —preguntó *sir* Donnor en tono de amenaza, como si no estuviera seguro de las órdenes que tenían los centinelas.

Si la mujer había enloquecido del todo, podía haber ordenado a la guardia que matara a todo el que se acercara.

—Por supuesto —dijo el viejo centinela apartándose.

Iome desmontó del caballo y se introdujo en la casa apresuradamente, junto con la doncella que le mostraba el camino.

La mansión de *lady* Opinsher era mucho menos antigua que el torreón del Rey. Mientras que la fortaleza se había construido hace dos mil años para alojar a un lord y a sus caballeros, la mansión no tendría más de ochocientos años, y la habían levantado paulatinamente durante un periodo de prosperidad. Además, resultaba opulenta y majestuosa en comparación con el torreón del Rey. A Iome se le antojaba que se parecía más a uno de los imponentes palacios de las Cortes de Tide. La entrada poseía cristalerías en lo alto para permitir que la luz del sol iluminara la gran sala, que recorriera la araña de plata hasta rebotar en el complicado mosaico del suelo. Las paredes estaban forradas con paneles de madera pulida. Elegantes lámparas descansaban sobre largos pies.

La doncella los condujo por la gran escalinata. Iome se sentía terriblemente cohibida, vestida con botas y ropa de montar. Dentro de una casa tan señorial, lo que se debería oírse era el frufú de la propia falda al subir la escalera.

Cuando alcanzaron la segunda planta, la doncella llevó a Iome hasta una puerta de roble intrincadamente tallada con el emblema heráldico de *lady* Opinsher.

Intentó abrir la puerta, pero se la encontró cerrada con llave, por lo que la aporreó con los puños mientras gritaba:

—¡En nombre de la reina, abra la puerta!

Al no obtener respuesta, *sir* Donnor golpeó más fuerte.

Iome escuchó un susurro de pies que se arrastraban por el suelo de piedra, pero la dama seguía sin abrir la puerta.

—Coge un hacha y parte la puerta —dijo Iome en voz alta a *sir* Donnor.

—Por favor, alteza, os ruego que no lo hagáis —suplicó *lady* Opinsher.

*Sir Donnor* se detuvo justo cuando la dama daba una vuelta a la llave y abría la puerta, dejando una rendija. Se trataba de una señora mayor, con el rostro arrugado, aunque todavía poseía una figura delgada y su don de encanto estaba intacto. Era una mujer muy bella, aunque en los últimos tres años apenas había salido de la casa.

—¿En que puedo servirlos, alteza? —preguntó la dama con una reverencia algo forzada.

—¿No oyó usted la advertencia del rey de la tierra? —preguntó Iome.

—Sí —respondió la dama.

—¿Entonces?

—Os ruego que me permitáis quedarme —dijo *lady Opinsher*.

Iome agitó la cabeza, extrañada.

—¿Por qué?

—Soy vieja —dijo la dama—. Mi marido está muerto y mis hijos murieron todos al servicio de vuestro abuelo. No tengo una razón para vivir. No quiero abandonar mi hogar.

—Es una casa magnífica —dijo Iome—. Y seguirá siéndolo cuando regrese.

—Mi familia ha vivido aquí durante ochocientos años —dijo la dama—. No quiero marcharme. No lo haré. Ni por vos, ni por nadie.

—¿Ni por usted misma? —preguntó Iome—. ¿Ni por el rey?

—La decisión está tomada —dijo la dama.

*Podría ordenar a «sir» Donnor que la sacara a rastras, que luchara contra los centinelas*, pensó Iome. Dudaba de que los señores de la puerta, ya entrados en años, le causaran muchas molestias a *sir Donnor*, pues se decía que este era un gran luchador. Borenson había luchando contra él y lo había ascendido a capitán de la guardia del rey.

—La vida tiene un sentido —dijo Iome—. No vivimos para nosotros solamente. Puede que sea mayor, pero aún puede servir a otros. Si le queda algo de sabiduría o amabilidad o compasión, podría ayudar a otros.

—No —dijo *lady Opinsher*—, me temo que no.

—Gaborn penetró su corazón, descubrió lo que hay en usted.

*Lady Opinsher* era conocida por sus actos caritativos y Iome creía entender por qué Gaborn había elegido a la anciana.

—Descubrió vuestro valor y compasión.

Con una risita seca, *lady Opinsher* dijo:

—Esta misma mañana se me agotaron esas cualidades. Si mi doncella pudiera comprarlas en el mercado, la enviaría a por ellas para que las dejara en la puerta de mi habitación. No —dijo rotundamente—, ¡no me marcharé!

Cerró la puerta.

Iome se quedó consternada. Quizás la anciana sintiese compasión, pero no creía que el mañana fuera mejor que el hoy, o que mereciera la pena luchar por su propia vida, o que tuviese algo importante que ofrecer. Iome únicamente podía especular

sobre los motivos de la señora.

—Entonces puede quedarse —dijo Iome a la puerta.

No sacaría a la fuerza a una mujer de su casa.

—Pero dejará que se marchen los criados. No permitirá que mueran también, ellos deben huir.

—Como deseéis, alteza —respondió la dama.

Iome se giró para dar la orden, pero la doncella ya había salido corriendo. Miró a Myrrima fijamente durante un instante. La belleza de ojos oscuros se hallaba pensativa.

—Incluso vuestro marido no puede salvar a quien no quiere que lo salven —opinó Myrrima—. No es culpa suya, ni tampoco vuestra.

—*Sir Donnor* —dijo Iome—, ve a la guardia de la ciudad y que registren edificio por edificio, a ver cuántos más como ella encuentran. Adviérteles en mi nombre que deben marcharse.

—Inmediatamente —dijo *sir Donnor*.

Este dio media vuelta y se marchó.

—Eso llevará horas —repuso Myrrima una vez que *sir Donnor* desapareció.

Iome intuyó por el tono de voz que Myrrima insinuaba una pregunta, quería decir, y si hacemos esto, ¿cuándo nos vamos?

Iome se mordió el labio, lanzó una mirada a su cronista, como si buscara una respuesta. La mujer, entrada en años, guardaba silencio, como de costumbre.

—Tenemos caballos rápidos —dijo Iome—. Podemos recorrer más camino en una hora que un campesino en un día.

Iome encontró a Binnesman, el mago, en una de las posadas, como este había prometido. La posada, un viejo local de buena reputación llamado Tesoro del Jabalí, era la más grande de la ciudad y las bodegas subterráneas eran un auténtico laberinto. Enormes cubas de roble exhalaban el aroma de la fermentación y de las vigas colgaban ramilletes secos de balsamita. El lugar olía además a ratones, aunque los gatos salvajes iban como flechas por doquier, mientras que Iome, Myrrima, *sir Donnor* y la cronista de Iome deambulaban entre montones de botas de vino vacías y contenedores llenos de nabos, cebollas y puerros; pasaban al lado de prensas de uva, barricas de arenques y angulas saladas; se movían entre sacas húmedas de queso y bolsas de harina.

En los rincones más recónditos de los sótanos, donde fermentaban las descomunales cubas de cerveza, había docenas y docenas de enfermos tumbados a la espera de los cuidados de los médicos.

Allí, bajo la tenue luz de una sola vela, estaba Binnesman manos a la obra. Había colocado hojas de lauráceas y ramitos de artemisa delante de las grandes puertas de roble y había pintando runas en las demás.

Cuando Myrrima se acercó y extrajo del bolsillo las joyas de la reina, Binnesman



cerró la puerta que daba a la sala de enfermos.

Con manos ansiosas, tomó los ópalos y los repartió por el negruzco suelo de madera, manchado con la suciedad de varios años. Entre los barriles de aceite, que llegaban al techo, estaba tan oscuro como una noche estrellada.

Binnesman dejó los ópalos en el piso y, alrededor de ellos, dibujó runas en el polvo. Después se arrodilló y con los dedos, lentamente, dibujó círculos en el aire, al mismo tiempo que recitaba:

Luz del sol que una vez calentó la tierra.  
Que te empapó como a un niño que se deleita  
junto a la chimenea en invierno.  
Estrellas que brillaron una vez, tan feroces como un manantial,  
que las piedras aún recuerdan  
y conservan sus haces.

Binnesman dejó de hablar y susurró suavemente:

—Despertad y liberad vuestra luz.

Detuvo el movimiento circular de los dedos y permaneció allí, a la expectativa. Las piedras yacían en el suelo, apagadas.

De repente Iome observó como comenzaban a brillar mientras el fuego atrapado en su interior se encendía. De niña había jugado con el collar de su madre a menudo, contemplado el deslumbrante espectáculo de color al sostener y mover el ópalo ante la luz; las irisaciones verdes, rojas y doradas que giraban en el interior de la piedra. Pero nada la había preparado para el espectáculo de luz deslumbrante que emitían aquellas piedras en ese momento. Haces de luz de color carmesí, esmeralda, azul zafiro intenso y blanco luminescente jugaban en la habitación más desenfadadamente que el fuego. Mirarlos era como mirar el sol. Apartó la vista porque temía quedarse ciega.

A su espalda, Myrrima había retrocedido, asustada. Boquiabierta avizoraba la sala maravillada, mientras que las ondas de luz cambiaban y saltaban, como reflejadas en el agua.

Binnesman contemplaba fijamente los ópalos encendidos. Algunos brillaban con más ferocidad que otros. Pasado un rato, comenzaron a apagarse como brasas que se enfriaban. Con un dedo, Binnesman apartó los ópalos de fuego a la izquierda pues, aunque aún brillaban, la luz anaranjada que desprendían disminuía rápidamente.

Cogió con una mano el colgante con el ópalo verde, en tanto las otras piedras iban perdiendo intensidad, esta aún brillaba tanto que producía un calor intenso cuyo verdor se convirtió en un arma que golpeó a la reina.

A Iome, Binnesman siempre le había parecido un amable anciano; hasta entonces, cuando la luz que destellaba en torno a él la llenó de terror. Binnesman metió el colgante en uno de los bolsillos de la capa, pese a que la luz brillaba ardiente como el fuego a través de la tela.

—Os lo agradezco, alteza —dijo Binnesman—. Esta piedra es la mejor que podía haber encontrado. Las demás no me hacen falta. Aunque ahora parezcan apagadas, si las dejáis al sol unos días, el fuego regresará más vivo que nunca.

Con cuidado depositó un pendiente en el suelo, junto a la puerta cerrada de la sala de enfermos y entregó el resto de los ópalos a Myrrima.

Iome seguía allí plantada en la oscuridad, encandilada.

—¿Funcionará? —preguntó—. ¿Podréis matarla con esa piedra?

—¿Matar a la Gloria Caída? —preguntó Binnesman—. Esa idea no se me había ocurrido, solamente espero poder capturarla.

## Capítulo 16



### *Retazos de niebla.*

**A** Roland el trayecto de las montañas desde Brace a Carris le pareció demasiado fácil; algo que le resultó sospechoso durante todo el recorrido. El barón Poll, Averan, la mujer verde y él habían recorrido un amplio trayecto por la carretera de las montañas esa mañana, en principio porque los caminos estaban bastante despejados.

Eso mismo ya parecía insólito. Se decía que el consejero jefe y estratega del rey Orden, Paldane, el Cazador se encontraba en Carris. Uno hubiera esperado ver sus tropas al galope por la carretera, tomando posiciones para la batalla que se avecinaba.

Conforme avanzaban por el camino de las montañas entre grupos de pinos y álamos temblones, Roland se tomó un momento para subirse a una elevación del terreno a fin de observar las praderas rocosas más abajo, en busca de indicios de soldados. La neblina de la mañana formaba bancos espesos entre algunos arroyos, niebla tan espesa que podría ocultar un ejército entero. Más allá, la región estaba plagada de otros lugares donde esconder un ejército, colinas arboladas se erguían en varios puntos de la llanura y, al oeste, entre dos brazos de montaña, yacía un valle hondo. Por doquier se veían ciudades y pueblos.

Al norte, la muralla de Barrens tenía trece kilómetros de ancho y se extendía entre dos altas colinas. En tiempos pasados, Muttaya y Mystarria habían luchado por hacerse con el control de ese reino en numerosas ocasiones. El hecho de que Mystarria no siempre hubiera ganado era evidente en el variable estilo arquitectónico: en todos los pueblos había mansiones con cúpulas y atrios cercados con balsas de agua resplandeciente. Las calles eran mucho más anchas que en las Cortes de Tide, donde Roland había crecido.

Los nombres de las villas también reflejaban el hecho de que esta tierra había sido muy disputada: existían nombres como Emboscada, la Caída de Gillen y Retirada, junto a otros como Aswander, Pastek y Kishku.

Roland examinó el paisaje y pensó que era un lugar con muchas posibilidades donde un estratega como Paldane, el Cazador tendría una amplia elección táctica.

Había varias fortalezas que podían servirle como puntos de concentración. Se imaginó cómo los arqueros podrían esconderse detrás de las albarradas, o la caballería ocultarse tras los portones de los torreones más voluminosos.

No obstante, no distinguía indicio alguno de tropas abajo en las praderas, ni rastro del reflejo del sol matutino en las armaduras, ni humo de campamento alguno en el aire, ni pabellones de nobles montados en un valle distante.

En efecto, desde las colinas que dominaban Carris, el paisaje estaba muerto. Roland, el barón Poll, Averan y la mujer verde se detuvieron en un claro durante quince minutos, escudriñando el valle a sus pies. Roland distinguía cientos de granjas y pajares, campos cultivados que cuadriculaban el terreno, viñedos que dibujaban rayas en una parcela mientras que los lúpulos ennegrecían la siguiente, tapias que dividían las granjas. Desde allí arriba, uno podía comprobar que en Carris abundaba la piedra, que empleaban para construir casas y tapias, que los agricultores, en algunas zonas, habían apilado en montones. En la cima de muchos montes había cúpulas solares muttayines, crematorios en forma de círculo, contruidos con piedra, para asemejarse al sol poniente. Estas marcaban el lugar de batallas que sucedieron en tiempos remotos.

Carris era una tierra antigua. Se decía que las fortalezas eran incluso más antiguas que la memoria, cuando Erden Geboren vino con sus cien mil caballeros a defenderla. Muchas de las cúpulas solares sirvieron entonces de incineradores, donde los ejércitos ganadores arrojaban a los vencidos.

Los tumularios rondarían por aquellos lares. Pero si había tumularios por allí, eso no parecía molestar a los nativos. La propia Carris no se distinguía bien en la distancia, a treinta y dos kilómetros de allí. La antigua fortaleza había sido construida en una península rodeada por un lago profundo en el horizonte.

La niebla cubría el lago con un espeso manto, pero la fortaleza la perforaba con sus muros de granito y sus altas atalayas resplandeciendo en el dorado del amanecer. El humo de las fogatas matutinas dejaba un rastro de humo suspendido sobre el castillo.

Un pterodáctilo apareció volando desde castillo con un correo aéreo sobre su lomo. Averan suspiró, como si ansiara ser ella ese correo a lomos de la bestia.

En los alrededores, no se avistaba humo de ninguna chimenea procedente de un hogar. No soplaba nada de viento. Ningún animal deambulaba por los campos.

Muerto. Toda la llanura de Carris parecía un paisaje totalmente muerto, aparte de unas bandadas de gansos que volaban por allí. Incluso en las montañas había demasiada tranquilidad: ni arrendajos graznando, ni ardillas correteando.

—Esto no me gusta —dijo Roland mientras mantenía los ojos clavados colina abajo—. Demasiada tranquilidad.

—Sí —dijo el barón Poll—. Yo nací en esta tierra. Solía corretear por aquí de niño y nunca había visto nada como esto.

Señaló unos campos verdes hacia la izquierda, a tres kilómetros de distancia,

donde un huerto cruzaba una fila de robles.

—En esta época del año, hay una bandada de cuervos que emigra desde el norte. Si hacemos un trazado en el cielo siguiendo la fila de robles, uno puede hacerse una buena idea de hacia dónde vuelan. Pero no veo nada. Ni un solo cuervo, y los cuervos son pájaros inteligentes. Advierten el peligro mejor que los hombres, saben que se acerca una batalla y seguirán a los soldados con la esperanza de aprovecharse de los restos una vez termine. Mirad ahí bajo, donde está ese banco de niebla espesa en el valle.

Señalaba casi en línea recta, ocho kilómetros al norte del pie de la montaña.

—¿Veis a los gansos sobrevolar la zona? En esos campos hay avena buena y estanques donde nadar. Todo ganso que se precie debería estar allí. Pero no dan vueltas a los campos para asegurarse de que no hay peligro alguno antes de posarse, vuelan de un banco de niebla a otro, saben que hay peligro, no se atreven a bajar.

—¿Por qué? —preguntó Averan.

—Tienen miedo. Demasiados hombres merodeando entre las nubes bajas.

Averan lo miró con recelo, como pensando que el barón solamente estaba intentando asustarla. A Roland le parecía que la niña se encontraba cansada o enferma. Tenía los ojos vidriosos y se ocultaba bajo la capa como si tuviera un enfriamiento.

—Lo digo en serio. ¿Veis ese banco de niebla, a la izquierda entre las colinas? Debe de estar a unos sesenta y seis metros por encima de cualquier otro banco y el color es demasiado azul oscuro. Se mueve colina abajo cuando debería elevarse al ir calentándose con el sol de la mañana. Me apuesto lo que sea, a que son los hombres de Raj Ahten con un tejedor de llamas que los oculta. Nuestros rastreadores dicen que al acechar Heredon utilizó ese mismo tipo de niebla. Si nos adentráramos en ese banco, seguro que topáramos con multitud de canes de guerra, gigantes frowth e Invencibles. Y allí, más lejos, en los valles, otro banco de niebla de ese azul tan oleoso. Y mirad allá arriba, a vuestra izquierda. Una tercera columna que se dirige hacia las otras.

Roland se quedó boquiabierto y se reclinó sobre la montura. El barón Poll parecía tener razón. Los tres bancos de niebla iban a unirse y no había corriente de viento alguna que las estuviera empujando hacia un mismo punto de encuentro.

—Y allí, frente a Carris, junto al río. Los magos acuáticos se han puesto en acción, apostarían algo. ¿No os habéis fijado en el enorme banco de niebla de allí?

—Por el color diría que es niebla natural —dijo Roland.

—Igual sí, pero solamente sale del río en aquel punto y en ningún otro: la mano de los magos acuáticos. La niebla es de mejor calidad, de apariencia más natural que el humo de los tejedores de llamas. Opino que esa niebla oculta el número de refuerzos que acuden hacia el sur en ayuda de Paldane desde Cherlance.

El barón se subió los pantalones del mismo modo que haría un campesino antes de ir a trabajar.

—Debemos ir con cuidado. Aunque el camino ante nosotros parezca vacío, las apariencias engañan.

La mujer verde señaló la niebla entre los valles y preguntó:

—¿Niebla?

—Sí, niebla —dijo Roland, añadiendo otra palabra a su vocabulario.

Después señaló una nube en el cielo.

—¿Nube?

—Nube —afirmó Roland.

Roland se preguntó cómo podría hacer una mejor distinción. Entornó los ojos hacia el sol y señaló.

—Y allí arriba está el sol... Sol.

—Sol, no —dijo la mujer verde lanzando una mirada temerosa a la esfera brillante.

Esta se colocó bien la piel de oso sobre los hombros.

—Os dije que no era una criatura del fuego —dijo Averan.

La niña se acercó a la mujer verde y le levantó la capucha para que pudiera ocultarse bajo ella.

—No le gusta la luz del sol más de lo que le gustó el fuego de campaña que encendimos.

—Sospecho que tienes razón —dijo el barón Poll—. Mis disculpas a la joven come tripas con la tez de aguacate.

Roland prorrumpió en carcajadas. Averan se limitó a mirar al barón Poll como si quisiera fulminarlo con la mirada.

—Y os diré algo más... —comenzó a decir la pequeña, tomando aire como si fuera a pronunciar un gran discurso.

Sin embargo, Averan palideció, se echó a temblar y se calló. Se arropó bien con la capa, como si quisiera ocultarse del sol. Tenía una expresión ausente en los ojos. Roland advirtió que no temblaba porque temiese que *sir* Poll fuera a desconfiar de lo que estaba a punto de decir, sino porque quería decir algo que la asustaba.

—Bien, pues habla —exigió el barón.

—Barón Poll, ¿qué haremos con la mujer verde?

—No lo sé —confesó—. Pero si dejara de seguimos, me quedaría más contento.

—Si nos sigue a Carris, ¿qué hará con ella el duque Paldane?

El barón Poll echó un vistazo a la mujer verde sin darse cuenta.

—No lo sé, hija. Sospecho que querrá encarcelarla. Es muy fuerte y peligrosa, y no tenemos ni idea de dónde vino o lo que quiere.

—¿Y si se opone? ¿Y si intenta protegerse?

—Si hace daño a algún súbdito, la encarcelará.

—¿Y si mata a alguien?

—Conoces el castigo —dijo el barón.

—La ejecutará, ¿verdad? —preguntó Averan.

—Imagino que sí —contestó, intentando infundir a sus palabras cierto tono de pena que evidentemente no sentía.

—No podemos dejar que la mate —dijo Averan—. No podemos llevarla a Carris.

—Hay que entregar un mensaje —dijo el barón Poll—. De hecho, tendríamos que haber seguido, anoche, durante la tormenta, pero no me atraía la idea de tropezarme con las tropas de Raj Ahten en la oscuridad. Sin embargo, hemos de entregar un mensaje, y tú eres el correo aéreo que ha jurado entregar mensajes.

—¿Qué es lo que temes? —preguntó Roland, puesto que resultaba evidente que la niña estaba aterrada.

—En mi familia nadie ha tenido nunca visiones —dijo Averan.

—¿Y crees que tú sí? —preguntó Roland.

La niña se estrujó las manos, retorciéndolas al tiempo que las apretaba contra el estómago. Temblaba de agitación.

—Acabo de ver algo. La mujer verde muerta, en el extremo de un poste, en el exterior de las murallas del castillo.

Roland no era un hombre instruido, pero todos los niños en Mystarria conocían las leyendas populares sobre las visiones.

—Si ha sido un anuncio verdadero, solamente se trata de una advertencia y podemos impedir que ocurra.

El barón Poll entornó los ojos, se arrodilló para colocarse más cerca de la niña.

—¿No quieres que pasemos por Carris? Podríamos dar un rodeo, supongo, pero al menos uno de nosotros debe entrar.

Planteó esa posibilidad solamente un instante y, luego, añadió con más firmeza:

—No, ¡los caminos no son seguros! Lo mejor será que no nos separemos. Estoy convencido de que puedo acercaros a Carris, pero no me atrevo a prometer nada más.

Roland sabía que el barón Poll estaba realmente convencido de su propia advertencia: allí abajo, en la pradera, había ejércitos ocultos y los hombres de Raj Ahten se habían dedicado a deshacerse de los emisarios por las carreteras.

—Esperaré en algún sitio mientras entregáis el mensaje —le suplicó Averan—. La mujer verde me sigue a mí, no a vos. Se quedará donde me dejéis. Luego podéis regresar a por mí.

El barón Poll se rascó el mentón. Acercarse tanto a Carris ya era en sí peligroso, pero la niña le pedía que arriesgara su vida en un viaje de ida y vuelta. Sin embargo, tenía razón al preocuparse por el destino de la mujer verde. Los ojos del barón parpadearon en dirección a Roland, mientras se planteaba qué hacer.

—Es demasiado peligroso, no lo permitiré.

Habló en tono autoritario, como si quisiera zanjar la cuestión.

—Primero decís que no me llevaréis al norte, a Heredon, ¡ahora decís que no me dejaréis aquí! ¿Es que mi opinión no cuenta? —preguntó Averan.

—No —dijo el barón Poll de manera razonable—. Puede que sea un caballero gordo y viejo, pero soy un lord y tú no. Estamos en pie de guerra. Solamente hago lo

que es mejor para ti.

—Solamente hacéis lo mejor para vos —gritó Averan—. Yo no importo.

—Únicamente considero lo que es mejor para las personas —dijo él con gesto despectivo de la mano hacia la mujer verde—, no para un monstruo verde.

—¡Yo sé lo que es mejor para mí!

—¿De verdad? —preguntó el barón—. Anoche hacías pucheros porque querías ir a Heredon. Hoy te da una rabieta porque quieres quedarte aquí. Entonces, ¿qué es lo que te conviene?

—Puedo cambiar de idea —dijo en un tono de voz demasiado alto.

—Cierto —dijo el barón Poll—, pero no me harás cambiar de idea.

Agarró a Averan del brazo de manera brusca y la arrastró hasta su caballo de armas. Esta aulló y el barón Poll le dio en el trasero.

—Maldita seas, niña. Si atraes a las tropas de Raj Ahten con tanto escándalo, te juro que te cortaré la garganta antes de que me cojan, aunque sea lo último que haga.

El barón Poll montó sobre el caballo con un vigor que no correspondía con su tamaño, e intentó tirar de Averan para subirla con él.

—¡Espera! —dijo Roland—. Deja que monte conmigo. Además, no consentiré que azotes a la niña o que amenaces con degollarla.

—¿A ti qué te importa? —preguntó.

Tanto el barón como Averan lo miraron fijamente, sorprendidos. Roland no era un caballero, ni un guerrero que pudiera superar al barón Poll en una pelea y, sin embargo, había hablado con severidad.

—Me importa —dijo Roland mirando a la niña—. Anoche estuve pensando que podía pedirle a Paldane que me otorgara su tutela, para convertirme en su... padre.

Se produjo un silencio incómodo y Averan supo que no era una afirmación, sino una pregunta. Entonces se lanzó hacia él.

—¡Sí! —gritó.

Roland montó y subió a Averan a la silla delante de él. En unos momentos ya bajaban la ladera de la montaña a galope tendido, con la mujer verde tras ellos dando grandes zancadas. Al acercarse a la pradera, el barón desvió bruscamente a su caballo hacia un lado y se introdujo entre los árboles, atravesando un ramal montañoso por una senda de caza. La mujer verde corría detrás, le costaba seguirles el ritmo. Roland estaba asombrado de su fortaleza. Ningún ser humano podía correr con tal agilidad y facilidad.

Parecía que el barón consideraba arriesgado el camino y quizás ese temor finalmente se le contagió a Averan, pues esta guardaba silencio. Guio a los caballos ladera abajo. Roland se reclinaba un poco en la silla, sujetaba a Averan, delante de él, pues temía que la cincha se resbalara o se rompiera y que ella saliera rodando, colina abajo. Pero el barón Poll no aminoró la marcha.

Tras unos vertiginosos minutos, encontraron un antiguo camino de leñadores y lo siguieron velozmente durante un rato. Después forzaron sus monturas a lo largo de un



riachuelo y dejaron que saltaran la valla de una granja y galoparan por una dehesa.

Así recorrieron varios kilómetros, sin fiarse de ninguna carretera, expectantes. La mujer verde simplemente corría detrás.

Al llegar a una aldea grande, la atravesaron al galope, y dejaron que los caballos se detuvieran a descansar al otro lado. Varios nogales, cuyos frutos comenzaban a asomar por las vainas verdes, bordeaban la vereda, y Averan, acurrucada bajo la capa, miró a lo alto con ansia.

—¿Vamos a comer hoy?

—Cuando lleguemos al castillo puede que te den algo de comer —contestó el barón.

—Anoche apenas me ofreciste algo más que esperanza como cena y ahora no puedo siquiera tomar unas nueces para desayunar. En el castillo ya han terminado el desayuno y no comerán hasta la noche. Ayer no comí nada de nada.

—Bueno —dijo el barón Poll—, eso te ayudará a mantener una figura esbelta.

—Cosa que deberíais probar vos alguna vez —gruñó Averan—. El caballo os lo agradecería.

El barón lanzó una mirada de aviso a Averan. La niña poseía un don de fuerza física, pero el barón Poll poseía más de uno y podía propinarle una buena tunda. Roland pensó que era un hombre cruel al dejar que una niña pasara hambre de aquel modo.

—Yo te conseguiré algunas nueces —se ofreció Roland y, de un salto, se bajó del caballo.

La mujer verde, que se había quedado algo a la zaga, se plantó allí, sudando profusamente y jadeando.

El barón Poll temía que la niña escapara a caballo, por lo que acercó la montura con ligereza hacia Averan, la agarró y la pasó en brazos a su silla.

El caballo de Roland estaba empapado de sudor y respiraba como un fuelle. Allí, en el extremo norte de la aldea, se apiñaban varias casitas y no había demasiado forraje para las cabalgaduras. Las ovejas habían pelado la hierba cerca del sendero. Roland no veía rastro alguno de las ovejas. Seguramente se las habrían llevado al castillo. Con poco más que comer, la montura se acercó a una jardinera en el exterior de una casa y comenzó a masticar unos geranios blancos con voracidad. Comía tan rápido como solamente un caballo con dones de metabolismo podía hacerlo.

Mientras tanto, Roland buscaba en vano nueces por el suelo, pero por allí debían hozar los cerdos y se habían llevado los frutos secos. Al final, tuvo que subirse al árbol para recoger algunos.

—Tengo que orinar —dijo Averan, removiéndose sobre la silla donde el barón la tenía cogida firmemente.

—Aguántate una hora más —le ordenó—. Una niña con un don de fuerza física puede pasar un día entero sin vaciar la vejiga.

—Llevo aguantándome desde anoche —se disculpó Averan.

El barón Poll puso los ojos en blanco.

—Pues ve, entonces. Detrás de la casa debe de haber un escusado.

Averan se dejó caer del caballo y echó a correr. La mujer verde la siguió de cerca como un perro faldero.

Roland se había encaramado a la rama de un nogal y había comenzado a llenarse los bolsillos. Solamente llevaba en ello un minuto cuando volvió la cabeza para mirar por el camino en dirección sur.

Una nube de polvo se levantaba por la senda en el mismo sentido que acababan de recorrer. La polvareda estaba a unos tres kilómetros de distancia, las casas y los árboles la ocultaban. No obstante, con la velocidad que un caballo de fuerza podía alcanzar, aquellos jinetes se les echarían encima rápidamente.

—Se acercan jinetes a gran velocidad —avisó al barón Poll.

El corazón martilleaba contra su pecho. Si no se hubiera subido al árbol, no los habría visto.

—¿Qué colores?

Distinguió un destello amarillo.

—Los de Raj Ahten, nos pisan los talones.

Saltó del árbol y el impacto fue tal que los tobillos le dieron una sacudida.

—¡Averan! —gritó el barón Poll—. ¡Deja de orinar y ven aquí ahora mismo!

Le dio la vuelta al caballo de batalla y dobló la esquina de la casa a toda velocidad, profiriendo exabruptos y maldiciendo. Roland se subió de un salto al caballo, dio un rodeo a la casa, justo a tiempo de ver al barón Poll derribando de una patada un maltrecho escusado, dentro del cual no había nadie.

—¡Esa maldita niña se ha escapado! —gritó el barón.

Roland se mordió el labio, luchó por que no lo invadiera el pánico. No deseaba perder a la niña o verla malherida. Deseaba ayudarla, aunque comprendía los temores de Averan, y alababa el deseo de esta por hacer lo que creía correcto.

A la espalda de la casa, unas tapias de piedra separaban el terreno de los patios y jardines al otro lado. Roland se puso a buscarla con nerviosismo. No había rastro de Averan o de la mujer verde.

—No pueden andar muy lejos —dijo Roland.

Pero sabía que no importaba. Aunque la niña estuviera escondida allí cerca, no podía detenerse a buscarla.

—Déjala —dijo el barón Poll—. Quería quedarse, ¡pues que se quede!

El barón giró al caballo, pero Roland tardó un poco en imitarlo. Temía dejar a la mujer verde y a la pequeña allí solas. Le importaban más de lo que se atrevía a confesar.

Se estiró en la silla para buscar mejor a la niña, con una ligera esperanza de localizar a la mujer verde. Mientras, el barón Poll se alejaba a toda prisa. Segundos después, empezó a oír el estruendo de los cascos al otro lado del pueblo.

—¡Buena suerte! —deseó Roland a Averan—. ¡Volveré a buscarte, hija!

Después de prometerle aquello, dio media vuelta y salió atropelladamente en dirección a Carris.

Cuatro casitas más allá de donde se hallaba el barón Poll, Averan se agazapaba detrás de un lilo, junto a una de las tapias de piedra, y desde ahí contempló cómo Roland y el barón emprendían la marcha hacia el norte. Le había quitado la capa de piel de oso a la mujer verde para que la piel de esta armonizase con el lilo y así la ocultara. La estrujó fuertemente y la arrulló en voz baja para que no se moviera.

No podía explicarles a Roland y al barón Poll por qué tenía que marcharse. Los hombres nunca lo entenderían; pero una rara sensación crecía en su fuero interno.

La noche anterior se había puesto nerviosa al mirar el fuego de campaña, y el sol de la mañana le hacía daño en los ojos, le producía cierto ardor. Y, esa mañana, al arrodillarse sobre el cuerpo del asesino de Raj Ahten, fingiendo que comía, Averan había ansiado el sabor de la sangre de aquel tipo.

*Ya sé lo que necesita la mujer verde*, pensó. Seguramente la comprendía mejor que la mujer se comprendía a sí misma.

Necesitaba la tierra. Necesitaba el poder reparador de la tierra.

Así pues, Averan se acurrucaba contra la mujer verde mientras el barón Poll maldecía y Roland prometía regresar. Averan se esforzó por contener las lágrimas.

Le había sorprendido que le hubiera pedido convertirse en su padre, sorprendido y deleitado. Deseaba que alguien cuidara de ella, que fuera su amigo. Pero en ese momento tenía que dejar sus anhelos de lado.

Se atrevió a susurrar:

—Vuelve por mí, padre, cuando puedas.

Momentos después, veinte caballeros de Raj Ahten pasaron de largo estrepitosamente por la senda bordeada de árboles, con el repiqueteo de las armaduras y el atronador ruido de los cascos de los caballos sobre el duro camino.

La mujer verde no se movió, se apoyó en los brazos de Averan hasta que los Invencibles pasaron de largo. Luego alzó la nariz en el aire como un perro sabueso e intentó localizar el rastro, y preguntó:

—Sangre, ¿sí?

—Sangre, sí —prometió Averan, contenta de ver que la mujer verde había reconocido el rastro de los soldados de Raj Ahten—. Pero ahora no, debes descansar. Sé lo que necesitas.

Averan estaba segura de haberlo descubierto en una visión. No entendió lo que veía, pero sintió una necesidad que la acuciaba, un deseo tan fuerte que le calaba los huesos. La mujer verde era una criatura de la tierra y, justo en aquel momento, necesitaba el abrazo de Averan.

No obstante, la niña temía moverse. Una brisa matutina soplaba ligeramente por la aldea, una brisa que mecía el lilo. La mujer verde miró fijamente las hojas del arbusto, como si tuviera miedo de aquella fuerza siniestra.

—No es nada —dijo Averan—. Solamente el viento. Viento.

Le levantó la mano a la mujer verde y dejó que esta notara el soplo del viento entre los dedos. Aunque la mujer verde retiró la mano bruscamente, aterrorizada.

—Viento, ¡no! —dijo.

Avizó los alrededores con desesperación, como si buscara un lugar donde esconderse.

Averan resolvió que ya había transcurrido el suficiente tiempo desde que pasaron los Invencibles. Condujo a la mujer verde a un jardín vallado detrás de una casita. Allí la tierra era honda y estaba bien cuidada, además los propietarios habían huido. Antes de hacerlo, habían arrancado todas las zanahorias y los nabos.

Averan probó la tierra y le dio el visto bueno. En un cobertizo encontró una azada y en pocos minutos pudo cavar una trinchera poco profunda.

Sin persuasión alguna, la mujer verde se introdujo en la zanja, se tumbó y se estiró, desnuda, regocijándose, encantada de notar la tierra en la piel.

Averan la contemplaba, dispuesta a cubrirla de tierra y enterrarla allí. Pero en ese momento sintió un antojo propio, un ansia. El sol caía sobre su cuello con ferocidad y, cuando alzó la vista, le hizo daño en los ojos. La capa que llevaba parecía demasiado fina para protegerla de los rayos del sol. Agachó la cabeza y se miró la mano, allí donde había caído la mancha de sangre de la mujer verde, aquella que el día anterior Averan había intentado limpiar después de la caída.

Máculas de verde oscuro aún teñían su mano. Los puntos verdes no habían desaparecido, ni siquiera después de lavarlos o intentar frotarse la piel. De hecho, la sangre verde oscura simplemente se había hundido, infiltrado bajo su piel. Asemajaban un tatuaje con tinta. Probablemente, las manchas nunca desaparecerán, advirtió. O incluso, un día, la sangre de la mujer verde penetraría más hondo en su ser, hasta calarle los huesos.

—Ahora la misma sangre corre por nuestras venas —dijo la niña a la mujer verde—. Ni siquiera sé lo qué eres, pero tú y yo somos la misma cosa.

Dicho eso, Averan se quitó la ropa y se metió en la zanja poco profunda junto a la mujer verde. Utilizó las manos para taparse los pies y el cuerpo con montones de tierra, para proteger su piel del sol, pero no podía enterrarse bien ella sola.

En un instante de inspiración repentina, abrazó a la mujer verde estrechamente y ordenó a la tierra:

—Cúbreme.

La tierra respondió, fluyó por encima de Averan como si fuera agua.

Averan se preguntó si Roland o alguno de los Invencibles regresarían y descubrirían los indicios de la trinchera. Aunque así fuera, *¿qué podían hacer?, ¿desenterrarla? No, pensó, estamos a salvo. A salvo del sol y del fuego. A salvo durante un corto tiempo, hasta que caiga la noche.*

## Capítulo 17



### *Bajo una prenda polvorienta.*

**L**a carretera de las montañas Durkin era una senda de polvo. Erin Connal había pasado por allí a caballo unos días antes, cuando las lluvias de la semana anterior trazaron el camino, algo resbaladizo en los puntos bajos. Pero al menos entonces la tierra se había pegado al suelo y había viajado sola.

En ese momento, después de un par de días de calor, la carretera hacia el sur estaba tan seca como en pleno verano. Además, esos últimos días había estado muy transitada y, tanto los cascos de innumerables animales como las ruedas de miles de carretas habían batido la tierra y el suelo hasta generar un polvo fino, sucio y marrón, que se levantaba por doquier y marcaba el paso. Una y otra vez, Erin deseó poder cabalgar entre los árboles del bosque de Dunn, desplazarse paralela al ejército, a fin de librarse de la polvareda. Sin embargo, la maleza junto al camino era espesa, los senderos desnivelados y no podía permitirse frenar la marcha. En ese momento, el ejército necesitaba apresurarse.

Iba a la guerra, encabezando las tropas, muy cerca del frente de batalla, junto al rey Gaborn Val Orden y el rechoncho rey Orwynne, una panda de nobles y, cómo no, los respectivos historiadores de cada cual.

Unas cuantas docenas de rastreadores y centinelas desplegados, que iban algo adelantados por el camino, levantaban una nube de polvo que se suspendía en el aire. Erin tenía arenilla entre los dientes y además le quemaba los ojos y los conductos nasales; la suciedad se le pegaba a las presillas engrasadas de la armadura; terrones de polvo se apelotonaban entre los pliegues de la ropa. Aunque solamente llevaban medio día de viaje, calculó que tendría que darse baños durante una semana para sentirse limpia de nuevo.

De momento, no podía hacer nada. Solamente daba gracias por no encontrarse entre las filas de atrás, puesto que cerca de la retaguardia el polvo debía resultar insoportable.

Muchos de los soldados del séquito de Gaborn llevaban yelmos que les tapaban la cara y simplemente se habían bajado la celada, acto que les brindaba algo de

protección contra el polvo a la cara y a los ojos. Erin los envidiaba. Se le antojó que incluso el calor infernal bajo el maldito yelmo habría sido más llevadero que el polvo.

Pero su yelmo era sencillo, de amazona: era como un casco, redondo y con una parte que le tapaba las orejas, pero sin protector para la nariz. Una cola de caballo tintada de azul real adornaba la cimera.

Por eso cabalgaba sujetándose un pañuelo contra la cara. A su espalda, resonó el estruendo de los cascos de un jinete que venía a toda velocidad por el borde del camino.

Este lanzó una mirada a Erin e hizo ademán de adelantarla cuando, de repente, se dio cuenta de que Gaborn había tirado de las riendas del caballo. El rostro del hombre era un poema, anunciando un gesto de sorpresa. Erin advirtió que estaba buscando al rey de la tierra, pero el rey Gaborn Val Orden y el rey Orwynne iban ambos tan sucios que no se distinguían de los soldados corrientes.

—Alteza —imploró aquel individuo a Gaborn—, las tropas de la retaguardia os ruegan permiso para apartarse. El polvo obstruye los pulmones de los caballos.

Erin casi se echó a reír. Aparentemente estos soldados de Heredon podían respirar el polvo sin problemas. Solamente eran los caballos los que sufrían.

—Haz que se rezaguen —dijo Gaborn—. No veo motivo por el que debemos mantener una formación estrecha, siempre y cuando lleguemos todos al castillo de Groverman al anochecer.

—Gracias, milord —dijo el fulano con una inclinación de cabeza.

A pesar de ello, no se retiró para ir a dar la noticia. En vez de eso, trotaba junto a Gaborn como si quisiera pedirle otro favor.

—¿Sí? —preguntó Gaborn.

—Con vuestra venia, milord, pero ya que sois el rey de la tierra, ¿no podíais hacer algo más?

—¿Quieres que haga desaparecer el polvo del todo? —preguntó Gaborn, perplejo.

—Lo apreciaríamos en extremo, milord —dijo el caballero con un tono de voz lleno de gratitud.

Gaborn se rio, pero Erin no supo distinguir si se reía de alegría o se burlaba del tipo.

—Puede que sea el rey de la tierra —dijo Gaborn—, y que me guste el sabor del camino de polvo tan poco como a vosotros. Pero, créeme, mis poderes tienen un límite. Si pudiera hacer que el polvo se posara, lo haría. Podéis desbandaros, que cada hombre siga el ritmo de su caballo. Los que lleven monturas más veloces llegarán a Groverman primero.

El fulano examinó a Gaborn de la cabeza a los pies. El rey de la tierra estaba cubierto de suciedad.

—Sí, milord —dijo el tipo.

Y dio media vuelta al tiempo que daba órdenes para dispersar la formación. En ese momento, los reyes dieron rienda suelta a los caballos y se alejaron a toda

velocidad de las monturas más corrientes. En unos instantes, Erin se unía a ellos e incluso los rastreadores de Gaborn en la vanguardia tuvieron que apresurarse para mantenerse al frente de las tropas.

Erin se puso de pie en los estribos, cabalgaba al lado del rey, y dejó que el viento le limpiara parte del polvo de la ropa y del pelo.

Junto a ella, el príncipe Celinor hizo lo mismo. Erin lo miró de soslayo e interceptó la mirada fija de este. Celinor apartó los ojos cuando Erin se dio cuenta del escrutinio.

Erin no poseía dones de encanto que le estropearan la cara. Fleeds era un reino pobre y, por real decreto de la reina, no se cedían dones de encanto. No se podía malgastar el metal sangriento en marcadores que perfeccionaran la belleza de una mujer, no cuando el mismo mineral podía utilizarse con fines mejores.

Aun así, sin dones de belleza, los hombres a veces la encontraban atractiva. Pero le resultó curioso que el príncipe Celinor la contemplara de aquel modo.

Él mismo debía de poseer como mínimo dos dones de encanto y, por tanto, era un hombre muy bien parecido: cabello color platino, casi blanco, la cara escueta, pero de fuertes rasgos; ojos brillantes como zafiros oscuros. Era un hombre alto, de más o menos dos metros de altura. *Un hombre efectivamente hermoso*, pensó. Aunque no sentía deseo alguno de llevárselo a la cama, pues como se decía en Fleeds, la reputación lo persigue como la mierda atrae a las moscas.

El cronista de Celinor, quien cabalgaba detrás de este, únicamente destacaba porque era casi tan alto como su lord.

No, Erin no estaba interesada en un mequetrefe. Se rumoreaba que el año anterior, durante Tolfest, el príncipe Celinor había salido a repartir limosna a los pobres del castillo de Crowthen montado en un carromato, arrojando comida, ropa y monedas, y que, aletargado por la bebida, pronto se vio sin limosna y se quitó los pantalones de paño de oro, lanzándolos entre el gentío ante la mirada consternada de las madres y sus niños. También se contaba que andaba bien dotado en más de un sentido.

Se decía que bebía tanto que nadie estaba seguro de si había aprendido a montar a caballo, pues se le solía ver cayendo del corcel con más frecuencia que montándolo.

Sus vasallos lo habían apodado «el Perro loco» porque muchas veces la espuma de la cerveza le manchaba la boca.

En una hora alcanzaron el río Dwindell, en la aldea de Hayworth. Allí, los nobles y los cronistas se detuvieron, acercaron a los caballos a la orilla del río, al este del puente, para que pudieran calmar la sed. Al tiempo que las bestias bebían, Erin se bajó del caballo y estudió el agua. En aquella zona el río Dwindell era ancho y profundo, de aguas claras que formaban remolinos. Durante todo el día el cielo estuvo nublado pero, incluso detrás de ese biombo, el sol estaba tan alto que Erin pudo distinguir una trucha enorme e incluso algún que otro salmón nadando en el fondo del río.

Erin se quitó el trapo que le tapaba la nariz, se arrodilló en la orilla y lo introdujo

en el agua fría; luego comenzó a lavarse la suciedad de la cara. Anhelaba despojarse de la armadura, nadar río adentro, pero no había tiempo para eso.

El príncipe Celinor se arrodilló frente al agua también y se sacó el yelmo, una pieza de plata bruñida. Lo llenó de agua dos veces y la removió para quitarle el polvo; después, lo colmó de agua por tercera vez y bebió, utilizando el yelmo de jarra.

Una vez hubo terminado, le ofreció el yelmo a Erin mientras él se lavaba la cara sucia. Erin bebió a fondo, notó cómo se enjuagaba el polvo de la garganta. Jamás había probado agua tan refrescante.

El rey Gaborn se había detenido y dejaba que el caballo bebiera, como si estuviera demasiado cansado para desmontar. Gaborn estaba cubierto de suciedad, lo cubría una gruesa capa de polvo.

Celinor alzó la mirada hacia el rey, la luz de sol le daba de pleno en la cara.

—Ahí está el rey de la tierra, propiamente dicho —susurró Celinor refiriéndose a Gaborn. Véase lo bien que lleva encima su reino.

Se rio entre dientes, divertido ante su propia agudeza.

—No se me ocurre otro que lo llevara mejor —dijo Erin, pues no se hubiera atrevido a semejante irreverencia.

—No ha sido mi intención la de ofender —se disculpó Celinor, y sonaba verdaderamente arrepentido.

Erin le devolvió el yelmo, se lo puso en la mano de golpe. Celinor volvió a llenarlo, se levantó de un salto y se lo llevó a Gaborn, y dejó que este bebiera. Mientras él bebía, Celinor mojó un pañuelo en la corriente de agua y se lo trajo a Gaborn. Le ofreció el trapo para que se lavara la cara. Gaborn se restregó el rostro como si fuera una esponja y le dio las gracias a Celinor cordialmente. Aunque Erin se preguntó si Celinor servía a Gaborn para impresionarla a ella o si realmente no había querido ofenderlo.

Cuando el caballo de Gaborn abrevó, el rey Orwynne y Gaborn se apresuraron a cruzar el puente en dirección a la posada de Dwindell, allí mismo, en Hayworth, pues era bien sabido que la bebida fuerte aclaraba el polvo de la garganta mejor que el agua. Con tantos cientos de caballeros de paso, Erin imaginó que sería un día muy provechoso para el posadero.

Erin se lavó y se dispuso a unirse a Gaborn y al rey Orwynne. Se subió al caballo y picó espuelas por el puente, sin que le pasara desapercibida la presencia de Celinor a su vera.

Pero, una vez que ella alcanzó la posada y desmontó, Celinor se quedó sobre la montura, observándola. De pie a la sombra del porche, Erin le devolvió la mirada. El olor a la levadura de cerveza era fuerte, pues con el tiempo había penetrado en la tarima.

—¿No entras? —preguntó Erin.

El rostro de Celinor tenía una expresión fija. Se limitó a negar con la cabeza y a



disculpase:

—Me adelantaré, dejaré a mi caballo descansar un poco.

Erin entró en la posada, con su cronista detrás, y se sentaron las dos solas en una mesa. Al poco, una camarera se acercó presurosa y les preguntó:

—¿Qué se os ofrece, señora?

El dueño del hostel, un hombre barrigudo, estaba sentado con el rey Orden y charlaban amistosamente. Oyó cómo el fulano felicitaba a Gaborn por sus recientes nupcias.

—Tomaré una cerveza —dijo.

La camarera desapareció rápidamente.

En breve, el propio posadero corrió al sótano para ayudar a subir algunos barriles de cerveza.

El gordo rey Orwynne dijo con su acostumbrada voz chillona:

—Bien, alteza, parece que el príncipe Celinor teme unirse a nosotros.

—Eso es bueno —dijo Gaborn—. Tenía la esperanza de que tuviera la fortaleza de abstenerse de este lugar.

—¿Creéis que durará? —dijo Orwynne—. Yo opino que las riendas del rey de la tierra no lo mantendrán sobrio toda la semana. Os apuesto diez monedas de oro, milord, a que antes de la puesta de sol de mañana se irá cayendo del caballo.

—Espero que no —dijo Gaborn, aunque no aceptó la apuesta.

—¿Alteza? —se preguntó Erin en voz alta—, ¿habéis hablado con el príncipe Celinor?

El rey Orwynne la miró con la típica expresión desdeñosa que algunos señores de la guerra lanzaban a las mujeres de Fleeds. No la respetaba, pero le contestó antes de que Gaborn pudiera hablar:

—Ese beodo tuvo la osadía de presentarse ante el rey de la tierra esta mañana, antes de partir, y ofrecerle la espada en servicio. El rey lo rechazó, por supuesto.

Gaborn se encontraba sentado con aspecto cansado, mirándose las manos cruzadas sobre la mesa.

—No seas tan duro —dijo Gaborn—. El hombre tiene buen corazón, pero no podría elegir a alguien que ama la bebida más que a sí mismo, o al prójimo, y quedarme con la conciencia tranquila.

—¿Lo rechazasteis, pues? —preguntó Erin.

—No fue rechazo —dijo Gaborn—. Le pedí más bien una muestra de arrepentimiento. Le pedí que dejase su mayor placer y, a cambio, si se mantiene sobrio, lo nombraré elegido.

Erin no tenía entendido que el rey de la tierra hiciera tales tratos con los hombres. A ella la había elegido sin más. Aunque la complacía saber aquello, saber que un hombre podía mejorar su carácter en pos de una recompensa.

Cuando llegó la cerveza, Erin tomó un sorbo nada más, luego salió fuera, donde su caballo estaba atado al poste. Derramó cerveza sobre su mano para el caballo, dejó

que bebiera, los pelos del hocico le hacían cosquillas. Un trago de bebida fuerte le vendría bien a la montura, le daría la energía necesaria para seguirle el ritmo a los caballos de los otros nobles. Su montura era un buen caballo de armas, con un solo don de fuerza, metabolismo y agilidad, pero no estaba tan magníficamente dotado como el caballo de batalla de Gaborn o algunos de los otros corceles de aquel séquito.

Las palabras de Gaborn la intrigaban. Había dicho que Celinor tenía «buen corazón». ¿Qué quería decir eso exactamente? Celinor no había hecho otra cosa más que expresar sus dudas sobre la soberanía de Gaborn el día anterior. El alto comisionado había insinuado que Celinor podía incluso ser un espía, cuya misión consistiese en destruir a Gaborn. No obstante, este había mirado en el interior del hombre y había descubierto un corazón bueno. No tenía sentido.

*Igual, pensó, a Gaborn no le importan las dudas de Celinor.*

Cuando terminó de dar de beber al caballo, llevó la jarra de cristal dentro y dejó una moneda de cobre en la mesa. Su cronista la siguió y juntas se dirigieron sobre sus monturas a las afueras del pueblo.

Erin encontró a Celinor y a su cronista en un prado salpicado de dientes de león amarillos y tréboles blancos. Celinor cepillaba a su caballo mientras este pastaba.

Erin se detuvo y lo imitó, tomándose el tiempo de examinar las patas y las herraduras de la bestia. Una de las herraduras había perdido dos clavos pero, aparte de eso, el caballo estaba bien. Celinor no le quitaba los ojos de encima.

—Me sorprende que no estés con los otros —dijo por fin Celinor—. En estas montañas no encontraremos muchos lujos hasta que lleguemos a Bannisferre.

No se atrevía a confesar por qué se había acercado. El código de honor de las Amazonas era tal que apoyaban a un hombre en combate, aunque ese hombre solamente luchara contra los propios vicios.

—Como se nos ha permitido dispersarnos, he pensado que quizás sea un consuelo adelantarnos —dijo Erin— y dejar que los demás muerdan el polvo que levantemos.

—Seguro que darán buena cuenta de ello —rio Celinor.

Erin sonrió. *Así que, en realidad no quiso ofender a Gaborn*, pensó. Simplemente es un bromista nato.

—¿Entonces crees al fin que Gaborn es el rey de la tierra? —preguntó Erin—. Tengo entendido que te has postrado ante él.

—Después de que rechazara al alto comisionado —dijo Celinor—, deduje que debía de ser el rey de la tierra o un loco. No creo que esté loco. Ni que decir tiene que a mí también me rechazó; pero no esperaba otra cosa de él.

—No te ha rechazado —dijo Erin—. He oído que se reserva la opinión.

—En efecto —dijo Celinor con una sonrisa, ladeando la cabeza—. Y espero ser merecedor de su bendición algún día. Ya llevo veinte horas sin beber.

*¿Veinte horas?* Él había puesto su energía al servicio de Gaborn aquella mañana. Las tabernas en torno al castillo de Sylvarresta estuvieron repletas la noche pasada, mientras se celebraba el final de Hostenfest. Es más, la tradición exigía un brindis

para concluir los festejos antes de irse a la cama. Le costaba imaginar que hubiera pasado toda la noche sin beber.

—¿Veinte horas? —preguntó—. Pero si te ofreciste al servicio del rey esta mañana.

—Renuncié a la bebida ayer —dijo Celinor.

Erin lo miró con curiosidad.

—Me despreciaste —dijo Celinor— y tenías razón al hacerlo. Entonces me di cuenta: todos mis amigos viven en las tabernas. No lo consentiré. No soporto mirarte a los ojos y descubrir que te desagrado.

Erin sonrió, complacida porque aquella observación suya hubiera inspirado a aquel hombre a cambiar. Aunque no se fiaba completamente.

—¿Cabalgarás conmigo hoy? —preguntó Erin.

—Será un placer —dijo Celinor.

Montaron y salieron a toda velocidad, uno junto al otro.

## Capítulo 18



*Algo para las crónicas.*

**G**aborn seguía sentado en la silla, en la posada de Dwindell. El rey Orwynne continuaba con su verboso monólogo sobre varios temas, pero Gaborn andaba demasiado inquieto como para escucharlo. Durante toda la mañana había padecido una sensación de ahogo en el pecho, el creciente reconocimiento del peligro.

Mientras los suyos escapaban del castillo de Sylvarresta, se aliviaban los temores de Gaborn. Pero no todos habían salido de aquel lugar: notaba la presencia de Iome y Myrrima todavía allí, y de docenas de centinelas y ciudadanos que aún hacían frente al peligro.

*¿Qué poderes poseía aquella Gloria Caída que tanto lo consternaba?* Una sensación de fatalidad crecía en su interior y se prometió a sí mismo que no esperaría demasiado antes de prevenir a los demás. Así pues, Gaborn asentía con la cabeza a las tonterías del rey Orwynne, sin apenas hablar ni moverse. Se sentía distraído, especialmente preocupado por el rey Orwynne.

*Sería nefasto perderlo, pensó Gaborn. Debo protegerlo de manera particular.*

El rey Orwynne era un aliado incondicional, algo raro en aquellos días. Y estaban muy necesitados de los soldados de fuerza de Orwynne en aquella campaña hacia el sur.

Gaborn salió de la posada de Dwindell bien pasada la una de la tarde.

Cientos de caballeros aún entraban en Hayworth, deseosos de tomarse un breve descanso. Las calles estaban bordeadas de caballos y el posadero había sacado barriles de cerveza al porche. Una sirvienta llenaba las jarras con cerveza a la misma velocidad que los hombres podían beberla y no le daba tiempo a fregarlas. Los hombres simplemente pasaban las jarras entre la muchedumbre hacia el frente, junto con una moneda de cobre, y la camarera cogía la moneda y llenaba las jarras.

Por tanto, los soberanos tuvieron que abrirse paso entre la multitud cuando se dirigieron a por los caballos. Gaborn se acercó al poste y desató la rienda de su propia montura. No había tiempo que perder.

En aquel instante, el cronista de Gaborn le dio unos toquecitos en el hombro. Gaborn se giró y miró al erudito a los ojos. El fulano con capa marrón parecía algo conmocionado.

—Alteza... —dijo Días.

Abrió los brazos como si dijera: «Las palabras no pueden expresar la pena».

—¿Qué es? —preguntó Gaborn.

—Lo siento, alteza —dijo el historiador—. Será mal día para los anales de la historia. Lo siento.

El aura de muerte que rodeaba a Gaborn era aplastante.

—¿Mal día para los anales de la historia? —dijo Gaborn con una creciente sensación de horror en su interior.

*Se enfrentaba al abismo. Me atacan*, pensó. Aunque no distinguía adversario alguno.

—¿Qué? ¿Qué sucede? —se preguntó en voz alta.

El obeso rey Orwynne oyó las palabras y paseó su mirada entre el historiador y Gaborn, ciñendo el entrecejo con expresión preocupada.

—¿Alteza?

Gaborn alzó los ojos hacia las nubes, nubes grises como el acero, que se agolpaban en lo alto y envió una advertencia a Iome y a los otros que aún permanecían en el castillo de Sylvarresta, ¡huid!

Puso un pie en el estribo e hizo ademán de subirse al caballo cuando, de repente, notó la tierra retorcerse.

Una dolorosa sensación de náusea le invadió el estómago y las fuerzas le fallaron bruscamente. Gaborn se resbaló de la silla y se quedó allí plantado un instante, apoyado en el caballo.

*Me atacan*, pensó. *Algún agente invisible me ataca*.

—¿Alteza? —preguntó Orwynne—. ¿Os encontráis bien?

Retornó la dolorosa náusea y, durante un segundo, Gaborn se sintió aturdido, atontado, sin saber dónde estaba.

Gaborn sacudió la cabeza mientras se sentaba de manera inestable bajo los soportales de la posada. El suelo estaba sucio, pero caliente. La gente se apartó para dejarle espacio donde poder respirar.

—¡Creo que lo han envenenado! —gritó el rey Orwynne.

—¡No... no! Mueren los consagrados —dijo Gaborn sin energía—. Raj Ahten está en la torre Azul.

## Capítulo 19



### *En la torre Azul.*

**T**oda la mañana la borra había sido espesa sobre el mar, mientras que Raj Ahten remaba hacia la torre Azul guiado por el reclamo de las gaviotas y el sonido de las olas rompiendo contra las rocas.

En aquella densa neblina, eludió los barcos de guerra que vigilaban la torre hasta llegar a la base de la misma.

Al remar le dolía el hombro. El rey Mendellas Orden lo había vapuleado bien en la batalla de Longmot, le había aplastado los huesos del hombro derecho. Gracias a los miles de dones de resistencia, sobrevivió, pero durante la semana transcurrida los cirujanos estuvieron intentando abrirle el hombro para romper los huesos y volver a recomponerlos una y otra vez. Las heridas cicatrizaban en cuestión de minutos y, aunque el dolor fue espantoso, el hombro no había mejorado mucho.

Malditos mystarrianos, el viejo rey Orden y su hijo.

Esa última semana, Raj Ahten pudo recuperar suficientes marcadores con los cuales estimular nuevamente su metabolismo, cosa que le permitiría prepararse para la guerra.

Justo en ese momento alcanzó la torre Azul, la vio elevarse entre la niebla. La antigua fortaleza que alojaba a la mayoría de los consagrados de Mystarria era enorme.

Raj Ahten se puso de pie en la proa de un magnífico y pequeño bote y profirió un sonido profundo desde el fondo de los pulmones. No era un grito, sino más bien una resonancia, una salmodia, un único tono grave que sacudió huesos y enfrió el aire y que hizo que la piedra de la torre Azul zumbara armoniosa.

No se trataba de un sonido extraordinariamente alto, había descubierto que mucho volumen no le servía. Lo que buscaba era un tono exacto, una nota que modificaba según los distintos tipos de roca y que hacía que la piedra resonara a su vez.

Mantuvo esa nota largo rato, dejó que la voz se mezclara con el canturreo de la piedra hasta oír el explosivo ruido de la piedra al partirse; hasta que los criados de la torre Azul comenzaron a gritar aterrados, sus voces sonaban igual de distantes e

insignificantes que los graznidos de las gaviotas; hasta que grandes hileras de piedra se desplomaron desde las almenas y cayeron al mar, lanzando espuma.

Y siguió cantando hasta que una torre cayó contra otra torre y las gárgolas de las paredes se derrumbaron como espeluznantes esperpentos, y toda la torre Azul se tambaleó hacia la izquierda y se precipitó en el mar.

El humo y el polvo de aquella ruina se elevaron grises entre la niebla. Los mortíferos barcos de guerra que vigilaban la torre Azul izaron velas y se deslizaron hacia él.

La torre Azul se había desplomado y, sin duda, al caer Mysteria sucumbiría con ella. Los consagrados dentro de la fortaleza habían perecido, junto con los centinelas.

Raj Ahten dio la vuelta al bote y, una vez más, se afanó con los remos. Se escabulló entre la niebla más rápidamente de lo que podían maniobrar los barcos de guerra. Le dolía la espalda, pero lo consolaba el hecho de saber que a Gaborn Val Orden le dolería mucho más.

## Capítulo 20



*Todavía rey de la tierra.*

**G**aborn nunca había vivido la muerte de un consagrado. La sensación se le había descrito como dolorosas arcadas, como una sensación de pérdida, al tiempo que la fuerza física o la resistencia lo desgarraban a uno.

En ese instante lo notaba intensamente: arcada tras arcada lo invadían mientras los dones lo abandonaban. De repente, la constitución de Gaborn ya no podía soportar el gran peso de la loriga que lo asfixiaba y lo aplastaba.

Llevaba tres noches sin dormir. Gracias a los dones de resistencia había aguantado sin dificultad, aunque justo en ese momento lo invadió la fatiga. Se sintió apabullado, rendido. El rey Orwynne lo contemplaba horrorizado.

Gaborn se encorvó y se tapó el estómago con la mano, como si se tambaleara debido a un golpe físico. Aunque no era eso lo que más le preocupaba.

La torre Azul alojaba a la mayoría de los consagrados que servían a Mystarria. Lo que era más importante, los guerreros de Mystarria componían casi un tercio de los soldados de armas de todos los reinos de Rofehavan.

En pocos segundos, los soldados del duque Paldane, los mejores de Mystarria, se transformarían en inútiles plebeyos o, con la pérdida de atributos clave, a lo mejor se quedarían como «guerreros de atributos inadecuados», quizás fuertes pero lentos, o inteligentes pero flojos.

Incluso en ese momento el duque Paldane hacía que sus hombres formaran filas frente a las tropas de Raj Ahten, mientras los Invencibles de Raj Ahten afilaban las hojas para la masacre.

La noche anterior Gaborn se preguntó qué había sido de Raj Ahten; aunque ya lo sabía.

Mystarria se vería destruida, y lo más probable era que todo el norte sucumbiera con ella. Gaborn se preguntaba cómo era esto posible.

Efectivamente, el duque Paldane había reforzado las defensas de la torre Azul, duplicado o cuadruplicado la guardia.

En su fuero interno, Gaborn visualizó los muros de la fortaleza agrietándose,



como grandes fragmentos de piedra caían en cascada al mar.

De modo parecido, Gaborn se desmoronaba: la fuerza lo abandonaba al verse despojado de tres dones de fuerza física. Los ojos se le apagaban al tiempo que perecían los consagrados ciegos de la torre Azul.

Se había ufanado de todo lo aprendido en la Facultad del Conocimiento y sin embargo, en cuestión de segundos, al desvanecerse los dones gemelos de inteligencia, se le olvidó la mitad de todo lo aprendido. Ni siquiera podía evocar la imagen de Iome.

De repente, se le embotaron los oídos y enmudeció el reclamo distante de las currucas que sobrevolaban el pueblo.

Encolerizado al caer en la cuenta de lo que ocurría, Gaborn gritó a su cronista:

—¡Hijo de puta! ¡Maldito bastardo! ¿Cómo no me has avisado?

Hasta la propia voz sonaba débil, distante, mientras los mudos a su servicio callaban para siempre.

—¡Efectivamente, un mal día para las crónicas!

—Lo siento —se disculpó el historiador.

El rey Orwynne se sentó en los soportales junto a Gaborn, lo cogió por los hombros.

—Descansad —dijo el anciano—. Descansad, ¿ha matado a todos vuestros consagrados?

Gaborn contuvo las ganas de rendirse ante el agotamiento, de rendirse ante la crueldad, de abandonar toda esperanza.

—¡Están muertos! —dijo Gaborn—. La torre Azul destruida.

—Alteza, parecéis un cadáver —dijo el rey Orwynne—. ¿Qué haremos ahora? ¿Adónde iremos? ¿Deseáis buscar a un mediador y tomar nuevos dones antes de proseguir hacia el sur?

Gaborn llevaba veinte mil marcadores consigo y la tentación era grande. Pero ya no se atrevía a regresar al castillo de Sylvarresta.

—No, debemos continuar —dijo.

Al anoecer, alcanzarían el castillo de Groverman, y Groverman tenía un mediador a quien, llegado el caso, podría utilizar.

—Poseo la fuerza de un hombre cualquiera, pero aún soy el rey de la tierra.

Se esforzó por ponerse en pie bajo los soportales y se subió a la silla de montar.

Gaborn ya no podía permitirse hacer caso omiso del peligro que corrían sus hombres. La Gloria Caída se acercaba.

Estad al tanto, dijo a los guerreros elegidos, la muerte se aproxima.

## Capítulo 21



### *El precio de una comida.*

**T**emprano, aquella misma tarde, Borenson perdió sus dones. Iba sentado en la silla cuando notó cómo lo abandonaba el metabolismo, percibió cómo desaceleraba hasta la velocidad en la que vivían otros hombres.

Al principio se extrañó ante aquella náusea que lo invadía, pensó que eran retortijones en el estómago. Luego la pérdida de dones llegó tan precipitadamente que no supo decir qué fue lo siguiente en desaparecer, si la fuerza o la resistencia, el olfato, el oído o la vista. Todos ellos se agotaron en segundos, dejándolo como una cáscara vacía.

Conforme se desvanecían los dones, a Borenson lo invadió una sensación de pena desoladora: había mirado a los ojos de los jóvenes agricultores que hacía años le habían cedido la fuerza física. Prometedores muchachos que le hubieron legado la vida.

*Deberían estar retozando con las lecheras en este momento*, pensó Borenson, no muriendo en la torre Azul. Recordó a la vieja Tamara Thane, quien le había dado bollos calientes de niño y un don de metabolismo cuando le hizo falta. Todos aquellos que la conocían, la echarían de menos.

Pero, por mucho que llorara la muerte de sus consagrados, más pena se daba él mismo: la muerte de los propios consagrados le recordaba las imágenes de pesadilla de la semana anterior en el castillo de Sylvarresta, cuando se vio obligado a masacrar a los consagrados en ese lugar.

Durante casi toda la mañana, el escolta de Borenson había guardado silencio. Atravesaron Deyazz como un vendaval, una tierra donde el sol brillaba más que en ningún otro sitio que Borenson recordara. Una región hermosa y, aunque estaba a solamente a ochocientos kilómetros de Heredon, el tiempo era drásticamente más cálido al oeste de las montañas Hest.

Deyazz estaba situada al norte del gran desierto salino, el centro más caliente de Indhopal, y el viento reinante movía el calor del desierto en aquella dirección. Deyazz no era zona tropical; no obstante, el agua casi nunca se congelaba en mitad del

invierno.

Los campos de cultivo a lo largo del río Anshwavi eran de un verde exuberante. Las garzas cazaban insectos en los campos que el agua anegaba a menudo. Jóvenes muchachos vestidos con taparrabos de lino blanco trabajaban con sus madres y hermanas y recogían arroz en cestas de mimbre.

Borenson pasó por ciudades de adobe encalado, donde los nobles habían construido imponentes palacios con cúpulas bañadas de oro que sustituían a los tejados. Mujeres de piel oscura envueltas en vestidos de seda, adornadas con aros de oro y rubíes en las orejas o la nariz, tumbadas entre las columnas majestuosas de los palacios o sentadas junto a estanques relucientes.

Las ciudades tenían amplias avenidas, inundadas de luz, no calles estrechas como las de las ciudades amuralladas de Heredon. Como consecuencia, las ciudades de Deyazz olían a limpio, no a hombres y a bestias como las del norte.

Sin embargo, por doquier había indicios de guerra. Borenson había pasado junto a interminables filas de soldados que llenaban los castillos a lo largo de la frontera hasta rebosar. Al cruzar las ciudades en ruta junto al Invencible, los ciudadanos de a pie habían mirado a Borenson con desconfianza. Algunos niños pequeños le lanzaron higos, mientras que las madres lo maldijeron.

Solamente una o dos veces escuchó un reclamo esperanzado de algún anciano o anciana:

—¿Habéis visto al rey de la tierra?

Pero, al tiempo que se desvanecían sus dones, Borenson comenzó a desplomarse y lio las cadenas de los grilletes en la perilla para no caerse. A los ojos le acudieron lágrimas.

—¡Ayuda! —dijo.

Llevaba días sin dormir, no había comido desde muy entrada la noche anterior. Con los dones de resistencia, no había sentido hambre o fatiga, aunque ya la fatiga casi lo cegaba, se le hacía difícil enfocar la mirada, y sentía en el estómago retortijones de hambre.

Su captor volvió la vista atrás para mirarlo con desconfianza, como si temiera que Borenson estuviera tramando alguna treta. En ese momento atravesaban otra ciudad, recorrían la calle principal del mercado dentro del casco de la ciudad. Los puestos de vendedores desprendían fuerte olor a curri y jengibre, comino y anís, pimentón y guindillas. Ancianos de tez oscura con turbantes se sentaban bajo las sombrillas al sol del medio día, sonrieron al captor de Borenson y lo llamaron para que probara la comida. Le ofrecieron arroz al vapor en cestas de bambú, cocido encima de agua caliente en cazos de latón; junto al arroz había ollas con varias salsas al curri y aliños. Algunos hombres vendían palomas asadas en la barbacoa con salsa de ciruelas aún ensartadas en brochetas largas. Otros habían escabechado huevos de estornino, o alcachofas en barriles enormes. Por todas partes había fruta: mandarinas, naranjas, melones, higos, dátiles dulces y montones de coco desecado.

—¡Detente! —suplicó Borenson nuevamente—. Tu amo está en la torre Azul, en Mystarria.

Se inclinó hacia delante, intentando con todas sus fuerzas mantenerse despierto, pues llevaba varios días sin dormir. Los sentidos todavía estaban recuperándose, y Borenson imaginó visiones de pesadilla. Un profundo cansancio se apoderó de él, como el dolor de huesos.

El Invencible lo observó por el rabillo del ojo.

—La torre Azul es un buen lugar para atacar. Recomendaría tal plan a mi señor.

Escrutó a Borenson con desconfianza, pero si Borenson había tramado un ardid contra su captor, aquel mercado era el peor lugar para intentarlo. Finalmente le preguntó:

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Nada —dijo Borenson.

No habría bálsamo que calmara aquel horror y la pena que sentía ante la pérdida de sus consagrados. El Invencible no podría devolverle los recuerdos perdidos, o concederle tregua de aquel cansancio embotador que lo invadía entonces. En vez de ello, solamente le pidió a su captor el único socorro que este podía ofrecerle.

—Aunque me encuentro exhausto repentinamente, y hambriento. No sé si podré mantenerme despierto mucho rato. No he dormido en días.

—¿Es cierto eso que se cuenta? —preguntó el Invencible—. ¿Un guerrero sin dones no es un guerrero en absoluto?

Al ver que se habían detenido, un vendedor se acercó a toda prisa y ofreció al Invencible un poco de cocodrilo a la pimienta dulce para que lo probara. En pocos segundos, otros vendedores ofrecieron bocados de sus mercancías, pero hicieron caso omiso a Borenson, el soldado pelirrojo de Mystarria.

El aroma de la buena comida caliente hizo sonar las tripas de Borenson y este se sintió abrumado por el hambre.

—¿Podemos detenernos a comer? —suplicó.

—Pero ¿no tenías prisa? —dijo el Invencible con malos modos, con la boca llena de comida al tiempo que los mercaderes rodeaban su caballo.

—Tengo prisa, pero también tengo hambre —dijo Borenson.

—¿Qué puede más —preguntó el Invencible—, la prisa o el hambre? Al presentir tu prisa, no me detuve. Además, un hombre no debería ser esclavo del estómago. El estómago debería servir al hombre. Vosotros, los del norte, de barriga gorda, deberíais prestar atención a mis consejos.

Borenson era corpulento, un hombre grande; pero nunca se habría considerado un hombre gordo. Por otro lado, durante la cabalgata por Deyazz, no había visto a ninguno tan fornido como él.

—Solamente quiero algo de comida. No tenemos que detenernos demasiado —imploró.

—¿Qué me darás si te alimento? —preguntó el Invencible.

Borenson echó un vistazo a los puestos de los mercaderes. Él era un cautivo y no tenía demasiada elección. Allí en el sur, los lores casi nunca alimentaban a los prisioneros. En vez de eso, se esperaba a que los familiares o amigos les suministraran comida, ropa y cuidados médicos.

Como prisionero, no se le permitiría comprar comida a los vendedores.

—En la bolsa llevo oro —dijo Borenson, preguntándose cuánto le duraría el oro si tenía que pagarle al captor por la comida. El Invencible le cobraría un precio desorbitado para asegurarse de que futuros carceleros no obtuvieran nada.

El Invencible se echó a reír, se volvió a mirar a Borenson con expresión divertida.

—Estás encadenado, amigo. Puedo hacerme con la bolsa cuando quiera. No, debes pagarme con mejor moneda.

—Nombra el precio —dijo Borenson, demasiado cansado para discutir.

El Invencible asintió con la cabeza.

—Lo pensaré...

El Invencible compró pato joven asado y arroz y un par de limones a un anciano mercader que también suministraba cuencos baratos de arcilla para comer.

Después, el Invencible atravesó la ciudad a caballo rápidamente y se detuvo en una curva del río Anshawavi. En ese mismo lugar algún palacio había quedado en ruinas quizás hacía ya mil años.

Dejaron que los caballos bebieran y pastaran. El Invencible condujo a Borenson de los grilletes hasta el agua para que pudiera lavarse en el río antes de comer. Luego se sentaron sobre un antiguo pilar de mármol a comer. La piedra de vetas verdes estaba desgastada, como si sobre ella solieran sentarse los viajeros.

El Invencible partió los limones con una daga curva y escurrió el zumo del limón sobre el pato y el arroz tan delicadamente aliñados. A Borenson le entraron retortijones al ver la comida. Estiró la mano en busca del cuenco, pero el Invencible únicamente sonrió y se mofó de él.

—Primero, págame.

Borenson lo miró expectante mientras esperaba que el fulano nombrara el precio. Quizás su magnífico arco, o una parte de la armadura.

—Cuéntame sobre tu rey de la tierra —dijo el Invencible—. Cuéntame cómo es, y habla con sinceridad.

Borenson reflexionó cansinamente.

—¿Qué quieres saber?

—Se dice que mi señor Raj Ahten huyó de él en el campo de batalla. ¿Es cierto?

—Lo es —dijo Borenson.

—Debe ser un guerrero temible —dijo el Invencible—. Mi señor Raj Ahten casi nunca se retira.

—Es cierto —dijo Borenson.

No quería contar toda la verdad. No estaba dispuesto a admitir que Gaborn detestaba tomar dones de otros hombres y, por ello, era un adversario insignificante

para Raj Ahten.

—Es un hombre alto, ¿no? —preguntó el Invencible—. ¿Fuerte?

Borenson prorrumpió en carcajadas. Se dio cuenta de a qué jugaba el otro: él mismo también soñó que un día el rey de la tierra se alzaría.

—No, no es alto —dijo Borenson.

Aunque en algunas partes de Indhopal tener gran estatura se consideraba una virtud. Se esperaba que los líderes fueran altos.

—Es un palmo más bajo que tú.

—Pero, sin duda, será hermoso a pesar de eso —dilucidó el Invencible—. Tan bien parecido como mi señor Raj Ahten.

—No acepta dones de encanto —confesó Borenson—. La belleza de Raj Ahten es incandescente. La belleza de mi señor es... una ceniza, que se eleva en la noche.

—¡Ah! —exclamó el Invencible, como si hubiera hecho un descubrimiento—. Entonces es cierto lo que he oído, ¡el rey de la tierra es bajo y feo!

—Sí —confesó Borenson—. Es más bajo y más feo que Raj Ahten.

—Pero es muy sabio —dijo el Invencible—; astuto y hábil.

—Es un hombre joven —admitió Borenson—. No es sabio. Y se ofendería si le dijerais que es astuto y hábil.

—¿Y aun así burló a mi señor Raj Ahten en la contienda? —dijo el Invencible—. Condujo a las mujeres y al ganado por la llanura y asustó a mi señor.

—Sospecho que se trató un golpe de suerte —dijo Borenson—. De hecho, ni siquiera fue idea de Gaborn, sino que fue su esposa quien lo sugirió.

—Ah, ¿entonces se deja aconsejar por las mujeres? —preguntó el Invencible.

En algunas partes de Indhopal, insinuar que un hombre aceptaba los consejos de una mujer era como decir que no era viril o que era un insensato.

—Atiende las recomendaciones de mujeres y hombres —lo corrigió Borenson.

El Invencible sonreía ante Borenson con aire de superioridad; al colocar la cara en diagonal al sol, las marcas de la viruela se hicieron más pronunciadas.

—¿Has visto a mi señor Raj Ahten? —preguntó el Invencible.

—He visto a tu señor —accedió Borenson.

—No hay otro mejor. No hay nadie tan hermoso ni tan feroz al combatir —dijo el Invencible—. Sus enemigos lo temen con razón y su gente lo obedece ciegamente.

Sin embargo, Borenson percibió algo en aquel tono de voz: como si el Invencible estuviera poniéndolo a prueba de algún modo.

—En eso estamos de acuerdo. No hay nadie más fuerte, o más astuto, o más bello, o más temido.

—Entonces, ¿por qué sirves al rey de la tierra? —exigió saber el Invencible.

—No hay otro tan hermoso como vuestro señor —dijo Borenson—, ni de corazón tan corrupto. ¿No es cierto que sus vasallos lo temen tanto como sus enemigos? ¿Y con razón?

—Decir ese tipo de cosas en Indhopal —lo previno el Invencible—, ¡supone la

muerte!

Se le encendieron los ojos y desvió la mano hacia la daga curva en un costado. La desenfundó a medias.

—¿Decir la verdad supone la muerte en Indhopal? —dijo Borenson—. Y sin embargo tú fuiste quien me ordenó que fuera sincero. ¿Será mi vida el precio del almuerzo?

El Invencible no dijo nada y Borenson continuó:

—De todos modos, no he contestado a tu pregunta del todo. Sirvo al rey de la tierra porque tiene buen corazón —declaró en voz alta—. Ama a su gente. Ama incluso a sus enemigos, e intenta salvarlos a todos. Sirvo al rey de la tierra porque la tierra lo eligió y le otorgó el poder. ¡Y eso es algo que Raj Ahten con todos sus ejércitos y su magnífico rostro nunca tendrá!

El Invencible prorrumpió en una risa afable.

—¡Te has ganado el almuerzo, amigo mío! Has hablado con sinceridad y te lo agradezco.

Estrechó las manos de Borenson.

—Me llamo Pashtuk.

Pashtuk entregó el cuenco de arroz y pato a Borenson. Borenson no pudo evitar advertir que lo había llamado «amigo mío». En Indhopal, tales palabras no se decían así como así.

Eso lo animó a preguntar:

—De pequeño, Pashtuk, ¿también soñaste que un día se personaría el rey de la tierra? ¿Soñaste con ser caballero de su séquito? Y ahora ¿también tú deseas servir al rey de la tierra?

El Invencible tomó una cucharada de arroz y la miró intensamente, pensativo.

—No se me ocurrió que fuera bajo y feo y que aceptara los consejos de las mujeres. Ni que proviniera de tierra enemiga...

Borenson comió cuidadosamente. El cuenco de arroz no era muy grande y apenas le sació el hambre. Lo llenó sin empacharlo, lo restableció un poco.

Borenson se planteó lo que significaban las muertes de la torre Azul. Si él había perdido los dones, miles de guerreros también los habrían perdido. Muchos nobles preferían tener a los consagrados bajo su propia custodia. A pesar de ello, la torre Azul llevaba en pie miles de años y no había sido sitiada con éxito desde el asedio naval del rey Tison el Audaz hace cuatrocientos años.

Los nobles de Mystarria estarían atenazados por el pánico. Peor todavía, Borenson se preguntaba qué habría sido de Gaborn. Gaborn también habría perdido los dones.

Raj Ahten no había sido capaz de provocar la salida de Gaborn de la guarida de Heredon, no podía arriesgarse a llevar las tropas al norte mientras los tumularios del bosque de Dunn sirvieran al rey de la tierra. Por tanto, lo que intentaba era obligar a Gaborn a actuar precipitadamente, forzarlo a que se pusiera a tiro. Gaborn contaba

con el duque Paldane para repeler todo ataque contra Mystarria. Paldane era anciano y sabio, un avezado veterano que había dirigido docenas de campañas contra tiranos y delincuentes de poca monta por cuenta de Orden. Paldane era el hombre más digno de confianza.

Aunque Paldane no podría luchar con las manos atadas a la espalda, y Raj Ahten había logrado atarlo de manos.

Incluso en aquella condición débil y cansada, Borenson lo comprendía claramente. Raj Ahten sabía que Gaborn no podría resistir la tentación de salir al ruedo.

Nada más perfecto que el señuelo de la vida de una nación, las vidas de cuantos Gaborn conocía y amaba.

Borenson deseó poder hablar con Gaborn en ese instante, inducirlo a que se diera a la fuga, que regresara al norte. Pero no estaba seguro de que eso fuera lo correcto. Pues si Gaborn no iba al sur, Raj Ahten destruiría Mystarria.



## Capítulo 22



### *La Gloria Caída.*

**E**rin y Celinor marchaban bastante adelantados del resto, a toda velocidad. Galopaban entre las colinas, a treinta y dos kilómetros al sur de Hayworth, cuando a ella le llegó la advertencia de Gaborn, ¡escondeos!

Erin la sintió correr y el corazón empezó a palparle. Inmediatamente, miró a su alrededor en busca del peligro y tiró de las riendas de la montura.

Celinor hizo lo mismo mientras le preguntaba:

—¿Qué sucede?

Erin alzó la vista a las nubes grises como el acero. En el horizonte, una nube algo más oscura se acercaba a ellos rápidamente.

A Erin se le aceleró la respiración y apenas pudo decir:

—Encuerda el arco —susurró, pensando que tendría tiempo.

De un salto se bajó del caballo, cogió su arco e intentó encordarlo torpemente. Celinor la imitó al tiempo que miraba boquiabierto la franja nocturna que se les echaba encima. *Es como un gran pez que nada tras las nubes*, pensó Erin. *Un gran pez que merodeaba en las profundidades, medio escondido, medio al descubierto, esperando el momento de atacar.*

*No tengo miedo*, se dijo a sí misma, *soy una hermana amazona*. Las Amazonas de Fleeds no permiten que el pánico se apodere de ellas.

Pero, aunque Erin era una amazona y solía enzarzarse en simulacros de combate y torneos e incluso en alguna que otra pelea, nunca se había enfrentado a un peligro como aquel. Nunca se había sentido impotente.

Ya había encordado el arco cuando Gaborn se dirigió nuevamente a ella, huye, Erin, ¡escóndete!

Erin soltó el arco y de un brinco se subió a la silla. Antes de caer en la cuenta de que Celinor no había sido nombrado elegido y no habría oído la orden de Gaborn, ya estaba montada. Celinor seguía de pie en el suelo, intentado encordar el arco.

—¡No tenemos tiempo! —gritó—. ¡Al bosque! ¡Apresúrate!

Celinor levantó la cabeza y la miró sorprendido, terminó de encordar el arco. Más

adelante había un monte cubierto de alisos, muchos de los cuales aún conservaban las hojas. Erin esperaba que les sirvieran de escondite.

La oscuridad descendió entre las nubes, una turbulenta masa de tinieblas impenetrable al ojo. Encima de aquella masa, solamente había oscuridad, que se extendía por el cielo. Una gran vorágine de fuego, como un tornado, parecía atada a la bola de oscuridad como un cordón umbilical que sustentaba el ojo de la tormenta iluminada.

El violento remolino se rizaba y se retorció en lo alto de la bola de oscuridad al mismo tiempo que descendía en dirección a ellos.

—¡Corre! —gritó Erin.

Celinor agarró el arco, saltó sobre el caballo y, a toda velocidad, se alejaron de la carretera.

La masa central de tinieblas fue desplazándose directamente por la carretera de las montañas Durkin. Entonces, se desvió y descendió.

A espaldas de Celinor y Erin, sus respectivos cronistas gritaron horrorizados y los siguieron a galope tendido, esforzándose por ajustarse al ritmo de los otros caballos, más veloces.

El rocín de Erin se lanzó terraplén abajo y se introdujo en el bosque con mucha celeridad. La montura de Erin se precipitaba atronadoramente entre los árboles ralos, saltaba arbustos y rocas pequeñas; el viento azotaba la cara de la amazona y toda una noche se cernía sobre ella.

Se volvió a mirar justo cuando la masa de oscuridad, de ochocientos metros de diámetro, bajaba a ras del suelo. Una gran ráfaga de viento rugió entre los árboles del monte, los derribó como si fueran una bola enorme; ancianos patriarcas del bosque se partían como ramitas. Los árboles gemían a modo de queja y el bramido del viento era como el gruñir de un animal. Ramas y hojas secas se arremolinaban entre la vorágine. Erin solamente podía distinguir la parte exterior de la tormenta, únicamente una voluta ventosa de escombros, pero en el centro volaba una nube opaca.

El viento había cobrado fuerza. La parte delantera de la ráfaga se expandió por el camino, golpeó al caballo de la cronista de Erin con tanta brusquedad que el corcel se tambaleó de lado y tumbó al jinete.

El viento se los llevó a ambos, al caballo y al jinete. Elevó a la cronista como una mano y la arrojó por el cielo.

Erin recordó un fragmento de un antiguo volumen, una descripción de una gloria en combate: «Y con ella llegó la luz del sol y el viento, un viento que movía sus alas como un vendaval, que azotó las naves en Waysend y las levantó del agua y las lanzó al vacío».

Siempre había pensado que esa era una descripción demasiado fantástica. Al fin y al cabo, había visto pterodáctilos en pleno vuelo y el batir de las alas de estos nunca generaba nada parecido. Pero la criatura que los atacaba en ese momento controlaba el viento con más energía de lo natural. El viento y el aire se movían como una

extensión de su cuerpo.

La cronista de Erin profirió un alarido, un grito de horror desenfrenado apenas audible en lo alto de la tormenta y, mientras Erin la contemplaba, un enorme palo, un pino despojado de ramas, alcanzó a la mujer en el torso y la propinó un golpe certero, como una flecha. Sangre y tripas salieron volando. El viento elevó el cuerpo inerte de la historiadora, el del caballo y el árbol a unos treinta metros de altura, y se perdieron mientras daban vueltas de campana en una impenetrable bola de oscuridad.

Erin nunca había apreciado a su cronista, jamás se había sentido unida a aquella mujer. El único gesto de amabilidad que Erin se había permitido con su historiadora fue el de hacerle té en las pocas ocasiones en que había estado resfriada. Aunque la imagen de la mujer ensartada, totalmente destrozada, horrorizó a Erin.

El cronista de Celinor alcanzó el borde del camino al tiempo que el caballo de este luchaba por mantenerse en pie, ya que, repentinamente, las patas traseras se vieron pilladas a sobreviento. El caballo relinchó cuando la Gloria Caída lo introducía en la masa vertiginosa. Erin apartó la mirada.

La ráfaga de viento se abalanzó sobre ella. Erin se giró justo cuando su caballo se precipitaba de mala manera en un pequeño barranco de arena, el cauce seco de algún río que atravesaba sinuoso la quebrada. Celinor había dado la vuelta a su montura y galopaba por el lecho seco para ponerse a salvo, huía de la bola tenebrosa que los perseguía en dirección a un grupo de pinos altos que se abría ante ellos como un túnel oscuro. Se apartó del viento, de las tinieblas.

De repente, se sumió en un remolino de hojarasca. Erin clavó los talones en la carne del caballo, sintió que el viento tiraba de su capa, y miró hacia atrás.

A menos de doce metros, el viento aullaba como una bestia, y Erin fijó sus ojos en la oscuridad como si fuera un abismo. Los árboles se derrumbaban por ambos flancos. La tenebrosidad que se abría detrás de todo aquello era como una descomunal boca que intentaba tragársela. Un palo largo salió disparado del abismo, le golpeó la espalda como una lanza; explotó contra su armadura, haciéndose añicos con el impacto, la empujó hacia delante.

Erin llegó hasta la pinada. Justo en ese su refugio, Celinor había detenido el caballo. Más adelante, una pila de troncos obstruía el cauce por donde alguna vez había fluido un arroyo.

*¡Escóndete!*, gritó la voz de Gaborn en su mente.

Erin saltó hacia Celinor y el viento la propulsó hasta él. Lo tiró de la silla y dio una voltereta, rápidamente se ocultó bajo un árbol derrumbado, bajo el montón de troncos.

A su espalda, oyó a los caballos relinchar de terror, pero no se atrevió a mirarlos. En vez de eso, se arrastró bajo los troncos mientras el viento ululaba y tronaba; mientras los árboles se partían en dos y las ramas crujían. Uno de los árboles se inclinó y se desplomó encima de la pila de troncos, sobre su cabeza, como si la Gloria Caída intentara aplastarlos a todos. Las ramas del árbol la protegieron conforme

descendían las tinieblas, la envolvieron con el aroma a resina y hojas perennes.

En torno a su pequeño refugio, la tormenta se embravecía. Incluso allí, bajo los árboles caídos, el viento arrancaba la corteza a los viejos troncos y rodaba rocas lenta y pesadamente por el lecho del río.

Celinor rodeó a Erin con los brazos, la agarró firmemente, intentaba protegerla con su cuerpo. En aquella total oscuridad, Erin sintió que se asfixiaba, aunque temía soltarse.

—¡Mantente agachada! —gritó él.

Ya entendía por qué Gaborn los había advertido. El poder de la Gloria Caída parecía inmenso. No existía flecha alguna que hubiera penetrado aquella incontenible tormenta. Ni jinete alguno, sin importar lo valiente o lo bien preparado que fuera, que hubiera podido aniquilar a la bestia con una lanza.

Ella no podía luchar, no sabía si conseguiría esconderse. En lo alto, estallaron relámpagos y los troncos secos explotaron como yesca.

En un instante cegador, vislumbró algo. Al otro lado del tronco del pino caído, entre las ramas intactas de este, distinguió una forma titilante, la figura agazapada de un hombre con alas que se movía por el cauce seco, al acecho. Llamas negras parpadeaban en torno a él, como si generara y devorara fuego simultáneamente.

Erin notó que el aire se erizaba. La carne se le puso de gallina conforme la electricidad estática los envolvía. Erin temió que en ese instante la fulminara otro rayo.

En ese momento, cuando la Gloria Caída se adelantaba a ellos, el viento cesó de golpe. En aquella oscuridad total, Erin no se atrevía a moverse; notó como si estuviera en el ojo de una tormenta.

En lo alto, los árboles secos y la maleza que la protegían se prendieron con un rugido, se encendieron con los rayos. La Gloria Caída dio un salto en el aire, abanicó las llamas con las alas. La bestia soltó un sobrenatural aullido de júbilo, un sonido que a la misma vez era un alarido atormentado y lo más bello que jamás había escuchado, el aria de los malditos.

En torno a ella giraban nubes de humo, que la asfixiaban. Trozos aislados de ramitas y de corteza partida ardían en la pila de troncos, caían por doquier. De lo alto cayó un tronco que propinó un fuerte golpe a Celinor en la espalda, y una brasa caliente se posó en la mano de Erin.

De un manotazo esta apartó la brasa y el fuego rozó unas hierbas secas cercanas. Entre tan tenue iluminación, Erin divisó un terraplén a su izquierda. El arroyo había arrastrado algo de tierra y había creado un saliente, y pensó que si podía llegar hasta esa zanja, el voladizo la protegería de aquel infierno.

Agarró a Celinor e hizo un gesto para que fuera a la izquierda, pero se sorprendió al descubrir que este había perdido el conocimiento. Celinor había intentado protegerla con su cuerpo, pero el tronco de lo alto lo había golpeado más fuerte de lo que ella había creído. Estaba inconsciente, o muerto.

Erin deslizó el cuerpo para librarse de aquella carga, lo cogió por el cuello de la cota y, con mucho esfuerzo, empezó a sacarlo por debajo de la madera en llamas, avanzando lentamente hacia lugar seguro.

Una rama caliente cayó golpeando de lleno a Celinor en la espalda con un ruido seco. Este gritó agonizante y levantó la cabeza, por la cara le corrían el sudor y la sangre; después, volvió a desmayarse.

Erin reanudó el esfuerzo, ya había recorrido la mitad del apiñamiento de troncos, había superado uno y luego otro, cuando advirtió de repente que el viento amainaba y que la luz del día penetraba el infierno por completo.

Alzó la mirada, esperanzada, insegura de siquiera poder encontrar la forma de salir de la maraña de troncos en llamas ella sola, antes de que se derrumbaran por su propio peso.

Pero la Gloria Caída se había marchado.

Entumecida, cayó en la cuenta de que el grito de Celinor bien los podía haber salvado. La Gloria Caída debía de haberlo dado por muerto. Le dio la vuelta a Celinor preguntándose si la Gloria Caída tenía razón.

## Capítulo 23



*Lores valientes.*

**G**aborn solamente podía mirar hacia arriba con aletargado asombro, mientras la Gloria Caída extraía la luz del cielo, la concentraba en un embudo de fuego con el que formaba un remolino de las más oscuras tinieblas.

Gaborn se sentía más cansado que nunca, apenas podía enfocar la vista, mucho menos la mente. Sin haber dormido durante días y debido a la repentina pérdida de dones, casi no podía mantener la cabeza erguida.

Conforme se acercaba la bestia, el viento batía y ululaba a su paso. Volaba a ras del camino de tierra, justo como el búho sobrevuela los caminos de invierno a la luz de la luna a la caza de ratones.

El viento a su paso arrancaba árboles y arrojaba piedras enormes. A unos ochocientos metros más adelante, hombres y caballos se apartaban de su trayectoria, pero no fueron lo suficientemente rápidos, apenas rápidos.

En la nube crepitaban rayos que salían disparados como flechas de ballesta, rayos que partieron a hombres por la mitad y reventaron caballos. Truenos que desgarraban el aire de la tarde y se mezclaban con los gritos de los moribundos y el chasquido de los árboles al partirse.

Al tiempo que la tempestad azotaba la carretera, el polvo fue mezclándose con ella y lo oscureció todo.

—¡A mí! —grito el gordo del rey Orwynne junto a Gaborn—. ¡Por Orwynne y por Mystarria!

*¡Este viejo insensato intenta protegerme!, percibió Gaborn. He perdido mis dones y Orwynne me tiene por un plebeyo. He subestimado la velocidad de la Gloria Caída, pensó Gaborn. Tengo que conseguir que los míos se muevan más deprisa.*

Gaborn cabalgaba al frente de su ejército con sus caballeros dispersados kilómetros atrás; envió una advertencia a los guerreros elegidos: ¡Huid!, ¡no os enfrentéis a ella!

Pero el aviso no disuadió al rey Theovald Orwynne. El rechoncho monarca bajó la punta de la lanza, apoyó el mango de la lanza sobre la parte interior del codo y

espoleó al caballo hacia delante, cargó contra ese orbe violento de oscuridad y tormenta.

Su hijo mayor, Barnell, solamente tenía dieciséis años, pero era un luchador. Con valentía desenfundó el martillo de armas y se lanzó a la carga a la diestra de su padre, a la vez que el centinela de más confianza del rey Orwynne, *sir* Draecon, se precipitaba por el flanco izquierdo.

Una oleada de cien caballeros se adelantó para cubrir la arremetida de Orwynne. Algunos empezaron a tirar las lanzas a la vorágine, al tiempo que los arqueros disparaban desenfrenadamente a la masa oscura, una saeta con otra, creando una lluvia constante de flechas.

Los arqueros no lograron nada. Lanzas y flechas se desviaron en el remolino de viento mágico que controlaba la Gloria Caída, y cambiaron de dirección violentamente. En unos instantes, las flechas se precipitaban hacia los atacantes.

Así fue que los hombres lucharon por proteger a su rey, pero solamente el rey Orwynne, su hijo Barnell y *sir* Draecon demostraron aplomo suficiente para arremeter contra la tenebrosidad.

Gaborn estaba totalmente rendido, tan débil por haber perdido los dones y por la falta de sueño, que no sabía qué hacer. Se dejó llevar ciegamente. Sin los dones de resistencia, apenas podía mantenerse derecho en la silla; sin el don de inteligencia, ya no podía pensar con claridad, no podía recordar los nombres de la mayoría de los elegidos aquella semana, hombres cuyos rostros habría evocado en un instante al percibir el peligro que corrían.

Por tanto, se sentía debilitado de cuerpo y mente.

El cronista de Gaborn se acercó a toda velocidad. A través del aparente aturdimiento, Gaborn reconoció al joven caballero que conducía su caballo, *sir* Langley, el campeón de Orwynne. Quedó agradecido que los mejores hombres de Orwynne fueran lo suficientemente inteligentes para no seguirlo en pos de la muerte.

Los caballos galoparon alejándose de la tormenta hacia un grupo de alisos, troncos de color blanco ceniciento que se erguían espléndidos entre la hojarasca de otoño.

Gaborn echó la vista atrás. El rey Orwynne y sus hombres iban a la carga, los veloces caballos de fuerza aumentaban la velocidad, las crines trenzadas de los caballos se agitaban en el aire.

A Gaborn lo iluminó una repentina esperanza, la esperanza de que aquel ataque pudiera tener éxito, incluso cuando los poderes terrestres en él le advertían lo contrario.

De la bola oscura salió un rayo bifurcado. Parte de la descarga alcanzó a *sir* Draecon, a la izquierda de Orwynne, mientras que el resto hizo jirones a Barnell, a la derecha. Únicamente quedaba el rey Orwynne quien, lanzando un grito de guerra, arremetió contra aquella mole de oscuridad batida con el caballo puesto de armadura. Justo cuando parecía que la cabalgadura de Theovald Orwynne iba a penetrar la

tenebrosidad, un viento irresistible golpeó al caballo, levantándolos a ambos. De repente, el cuerpo de Orwynne se retorció horriblemente, como un trapo escurrido por una lavandera.

El rey Orwynne poseía varios dones de voz, y el grito agonizante de este resultó ser de un volumen asombroso; algo que prometía alimentar las pesadillas durante semanas.

La armadura del rey le rompió los huesos. La sangre manaba de los restos retorcidos. La cavidad del estómago de su caballo reventó como un melón, las tripas del corcel se esparcieron, y todo aquel espectáculo macabro, el rey y su montura, se elevaron en el aire como lanzados a modo de celebración.

—¡Que las Luminosas nos protejan! —exclamó *sir* Langley junto a Gaborn.

Los caballos de batalla de Gaborn y de *sir* Langley alcanzaron la cima de un pequeño claro entre los alisos. Los caballos resoplaban y jadeaban de terror. Gaborn contempló la escena que había dejado atrás con cansancio, cuando el rey Orwynne y el caballo de este caían unos cuatrocientos metros en picado desde lo alto de su trayectoria en arco. Gaborn se sintió exhausto en cuerpo y alma.

No podía continuar. No estoy solamente cansado por la falta de dones, se dio cuenta, sino mentalmente agotado.

Ser atado por su vínculo terrestre a cientos de miles de personas, ser consciente del peligro que corrían, enviarles una advertencia a cada uno de los elegidos cuando descubría un peligro, era más de lo que podía soportar.

Pero, a pesar de aquella fatiga excesiva, le aterrorizaba dormirse. Temía que si se dormía, no podría utilizar sus poderes, no podría avisar a los elegidos. Con pocas fuerzas, envió una nueva advertencia a estos. *¡Escondéos!*

Desde aquella posición aventajada, podía divisar hasta tres kilómetros de carretera tras ellos. Observó el camino, a sus hombres desbandándose, apartarse de la carretera e introducirse a toda prisa en el bosque.

La Gloria Caída rugió con frustración, se desvió por el valle hasta encontrar el siguiente objetivo visible: un caballero que se había caído del caballo. El orbe de tinieblas descendió en picado, sin desprender rayos esta vez, ni garras de aire que desgarraran al caballero.

En vez eso, la bola negra se posó sobre el pobre desgraciado y Gaborn tuvo que imaginarse qué clase de horrible fin le había tocado debido a los alaridos agonizantes del hombre.

Después, el remolino de viento y escombros y tinieblas comenzó a elevarse, se desvió ligeramente hacia él.

—Vamos —dijo *sir* Langley.

Tomó las riendas de Gaborn y apremió al caballo hacia delante. Pasaron desempedrando el bosque, pasaron por encima de los obstáculos derribados, y al galope descendieron por una larga pendiente.

—Si poseéis poderes para salvarnos —dijo Langley suavemente—, ahora sería el



momento de hacer uso de ellos.

*Gaborn se escrutó a sí mismo, reflexionó. Sí, el peligro aún está muy cerca.*

—¡A la izquierda! —advirtió Gaborn, ordenando a Langley que se dirigiera hacia donde no había casi protección.

A la izquierda, la mayoría de las hojas amarillas de los alisos habían caído y se amontonaban en abundantes pilas. Lógicamente, salir a campo abierto no parecía acertado.

La Gloria Caída los siguió, como viento enfurecido que batía hacia abajo por el bosque y se abalanzaba justo por encima de las copas de los árboles.

Se lanzó sobre ellos y las hojas amarillas del suelo comenzaron a agitarse y a arremolinarse por doquier. El viento aulló y un rayo centelleante hizo explotar un árbol junto a Gaborn.

—¡Izquierda! —gritó el rey.

*Sir Langley y el cronista de Gaborn giraron a toda velocidad a fin de sacarle ventaja al viento.*

Repentinamente, Gaborn supo lo que quería la tierra. La Gloria Caída no podía ver entre los remolinos de hojas, lo mismo que él tampoco podía. Gaborn había dado vueltas al monstruo, removiendo las hojas a su paso, y las hojas cegaban a la bestia.

—¡Ahora un viraje cerrado a la derecha! —gritó el monarca.

Langley obedeció. El cronista de Gaborn les pisaba los talones.

En un segundo, galopaban hacia el sur por un sendero entre los árboles y corrían en paralelo a la carretera de las montañas Durkin mientras la Gloria Caída los seguía y bramaba en medio de la confusión.

Se introdujeron en un bosquecillo, al abrigo de unos cuantos pinos oscuros, y se escondieron allí; los caballos resollaban y temblaban de miedo.

Al poco, la Gloria Caída se elevó del suelo del bosque y voló hacia el norte, atacando a todo insensato que permaneciera en el camino.

—La hemos despistado —susurró *sir Langley*—. Hemos sido afortunados.

Gaborn negó con la cabeza. No era suerte sin más lo que los había salvado. Gaborn evocó su encuentro con el espíritu de la tierra en el jardín de Binnesman hacía más de una semana. La tierra había dibujado una runa de protección en su frente, una runa que lograba ocultarlo de todos los acólitos del fuego, salvo del más potente. Gaborn sonrió algo cejijunto. Binnesman había dicho que la Gloria Caída era una criatura de aire y tinieblas, una criatura que consumía luz en vez de servir a esta. Sospechaba que la bestia no sabía que se había ocultado allí, no hubiera podido encontrarlo bajo ninguna circunstancia, y únicamente habría perseguido a Langley y a la cronista.

Escondeos, dijo Gaborn nuevamente a sus tropas.

Casi en respuesta a esa orden, la Gloria Caída voló muy alto y cesó el ataque momentáneamente. El embudo de llamas arremolinadas se hizo más espeso, más grande. La bestia estaba ampliando sus poderes, atraía luz de los confines del

firmamento, como si toda aquella cacería le hubiera dado hambre.

*Es como un gato, pensó Gaborn, que solo ataca porque somos presa fácil. Pero en cuanto tiene que esforzarse un poco para satisfacer el capricho, pierde interés en nosotros.*

La Gloria Caída hizo algo inesperado: instantáneamente salió disparada en el horizonte a una velocidad que ningún caballo de fuerza podía igualar. Se dirigía al castillo de Sylvarresta, que habían dejado a unos ciento doce kilómetros de distancia, rauda. Pero a esa velocidad que había adquirido bruscamente, llegaría en cuestión de segundos.

Gaborn desplegó las manecillas de su poder poco a poco. En la distancia presintió el aura de la muerte envolver a Iome como una capa y se preguntó por qué esta no había abandonado el castillo todavía.

Huid, transmitió por última vez, ¡huid y salvad la vida!

El esfuerzo que suponían aquellos mensajes, le salió caro. Se encontraba tan mareado, tan rendido y fatigado por la pérdida de dones que aún se sentía como si las hojas se arremolinaran en torno a él, dándole vueltas una y otra vez.

Demasiado agotado, hasta la médula, para mantenerse sobre el caballo, se aferró a la perilla de la silla al tiempo que la fatiga se apoderaba de él y se dejó caer al suelo del bosque.

## Capítulo 24



### *Aguardando a las tinieblas.*

Cuando Myrrima dijo a Iome que a la guardia le llevaría horas registrar la ciudad, tenía razón.

De todos modos, Iome ordenó que lo hicieran. Iome tomó a sus cachorros y dejó que corretearan por el patio de armas entre las murallas de la ciudad y, mientras ella celebraba audiencias, hizo que la guardia de la ciudad trajera a rastras a todo ciudadano que aún merodeara por el lugar.

El castillo de Sylvarresta estaba rodeado de una ciudad grande, una antigua urbe con miles de casas. Algunas de estas eran mansiones, como la de *lady* Opinsher, aunque otras eran casuchas que colgaban por encima de las abarrotadas calles del mercado, a lo largo del Butterwalk.

Allí donde miraran los soldados, encontraban a alguien. Pillaron a algunos ladrones saqueando los hogares vacíos de ricos y pobres.

Iome no quiso ejecutar a los hurtadores, pero temía que dejarlos o encarcelarlos con la Gloria Caída tan cerca fuese igual que matarlos. La mayoría de ellos no eran malos sino estúpidos, viejos y viejas cortos de entendederas, siempre pobres mendigos que no consiguieron alejarse de la tentación al ver tantos hogares abandonados. A esta gente les confiscó el botín y los despidió con una amonestación, conminándolos a enmendarse.

Aunque otros saqueadores eran criaturas de mirada furtiva y pésima disposición, con quienes Iome no hubiera jamás deseado encontrarse en un callejón a oscuras. Las personas tan astutas y crueles la perturbaban. Deseaba salvar a los suyos, no quitarles la vida. Pero estos no eran insensatos tentados a cometer fechorías, sino hombres y mujeres inteligentes cuyo oficio era traerle la desgracia a otros; así que, ordenó a la guardia que los encerraran en la mazmorra.

No todos los que fueron hallados dentro de las murallas resultaron ser ladrones. Algunos eran personas toscas o ignorantes. Un abuelo se quejó de que el rey había hecho una montaña de un grano de arena.

Y suma y sigue. Iome parecía empecinada en convertir su sueño en realidad, en

asegurarse de que ella sería la última pelusilla humana en alejarse montada en el viento del castillo de Sylvarresta.

Y como de la nada, apareció un vendaval, un fuerte y recio viento del sur cargado de nubes grises como el acero, las cuales se posaron bajas contra los montes, con una promesa de lluvia. Las nubes trajeron consigo un aire frío que le erizó la piel de los brazos a Myrrima. Esta se inquietó por su madre y hermanas, quienes viajaban en dirección sur con aquel tiempo.

Iome no se atrevía a huir, a pesar de haber ordenado a los centinelas que no tuvieran caballos de fuerza que escaparan hacia el bosque de Dunn.

Binnesman el mago había estado corriendo por el torreón del Rey todo el día, esparciendo hierbas y dibujando runas sobre los portones.

A las dos de la tarde, la orden de Gaborn les llegó más fuerte que nunca, huid ahora, ¡os lo suplico! ¡La muerte está entre vosotros!

Binnesman bajó de la torre a toda prisa.

—*Milady* —dijo a Myrrima, pues Iome estaba enzarzada en una discusión con un tintorero que no quería dejar su tienda.

Estaba tiñendo la lana de escarlata y si sacaba la lana de las cubas antes de tiempo, se quedaría de color rosa turbio. Si no se le daba la vuelta al paño, el paño no cogería el color de forma uniforme. Si lo dejaba mucho rato, la lana se estiraría y se ajaría, estropeando el paño.

—¡*Milady*! —exhortó Binnesman a Myrrima de nuevo—. Debéis alejar a su alteza de aquí, ¡ahora! El rey de la tierra ha hablado. ¡No puede haber más demora!

—Soy su doncella —dijo Myrrima—, no su señora.

Binnesman se hurgó en los bolsillos de la levita y extrajo un pañuelo de encaje lleno de hojas.

—Aseguraos de que repartís esto entre Iome, *sir* Donnor y Jureem. Contiene laurácea, raíces de malva y hojas de crisantemos y artemisa potentes. Debería proporcionarles algo de protección contra la Gloria Caída.

—Gracias —dijo Myrrima.

Los poderes de Binnesman como guardián de la tierra le permitían aumentar la fuerza de toda hierba. Incluso un pequeño fajo de hierbas del mago supondrían una gran ayuda.

Binnesman se giró y se marchó por el Butterwalk apresuradamente, en dirección al Tesoro del Jabalí.

Myrrima se acercó a Iome.

—*Milady*, os lo ruego, vámonos. Ya se ha registrado casi toda la ciudad y se hace tarde.

—Aún faltan horas para el anochecer —la contradijo Iome—. Habrá otros rezagados en la ciudad.

Jureem, que estaba a unos metros de distancia, con las manos cruzadas bajo el mentón, parecía algo aprensivo.

—Dejad a un centinela de la ciudad apostado que los proteja —suplicó Myrrima. Podéis nombrar a un comandante que dicte sentencia como apoderado.

Iome parecía ruborizada y ansiosa, con la frente llena de gotas de sudor.

—No puedo —susurró para que ninguno de los centinelas de la ciudad la oyera—. Ya ves cómo son, hombres bastos, tengo que encargarme de los míos.

Iome tenía razón. El capitán de la guardia se había alegrado sobremanera al atrapar a tanto ladrón. Después de años a la caza de delincuentes, estaba dispuesto a despachar casi a cualquiera con quien se topara. Iome no podía fiarse de la guardia para ejercer de apoderados con cierto grado de reserva y compasión.

Myrrima le suplicó:

—Recordad, tenéis un hijo del que cuidar también.

La expresión de angustia que cruzó el semblante de Iome fue tal, que Myrrima sabía que había dicho algo inapropiado. Iome sí pensaba en su hijo. Seguramente le preocupaba mucho.

Aunque Iome respondió con serenidad:

—No puedo dejar que la inquietud por un solo niño que me crece en el vientre me haga desatender mis obligaciones.

—Disculpad —dijo Myrrima—, alteza, he hablado más de lo debido.

En ese momento, el capitán de la guardia traía a un muchacho con un pie deforme por el Butterwalk. No lo arrastraba como si fuera un ladrón, sino que lo ayudaba, sujetaba el brazo del muchacho. Este estaba dolorido y parecía que apenas podía arrastrar la pierna, que tenía enormemente hinchada.

Atrapado entre la madurez y la infancia, seguramente estaba demasiado asustado para pedir ayuda a los demás, aunque no podía huir por sí solo.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó Iome.

—Un huérfano —respondió el capitán de la guardia.

Myrrima echó un vistazo a los caballos que estaban atados a un poste no muy lejos de allí. Jureem ya había apretado las cinchas y equipado a cada una de las bestias con cantimploras y alforjas. Además había recogido a todos los cachorrillos y los había metido en dos cestas de mimbre y al resto los había atado. Los perrillos se pusieron a ladrar y a menear las colitas conforme Myrrima se acercaba.

*Sir Donnor* estaba de pie junto a las cabalgaduras.

—*Milady* —dijo—. Debemos marcharnos. Me sentiría mejor si al menos abandonarais el castillo.

—¿Dejar a Iome? —preguntó Myrrima.

—Me tendrá a mí para protegerla —dijo *sir Donnor*—. El caballo de la reina es más veloz que el vuestro. Aunque solo acompañarais a Jureem durante unos kilómetros, sacaríais algo de ventaja. Podríais esconderos bajo los árboles si fuera necesario.

Jureem, quien ya estaba subido al caballo, dijo frenéticamente:

—Tiene razón, alejémonos al menos hasta el borde del bosque.

Antes de que tuviera tiempo de reconsiderarlo, se había montado y desempedra el puente levadizo, saliendo del castillo.

Myrrima echó un vistazo al foso y vio a los enormes esturiones dando vueltas de desesperación, todavía dibujaban runas a pesar de llevar allí toda una noche y un día. Fuera, en la campiña, unas alondras revoloteaban trazando una nube, de un lado a otro, con agitación, como si temieran que se acercara el invierno y no estuvieran seguras de en qué dirección huir.

El cielo llevaba algunas horas tornándose más oscuro, progresivamente, hasta que alcanzó un color plomizo y turbio. Al otro lado, Myrrima creyó divisar un gran cumulonimbo procedente del sur que se les echaba encima.

Subieron una colina a toda velocidad y Jureem giró hacia el abrigo del bosque. Los cachorros que llevaba en la cesta rugían y ladraban como perros de caza que hubieran descubierto un rastro de jabalí.

Mientras galopaban al resguardo de los árboles, cuyas extremidades machías estaban llenas de hojas, Myrrima se palpó el fardo de hierbas en el bolsillo del chaleco y se percató, repentinamente, de que no las había repartido como Binnesman le hubo pedido.

La nube oscura que se abalanzaba desde el sur la tenía sumamente perturbada. Levantó la cabeza y apercibió el foco de su aprensión: la nube no se desplazaba con el viento, sino que se movía al sesgo del viento. El cielo relampagueó y tronó. La Gloria Caída no esperaría al anochecer para atacar, pues traía la oscuridad consigo.

*Y he dejado a mi señora indefensa,* pensó Myrrima.

Le arrebató las riendas de las manos a Jureem, dio la vuelta a la cabalgadura y se apresuró al galope hacia el castillo.

## Capítulo 25



*En el torreón del Rey.*

Iome interrogó al muchacho del pie deformado en el patio inferior. Este estaba plantado en el empedrado con la cabeza gacha, evidentemente avergonzado de que lo hubieran llevado ante la reina. A Iome no le preocupaba tanto la vergüenza del joven como su enfermedad.

La pierna derecha estaba tan horriblemente hinchada que no podía ponerse unos pantalones. Aparte de una levita vieja hecha de tela de saco, que hasta el ciudadano más pobre del castillo tiraría, no vestía nada más.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó Iome con delicadeza.

—Diez —dijo el muchacho.

Después de una larga pausa añadió:

—Altez... esto... señoría.

Iome sonrió. Podía haberse dirigido a ella como «alteza» o «*milady*», pero en vez de eso se había inventado una zafia fórmula propia.

—¿Diez años? —repitió Iome—. ¿Has vivido en el castillo de Sylvarresta tanto tiempo?

Nunca lo había visto antes.

—No —dijo el muchacho despacio, sin atreverse a levantar la cabeza—. Vengo de Balliwick.

Balliwick era una aldea en la frontera oeste de Heredon.

—Eso está muy lejos —dijo Iome—, a casi ciento sesenta kilómetros. ¿Eres aprendiz de carretero? ¿Quién te trajo?

—Vine a ver al rey de la tierra —dijo el muchacho—. Vine andando. Llegué el miércoles, pero el rey estaba de cacería...

La pierna del muchacho se había hinchado como un melón y el pie se le torcía hacia dentro, terriblemente deforme. Ninguna bota le hubiera entrado, con lo que simplemente había envuelto aquello y caminaba sobre el vendaje. Iome se imaginó que debía de haberse roto la pierna cuando era un bebé y que no se le había curado bien. Aunque le costaba imaginarse que nadie con una pierna así pudiera caminar

desde Balliwick. Tendría que haberla arrastrado, con mucho sufrimiento, con un doloroso paso tras otro.

—El rey de la tierra se ha marchado —dijo Iome—. Se fue hacia el sur, al frente de guerra.

El muchacho clavó la mirada en el suelo, intentó contener las lágrimas. Iome no sabía qué hacer con el chico.

*Podría dejarlo en la posada, con los otros enfermos, pensó.* Aunque dejarlo aquí en el castillo, podría resultar peligroso.

Aquel niño había caminado ciento sesenta kilómetros con el objetivo de ver a su marido, pero Gaborn cabalgaba hacia el sur y Iome cayó en la cuenta de que el muchacho era tan lento que nunca alcanzaría al rey de la tierra, nunca obtendría la bendición de su señor. Mientras que los príncipes mercaderes de especias de Lysle ni siquiera se habían molestado en andar desde sus campamentos para ver a su marido, este niño había recorrido medio Heredon a rastras para conseguir audiencia.

No podía abandonarlo. Tampoco podía llevárselo sin dificultad.

—Yo me dirijo al sur —dijo Iome por fin decidida—. Si quieres puedes venir conmigo. Pero, primero, debes ponerte ropa decente.

El muchacho la miró maravillado, pues ningún pobretón hubiera esperado tan gran honor. Sin embargo, conforme la miraba, Iome se inquietó. Myrrima ya había salido del castillo con Jureem aunque, por el sol no podía ser mucho más de las dos de la tarde. Aún quedaban horas hasta el anochecer. Casi había conseguido convertir su sueño en realidad. La guardia de la ciudad ya había registrado todo el flanco este de la urbe, había reunido a todos los vasallos restantes y los habían enviado al sur.

—Ve al torreón del Rey —le dijo Iome al niño—. En la planta superior, toma el pasillo de la izquierda. Allí encontrarás mis aposentos. Mira en el guardarropa de invitados, el de la izquierda, y ponte una levita decente y una capa de viaje. Luego lávate en el abrevadero de los caballos, allí, en el patio interior. Cuando hayas terminado, regresa y espera hasta que podamos marcharnos.

—Sí, sí, ilustrísima —dijo el muchacho.

Iome se estremeció ante el uso de un título masculino para dirigirse a ella. El muchacho dio un brinco y, atropelladamente, se marchó por la calle del Mercado, medio cojeando, medio corriendo con ese pie retorcido y torpe.

Iome cerró los ojos y saboreó el momento. Los centinelas no tenían más que registrar el extremo norte de la ciudad. Dos horas más, eso es lo que haría falta para despejarla.

No obstante, en ese momento, la atravesó la advertencia de Gaborn. ¡Escóndete! Es demasiado tarde para huir. ¡Escondeos todos!

Iome se sobresaltó. Desde allí en el patio no podía ver más allá de las murallas del castillo. Uno de los centinelas gritó desde la atalaya:

—Alteza, proviene del sur. Una gran sombra encima de las nubes.

Incluso al hablar este, los truenos crepitaron en lo alto del bosque de Dunn. Se



produjo un destello intermitente. Allí cerca, el caballo de Iome dio un respingo y tiró de las riendas.

*Sir Donnor* tomó las riendas de la yegua de Iome y montó su caballo, al igual que hizo la cronista de Iome.

—Alteza —gritó *sir Donnor*—, ¡debemos partir!

—¡Escóndete! —le ordenó Iome, asombrada de que quisiera huir cuando el rey de la tierra les había dicho que se escondieran.

—Pero tenemos monturas rápidas —insistió *sir Donnor*—, más veloces que cualquier cosa voladora.

*Igual «sir» Donnor tiene razón*, pensó Iome. Un caballo de fuerza veloz puede superar a tal criatura en velocidad. Bah, ¿a quién intento engañar? No me arriesgaría nunca.

La advertencia de Gaborn la golpeó de nuevo, ¡escóndete!

Iome echó a correr y saltó sobre la yegua. *Sir Donnor* dio la vuelta a su cabalgadura y salió a galope tendido por las puertas de la ciudad, atravesó el rastrillo y se alejó del castillo de Sylvarresta, sin mirar hacia atrás, convencido de que Iome lo seguiría. La cronista de Iome le pisaba los talones pero, después de tantos años sin quitarle ojo a la realeza, la anciana se permitió volverse a mirar y descubrió que Iome iba tras ellos.

El semblante de la historiadora se tornó pálido, debido al miedo, y su expresión acongojada.

Pero Iome no abandonaría al muchacho del pie deforme.

—¡Voy a por el muchacho! —gritó.

Iome dio media vuelta a la yegua y se precipitó por la calle del Mercado, los cascos de la bestia desempedaban los adoquines, el aliento le salía caliente de la boca. La cronista la seguía a unos cien metros de distancia.

Cuando el corcel de Iome alcanzó la Esquina Negra, la sorteó y aceleró por el rastrillo de la puerta del Rey. Echó un vistazo al valle. Desde allí arriba se divisaba la campiña ante el castillo de Sylvarresta: el río Wye que atravesaba los verdes campos como una serpiente plateada al este del castillo, los otoñales tonos dorados y rojos del bosque de Dunn destacaban al sur, entre los campos carbonizados por el fuego.

Y allí, en las ennegrecidas parcelas, *sir Donnor* hacía girar su caballo y ponía rumbo al castillo, después de darse cuenta de que Iome no lo seguía.

Ante la consternación de Iome, Myrrima también bajaba a toda velocidad de las colinas, pasó de largo a *sir Donnor*.

Mientras Iome observaba la escena, una gran esfera salió volando de las nubes. Repentinamente, el cielo se cubrió de negro, un color más opaco que la noche. Un tornado se arremolinaba encima de la esfera, un tornado de luz y calor y fuego, que se hincaba en el corazón de la tenebrosidad.

La Gloria Caída absorbía la luz y el calor del cielo como un tejedor de llamas consumado, encauzando ella misma la energía de su poder. En el epicentro de la

esfera, el aire y el velo de la noche que se arremolinaban, ocultaban a la Gloria Caída. Aun así, descendió en picado sobre los que corrían en dirección el castillo, planeando en dirección a *sir* Donnor como un halcón hacia un palomar.

Myrrima galopaba valle atraviesa, clavando los talones en los costados del caballo de batalla, con la esperanza de acelerar. Se aferraba a la bolsa de hierbas que Binnesman le había entregado. Myrrima nunca tuvo un caballo propio y solamente había aprendido a cabalgar porque los chicos en Bannisferre a veces insistían en que montara con ellos.

Aunque en aquel instante galopaba hacia el castillo, manejaba el caballo sin piedad al mismo tiempo que la Gloria Caída se acercaba, mientras que el viento ululaba a su espalda. *Sir* Donnor había estado cabalgando hacia ella a toda velocidad, huía hacia el castillo. Pero en ese instante giró al caballo y gritó algo inaudible, intentaba marcarle el ritmo.

Con la Gloria Caída llegó una noche más oscura que cualquier noche de invierno.

El caballo de Myrrima se sumergió en una oscuridad cada vez más espesa. Myrrima alzó la vista hacia la ciudad, distinguió un destello de movimientos. El corcel de Iome cruzaba el patio yermo en la cima del monte en dirección al torreón del Rey. La capa de viaje de Iome se agitaba como una bandera en el viento.

A Myrrima se le antojó que la Gloria Caída se había detenido de golpe, que simplemente se cernía en el aire tras ella, en silencio.

Esperaba poder sacarle ventaja a la bestia, pues con cada segundo se acercaba más al castillo, con su almenas y torres de piedra y la promesa de un lugar seguro.

El caballo de batalla de Myrrima dobló una esquina y esta se aferró con fuerza para evitar caerse. Miro hacia atrás. *Sir* Donnor cabalgaba detrás, se esforzaba por seguirle el ritmo. El caballero se giró de lado y desenfundó su gran hacha de caballería. Parecía como si fuera a dar la vuelta y entrar en combate.

De las tinieblas salió una bola de viento. Myrrima observó cómo hacía cabrillas por el terreno calcinado, recogiendo a su paso cenizas del incendio de la semana anterior, en forma de mano borrosa que quisiera cortarle las piernas al caballo de batalla de *sir* Donnor.

*Sir* Donnor profirió un alarido al desplomarse su cabalgadura y salir despedido hasta darse de bruces con el suelo.

Myrrima gritó a su caballo que corriera; extrajo el arco y la aljaba de las alforjas. *Sir* Donnor gritó, pero este grito quedó sofocado por el creciente bramar del viento, que lo azotaba todo. Myrrima se volvió a mirar. La oscuridad había engullido a *sir* Donnor.

Myrrima entornó los ojos, ya casi había llegado al puente levadizo, lo vislumbró entre la penumbra que se ensombrecía.

—¡Salta! —le gritó al caballo de batalla, con la vana esperanza de que de algún modo la bestia pudiera saltar más rápidamente de lo que corría.

Oyó el estruendo de un relámpago, notó la sacudida del caballo y el temblor de este. El ímpetu de la bestia se vio intensificado conforme el rayo lo desbocaba. El caballo dio una voltereta en el aire, de cabeza, y también Myrrima.

Iome no lograba localizar al muchacho del pie deforme. Calculó el salto en el momento en que se detenía su montura y entró corriendo en el torreón.

—¿Muchacho? —gritó Iome—. ¿Estás aquí?

—¿Milord? —respondió desde lo alto de la escalera.

En el exterior, sonaban truenos que hicieron vibrar las ventanas. El viento ululaba por la piedra del torreón como si le doliera algo.

—¡Aquí abajo! —gritó Iome—. ¡La Gloria Caída!

El muchacho echó a correr al instante, tropezó y rodó escalera abajo por los peldaños alfombrados. En pocos segundos estuvo ante ella, tenía un aspecto ridículo con la chaqueta brocada del rey, una prenda magnífica hecha de paño de oro con rayas de cardenal. El muchacho no había podido resistir probársela.

Retumbó otro trueno y la luz pareció huir conforme la noche descendía sobre el castillo. El viento soplaba por el torreón del castillo y el granizo aporreaba las ventanas.

Iome se giró sobre los talones hacia la puerta del torreón justo cuando un rayo abría el cielo en el exterior. El caballo de Iome relinchó de dolor y esta oyó un golpe sobre mojado al caer el cuerpo inerte de la bestia. El viento levantó al animal, le dio una vuelta en el aire a unos once metros del suelo, lentamente, como un gato que contempla fascinado al ratón que ha cazado.

El muchacho del pie deforme gritó horrorizado. Iome miraba en todas direcciones con consternación. La cronista no la había seguido adentro y Iome se preguntaba dónde podía estar. Nunca antes la cronista la había abandonado, no importaba lo serio que fuera el peligro.

Corrió hacia la puerta de entrada, pero el viento se hizo con el enorme portón de roble y lo cerró de golpe en su cara.

Escóndete, dijo la voz de Gaborn en su fuero interior. Por nuestro amor, escóndete.

—¡Por aquí! —dijo Iome al muchacho, cogiéndolo de la mano.

Una asfixiante oscuridad envolvía el castillo. No era la oscuridad que uno ve en una noche estrellada, ni siquiera en una noche de tormenta cuando un manto de nubes cubre el cielo. Era la total ausencia de luz, la oscuridad de una profunda caverna.

Pero Iome conocía el torreón, todas las esquinas y rincones. Se guio por el salón mediante el tacto, en dirección a la alacena, con la idea de esconderse en un hondo rincón de un contenedor de verduras.

Recordó la estancia de Binnesman en el sótano; recordó la sensación de poder que hubo sentido en aquella habitación, en lo más profundo del castillo, rodeada de tierra. Se giró con brusquedad y se dirigió apresuradamente hacia el pasillo inferior que

apenas se usaba, abrió la puerta de golpe. Las baldosas de bajada eran bastas e irregulares. La que hacía el número cuatro desde el rellano se movió bajo el pie de Iome; tendría que llevar cuidado en el descenso. El sótano no estaba diseñado como vivienda. Guio al muchacho lo más rápido que pudo.

Más adelante vio una luz.

Iome fue a la puerta en lo alto de la escalera y la cerró con pestillo. Fuera el viento aullaba, el cielo tronaba y el granizo batía los muros de piedra.

En la parte superior del torreón, las ventanas se rompieron en mil pedazos, como por un gran golpe. Iome se estremeció. Las cristaleras de los miradores en el aposento del rey llevaban allí mil años. El cristal era un tesoro irremplazable.

Iome pudo distinguir el más tenue de los resplandores de una hoguera allí abajo. El aire olía empalagoso, a verbena de limón a fuego lento en el hogar de Binnesman. Iome no había visto al mago desde hacía media hora. Lo último que recordaba era que el hechicero se había marchado hacia las posadas de la ciudad, a fin de ayudar a los enfermos, pero quizás ya había regresado. Quizás había vuelto al torreón por una de las calles laterales.

Binnesman tenía pensado enfrentarse al monstruo. Iome esperaba encontrarlo en su habitación.

Se apresuró hacia el sótano donde halló el cazo con verbena de limón aún cociendo sobre unas cuantas brasas que resplandecían en el hogar. El muchacho corrió hacia el fuego.

Iome cerró la puerta de golpe y buscó la forma de asegurarla. La puerta de Binnesman ni siquiera tenía pestillo.

Buscó por la estancia de Binnesman algo con lo que apuntalar la puerta. Entre las piedras videntes había varias otras rocas grandes, demasiado voluminosas para moverlas por sí sola.

*¡Escóndete!*, gritó Gaborn en su mente. *¡Viene a por ti!*

Binnesman no tenía siquiera una cama bajo la cual ocultarse, solamente el montón de tierra en un rincón.

Cuando Myrrima se despertó, estaba flotando boca abajo en el foso. Percibía el sabor del agua, agua fría mezclada con algas.

Sentía un dolor punzante por todo el cuerpo. A duras penas recordaba la caída del caballo y estaba convencida de haberse roto algunos huesos debido al impacto. Se dio la vuelta en el agua. La oscuridad se cernía sobre ella.

No muy lejos, su caballo relinchaba y se revolcaba en el foso. Las olas de aquel forcejeo la hacían mecerse en la superficie del agua como un trozo de corcho.

*Voy a morir*, pensó embotada.

Flotaba en agua profunda, tan fría como el hielo de invierno, e igual de entumecedora. Se sentía tan débil.

No lograba moverse. Se esforzó en vano, intentó levantar un brazo y nadar hacia

la orilla, hacia la muralla del castillo, hacia donde fuera. Pero en aquella completa oscuridad, no veía nada.

Notó una brisa por encima, la ráfaga de unas alas gigantes al tiempo que algo revoloteaba en lo alto.

No importaba a dónde fuera siempre que nadara. Pero le costaba mucho y, aunque se esforzaba, sentía que se hundía.

*No importa, pensó. No importa si muero hoy, si me uno a los fantasmas del bosque de Dunn.*

Si moría, Myrrima perdería los dones y sus hermanas estarían contentas de recuperar su belleza y su madre la inteligencia. Trabajarían y se las apañarían en la casita a las afueras de Bannisferre, y serían felices. No importaba si moría.

Se mantenía a flote con dificultad, y pasó de las zonas opacas a la oscuridad total del foso.

Uno de los grandes esturiones nadaba junto a ella, casi le rozó una mano y luego desapareció en el agua de un coletazo. Notó el agua agitarse con la sacudida del pez que se alejaba, el cual regresó un segundo más tarde. El gran esturión nadó a su alrededor tranquilamente, dibujaba un complicado trazado, como si bailara.

—Hola —dijo Myrrima con un movimiento de labios—. Me estoy muriendo.

Myrrima cerró los ojos y se quedó tumbada un rato, dejó que el agua la adormeciera. El agua glacial aliviaba sus músculos, le extraía el dolor incluso de los huesos.

*Qué bien se está aquí, pensó. Ah, si pudiera quedarme a cenar.*

Dormitó unos instantes y se despertó sobresaltada.

La luz había regresado en parte, lo suficiente como para poder ver algo. Estaba tendida en el cieno del fondo del foso.

Un esturión que flotaba en el agua se acercó a ella, se detuvo, observando con uno de sus enormes ojos de color plata batida. Aquel gran esturión, más largo que ella, se limitó a despegar sus labios, con aquellos tentáculos que le colgaban como barbas, al tiempo que abría y cerraba la boca mínimamente cada vez que movía las agallas.

Myrrima estaba asombrada de haber sobrevivido. La mente comenzaba a despejarse y, en ese momento, los pulmones reclamaron aire desesperadamente. Otros dos esturiones grandes pasaron a su lado haciendo contorsiones frenéticas, a modo de danza arremolinada.

Myrrima recordó las runas que había trazado: de protección, de curación. Durante días, una y otra vez. Protección, curación. Los magos acuáticos eran poderosos.

Con la certeza de que viviría, Myrrima sintió una preocupación repentina por los demás. Miró hacia arriba desde el fondo del foso. La superficie quedaba a unos diez metros. La oscuridad aún tapaba la mitad del cielo.

Introdujo los dedos de los pies en el cieno, con los pies tocó unos mejillones de agua dulce en el lodo, y nadó en vertical, irrumpiendo en la superficie, donde comenzó a toser y a eliminar el agua de los pulmones.

Flotar con ingravidez le había resultado sencillo, pero descubrió entonces que nadar con la ropa puesta era más difícil. Se batió contra el agua helada, se esforzó por alcanzar la orilla para poder subir entre las eneas que bordeaban el foso.

El agua hacía que la ropa de montar le pesara mucho y le parecía estar nadando con una cota de malla. Encontró el arco y la aljaba flotando entre las eneas allí cerca. La mitad de las flechas se habían salido de la aljaba.

Una vez hubo recogido el arma, nadó hasta las eneas y salió del agua, cansada, se desplomó en la hierba. El agua glacial la había dejado aterida y temblaba de frío. El granizo comenzó a lapidarla.

Allí, sobre la hierba verde, contempló la tenebrosidad en lo alto, la oscuridad que reinaba por doquier, aunque principalmente se concentraba colina arriba, sobre el torreón del Rey.

Arrastrándose, Myrrima se puso de rodillas. Su caballo salía del foso con un chapoteo. Esta se quedó asombrada de verlo vivo, pues estaba convencida de que el rayo lo habría fulminado. Sin embargo, sabía de un hombre, en Bannisferre, a quien le había caído un rayo encima en tres ocasiones distintas y que solamente tenía un par de cicatrices de las quemaduras y la cara un tanto paralizada a consecuencia de ello. O el caballo había tenido suerte o el encantamiento de los magos acuáticos lo había curado.

Lejos de allí, *sir* Donnor y su caballo yacían muertos. Myrrima no tenía que ir a comprobarlo. *Sir* Donnor estaba despedazado y la montura de este se veía tan retorcida y destrozada que no parecía haber sido un caballo.

Myrrima se puso de pie con gran esfuerzo, encordó el arco y encocó una flecha. El caballo relinchó de miedo y consiguió abrirse camino sendero arriba desde la orilla y después se alejó al galope del castillo, de vuelta al valle, en dirección a los montes donde Jureem estaba escondido. En la penumbra, Myrrima se giró, subió corriendo por el puente levadizo y se introdujo en el castillo de Sylvarresta.

El muchacho del pie deforme avizoraba la estancia del hechicero: los fardos de hierbas atados a las vigas, las cestas de cuerda enrollada que contenían hierbas secas sobre la repisa de la chimenea. Iome recordó que Binnesman había ido en busca de hierbas aquella mañana. Con ojos desesperados buscó algo que el mago hubiera utilizado como arma, con la esperanza de que Binnesman se hubiera dejado el báculo; pero no encontró nada.

Localizó una bolsa sobre un taburete bajo y corrió hacia ella. Era la bolsa en la que Binnesman había transportado las hierbas esa mañana. La volvió del revés. Docenas de hojas de laurácea, trocitos de raíz y corteza, y pétalos de flores cayeron al suelo, retazos del oficio del mago.

Iome las recogió, las apretujó de manera protectora y se encogió, a la escucha. El corazón le aporreaba en los oídos. El muchacho del pie deforme gemía de terror, respiraba entrecortadamente. El viento se arremolinaba en torno al castillo, hacía que

el fuego del hogar chisporroteara.

*Arriba en mi cuarto están los ópalos*, pensó Iome al recordar la luz con la que habían brillado en las manos de Binnesman. En comparación con los que había entregado al mago, los otros eran de baja calidad pero, en ese momento, Iome necesitaba lo que fuera para protegerse.

Oyó pasos arriba, una fuerte pisada en la tarima del suelo. El corazón le martilleó el pecho.

*¿Binnesman?*, se preguntó. *¿Será Binnesman en el torreón o la Gloria Caída?*

Quienquiera que fuera, estaba en el primer piso.

*No puede ser la Gloria Caída*, se dijo Iome. Una criatura así volaría hasta la azotea. Se posaría allí como un pterodáctilo, se quedaría moviendo las alas. No aterrizaría en la puerta principal y entraría como una corriente doncella de la limpieza.

*Viene a por ti*, la advertencia de Gaborn hacía eco en la mente de Iome.

La bestia andaba al acecho por el suelo. Iome oyó garras que arañaban los tablones de madera al acercarse a la puerta de arriba. La oyó olfatear en busca de un rastro.

Después, el ruido de la madera astillándose rompió el silencio al mismo tiempo que la puerta en lo alto de la escalera explosionaba. Las bisagras y los pestillos de hierro rodaron ruidosamente peldaño abajo por las losas desiguales. Las tablas de madera sonaron con estrépito.

La Gloria Caída se aproximaba, de una patada apartó lo que quedaba de la puerta, olfateando el aire a su paso.

Fuera, el viento había estado ululando, bramando.

De repente, el viento se detuvo. Todo quedó en silencio. Aun así Iome notaba la tormenta, una pesadez asfixiante en el aire.

Al otro extremo de la puerta, una voz grave y sobrenatural susurró:

—Te huelo, mujer.

Iome contuvo las ganas de gritar. Desesperadamente, buscó un arma. Binnesman no tenía mucho en la estancia, ni espada ni maza, ni arco o jabalina. No era un guerrero.

Solamente poseía su magia.

En la puerta sonaron algunos resoplidos.

—¿Me entiendes? —preguntó la criatura.

—Tú también hueles —respondió Iome.

La bestia olía muy fuerte a putrefacción, pelo, viento y relámpagos.

Iome buscaba por todas partes. Los guardianes de la tierra utilizaban polvo mágico para muchos embrujos. En ese momento recordaba cómo Binnesman se había acurrucado en el rincón, tapándose con un montículo de tierra como si fuera una manta.

Iome cogió un puñado de tierra seca y la lanzó al aire.

—Ven a mí —dijo la Gloria Caída.

—¡No puedes entrar aquí! —gritó Iome, esperanzada de que fuera cierto.

En aquella habitación percibía el poder de la tierra. Entonces recordó las palabras de Binnesman, que la Gloria Caída era una criatura de aire y de oscuridad. El mago había dibujado runas de rechazo y de poder terrestre en el suelo de aquella sala.

Y la tierra siempre había sido lo opuesto del aire. Fuera, la Gloria Caída había utilizado el aire para levantar a su caballo del mismo modo que un gato utiliza la zarpa. Aunque el viento ya había amainado. Allí abajo, la bestia se encontraba indefensa, debilitada. Iome, más segura de sí misma esta vez, dijo de nuevo:

—No puedes entrar.

La Gloria Caída gruñó como una bestia maldita.

—Puedo entrar a por ti y lo haré si es necesario.

Iome arrojó otro puñado de polvo hacia la puerta, con la esperanza de repeler a la bestia.

—Ven a mí —susurró la Gloria Caída—. Sal y te dejaré vivir.

—No —dijo Iome.

—Dame al hijo del rey —dijo la Gloria Caída—. Huelo un hijo.

A Iome se le aceleró el corazón, retrocedió hasta el rincón. El muchacho del pie deforme gimoteaba.

—El rey no tiene hijos —respondió Iome con voz temblorosa—. Se trata únicamente de un muchacho.

—Huelo un hijo —le aseguró la Gloria Caída—. En tu vientre.

Myrrima corría con el arco, jadeante por el esfuerzo, subía las calles de Sylvarresta hacia el torreón del Rey a toda velocidad. Aunque no lo distinguía, la Gloria Caída lo había envuelto en un velo de noche.

Por todo el empedrado, a su alrededor, granizaba fortísimo. Las bolas de hielo rebotaban con estrépito en los tejados emplomados del barrio de los mercaderes.

Un tornado de llamas parecía haberse cernido sobre el torreón, cuyo fuego giró y giró hasta perderse en una bruma oscura. Myrrima sabía que Iome tenía que estar dentro del torreón, puesto que la había visto acercarse al galope momentos antes.

En lo alto, el cielo seguía ennegrecido mientras la Gloria Caída robaba luz al firmamento. Pero, por doquier, hasta donde le alcanzaba la vista en el horizonte, penetraban rayos de luz como si hubiera fuegos de plata encendidos en la distancia. En aquella tenue luz reflejada, Myrrima mantenía el equilibrio entre las baldosas irregulares.

Mientras corría, con el corazón acelerado, se planteó cómo iba a dispararle a la bestia, a la Gloria Caída.

Solamente había practicado el tiro al arco un par de horas durante los últimos dos días. Todas las flechas las había disparado a una distancia de ochenta metros, no se fiaba de acertar si intentaba un disparo a más distancia.



¡Por los Elementos, pensó, que no me atrevo a disparar en absoluto!

Lo mejor sería acercarse, a una distancia que le resultara cómoda. El corazón le latía con fuerza, la respiración se le hizo entrecortada.

Si yerro el tiro, soy mujer muerta, advirtió. Solamente tendré una oportunidad.

La Gloria Caída lanzaba rayos y no tendría oportunidad de hacer un segundo disparo. Alcanzó la Esquina Negra. A lo lejos, el rastrillo de entrada al torreón del Rey se erguía como el monolito más oscuro en la perfecta tenebrosidad.

Oculto bajo la rejilla estaba el mago Binnesman con su báculo en alto, con el cual trazaba amplios círculos en el aire mientras entonaba en voz baja, temeroso, algo que Myrrima no oía bien. Una tenue luz verde iluminó el báculo, como si fuera un ascua llameante, y Myrrima pudo ver al hechicero claramente, iluminado por la luz. La firme mirada clavada en el orbe de oscuridad que rodeaba el torreón del Rey.

Sucedía algo extraño: el viento ya no ululaba por el torreón ni había más relámpagos. La Gloria Caída parecía haberse callado.

Esta ahí dentro con Iome, se percató Myrrima. La idea le produjo mareos e hizo que se tambaleara en el empedrado. Myrrima echó a correr sin hacer ruido, por miedo a que la Gloria Caída oyera sus pasos. Repentinamente, un grito sobrenatural procedente del centro de las tinieblas resonó en el torreón del Rey. Un alarido que partió la noche y produjo eco en los muros de piedra de la fortaleza.

Binnesman agitaba el báculo y coreaba triunfante:

Águila del Averno, te maldigo.

Por el Elemento de la tierra escribo tu perdición.

¡Que la guarida de piedras se convierta en tu tumba!

La Gloria Caída tocó la puerta de la estancia donde se escondía Iome, y esta se abrió de golpe con un chirriar de bisagras.

A espaldas de la bestia, el pasillo estaba más oscuro que la noche más impenetrable. Un dedo negro se introdujo sigilosamente en la habitación. Las brasas del hogar comenzaron a extinguirse.

—¡Milady! —gritó el muchacho del pie deforme, tambaleándose hacia el fuego.

En las sombras, la Gloria Caída gruñó. Un rayo cruzó el aire despidiendo chispas, pasó rozando la cabeza de Iome, y explotó contra las antiguas paredes de madera.

Iome levantó el pequeño fardo de hojas y raíces con la esperanza de repeler a la bestia.

La Gloria Caída rugió como si estuviera herida.

El torreón sufrió una sacudida abrupta como si hubiera habido un terremoto. Todas las paredes se estremecieron y el sonido de la madera astillada y el rechinar de roca contra roca llenaron el aire. De las estanterías cayeron unas cestas. En lo alto, las fuertes vigas de roble del techo se partieron quejumbrosas.

En la más absoluta oscuridad, seis pisos de piedra se desplomaron uno sobre otro.

Gaborn dormía el sueño de los débiles mientras sus tropas se reagrupaban. Aunque algunos hombres lo habían intentado, nadie pudo despertarlo. Después de escuchar los latidos de su corazón, *sir* Langley se limitó a decir:

—Subidlo al caballo y dejad que duerma, si eso es lo que ha decidido hacer. Azotaré a cualquiera que se atreva a interrumpir su descanso.

En sueños, Gaborn revoloteaba sobre un edificio grande y espacioso. *Puede que sea la torre Azul, cerca de las Cortes de Tide*, pensó. Aunque nunca había estado dentro.

Pero no, este edificio era algo más lúgubre y siniestro de lo que debería ser un lugar en condiciones: no había tapices que adornaran las paredes, ni lámparas que colgaran en ganchos de la pared. El calicanto era antiguo, el yeso del interior estaba todo estropeado.

El edificio estaba tan frío como una mazmorra y muchas de las piedras grises se encontraban desgastadas o rotas y algo sueltas en la pared. No era precisamente un calabozo, pero era una ruina.

En aquel frío y húmedo edificio, Myrrima y Iome huían de Raj Ahten con los ojos vendados. Gaborn se hallaba encerrado en una jaula de metal que pendía de un árbol enorme. Desde allí contemplaba el laberinto.

Oía las pisadas del señor de los lobos desempedrar la losa, y un sonido como el de unas garras que rozaban el suelo. A veces, vislumbraba la corpulenta y oscura silueta de Raj Ahten.

Sin embargo, Iome y Myrrima estaban en desventaja y no parecían haberse percatado del peligro. Tenía que prevenirlas.

Escondeos, escondeos, les suplicó Gaborn. Aunque cada vez que intentaban ocultarse en un rincón, la criatura opaca del sueño caminaba lenta, pesadamente, y de modo certero hacia ellas.

*¡Escondeos!*, les advirtió.

Binnesman acabó de entonar la fórmula mágica dando vueltas al báculo. Un rayo de luz verde, como un toque de verano que irrumpe entre las hojas, salió disparado del báculo, veloz, en dirección al torreón. La luz penetró la oscuridad y se perdió.

El tornado de llamas en lo alto del torreón del Rey se hizo un remolino y se rompió en mil pedazos.

De repente, la luz brillante del sol llenó el cielo. El aire se llenó de remolinos de polvo y Myrrima atravesó el rastrillo hasta situarse junto a Binnesman. El mago contemplaba la escena con aire triunfante. Myrrima la miraba fijamente, horrorizada.

El torreón del Rey era un montón de ruinas derruidas. Un montón de rocas de cinco metros de altura cubría el suelo, el polvo flotaba sobre ellas. Restos de muebles y de tapices añadían un toque de color a los escombros, y una gárgola que había adornado la parte más alta del torreón, yacía ladeada sobre la pila de piedras rotas, con su sonrisa burlona.

Myrrima lo contemplaba todo atentamente, conmocionada, aturdida.

Binnesman le lanzó una mirada.

—He aprisionado a la bestia —dijo Binnesman con voz cansada—, la he atrapado en la tierra.

Con aire de fatalidad y apoyado en el báculo dijo:

—¡Esperemos que pueda contenerla!

Myrrima echó un vistazo por el patio. Apenas minutos antes había visto a Iome rumbo al torreón, pero la yegua Iome se había desvanecido.

De repente, la localizó, empalada en una de las almenas del torreón de los Consagrados, a veintisiete metros del suelo. Myrrima señaló al caballo de batalla y gritó:

—¡Pero Iome estaba en el torreón! ¡Los has sepultado juntos!

—¡No! —gritó Binnesman.

Entonces, la montaña de piedras y escombros que había formado el torreón se levantó y las rocas se hicieron a un lado.

Un remolino de fuego empezó a girar sobre el enorme agujero y, nuevamente, la oscuridad anegó el cielo, pasando a ser más cerrada y oscura que antes.

Binnesman gritó atemorizado. Myrrima no pensaba en otra cosa más que en seguir los consejos del rey de la tierra. Se retiró a toda prisa bajo el rastrillo y apoyó la espalda en la pared, temblorosa.

El viento comenzó a azotar estruendosamente el rastrillo al tiempo que batía el castillo. El muro de piedra que sostenía a Myrrima se estremeció tras una embestida helada. Pero Binnesman se mantuvo en mitad de la vorágine, y trazó runas en el suelo con la punta del báculo mientras profería gritos que el vendaval le arrancaba de los labios y se llevaba.

No obstante, Myrrima presenció algo asombroso: a pesar de la arremetida del viento contra Binnesman, aquel no conseguía tocar al mago. Ni siquiera lograba levantarle el dobladillo de la levita.

Descargas de rayos salían de la oscuridad y explotaban a sus pies, pero las artes de protección de Binnesman eran tan poderosas que ninguna descarga eléctrica podía atravesarlo. La luz verde del báculo brillaba constantemente y el hechicero seguía con la mirada fija, resuelta. Introdujo la mano en su bolsillo y extrajo el ópalo, que comenzó a brillar de repente. Al principio Myrrima creyó que despedía luz, tal cual había sucedido en el almacén oscuro del Tesoro del Jabalí. Pero luego advirtió que se trataba de algo más. La piedra atraía luz, el tornado de fuego de la Gloria Caída se desprendió brusca y retorcidamente del cielo, y esa luz se introdujo en la piedra en forma de embudo. La luz comenzó a llenar el ópalo como el agua que empapa una esponja.

La penumbra se atenuó y la tormenta embravecida que azotaba el castillo se debilitó de golpe, convirtiéndose en recia ventolera. Las sombras desaparecieron de manera que, sobre el firmamento, únicamente pesaba la oscuridad de una noche

normal.

Procedente de las sombras más espesas que envolvían las ruinas del torreón del Rey, Myrrima oyó una risa, una voz grave y sobrenatural.

—¿Crees que me despojas de poder, mago de pacotilla? ¡Tu gema es demasiado pequeña para contenerlo todo!

Myrrima se echó a temblar; se aferró con fuerza al arco. La flecha se le había soltado y volvió a encocarla. Colocó la flecha a la altura de la oreja, notó en los dedos el escozor de las prácticas de los últimos dos días, por donde se había pelado. Respiró hondo, corrió hacia la boca del rastrillo y se giró. En la distancia, bien adentrada en las sombras, estaba la Gloria Caída. Era como un hombre de dos metros y medio o tres metros, cubierto de pelo oscuro. Unas descomunales alas le salían de la espalda. Llamas azules y blancas le lamían la carne desnuda. La contempló con desprecio.

Myrrima no intentó un disparo elaborado. La bestia se encontraba a unos sesenta metros de distancia y solamente le cabía la esperanza de hacer diana en el torso de esta, si llegaba a atinar. Apuntó y soltó la flecha. Repentinamente, el viento en torno a ella se intensificó al tiempo que la Gloria Caída batía las alas.

De la palma del monstruo salió un rayo que explotó contra un arco de piedra sobre la cabeza de Myrrima. Llovieron trozos de piedra.

La flecha llevaba una trayectoria demasiado alta, con lo que parecía que volaría por encima de la cabeza de la criatura. No obstante, las alas de la Gloria Caída la habían hecho ascender unos treinta centímetros y la flecha acertó el tiro, penetró en el hombro de la bestia.

La Gloria Caída echó la cabeza hacia atrás y se convulsionó; se desplomó sobre el empedrado del patio y comenzó a retorcerse, herida, mientras intentaba taparse con las alas para protegerse. Aullaba de dolor y terror.

Myrrima cogió otra flecha y corrió hacia la criatura con sed de sangre latiéndole en las venas. El ópalo de Binnesman seguía canalizando la luz del cielo.

Entonces el grito de Gaborn resonó fuerte en su fuero interno y la orden de este le llegó con tal ímpetu que no pudo resistirse a ella: «¡Ataca! ¡Ataca ahora!».

Myrrima se abalanzó sobre la Gloria Caída. La criatura le silbó como una serpiente, la miraba con temor y desdén entre los pliegues de un ala. Tensó el asta de la flecha por completo y dejó que volara. Hizo diana en el ojo de la bestia.

La luz del día descendió a raudales del cielo y, jadeante, Myrrima contempló atentamente a la criatura.

Se percató de que durante todo ese tiempo le había estado gritando al monstruo, diciendo:

—¡Maldita seas, bestia infernal! ¡Maldita seas, te mataré!

Se acercó corriendo y empezó a dar patadas a la silueta que aún se convulsionaba. El monstruo hizo ademán de agarrarla con una peluda zarpa de tres dedos. Ella retrocedió de un salto y descubrió que todavía gritaba, gritaba de terror, alivio y dolor.

—¡Apartaos! —gritó Binnesman, quien se acercó corriendo por detrás.

En ese momento, la Gloria Caída arqueó la espalda, abrió las alas y levantó una de las garras en el aire. Con la boca profirió un sonido, un silbido seco que no sonaba al traqueteo agonizante de una criatura.

Una ráfaga negra le arrancó un grito sobrenatural de la garganta. La increíble fuerza de ese viento empujó a la bestia contra el suelo bruscamente y Myrrima se esforzó por dar marcha atrás, levantar los pies y huir.

Pasmada, advirtió que había aniquilado el cuerpo de la Gloria Caída, pero no había pensado en el espíritu elemental atrapado dentro.

Un turbulento puño de viento le asestó un golpe, que la desplazó varios metros de distancia y le cortó la respiración. Le dolían las costillas como si le hubieran pegado con una vara. Perdió el equilibrio y el viento se hizo con ella y la impulsó resbalando por las baldosas del suelo; ululaba en torno a ella con mil voces, como los gemidos de los espíritus.

La ráfaga azotaba todo el patio, se transformó en una vorágine que levantaba el cuerpo de la Gloria Caída cada vez más alto. El pie del tornado rompió las losas del piso, las mezcló con el resto del torbellino con un estruendo que parecía un terremoto. En la parte superior del embudo, los relámpagos se inclinaban hacia el cielo. Aquella masa de aire díscolo giró violentamente una vez y desapareció hacia el norte. Los muros del torreón de los Consagrados retumbaron y se partieron, arrojando enormes pedruscos al aire.

Tres descargas cayeron junto a Myrrima casi simultáneamente. Aquel ciclón se desvió hacia ella. Los tentáculos de aire tiraban de ella, la invitaban a introducirse en el vórtice del huracán. Binnesman gritaba y Myrrima se revolvía e intentaba aferrarse a las baldosas.

El viento la arrancó del suelo, la sostuvo un instante como si estuviera reflexionando sobre qué hacer con ella. Y entonces Myrrima distinguió a Binnesman. El viejo mago se abrió paso a duras penas entre las rachas de viento, al tiempo que el ciclón le tiraba del pelo y le sacudía la ropa. Con fuerza, adelantó la punta del báculo hacia ella y Myrrima lo sujetó frenéticamente, sintió la nudosa y pulida madera entre las manos. Del torreón de los Consagrados cayó una gran roca, dos toneladas de piedra rodaron hacia ellos como si las hubieran lanzado con precisión certera.

Binnesman alzó la mano y la repelió. El pedrusco cambió de dirección de repente, viró a la izquierda, y estuvo a punto de estrellarse contra ellos.

—¡Te reclamo en nombre de la tierra! ¡Vive, por la tierra! —gritó Binnesman.

El viento tiraba de Myrrima con sus poderosos dedos, intentando llevársela, y Myrrima se aferró al báculo con todas sus fuerzas.

Binnesman lanzó un puñado de hierbas que llevaba en el bolsillo, las esparció en el aire. El viento las tomó y las hizo girar.

—¡Desaparece, demonio! —gritó Binnesman—. ¡Es mía!

El viento próximo a ellos amainó instantáneamente y el enorme tornado rugió.

Extrajo piedras del torreón de los Consagrados, las arrojó al aire y dejó que llovieran en vano alrededor de Binnesman y Myrrima. Una docena de rayos descargaron en el aire en torno a ellos, y el resplandor cegó a Myrrima.

Gracias a ello, el espíritu elemental desapareció en dirección norte, gritando entre las tumbas de los reyes, destrozando a su paso cerezos milenarios. Descendía entre los peñascos del norte y se desplazaba rápido entre los campos; deambulaba casi sin rumbo fijo mientras que derrumbaba casas, rompía carretas, pulverizaba pajares, partía empalizadas y abría una brecha negra en la tierra. Durante un rato, pedazos de paja y algo de polvo aún anegaban el aire. Pero lo que quedaba de la Gloria Caída se había marchado.

Myrrima se sentó en el suelo, estremeciéndose, excoriada, con las costillas doloridas, las piernas llenas de pequeñas magulladuras ahí donde los pedazos de roca la habían golpeado. Estaba asombrada de haber sobrevivido.

Binnesman la abrazó, la estrechó, intentando consolarla. Myrrima comenzó a temblar incontroladamente a medida que el terror y la sed de sangre la abandonaban. El corazón le latía tan fuerte en los oídos que casi no oía nada, no entendía las palabras de Binnesman.

—¡Eso, *milady*, es algo imposible! —decía el mago perplejo—. ¡Ningún mortal sin poderes especiales puede matar a una Gloria y vivir para contarlo!

—¿Qué? ¿Qué quieres decir? —preguntó Myrrima.

Pero Binnesman se limitó a estrecharla en sus brazos un rato y le dijo con tono de admiración infinita:

—¡Estáis mojada! ¡Estáis totalmente empapada!

Myrrima se apoyó en él en busca de sostén. Las lágrimas le inundaron los ojos. Por encima del hombro de Binnesman echó un vistazo al montón de piedras del torreón del Rey, donde entonces había un enorme rasgón, la grieta por donde la Gloria Caída había salido.

*Iome estará allí abajo*, pensó Myrrima. *Debo buscar el cuerpo, darle sepultura como es debido.*

Pero, a la vez que la idea se afianzaba en su mente, distinguió que algo se movía al borde de la fosa.

Iome, cubierta de polvo, asomó la cabeza entre los escombros, y escrutaba su entorno con curiosidad. El muchacho del pie deforme sacó la cabeza después que ella.

—Nos escondimos en tu cuarto —dijo Iome al referirle a Binnesman lo acaecido—. El poder terrestre es muy potente allí y la Gloria Caída no quería acercarse. Cuando el torreón se desplomó, el muchacho y yo nos quedamos atrapados en un rincón, debajo de unas vigas.

—Tuvimos suerte —gritó el muchacho del pie deforme, que con aquel capote de paño de oro parecía asumir el papel de bufón—. ¡La reina trae suerte!

—No, no fue suerte —dijo Iome, negando con la cabeza—. Sentí cómo Gaborn me avisaba, me decía que me escondiera. Fui hacia el rincón porque me parecía seguro, y cuando el techo se desplomó, las vigas resultaron lo suficientemente fuertes como para protegernos.

—Podéis darle las gracias al rey por haberos salvado la vida cuando lo veáis —dijo Binnesman.

Iome echó una ojeada al valle por donde deambulaba el tornado en dirección este. Antes de continuar, se estremeció:

—Después, cuando la Gloria Caída escapó, simplemente nos arrastramos entre los escombros hasta vernos libres. ¡El viento soplaba tan fuerte! No me atreví a subir hasta que te oí hablando con Myrrima y supe que había pasado el peligro.

Myrrima miró el montón de escombros entre los que la Gloria Caída había quedado atrapada bajo la tierra; parecía imposible que ningún ser humano hubiera sobrevivido al derrumbamiento del edificio.

Binnesman soltó a Myrrima. Esta aún temblaba, pero no tanto como antes.

—Sigo sin entenderlo —dijo Binnesman, sacudiendo la cabeza extrañado—. No es posible que una flecha corriente pudiera atravesar a la bestia.

Recuperó una de las flechas de Myrrima del suelo y la examinó de cerca. Inspeccionó la punta estrecha de hierro meteórico, tocó las plumas blancas de ganso del emplumado.

Enarcó una ceja, dirigió su mirada a Myrrima, y con un tono lleno de sospecha, dijo:

—Está mojada.

—Caí en el foso —explicó Myrrima.

Binnesman sonrió como si hubiera descubierto algo importante.

—Por supuesto. El aire es un Elemento inestable, pero el agua contrarresta esa inestabilidad. Como la tierra, el agua puede combatir al aire. Una varilla hecha de tierra solamente no hubiera podido clavarse en la Gloria Caída, pero una de agua y tierra igual sí... Además, claro, en ese momento me encontraba despojándola de poder.

A Myrrima le parecía que el mago intentaba adueñarse de la gloria que le pertenecía, ya que estaba segura de que había sido ella quien le había salvado la vida a él. A Binnesman no le convencía esa hipótesis sobre la muerte del monstruo.

Un momento más tarde, Jureem entraba al galope en la fortaleza con la yegua de Myrrima sujeta por las riendas. Los cascos de los caballos chacoloteaban sobre el empedrado. La montura de la dama tenía la marca blanca de una quemadura en la grupa, allí donde la había alcanzado el rayo. Esta estaba asombrada de ver que el corcel siquiera pudiera andar. Pero es un caballo de fuerza, se recordó a sí misma, con dones de resistencia y que, por tanto, puede soportar mucho más que una cabalgadura corriente.

Jureem bajó de un salto de su caballo de batalla y dejó las cestas de los perrillos

en el suelo. Los cachorros ladraban emocionados y uno de ellos empujó la tapa con el hocico y salió de un brinco. Corrió al lado de Myrrima. Ella estiró la mano y lo acarició distraídamente.

Jureem paseó la mirada de uno a otro, como si estuviera asegurándose de que todos habían sobrevivido.

Iome se reía nerviosamente y le dijo a Myrrima:

—Tu marido mató a una reaver hechicera, ayer trajo la cabeza a casa y hoy tú lo superas. ¿Qué trofeo conseguiréis ahora?

—Solo se me ocurre uno mejor —dijo Myrrima—. La cabeza de Raj Ahten.

De hecho, Myrrima estaba algo incómoda debido a su hazaña. El aire en torno a ellos era espeso y olía a tormenta. No había cuerpo alguno de la Gloria Caída, nada que demostrara que ella la había aniquilado. Se sentía como si aún estuviera presente, merodeando cerca de ellos, atenta a cada una de sus palabras.

El propio Binnesman miraba a su alrededor con disimulo, inspeccionando el aire que olía muy fuerte a polvo y a descargas eléctricas.

—Está muerta, ¿no? —preguntó Myrrima—. ¿Se acabó?

Binnesman la miró fijamente, se detuvo a meditar la respuesta:

—No es tan fácil matar a una Gloria —la previno—. Ahora ha quedado incorpórea, debilitada. Pero no ha muerto y todavía es capaz de infligir mucho daño.

Myrrima paseó la mirada por el valle, por donde entonces pasaba y bullía el torbellino a unos tres kilómetros de ellos.

—Pero..., no puede tocarnos ya, ¿no es cierto?

Binnesman respondió con cautela:

—La he espantado.

Iome miró en la distancia, con respiración pesada.

—Entonces, ¿perderá forma, igual que el elemental de un tejedor de llamas?

Binnesman se aferró al báculo y contempló pensativamente la vorágine convulsiva. El tornado se desplazaba de manera errática, se movía en una dirección y luego cambiaba de rumbo, como un niño al final de una pataleta.

—No exactamente —dijo Binnesman, apesadumbrado—. Perderá forma, pero creo que no se disipará tan rápidamente como un elemental de llamas. Ni creo que nos deje en paz.

Abajo, en la ciudad, la guardia de la ciudad comenzaba a salir de sus escondrijos y miraba ansiosa el torreón destrozado colina arriba. Iome vio a cuatro de ellos de pie junto a la puerta.

Entre tanta conmoción, Myrrima había arrojado el arco y, en aquel momento, lo encontró en medio del patio. Se abrió paso hasta el arma entre piedras y escombros caídos. La Gloria Caída había causado estragos en aquella zona del castillo. Seguía asombrada de haber sobrevivido.

De repente, allí, en el suelo, ante ella, descubrió parte de la Gloria Caída: una mano cortada con tres dedos que parecían zarpas, de uñas violáceas tan afiladas como



garras, y sangre que manaba del muñón al otro extremo. Ante su propio horror, la mano se movía, agarraba el aire rítmicamente y palpaba a tientas las baldosas del suelo. Avanzaba pesadamente, como una araña gigante. El cachorro de Myrrima se lanzó tras ella, ladrando y gruñendo fuerte.

Myrrima recogió el arco y volvió donde estaban los demás. Jureem observó con nerviosismo la mano que se movía, mientras que Iome fijaba los ojos en el perrillo que gruñía descontroladamente y que le daba un mordisco a aquella mano repugnante.

—Ese cachorro quiere protegerte —dijo Iome—. Está preparado para cederte un don.

Myrrima se sorprendió de que el cachorro estuviera listo para ceder un don tan pronto. Aunque el duque Groverman había dicho que los perros de aquella raza no tardaban en estrechar lazos de unión con sus amos.

Myrrima se permitió la esperanza de que resultara de gran ayuda; había matado a la Gloria Caída, la había aniquilado mientras que hombres buenos, como *sir* Donnor y la guardia de la ciudad, habían fracasado.

Se arrodilló de cara a Iome y presentó el arco a los pies de la reina. Esperaba que la considerase digna de convertirse en un guerrero, esperaba haber ganado el derecho de utilizar los marcadores del rey. El precio por aceptar dones era tremendo. Y con lo que escaseaba el metal sangriento en aquellos tiempos, sabía que sería imposible obtener el uso de los marcadores de otra forma.

—Alteza —dijo Myrrima—, me presento ante vos para jurar mi lealtad. Os ofrezco mis armas y mi vida y os ruego que me otorguéis el honor de portar armas a vuestro servicio.

Iome se quedó inmóvil un segundo, como si no supiera qué hacer.

—Posee el corazón de un soldado —dijo Binnesman—, y más. Ha seguido luchando mientras que otros hombres más fuertes que ella se escondían.

Iome asintió con la cabeza, la decisión estaba tomada. Echó un vistazo a su alrededor en busca de una espada de la cual apropiarse. Jureem desenfundó una daga curva de la vaina y le pasó la hoja engastada en rubíes a Iome.

Con la hoja, Iome le tocó la cabeza y los hombros a Myrrima y dijo solemnemente:

—Álzate, *lady* Borenson. Con gusto acepto tus servicios y por las proezas de hoy, te concedo diez marcadores de mi alijo personal y la manutención de tus consagrados.

Diez marcadores. La idea por sí sola hizo que Myrrima llorara y en vano se le antojó que si iba a ser un soldado no debería llorar. Pero, con diez marcadores, tendría bastante para convertirse en un guerrero. Era un obsequio estupendo, mucho más de lo que se esperaba. Aunque, cuando reflexionó sobre lo que había hecho por el reino, supo que Iome opinaba que la cifra era una recompensa bien merecida.

Myrrima cogió el arco y se puso en pie. Por derecho propio, era ya soldado de

Heredon, de la misma talla que cualquier caballero. Se sintió... aliviada.

Iome se marchó a los panteones. Mientras tanto, la cronista de Iome salió de su escondite con el rostro deslucido por el miedo, y Binnesman y Jureem volvieron a relatar la forma en que la Gloria Caída había sido derrotada.

Pero Myrrima no dijo nada, sino que permaneció sentada en el suelo, jugando con los cachorros amarillos. Dejó que la mordieran con esos dientes afilados y que le besaran la cara con la lengua.

Eran sus perrillos, la clave de su fuerza. Esa noche llegarían al castillo de Groverman y allí un mediador entonaría los cantos y extraería un don de uno de los cachorros. Aquel que había intentado protegerla había sido criado por su resistencia. Le hacía falta tal atributo urgentemente si iba a continuar con su formación.

Un señor de los lobos, por la mañana se habría convertido en un señor de los lobos. Se rumoreaba que aquellos que aceptaban dones de perros se tornaban más asilvestrados. Se preguntó si en realidad eso la cambiaría, si, con el tiempo, sería igual que Raj Ahten.

Cuando Iome regresó del cementerio, llevaba más de tres docenas de marcadores. Se arrodilló junto a Myrrima y dijo:

—He traído algunos más para mí. No desearía que fueras el único señor de los lobos de Heredon.

—Claro que no —dijo Myrrima.

Todos montaron a caballo. Jureem le dejó su propio caballo a Iome y fue a las caballerizas a buscar alguno de sobra que hubiera dejado atrás la guardia del rey. Myrrima y Iome llevaban las cestas con los cachorros, mientras que el mago Binnesman montaba con el muchacho del pie deforme.

Mientras deambulaban calle abajo por el empedrado, Myrrima no dejó de mirar la silueta de la ciudad a su espalda. No le parecía la misma sin el torreón del Rey erguido y sin las torres del torreón de los Consagrados.

Cuando alcanzaron el puente levadizo, Myrrima divisó la cabeza del reaver aún tendida en el suelo, al otro lado. Detuvo al caballo en medio del puente y miró el agua del foso. No pudo ver a los peces, no había ninguno que asomara las aletas por la superficie, ni que dibujara runas de protección como en los últimos dos días.

Finalmente, localizó a uno de los esturiones descansando bajo la sombra del puente, entre los nenúfares amarillos. Descansaba, ya no intentaba proteger el castillo. Los magos acuáticos sabían lo que habían hecho, al menos eso sospechaba Myrrima. Quizás, más que cualquier otra cosa, fueron sus encantamientos los que ayudaron a derrotar a la Gloria Caída.

—Binnesman —dijo Myrrima—, deberíamos hacer algo por los magos acuáticos. Debemos darles las gracias de algún modo.

Se sintió algo culpable ante el comentario, ya que el día anterior había esperado poder comerse uno. Y en ese momento sabía la deuda de gratitud que tenía con aquellos peces.

—Por supuesto —dijo Binnesman—. Hoy se vacía el río de cieno. Podríamos abrir el vertedero y dejar que los magos fueran donde quisieran. Eso no es algo que puedan hacer por sí solos.

Myrrima intentó imaginarse cómo sería ser un pez atrapado en el foso. Seguramente preferirían el río, con ranas, angulas, patitos y otras exquisiteces.

Con la ayuda de Binnesman y Jureem, Myrrima levantó los tablones que contenían el nivel del agua, abriendo así un canal entre el foso y el río.

Al salir del conducto de la esclusa, descubrió las siluetas oscuras de los magos, aquellos lomos azul endrino, en las profundidades del agua. Los enormes peces agitaron las colas y desaparecieron corriente arriba hacia el bosque de Dunn y el nacimiento del río Wye.

## Capítulo 26



*Obran.*

**B**orenson descansaba los ojos mientras cabalgaba hacia el palacio de las Concubinas. Todavía se sentía débil y se tambaleaba debido a la fatiga y a la pena. No podía estar muy seguro de si se dormía durante unos segundos o durante una hora. Los caballos desempedaban el camino sin descanso y le parecía que solo habían transcurrido unos segundos antes de que Pashtuk comenzara a darle un codazo en las costillas.

—Ya hemos llegado —dijo Pashtuk, señalando el valle de abajo—. El palacio de las Concubinas.

Borenson levantó la cabeza. No se encontraba restablecido del descanso, como si no hubiera dormido en absoluto, y el palacio no era lo que se esperaba. Se había imaginado un opulento edificio de piedra, como los palacios de cúpulas de oro en el norte, con altos soportales sobre pórticos y enormes patios de espacio abierto.

No obstante, al otro lado del valle, un conjunto de antiguos edificios de piedra se apoyaban en paredes rocosas. El valle se veía salpicado de toscas piedras, acacias y palo de grasa. Borenson no olía el agua por ninguna parte; no veía rastro de bandadas de pájaros o manadas de ganado, ni camellos ni caballos ni cabras. En la ciudad no ardían hogueras y no distinguía centinelas en las murallas.

—¿Estás seguro? —preguntó Borenson.

El Invencible simplemente asintió con la cabeza.

Claro, cayó en la cuenta Borenson, no dejaría su mayor tesoro a la vista de todos.

El palacio estaba oculto, una ruina anónima entre los escombros. Obran. Borenson había creído que la palabra significaba «ciudad del antiguo rey», pero otra traducción posible le vino a la mente, «ruinas del rey».

Pashtuk lo condujo senda abajo.

Incluso cuando el caballo deambulaba ya por la entrada de la antigua ciudad, Borenson no atisbó rastro alguno de guardias. De hecho, la barbacana consistía en un puñado de piedras indefendibles que se había desplomado años atrás. El montón de pedruscos que imaginó había sido el palacio, se parecía de cerca a una estupenda

morada para los escorpiones y las víboras.

Allí por donde iban encontraban lagartos grises tomando el sol, que se espantaban al acercarse. Había multitud de pájaros: gorriones del desierto entre los palos de grasa y moscasetas de cresta amarilla que sobrevolaban a ras del suelo por el camino.

Aquí hay agua, se percató; si no, no habría esta abundancia de fauna. A pesar de ello, no lograba localizar rastro alguno de agua, ni pozos ni profusión de árboles frondosos.

Atravesaron las calles de la ciudad hasta llegar a unas grandes ruinas, una mansión de estado o finca de algún tipo, y el Invencible lo introdujo, todavía montado, en el edificio, como si no tuvieran que preocuparse por desmontar al entrar en la sala del trono de un monarca.

Dentro de aquella mansión, el techo se había desplomado. Las paredes estuvieron alguna vez alegremente decoradas con escenas de lores de antaño vestidos con largas togas de seda, todos ellos con el pelo curiosamente rizado. Pero el sol había descolorido los frescos, hasta el punto de que solamente algunas zonas aún mostraban unos pigmentos de color tierra algo apagados.

Borenson descubrió por fin señales de vida. En la pared al otro lado de la sala del trono, alguien había estado cavando y había dejado una angosta sima al descubierto. En esta parte, la grieta era algo oscura; pero, más adelante, Borenson distinguió que se hacía más ancha, pues la luz del sol penetraba e iluminaba el sendero a lo lejos.

Fue entonces cuando vio a los centinelas. Dos Invencibles salieron de las sombras y comenzaron a conversar en voz alta con Pashtuk en un dialecto indhopalés que Borenson no entendía. Pashtuk les mostró los marcadores y explicó el mensaje de Borenson. En burdo rofehavansés, los Invencibles profirieron las típicas amenazas de muerte que Borenson, según empezaba a comprender, constituían un gran tema de conversación entre los centinelas de aquel país.

Borenson estaba tan cansado después de haber perdido los dones que, francamente, no le importaba que lo matasen o no.

Uno de los Invencibles corrió por la sima a llevar el mensaje de que Borenson solicitaba audiencia. Cuando regresó, veinte minutos más tarde, Borenson dejó el caballo atrás y los centinelas lo hicieron pasar.

Lo primero que percibió al entrar en la angosta brecha fue el olor a tierra mojada y vegetación frondosa. Allí delante tenía que haber un oasis.

Caminó por la sima, levantó la cabeza para mirar los rayos de luz dorada que jugaban entre la arenisca. Las paredes del precipicio tenían más de treinta y tres metros de altura y la luz que llegaba hasta el suelo, tan avanzado el día, se reflejaba en las paredes en lo alto.

Las paredes del abismo eran lisas y de color crema. Borenson imaginó que aquel paraje había estado oculto durante miles de años y que solamente lo habían descubierto recientemente.

*Curioso, pensó. Muy, pero que muy curioso, que el agua, un lujo tanpreciado en*

*el desierto, haya estado sin descubrir durante tanto tiempo. Se puso a especular sobre la historia: ¿qué señor había escondido aquel oasis, tapiado la entrada detrás de su trono? ¿Y cómo se les había olvidado la existencia del agua?*

La sima era como una serpiente que se retorció entre las pendientes y acababa en un valle triangular. A ambos lados, se erguían grandes paredes rocosas que se encontraban en forma de «V» a cinco kilómetros al sur. Al norte se agazapaba una cresta de roca quebrada que ninguna bestia podía atravesar.

Y, allí, en aquel recóndito valle junto a un lago donde crecían las palmeras en abundancia, se asentaba el palacio con el que Borenson había soñado.

Los muros exteriores de color crema se alzaban a trece metros de altura y las atalayas cuadradas, intercaladas de forma desigual, medían otros trece metros. Una enorme cúpula central, abierta por los laterales para hacer de mirador bajo las estrellas, dominaba el palacio. La cúpula estaba completamente recubierta de oro, con planchas de cobre que hacían destacar los muros de la torre. El azul del lago, el vivo verde esmeralda de la hierba, las frondosas palmeras y las ramas de madreselva y de jazmín silvestres que escalaban los muros del palacio, lo convertían, en algunos sentidos, en el palacio más exquisito que Borenson jamás hubiera visto. Sencillo y a la vez elegante.

Borenson se acercó con los grilletos puestos, arrastrando el fardo de marcadores; mil marcadores que pesaban unos treinta kilos y, sin dones de fuerza física, Borenson ya gruñía y jadeaba debido al esfuerzo mucho antes de llegar al palacio.

Pashtuk lo detuvo ante la puerta del palacio, un portal descomunal de hierro forjado ennegrecido sobre un fondo de madera bañada en oro.

Borenson no podía ver nada a través de la puerta, por tanto se dedicó a contemplar las docenas de colibríes que revoloteaban por allí, que bebían el néctar de las flores de cuello largo, rebosantes de color azafrán y rosa, que colgaban de los muros de palacio. No distinguía nada tras la puerta, pero oía el chapoteo de una fuente al otro lado.

Un centinela apostado en lo alto se dirigió a Borenson en tuulistanés en voz alta y aguda.

Pashtuk tradujo:

—El eunuco dice que Saffira te recibirá aquí en el patio. Abrirá la puerta para que hables. Por decreto real, no puedes mirarla. Si lo haces, serás ejecutado por orden del rey.

Con voz algo más suave añadió:

—No obstante, debo advertirte que si Saffira intercede por ti, la condena puede conmutarse y, en vez de eso, puede optar por castrarte para que permanezcas en el palacio como su criado.

Borenson se rio por lo bajo. Nunca había visto a una mujer con más de diez dones de belleza, ni siquiera había considerado la posibilidad, pero comprendía los riesgos. Un hombre que aceptaba encanto podía resultar extremadamente bello, pero él nunca

había sentido atracción sexual alguna hacia esos hombres. Incluso la asombrosa belleza de Raj Ahten lo dejaba frío, aunque sabía de otros que no podían decir lo mismo. Por tanto, nunca había tenido que enfrentarse a ninguna emoción propia en cuanto a mirar a tales señores.

En ocasiones, al ver a una reina o dama de alto rango con varios dones de belleza, forcejeaba por contener ciertas tentaciones desagradables. La belleza de las mujeres le afectaba mucho más que la de los hombres. Pero, aunque Borenson admirara a las mujeres, siempre opinó que las damas con varios dones de belleza le eran inalcanzables, intocables, tan hermosas que parecían sobrehumanas. Saffira, con sus cientos de dones, resultaría una tentación exquisita.

—Renunciaré al placer —dijo Borenson—. Siempre les he tenido apego a mis nueces.

—Yo también odiaría separarme de tal aparejo —dijo Pashtuk.

Borenson sonrió burlón y Pashtuk hizo un gesto con la cabeza. Los guardias le dieron al torno y levantaron la puerta.

—Cierra bien los ojos —lo previno Pashtuk al tiempo que se colocaba a gatas en ademán de reverencia—. Aprieta los ojos, para que los guardias sepan que no ves. Como eres norteño igual les basta cualquier excusa para matarte. De hecho, podrían ofrecerte una venda, pero prefieren que les des la oportunidad de matarte.

Borenson cerró los ojos fuertemente y se sintió algo inseguro. En cada país, las costumbres de la corte eran distintas. La importancia de Saffira era difícil de deducir: como miembro de un harén real, no tenía el mismo rango que una reina. Carecía de una cronista a su vera. Aunque era la favorita de Raj Ahten, un diamante que este ocultaba.

Borenson decidió tratarla como a una reina. Cansinamente se agachó y se puso a gatas en las baldosas calientes y bañadas por el sol, para que la nariz le quedara a la altura de las hormigas. Algo complicado con los grilletos puestos.

Ante su asombro, cuando Saffira habló, la voz de esta le resultó nítida en rofehavanés, con tan solo un poco de acento.

—Bienvenido, *sir* Borenson —dijo—. Nunca hemos tenido una visita de Rofehavan. Resulta un placer singular. Me complace ver que lo que se cuenta es cierto, que hay hombres en el mundo de piel blanca y cabello como el fuego.

Borenson escuchaba la voz de Saffira atentamente. Era una voz suave y sensual, melódica y sorprendentemente grave. Se la imaginó como una mujer elegante, con docenas de dones de voz. Además, como hablaba el rofehavanés tan perfectamente sin haber visto nunca a un hombre de su reino, sospechaba que también había acumulado uno o más dones de inteligencia.

Saffira se acercó, delatada por el frufú de la seda de una mujer. En unos segundos, la sombra de esta caía sobre Borenson, interponiéndose entre los rayos del sol y este. Percibió el olor de un perfume suave, pero exótico. Borenson no contestó puesto que no le había dado permiso para hablar.

—¿Qué es esto? —preguntó Saffira—. ¡Tienes manchas marrones en la cabeza! ¿Son tatuajes?

Borenson casi se echa a reír. Aparentemente, no había terminado de estudiar su idioma. Ya que le había hecho una pregunta, Borenson podía responder.

—Las manchas son naturales, alteza —dijo Borenson—. Se llaman «pecas».

—¿Pecas? —dijo ella—. Pero ¿no son las pecas las manchas de la trucha?

—En los reinos al norte de Rofehavan se llaman así, alteza. Aunque en Mystarria y en los reinos del sur se les llama «motas».

—Ya veo —dijo Saffira entretenida—. Entonces, ni siquiera en tu país os ponéis de acuerdo en darles un nombre.

Borenson oyó unas pisadas de pies pequeños. Al patio habían salido niños y se acercaban a ellos.

—*Sir Borenson* —dijo Saffira—, mis hijos sienten curiosidad. Nunca han visto a un hombre de Rofehavan y, naturalmente, sienten miedo. Mi hijo mayor superviviente desea permiso para tocaros. ¿Tendrías alguna objeción?

Borenson había arrastrado la cabeza de un reaver hasta las puertas del castillo de Sylvarresta apenas el día anterior, donde muchos niños y ancianos se agruparon en torno a la cabeza para contemplarla. Las mujeres tocaron la piel gris y correosa y gritaron con fingido terror. En aquel instante se percató de que los niños harían lo mismo con él.

*¿Tantos asesinos hemos enviado a este reino que me temen tanto?* Pero obviamente la respuesta era afirmativa. Los niños habían nacido allí, ocultos toda su vida, y muchos caballeros equitativos, de haber sabido de la existencia de aquel «hijo mayor superviviente», lo hubieran considerado un objetivo legítimo. Borenson se preguntaba qué le habría pasado al hijo mayor no superviviente.

—Vuestros hijos pueden tocarme —dijo Borenson—. Aunque soy caballero equitativo, no les haré daño.

Saffira dijo algo con voz rápida y suave al muchacho y este gimió al oír que Borenson era un caballero equitativo. Con paso vacilante, se acercó y tocó la calva de Borenson con indecisión y luego salió disparado. Justo después, Borenson oyó los pasos de un niño más pequeño que se precipitaba hacia él y, de nuevo, lo tocaron. Por último, se acercó un infante, un niño que no podía tener más de un año o dos, quien tiró del pelo de Borenson y lo acarició como si fuera un gatito.

*Tres hijos*, pensó Borenson. Jureem dijo que Saffira había sido la favorita de Raj Ahten durante cinco años. No se había permitido preguntarse si le había dado algún hijo, mucho menos tres.

El niño se retiró ante la orden de su madre.

—¿Llevas un mensaje para mí, y un regalo? —dijo Saffira.

—Efectivamente, alteza —contestó Borenson consciente de que lo trataba con cierta hostilidad.

La costumbre ordenaba que le ofreciera comida y bebida antes de preguntarle por



su misión, incluso si tal ofrecimiento solamente fuera un gesto informal. Pero Saffira no hizo tal cosa.

—Vengo de Heredon con un obsequio y un mensaje de Gaborn Val Orden, el rey de la tierra.

Se produjo una larga pausa y Saffira respiró honda y repentinamente. Borenson comprendió que, en aquel lugar apartado, no se había enterado de que el rey de la tierra se hubiera alzado en Heredon.

—Pero Heredon es el reino del rey Sylvarresta, ¿no es así? —preguntó Saffira.

—Estamos en pie de guerra —dijo Borenson—. Vuestro marido atacó...

—¡No habrá matado al rey Sylvarresta! —dijo Saffira—. Se lo prohibí. Me prometió clemencia. ¡Sylvarresta era amigo de mi padre!

Borenson se quedó sin aire en los pulmones repentinamente, lo cual le obligó a toser sorprendido. Era cierto que Raj Ahten había mostrado inusitada cortesía con Sylvarresta al tomar un don de inteligencia en vez de matarlo. Pero ni loco Borenson hubiera considerado la posibilidad de que la influencia de una mujer hubiera sido lo que provocó tal indulto a Sylvarresta.

En ese momento comenzó a reflexionar. Al principio llegó a pensar que aquella era una misión para insensatos: intentar hablar con Saffira ante la insistencia de Gaborn. *¿No había dicho Pashtuk correctamente que Gaborn era un pusilánime al atender a los consejos de una mujer?* Pero, aparentemente, Saffira podía ejercer cierta influencia sobre Raj Ahten.

—Alteza —confesó Borenson—, vuestro marido cumplió su palabra. Raj Ahten no mató al rey Sylvarresta.

—¿Puedes nombrar al guerrero que lo mató? —dijo Saffira—. Me encargaré de que sea castigado.

Borenson no se atrevió a contarle la verdad. No se atrevía a decir: «Yo, quien se arrodilla ante vos, abatí al rey Sylvarresta». Simplemente esperaba no ruborizarse de la vergüenza.

En vez de eso, afirmó:

—No sabría decirlo, alteza. Solamente sé que Gaborn Val Orden se encuentra en Heredon y que ha sido elegido por la tierra como su soberano.

Saffira se mantuvo en silencio.

—¿Gaborn Val Orden, príncipe de Mystarria, reclama el trono de la tierra?

—Es cierto, alteza —dijo Borenson—. El espíritu del mismísimo Erden Geboren apareció en compañía de más de diez mil hombres y lo coronó con unas hojas.

Saffira se giró sobre los talones y comenzó a gritar órdenes en taifán a los centinelas de la puerta. A Borenson no le costó captar el mensaje: «¿Por qué no se me ha informado?». Los eunucos emitieron sonidos de disculpa. Saffira volvió a fijar la atención en Borenson.

—Son malas noticias. ¿Y decís que el rey de la tierra me envía regalos y un mensaje?

—Efectivamente, alteza —dijo Borenson.

Abrió la bolsa con los marcadores y los extendió en el suelo con cuidado de no desportillar el metal sangriento.

—Os ofrece dones de encanto y de voz.

Saffira suspiró llena de admiración al ver tanto marcador. Era un obsequio impresionante.

—Y os envía este mensaje. Gaborn se ha desposado recientemente con Iome Sylvarresta, con lo cual es primo político de vuestro marido. Hay noticias de que los reaver atacan el sur de Mystarria y Kartish. El rey de la tierra desea apartar este conflicto con vuestro lord Raj Ahten y os ruega que le llevéis este mensaje: «Aunque odio a mi primo, el enemigo de mi primo es mi enemigo».

Cuando Saffira espiró asombrada, le sonó a puro éxtasis. *Sir* Borenson esperaba una respuesta. Saffira sabía lo que se le requería, sabía que tendría que utilizar los marcadores y viajar hasta el frente en Rofehavan.

—¿Los hombres que mataron a mi hijo desean una tregua? —preguntó Saffira.

Borenson maldijo en silencio, pues Jureem no había mencionado al hijo asesinado.

—Lo deseamos —dijo Borenson, como si él mismo fuera en parte responsable por la muerte de su hijo.

—Si mi marido accediera a esto —dijo Saffira—, ¿significa que dejaríais de enviar a los caballeros equitativos contra nosotros? ¿Cesaríais en el empeño de degollar a nuestros consagrados y miembros de la familia real? ¿Tiene el rey de la tierra tanto poder?

Borenson vaciló. En Indhopal era habitual insistir en poner condiciones antes de hacer un trato con la esperanza de obtener mejores garantías. La mujer quería la confirmación de que ella y sus hijos no tendrían que temer la muerte a manos de los caballeros equitativos. Era una petición justa.

Aunque Gaborn se había negado a elegir al alto comisionado de los caballeros equitativos, pese a que Skalbairn le había ofrecido el mando de las tropas, ¿podía realmente Gaborn dirigir a los caballeros equitativos?

La respuesta era afirmativa y negativa a la vez. Gaborn no contaba con el mando de ese ejército, pero podría si quisiera.

Pero Saffira no deseaba escuchar una negativa. ¿Podía prometerle su salvaguarda? ¿Se ofrecería Gaborn a nombrar elegido al alto comisionado y así garantizar la tregua? ¿Qué había visto Gaborn en el corazón del alto comisionado para que deseara la muerte de aquel hombre? Borenson estaba seguro de que no importaba qué terribles actos hubiera cometido Skalbairn. Si Gaborn entendía lo que se jugaban, lo elegiría sin pensárselo. La respuesta era «sí».

—El rey de la tierra ha recibido la oferta del mando de los caballeros equitativos —dijo Borenson sin contar toda la verdad—. Gaborn Val Orden garantizará la paz.

—¿Dónde está mi marido en este momento? —preguntó Saffira.

Borenson advirtió que no era la primera vez que se refería a él como «mi marido». Era, efectivamente, algo más que una simple concubina, era la reina de Indhopal.

—Hace más de dos horas que Raj Ahten mató a los consagrados de la torre Azul en Mystarria —dijo Borenson—. Supongo que en este momento estará cabalgando a toda prisa para derrotar a las tropas del duque Paldane, las cuales se concentran en Carris.

Nuevamente Saffira respiró honda y rápidamente. Tenía que comprobar cuánto dependía de ella. Una nación entera se encontraba a merced de su marido, como un reo en el patíbulo. En ese momento, Raj Ahten se apresuraba hacia Carris, como verdugo blandiendo el hacha, y quizás solamente su mujer podía detenerlo.

—Carris está lejos —dijo Saffira—. Si he de tomar dones y llegar a tiempo, debemos darnos prisa.

—Sí, por favor —dijo Borenson.

Saffira suspiró profundamente, como si se hubiera decidido. Con algo de desesperación, dijo:

—Mi señor se ha llevado a la mayoría de los guardias de palacio como cortejo. No tengo más acompañamiento a Carris que la guardia personal, que me guiaría por el camino. Me temo que necesitaré la ayuda de un soldado de Mystarria.

Borenson no quería ni pensar lo que se le echaba encima. Por supuesto que lo necesitaría. Una cohorte de jinetes de Indhopal correría el riesgo de caer en una emboscada a manos de tropas mystarrianas. Y Borenson sabía de sobra que, aunque Saffira portara el estandarte de tregua, los soldados en la frontera no estarían dispuestos a respetarla lo mismo que habían hecho los de Indhopal.

Lo necesitaba. Se imaginó que viajaría con mil soldados a su lado, que una vez que hubiera entregado el mensaje, podría marcharse libremente.

Saffira dijo apesadumbrada y pesarosa:

—Pashtuk, *sir* Borenson, ¿me escoltaréis a Carris? Conociendo el precio a pagar, ¿os pondréis a mi servicio?

Borenson se sintió mareado. Efectivamente él mismo era la mejor elección como guía, de hecho, su única elección si quería llegar viva a Carris; pero ¿a qué precio?

Acababa de casarse, amaba a su mujer. ¡Castrado! La mera idea le produjo vértigo, le hizo sentirse tan indefenso como un recién nacido. Peor aún, una intensa sensación de pérdida lo inundó. ¿Y ya no podré consumir el amor por mi esposa? ¿Puedo hacerlo? ¿Me atrevo a hacerlo por Mystarria?

Pashtuk fue el primero en responder. Fue una respuesta reprimida, pero dicha con pesar.

—Lo haré si complace a vuestra alteza.

Borenson intentó salirse por la tangente, evadirse del tema.

—Alteza, temo que yo no puedo —se disculpó—. Al contrario que Pashtuk, no tengo dones de fuerza física o resistencia. Si tuviera que renunciar a mi virilidad, no

podría soportar seis metros a caballo, mucho menos mil kilómetros.

Pashtuk era un Invencible con dones de resistencia y de fuerza física, quien podía renunciar a su virilidad y, aunque el viaje le resultaría doloroso las primeras horas, seguramente podría llegar al final. Pero Borenson no lograría tal hazaña.

—Por supuesto —dijo Saffira—, seré clemente con vos, *sir* Borenson, pasaré por alto tal requisito hasta llegar junto a mi señor.

*Con caballos veloces, pensó, llegaremos a Carris mañana al alba.*

Si accedía, pagaría el precio al amanecer. La idea lo desconcertaba. Sin embargo, era un guerrero de Mystarria, criado para el combate, y su gente lo necesitaba. No tenía elección.

—Alteza, lo haré —accedió, orgulloso del hecho de que no le temblase la voz.

—Entonces, Pashtuk, *sir* Borenson, miradme —dijo Saffira.

Dubitativo, *sir* Borenson alzó los ojos de la arenisca del pavimento, contempló el patio esplendoroso y luego detuvo la mirada en los niños. Ante él, había un hermoso niño pequeño de cuatro o cinco años de edad, de rasgos finamente esculpidos y ojos tan oscuros como los de Iome Sylvarresta, aunque la piel era de un tono más oscuro que la de Iome. Vestía espléndidos ropajes de algodón rojo bordado con perlas y tenía un aspecto feroz allí plantado, con ademán protector hacia su hermana de tres años y su hermano de dieciocho meses.

Los niños se acurrucaban contra su madre, como hacen los niños asustados. Borenson apenas se fijó en la ornamentada fuente detrás de Saffira, en el patio vacío o en los altos Invencibles que formaban la guardia personal de esta y que se hallaba apostados a su espalda. Solamente tenía ojos para Saffira, una mujer de constitución delgada, piel tan oscura como el azabache, de finos rasgos y con la elegancia de una cierva. Saffira era lo único que existía. No oyó el apresurado latir de su corazón ni su propia respiración. Describir su belleza como exquisita era quedarse corto. Ningún pétalo de flor era más encantador o delicado; ninguna estrella del firmamento nocturno jamás había anegado a un hombre con tan desesperado anhelo; ninguna estrella solar brillaba tan intensamente. Borenson se centró únicamente en ella, completamente, y quedó prendado. Todos los músculos del cuerpo se le tensaron hasta que le dolieron las piernas y empezó a respirar con dificultad, no sabía ni cómo recuperar el aliento. No podía cerrar los ojos, no se atrevía a parpadear.

Cuando Saffira habló de nuevo, no fue consciente de lo que preguntaba. Cuando esta reunió a los niños y los condujo al interior del palacio para tomar los dones, Borenson intentó desesperadamente despegar las doloridas rodillas del suelo, deseoso de seguirla, hasta que Pashtuk lo detuvo.

—No puedes entrar ahí —le dijo Pashtuk al oído—. Hay otras concubinas.

Borenson forcejeó por escapar de la mano de Pashtuk, pero ya no poseía dones de fuerza física, ni una décima parte de la fuerza del Invencible.

Así pues, se apoyó a tientas en el borde de la fuente, con la cabeza en las nubes, y se conformó con la idea de quedarse allí sentado, permanecer ahí hasta que Saffira

regresara.

Borenson no se arrepentía del trato. No le importaba en absoluto que, en un día, tuviera que pagar caro haber mirado a Saffira. *Merece la pena*, pensó. *Realmente el trueque merece la pena*. Se sentó junto a la fresca fuente y esperó largo rato antes de dormirse. Mientras dormía, tres cosas se le hicieron patentes.

La primera, que sus captores ya no necesitaban tenerlo apresado con grilletes puesto que estaba cautivado, esclavizado por la belleza de Saffira como cualquier otro hombre podría estarlo.

La segunda, que Saffira no era como se había esperado en absoluto. Raj Ahten era un hombre de unos treinta y cinco años, que había envejecido mucho más debido a los muchos dones de metabolismo. Por tanto, envejecía a pasos agigantados. Por eso, naturalmente, Borenson había supuesto que Saffira sería una mujer madura. Pero aquella beldad, madre de un niño de cinco años, aún tenía aspecto de niña. Saffira no aparentaba tener más de dieciséis años.

La idea le pesaba. Sabía que en Indhopal las mujeres solían casarse jóvenes, pero Saffira no podía haber tenido más de once años la primera vez que Raj Ahten se acostó con ella. Incluso en aquellos lares, tal hecho rozaría lo obscuro.

Con lo cual, la tercera cosa que Borenson dilucidó se derivaba de las dos primeras. En un acceso de cólera tan violento que tiñó el palacio de rojo a través de la mirada de su mirada, en silencio juró que, con tregua o sin ella, encontraría la forma de convertir a Raj Ahten en un eunuco antes de acabar con él.

## Capítulo 27



### *Perdido en la niebla.*

**H**e gastado todo ese dinero en un caballo y ahora voy a matarlo. Eso pensaba Roland mientras galopaba a toda velocidad hacia Carris con los caballeros de Raj Ahten pisándole los cascos.

Su corcel de batalla desempedró un puente de madera, atravesó a toda prisa la campiña... La bestia jadeaba como si cada aliento fuera el último, tenía las orejas gachas y por la boca arrojaba espumarajos que goteaban por el freno y el bocado. Casi sin duda, el caballo de fuerza corría a cien kilómetros por hora, pero los Invencibles les comían terreno.

La montura del barón Poll iba adelantada, a unos ochocientos metros de Roland, galopando sobre una colina. Poll llevaba bastante ventaja y el corpulento caballero no tenía mucho de lo que preocuparse.

Roland había nacido en el seno de una familia de calafates por parte materna. Comenzó a cuestionarse si no lograría más velocidad echando algo de mercancía por la borda. Pero no era hombre de armas o armadura, con lo cual no llevaba nada pesado en las alforjas. Y la capa de piel de oso se la había dado a la mujer verde. Llevaba la bolsa repleta de oro y, aunque nunca había estado sentimentalmente unido a las riquezas, decidió que mejor morir con dinero que sin él.

El único artículo que en realidad le pesaba era la espada corta que le había dado el barón Poll, pero pensó que en la mano le sería de más uso que en el suelo.

De ese modo, siguió galopando, espoleó al caballo, se agachó cuanto pudo y se agarró fuerte.

Carris quedaba a unos trece kilómetros, no más, envuelta en la espesa niebla, aunque desde cualquier cúspide se divisaban las atalayas blancas atravesando la neblina.

Volvió la cabeza. Los Invencibles se hallaban a unos doscientos metros. Dos arqueros en una carreta habían encordado los arcos de caballería y se disponían a disparar. Roland corrió hacia la cima; la montura se levantó en el aire unos segundos antes de que los cascos aporrearan con un ruido seco el camino de tierra.

Con un paso a la izquierda, el caballo de fuerza sorteó un surco en el camino. Eso le salvó la vida a Roland, pues justo entonces dos flechas pasaron rozándole el hombro y casi le alcanzan la espalda, de no ser por unos treinta centímetros. La cabalgadura de Roland reventó cascos y, al galope, puso rumbo hacia un grupo de recios robles cuyas hojas, de un marrón otoñal, se mecían en la leve brisa, alrededor de cuyos troncos y ramas se enroscaban unas enredaderas.

Roland esperaba que en adelante el camino resultara sinuoso, pues así los árboles le proporcionarían algo de cobertura añadida. Se abalanzó sobre el robledal y echó un vistazo por encima del hombro; los Invencibles se detuvieron en la cresta de la colina, el sol de la mañana hacía brillar los yelmos de color de latón y los jubones color azafrán. Estos observaron el bosquecillo, dieron la vuelta a los corceles y desaparecieron a toda velocidad.

Roland se preguntó si temían una emboscada; quizás entre los robles se escondiesen tropas aliadas. O quizás otra patrulla de Raj Ahten se encargaba de vigilar la zona. Roland no aminoró la marcha; no llegó a ver un alma en el bosquecillo, ni amigos ni enemigos.

Cuando emergió por el otro lado, el sendero continuaba adelante. No había rastro del barón Poll. La carretera de tierra conducía valle arriba, atravesando un pequeño pueblo. A la izquierda del camino, los setos bordeaban la senda; a la derecha, había tapias de piedra. Y seguía sin divisar al barón.

Lo he perdido, se percató Roland.

En el bosque había un par de senderos que conducían a destinos inciertos. El barón debía de haber tomado uno de ellos, aunque él no tenía ni idea de cuál ni intención de volver atrás.

Por tanto, continuó al galope por el valle y atravesó el pueblo hasta que el camino desapareció precipitadamente en el manto de niebla. Ya se encontraba cerca de Carris, a tan solo ocho kilómetros.

Y si Poll tenía razón, la niebla suponía tropas aliadas, las tropas del duque Paldane. Roland disminuyó la velocidad del caballo, no deseaba entrar a la carga y a ciegas en la niebla, donde podía toparse con piqueros o arqueros.

Una vez se adentró en la neblina unos doce metros, sabía que el barón Poll llevaba razón. No era niebla corriente.

Jamás había visto niebla tan densa, ni siquiera en las Cortes de Tide. Era tan espesa como la mantequilla y, aunque cien metros atrás brillaba el sol y hacía calor, ahí todo se tornaba oscuro y seductor como la noche. Sentado sobre el caballo, pronto descubrió que no veía ni el camino a sus pies.

Temía que la montura tropezara en algún terraplén y, por ello, Roland se bajó del lomo del caballo de batalla. Se arrodilló y quedó a algo más de un metro del suelo, pero apenas atisbaba el camino bajo sus pies ni la hierba próxima.

Así fue como condujo a su caballo de batalla, jadeante y con las orejas gachas, entre la niebla.

Cuando avistó la parte alta de las atalayas blancas de Carris que atravesaban la niebla, calculó que le quedaban unos cinco kilómetros. Pero, después de haber descendido del caballo y haberlo guiado durante horas a través de la bruma, ora apartándose de la senda, ora resbalándose en los charcos, siempre dudando sobre si la dirección en la que se movía era la correcta, no parecía haber adelantado nada.

La dificultad de hallar cualquier camino, se veía acrecentada al tropezarse con una ciudad o aldea donde los caminos se bifurcaban, y en dos ocasiones se encontró deambulando entre manzanas de casas.

La carretera se retorcía como una maldita serpiente y, aunque Roland seguía el borde del camino, donde la hierba y el lodo se encontraban, tras tres horas supo que debía de haberse desviado en alguna parte, puesto que estaba convencido de haber recorrido más de ocho kilómetros.

En ese tiempo, no llegó a ver un solo soldado de Mystarria, ni un solo defensor. La neblina de los magos acuáticos podía fácilmente ocultar a más de cien mil hombres a tiro de arco del camino, pero no encontró a ninguno.

Mientras caminaba, se preocupó por Averan, una niña tan pequeña en una aldea al sur de allí. Debía de estar aterrorizada y se maldijo por ser tan insensato y no haberse quedado con ella.

Pero, a decir verdad, notó que la mujer verde le preocupaba igualmente. No le había hecho daño alguno, aparte de intentar chuparle un poco de sangre de la mano. Sin embargo, lo que sentía por ella era algo más intenso que simple compasión.

No sabía cómo expresarlo exactamente. Era tan bella como una elegante dama de las runas. Aunque Roland no se consideraba un soñador, sabía sinceramente que la hermosura de la mujer verde lo atraía. No obstante, dudaba de que pudiera enamorarse de una mujer con colmillos y piel verde. Tampoco podía afirmar que se sintiese atraído por su entereza porque, por lo que había podido juzgar, no tenía personalidad ninguna. Ignoraba si poseía fe en algo, si era caritativa, o confiada o si poseía cualquier otra virtud humana.

Aunque sí podía decir que, en ese último día, se había sentido seguro cuando ella estaba cerca. Además, le parecía que la mujer lo necesitaba, necesitaba su sabiduría y asesoramiento, necesitaba que le enseñara el nombre de las cosas, cómo llevar zapatos, cómo montar a caballo.

Ninguna otra mujer parecía tan formidable y tan vulnerable al mismo tiempo. Le resultaba tan inexpugnable como la niebla. Ese misterio era lo que lo atraía.

Se prometió a sí mismo que, tan pronto como entregara el mensaje a Paldane, regresaría al sur durante la noche y buscaría a Averan y a la mujer verde.

Roland no se hacía ilusiones, no creía que la mujer verde pudiera amarlo, puesto que era un hombre insignificante, eso le decían todos. Su mujer se lo repetía una y otra vez. Su soberano lo tuvo por una persona sin valor, nada más que servía para facilitarle un don de metabolismo. No sabía leer, sumar ni restar, no sabía luchar.

Roland recordó a Gaborn y cayó en la cuenta de que nunca había pensado cómo



reaccionaría ante la llegada del nuevo rey de la tierra.

En ese instante, intuyó que no importaba. Ningún rey de la tierra elegiría a un hombre como Roland Borenson, un hombre a quien no restaba nada que ofrecer. Significaba que la corta y amarga vida de Roland se quedaría probablemente así, como una vida corta y amarga.

Cuando por fin hubo recorrido penosamente el manto de niebla, se encontró con que se había perdido a conciencia. El sol indicaba que había pasado el medio día, y seguía divisando las atalayas de Carris en la distancia, a ocho kilómetros de donde estaba. Y, sin embargo, había logrado de algún modo sortear el castillo completamente, ya que Carris le quedaba al sur.

Permaneció allí un momento, estaba desfallecido. Llevaba la levita mojada a causa de la niebla, tan empapada que se la quitó y la escurrió dejando que el agua cayera a sus pies. Luego volvió a ponérsela y, pesadamente, se introdujo de nuevo en la maldita bruma al tiempo que se preguntaba si vería mejor con una antorcha.

Horas más tarde, salió nuevamente de la niebla y de Carris, esta vez estaba al oeste y la tarde ya estaba avanzada.

Con los dientes apretados, volvió a entrar en aquella nube infernal y opresiva, en la penumbra, y juró poner más atención por dónde pisaba.

No llevaba mucho camino recorrido, quizás tres kilómetros, cuando oyó una campana repicar seis veces a su izquierda. Se le hacía tarde y Roland se fijó en que, el mensaje que debería haber entregado poco después del amanecer, se había retrasado hasta la noche. Llevaba todo el día deambulando en aquella neblina.

Al poco encontró un camino que se desviaba hacia la izquierda y, kilómetro y medio más adelante, el alegre ruido de la vida en el castillo lo saludaba: el repiqueteo de martillos contra armaduras, las palabrotas de algún noble que exigía que los vasallos guardaran suministros al resguardo del castillo, gallos que cacareaban con los últimos rayos de luz. Mucho más que eso, el gañir de los cuervos, el arrullo de las palomas y el graznido de las gaviotas en lo alto.

Se dejó guiar hacia el castillo por el sentido del oído, descubrió una estrecha senda que conducía hasta un paso elevado. Sabía que era un paso elevado porque podía oír el agua lamiendo ambos lados del camino y porque allí la niebla olía a algas.

Por fin alcanzó la barbacana, una enorme fortificación de piedra en la entrada.

La niebla era tan espesa que al acercarse a la puerta, ninguno de los guardias lo detuvo, puesto que no lo veían, igual que él no veía el castillo.

—¿Hay alguien ahí? —gritó Roland.

Desde lo alto de la barbacana, le llegó una resonante risa.

—Hay como un millón aquí, buen hombre. ¿Busca usted a alguien en particular?

—Traigo un mensaje para el duque Paldane —dijo Roland algo avergonzado—. Un mensaje del barón Haberd del torreón de Haberd.

—Bien, ¡ven a la puerta lateral para que podamos verte!

Roland siguió la enorme puerta de hierro hacia la derecha y solamente encontró una angosta torre con aspilleras y algunos agujeros para que los piqueros sacaran las picas. Miró por uno de los agujeros y pudo ver el interior de la torre: había antorchas encendidas y al menos veinte hombres con armaduras sentados allí dentro. Un fulano con pinta de ignorante lanzó una estocada de broma a Roland con la pica y gritó:

—¡Oh!

Roland retrocedió por donde había venido y siguió la puerta hacia la izquierda, donde halló un pequeño rastrillo con varios centinelas que lo esperaban. En la bruma, Roland no podía casi distinguirlos, solamente eran siluetas y sombras.

—Lo siento —dijo Roland—. No puedo ni verme los malditos pies con esta niebla.

—Le daré la enhorabuena a los magos de tu parte —dijo el capitán de la guardia. Tomó la bolsa de mensajería de Roland e inspeccionó el lacre.

—Este sello está roto.

—Mire, yo no soy el emisario —dijo Roland—. Encontré al correo muerto en la carretera y he traído su bolsa. Tuve que abrirla para saber dónde debía llevarlo.

—Tipo inteligente —dijo el capitán.

Abrió la puerta del rastrillo y dejó que Roland pasara al puente levadizo, a una segunda barbacana y luego a una tercera, cada una de ellas, mejor protegida que la anterior, con hombres con martillos de armas y picas en la parte inferior, arqueros y artillería amenazantes arriba.

La niebla era tan densa que Roland no veía el agua a los lados del puente, aunque podía olerla y oírla contra los pilares.

Mientras estuvo fuera caminando entre la niebla temía que el castillo estuviera totalmente desprotegido. No se había topado ni con un solo centinela apostado en los caminos.

Una vez dentro de la fortaleza, era evidente que había hombres por doquier. Miles de caballeros acampaban en el patio interior, y las murallas estaban abarrotadas de soldados. Aunque hasta que no atravesó el patio y entró en la ciudad amurallada de Carris, propiamente dicha, no pudo hacerse cargo de cuántas personas se habían refugiado allí. Cuando el guardia de la barbacana le dijo que eran un millón, Roland supo que bromeaba.

Aun así, Carris era una isla grande, según había apreciado en la distancia. Varias atalayas sobresalían de las murallas y las defensas de Carris incluían docenas de fincas y fortalezas amuralladas. Las calles estaban repletas de golfillos que entorpecían el camino, mujeres con semblante serio que corrían de un lado a otro y enjambres de soldados.

Posados en cada tejado había cuervos, gaviotas y palomas. Cabras malolientes se comían la colada que colgaba baja; pollos que corrían nerviosos; gansos que deambulaban entre graznidos; caballos que relinchaban en los establos y vacas amarillas que simplemente ocupaban las calles.

Tanta gente y tanta bestia en tan poco espacio producían un hedor fétido. Solo llevaba unos minutos caminando en aquel ambiente, pero Roland ya deseaba escapar a una de las torres o a la muralla del castillo o, aún mejor, regresar a la carretera y alejarse cuanto fuera posible para reunirse con Averan y con la mujer verde.

La guardia lo escoltó por la ciudad hasta el patio de armas del castillo de Carris y de allí hasta el torreón del Duque, una construcción enorme que se erguía por encima de las demás.

La decoración dentro del torreón era tan fastuosa como la de cualquier monarca. La madera de cada umbral, silla y mesa tenían un aspecto lustroso. Los portalámparas de latón decorativos de las paredes estaban cubiertos con costosos apliques de cristal de Ashoven. Las alfombras del suelo eran lujosas y el yeso de las paredes había sido exquisitamente pintado con campos de amapolas.

El duque, un individuo con aspecto de pillo y cara angular, estaba encerrado en la torre más alta, rodeado de consejeros a quienes Roland reconoció. Hombres que antaño hubieron cedido dones de inteligencia al rey Orden y que se habían restablecido en la torre Azul la semana anterior.

Con un gesto de la cabeza que señalaba al emisario del rey, de pie, allí cerca, uno de los consejeros dijo:

—Si el rey de la tierra nos ordena que huyamos, debemos hacerlo.

El duque Paldane dio un puñetazo en la mesa de roble.

—Es demasiado tarde —dijo—. Tengo cuatrocientos mil paisanos bajo mi custodia y las tropas de Raj Ahten nos rodean. No puedo dejar que salgan a campo abierto donde los Invencibles los matarían como entretenimiento.

Jerimas, el viejo consejero, sacudió la vetusta cabeza.

—No me gusta esto. Si el rey de la tierra nos ha prevenido, deberíamos hacer caso, mi duque.

—Hacer caso ¿de qué? —preguntó Paldane—. No nos ha explicado nada. ¿Huir? ¿Adónde? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿De qué?

—Actuáis como si las murallas de Carris pudieran protegernos —dijo el viejo Jerimas—. Confiáis demasiado en unas viejas piedras, después de todo lo que ha ocurrido. Quizás deberíais tener más fe en vuestro rey.

—Tengo fe en mi rey —replicó Paldane—. Pero ¿por qué me abruma con órdenes contradictorias?

Los consejeros parecían preocupados. Roland podía ver que tenían demasiadas preguntas y pocas respuestas. Su expresión era de derrota.

El duque alzó la mirada y vio a Roland y abrió la boca sorprendido.

—¿*Sir* Borenson? ¿Qué haces aquí? ¿Traes más indicaciones del rey?

—No —dijo Roland—, no soy *sir* Borenson, aunque somos parientes.

Roland hizo entrega de la bolsa de mensajería al duque, quien desenrolló el pergamino y lo miró distraídamente. Luego, se lo devolvió a Roland con unas cortantes «gracias».

Los reaver habían invadido el torreón de Haberd y el duque Paldane ni se inmutó.

—¿Milord? —preguntó Roland.

—Ya lo sé —dijo el duque—. El barón Poll me trajo este mismo mensaje hace horas. No se puede hacer nada. ¡Estamos asediados y los emisarios del rey me piden que huyamos sin más!

—¿Asediados, milord? —preguntó Roland sorprendido.

Raj Ahten no había colocado dispositivos de asedio junto a las murallas. De hecho, parecía no tener tropas en kilómetros a la redonda.

—Sí, asediados —dijo el duque como si Roland fuera un necio.

—Milord —rogó Roland—. Esperaba poder salir del castillo. Tengo amigos escondidos en el sur, una muchacha que me necesita.

Deseaba pedir permiso para convertirse en tutor legal de Averan, pero sabía que aquel no era el momento.

El duque lo meditó un segundo.

—Nadie sale de aquí. Es demasiado peligroso y, con la torre Azul destruida, las murallas están desprovistas de hombres.

—¿Destruida? —preguntó Roland, confuso.

El duque asintió solemnemente:

—No queda una piedra en pie.

Roland contuvo un grito de asombro. Había pasado veinte años consagrado en la torre Azul, él podría haber muerto allí mientras dormía, pero había escapado justo a tiempo.

*Sin soldados de armas que protejan las murallas de Carris, pensó, los que perecieron en la torre Azul han sido los afortunados.*

—¿Qué sucedió? —Se atrevió a preguntar Roland.

Paldane se encogió de hombros.

—No lo sé, pero por lo que tengo entendido, todos los habitantes de la torre murieron hace cuatro horas.

El duque lo estudió con mirada crítica.

—Tienes pinta de Borenson. Dime, ¿posees formación de armas?

—Soy carnicero de profesión, milord.

El duque Paldane soltó un gruñido, se fijó en la espada corta que llevaba ceñida en el cinturón.

—Pues ahora eres de la guardia. Tu puesto está en la muralla sur, entre las torres cincuenta y una y cincuenta y dos. Deberás matar a todo hombre o bestia que suba por allí. ¿Entendido? Antes de que amanezca estaremos enzarzados en una lucha y un carnicero nos será útil en las murallas.

Roland se quedó allí plantado, estupefacto, hasta que un escudero lo condujo a su puesto.

## Capítulo 28



### *Una conspiración desenmascarada.*

Cuando Erin Connal llegó al castillo de Groverman, a orillas del río Wind, no se sentía con ganas de celebrar nada. Ciertamente, Gaborn había despertado de su desfallecimiento una hora antes y había dado las buenas nuevas: la Gloria Caída estaba muerta, o al menos despojada de forma física, lo cual la hacía mucho menos peligrosa.

Pero Erin se había quedado sin caballo, el príncipe Celinor había resultado herido a causa de que una rama le había caído encima. La piel de la parte trasera del cuello se le había quemado y ampollado. Gracias a sus dones de resistencia, el príncipe viviría, pero no tendría una convalecencia fácil. Para cuando Erin lo hubo sacado a rastras de debajo de los troncos en llamas, el dolor de las heridas era tal que Celinor gimoteaba y lloriqueaba como un niño. Poco después había perdido el conocimiento y uno de los hombres del duque Groverman fue quien lo transportó en la grupa de su caballo y Erin lo perdió de vista durante el trayecto a Groverman.

Erin entraba en el patio, a las puertas de la fortaleza del duque Groverman, a la zaga de un caballero de Jonnick. Al entrar, descubrió que no había sido la primera en alcanzar la fortaleza, ni mucho menos.

Cientos de caballeros ya habían llegado y se encontraban festejándolo. Los criados de Groverman habían sacado al patio cestas con barras de pan, y repartían comida generosamente mientras una camarera abría barriles de cerveza. Una hilera de grandes fogatas circundaba la muralla este, donde los jóvenes cocineros daban vueltas a unos terneros en los asadores. Los trovadores tocaban en un balcón del torreón del Duque y un pregonero apostado en la puerta de la ciudad daba la bienvenida a los que llegaban.

—Caballeros, coman hasta saciarse. ¡Coman hasta hartarse!

El duque no escatimaba nada con las tropas del rey de la tierra, aunque Erin no estaba aún preparada para comer.

Fue en busca de Celinor. Los hombres del duque Groverman lo habían tendido sobre una manta de montar junto a una tapia oscura de la fortaleza; tapia recorrida por

damas de noche que crecían en ella y cuyas flores blancas y pálidas florecían en el aire del ocaso y se abrían ante las palomillas nocturnas que les chupaban el néctar. Un bien intencionado soldado se encontraba postrado sobre Celinor, intentaba que tragara algo de licor.

—Bebed, buen señor —dijo el caballero—. Os aliviará el dolor.

Sin embargo, Celinor apretaba los dientes y, con lágrimas de tormento en los ojos, apartó la cabeza. El caballero quiso enderezarle la cabeza a la fuerza, para obligarlo a beber; evidentemente, creía que este deliraba.

—Yo lo haré —dijo Erin, instando al caballero a que se marchara—. La adormidera le sentará mejor.

—Quizás —respondió el caballero—, aunque no sé por qué prefiere la amarga adormidera al licor dulce.

—Ve a buscar a un médico y pídele opio —dijo Erin con cansancio.

Luego se arrodilló junto a Celinor y le rozó la frente. Este sudaba y la miró con los ojos llenos de sufrimiento.

—Gracias —consiguió susurrar.

El rey de la tierra le había ordenado que dejara las bebidas fuertes. Erin comprendió entonces que las evitaría a cualquier precio.

—De nada —le dijo, y lo abrazó un rato.

Celinor pareció dormirse. Algunas veces habló delirante, como si tuviera pesadillas. E incluso, en una ocasión gritó e intentó apartarla. Tras un rato largo, se despertó, con la mirada vidriosa a causa del padecimiento y la frente encharcada de sudor.

—El rey de la tierra ha perdido los dones —dijo—. He oído a alguien decirlo, ¿es cierto?

—En efecto —contestó Erin—. Ahora es un plebeyo, si se puede decir que un rey de la tierra es innoble.

—Entonces se le puede contemplar desprovisto de encanto. ¿Lo has visto?

Erin lo había visto de camino al castillo de Groverman aquella tarde, profundamente dormido. Incluso con un don de belleza, el joven no era muy bien parecido. Sin el don, resultaría muy poco agraciado.

—Lo vi con mis propios ojos —dijo Erin, pensando que el comentario de Celinor era una simple observación escogida al azar por el delirio.

Le dio palmaditas en la mejilla, advirtió que llevaba una cadena de plata alrededor del cuello con un medallón de plata ovalado.

Celinor se echó atrás con gesto de dolor al mismo tiempo que el medallón de plata se salía de la levita y le caía por la garganta. Erin supo inmediatamente que era un medallón de promesa. Muchos nobles, cuyo deseo era el de casar a sus hijos o hijas, encargaban a artistas que pintaran retratos en miniatura del joven lord o de la dama que intentaban desposar, y los metían en un medallón. Tal reliquia se enviaba después a reinos lejanos, para mostrarlos a los padres de un posible cónyuge, para

que otros lores y damas eligieran pareja para sus hijos o hijas sin haber nunca visto a la persona en cuestión.

Tales medallones nunca eran fidedignos. Los artistas que los pintaban solían ignorar los defectos del niño que posaba, y tendían a realzar la belleza de este o esta hasta tal punto que, a veces, la imagen de un medallón únicamente reflejaba una semejanza casual con el joven lord o la joven dama allí retratados.

Aun así, tales reliquias solían incitar sentimientos románticos. Erin recordaba que, a sus doce años, su madre le enseñó la imagen de un joven lord de Internook. Erin llevó consigo durante meses aquel colgante, mientras soñaba con el muchacho de semblante fiero y cabello rubio, hasta que se hizo evidente que el muchacho, habiendo visto la imagen de Erin en su medallón de promesa, no había quedado igualmente impresionado.

Celinor parecía algo mayor para andar embelesado con una joven de un medallón. Debería de rondar los veinticinco y debería haberse casado hacía años. Aunque Erin cayó en la cuenta de que ninguna dama en su sano juicio lo hubiera aceptado. Se imaginó la escena entre una niña de doce años y su padre: «¿Cómo, padre? ¿Deseas casarme con el borrachín de Crowthen del Sur?».

«No con el muchacho», diría el padre, «solamente con el reino. Y mientras él bebe y se cava una tumba prematura, andará por ahí engendrando bastardos en las desaliñadas tabernas de tres reinos a la redonda. Y, una vez que hayas degollado a todos esos pequeños espurios, Crowthen será tuyo».

Erin no podía imaginarse a ninguna joven que recibiera esa unión con los brazos abiertos.

No obstante, Celinor portaba un medallón de promesa, como un muchacho enfermo de amor. Erin se preguntó qué niña de doce años lo habría cautivado. Echó una mirada a Celinor, quien yacía allí y respiraba ruidosamente, en apariencia dormido.

De manera subrepticia, Erin abrió el diminuto pasador del medallón y contuvo el aliento. La imagen de la niña de doce años de aquel retrato tenía los ojos azules y el cabello largo y oscuro. Reconoció la imagen al instante, incluso bajo la tenue luz de las llamas que se reflejaba en la tapia, a lo lejos, pues era su propio retrato, pintado diez años antes, cuando soñaba que tales dibujos significaban algo.

Erin cerró el medallón de golpe. Nunca vino pretendiente alguno a pedir la mano de ninguna joven de los clanes ecuestres de Fleeds. Tampoco estaba segura de lo que habría hecho si hubiera aparecido algún pretendiente. Ella era un guerrero, ante todo, no una dama elegante criada con el único fin de engendrarle hijos a un hombre. Y, solamente en reinos como Internook, alguna vez se daba el caso de que un señor de la guerra quisiera una mujer lo suficientemente fuerte como para luchar junto a él.

Pero Celinor llevaba su medallón. ¿Lo habría guardado consigo durante diez años? Quizá la madre de Erin lo había enviado a Crowthen del Sur, aunque nunca le había mencionado una posible unión con Celinor. No, Erin conocía a su madre lo

suficiente como para estar segura de que si el rey Anders hubiera propuesto tal emparejamiento, su madre lo habría rechazado.

Sin embargo, Celinor tenía su medallón, lo había guardado durante diez años. ¿Había Celinor soñado con aquella unión? En cierta forma, tenía sentido. El reino de Crowthen del Sur colindaba con Fleeds. Celinor y Erin podían haberse casado, ampliado las fronteras de sus respectivos reinos a pesar de las diferencias culturales entre ambos.

Pero el rey Anders lo habría considerado una mala unión; después de todo, Fleeds era un país pobre, sin nada que ofrecer. Si sus padres hubieran intercambiado medallones, habría sido más bien por educación. Ningún noble habría deseado aquel matrimonio.

A pesar de eso, Celinor había guardado el medallón durante una década, quizás lo había llevado colgado durante todo aquel tiempo.

Celinor el Borrachín.

Erin lo miró a la cara, se había despertado, la miraba fijamente con los ojos entreabiertos, llenos de dolor.

A Erin el corazón le latió aceleradamente.

—Dime —preguntó Celinor con sorprendente agresividad—, el joven rey Orden, ¿se parece a ti?

—¡Qué! —exclamó asombrada—. Yo sería una lastimera visión, si así fuera.

—¿Os parecéis —preguntó Celinor— como hermano a hermana, como dice mi padre? Ese cabello oscuro no lo has heredado de ningún hombre de cabello de fuego de Fleeds.

Erin notó que se ruborizaba de vergüenza; había imaginado que Celinor la amaba, pero entonces comprendió la verdad. El padre de Gaborn, el rey Orden, solía peregrinar a Heredon para la cacería de otoño con el rey Sylvarresta. En esos viajes, pasaba por Fleeds y se había hecho amigo de la madre de Erin. Si su madre hubiera creído que Orden era una pareja adecuada, era razonable pensar que habría deseado aparearse con él. Cabía esa posibilidad, aunque no era cierto.

No obstante, Erin y Gaborn tenían el cabello oscuro y los ojos azules, aunque Erin poseía el físico de su madre y no los hombros anchos del rey Orden.

De modo que al rey Anders se le antojaba que el rey Mendellas Draken Orden era el padre de Erin, lo cual convertía a Gaborn en su hermanastro, su hermano pequeño.

Erin no se atrevió a mencionar a su verdadero padre.

El día en que Erin tuvo su primera menstruación, su madre la llevó a la biblioteca y le mostró un libro con los nombres de los lores. Narraba la época y las hazañas de cada hombre y mujer. Eran grandes hombres y mujeres, héroes de antaño, y su madre le hizo prometer que seguiría la tradición, que solamente se reproduciría con los mejores hombres.

Erin sabía quién era su padre, pero, dadas las circunstancias, decidió que lo mejor sería no revelar su ascendencia.



—¿Es esa la única razón por la que llevas mi medallón de promesa? —preguntó Erin—. ¿Deseabas compararlo con mi cara?

Celinor se mojó los labios y asintió a duras penas.

—Mi padre... pretende destapar el engaño de Gaborn, catalogarlo de delincuente.

Erin quedó asombrada. Si ella fuera la hermana de Gaborn, ¿cuáles serían las consecuencias?

Según las leyes de Fleeds, tener un padre que fuera de la realeza, pero de otro reino, no significaba nada. El título noble de Erin le era transmitido a través de su madre e incluso tal título no significaba que ella se convirtiese en la gran reina. Ese puesto solamente podía ganárselo, era conferido por las sabias del clan.

Aunque, si Erin resultara ser hija de Orden, eso tendría una tremenda repercusión en Mystarria. Algunos podrían reclamarla como la heredera legítima del trono de Mystarria, al ser la mayor.

El rey Anders quería utilizarla de peón.

—No... no te entiendo —dijo Erin—. ¿Qué es lo que ganaría tu padre? ¡Yo no desearía nunca el trono de Mystarria!

—Entonces te obligaría a aceptarlo —susurró Celinor.

—¡Bah! Me parece demasiado esfuerzo en vano. No lo quiero.

—Conoces las leyes de sucesión: ningún hombre que haya obtenido el trono por asesinato puede coronarse rey —respondió Celinor.

Erin se puso a pensar. Justo el día anterior, antes de haber conocido a Gaborn, el alto comisionado Skalbairn les había advertido que el rey Anders estaba difundiendo rumores acerca de que Gaborn huyó de Longmot y dejó morir a su padre. Tal obra no podía clasificarse técnicamente como asesinato, pero era algo parecido.

Y, después de la muerte del rey Orden, ¿no fue si no el escolta de Gaborn quien había asesinado al ya inocente rey Sylvarresta? Borenson juraba que, al hacerlo, solamente acataba las últimas ordenes recibidas personalmente del viejo rey Orden: acabar con aquellos que se habían convertido en consagrados de Raj Ahten.

Uno podía fácilmente decir que Borenson contaba aquella historia para encubrir la verdad, que había matado a Sylvarresta a fin de que su señor se hiciera con el trono de Heredon.

Gaborn ya ostentaba una doble corona: la de Heredon y la de Mystarria. Aunque Anders diría que ambas las había obtenido mediante el asesinato.

Por tanto, Gaborn no era un soberano en absoluto. Y si no era monarca legítimo de ninguna nación; entonces, ¿cómo podía ser el rey de la tierra? Y si no era rey, se le podría despachar como asesino justificadamente, tratarlo como tal.

De repente, Erin lo vio todo claro, comprendió que Anders pondría una guerra en marcha. Seguramente, ya habría enviado algunos lores menores a recabar apoyo, había cerrado sus fronteras y prohibido a sus súbditos a viajar a Heredon para ver al rey de la tierra. Porque, si veían a Gaborn, quizás se convencerían de que era efectivamente el rey de la tierra y el rey Anders no quería que descubrieran la verdad.

Sin embargo, Erin sabía la verdad. Ella había oído la voz de Gaborn en su fuero interno, la había conducido a lugar seguro; sabía que era el rey de la tierra.

—¿Qué ideas tan infectas posee tu padre? ¡Inventarse tal cosa!

Celinor se rio dolorosamente, tanto por las quemaduras como por la opinión siguiente:

—Algunos creen que me parezco mucho a él.

—No hacía falta que mataras al caballo de esfuerzo para corroborar la historia de tu padre —dijo Erin—. ¿Qué haces aquí realmente?

—Mi padre me envió para obtener información que pueda desenmascarar a Gaborn. Pero he descubierto la verdad.

Justo entonces, una curandera trajo la resina de adormidera junto con una pipa de marfil que usaría para exhalar el opio en la cara de Celinor. Dejó la pipa en el suelo, hizo una bola oscura con la resina e introdujo esta en la cazoleta de la pipa y añadió una brasa extraída de un ornamentado brasero arcilla.

Erin empezó a retroceder y hacer sitio para que la curandera pudiera trabajar, pero Celinor se aferró al capote la amazona.

—Por favor —dijo Celinor—. No sé si podré ir a Fleeds contigo mañana. Debes detener a mi padre. Que tu madre divulgue un comunicado sobre tu parentesco, aunque tenga que mentir.

Erin le dio unas palmaditas tranquilizadoras en el pecho.

—Volveré dentro de un poco para ver como estás.

Erin lo tapó con una manta mientras la curandera le echaba a Celinor humo de opio en la cara. Luego, Erin salió por el rastrillo y se puso a contemplar el cielo en la noche. El sol se había puesto hacía una hora y las nubes del día se habían dispersado, salvo por unos cuantos cirros que aún flotaban en el cielo nocturno, como un velo por las estrellas. La noche iba a ser templada y ya se había pasado la época de los mosquitos. Celinor no estaría incómodo si lo dejaba solo un rato.

Seguían entrando oleadas de caballeros en el castillo, cientos y cientos de ellos. Erin se apartó para dejar pasar a unos hombres. El pregonero de la puerta gritó de nuevo a su espalda:

—¡Caballeros, coman hasta saciarse!

Contempló la ciudad al otro lado de las murallas del castillo, los dominios de Groverman.

*Maldito rey Anders, pensó Erin extrañada. ¿Para qué me necesita?*

Después de todo, si Anders quería oponerse a la condición real de Gaborn, puesto que se habría ganado la corona solamente mediante asesinatos y engaños, lo único que tenía que hacer era acusarlo de homicidio. No necesitaba aportar a Erin como heredera alternativa al trono de Mysteria.

*Igual Anders teme que, si mata a Gaborn, los mystarrianos se alcen en armas contra él, pensó Erin.* Al ofrecerles una heredera nueva, el rey Anders podría aplacar los ánimos de guerra.

Aunque eso no tenía sentido. Si Gaborn moría, y si realmente se había ganado la corona por asesinato, entonces el reinado pasaría al duque Paldane de forma legítima. Paldane, el Cazador, Paldane el intrigante y estratega. Paldane, su verdadero padre.

Por supuesto, Anders temía a Paldane. Este podía fácilmente desbaratar cualquier ardid que él concibiera y, además, reclamaría satisfacción. La reputación de Paldane era tal que ningún rey en todo Rofehavan deseaba enfrentarse a su ingenio.

No, Anders no querría la corona para Paldane después de la muerte de Gaborn, quizás planease presentar a Erin como heredera legítima del viejo rey Orden. Pero ¿qué sucedería entonces?

Posiblemente Anders esperaba que Erin Connal y el duque Paldane se disputaran el reino de Mystarria y que empezaran una guerra civil.

O igual Anders esperaba que Paldane atacara Fleeds directamente y aplastara su pobre nación.

Eso parecía factible. De hecho, después de la muerte de Gaborn y la destrucción de Fleeds, puede que Anders imaginara que podría lavarse las manos alegando que Erin lo había engañado.

Cualquiera que fuera la trama de Anders, este quedaría sorprendido cuando se revelara la verdad.

O quizás no. ¿Y si el rey Anders había adivinado quién era en realidad el padre de Erin? ¿Y si planeaba matar a Paldane y que Erin heredara el trono de Mystarria? ¿Se atrevería Erin a aceptarlo?

*Maldita sea mi madre por elegir a Paldane*, pensó Erin. Debería haberlo pensado mejor. En su momento, le habría parecido improbable que el mismo Paldane formara parte de la línea de sucesión al trono y su madre lo habría considerado el mejor hombre en Mystarria, el mejor lord de todo Rofehavan. Pero, una docena de asesinatos más tarde, Erin era la siguiente en orden de sucesión a la corona de Mystarria.

Claro que, ese mismo día, la situación política de Rofehavan se había visto trastornada con la destrucción de la torre Azul. La fuerza de Mystarria había disminuido a la mitad, sin duda.

Aunque eso era algo que Anders no podía haber previsto, no podía saber que Raj Ahten destruiría la torre Azul... A menos que Anders trabajara para Raj Ahten.

*No*, resolvió Erin, *eso es una tontería*.

Erin sabía que algo se le escapaba. Quizás Anders no contaba con una intriga totalmente elaborada para deshacerse de Gaborn, o quizás ella no la discernía del todo.

Cuando Erin era niña, su madre a veces la sometía a un curioso ejercicio. Madre e hija jugaban al ajedrez con una cortina que colgaba en mitad del tablero, así cada una de ellas solamente veía su lado y, por tanto, siempre tenía que protegerse de fichas que podían atacar desde las tinieblas, y Erin tuvo que aprender a inmovilizar adversarios que no podía ver. Era un ejercicio inútil.

Repentinamente, deseó haber jugado al ajedrez con el rey Anders. ¿Cuántas jugadas podía anticipar este?, ¿cuatro, ocho, doce?

Con esfuerzo, ella solamente podía predecir cuatro. Y Anders había levantado un biombo de misterio prácticamente impenetrable.

*Maldita sea*, pensó Erin. Necesitaba consultar con su madre. Una vez que la reina Herin tuviera conocimiento de la trama de Anders, podría ayudar a Erin a desentrañarla. *¡Anders, mejor que vayas con cuidado!*

Erin tenía que ver a su madre inmediatamente. Necesitaba encontrar un caballo veloz.

El castillo de Groverman olía a deliciosos caballos y a hierba, allí fuera, en el prado. En la llanura, a orillas del río Wind, Groverman criaba a la mayoría de los caballos y ganado vacuno que abastecía a Heredon. En pocas semanas llegaría Tolfest, la época en que se sacrificaba a las reses para el invierno, que ya estaban estabuladas a las puertas de la ciudad y que pronto se llevarían a varios castillos y aldeas del norte.

Ya pasado Hostenfest, una buena parte del trabajo de los jinetes tocaba a su fin: cientos de caballos salvajes capturados en las últimas semanas estaban en los rediles mezclados entre las mejores monturas domesticadas disponibles. Aquellos caballos domesticados eran caballos de armas, adiestrados para el combate, o caballos para los emisarios, veloces bestias que podían superar al viento.

Todas las cabalgaduras domesticadas poseían un don o dos de fuerza o resistencia o inteligencia, y se encontraban en proceso de establecer su predominio enfrentándose a los líderes de las manadas salvajes. Hacerle eso a un caballo corriente, encerrarlo en un redil con un caballo de fuerza, podría ser brutal, pero crucial, empero. Una vez que los caballos salvajes aceptaban a los animales domésticos como líderes, los mediadores de Groverman podían poner los marcadores a buen uso entre la manada salvaje y extraer atributos para los domésticos, creando así caballos de fuerza de enorme valía.

Con tanto noble que entraría en combate y con tanta montura dispuesta ya para recibir dones, Erin sabía que le costaría encontrar un caballo decente. Incluso en años de paz costaba encontrar un caballo de fuerza.

Se dirigió a las caballerizas en la zona norte del castillo y comenzó a buscar algo apropiado.

En los establos se topó con al menos cien lores, deambulando por allí, quienes exigían a los mozos de cuadra que les mostraran los dientes de los caballos a la luz de las antorchas y demás idioteces.

Erin fue directamente al encargado de cuadras. Uno de los mozos reconoció su acento y le dijo que el encargado era un buen jinete veterano de Fleeds, de nombre Bullings.

Erin encontró a Bullings en los establos de los consagrados, donde se guardaban los caballos que habían otorgado dones a los otros. Aquellos eran animales

debilitados que habían dado su fuerza física a otros, monturas enfermas después de entregar dones de resistencia. Los establos de los caballos consagrados consistían en unas enormes dependencias dentro de la zona amurallada de la ciudad. Allí cuidaban de unos tres mil caballos, cabalgaduras ciegas y sordas, otros en eslingas, porque no podían mantenerse de pie. Los que habían donado la agilidad tenían que alimentarse de puré de avena, porque el esófago no se contraía con la fuerza suficiente como para transportar los alimentos al estómago para la digestión. Esas pobres monturas eran difíciles de cuidar, pues padecían de abotargamiento y, por ello, requerían frecuentes masajes.

—¿Patrón Bullings? Necesito un caballo que montar en el frente —dijo Erin—. Usted conoce las monturas. ¿Cuál es la mejor?

—¿Para una amazona de Fleeds? —preguntó, sin estar seguro de su origen.

Erin no lo había visto nunca y, por su forma de hablar, aunque ambos procedieran de Fleeds, sabía que le vendería un caballo de menos calidad.

La puerta del establo se abrió tras ella y Erin oyó las ásperas pisadas y el chasquido de la cota de malla. Evidentemente, se acercaban otros caballeros en busca de monturas de calidad y Erin sabía que no lograría mantener la atención del hombre durante mucho más.

—Sí, un caballo para una mujer de Fleeds —respondió—. Me contentaré con cualquier montura que me ayude a llegar a casa mañana.

A su espalda, habló el mismísimo rey de la tierra:

—No bastará cualquier caballo —dijo—. Esta amazona es la hija de la reina Herin la Roja y hoy ha salvado la vida al príncipe de Crowthen del Sur.

Erin se volvió. No le había dicho a Gaborn que había salvado a Celinor, no se lo había referido a nadie, pero parecía ser que ya se había corrido el rumor. Tanto ella como Celinor se vieron obligados a compartir caballo con otros nobles.

—Alteza —dijo Bullings, hincando una rodilla en el suelo.

El encargado de las caballerizas mantenía el suelo tan limpio que no tenía que preocuparse por si manchaba los pantalones de cuero.

Gaborn tenía aspecto pálido, endeble. Erin quería decirle que había descubierto la intriga del rey Anders, pero le bastó una mirada para prevenirla contra ello. Gaborn, rendido, parecía necesitar poder caer en la cama, y la noticia podría desvelarlo.

*Además, pensó Erin, yo puedo hacerme cargo del tema.*

—¿Cuál es la mejor montura que tienes? La mejor de todas —preguntó Gaborn al encargado de cuadras.

Bullings tartamudeó:

—Yo... yo... tengo un caballo de armas buenísimo, alteza. Muy bien adiestrado, de buen corazón, con quince dones.

—Una excelente cabalgadura —dijo Gaborn—. Suficiente para una amazona de Fleeds, ¿no crees?

—Pero, alteza... —objetó Bullings—. No puedo hacer eso. ¡El duque me

desollaría y vendería la piel a un precio barato a los curtidores! El caballo era un regalo para vos de parte de nuestro duque Groverman.

—Acepto tal regalo de buen grado —dijo Gaborn—, y yo se lo regalaré a quien quiera.

—Alteza —le rogó Erin avergonzada—, ¡jamás podría aceptar ese caballo!

Lo decía sinceramente, pues aquel caballo era una montura de reyes. No se atrevería a aceptar una bestia que legítimamente pertenecía al rey de la tierra.

—¡No lo acepto!

Gaborn sonrió burlonamente.

—Bueno, si lo rechazas, estoy seguro de que el patrón Bullings encontrará algo adecuado.

—Sí, alteza —dijo Bullings, bravucón, aprovechando la oportunidad—. Tengo una yegua magnífica, de personalidad tan sociable... ¡que yo mismo me casaría con ella si pudiera! La traeré al instante.

Como descuidando cualquier otra obligación, se apresuró hacia la parte trasera de los establos y salió corriendo por una puerta.

Erin miró a Gaborn de hito en hito.

—¡Sabíais que no me vendería un caballo decente!

—Siento que no fuera diligente —respondió Gaborn—. En Heredon nos va a ser difícil encontrar buenos caballos. Mi padre mató a casi todos los caballos de armas de Raj Ahten, por lo que Raj Ahten robó los que pudo de Sylvarresta. Aunque tenemos muchos marcadores para crear buenas monturas y reponer la carencia, el rey Sylvarresta solamente contaba con unos cuantos cientos de caballos de armas en adiestramiento. El duque Groverman y yo hemos intentado hacer todo lo posible por resolver esto. Pero, incluso dando dones a algunos caballos de guerra sin terminar de adiestrar, que deberían recibirlos el año que viene, solamente hemos añadido cuatrocientas o quinientas monturas de calidad para llevarnos al frente. Y, claro, el duque Groverman odiaría vender un caballo decente a cualquier precio. De hecho, no te hubiera vendido ninguno.

Aquella noticia era desalentadora, pero Erin se sintió aliviada de que Gaborn se hubiera planteado cuestiones como esas. Ella misma estaba desacostumbrada a pensar en el aspecto organizativo de la guerra.

Sin una caballería decente, Heredon se vería obligada a depender de la infantería y los arqueros para defenderse. En los últimos dos días, había presenciado las prácticas de las tropas de Gaborn. Los campos al sur del castillo de Sylvarresta se habían llenado de miles de muchachos con arcos y, al oeste del castillo, miles más aprendían a usar alabardas. Incluso contando con los vastos recursos de herrería de Heredon, a Gaborn le llevaría meses proveer a la infantería adecuadamente de yelmos y armaduras. Aunque, al cruzar las aldeas a caballo aquel mismo día, el repiqueteo de los martillos sobre el yunque había tranquilizado a Erin.

Se imaginó que toda aquella carga resultaría tremenda para Gaborn. No, no le

contaría en ese momento historias sobre una posible traición. Mientras reflexionaba, comenzó a preguntarse si no habría reaccionado exageradamente. ¿Era posible que Anders realmente estuviera maquinando la desaparición de Gaborn? No tenía pruebas, aparte de las sospechas de Celinor.

Necesitaba algo consistente y, además, Gaborn estaría mejor preparado para abordar tales cuestiones una vez que hubiera descansado.

Erin nunca se había planteado el tipo de obligaciones propias del rey de la tierra en cuanto a organizar un enfrentamiento bélico. Muchos lores, con buenos conocimientos de tácticas de guerra, no sabían qué hacer con cuestiones de logística.

Gaborn tendría que enfrentarse a todas las complejidades la guerra, con los problemas que conlleva abastecer y entrenar a un ejército al mismo tiempo que mantiene sus defensas. Y si a eso se le suman las obligaciones diarias de sustentar la justicia y el cumplimiento de otros deberes, la cosa parecía abrumadora.

No obstante, las obligaciones de Gaborn eran aún de mayor alcance. Erin había oído la voz de este en su fuero interno aquel día, había oído cómo la prevenía contra el peligro de modo personal, y sabía que había hecho lo mismo con miles de personas. No gobernaba simplemente como un monarca cualquiera, sino que estaba íntimamente ligado a cada uno de sus vasallos y se preocupaba por cada uno de ellos.

Los poderes del rey de la tierra le parecían impresionantes, y la carga todavía más imponente.

—Milord —preguntó, esperando ponerlo a prueba—, ¿habéis pensado cómo obtendréis las plumas para emplumar las flechas?

—He ordenado a todos los nobles de Heredon que cada niño encargado de pelar gansos o patos, urogallos o palomas, entregue las plumas de las alas y de las colas al servicio del rey.

—Pero si apenas habéis tenido tiempo para tan nimios detalles —dijo Erin—, ¿cuándo disteis tal orden?

—La mayoría de los lores de Heredon se presentaron ante mí el día que llegué al castillo de Sylvarresta, después de la batalla de Longmot —respondió Gaborn, cansado—. Hablé en la mente de los elegidos, como hablé hoy contigo, y les dije que se ocuparan de las cuestiones de su propia defensa.

—¿Y les pedisteis que guardaran las plumas?

—Y clavos para los caballos, y les advertí que confeccionaran buenos abrigo de invierno bajo los que un hombre pudiese dormir y no solo taparse, y que almacenaran comida y hierbas medicinales; y, por supuesto, que atendieran a otras miles de cosas.

Ahora que pensaba en ello, Erin si se había fijado, había visto a la gente de Heredon trabajar conforme cabalgaba hacia el norte, observado el ahínco con el que los molineros molían la harina y los tejedores hilaban paño; había visto a mamposteros afanados en las murallas de cada fortaleza.

—¿Qué deseáis que haga? —preguntó Erin, pues con tantos otros esforzándose de manera heroica, el pequeño papel que desempeñaba en aquella guerra le pareció de

repente insignificante.

—Sígueme —dijo Gaborn—. Hoy prestaste atención a mi voz y, por eso, te salvaste. Sigue escuchando.

En aquel momento, el patrón de cuadras abrió una puerta de golpe y entró con un caballo de armas de magnífica presencia, una yegua alta y con aire brioso, una montura con nueve dones: uno de fuerza física, otro de agilidad, otro de resistencia, otro de inteligencia, otro de vista, uno de olfato, y tres de metabolismo. Era la bestia de apariencia más noble que jamás había visto, casi una montura real.

—Os escucharé, alteza —prometió Erin—. ¿Podrías cabalgar conmigo mañana? Hay un asunto del cual necesito hablaros.

—Deseo que llegue el momento —dijo Gaborn—. Pero, tal como voy a avisar a los demás en breve, debemos llegar a Carris cuanto antes. Podrás descansar un par de horas pero, cuando salga la luna, partiremos lo más deprisa posible.

—¿A qué hora esperáis llegar a Carris? —preguntó Erin.

—Espero que mañana antes del anochecer, para aquellas monturas que aguanten.

Casi mil kilómetros. Era un viaje largo para cualquier caballo, incluso para uno tan magnífico como el que le acababa de regalar. Y galopar bajo la luz de la luna resultaría peligroso. Erin asintió con la cabeza, aunque no podía más que dudar.

Algunos de los caballeros de aquella compañía llegarían a Carris al anochecer del día siguiente; pero, al hacerlo, agotarían a los caballos hasta la muerte. Incluso el mejor preparado de los caballeros no podría luchar a lomos de un caballo muerto.

Quizás Gaborn sobresalía en materia de logística, pero a Erin le preocupaba su habilidad como estratega.



## Capítulo 29



### *El desfiladero de La Paloma.*

**L**os mediadores estaban cantando en el palacio de las Concubinas cuando se marchó Saffira, pero *sir* Borenson no llegó a oírlos.

Rendido después de días de trabajo y privado de los grandes dones de resistencia que le habían permitido soportar la natural debilidad humana, se durmió al sol, mientras esperaba junto a la fuente el regreso de Saffira. Conforme se dormía, alguien le quitó los grilletes.

Cuando por fin Pashtuk y la escolta de Saffira ayudaron al grandullón a subirse a la silla de montar, Borenson se aferró instintivamente a ella y no necesitó que lo amarraran.

Así durmió durante horas, montado en la silla, mientras Pashtuk conducía al grupo de vuelta hacia Deyazz en dirección norte, luego en dirección oeste pasadas las ruinas de las montañas de las Palomas.

Borenson se despertó un instante durante el trayecto por la senda montañosa, levantó la cabeza y contempló las escarpadas laderas blancas. Allí, a mil trescientos metros de altura, en las vertientes de la montaña, había altares y antiguos templos con cúpulas que se inclinaban peligrosamente sobre los precipicios. Hacía miles de años, se decía, los devotos se lanzaban al vacío y así entregaban la vida al aire. Si el acto del devoto se santificaba, este podía recibir la capacidad para volar. Pero si el Elemento del aire lo rechazaba, se precipitaba a la muerte.

De ese modo, se decía que hasta algunos niños habían adquirido la capacidad de vuelo. Aunque al pie de la ladera, en el valle de las Calaveras, había pruebas de sobra que demostraban que el aire casi nunca aceptó los sacrificios de los antiguos.

Poca gente estaba tan loca como para intentar cosa semejante en aquellos días y, aparte de los señores del cielo, Borenson no había oído de nadie que hubiera obtenido poder sobre el aire. No obstante, de vez en cuando alguien salía por la puerta de su casa y se limitaba a seguir al viento, dejando que lo condujera hacia cualquier destino. Indudablemente los «tumbones», o «seguidores del viento» como se les llamaba a veces, se dedicaban a robar y a otras pillerías para ganarse la vida.

La guardia de Saffira cabalgaba junto a ella, dos hombres enormes llamados Ha’Pim y Mahket. Para viajar, Saffira se había tapado la cara con velos de seda, para que nadie pudiera verle el rostro. Sin embargo, ningún velo podía ocultar el brillo de sus ojos o esconder la translucidez de su piel.

Aunque no pronunciara palabra, cada ademán suyo sobre la silla atraía la mirada de todos a cuantos adelantaba.

De un momento a otro, se iba haciendo más hermosa, pues el palacio de las Concubinas en Obran era el hogar de cientos de mujeres, cada una de las cuales poseía muchos dones de belleza.

Y los mediadores ya habían reunido todos los dones de encanto de las concubinas de Raj Ahten, uno por uno, y los habían canalizado a través de consagrados que hacían de vectores hacia Saffira.

Ella misma no tenía que estar presente en Obran, por supuesto, a fin de recibir dones, ya que, cuando una persona donaba un atributo, formaba un vínculo mágico entre ella misma y su señor, un vínculo que solamente rompía la muerte del lord o del consagrado.

Por tanto, si una mujer cedía un don de belleza, todo su encanto se canalizaba hacia su señor. Si ese mismo consagrado tomaba a su vez dones de belleza de otro consagrado, el primer consagrado no obtenía la belleza, sino que esta pasaba inmediatamente a su señor.

Estos consagrados que servían como vínculos se denominaban vectores. Así pues, las mujeres que ya servían de consagradas de Saffira se hallaban en proceso de aceptar dones de otras. Aquellas que ya habían cedido a Saffira un don de belleza, asumían dones por cuenta de Saffira, aquellas que habían cedido dones de voz, recibían voz y, así, sucesivamente.

De este modo, Saffira hizo buen uso de los marcadores que le regaló el rey de la tierra. Cuando suplicara una tregua entre naciones que llevaban mucho tiempo enfrentadas ante Raj Ahten, no esperaba tener sencillamente cientos de dones de belleza, sino miles.

Pashtuk los condujo entre los senderos de la montaña durante horas, desviándose del camino cuando pasaron junto al ejército de Raj Ahten, que viajaba cerca de la fortaleza de Mutabayim. Borenson se había dormido mientras cabalgaba.

Cuando los cinco llegaron a las sobreprotegidas fronteras de las montañas Hest, Pashtuk finalmente se detuvo y despertó a Borenson para cenar.

Caía la noche, y Pashtuk bajó a Borenson de la silla y dijo simplemente:

—Duerme aquí una hora mientras que preparo algo de cena para su alteza.

Borenson cayó torpemente sobre unas agujas de pino y, de no haber sido por el perfume de Saffira, hubiera dormido profundamente.

Cuando Saffira pasó a su lado, Borenson se despertó. Incorporándose, contempló los elegantes movimientos de Saffira, con lo cual se ganó una ceñuda mirada de advertencia de Ha’Pim.

En los pinos cercanos arrullaban unas palomas y el aire seco de la montaña traía el aroma de un arroyo próximo. Borenson apartó la vista hacia el oeste.

Jamás había visto el sol ponerse en el gran desierto salino de Indhopal, pero no olvidaría aquella magnífica escena. Al oeste, el desierto era de tenue color violeta, en apariencia una llanura que abarcaba cientos de kilómetros, y el viento de la noche removía el polvo sobre los llanos lo justo para que un poco de arena roja flotara en la calima distante. El sol parecía descomunal al cruzarse con el horizonte, una gran perla hinchada del color de las rosas.

Aunque las maravillas de la naturaleza no podían compararse con la encantadora Saffira. Borenson la miró embelesado mientras ella caminaba tranquilamente colina abajo, hacia el abrigo de una cañada, y se arrodillaba junto a una pedregosa charca donde las abejas volaban por encima de unas primulas que crecían junto a las rocas. Cuando se quitó el velo y el pañuelo que le tapaban la cabeza y los hombros, Borenson sintió que aquel encanto era pura tortura. Le atormentaba el cuerpo y erosionaba su mente.

Saffira permaneció allí sentada un instante, quieta sobre la charca, examinando el reflejo propio en el agua. En las últimas horas, las concubinas habían encauzado cientos, quizás miles, de dones de belleza hacia ella, mientras que otras lo habían hecho con dones de voz.

Saffira miró por encima del hombro y descubrió que Borenson estaba despierto y no le quitaba el ojo de encima.

—*Sir* Borenson —dijo con voz melosa—. Ven a sentarte conmigo.

Borenson se levantó, notó cómo le fallaban las piernas del esfuerzo. Las manipuló como si fueran torpes troncos hasta que se arrodilló junto a Saffira, quien sonrió amablemente y le tocó la mano.

Ha’Pim se acercó y posó el fornido puño en la daga. Era un hombre enorme, de expresión sombría y hosca.

—¿Resultaré un medio digno para transmitir vuestro ruego de paz? —preguntó Saffira.

—¿Digno? —Eso fue lo único que pudo decir Borenson con la voz ronca—. Completamente digno.

La voz de Saffira era música en los oídos de Borenson, mientras que la suya sonaba como el chillón graznido de un cuervo.

—Dime, ¿tienes esposa?

Borenson tuvo que pensarlo un momento. Parpadeó nervioso.

—Esto... sí, *milady*.

—¿Es encantadora?

¿*Qué podía responder ante eso?* Myrrima le había parecido encantadora, pero comparada con Saffira parecía... demasiado grande, casi como una vaca.

—No, *milady*.

—¿Cuánto llevas casado?

Borenson intentó hacer memoria, pero no podía contar los días exactamente.

—Unos días, más de dos, quizás tres.

*Debo de parecer un idiota, pensó.*

—Pero eres bastante viejo. ¿No has estado casado antes?

—¿Cómo? —preguntó—. Cuatro, creo.

—¿Cuatro esposas? —preguntó Saffira, enarcando una ceja—. Esas son muchas mujeres para un hombre de Rofehavan. Pensé que tu gente solamente tomaba una.

—No, cuatro días de casado —logró decir Borenson—. Estoy bastante seguro de ello. Cuatro días.

Intentó hablar con algo de autoridad.

—¿Pero ninguna otra?

—Ninguna, *milady* —respondió Borenson—. Esto... era el escolta del príncipe y no tenía tiempo para una esposa.

—Es una pena —dijo Saffira—. ¿Qué edad tiene tu mujer?

—Veinte... años —apenas logró decir.

Saffira apoyó la mano en la roca, se inclinó hacia atrás y al hacerlo, rozó con el dedo el nudillo de la mano derecha de Borenson, quien fijó la vista en ese lugar, incapaz de apartar los ojos de su propia mano. Deseaba mover la mano y tocarla de nuevo, acariciarle la mano, pero comprendió que era imposible. Una cosa como él no estaba destinada a tocar una maravilla como ella. Únicamente había sido pura casualidad que la carne de ambos se hubiera rozado, un azar increíble. El aire olía al perfume de Saffira.

—Veinte. Me parece una edad bastante madura —dijo Saffira—. He oído que en tu país las mujeres esperan hasta que son mayores para casarse.

Borenson no sabía qué decir. Saffira no parecía tener más de dieciséis años, aunque llevaba varios años casada y había dado cuatro hijos a Raj Ahten. Debe de ser mayor de lo que aparenta, imaginó Borenson. Quizás tenga diecisiete, pero no muchos más, a menos que haya tomado dones de belleza de niños.

—Mi señor me llevó a la cama en mi doce cumpleaños —dijo Saffira ufana—. Yo era la más joven de sus esposas y él era el hombre más bello del mundo. Me amó desde el principio. Algunas de las concubinas las tiene simplemente como motivo de contemplación, otras para cantar. Pero yo soy a quien más ama. Se ha portado muy bien conmigo, siempre me trae regalos. El año pasado trajo dos elefantes blancos para que los montáramos, y sus alfardes y pabellones en la espalda estaban recubiertos de diamantes y perlas.

Borenson había visto a Raj Ahten. El señor de los lobos poseía miles de dones de encanto. Mientras Borenson contemplaba a Saffira, comprendió cómo suspiraba el corazón de una mujer por él.

—Di a luz a su primer hijo antes de los trece años —dijo Saffira con orgullo—. Le he dado cuatro hijos.

En la voz Borenson detectó una nota de tristeza. Temía haberla llevado a un

terreno que era doloroso para ella, la muerte de su hijo.

Borenson se notó la boca seca.

—Esto... yo..., ¿le daréis más hijos? —preguntó al tiempo que rezaba por que no lo hiciera.

—No —dijo Saffira agachando la cabeza—, no puedo tener más.

Borenson pensó en preguntarle el motivo, pero la miró por rabillo del ojo y cambió de tema.

—Creo que los hombres no han de tener el cabello pelirrojo, no es atractivo.

—Esto... me lo afeitaré por vos, *milady*.

—No, si no irremediamente te veré la piel blanca y esas motas.

—Entonces me tinaré el pelo, *milady*. He oído que se puede teñir de negro con hojas de añil y de alheña.

No le contó que así era como los espías y asesinos norteños se tintaban el cabello antes de realizar incursiones en Indhopal.

Saffira sonrió de manera cautivadora, la sonrisa más hermosa que jamás hubo agraciado el rostro de una mujer.

—Sí, en partes de Indhopal la gente mayor se tinta el pelo cuando comienzan a salirle canas —dijo Saffira—. Ordenaré que traigan ese tinte.

Luego permaneció en silencio un momento.

—Mi marido —presumió— es el mejor hombre del mundo.

Borenson se estremeció. Eso no lo había oído nunca antes, y no lo creía posible. Aunque, ya que lo decía Saffira, comprendió que era verdad.

—Sí, oh, gran estrella del desierto —dijo Borenson, pues repentinamente pensó que «*milady*» era una palabra demasiado corriente, un tratamiento que debería reservarse solamente para ancianas de caras reseca y arrugadas.

—Es la esperanza del mundo —lo aleccionó Saffira con convicción total—. Unirá a la humanidad y destruirá a los reaver.

Claro, ya lo entendía, Borenson se percató de que era un buen plan. ¿Quién había más poderoso que Raj Ahten?

—No veo la hora —accedió Borenson.

—Y yo le ayudaré —dijo Saffira—. Traeré la paz a Rofehavan, rogaré a todos los hombres que dejen las armas y, así, detendré las depredaciones de los caballeros equitativos. Durante mucho tiempo mi amor ha luchado por la paz y, ahora, la gran luz de Indhopal brillará en todo el mundo. Los bárbaros de Rofehavan se humillarán y arrodillarán ante él o serán abatidos.

Saffira hablaba sola, como si escuchara la pureza de su tono de voz maravillada. Cada minuto que pasaba, los mediadores del palacio añadían dones a los que ya poseía.

—Wahoni poseía cuarenta dones de voz, que ya deben de ser míos —dijo Saffira. Cantaba tan maravillosamente que lo echaré en falta, pero ahora yo canto mejor.

Levantó la voz, entonó unos cuantos versos con una voz tan evocadora que la

música parecía suspenderse en torno a ella como los pecíolos de un álamo. La canción le produjo escalofríos por la espalda.

De repente, Saffira lo miró enojada.

—No deberías mirarme tan fijamente con la boca abierta —dijo Saffira—. Parece como si quisieras comerme. De hecho, igual no deberías mirarme siquiera. Voy a bañarme y no debes verme desnuda, ¿entiendes?

—Cerraré los ojos —prometió Borenson.

Ha'Pim le dio patadas a Borenson en las piernas y este se alejó unos cuantos metros. Se sentó con la espalda apoyada en una roca templada.

Escuchó el delicioso ruido que producía la ropa de seda al quitársela, percibió el dulce aroma del cuerpo de Saffira cuando se quitó el vestido y el olor al perfume de jazmín de esta se hizo más intenso de repente.

Prestó atención cuando Saffira se introducía tímidamente en la charca y profería una interjección de sorpresa al comprobar lo fría que podía ser el agua de la montaña. Escuchó el chapoteo y borboteo del agua, pero no la miró.

Tenía los ojos cerrados, bien apretados, a fin de obedecer todas las órdenes de Saffira, sin importar el precio que pagara. Aunque, al cerrar los ojos e intentar concentrarse en cualquier otra cosa que no fuera el chapoteo de Saffira, empezó a desconfiar.

Ella había dicho que Raj Ahten era el mejor hombre del mundo y, en ese momento, aquellas palabras le habían sonado prudentes, razonables y bien planteadas. Aunque las dudas comenzaban a invadirlo.

*¿Saffira ama a Raj Ahten? ¿Lo tenía por un hombre bueno? ¿El hombre que había destruido todos los reinos vecinos y que intentaba dominar el mundo?*

No, Borenson había observado la astucia y crueldad de Raj Ahten; había visto los cuerpos inertes del hermano, de las hermanas y de la madre de Gaborn. Cuando Borenson hubo acabado con los consagrados de Raj Ahten en el castillo de Sylvarresta, se había visto obligado a matar a niños de quienes Raj Ahten obtenía dones. El señor de los lobos era un hombre totalmente entregado al mal.

Raj Ahten había tomado a Saffira como esposa cuando era una niña y, aunque esta se vanagloriaba del afecto de Raj Ahten, Borenson quería verlo muerto por aquello.

Pero dudaba. Saffira se había entregado tan joven por voluntad propia, dominada por la belleza y la voz de Raj Ahten; lo amaba. Lo amaba tanto que había prometido respaldarlo contra los reinos de Rofehavan.

*Nunca ha visto el mundo que su marido intenta usurpar tan implacablemente,* pensó Borenson. Era irremediablemente ingenua. Casi toda su vida había transcurrido encerrada en aquel palacio, a la espera de los regalos que traía Raj Ahten, temerosa de los caballeros equitativos, separada de su familia a los doce años. Y aunque a Borenson no se le había permitido ver a las otras concubinas, se imaginaba que eran muchachas como Saffira, ingenuas y tontas.

Advirtió que el plan de Gaborn se descarrilaría sin remedio alguno: Saffira se ofrecía a forjar la paz entre Indhopal y Rofehavan, pero con fines propios, no porque lo pidiera el rey de la tierra.

Y si no podía persuadir a Raj Ahten de detener la guerra, entonces Saffira se uniría a él y usaría su propia belleza para subvertir los ejércitos de Rofehavan.

Una débil voz en el interior de Borenson le susurraba que había ayudado a crear un monstruo, y ahora debía intentar destruirlo. No obstante, no soportaba la idea. Incluso si aún poseyera dones, incluso si pudiera enfrentarse a Pashtuk, Ha’Pim y Mahket, no se sentía capaz de matar a Saffira.

Ningún hombre sería capaz. Y no se merecía que la trataran tan brutalmente, Saffira era un ser inocente, no maléfico.

Y aunque la hubiese creído maléfica, sabía que nunca podría mover un dedo contra ella.

## Capítulo 30



### *El acompañante del tesoro.*

**B**ien pasada la puesta del sol, Iome llegó al castillo de Groverman. Tanto Binnesman como Jureem montaban magníficos caballos que Raj Ahten les había facilitado gentilmente la semana anterior, mientras que Myrrima montaba el caballo de *sir* Borenson, una de las bestias más veloces de Mysterria. Pero el caballo de fuerza que Iome se había visto obligada a escoger en las cuadras del rey resultó ser una simple montura de centinela con tan solo tres dones.

El caballo se rindió a los ciento sesenta kilómetros de galope tendido y, por lo tanto, Iome tuvo que rezagarse hasta llegar a Bannisferre y comprar una cabalgadura nueva.

Sin embargo, las estrellas relucían en el cielo y el aire en lo alto del bosque de Dunn era frío y fresco, con lo que el viaje vespertino había resultado agradable.

Una vez llegó al castillo, Iome fue en busca del rey acompañada por un cortejo compuesto por Jureem, Binnesman y Myrrima, la cronista de Iome y el muchacho del pie deforme.

Tras una breve conversación con un capitán, encontró a Gaborn en el torreón del duque Groverman, adonde se había retirado a cenar junto con otros lores.

Iome accedió a la sala de audiencias del duque por el vestíbulo. Cuando estaba a punto de abrir las cortinas rojas a la entrada del gran salón, oyó cómo alguien se dirigía a su marido con tono discordante:

—¡Esto es una parodia, alteza! —dijo uno de los caballeros en voz muy alta—. No podéis dejar que vuelvan, ¡no sin que haya empezado la caza! ¡Esto demuestra cobardía!

Iome reconoció la voz quejicosa. Era *sir* Gillis de Tor Insell.

Un hombre de voz grave bramó:

—¡Alteza, no consentiré que este hombre me llame cobarde! ¡Ni que mi rey sea llamado tal! ¡Exijo una disculpa!

Iome hizo un gesto para que la comitiva a su espalda se detuviera y abrió la cortina un poco.



El duque Groverman había preparado un estupendo banquete y Gaborn y tres docenas de lores se apelotonaban en torno a una mesa en la que solamente cabían dos docenas.

En el centro de la sala, había un joven con la cara llena de granos, Agunter, el hijo de catorce años de Theowald Orwynne.

Por el camino ya se habían corrido las noticias del día, Iome sabía que la Gloria Caída había abatido al rey Orwynne y a su hijo Barnell. Agunter era el siguiente en la sucesión al trono. Además, había oído que Gaborn había perdido los dones.

Plantado junto a Agunter estaba *sir* Langley, un hombre corpulento como un oso, y varios consejeros esperaban a su espalda.

—¡Exijo una disculpa de este cantamañanas... —rugió *sir* Langley a *sir* Gillis—, o una satisfacción!

Gaborn se volvió a su izquierda, donde *sir* Gillis estaba sentado a la mesa, a varios asientos de distancia. Al hablar, su voz tenía un tinte sardónico.

—¿Qué dices, *sir* Gillis? ¿Te disculparás por tal insulto o veremos todos cómo el campeón de Orwynne te arranca la lengua de cuajo?

Con el rostro enrojecido, *sir* Gillis arrojó el muslo de cisne que estaba comiéndose y, encolerizado, levantó la cabeza del plato.

—¡Lo digo de nuevo! Orwynne juró lealtad al rey de la tierra y si Agunter y sus caballeros desean marcharse ahora antes del combate, ¡entonces mantengo que son todos unos cobardes! Arrancadme la lengua si queréis, *sir* Langley, pues aunque se menea por el suelo, ¡dirá la verdad!

*Sir* Langley le clavó los ojos llenos de rabia a *sir* Gillis y la mano se le fue hacia la daga que llevaba en el cinturón, pero no se atrevió a desenfundar el acero en presencia del rey de la tierra.

—Alteza, con vuestra venia —gritó uno de los consejeros de Orwynne—, no ha sido deseo de mi señor Agunter el de regresar a sus dominios. ¡Yo he intentado persuadirlo todo el día de que es lo más prudente!

—Continúa —dijo Gaborn al consejero.

—Yo... yo simplemente resalto que Agunter no tiene más de catorce años y, a pesar de que tiene la talla de un hombre y el valor de cualquier otro aquí presente, hoy su reino ha sufrido una tremenda pérdida. Con la muerte del rey Orwynne y de su hijo mayor, la familia real de Orwynne queda en una tesitura delicada. El hermano que más se aproxima en edad a Agunter tiene apenas seis años y, si por alguna nefasta casualidad Agunter continuara camino al sur y muriera en la contienda, su hermano no podría reinar en su lugar. Teniendo en cuenta que el reino está en guerra, nos hace falta un lord apropiado al frente del mismo. Solamente por este motivo os rogamos que nos dejéis regresar a nuestro hogar.

Gaborn estaba reclinado entre las sombras, con el duque Groverman a la izquierda y el canciller Rodderman sentado a la derecha, y se echó hacia delante en la silla.

—Que se vaya el joven Agunter es una cosa —dijo *sir* Gillis—; pero ¿debe llevarse todo su séquito? ¿A los quinientos caballeros?

Iome dudaba sobre este particular. El padre de Agunter había montado, en efecto, a quinientos de sus mejores caballeros para aquella campaña y, con las tropas de Heredon tan diezmadas, necesitaban desesperadamente caballeros como ellos. Mientras que lo prudente era que el joven Agunter regresara a casa, parecía excesivo que se llevara a todos sus hombres.

«*Sir*» Gillis tiene razón, resolvió Iome. Tras el ruego de Agunter se escondía algo más que el sentido común. Agunter estaba totalmente atemorizado, y con razón.

El padre de Gaborn se enfrentó a Raj Ahten y fue asesinado por molestarse en hacerlo, al igual que su propio padre. El padre de Agunter había perecido de manera horrible, aplastado por la Gloria Caída antes sus mismos ojos.

Entonces habló Agunter:

—Creo que llevarme a todos los hombres sería excesivo, salvo por las noticias que mi padre recibió ayer noche: los reaver han salido a la superficie en Crowthen del Norte y también al sur de Mystarria. Gusanos terráneos sacuden la tierra conforme cavan bajo el bosque de Dunn. Mi reino linda con las Hest y, el verano pasado, encontramos muchos indicios de reaver en las montañas. ¿Cuanto tiempo transcurrirá antes de que se produzca un ataque generalizado?

—¡Bah! ¡Y yo digo que es robar! —dijo *sir* Gillis—. El rey de la tierra salva vuestra nación entera y os regala dos mil marcadores para convertir a *sir* Langley en campeón y, después, os largáis con el botín tan campantes. ¿Debemos apodar a Orwynne como acompañante del tesoro?

El joven rey Agunter miraba a Gillis con expresión amenazadora. Si su paladín temía desenfundar el acero ante el rey de la tierra, Iome veía que Agunter no. Aunque Agunter temiera a Raj Ahten, ese miedo no era extensible a hombres como *sir* Gillis.

Efectivamente, un amigo del tesoro.

Iome se mordió el labio. *Si el joven Agunter no desea escuchar tales pullas a la cara, pensó, en un año o dos detestará verdaderamente lo que se diga a su espalda.* Sería una grosería que el muchacho retirara su apoyo del todo.

Gaborn había enviado dos mil marcadores a Orwynne con el fin de que Langley recibiera dones. Fue una inversión de gran envergadura, y Iome podía comprobar simplemente por la pose de Langley que este recibía dones mediante vectores. Incluso con la cota de malla puesta, se erguía muy derecho y se movía con una fluidez y rapidez increíble, como solamente un hombre con muchos dones de agilidad y metabolismo puede hacerlo.

Cada minuto que pasaba, Langley se convertía en un guerrero potente, al tiempo que los mediadores de Orwynne extraían atributos por cuenta de aquel.

Sería de mala educación que Agunter impidiera que Langley entrara en combate, grosero e imprudente. Iome no lo hubiera permitido, hubiera aporreado la mesa y exigido la ayuda de Orwynne. Empero, contempló la escena para ver cómo Gaborn

manejaba al muchacho.

Gaborn se inclinó hacia delante y carraspeó. Conforme este se encorvaba bajo la tenue luz de una vela, Iome se asombró ante la transformación que se había llevado a cabo en los rasgos de Gaborn desde aquella mañana: ojos apagados y hundidos, el rostro pálido. En apariencia enfermo o exhausto, tal era la devastación que le había cincelado la pérdida de dones.

—*Sir Gillis*, le debes al joven rey Orwynne una disculpa —dijo Gaborn—. He mirado en su corazón y está repleto de ira hacia Raj Ahten, y le resulta tan difícil apartarse de este conflicto como a ti presenciar su marcha.

Dirigiéndose al joven monarca, Gaborn dijo:

—Agunter Orwynne, por supuesto que puedes llevarte a tus hombres a casa con mi bendición. Rofehavan necesita que Orwynne defienda el oeste y que se mantenga fuerte frente a todo enemigo, sean las tropas de Raj Ahten o los reaver. Conduce a tu padre y a tu hermano a casa y entiérralos. Que te acompañen los caballeros y que los Elementos estén con vosotros.

Iome no daba crédito. Gaborn de por sí ya se dirigía al frente con muchos menos hombres, no debería rendirse ante las exigencias de un cobarde.

—Pero... —exclamó *sir Gillis* ahogadamente.

—Solamente te pido un favor —dijo Gaborn a Agunter—. Deja que *sir Langley* luche como vuestro paladín. Espero que pueda vengar la muerte de mi padre y del tuyo. Si lo hace, estaré eternamente agradecido por la ayuda prestada.

De repente, Iome comprendió lo que pretendía Gaborn. Agunter no podía soportar la idea de enfrentarse a Raj Ahten, le tenía tanto miedo que no se atrevía a volver a casa solo.

Pero, al declarar que el muchacho era un valiente, Gaborn le otorgaba algo de coraje. Al mismo tiempo, Gaborn apelaba a cualquier ápice de dignidad que le quedara al muchacho. Ningún hijo pasaría por alto el asesinato de un padre. Si Agunter no dejaba que Langley luchara, no podría vivir con el desprecio que sus vasallos le echarían encima. Sin duda Agunter entendía eso.

No obstante, Agunter tembló al decir:

—Lleváoslo entonces... con cien caballeros también.

Gaborn asintió con la cabeza, como sorprendido e impresionado por la gentileza del joven soberano.

Agunter dio media vuelta y abandonó el gran salón, con los consejeros y el cronista de aquel agitándose en pos de él, ansioso por huir del castillo de Groverman, por regresar a Orwynne.

Iome retrocedió en la sala de audiencias para despejar el paso a Agunter y a su cortejo.

De todos los hombres de Agunter Orwynne, solamente *sir Langley* permaneció en el gran salón. Durante un momento, Langley contempló la espalda de Agunter, meditabundo, y todos los presentes guardaron silencio. Cuando Agunter hubo dejado

el torreón, *sir* Langley hizo una reverencia ante Gaborn.

—Gracias, alteza, por permitir que se marchara.

Después, se inclinó ante *sir* Gillis.

—Y a ti, buen señor, por recordarle su deber.

Gaborn sonreía divertido. Evidentemente, *sir* Langley deseaba luchar contra Raj Ahten mucho más que su rey y, aunque Langley defendería el honor de este hasta la muerte, reconocía al muchacho por lo que era y le tranquilizaba contar con el permiso de su señor para reanudar la marcha hacia el sur.

Langley también se giró con ademán de abandonar la estancia.

—Quédate, por favor —dijo Gaborn—. Hay espacio de sobra en la mesa.

Era una ironía, puesto que los nobles estaban apiñados en torno a la mesa de Groverman.

—Gracias, alteza —dijo Langley—. Pero me temo que, cuando parta mi rey, caerá la moral de las tropas. Con vuestra venia, me gustaría cenar con ellos y, así, tranquilizarlos de algún modo.

—Apreciamos el gesto —dijo Gaborn.

Langley se dirigió a la salida, pero Gaborn lo detuvo.

—*Sir* Langley, sabed que vuestro rey es un joven honesto. Posee el cuerpo de un hombre, pero no el corazón de un hombre todavía. Sospecho que en un año o dos encontrará el valor.

Langley miró por encima del hombro.

—Rezo por que no lo encuentre demasiado tarde.

Iome dejó pasar a Langley y después entró en el gran salón con Myrrima, Binnesman, Jureem y la cronista a su espalda. El muchacho del pie deforme se quedó en la sala de audiencias jugando con los cachorros.

Al verla, Gaborn se levantó y la invitó a sentarse junto a él. Iome lo besó, lo escudriñó conforme se sentaba. *Decididamente parece enfermo*, resolvió Iome. Tomó asiento junto a él cuando el duque Groverman le ofreció su sillón. Iome apretó la mano derecha del rey con su mano izquierda.

Apenas se hubo acomodado, entró un paje anunciando la llegada de un emisario de Beldinook. Era el primer correo de Beldinook desde que Gaborn había sido coronado rey de la tierra.

Beldinook era un país importante, el segundo más grande y opulento de todo Rofehavan; limitaba con Mystarria al norte y, por tanto, era un aliado estratégico. Además de eso, el viejo rey Lowicker, un hombre delicado dado a ataques de indecisión, había sido antiguo amigo del padre de Gaborn, que necesitaba a Lowicker en ese momento, en parte porque el pequeño ejército de Gaborn tendría que atravesar Beldinook para llegar a Carris. Sin embargo, ya que este debía viajar deprisa, no podía transportar todos los suministros que necesitaría durante el combate.

Cuando la caballería alcanzara Beldinook, como mínimo necesitarían buen grano con que alimentarse y comida para los soldados de Gaborn.

La reina Herin la Roja había enviado a Erin Connal para brindar su apoyo, pero Gaborn llevaba tiempo esperando las palabras de compromiso de Beldinook y se había visto obligado a continuar sin haberlas recibido.

Gaborn precisaba la ayuda de Lowicker para atravesar Beldinook, pero aguardaba algo más. Este se enfrentaba a una grave escasez de suministros al norte de Mystarria, ya que muchos castillos habían sido asaltados.

Seguramente, Paldane habría trasladado lo que restaba de sus suministros a Carris, para preparar el asedio, y lo más probable era que Raj Ahten intentara asediar Carris, si no destruía la fortaleza en el acto. Personalmente, Gaborn creía que Raj Ahten deseaba hacerse con todo Carris a fin de que sus tropas pudieran pasar allí el invierno. Gaborn se veía forzado a acabar con el asedio, lo cual suponía atacar a Raj Ahten. Si los soldados de Gaborn tenían que lanzarse a una batalla campal, necesitarían más armas de cara a la contienda: flechas para los arqueros, lanzas para la caballería, escudos...

Muy pocos caballeros habían cargado sus monturas con armadura. Algunos portaban testeras para proteger las cabezas de los caballos de batalla, y mantas acolchadas como gambesones para protegerles el cuello y los flancos. La armadura completa era demasiado pesada para llevarla encima tan lejos. Con los caballos de fuerza, tan escasos esos días, Gaborn vacilaba en enviar monturas malamente protegidas al frente. Prefería armaduras completas para los caballos, junto con petos y buenos yelmos para los caballeros.

Gaborn esperaba abastecerse de esos artículos en Beldinook. Si conseguía derrotar a Raj Ahten en el castillo de Crayden, en el de Fells o en Tal Dur, quizás tuviera que asediar una de las fortalezas, en cuyo caso precisaría herramientas y máquinas de asedio. Aparte de herreros, cocineros, escuderos, lavanderas, zapadores y carreteros, todo un elenco de personal de apoyo. Gaborn podía pedir ayuda a sus vasallos al sur y al este de Mystarria, pero traerlos a todos al norte llevaría semanas y el tiempo era algo crucial.

Forzosamente, Gaborn tendría que depender de su antiguo aliado, el rey Lowicker de Beldinook, un hombre que se rumoreaba era demasiado cauteloso en la guerra, un hombre que, según sospechaban algunos, no tenía valor para plantarle cara a Raj Ahten.

Aunque Gaborn había enviado cartas a Beldinook hacía ya casi una semana, con la intención de adquirir suministros que necesitaría de camino al sur, Beldinook no había contestado seguramente porque, en ese momento, Raj Ahten atravesaba los páramos de la frontera de Beldinook con su ejército, y el rey Lowicker estaba ocupado organizando su propia defensa. Iome misma había enviado a un segundo emisario hacía apenas dos días.

Y por fin el emisario entró en el salón, con la levita pardusca manchada del polvo del camino. El cisne blanco engalanaba la librea. Se trataba de un individuo bajo, delgado, sin barba y con un largo bigote que le llegaba a la barbilla.

Gaborn se levantó para hablar con él en privado, pero el correo hizo una gran reverencia y dijo:

—Con la venia de vuestra alteza, nobles de Heredon y Orwynne, el buen rey Lowicker me ordenó que hablara abiertamente ante todos.

Gaborn asintió con la cabeza.

—Entonces, te ruego que prosigas.

El emisario efectuó una nueva reverencia y dijo:

—Mi señor de Beldinook me manda que diga lo siguiente: «¡Larga vida al rey de la tierra, Gaborn Val Orden!».

Levantó la mano y todos los lores de la mesa gritaron:

—¡Larga vida al rey de la tierra, Gaborn Val Orden!

—Mi soberano se disculpa por el retraso en responderos. Hace ya casi una semana que envió documentos ofreciendo ayuda en lo que pudiera. Desgraciadamente, parece que el emisario no pudo entregar el mensaje de mi señor. Los caminos estaban plagados de asesinos de Raj Ahten. Por esta falta, mi señor os pide perdón. Además deseaba transmitir os que, tal cual amaba a vuestro padre, siempre os estimó, Gaborn, como hijo suyo.

A Iome no le hizo gracia aquello. Sabía que Lowicker a menudo había buscado el favor del rey Orden, quizás con la esperanza de que Gaborn fuera hombre suficiente como para librarlo de una hija famosa por su falta de atractivo, la única heredera de Lowicker.

—Mi señor el rey Lowicker os ruega que no os preocupéis —continuó el mensajero—, que es consciente del peligro que se gesta en Carris y que ha juntado tropas y suministros para ayudaros a liberar la ciudad. Con este fin, ha reunido a cinco mil caballeros, cien mil hombres de infantería, cincuenta mil arqueros, junto con ingenieros e innumerable personal de apoyo; con la esperanza de que unidos se pueda derrotar a Raj Ahten en la actualidad, ¡antes de que el peligro se haga más potente! Alteza, nobles de Heredon y de Orwynne, mi rey Lowicker os ruega que os animéis y que todos os unáis a él con la debida diligencia, puesto que él mismo conducirá a sus tropas al frente.

De golpe Iome entendió lo que Lowicker proponía. Sin duda, tropas del sur y del este de Mystarria irían a Carris a defenderla contra Raj Ahten. Fleeds protegería el oeste y Lowicker arremetería con fuerza desde el norte. Raj Ahten se vería cercado por todos los flancos, como un oso atrapado, rodeado de perros, y Beldinook esperaba abatir a Raj Ahten.

Iome sonrió con exaltación. Ni en los sueños más disparatados hubiera imaginado que el endeble y viejo rey Lowicker marcharía a la guerra.

Los nobles en torno a la mesa vitorearon y levantaron las jarras en ademán de brindis. Iome sintió que una ola de alivio la atravesaba, un alivio como nunca antes había notado en toda su vida.

Los lores brindaron a la salud de Beldinook y por los Elementos, y cada uno de

ellos derramó cerveza en el suelo como ofrenda a la tierra.

Iome se centró principalmente en la reacción de Gaborn: de algún modo, las arrugas de preocupación habían desaparecido del semblante de este, que dio las gracias al emisario con gentileza y le ofreció comida y bebida de la mesa real.

*De modo que, pensó Iome, perdemos unos cuantos caballeros de Orwynne, pero ¡descubrimos que hemos ganado cien veces más!*

Su corazón se alegró esperanzado.

Sin embargo, Iome observaba a Gaborn detenidamente, estudiaba la reacción de su rostro. Este presentía el peligro de los suyos, después de todo, y no se atrevió a celebrar hasta quedar satisfecho.

Gaborn llegó a poseer dos dones de encanto e, incluso con ellos, solamente había aparentado ser un noble poco agraciado y poco presuntuoso. En aquel momento, despojado de belleza, Iome lo veía tal cual era por primera vez en su vida. Resolvió que, aunque no era feo, no andaba muy lejos.

Iome comenzó a reflexionar. La transformación física de Gaborn, tan obvia como le resultaba a ella, era quizás de menor importancia. Sin los dones de resistencia, sería más propenso a enfermar y podía morir en la contienda. Sin fuerza física, no podría llegarle a los talones al más penoso de los soldados de armas. Sin los dones de voz, no podía hablar con grado de elocuencia alguno.

Y, probablemente, lo más horrible era que Gaborn hubiera perdido el don de la inteligencia. Muchos de los conocimientos que poseía, tantos recuerdos, se habrían desvanecido.

Para un señor de las runas era desalentador perder tantos dones a la vez, especialmente cuando los necesitaba más que nunca.

Iome susurró a Gaborn:

—Alteza, tienes aspecto decididamente... decrépito. Eso me preocupa. Como mínimo, deberías descansar. Espero que no tengas pensado festejar durante toda la noche con estos lores tuyos.

Gaborn le apretó la mano, tranquilizándola, y levantó un dedo, como señal. Jureem se adelantó con una de las cestas que había empleado para transportar a los cachorros al sur.

—Alteza, duque Groverman, nobles de Heredon —dijo Jureem animado—. Todos tenemos motivos para celebrar las noticias de Beldinook esta noche. Pero os traigo algo que os alegrará el corazón aún más y os infundirá vigor.

Jureem introdujo la mano bajo la tapa de la cesta grande, las gemas de los anillos brillaron bajo la débil luz de la lámpara, y Iome se preguntó si sacaría un perrillo. En vez de un cachorro, extrajo la mano de la Gloria Caída. Las largas garras se habían agarrotado en forma de zarpa. Los lores gritaron y vitorearon y comenzaron a aporrear la mesa con los puños. Algunos exclamaron:

—¡Bien hecho, Binnesman! ¡Que los Elementos te den larga vida!

Algunos de los hombres levantaron las jarras para brindar de nuevo y otros

derramaron las libaciones en el suelo.

Consternada ante la injusticia de aquello, Iome agarró a Gaborn del brazo y le susurró con fiereza:

—¡Pero no ha sido Binnesman quien la ha matado!

Él sonrió burlescamente y alzó su propia jarra, como si fuera a proponer un brindis, y los hombres se callaron.

—Como sabéis, la Gloria Caída mató hoy a muchos hombres —dijo este a los lores—. Entre los muertos se encuentra nuestro buen amigo el rey Orwynne, cuya ayuda echaremos mucho en falta. Pero todos los que han muerto tenían una cosa en común: hicieron caso omiso de mis advertencias. La tierra nos instó a huir y los hombres no huyeron. Toda la semana he estado considerando si la tierra nos permitiría alguna vez defendernos solos, puesto que una y otra vez nos aconseja que huyamos. Hoy finalmente, la tierra murmuró que entre nosotros uno debería abatir a la Gloria Caída, ¡arremeter contra ella!

Los nobles de nuevo golpearon la mesa y vitorearon, pero su rey levantó la voz.

—Susurró la orden a una mujer, una mujer sin dones de fuerza o resistencia, una mujer sin preparación para el combate.

Gaborn señaló el horripilante trofeo en manos de Jureem.

—He ahí la mano de la Gloria Caída, abatida por la flecha de la esposa de *sir* Borenson, ¡*lady* Myrrima Borenson!

Iome estuvo encantada de observar cómo casi todos los nobles de la sala se quedaban boquiabiertos.

Uno de ellos soltó:

—Pero... ¡si he visto lo mal que la mujer dispara! ¡No puede ser!

Myrrima, que estaba al otro extremo del salón, de pie entre las sombras del cortinaje de la entrada, se avergonzó tanto que parecía dispuesta a volver presta a la sala de audiencias.

—Es cierto —dijo Iome—. Disparó una flecha lo suficientemente bien como para derribar a la Gloria Caída. Posee el corazón de un guerrero y pronto tendrá los dones para estar a la misma altura.

—Veamos entonces a esa paladina —gritó uno de los lores.

Binnesman exhortó a Myrrima a que saliera de las sombras.

Los aplausos y silbidos en los que prorrumpieron los lores resultaron ensordecedores. El ruido resonó en los muros de piedra y Gaborn mismo siguió aplaudiendo varios minutos, y dejó que Myrrima disfrutara del momento.

Finalmente, el monarca levantó las manos, rogando silencio a los lores.

—Que la hazaña de Myrrima os recuerde siempre lo que puede lograrse con la ayuda del poder de la tierra —dijo Gaborn—. Es nuestra protectora y nuestra fuerza. En épocas pasadas, la tierra protegía a nuestros antepasados. A través de ese poder, Erden Geboren resistió ante los magos negros de Toth. Y ahora debemos intentar igualar esa proeza. Ayer, al amanecer, sentí que la tierra me susurraba, me instaba a ir



hacia el sur. Salimos del castillo de Sylvarresta con el conocimiento de que éramos pocos, aunque también sabíamos que un hombre solo se basta para asestar un golpe certero. Pero ahora tenemos la certeza de que lucharemos con un gran ejército y de que no estaremos solos. ¡La tierra lucha con nosotros! Como sabéis —prosiguió—, he enviado a docenas de emisarios elegidos al extranjero y tres de ellos habrán llegado a Carris, donde las tropas de Raj Ahten los cercan. Presiento el peligro acechándolos y la tierra me dice que corra, que corra y aseste un golpe.

Gaborn dio un puñetazo en la mesa para llamar la atención.

—Como también sabéis, tenía pensado salir mañana al amanecer hacia Fleeds. Pero me temo que debo partir antes. Saldré para Fleeds con la luna y acamparé allí mañana, por poco tiempo. Apelaré a todos los hombres que puedan mantener el ritmo de mi montura para que se unan a mí y, los que no puedan, que me sigan lo mejor posible. Espero unirme al rey Lowicker en Beldinook, lo más tardar, mañana al anochecer. Allí, aumentaremos en número con los caballeros equitativos y los nobles de Mystarria y de Fleeds. ¡A la guerra!

Los nobles continuaron aclamando hasta que Gaborn se acercó a Myrrima y, del codo, la condujo a ella y a Jureem al patio a fin de repetir el discurso ante los caballeros allí acampados.

## Capítulo 31



### *El olor del viento nocturno.*

**A**quella noche, tras recibir los aplausos, Myrrima cogió los marcadores y se fue al torreón de los Consagrados, rogó al mediador de Groverman que ejecutara un acto que siempre le pareció una abominación.

Aunque el mediador estaba cansado, comprendió la urgencia de la cuestión. La invitó a entrar en la sala con la cesta de cachorros y a sentarse en una silla helada.

Las ventanas del torreón estaban abiertas a la luz de las estrellas y la brisa que penetraba en la estancia era vigorizante y fría.

El cachorro amarillo se retorció en la mano de Myrrima quien, al sostenerlo, tuvo que contener las lágrimas.

Myrrima había aceptado dones de su madre y de sus hermanas. Ante la insistencia de su progenitora, había aceptado la inteligencia de esta y, ante la insistencia de sus hermanas, había aceptado su belleza para que así pudiera casarse con un hombre pudiente que las mantuviera a todas.

No obstante, el fruto de tal acción le supo amargo. Myrrima sabía que lo que había hecho era malvado y, en aquel momento, estaba dispuesta a repetir la hazaña. Pero, mientras que algunos actos malvados se hacían más llevaderos al repetirlos, otros se convertían en algo insufrible.

El cachorro era un ser inocente, la miraba con aquellos ojos grandes, marrones y afectuosos. Sabía el dolor al cual se iba a someter el perrillo y sabía que lo dañaría gravemente, lo despojaría de resistencia solo porque le había mostrado afecto, porque había nacido predispuesto a quererla y a servirla. Myrrima acarició al cachorro, intentó consolarlo. Este le lamió la mano y le mordisqueó la manga con delicadeza.

Myrrima había ido sola a la habitación del mediador en el torreón de los Consagrados del duque Groverman porque Iome estaba cansada y se había ido a la cama; sola porque, a pesar de los vítores de los lores de Heredon, estaba avergonzada de lo que tenía que hacer.

El mediador mayor del duque Groverman era un tipo pequeño, un hombre viejo

de ojos marchitos y barba gris que casi le llegaba a la barriga.

Antes de utilizar el marcador que Myrrima le había entregado, lo inspeccionó detenidamente. El marcador tenía la forma de un hierro de marcar. El extremo más largo servía de mango mientras que la forma de runa en el otro extremo determinaba qué atributo se transmitiría por magia de un consagrado a su señor.

El arte de los mediadores era una práctica antigua, una que requería un grado menor de destreza mágica, pero mucho estudio. El mediador tomó el marcador de resistencia y examinó la runa hecha de metal sangriento en la punta del marcador. Con una diminuta lima de uña de rata y apoyando el marcador sobre una cazuela, a fin de no perder ni un solo fragmento de ese valioso material para su reutilización, eliminó con sumo cuidado algunos trozos de metal sangriento.

—El metal sangriento es endeble y puede dañarse con facilidad —dijo el mediador—. Este debería haberse transportado con mucho más cuidado.

Myrrima se limitó a asentir con la cabeza. El maldito artefacto había recorrido miles de kilómetros desde el punto de forja y Myrrima no se extrañaba de que estuviera algo desportillado. Aunque sabía que si no quedaba más remedio, el mediador tendría que derretir el marcador y fundirlo de nuevo.

—Empero, es un buen diseño —farfulló el mediador de modo tranquilizador—. Pimis Sucharet de Dharmad fundió este marcador y su labor demuestra que es un genio.

Muy raramente Myrrima oía a alguien elogiar a un hombre de Indhopal. Ambos reinos llevaban tanto tiempo en pie de guerra...

—Ahora sujetad bien al cachorro —dijo el mediador—, no dejéis que se mueva.

Myrrima sujetó al cachorro mientras el mediador apretaba el marcador contra la carne de este y comenzaba la salmodia, con trinos y gorgoritos.

En unos segundos, el marcador comenzó a brillar, blanco incandescente, y el olor de pelo y carne chamuscados impregnó el ambiente. El perrillo aullaba desesperadamente y Myrrima le apretó las piernas y las sujetó para que no pudiera huir o retorcerse. El cachorro la mordió mientras intentaba escabullirse y Myrrima susurraba:

—Lo siento, lo siento.

En ese instante, el marcador centelleó incandescente y el cachorro bramó atormentado.

Los otros tres cachorros de Myrrima deambulaban por el suelo en el torreón, olfateando alfombras y barriendo el suelo con la lengua en busca de alguna exquisitez. Al oír al que aullaba, uno de ellos corrió junto a Myrrima y empezó a ladrar, a la vez que miraba fijamente al mediador, como si valorara la posibilidad de atacarlo.

El mediador retiró el marcador e inspeccionó el aparato encendido. Agitó el marcador en el aire y formó estelas de luz que quedaron suspendidas, como pintadas en el ambiente lleno de humo. Estuvo observando el haz de luz largo rato, como si

calculara el espesor y grosor de este.

Luego, satisfecho, se acercó a Myrrima y esta se levantó los pantalones de montar para que el mediador pudiera colocar la marca justo encima de la rodilla, donde casi nunca quedaría al descubierto bajo la ropa.

El marcador candente le quemó la piel mientras el mediador apretaba el metal sangriento contra la carne.

Pero, incluso al quemarla, Myrrima sintió una sensación de éxtasis. La vitalidad fluía en su cuerpo, una tonificación que resultaba abrumadora.

Myrrima nunca antes había aceptado un don de resistencia y no se había imaginado lo placentero que resultaba. De repente, se notó toda sudorosa. El placer de la experiencia le parecía arrollador. Mientras se esforzaba por enfrentarse a la euforia, dirigió la mirada al perrillo en sus brazos, que yacía allí, extenuado.

Momentos antes, los ojitos del cachorro habían reflejado entusiasmo y, después, aparecían apagados. Si hubiera visto ese cachorro en una camada, habría pensado que se encontraba enfermo, que era el más débil de todos, habría sugerido que alguien lo ahogara, lo librara de aquella desgracia.

—Ya que hemos terminado, lo llevaré a la perrera —dijo el mediador.

—No —dijo Myrrima, sabiendo que sonaba idiota—. No he terminado con él. Déjame que lo acaricie un rato.

El cachorro le había dado tanto que ella deseaba ofrecerle algo a cambio, no simplemente abandonarlo al cuidado de un tercero.

—No os preocupéis —la tranquilizó el mediador—. Los niños de la perrera se portan bien con los perros. Le darán algo más que las sobras de la comida. Lo querrán como si fuera de ellos y el perrillo casi no echará de menos la resistencia que le ha extraído hoy.

Myrrima tenía la mente embotada. Con la resistencia, podría practicar más horas con el arco y convertirse en una guerrera mejor más rápidamente. Al asumir aquel cargo de conciencia, esperaba poder ayudar a su gente.

—Un momento —dijo, y con una mano bajo el mentón blanco del cachorro lo sostuvo un instante mientras lo acariciaba.

—Ese otro a sus pies, el que me ha ladrado, también está preparado —dijo el mediador—. ¿Tomaréis el don ahora?

Myrrima miró al perrillo en cuestión, que agitaba la cola y la miraba esperanzado. Era el perrillo con fuerte sentido del olfato.

—Sí, lo haré ahora.

En el momento de aceptar el don de olfato, el mundo cambió para Myrrima. Primero estaba sentada en la silla con los cachorros y luego fue como si se hubiera desprendido un velo.

El olor a pelo quemado que llenaba la habitación se hizo de repente más acre, insoportable, mezclado con el olor a cera de las velas y a polvo y yeso, y a las flores

de poleo que llevaban una semana esparcidas por el suelo del torreón. Hociqueó a uno de los animalillos, incluso olía su afecto.

El mundo entero parecía nuevo.

Con la resistencia de un cachorro que aumentaba las reservas de energía, Myrrima se sentía totalmente restablecida y despierta. Con el don de otro, que intensificaba su sentido del olfato, el mundo le parecía... rehecho.

Cuando descendió del torreón, el olor a caballo que venía de los establos era abrumador y el olor a ternera recién asada en el patio exterior al torreón del Duque le hizo la boca agua.

Aun así, fueron las personas quienes la fascinaron. Dejó a los cachorros con el mediador y bajó al patio, donde las fogatas parpadeaban ardientes apenas media hora antes. Gaborn se aseguró de que las apagaran antes de hablar al descubierto sobre la lucha contra Raj Ahten.

Entonces Myrrima caminó en la oscuridad entre los guerreros, muchos de los cuales estaban sentados en el suelo con las piernas cruzadas y comían o estaban tumbados sobre mantas.

Cada guerrero poseía una fascinante mezcla de olores: las armaduras de metal engrasado, el oleoso aroma de la lana, la mezcla de tierra y caballos, manchas de comida y especias, jabón y sangre, el aroma de la grasa natural de los hombres y la orina.

Percibía cada olor cien veces mejor que antes. Muchos de ellos eran totalmente nuevos y ajenos a ella, olores que eran demasiado sutiles para ser reconocidos por el olfato humano: el olor de la hierba que había rozado los pies de los hombres o el de los botones de marfil, el tinte de la ropa o las correas de cuero. Descubrió que el cabello oscuro olía diferente al más claro y que podía oler en la piel de un hombre lo que había comido ese día. Miles de olores nuevos y sutiles listos para saborear. De algún modo, los hombres del patio le resultaron algo más atractivos que antes.

*Ya soy un señor de los lobos, pensó. Camino entre los hombres y nadie nota el cambio; pero antes estaba ciega y ahora puedo ver. Estaba ciega, como todos los que me rodean.*

Con poco esfuerzo, aprendería a oler a los que la rodeaban y podría cazar a un hombre por su olor o reconocer a alguien en la oscuridad. Saber eso le produjo una sensación salvaje y embriagadora de poder, la hizo sentirse algo menos vulnerable ante la idea de entrar en guerra.

Sola en la oscuridad, Myrrima subió al adarve por una de las torres del torreón del Duque y contempló la llanura.

Deseaba desesperadamente compartir con alguien aquella maravillosa sensación, y se puso a pensar en Borenson, de camino a su misión en el lejano sur.

Temía por él, estaba tan lejos. Allí abajo, en el patio, algunos de los guerreros con mucha resistencia, a quienes no les hacía falta dormir, o que quizás estaban demasiado agitados para dormir, comenzaron a cantar himnos de guerra en los que

prometían abatir al enemigo y darle a probar a la tierra algo de sangre.

La noche era fría. Myrrima anhelaba los brazos de Borenson en torno a su cuerpo. Posó la mano derecha encima del vientre y olfateó el aire de la noche, esperó a que saliera la luna.

## Capítulo 32



### *Reunión de cuervos.*

**R**oland subía penosamente la escalera de caracol de una oscura atalaya donde la niebla era tan espesa que parecía haber apagado una antorcha sí y otra no. A Roland se le antojó que llevaba horas entre las murallas de Carris, en busca de la torre cincuenta y uno y la cincuenta y dos, sumergido en aquella neblina.

Le había llevado más de una hora encontrar el arsenal, únicamente para descubrir que con los miles de hombres que habían llegado antes que él, no quedaba cota de malla alguna de su tamaño, ni siquiera una vieja coraza de cuero endurecido. Todo lo que obtuvo por la molestia fueron un pequeño escudo de jinete con un canto afilado y una estúpida gorra de cuero.

Las murallas de Carris se elevaban doce pisos al nivel de la llanura. El castillo era una antigua y enorme fortaleza. En otros tiempos, un duque de aquellos lares se había prometido a una princesa de Muttaya; pero, cuando la mujer intentó cruzar un tramo especialmente peligroso del desfiladero de la Paloma, la mula que montaba perdió el equilibrio y la mujer se despeñó hacia la muerte.

El rey de Muttaya era un soberano anciano y, por supuesto, hizo lo que dictaba la costumbre. Después de guardar un año de luto, como estaba mandado, envió a una de las hermanas menores de la princesa para que ocupara su lugar.

Mientras tanto, el duque se había encaprichado de una dama de ojos oscuros de Seward y se casó con ella antes incluso de que la suplente cruzara las montañas. Cuando llegó la princesa muttayina, el duque la envió a casa.

Algunos de los consejeros del duque afirmaron más tarde que este no supo que habían enviado a una novia suplente y que únicamente había errado por desconocimiento de las usanzas de Muttaya. Aunque la mayoría de los historiadores de la Facultad del Conocimiento estaban convencidos de que el duque fingió ignorancia a fin de aplacar la ira de su nueva esposa.

Los kaif afirmaban que, según ley antigua, un hombre declarado culpable de robo tenía dos opciones: podía restituir tres veces más de lo usurpado, o perder la mano

derecha.

De este modo, el rey de Muttaya envió a tres kaif y a su hija de piel morena de regreso por las montañas y le dio dos opciones al duque. Le ofreció la oportunidad de tomar a la princesa como segunda esposa, y luego repudiar a la dama de Seward, y así poder elevar a la princesa muttayina a la categoría de primera esposa, de modo legítimo; cosa que, en opinión del rey, hubiera subsanado completamente la situación y parecía la única solución viable.

O que el duque devolviera una cantidad equivalente a tres veces la dote, lo cual supondría una disculpa, o enviar a Muttaya la propia mano derecha como admisión de culpabilidad.

Así pues, todo este dilema que se presentaba ante el duque era bastante serio. Ningún lord de Rofehavan se atrevería a contraer esponsales con dos mujeres o rechazar a una esposa en estado avanzado de gestación. Ni tampoco el duque poseía dinero suficiente para pagar la dote tres veces. Sin embargo, esa misma tarde, se dio la casualidad de que uno de los centinelas del duque había perdido la mano derecha en un duelo.

Con el objetivo de calmar los ánimos de los kaif, el duque convocó al torturador en sus aposentos y fingió un acto de mutilación. Se envolvió el brazo derecho con una venda ensangrentada como si se hubiera cortado la mano y, poniendo su sello en el dedo de la mano cortada del centinela, hizo entrega de esta a los kaif.

Tal proeza asombró y entristeció a los kaif, puesto que estaban convencidos de que el duque sin duda se iba a casar con la hermosa y joven princesa o, al menos, pagar la dote por triplicado. En vez de eso, regresaron a Muttaya con una mano amputada en reconocimiento por el robo perpetrado por el duque.

El ardid funcionó durante dos años. El rey de Muttaya parecía apaciguado, hasta que un mercader de Muttaya se tropezó en las Cortes de Tide con el duque a quien, sorprendentemente, le había crecido una mano nueva.

La consiguiente guerra recibió el nombre de la guerra de las damas morenas, debido a que la dama de Muttaya era de piel morena y la dama de Seward, de ojos oscuros.

Resultó una guerra encarnizada que duró trescientos años; a veces se saltaba una generación sin demasiada lucha, aunque estallaba de nuevo con la siguiente.

Los reyes de Muttaya habían invadido Mystarria una docena de veces y, a menudo, logrado imponerse allí; pero, finalmente, los plebeyos los derrocaron o los reyes de Rofehavan se unieron contra ellos.

Fue así como en Mystarria occidental se construyó un castillo tras otro y como, a continuación, eran demolidos. Algunas veces los levantaban los muttayines, otras los mystarrianos, el territorio se ganó justificadamente el apodo de las Ruinas.

Entonces llegó lord Carris, quien durante cuarenta años consiguió defender el reino contra los muttayines y amasó piedra suficiente como para construir la gran ciudad amurallada, la cual no podría ser conquistada por estos.



Lord Carris murió plácidamente mientras dormía a la edad de ciento cuatro años, una hazaña sin precedente en los tres siglos anteriores.

De esto ya habían pasado casi dos mil años y Carris seguía en pie, la mejor fortaleza entre todas las de Mystarria occidental y el eje que sostenía la zona oeste.

La ciudad amurallada abarcaba la isla del lago Donnestgree, con lo cual gran parte de la muralla no podía sortearse más que en barco. Como Muttaya era tierra de secano, los muttayines eran poco diestros como marineros. Pero, incluso por mar, no lograrían hacer nada mientras que las murallas del castillo midieran treinta y tres metros de altura, alzándose directamente sobre el agua.

La muralla de piedra estaba enlucida con yeso y cal, para que todo hombre que intentara escalarla no encontrara punto de apoyo alguno.

Desde lo alto, los vasallos podían disparar flechas a través de las saeteras o lanzar piedras a las embarcaciones, con lo cual no hacía falta que soldados de fuerza con grandes dones vigilaran las murallas de Carris. En vez de eso, los que intentaban asaltar Carris contaban con una de estas tres opciones: podían infiltrarse en el castillo e intentar asediarlo desde dentro, preparar un asedio, u optar por un ataque frontal que les permitiera el avance por las tres barbancas hasta el interior de la fortaleza.

Históricamente, el castillo solamente había sucumbido cuatro veces. Muchos otros castillos en Rofehavan poseían murallas más gruesas y más altas o con más maquinaria de artillería, pero pocos estaban ubicados tan estratégicamente.

Roland subió los doce niveles de la oscura atalaya hasta llegar al último. Allí un centinela con una llave abrió una pesada puerta de hierro que conducía a lo alto de la muralla.

Roland pensó que la niebla sería tan espesa que le llevaría horas encontrar su puesto. Aunque, al acercarse a lo alto de la muralla, descubrió que la bruma había retrocedido y pudo contemplar los últimos rayos vespertinos antes de que el sol se escondiera detrás de las cimas occidentales.

Cuando alcanzó la muralla almenada, pasó con esfuerzo entre la multitud de soldados sentados en filas de a diez a lo largo del adarve. Algunos vasallos dormían tumbados al abrigo de las cresterías, protegidos solamente con mantas finas.

Con paso lento y dificultoso, Roland caminó por la muralla, torre tras torre, hasta llegar a la torre del panadero, por la que subía el aroma de la levadura de pan. La torre era un lugar tan cálido que los hombres se habían apelotonado para dormir en lo alto aquella noche fría.

No pudiendo superar de puntillas aquel pelotón, Roland se limitó a pasar por encima de los hombres sin hacer caso de los gritos y exabruptos que le siguieron.

Al otro lado de la torre, unos campesinos elevaban buena comida, asado de cordero, barras de pan y sidra recién prensada, y la repartían entre las tropas. Conforme los hombres iban comiendo, Roland tenía que evitar chocarse con las jarras y meter los pies en los platos.

Roland continuó la apurada marcha entre aquel gentío; a su paso, cogió una barra

de pan y la rebanó por la mitad, después le añadió algo de cordero, como si el pan le sirviera de plato. Allí arriba soplaban un viento fresco y las gaviotas, suspendidas en las corrientes por encima de Roland, miraban hambrientas su comida. Deseó no haber cedido la gruesa capa de oso a la mujer verde. Se preguntó dónde estaría entonces, si Averan saldría bien parada aquella noche.

En la muralla sur encontró su puesto y allí localizó al barón Poll con mucha facilidad. Como Carris se asentaba sobre un lago y aquella muralla en particular daba al agua, entre aquellas dos torres no se había erigido valla alguna para proteger el castillo de ataques. El grueso barón se encontraba subido en lo alto de una de las crestas, sentado con las piernas colgando hacia el agua, como si fuera una gárgola apesadumbrada.

Roland nunca se habría atrevido a colgar de la muralla de aquella manera, pues tenía tanto vértigo que simplemente observar a su amigo sentado en aquella posición tan peligrosa le produjo taquicardia.

Las volutas de niebla rozaban los pies del barón Poll. Los cuervos y las palomas revoloteaban por doquier entre las capas superiores de la niebla.

Al acercarse Roland, el barón lo distinguió por el rabillo del ojo y el porte de este pareció animarse. Sonrió jubiloso.

—¡Ah, Roland, amigo mío, a pesar de todo, has logrado llegar con vida! Ya pensaba que a estas horas los hombres de Raj Ahten estarían utilizando tu cráneo de jarra.

—Imposible —dijo Roland con una sonrisa de oreja a oreja—. Casi me dan alcance, pero cuando se fijaron en que mi cerebro es del tamaño de una avellana, imaginaron que el cráneo no serviría de jarra. Huyeron y me dejaron solo en el bosque mientras te buscaban a ti.

—Entonces, ¿dónde has estado todo el día? —preguntó el barón con asombro.

—Ahí abajo, deambulando entre la niebla —respondió Roland.

El barón dirigió la mirada a la neblina que se retorció bajo los dedos de sus pies y escupió por encima de la muralla del castillo.

—Sí, no se ve uno ni para orinar en la niebla. Yo encontré el castillo sin problemas, pero, claro, he pasado aquí media vida y conocía el camino.

Roland, de pie junto al barón, observaba a los pájaros.

—De modo que aquí estamos, en la cumbre con los pájaros. Parece como si no se atrevieran a buscar un lugar donde posarse.

—Cuervos —dijo el barón Poll con ojos inteligentes.

Había acertado. Los cuervos sabían dónde encontrar comida e intuían que se avecinaba una batalla.

El barón Poll miró por encima del hombro hacia una de las torres en el torreón central, más alta que cualquier otra salvo el torreón del Rey, la torre del pterodáctilo donde decenas de buitres pasaban la noche.

Roland paseó la mirada por encima del manto de niebla: se preguntaba cómo a

aquella altura podía hacerse tan espesa. Dejó el pequeño escudo sobre una almena, como si de una enorme fuente honda se tratara, y dentro colocó la jarra y el pan con carne, y comenzó a comer. Se sentía culpable al dar cuenta de tan magnífica vianda mientras Averan se había quejado de hambre aquella mañana. Seguramente, la niña volvería a pasar hambre esa misma noche. Roland había tenido retortijones mientras caminaba entre la niebla; pero, de repente, recordó que había cogido algunas nueces para Averan y se había olvidado de ellas cuando huía de los soldados de Raj Ahten. Se metió la mano en el bolsillo y las echó en el plato de comida.

Clavó los ojos en el paisaje que se iba ensombreciendo. Aún se distinguían tres nubes azulinas en las praderas, que se habían acercado a Carris y que ya se encontraban a nueve kilómetros de distancia.

—¿Qué nuevas hay? —preguntó Roland al barón.

—Poca cosa, mucha especulación —respondió el barón Poll—. Los bancos de niebla ahí fuera han estado desplazándose todo el día sin parar, como centinelas haciendo la ronda, salvo que a veces se acercan hasta nuestra guarida y luego retroceden. Creo que los soldados se mueven constantemente por si acaso lord Paldane decide atacar.

—Pues si se han acercado tanto, ¿no es posible que oculten solamente a tejedores de llamas y que las tropas de Raj Ahten estén a unos cien metros del castillo?

—Es probable —dijo el barón—. Hace menos de una hora que oí ladridos de perro entre la bruma. Sospecho que se trata de los canes de guerra de Raj Ahten. Si oyes que alguien escala la muralla del castillo, gruñendo y jadeando, sería prudente tirarles una roca. Pero creo que las murallas son tan resbaladizas que ni los Invencibles de Raj Ahten se arriesgarían a la escalada.

Roland farfulló algo y, durante un rato, no hizo más que comer. Arrancaba pedazos de cordero y salsa del pan; reservó la sidra para el final.

—¿Es cierto lo de la torre Azul? —preguntó Roland.

El barón asintió con la cabeza, sombrío.

—Es cierto. Ni uno de cada diez caballeros entre estas murallas vale ya nada.

—¿Y tú?

—¿Yo? Mis consagrados están bien ocultos —dijo el barón—. Todavía puedo desayunar rocas y cagar arena una semana después.

*Eso es algo tranquilizador*, pensó Roland. Aunque el barón no contara con un don de metabolismo y, por tanto, no pudiera estar a la altura de la velocidad de un Invencible en la lucha, poseía la fuerza física y la agilidad de un guerrero. Era mejor estar junto a medio guerrero que junto a un don nadie.

—¿Qué defendemos, pues? —inquirió Roland bajando los ojos hacia la niebla.

No concebía que alguien tuviera que estar allí sentado en lo alto de aquella muralla. Nadie podía escalar la superficie enlucida de la misma. Tres ranas, quizás, pero no un hombre.

—No mucho —dijo el barón—. Los muelles se encuentran al otro lado del

castillo, al norte, y quizás los hombres de Raj Ahten intenten una incursión por ahí. Aquí no hay nada para nosotros, empero.

Roland, con precaución, se sentó junto al barón un rato, en silencio. Un viento gélido comenzó a soplar del este y, al hacerlo, se llevó la niebla mágica en torno al castillo, quedando atenuada por el flanco oeste, esparcida entre los pliegues de las tierras bajas como si fueran dedos que buscaran algo entre los campos.

Ese mismo viento comenzó a arrastrar la niebla azul de los ejércitos de los Invencibles y, ante los primeros indicios de tropas de Raj Ahten, algunos de los hombres en las murallas se pusieron a parlotear animadamente.

Un par de gigantes frowth, cuyos hombros estaban a siete metros del suelo, caminaban al frente del banco de niebla y portaban enormes escudos de latón.

A una distancia de kilómetros, Roland no los distinguía bien, obviamente. Hasta un gigante no parecía más que un palito a esa distancia y, aunque otros gritaban que divisaban canes de guerra e Invencibles junto a una hilera de árboles, Roland no distinguía nada si resultaba todavía más pequeño que los gigantes.

No se asemejaban en nada a un hombre, era lo mismo que comparar un gato o una vaca con un ser humano. Se trataba de criaturas de pelaje leonado y dorado, de brazos lanudos. Los enormes hocicos eran más largos que los de un caballo, tenían dientes afilados en largas hileras, y orejas pequeñas y redondas, muy pegadas a la cabeza. Una cota de malla oscura les tapaba las colas rabonas, portaban líneas de escudos en el cinturón. Cada uno de los gigantes llevaba una gran duela de hierro como arma.

A Roland se le antojaban ratas gigantes o ferrin, armados y con armaduras puestas. Con los últimos rayos de luz, los gigantes volvieron el morro y miraron hacia el castillo de Carris ansiosamente. Uno de ellos tenía la boca bien abierta. Un poco más tarde, Roland oyó su rugido en la distancia. Supuso que los gigantes tendrían hambre, que ansiaban carne humana.

Terminó de comer y se amarró el escudo a la espalda para que así lo protegiera contra el azote frío del viento. Pasada una hora, estaba lastimosamente helado.

Mientras oscurecía, distinguió unas luces rojas que brillaban en el banco de niebla, al oeste. Allí ardía un fuego, una gran fogata.

—Esa es la aldea de Emboscada, o quizás Settekim —dijo el barón algo inquieto.

Roland se preguntó por qué las tropas de Raj Ahten habrían incendiado la aldea, pero la respuesta parecía obvia a todos los demás. Era el sacrificio de los tejedores de llamas al Elemento al cual servían. A Roland no le importaba demasiado, únicamente deseaba estar algo más cerca de las llamas para poder calentarse las manos.

Conforme avanzaba la noche, las aldeas situadas al norte y al sur comenzaron a arder, al igual que los campos secos al oeste. Parecía como si los tejedores fueran a arrasarlo todo el valle.

A eso de las diez de la noche, un globo espía de color azul se elevó en el aire por la orilla este del lago Donnestgree. El globo se acercó sobrevolando el castillo; su forma oscura contrastaba con las estrellas. Los oteadores montados en el globo

volaban a unos mil metros sobre el castillo para que ningún hombre pudiera abatirlos, no importaba lo potente que fuera el arco de este. El viento los empujaba a bastante velocidad y el globo volaba en la lejanía, al oeste.

Entre las filas, los hombres preocupados no hacían más que repetir:

—Planean algo gordo. ¡Mantened los ojos abiertos!

Se rumoreaba que, en el norte, Raj Ahten había dejado a sus tejedores de llamas destruir el castillo de Longmot, que invocaron a criaturas maléficas y lanzaron llamaradas que prendieron todo el castillo y mataron a miles de hombres.

Otros aventuraron que ese plan no funcionaría en Carris, que Carris se hallaba protegida por el agua y que Longmot solamente había contado con runas terrestres talladas en la fortaleza.

A pesar de eso, la idea, mezclada con el cordero y el pan, no sentó bien al estómago de Roland.

*¿Quién sabía lo que hacían los tejedores de llamas?* Quizás quemaban la campiña a fin de preparar un encantamiento con la suficiente fuerza como para que ningún mago acuático pudiera repelerlo.

Aunque Roland montó guardia durante las horas siguientes con aquel horrible frío, no percibió nada. El fuego ardía en el campo y en las colinas en el exterior de Carris. El globo espía voló por encima de ellos dos veces más durante la noche.

Los hombres sentados en las murallas del castillo, por encima de la niebla, contaban historias o cantaban y, de algún modo, el turno de noche adoptó una aire casi festivo.

La tercera vez que pasó el globo, a las tres de la mañana, Roland estaba encorvado detrás del barón Poll, y temblaba violentamente, deseaba tener una manta porque, con los tejedores de llamas en la zona, el duque había prohibido que se hicieran hogueras en las murallas, so pena de que los tejedores volvieran las llamas contra los que las habían encendido.

El barón solamente tenía ojos para el maldito globo.

—¡Bah! —dijo a Roland—. Será mejor que duermas. Si ocurre algo, te despertaré.

Muerto de frío, Roland se tumbó con la espalda contra el muro y cerró los ojos. Hacía frío, muchísimo frío, y, de no ser por eso, hubiera dormido profundamente. Consiguió dormitar a ratos cortos, a veces lo despertaba el viento o alguien que tropezaba con él al pasar tambaleándose en la oscuridad. En una ocasión, se despertó al oír el laúd de un individuo que punteaba una interminable balada descarada, de las que gustaban los bufones.

La escuchó distraídamente, medio dormido. La canción hablaba de una disputa continua entre dos hombres de la guardia del rey y de varias vergonzosas y peligrosas bromas que se gastaban entre ellos.

Roland no prestaba mucha atención cuando la canción tocó la parte donde un joven escudero, que se había citado con una muchacha en un estanque después del

anochecer. Pero su enemigo le asigna otras tareas. Después de eso, el enemigo se dirige al lugar, aprovechando la oscuridad. Roland se despertó del todo al reconocer el nombre.

A pillar a sir Poll viene el escudero;  
y no es una perca lo que besa en el agujero donde pesca.  
Puesto que Poll se hizo con la muchacha del escudero,  
y causa sensación en el líquido Elemento,  
con ese traserillo al descubierto, uh, ah,  
la, la, la.  
¿No tiene gracia cómo se desarrolla el enredo?

Aunque Roland había espabilado del todo; de repente, cayó en la cuenta de que no había escuchado gran parte de la canción, pues en el siguiente verso, el escudero Borenson se introduce en el estanque de un salto y persigue a *sir* Poll «en vano, mientras que grazna como un pato enfurecido». El buen escudero acorralla y acuchilla al «canalla» de *sir* Poll y «su más ardiente deseo era degollarlo como a un pez». Pero la furcia del estanque logra «cuidar de él hasta restablecerlo y convertirse en su gruñona esposa». Cada estrofa de la balada terminaba con el estribillo de «uh, ah, la, la, la. ¿No tiene gracia cómo se desarrolla el enredo?».

Roland alzó la mirada hasta el barón Poll para comprobar su reacción. El pobre hombre se lo tomaba estoicamente ya que, al fin y al cabo, no podía hacer nada. Los bardos eran historiadores y las canciones sobre nobles que aún estaban vivos solamente se cantaban abiertamente con el consentimiento del rey. De modo que, tanto el hijo de Roland como el barón Poll habían disgustado al rey lo suficiente para que, como parte del castigo, las hazañas de ambos quedaran expuestas a la burla de los bardos.

En silencio Roland deseó haber estado despierto durante toda la canción. Cuando el barón Poll le hubo dicho a Roland que seguramente oiría la historia de boca de juglares, Roland no lo había tomado en serio. Habitualmente, solo los enemigos más cobardes del rey eran denigrados de aquella manera.

Pero otra idea asaltó a Roland: «¿No tiene gracia cómo se desarrolla el enredo?». Ahora que Roland había entrado a formar parte del enredo, quizás algún día los bardos cantarían algunos versos sobre él.

Roland estaba ya tan helado que se fue a la torre del panadero donde el calor de los hornos y el olor a masa de pan subían de la cocina de un modo tentador. Sin embargo, allí había demasiados hombres para poder acurrucarse cómodamente entre ellos.

Regresó junto al barón Poll, quien le dijo:

—¿No encuentras un lugar caliente donde dormir?

Roland negó con la cabeza, estaba demasiado agotado para responder.

—Te voy a enseñar cómo se hace —dijo el barón.

El barón Poll escoltó a Roland de regreso a la torre del panadero y aulló:

—¡Levantaos, gandules! ¡A vuestros puestos, perros vagos, u os arrojaré a todos al charco!

Dio unas cuantas pataditas y, en un santiamén, docenas de hombres huyeron del calor del edificio. Seguidamente, el barón Poll hizo una reverencia ante Roland, un gesto servil, como si solo fuera un ayuda de cámara ansioso por congraciarse con un noble de visita.

—Vuestra cama, señor.

Roland sonrió de oreja a oreja. El barón Poll era un embaucador. Se tumbó junto al calor de la chimenea, y aunque los dientes le castañeteaban, ese sitio le pareció incluso demasiado caliente. El barón Poll volvió a su puesto y, al poco, algunos de los hombres regresaron sigilosamente para dormir junto a Roland.

Allí tendido esperaba poder calentarse lo suficiente y dormirse antes del alba. No obstante, media hora después, los hombres comenzaron a gritar cuando el enemigo quemó una de las ciudades al sur. Roland levantó la cabeza y vio al barón y a otros soldados escudriñando el horizonte, la luz de las llamas se reflejaba en sus ojos. Pero estaba demasiado cansado para observar el espectáculo de los tejedores de llamas y decidió que si una gran llamarada arreciara el castillo, el lugar más seguro era allí abajo, oculto tras el muro de piedra.

Unos segundos más tarde, oyó un profundo estruendo que llenó el cielo durante un minuto. Las murallas de Carris temblaron bajo sus pies y notó el balanceo de la torre. La gente gritaba aterrorizada pues Raj Ahten había destruido Longmot, Tal Rimmon y otros castillos únicamente con el poder de su voz, y todos imaginaron que era lo estaba que sucediendo en Carris en ese momento.

Aunque, según se desvanecía el estrépito y Carris aún aguantaba en pie, Roland sintió un tremendo alivio que le duró unos instantes; pues, inmediatamente, al ruido le sucedieron los gritos de los hombres en las murallas cercanas.

—¡El castillo de Trevorsworthy ha caído! ¡Ha llegado Raj Ahten!

Roland subió por la torre y escrutó el sur hacia donde todos señalaban. La ciudad ardía y las llamas se elevaban hacia el cielo.

El castillo de Trevorsworthy, seis kilómetros y medio al sur, no era igual de grande que Carris, ni mucho menos, y ni siquiera estaba vigilado, aunque Roland lo había visto durante el día sobre una colina y la fortaleza sobresalía entre la niebla como una almenara. Pero la ladera rugía como un infierno, grandes nubes de humo enturbiaban la noche y las llamas lamían la tierra.

En aquella luz Roland distinguió lo que quedaba del castillo: un montón de piedras, un par de torres desvencijadas y restos de la muralla surgían entre el polvo que se había levantado. Mientras lo contemplaba, una torre se inclinó como un borracho y se desmoronó.

Carris no había sido el foco central del ataque, sino Trevorsworthy. Roland regresó corriendo a su puesto.

—Bien —rezongó el barón Poll—, al menos nos ha avisado con tiempo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Roland.

—Que los hombres de Raj Ahten se han visto obligados a recorrer casi tres mil kilómetros en las últimas dos semanas y sabe que no puede azotarlos más —dijo el barón Poll, escupiendo por la muralla del castillo—. Por eso, quiere un lugar cómodo donde descansar unos meses y Carris es el mejor lugar que Mystarria puede ofrecerle.

—Entonces, ¿pretende tomar el castillo? —preguntó Roland.

—¡Por supuesto! Si quisiera tumbar las murallas ya lo habría hecho. Recuerda lo que digo, en una hora nos enviará las condiciones de rendición.

—¿Aceptaré Paldane? —preguntó Roland—. Dijo que al alba estaríamos peleando.

—Si no se rinde —dijo el barón Poll—, entonces escucharemos ese sonido que emite Raj Ahten. Cuando lo oigas, toma carrerilla y tírate muralla abajo, al agua, y zambúllate lo más hondo que puedas. Si la caída no te mata, si no te estrellas contra una roca ni te ahogas, entonces puede que sobrevivas.

Roland se quedó pasmado. Esperó una larga hora, hasta que, por el este, el cielo comenzó a clarear aquel frío amanecer. No llegó a ver a Raj Ahten cerca del castillo, aunque sí el fruto del trabajo de los tejedores de llamas.

Bajo la capa de niebla se alzaba un resplandor brillante, como si un incendio arrasara el suelo, pero ese resplandor se movía a un ritmo constante desde el sur, al paso de un hombre a pie. Junto con el resplandor, Roland pudo oír el chirriar de los arreos, el golpeteo de los escudos contra los petos, la tos de los hombres o los ladridos de los perros.

El ejército de Raj Ahten se desplazaba hacia Carris y las tropas de Carris los esperaban con análoga aprensión. El duque Paldane y sus consejeros subieron con mucho esfuerzo la escalera sobre la puerta del castillo; formaban un grupo variopinto. Alcanzaron lo alto del portón, para que el mismísimo Paldane pudiera ver el panorama por encima de la niebla. Este gritó:

—¡Preparaos arqueros! ¡Apuntad artillería!

Sin embargo, Raj Ahten avanzaba sin inmutarse. Cuando la gran luz alcanzó el puente elevado al oeste de Carris y se detuvo de golpe, Roland esperó expectante a que los artilleros de Paldane abrieran fuego o a que Paldane diera alguna otra orden a voces.

En vez de eso, el resplandor bajo la niebla se intensificó, como si el sol mismo ardiera un rato tapado por la bruma hasta que, finalmente, unos rayos de luz pura comenzaron a atravesar la neblina de ópalo. Roland levantó el brazo para cubrirse los ojos. La luz disipó la niebla mágica en unos cien metros a la redonda.

Allí, al otro lado del puente, estaba Raj Ahten, montado sobre su corcel de batalla imperial de color gris, con dos tejedores a su lado, en llamas, pilares de fuego vivo, desnudos salvo por las llamas que se retorcían sobre su cuerpo.

Raj Ahten vestía un sencillo yelmo de lacayo y una loriga escamada y negra bajo



un escrocón de seda dorada; tenía aspecto cansado, adusto.

Roland notó que tenía el corazón acelerado y que comenzaba a jadear. Raj Ahten era el hombre más hermoso que jamás había visto, más espléndido de lo que hubiera imaginado. Una apariencia inesperada. Roland había pensado ver a un hombre de forma monstruosa, cruel y letal. Sin embargo, Raj Ahten parecía la personificación de todo lo que Roland hubiera evocado de un noble: porte audaz e imperioso, poderoso, capaz de mostrar una gran bondad.

Únicamente tenía que abrir la boca y derribaría las murallas de Carris, como había hecho con tantas otras fortalezas en esa última semana.

*Si va a matarme, pensó Roland, mejor que lo haga ahora y así terminamos ya.*

Nadie disparó desde las murallas del castillo.

Por la espalda de Raj Ahten se aproximaba la caballería. Roland solamente distinguía las primeras filas que sobresalían entre la niebla. Dos docenas de gigantes frowth plantados como tapias humanas, con expresión denodada y preocupada. Enormes mastines negros a los pies de los gigantes, cuyo pelaje se erizaba bajo las máscaras de cuero lacadas en rojo. Los Invencibles de Raj Ahten en formación tras ellos, hombres vestidos con armaduras negras y escudos redondos de latón que reflejaban la luz de los tejedores de llamas como si fueran miles de brillantes ojos amarillos.

Durante unos segundos hubo silencio. Luego Paldane dijo en tono severo:

—Si quieres pelea, ¡acércate! Pero si esperas encontrar refugio en Carris, esperas en vano. No nos rendiremos, a ningún precio.

## Capítulo 33



### *Sueños TERRESTRES.*

Cuando Gaborn alcanzó el último peldaño que conducía a su habitación, se tambaleó en la penumbra y cayó al suelo.

Nunca en su vida se había tambaleado y desplomado, al menos no que recordara. Nacido como príncipe entre señores de las runas, de pequeño se le había otorgado un don de agilidad de un bailarín. Eso contribuía a su flexibilidad y sentido del equilibrio. Antes siempre había caído de pie, sin importar la distancia. Se le habían cedido dones de fuerza física para aumentar su vigor, de resistencia para que trabajara sin cansarse hasta la madrugada, un don de vista para que sus agudos ojos penetraran la oscuridad, uno de inteligencia para que recordara todos los peldaños torcidos de todas las fortalezas que hubiera visitado.

Rendido, se levantó y se dirigió a la habitación que Groverman le había preparado. Desde lo alto de la escalera, dio las buenas noches a Días.

Ante la puerta de Gaborn, había un muchacho acurrucado en el suelo. Gaborn se preguntó si el muchacho era el paje de Groverman, aunque no entendía por qué dormía en la puerta de su habitación. Con cuidado, Gaborn pasó por encima de él.

Sorprendido, encontró a Iome dormida en la habitación. Estaba en la cama con cinco cachorros pegados a ella. Uno de los perrillos lo miró y se puso a ladrar de forma lastimera.

En la estancia solamente había una vela encendida junto a una palangana con agua. La jofaina estaba adornada con pétalos de rosas. Sobre una silla había ropa de montar. La habitación tenía un olor agradable a ternera asada y, sobre una mesa, había una fuente de comida, como si el banquete de hacía una hora no hubiera sido suficiente. En el hogar había un fuego encendido.

Lo miró todo; cayó en la cuenta de que Jureem debía de haber estado allí. Ningún ayuda de cámara le había servido tan bien. El rechoncho sirviente siempre estaba por medio, pero raramente se le veía en persona.

Gaborn apenas había tenido tiempo de hablar con Iome esa noche. Aunque la reina le había dicho que tenía aspecto decrepito, ella también parecía agotada. Le

complacía verla dormida. Necesitaría descansar, ya que en dos horas saldrían para Fleeds.

No se molestó en quitarse la cota y la ropa sucia, sencillamente se tumbó junto a Iome.

Iome se dio la vuelta, le puso la mano en el cuello y se despertó.

—Amor mío —dijo—, ¿es hora de partir?

—Aún no. Descansa —dijo Gaborn—. Todavía podemos descansar un par de horas.

Pero Iome se espabiló del todo. Se incorporó sobre un codo y observó la cara de Gaborn. Iome tenía aspecto pálido, extenuada. Gaborn cerró los ojos.

—He oído lo de la torre Azul —dijo Iome—. No podrás descansar lo necesario en dos horas. Debes tomar algún don.

Iome hablaba con vacilación, sabía que Gaborn se resistía a aceptar dones para sí mismo.

Gaborn negó con la cabeza.

—Soy un lord vinculado por juramento —rezongó—. ¿No te hice una promesa?

No era una pregunta del todo retórica. Había perdido dos dones de inteligencia ese día y, a consecuencia de esa pérdida, había olvidado muchas cosas, recuerdos robados y lecciones olvidadas. Recordaba haber estado en la torre del castillo de Sylvarresta observando cómo las tropas de Raj Ahten tomaban posiciones en las colinas al sur de la ciudad. No obstante, el recuerdo de haber declarado el arcaico juramento de los señores vinculados le resultaba algo borroso, incompleto. No recordaba haberlo pronunciado.

Gaborn había temido hablar con Iome aquella noche. No se atrevía a admitir que no recordaba su pedida de mano, o el rostro de su propia madre, o tantas otras cosas que suponía debía de saber.

—Sí lo hiciste —dijo Iome—, y he escuchado todos tus argumentos en contra de tomar dones. Pero ha de llegar un punto... un momento en el que aceptes el don de otro hombre. Si pudiera, te cedería a mis cachorros, pero no hay tiempo para que forméis un lazo. Tu gente te necesita fuerte ahora mismo.

Gaborn la miró fijamente.

—Cariño, debes aceptar dones —dijo Iome—. No puedes renunciar a ellos del todo.

De pequeño, a Gaborn le habían enseñado que un lord que tuviera una gran resistencia podría utilizar ese atributo a fin de servir a los suyos sin descanso. Un lord que poseyera una enorme fuerza física podría luchar por su gente. Le habían enseñado que aceptar dones era algo noble, si se hacía de forma adecuada.

Pero él seguía opinando que no era lo correcto.

Le parecía un desacierto en parte porque ponía en peligro a los que cedían dones. A muchos que cedían fuerza física se les paraba el corazón, demasiado débil para latir, después del acto. Uno que cediera inteligencia se olvidaría de cómo caminar o

comer. Uno que cediera resistencia podía verse afectado por las enfermedades con mucha facilidad. Aunque ceder dones «menores» era algo completamente seguro, atributos que no pusieran en peligro la vida del donante, los de metabolismo, vista, olfato, oído o tacto.

Y en parte, porque sabía que los donantes quedaban expuestos a ataques externos. Había visto las salas ensangrentadas donde Borenson había liquidado a los consagrados de Sylvarresta.

Gaborn estaba perdido. Recordaba los diagramas hallados en el libro del emir de Tuulistan, las enseñanzas secretas de la Sala de los Sueños en la Facultad del Conocimiento.

Un hombre controlaba ciertas cosas: el cuerpo, la familia, un buen nombre. Aunque estas no se nombraran en el libro del emir, sin lugar a duda, un hombre poseía la fuerza y la inteligencia propias.

A Gaborn le parecía que usurpar los atributos de otro y no devolverlos mientras que ambos estuvieran vivos, era una irremediable violación de la esfera del prójimo. Era algo malvado, totalmente diabólico.

Aunque no se atrevía a decirlo, se encontraba más liviano, más contento entonces de lo que se había sentido en años. Por primera vez desde que tenía uso de razón para entender lo que le costaba a otro hombre cederle dones, Gaborn se sentía libre, totalmente libre de culpa. Por primera vez en su vida, era él sin más. Ciertamente, sus consagrados habían perecido ese mismo día y estaba profundamente apenado al saber que habían muerto por él, muerto por haberle prestado atributos.

A pesar de sentirse débil, frágil y cansado, ya estaba agobiado por la culpabilidad.

—Esperaba poder renunciar a los dones —dijo Gaborn—. Soy el rey de la tierra y eso debería bastar para sustentar a cualquier hombre.

—Podría bastar si estuvieras solo en el mundo; pero ¿es suficiente para nosotros? —preguntó Iome—. Cuando entres en combate, no te arriesgarás tú solo. Arriesgas el futuro de todos nosotros.

—Lo sé —dijo Gaborn.

—Los marcadores y tu gente te brindan poder. Poder para hacer el bien. Poder para hacer el mal. Si no los tomas, Raj Ahten lo hará.

—No lo quiero —dijo él.

—Debes hacerlo. La culpabilidad es el precio del trono.

Gaborn sabía que Iome tenía razón. No podía arriesgarse a entrar en combate sin dones.

—Mañana, antes de partir —dijo Iome—, voy a tomar dones de los cachorros. He estado meditándolo mucho y no voy a dejarlo ahí. El futuro se abalanza sobre nosotros y debemos salir a su encuentro. Aceptaré los suficientes dones de metabolismo para combatir.

La idea apenó a Gaborn. ¿Combatir? Si desea protegerse contra los Invencibles de Raj Ahten, necesitará al menos cinco dones. Con tantos dones, envejecerá y morirá

en diez o doce años. Tomar tantos dones era como tragarse un veneno de acción retardada.

—¡Iome! —exclamó este, incapaz de expresar su descontento.

—No me hagas dejarte atrás —dijo la reina—. ¡Ven conmigo! ¡Envejecamos juntos!

Evidentemente, esa era la respuesta. Iome no deseaba dejarlo atrás, no quería envejecer sola puesto que, quienes tomaban dones de metabolismo, tenían más difícil comunicarse con los que vivían a un ritmo corriente. La sensación de aislamiento del resto de la humanidad suponía un alto precio.

No obstante, Gaborn se maravilló ante Iome. Sabía que esta no deseaba los dones más que él; sospechaba que intentaba engatusarlo para que aceptara los dones o quizás obligarlo a ello.

—No lo hagas por mí —dijo Gaborn—. Si quieres que tome dones, lo haré. Sé que debo hacerlo. Pero tú no tienes que hacerlo. Lo haré solo.

Iome tomó su mano y se la apretó. Cerró los ojos como si durmiera.

Al otro lado de la puerta, el muchacho del pie deforme se agitaba en sueños como un perrillo inquieto, y dio una suave patada.

—¿Quién es el niño de la entrada? —preguntó Gaborn.

—Un simple muchacho —dijo Iome— que ha recorrido ciento sesenta kilómetros para venir a verte. Quiero que lo nombres elegido. Cuando lo pasaste de largo en el pasillo esta noche estaba demasiado asustado para hablarte; así que le pedí que te esperara aquí. Se me ha ocurrido que puede ayudar en los criaderos de Groverman.

—Está bien —accedió Gaborn.

—¿Sin más? ¿No vas a mirar en su corazón antes de elegirlo?

—Parece buen muchacho —dijo Gaborn, demasiado agotado para levantarse y elegir al chaval, o para seguir hablando del tema.

—Hoy salvamos a la gente del castillo de Sylvarresta —dijo Iome—. A todos, excepto a *sir* Donnor.

—Bien hecho —dijo Gaborn—. Jureem me lo ha contado todo.

—Resultó algo duro... —dijo Iome, durmiéndose.

Mientras se preparaba para dormir, Gaborn utilizó el sentido terrestre a fin de extenderse y percibir cómo les iba a los suyos.

*Sir* Borenson había llegado a las montañas Hest y parecía que acampaba o, por lo menos estaba parado de momento y, como Gaborn, no se atrevía a moverse hasta que saliera la luna. Pero este presentía que algo amenazaba a Borenson, lo había notado durante horas. El caballero iba directo hacia el peligro.

Aparte de eso, Gaborn se preguntaba por los hombres que lo acompañaban a él mismo. Durante todo el día había presentido que corrían un tremendo peligro. Parte de ese temor se disipó cuando Myrrima mató a la Gloria Caída.

Pero la muerte aún rondaba entre sus guerreros, en torno a cada uno de ellos.

Era verdad que la tierra había ordenado a Gaborn que fuera hacia el sur, que

entrara en combate; pero también era cierto que la tierra le había advertido que ordenara a sus emisarios huir de Carris.

*¿Atacar y huir?* Estaba ofuscado ante lo contradictorio de tal inspiración y comenzaba a preguntarse si la tierra le permitía atacar únicamente porque a él le apetecía o porque quizás la tierra quería algo de él que no podía nombrar. Era posible que aquellos hombres se sacrificaran por una causa que él mismo no entendía. *¿Conducía a sus hombres a la muerte?*

Es posible que no todos muriesen. Sin duda algunos lo harían en Carris, incluso la mayoría.

Y, sin embargo, la tierra lo permitía. Lléalos al frente, decía. Muchos perecerían.

A Gaborn le parecía una violación de las promesas contraídas, pues había jurado proteger a los elegidos.

Efectivamente, había permitido al joven Agunter Orwynne retirarse al norte porque temía por ese muchacho en particular, aunque no se atrevía a contárselo a nadie.

Al otro lado de la puerta, oyó el sonido metálico de la cota de malla y el ruido seco de las botas de hierro en la moqueta que producía un caballero que subía por la escalera. Gaborn utilizó los poderes terrestres y determinó que el hombre no le suponía una amenaza.

Como la estancia de Gaborn estaba en lo alto del torreón, este sabía que aquel individuo venía a verlo. Esperó a que el caballero llamara a la puerta. Pero, en vez de eso, oyó cómo se quedaba allí plantado un rato y luego se sentaba y suspiraba agotado mientras se apoyaba en la pared de yeso. El hombre no se atrevía a molestarlo.

Cansinamente, Gaborn se levantó, cogió la vela encendida, abrió la puerta, echó un vistazo al muchacho del pie deforme y penetró su corazón. Un buen chaval, como había supuesto. No tenía nada que ofrecer en las guerras venideras. Quizás no le sirviese de nada, no podría luchar o salvarse. Aun así, Gaborn estaba demasiado agotado emotivamente como para contener el impulso de rechazarlo, de modo que lo nombró elegido.

El hombre sentado al otro lado del vestíbulo llevaba los colores de Sylvarresta, la túnica negra con el oso de plata, y la librea indicaba que era un capitán. El hombre tenía el cabello oscuro y la mirada angustiada, la cara sin afeitar, llena de dolor y terror.

Gaborn no lo había visto antes, al menos no que recordara, lo cual sugería que el capitán podría servir a las órdenes del duque Groverman.

—Alteza —dijo, levantándose y saludando.

Gaborn habló en voz baja para no despertar a Iome.

—¿Tienes un mensaje?

—No, esto... —dijo el hombre.

Gaborn miró en el corazón del capitán con la vista terrestre. El capitán tenía

mujer e hijos a quienes amaba. Los hombres que servían a su mando eran como hermanos para él.

—Te nombro elegido —dijo Gaborn—, elegido de la tierra.

—¡No! —aulló el capitán y, cuando levantó la cabeza, las lágrimas le empañaban los ojos brunos.

—Sí —dijo Gaborn, demasiado cansado para discutir.

Muchos que eran dignos de ser elegidos no se sentían dignos de ello.

—¿No me conocéis? —insistió el tipo.

Gaborn negó con la cabeza.

—Me llamo Tempest, Cedrick Tempest —dijo—. Fui capitán de la guardia de Longmot antes de que Longmot cayera. Estaba allí cuando murió vuestro padre, cuando murieron todos.

Gaborn conocía el nombre. Pero, sin el don de inteligencia, si había visto la cara de Cedrick Tempest, se le había borrado de la mente.

—Comprendo —dijo Gaborn—. Vete a descansar, parece necesitarlo más que yo.

—Yo... —Cedrick Tempest agachó la cabeza, boquiabierto y desconcertado, sacudió la cabeza con asombro—. No soy digno, vine a confesarme, milord.

—Confíesate pues —dijo Gaborn—, si crees que debes.

—¡No soy digno de ser centinela! He traicionado a los míos.

—¿Cómo?

—Cuando Longmot fue destruida, Raj Ahten reunió a los supervivientes y ofreció... ofreció vivir a quienes te traicionaran.

—No veo traición en tu corazón —dijo Gaborn—. ¿Qué fue lo que exigía?

—Buscaba los muchos marcadores que había traído a Longmot, deseaba saber dónde estaban y cuándo fueron enviados. Ofreció salvar la vida a quien se lo dijera.

—¿Y qué le contaste? —preguntó Gaborn.

—Le conté la verdad, que vuestro padre los había enviado al sur con emisarios.

Gaborn se mojó los labios, apenas podía contener una risa lastimera.

—¿Al sur? ¿Mencionaste la torre Azul?

—No —dijo Tempest—. Le dije la verdad, que los hombres habían ido al sur, pero no sabía adónde.

Por supuesto que Raj Ahten habría asumido que los marcadores iban camino de la torre Azul. ¿A qué otro lugar enviaría un rey de Mysterria los marcadores? Si Gaborn quisiera aprovechar el uso de los marcadores, la torre Azul era la única fortaleza en todo Mysterria que podría alojar a cuarenta mil nuevos consagrados.

*¿Por qué no me di cuenta?*, se preguntó Gaborn. Raj Ahten no ha destruido la torre Azul para derrotar a Mysterria, *¡sino para humillarme!*

Gaborn rio lastimeramente al pensar que Raj Ahten había tenido miedo de él, sin saber que los marcadores estaban escondidos en una tumba de Heredon.

Cedrick Tempest levantó la cabeza con la mirada llena de cólera. No le gustaba

que ningún hombre se riera de él.

—No me traicionaste —dijo Gaborn—. Si mi padre envió algo al sur, no fueron marcadores. Mi padre contaba con que alguien hablaría sobre el paradero de los marcadores y que Raj Ahten desaparecería en pos de una infructuosa búsqueda. Al obrar como hiciste, serviste bien a mi padre.

—¿Milord? —preguntó Tempest, la cara le ardía de vergüenza.

Gaborn comprendió que debía haberlo sabido. Su padre había sido mejor estratega de lo que él jamás lograría ser. Desde que se había convertido en rey de la tierra, Gaborn dependía de los nuevos poderes para protegerse.

No obstante, su padre siempre le enseñó a utilizar el cerebro para planear tramas y ardidés y adelantarse a los acontecimientos. Pero Gaborn no lo había hecho: tendría que haber reforzado la torre Azul con cientos de hombres y le hubiera tendido una trampa a Raj Ahten.

—Dime —preguntó Gaborn—, ¿fuiste el único hombre que ofreció su vida a cambio de información que no servía de nada?

—No, milord —dijo Tempest bajando la cabeza—. Otros también lo hicieron.

Gaborn no se atrevió a decirle a Tempest la verdad, que, por haber mentido por cuenta del rey Orden, miles de hombres habían muerto y puede que cientos de miles más murieran en la guerra que se avecinaba. Ese conocimiento sería demasiada carga para cualquier persona.

—Entonces, ¿si tú no hubieras referido eso a Raj Ahten, algún otro lo hubiera hecho?

—Sí —dijo Tempest.

—¿Te has planteado lo mal que habrías servido a tu rey si te hubieras dejado matar? —preguntó Gaborn.

—La muerte hubiera sido más fácil de soportar que esta culpa —dijo Tempest, que con la mirada escrutaba el suelo.

—Sin duda —dijo Gaborn—. Pero ¿los que eligen la muerte, no eligen un camino fácil?

Tempest alzó los ojos, vacilante.

—Milord, mi esposa utilizó mi caballo de fuerza para traer a mis hijos y una carreta a Groverman. Aún tengo el caballo y la armadura y soy un lancero de destreza poco habitual. Aunque ya no tengo dones, os ruego que me permitáis marchar al sur con vos.

—No sobrevivirías más que la primera embestida —dijo Gaborn.

—Aunque así sea —gruñó Tempest.

—En penitencia por tus actos —dijo el rey—, no acepto tu muerte. Deseo tus servicios en vida. En este momento, cuento con cientos de hombres para el combate y muchos de ellos no regresarán, necesito guerreros. Te ruego que te quedes aquí en Groverman con tu mujer e hijos y que los protejas. Además, te ordeno que comiences a entrenar soldados, necesito unos mil lanceros buenos.



—¿Mil? —repitió Tempest.

—Más, si puedes obtenerlos —dijo Gaborn.

Era una petición demasiado exigente. Normalmente, un caballero podía elegir entre dos o tres escuderos a quienes entrenar durante toda su vida.

—Notificaré a Groverman lo que necesito —afirmó Gaborn, apesadumbrado—. Habrá perros consagrados y marcadores para cada joven, muchacho o muchacha, que se ponga bajo tu mando. Dices ser un magnífico lancero, así que puedes enseñar el manejo de la lanza y el cuidado de los caballos. Otros pueden enseñar el manejo del martillo de armas, del arco y a cómo cuidar de las armaduras. Escoge solamente a los más inteligentes y a los más fuertes que encuentres —dijo Gaborn—, pues tienes hasta la primavera. El adiestramiento de los guerreros debe haber terminado entonces. Los reaver se nos echarán encima durante la primavera.

Gaborn no estaba seguro de por qué creía eso. Todos los indicios apuntaban a que los reaver ya estaban saliendo de sus guaridas, pero se sabía que los reaver no soportaban bien el frío, que por eso vivían en las zonas más calientes del Averno y que era en verano cuando solían hacer incursiones en la superficie. De hecho, la nieve los hacía retirarse bajo tierra, por lo que esperaba que no se desplazaran muy lejos con el frío.

—¿Seis meses? —preguntó Tempest.

No dijo que fuera imposible, aunque el tono de voz lo decía todo.

Gaborn asintió.

—Espero contar con ese tiempo.

—Comenzaré esta noche, milord —dijo Tempest.

Saludó, giró sobre los talones y se marchó por la escalera.

Gaborn se quedó allí con la vela en la mano. Se volvió para mirar a Iome a través de la puerta abierta. La cama no le había resultado cómoda, demasiado blanda o demasiado dura, o algo así. Dudaba que pudiera dormir y, en vez de ello, descubrió que deseaba pasear por el jardín del duque.

*El olor a hierbas será mejor bálsamo que el sueño, pensó.*

Gaborn se llevó la vela con objeto de alumbrarse durante el recorrido hasta la puerta trasera del torreón y por el jardín de hierbas del duque.

Apenas se veía bajo la luz de las estrellas. En un rincón del jardín había una estatua blanca de un noble sobre un caballo de batalla, con la lanza apuntando al cielo. Las ramas colgantes de los sauces rozaban la cabeza del soldado y un pequeño estanque a los pies del caballo reflejaba la luz de las estrellas. Gaborn apagó la vela.

El jardín olía a lavanda y ajedrea, a anís y albahaca, aunque no podía compararse con el maravilloso jardín de Binnesman en el castillo de Sylvarresta antes de que lo quemaran los tejedores de llamas de Raj Ahten. No obstante, Gaborn se sentía rejuvenecido en el jardín, solamente estar allí le alegraba el corazón.

Se quitó las botas y dejó que los pies tocaran el suelo frío de la noche. Era como un bálsamo que le calmaba los nervios, que lo restablecía.

Se dio cuenta de que necesitaba más, por lo que se quitó la armadura. Aún no se había desnudado del todo cuando fue consciente de lo que hacía.

Atisbó a su alrededor, sintiéndose culpable, como si temiera que alguien lo viera desnudo. Ante su asombro, en ese momento, Binnesman el mago apareció por detrás de un seto de rosas amarillas.

—Me preguntaba lo que tardaría esto —dijo Binnesman.

—¿A qué te refieres? —preguntó Gaborn.

—Ahora que sois sirviente de la tierra —dijo Binnesman—, necesitáis estar en contacto con ella igual que necesitáis respirar.

—Esto... no iba a tumbarme —dijo Gaborn.

—¿Por qué no? —preguntó Binnesman, como si se burlara de él—. ¿No os complace la tierra?

Gaborn no supo responder. Estaba algo avergonzado, aunque sabía que el hechicero tenía razón. La piel le pedía el roce de la tierra. Por eso que no había podido conciliar el sueño. Dormir simplemente no le serviría, aquel extenuante dolor necesitaba algo más para aplacarse.

—Os complacerá —dijo Binnesman—. Que la tierra os oculte. Que la tierra os sane. Que la tierra os haga suyo.

El mago golpeó el suelo con el báculo y la tierra en torno a los pies de Gaborn se abrió con un rasguño. El fértil terreno oscuro quedó al descubierto.

Gaborn alargó la mano, lo saboreó.

—Es buen terreno —dijo Binnesman—, cargado de poderes terrestres. Por eso se construyó aquí este castillo. Cuando el viejo Heredon Sylvarresta llegó a estos lares, buscó plantar sus fortalezas en lugares donde hubiera tierra fértil. Una hora de descanso aquí os repondrá mejor que muchas horas en la cama.

—¿De verdad? —preguntó Gaborn.

—Así es —dijo Binnesman—. Ahora que servís a la tierra, y la servís bien, ella os servirá a vos a su vez.

Gaborn resistió el impulso de tenderse y, en vez de eso, miró a Binnesman y observó al mago en la oscuridad. Bajo las estrellas, la cara de Binnesman brillaba ligeramente y la luz estelar le iluminaba la barba canosa.

La cara del hechicero estaba algo subida de tono. Todavía era demasiado verde, no parecía exactamente humano.

—Tengo que confesar algo —dijo Gaborn.

—Os ayudaré si puedo —dijo Binnesman.

—Yo... mentí a los hombres esta noche. Les dije que la tierra me ordenaba atacar a Raj Ahten, pero no es exactamente cierto.

—¿Y eso? —dijo Binnesman en tono suspicaz.

—La tierra me advierte de que muchos morirán si no huimos —dijo Gaborn—. Por otro lado, me permite atacar. No... no estoy seguro de lo que quiere la tierra.

Binnesman se encorvó hacia el suelo sin apretar mucho el báculo.

—Quizás... —dijo Binnesman—, quizás os engañáis.

—¿Engañarme?

—Decís que la tierra quiere que atacéis a Raj Ahten, pero ¿estáis seguro de que sois vos quien desea enfrentarse a Raj Ahten?

—Claro que quiero atacarlo —dijo Gaborn.

—Entonces, en una mano portáis el estandarte de la paz y en la otra el hacha. ¿Ofrecéis la muerte o la paz? ¿Y cómo podrá Raj Ahten fiarse de vos si no habéis tomado una decisión?

—¿Crees que debo ofrecerle la paz? Pero ¿y si la tierra ordena atacar?

—Creo —dijo Binnesman con convicción—, que debéis mirar más allá de los espejismos. Raj Ahten no es el enemigo final, se os convocó para salvar a la humanidad, no para pelear contra ella. Eso debéis tenerlo claro, antes de comprender la voluntad de la tierra. Los reaver son otro espejismo. Lucháis contra Elementos invisibles. Tanto si atacáis a Raj Ahten, a los reaver o a cualquier otro, debéis comprender que solamente son el sucedáneo de vuestro verdadero enemigo.

Gaborn negó con la cabeza.

—No lo entiendo.

—Sospecho que os quedará más claro al llegar a Carris. —Binnesman intentaba tranquilizarlo—. La tierra conoce a sus enemigos y vos poseéis el poder de la vista terrestre. Una vez que los veáis, reconoceréis a los enemigos.

Gaborn se limitó a dejar caer la cabeza, se hallaba demasiado cansado para descifrar el acertijo.

Preocupado, Binnesman lo miró y le tocó el hombro.

—Gaborn, ahora debo deciros algo. No deseo ofenderos, pero es algo que me preocupa.

—¿De qué se trata?

—Estáis decidido a acudir a la guerra —dijo Binnesman—. ¿Marcharéis al frente?

—Sí, eso creo.

—Entonces debo plantearme si entendéis vuestro papel como rey de la tierra.

—Creo que sí. Debo elegir a la simiente de la humanidad, salvarla de los tiempos aciagos que se aproximan.

—Eso es —dijo Binnesman—. Pero ¿entendéis que, no importa cuánto deseéis luchar, ese no es vuestro puesto? Os ofendería si el jefe de cuadras decidiera servirlos la comida, ¿verdad? Ni permitiríais que un paje mayor juzgara al rey. Así pues, no es el deber del rey de la tierra participar en el conflicto. Si entiendo correctamente, es vuestro deber evitar ese conflicto.

Gaborn lo sabía. Lo sabía, pero no podía soportar la idea.

—Erden Geboren luchó en guerras hace dos mil años. ¡Combatió y ganó con decisión!

—Lo hizo —dijo Binnesman—, pero lo hizo cuando ya no le quedaba más

remedio y no podía huir más. No puso a los suyos en peligro innecesariamente.

—¿Estás diciendo que no debo entrar en combate? —dijo Gaborn, todavía algo incrédulo.

—Sois el rey de la tierra y debéis escoger la simiente de la humanidad —dijo Binnesman—. Yo soy el curandero de la tierra, y debo hacer lo posible por ayudarla a recuperarse tras el inminente azote. Otro será el paladín de la tierra, vos no podéis asignaros ese título.

—¿Otro? —preguntó Gaborn—, ¿quién?

—Me refiero al wylde.

—¿El wylde? —inquirió Gaborn, dudoso.

Binnesman había sacrificado parte de su vida para invocar al wylde, una criatura paladina de la tierra. Sin embargo, aquel ser se desvaneció en el aire tras su creación. Aunque los hombres de Gaborn registraron todo Heredon, nadie había visto al wylde desde entonces.

—Sí, el wylde —dijo Binnesman—. Creé al caballero verde para que luchara en nombre de la tierra y luchará, cuando termine de crearlo. Un wylde vive con el único propósito de luchar y es un enemigo mucho más poderoso de lo que vos podríais ser jamás.

—¿Estás seguro de que aún vive? —preguntó Gaborn.

—Sí —respondió Binnesman—. Durante la última semana he estado estudiando detenidamente los libros. Está vivo y es consciente, creo. Lo más seguro es que se encuentre perdido, deambulando por los páramos. Mientras que a la tierra le reste suficiente poder de curación, el wylde no puede ser destruido con facilidad.

—Dices que no lo has acabado, pero el wylde tomó forma, ¿no es así? —preguntó Gaborn.

Había visto a la criatura adquirir cuerpo en la oscuridad, entre las ruinas de las Siete Moles Erguidas. Aunque la tierra, las piedras y los huesos que Binnesman dispuso a fin de crear el wylde se juntaron tan aprisa que Gaborn no tuvo el tiempo suficiente de observar con detenimiento antes de que la criatura se marchara.

—Posee forma —dijo Binnesman—, aunque no está terminada. Primero creé al wylde, pero aún debo desvincularlo.

—¿Eso qué significa?

Binnesman reflexionó un segundo.

—Imaginad que es un niño, un niño peligroso. El wylde acaba de formarse, pero aún es un ser ignorante y, como tal, necesita un padre. Necesita mis cuidados. Debo enseñarle lo que está bien y lo que está mal, como si fuera cualquier otro infante, debo enseñarle a luchar. Una vez haya aprendido cuanto necesita, lo desligaré, le concederé libre albedrío, para que elija cómo luchar mejor. Solamente entonces será completamente eficaz, capaz de defender a la tierra.

—¿No posee libre albedrío? —preguntó Gaborn—. Entonces, ¿es como una marioneta que espera a que la muevas? Si es así, podría estar tendida entre la maleza

en cualquier lado. ¡Puede que nunca la encontremos!

—No —dijo Binnesman—. Puede moverse, pero hasta que la desligue, deberá obedecer mis órdenes o las órdenes de quienes invoquen su verdadero nombre. Una vez liberada, ningún hombre podrá controlarla.

—¿Seguirá tus órdenes de todos modos? —preguntó Gaborn—. Eldehar creó un caballo de fuerza sobre el cual se lanzó al combate.

—No hubiera podido montarlo una vez desligado —negó Binnesman moviendo la cabeza—. No... no existen palabras para describir el proceso de liberación. El wylde se hace independiente, se convierte en sí mismo. Y únicamente puede existir mientras que se alimente de la sangre de sus enemigos. Debe luchar con o sin mí. No se le puede obligar a nada. Debe permanecer en estado salvaje de una manera difícil de entender, tan fiero e indomable como la más feroz de las manadas de lobos. El wylde no es una bestia, sino más bien un concepto formado por la tierra, un concepto para el cual no tengo palabras.

Binnesman se sentó un rato, aferrado al báculo con ambas manos. Alzó la mirada a las estrellas y, como si no hubiera recalado el asunto anterior lo suficiente, dijo:

—No debéis ir en busca de guerra. Ese no es vuestro campo. Me pregunto... si la ira os ha acicateado.

Gaborn clavó los ojos en Binnesman con una tranquila expresión de certeza.

—El deseo de la tierra no posee cólera —intentó explicar—. No deseo atacar aguijoneado por ella, sino que presiento el reclamo de la tierra como una súplica de ayuda. Ataca, me dice, ¡ataca antes de que sea demasiado tarde!

—De acuerdo —dijo Binnesman con tono apaciguador—. Os creo. Me creo que la tierra os ruega que ataquéis. Por ello, os pediré solamente una cosa, que seáis consciente del objetivo.

—Soy el rey de la tierra —prometió Gaborn—. Haré lo que ella desee.

—Bien —dijo Binnesman—. Eso es todo lo que puedo esperar. Ahora debéis descansar, milord.

Gaborn estaba rendido, totalmente derrotado. Se quitó la levita y se tumbó en el suelo, desnudo. Le pareció sorprendentemente tibio al tacto, como si hubiera guardado el calor del día.

Binnesman agitó el báculo y la tierra cubrió el cuerpo de Gaborn como una reconfortante manta.

Así yacía Gaborn, enterrado con los ojos cerrados y notando cómo se le relajaban los músculos en tensión.

Al principio, había tenido miedo, pues no sabía si podría respirar; pero, después de un minuto largo conteniendo la respiración, se fijó que no necesitaba respirar. Hasta los pulmones descansaban; estuvo allí tendido mientras el mantillo le penetraba en las orejas, le apretaba el pecho y la cara, le llenaba los diminutos huecos entre los dedos.

En unos segundos se durmió y, durante un rato, soñó que era una liebre en un camino de las afueras del castillo de Sylvarresta, que huía de un peligro desconocido y buscaba el refugio de la madriguera. La liebre pasó a toda velocidad por unas zarzas y siguió corriendo hacia el abrigo de la conejera, en la oscuridad, donde olía fuerte a pequeñas liebres.

Allí, al fondo de la madriguera, encontró a las crías, cuatro liebres que apenas habían cumplido un día.

Las mamas de la liebre adulta estaban cargadas de leche. Esta se tumbó de lado y, jadeante debido al esfuerzo, dejó a sus crías que mamaran, los cuales succionaron fuerte de los pezones para extraer la leche.

Mientras que estaba allí tumbada, resollando, oyó al mago Binnesman que hablaba junto a la entrada de la madriguera. La liebre dobló las largas orejas hacia atrás y pudo oír la conversación con claridad mientras que unos caballos golpeaban la calzada del camino, más arriba.

—La tierra nos habla a ambos, a ti y a mí.

—¿Qué dice? —Se oyó Gaborn decir a sí mismo.

—Todavía no lo sé —respondió Binnesman—, pero es así como suele comunicarse conmigo: mediante los inquietos movimientos de los conejos y ratones, mediante el cambio de trayectoria de una nube de pájaros, a través de los graznidos de los gansos. En este momento susurra al rey de la tierra también. Crecéis, Gaborn, crecen vuestros poderes.

Entonces, los caballos desaparecieron y la liebre descansó tranquilamente en la madriguera. Cerró los ojos. Las crías bebían. Pegó las orejas a la espalda y se preocupó de una pulga en la pata delantera, a la cual quería morder.

*Qué hombres más tontos, pensó la liebre, que no oyen la voz de la tierra.*

En sueños, Gaborn se deslizaba por el suelo del bosque como si fuera una serpiente. Notó las lustrosas escamas del vientre que le permitían patinar sobre el suelo como si fuera de hielo.

Agitó la larga lengua bífida en el aire, lo saboreó. Percibió el olor a pelaje y a calor más adelante: una liebre entre las hojas. Permaneció muy quieto durante unos segundos, con el sol del otoño dándole de lleno, saboreó el último cálido roce de la temporada de sol.

Prosiguió, podía oler a la liebre aunque no veía nada. Con la cabeza se abrió camino entre la hojarasca de roble hasta que descubrió un agujero, una madriguera, oscura y tentadora. Agitó la lengua y percibió el olor de las crías en la conejera.

Era de día y las liebres estarían durmiendo. Con sumo sigilo, se deslizó hasta las profundidades.

En lo alto, oyó las pisadas fuertes de caballos y al mago Binnesman que decía:

—La tierra nos habla a ambos, a ti y a mí.

Gaborn preguntó:

—¿Qué dice?

—Todavía no lo sé —respondió Binnesman—, pero es así como suele comunicarse conmigo: mediante los inquietos movimientos de los conejos y ratones, mediante el cambio de trayectoria de una nube de pájaros, a través de los graznidos de los gansos. En este momento susurra al rey de la tierra también. Crecéis, Gaborn, crecen vuestros poderes.

—Sin embargo, no puedo oírla —dijo Gaborn—, y deseo tanto oír su voz.

—Quizás si vuestras orejas fueran más largas —contestó el mago del sueño—. O quizás si las pegarais al suelo.

—Sí, sí, claro, ¡eso es lo que haré! —dijo entusiasmado Gaborn.

Gaborn estaba en el interior de la madriguera. Sacó la larga lengua bífida, percibió el rastro de las jóvenes liebres más adelante.

En sueños, Gaborn caminaba por un terreno recién arado. La tierra había sido removida recientemente y los terrones rotos con un azadón y rastrillados. La marga era honda y la tierra de buena calidad.

A Gaborn le dolían los músculos de tantas horas de trabajo, pero olía la lluvia primaveral que se acercaba y se apresuró por el campo con un plantador. Utilizando la varilla de plantar, hizo un pequeño agujero en la tierra y dejó caer dentro una semilla pesada, luego con el pie tapó el agujero.

Así trabajaba, con el sudor que le caía por la cara.

Trabajaba duro y de forma mecánica, no pensaba en nada, hasta que oyó una voz cercana:

—¡Saludos!

Se giró y miró hacia el borde del campo, donde había una tapia con jóvenes vainas de guisantes y campanillas que trepaban por ella. Al otro lado de la tapia, estaba la tierra.

Esta había tomado la forma del padre de Gaborn, la forma de un hombre. Aunque el padre de Gaborn parecía una criatura de tierra: arena y arcilla y ramitas y hojas en vez de carne y huesos.

—¡Saludos! —respondió Gaborn—. Tenía la esperanza de verte nuevamente.

—Siempre estoy aquí —dijo la tierra—. Mírate a los pies y verás que ando cerca.

Gaborn continuó trabajando, plantando las semillas que llevaba en el bolsillo de la gabardina al mismo tiempo que avanzaba.

—Así que —dijo la tierra—, hoy no puedes decidir si ser cazador o presa, liebre o serpiente.

—¿No soy ambas? —preguntó Gaborn.

—En efecto —dijo la tierra—, vida y muerte. Némesis y redentor.

Gaborn miró a su alrededor, se sentía algo inquieto. La tierra se le había aparecido antes en el jardín de Binnesman; pero mientras, Binnesman había estado presente y le había servido de traductor. La misma tierra había hablado a través del movimiento de

las rocas, el siseo de las hojas y la descarga de gases subterráneos.

Y la tierra se le apareció del mismo modo, como ser de tierra y piedras, aunque con la forma del enemigo, de Raj Ahten.

En ese momento se le aparecía como amigo, como su padre, y le hablaba con la misma sencillez con la que un hombre habla a otro, como si fueran vecinos que charlan a través de una barda.

*Un momento, debo de estar soñando*, pensó Gaborn.

A su alrededor, la tierra retumbó como cuando hay un terremoto y las hojas de los grandes robles cercanos a él silbaron agitadas por el viento.

Gaborn comprendió los sonidos de las piedras y el siseo de las hojas.

—¿Cuál es la diferencia entre la realidad y el sueño? —preguntó la tierra—. No lo entiendo. Escucha y oirás.

Gaborn miró a la imagen de su padre hecha de guijarros y comprendió. Efectivamente, la tierra se dirigía a él y no con la voz de los ratones.

—¿Cuál es tu mensaje? —inquirió Gaborn, pues creía necesitar la ayuda de la tierra desesperadamente.

Estaba tan confuso respecto a tantas cosas: ¿debería huir con su gente de Raj Ahten?, ¿debería atacar?, ¿cuál era la mejor forma de servir a la tierra?, ¿debería tomar dones de otros hombres?

—No traigo mensaje alguno —dijo la tierra—. Tú me llamaste y vine.

Gaborn no podía dar crédito. Sin duda, debía de haber algo importante que la tierra tenía que comunicarle.

—Esto... me has dado todo este poder y no sé cómo utilizarlo.

—No entiendo —dijo la tierra, confundida—. No te di poder alguno.

—Me otorgaste el don de la vista terrestre y el poder de nombrar elegidos.

La tierra lo meditó un poco.

—No, esos son mis poderes, no tuyos. Nunca te los cedí.

Gaborn estaba desconcertado.

—Pero los utilizo.

—Esos son mis poderes —dijo la tierra de nuevo—. Yo te sirvo a la vez que tú me sirves. A menos que yo te permita utilizar mis poderes, no tienes poder alguno.

Gaborn clavó los ojos en la imagen de su padre hecha de guijarros, un hombre de unos cuarenta años de apariencia distinguida, de mandíbula ancha y gran espalda.

Gaborn entornó los ojos. Ya lo entendía.

—Sí —dijo—, comprendo. No me otorgaste poder alguno, solamente me lo prestas.

La tierra pareció reflexionar sobre la palabra «prestar» largo y tendido, como si quisiera averiguar si era la apropiada. Finalmente, asintió con la cabeza.

—Sírreme y yo te serviré.

Entonces Gaborn comprendió que la palabra «prestar» no era correcta. La tierra deseaba sus servicios y, cuando Gaborn servía a la tierra, esta lo recompensaba



inmediatamente con el poder para servirla.

—Estás sembrando las simientes de la humanidad —dijo la tierra—. Una y otra vez has preguntado cómo sembrarlas todas. No entiendo eso.

—Deseo salvarlas a todas —dijo Gaborn.

—¿Ves los campos de trigo? —dijo la tierra en un murmullo—. Cien semillas caen al suelo; pero ¿germinan todas? ¿No quedará ninguna para llenar el vientre del ganado y los ratones? ¿Ninguna que se pudra al sol? ¿Quieres llenar el mundo de trigo solamente?

—No —dijo Gaborn apesadumbrado.

—Entonces, acéptalo. Vida y muerte, muerte y vida, son la misma cosa. Muchos morirán, algunos sobrevivirán. Se acerca la cosecha de almas y no tenemos poder suficiente para salvar todas las simientes de la humanidad. Solamente tendrás poder para elegir a unas cuantas.

—Lo sé —dijo Gaborn—. Pero cuantas más pueda salvar...

—Apártate de mí y yo me apartaré de ti —susurró la tierra.

—¡No quise decir eso! —dijo Gaborn—. ¡Eso no es lo que estoy haciendo!

—Las semillas que llevas en la mano —dijo la tierra—, ¿deseas plantar semillas vivas o muertas?

Gaborn miró a la imagen de guijarros que era la tierra de hito en hito y se extrañó. No había mirado las semillas, no era realmente consciente del peso o tamaño de las que llevaba en la mano.

Las sostuvo y las levantó de modo experimental. Notó cómo se movían, cómo se agitaban al tocarlas. Docenas de semillas. Aunque algunas permanecían inmóviles. Abrió la mano del todo y les echó un vistazo.

En la mano sostenía embriones, docenas de ellos, pequeños, de color rosa o marrón, como si fueran ratoncillos a medio formar, pero cuyos rasgos distinguía.

Algunos agitaban los brazos, y las piernas, diminutos, y los reconoció: ese rosa de en medio con pelusilla roja sería Borenson; el otro que estaba junto a Borenson, hermoso y moreno, era Raj Ahten.

Los retuvo en su mano, metió el plantador en la tierra, e intentó decidir qué embrión arrojar al hondo y fértil mantillo.

Cuando levantó la cabeza, esperando que la tierra le aconsejara, el sol se había puesto bruscamente. Se le había pasado la hora de plantar y Gaborn ya no veía nada.

Gaborn, a tientas y con algo de esfuerzo, salió de la zanja poco profunda. Permaneció sentado un segundo bajo la luz de las estrellas, con el corazón acelerado. Buscó a Binnesman con mirada desesperada, pero el mago no se encontraba en el jardín.

Presentía que la tierra le había advertido contra el fracaso, pero ¿qué fracaso? La tierra le permitía utilizar el poder de elegir. Poder que había aceptado con gratitud y que había usado lo mejor posible. Pero ¿elegía demasiado?, ¿elegía prudentemente?

Una semana atrás, en el jardín de Binnesman, había aceptado la tarea de escoger

qué «simientes de la humanidad» salvar.

Aunque Gaborn había estado preocupado preguntándose cómo salvar a todos los suyos de la inminente guerra.

La tierra le resultaba fría y estricta, imparcial hasta un punto de crueldad. Elige, le decía. A mí no me importa. La vida y la muerte son una cosa. Elige a unos cuantos a los que salvar y sálvalos. Esa era su misión, ni más ni menos. Sonaba fácil, aunque parecía imposible.

*¿Cómo iba a elegir? ¿Espera la tierra que deje morir a los bebés simplemente porque no pueden defenderse? ¿O a los enfermos y ancianos? ¿Debía dejar morir a un hombre bueno porque un hombre malvado sería mejor guerrero? ¿Cómo podía Gaborn elegir bien?*

He mentido a mi gente, se percató. He dicho a tantos que son elegidos, que les protegería en los nefastos tiempos que se avecinan, y realmente deseo salvarlos, pero no tengo ese poder.

La idea lo llenaba de pavor y cruda certeza. No podía salvarlos a todos y no podía protegerlos a todos. Se imaginó que tendría que elegir entre muchos: dejar morir a uno para que otros tres vivieran.

*Aunque, ¿cómo podía tomar esa decisión honradamente? ¿Cuál sería el razonamiento a seguir? ¿Podría dejar morir a Iome bajo cualquier circunstancia? Si salvarla costara la vida de mil hombres, ¿merecería la pena?*

*Incluso si malgastara así la vidas de otros, ¿Iome se lo agradecería más tarde? ¿O lo condenaría?*

*¿Qué había dicho Binnesman la mañana anterior? Que Erden Geboren no murió «a causa de las heridas del combate», sino a causa «del corazón roto».*

Gaborn podía imaginarse tal cosa. La tierra lo había elegido para ser rey de la tierra porque Gaborn era un hombre honrado. Pero ¿cómo podría él vivir honradamente si hacía lo que la tierra le pedía?

Sentado, meditó los acontecimientos del día. Optó por elegir al rey Orwynne, pero ese viejo y gordo caballero había desafiado a Gaborn, se había introducido a caballo en la vorágine oscura e intentado en vano derrotar a la Gloria Caída.

Mientras tanto, Iome y Jureem por poco pierden la vida al quedarse atrás en el castillo de Sylvarresta e intentar salvar a los que no querían huir tal y como Gaborn les había ordenado.

*Puedo elegirlos, pensó Gaborn, pero eso no quiere decir que decidan hacerme caso. Puedo intentar salvarlos, pero no significa que se salvarán a sí mismos.*

En adelante, que sea ese el primer criterio para nombrar elegidos, decidió. Salvaré a los que presten atención a mi voz e intenten salvar la piel, y me olvidaré del resto.

Gaborn miró a su alrededor, a la luz de las estrellas, hasta que localizó la armadura y la levita por allí cerca, sobre un macizo de lavanda.

Se levantó, se sacudió el polvo y se vistió. Cuando llegó a sus aposentos, Iome ya estaba preparándose para la cabalgata de la madrugada.

A pesar de aquellos sueños tan aciagos, Gaborn se sentía más restablecido que nunca.

## OCTAVO LIBRO

---

*Primera jornada del mes de Las hojas*



Un día de desconsuelo

## Capítulo 34



*Anders.*

**L**os años de preocupación habían ajado a Anders, le habían dejado la piel descolgada, al alto y enjuto Anders.

Pero, tumbado en la cama con la mirada perdida más allá del dosel que le cubría, no sentía miedo. Una profunda tranquilidad fluía por él, como refrescante agua de un manantial de montaña. El mundo estaba a punto de cambiar.

Anders salió de la cama, se quitó la ropa y se quedó así, desnudo, unos segundos. Los aposentos de este se hallaban en la torre más alta del torreón, y la puerta y las ventanas del balcón estaban abiertas de par en par. Una brisa fresca y estimulante se colaba por la habitación y movía las cortinas de verano.

La esposa de Anders alargó la mano y tanteó la almohada de este, como si lo buscara en sueños. Anders le apartó el cabello oscuro de la sien derecha y susurró:

—Duerme.

Ella se relajó inmediatamente, del todo, y se hundió en un profundo sueño.

Una fuerte ráfaga de viento agitó las cortinas, penetró en la habitación y comenzó a circundarla. Aunque el viento era invisible, su movimiento era palpable.

Anders abrió los brazos en ademán de bienvenida, notó cómo la brisa lo rodeaba y rozaba la parte inferior de los brazos, algo delicioso para los sentidos. Dejó que el viento lo empujara, lo condujera hasta el balcón del torreón donde las gárgolas manchadas de carmesí, amarillo, verde metálico y liquen, se encorvaban en las almenas y fijaban los ojos en el patio, a unos setenta metros de distancia.

El rey Anders saltó con pies ligeros sobre la almena más próxima, se tambaleó sobre ella un instante y, después, se equilibró.

Escudriñó el cielo de la noche hasta que, por supuesto, divisó tres estrellas fugaces en lo alto que se sucedieron, una detrás de otra, rápidamente.

Lo tomó como una señal de cuyo significado no estaba seguro, pero que lo tranquilizó, igual que el viento que azotaba el torreón lo confortaba.

Allí, en la parte más elevada de la ciudad, el viento era mucho más fuerte que en cualquier otro nivel inferior. Allí se desplazaba con más brío, de manera más

agradable, agitaba el vello de su cuerpo, le tensaba los pezones. Bullía en las distantes praderas allí abajo, lo zarandeaba y lo provocaba.

A aquellas horas de la noche, la ciudad a las puertas del castillo se encontraba en silencio. Esa noche las calles del barrio de los mercaderes estaban vacías.

Excitado, el rey Anders comenzó a circundar la torre, saltando con pies ligeros de una almena a otra. Algún rincón oscuro de su cerebro sabía que parecía un loco. Si alguno de los centinelas o algún ciudadano de su reino lo hubieran descubierto, a esas horas, habrían quedado estupefactos de verlo saltar entre la crestería de su torreón en la oscuridad, arriesgando la vida con cada paso.

No le importaba.

La sensación tenía su lógica: le gustaba arriesgar la vida con cada paso. Durante años había estado consumido por la preocupación; pero, en los últimos meses, había comenzado a superar todos sus miedos.

Empezó a saltar más rápidamente, a correr más deprisa. No era una proeza demasiado peligrosa para un rey con dones de fuerza física y resistencia.

Aunque, al correr, sentía el peligro, pues a menudo los pies rozaban el liquen de la roca y la superficie se hacía resbaladiza e insegura, o la potencia de las piernas lo dejaba tambaleándose al borde.

*¡Ah, lanzarme al vacío!*, pensó en esos momentos. *¡Ah, rodearme de aire!*

Ese impulso era intenso, tanto que el rey Anders no podía negarlo más.

Tomó carrerilla hacia una de las almenas, se subió a la espalda de una de las gárgolas y se tiró del torreón con todas sus fuerzas.

Caía en picado, aún corría con las piernas, los brazos extendidos como las alas de un águila, los ojos entornados por el éxtasis.

Y, entonces, reconoció el peligro que corría.

*¿Y qué?*, pensó. *¿Qué pasa con la muerte?* Aunque muriera, aquel sabor a aire, esa respiración más viva, merecían la pena.

Mientras se desplomaba, miró hacia el oeste, donde el viento que agitaba los campos viró en su dirección.

El viento se apresuraba entre las colinas, a ciento sesenta kilómetros por hora, igual a trescientos veinte, ululó por encima de los tejados de la ciudad.

El rey Anders cerró los ojos y se preparó para cumplir su sino. El estómago se le subió al pecho mientras caía.

A menos dos metros del suelo, el viento lo cogió. Se arremolinó en torno a su pecho y lo levantó. Le acarició el pelo y la piel.

Anders abrió los ojos, sonriendo implacable de oreja a oreja.

Se fijó en el torbellino. Ante sus ojos se formaba un auténtico tornado, cuyo pie no se agitaba ni se retorció. No rugía enfurecido, sino que respiraba tranquilamente como un bebé dormido.

Mientras giraba en silencio, recogía el polvo de las calles de la ciudad. Anders divisó las estrellas cerca de la parte superior de la manga del tornado, a través de la

vorágine, como si fueran ojos. Aquel monstruoso remolino sostuvo a Anders en las manos, lo encaramó bien alto.

En los últimos meses, Anders había soñado con esta posibilidad, no la esperó con ansia, pero sí como una vaga esperanza.

Anders gritó:

—¡Buen recibimiento!

Y se rio de puro placer.

## Capítulo 35



### *La comida que sacia.*

**S**alió como pudo de la poco profunda zanja. En la aldea se extendía el manto de la noche. A Averan le dolía el estómago por falta de comida, aunque algo más pernicioso la aquejaba.

Cuando tenía tres años, el rey decidió nombrarla correo aéreo, con lo cual se le otorgó un don de fuerza física, uno de resistencia y uno de inteligencia.

Siempre se había sentido fuerte e infatigable y había sido capaz de recordar bien las cosas. En ese momento, se sentía débil de cuerpo y alma, tenía la mente embotada.

Soy una plebeya, advirtió. Alguien ha matado hoy a mis consagrados.

Debía de haber sido horrible. Averan había sobrevolado la torre Azul de camino a las Cortes de Tide en muchas ocasiones. La enorme fortaleza situada en el océano siempre le pareció tan enorme, tan robusta. No podía imaginar que pudieran derribarla. Sin embargo, en su interior sabía que alguien había asaltado la torre Azul y, en aquella penumbra, se sintió triste y desamparada, más que nunca en su vida, más que cuando tuvo que dejar a Brand atrás y a los demás en el torreón de Haberd.

*Ahora, tan solo soy una niña, pensó. Una plebeya como todos los otros. Nunca más montaré un pterodáctilo.*

Su vida había concluido a los nueve años. Sin los dones, imaginaba que no tendría futuro alguno.

Deseaba tumbarse en la tierra y llorar al evocar algo que Brand solía decir: «Montar un pterodáctilo no es fácil. Si te caes, lo primero que tienes que hacer es asegurarte de que no te has roto ningún hueso. Aunque lo hayas hecho, debes volver a subirte y volar hacia un lugar seguro. Si no puedes hacer eso, jamás serás un correo aéreo».

Averan se había caído del pterodáctilo una docena de veces durante los aterrizajes y siempre se había puesto en pie. Aunque en ese momento se sentía totalmente desamparada, se limitó a morderse el labio y mirar a su alrededor.

La oscura y abandonada aldea tenía un aspecto muy distinto. Los nogales que



bordeaban el camino asemejaban a siniestros hombres viejos encorvados y a Averan le inquietó lo que pudiera ocultarse entre las sombras de los árboles. Las acogedoras casitas, con sus tejados de paja y ventanas de cuero, tenían el aspecto descarnado de tumbas a la luz de las estrellas.

La niña se levantó, el aire traía olor a humedad. Un fuerte viento azotaba el suelo. Se vistió.

La mujer verde salió de la zanja y escudriñó el cielo con nostalgia, el viento le hizo entornar los ojos.

—¿Sangre? —suplicó.

—No sé dónde puedes conseguir sangre —dijo Averan—. No puedes beber de la mía. Vamos a buscar algo de comer.

Averan le dio a la mujer verde el capote de piel de oso para que no estuviera desnuda.

Después, Averan comenzó a registrar el huerto en busca de algo comestible. Mientras se ponía de rodillas, se dijo a sí misma: *No te preocupes, si has perdido los dones, considérate afortunada; al fin y al cabo, no eres tú quien ha muerto.*

La tierra del huerto estaba suelta y este bien cuidado. Aunque quienes lo hubieran plantado lo habían arado y se habían llevado las verduras precipitadamente.

Aquel mismo día, Averan había visto algunas zanahorias y nabos pequeños que quedaban por allí; la parra que escalaba la tapia aún tenía algunas uvas. Estaba segura de que, siempre que permaneciera en la aldea, podría conseguir comida suficiente para sustentarse durante un día, más o menos. Pensaba que encontraría algunas manzanas, peras y ciruelas junto a los árboles.

Bajo las estrellas, Averan intentó localizar las hojas de las zanahorias. Mientras gateaba por el suelo, palpaba la tierra en vez de buscarlas con los ojos, puesto que conocía el tacto de las hojas ligeras como plumas. Rozó el tallo de una zanahoria, pero, sin necesidad de agarrar la raíz, sabía que sería demasiado pequeña para comérsela; raquíca y amarga.

Sin embargo, un segundo más tarde, sintió la necesidad imperiosa de coger un puñado de tierra en un lugar por donde no sobresalía roseta alguna. Al hacerlo, encontró una zanahoria hermosa y grande, oculta en el suelo. Alguien había intentado derraizarla y únicamente había conseguido arrancarle el tallo. Agitándola un poco, extrajo una zanahoria tan larga como su antebrazo. La sostuvo mientras se preguntaba cómo la había localizado.

Por otro lado, la mujer verde contemplaba temerosa el cielo. Cada vez que el viento la zarandeaba, la mujer verde profería una exclamación ahogada y se revolvía como si temiera que una mano invisible la hubiera tocado.

Averan mostró su hallazgo a la dama verde.

—Zanahoria —dijo—. Zanahoria. Sabe bastante bien, como la sangre, pero no huye cuando intentas cazarla.

La mantuvo para que la mujer verde pudiera verla en la tenue luz estelar y luego

le dio un buen mordisco. La hortaliza estaba todavía sucia, pero a Averan la tierra le supo tan dulce como la zanahoria. Se la ofreció a la mujer verde. Esta se puso en cuclillas al tiempo que masticaba, pensativa como un cachorro que acaba de descubrir su primer zapato.

Averan se tragó la recompensa rápidamente y quiso más. Cerró los ojos, avanzó a rastras por el jardín medio segundo e intentó percibir la presencia de otra zanahoria.

En un instante encontró otra con la parte superior arrancada, tan grande como la primera, y la extrajo. La mujer verde avanzó lentamente, miró la zanahoria de Averan. En una oscuridad casi total, extrajo otra que Averan no había advertido.

Claro, ella también las encuentra, advirtió Averan. Somos ya criaturas de la tierra, y la tierra sabe dónde se ocultan sus tesoros. Todos los frutos del bosque y del campo son nuestros.

Sucedía algo extraño, aunque hubiera perdido los dones había ganado otra cosa.

*No soy una cualquiera, resolvió. No cuando la sangre verde fluye por mis venas.*

Averan añadió algunas chirivías a las provisiones y después caminó bajo los árboles al lado de la casa, donde pronto «encontró» higos que habían caído entre la hierba crecida, donde otros no podían verlos. Enseguida incluyó algunos champiñones y avellanas en su dieta.

Cuando tuvo suficiente comida, condujo a la mujer verde hacia la penumbra de un edificio grande en el centro de la aldea, una especie de ayuntamiento o almacén, que quizás en invierno servía de mercado, pues se hallaba protegido del viento y la lluvia. O una casa de recitales construida con altos techos para que las voces de los cantantes pudieran resonar y llenar la estancia. Encontraron el edificio vacío y las enormes puertas estaban abiertas de par en par.

La mujer verde caminaba en silencio detrás de Averan hasta que llegaron a la puerta abierta. Eran puertas suficientemente grandes para que un par de carretas pasaran sin dificultad.

La niña echó un vistazo a hurtadillas. No veía nada, pero inmediatamente oyó los alaridos y silbidos desesperados de unos ferrin. Al poco, veinte criaturas peludas y menudas con forma de hombre salían corriendo del edificio, intentaban huir, temían que Averan fuera a matarlos. Uno de ellos pisó uno de los pies de esta y tropezó, dio una voltereta y desparramó unas cuantas semillas que llevaba en un retal. Averan podía haberlo enviado al otro lado de la calle de una patada; pero, aunque nunca le gustaron los ferrin, tampoco deseaba matar a uno de ellos.

—Si a los ferrin les gusta este lugar, entonces es un lugar seguro —dijo Averan, convencida de que así sería.

—Si a los ferrin les gusta este lugar, entonces es un lugar seguro —repitió la mujer verde.

Averan entró sigilosamente en el enorme edificio, cuyo techo estaba elaborado con vigas donde las palomas zureaban quejumbrosamente.

—Seguro que los ferrin andaban detrás de esos pájaros —dijo Averan.

En la tenue luz que entraba por la puerta al sesgo, Averan distinguió un montón de plumas en el suelo.

—Parece que ya han dado cuenta de una.

La mujer verde se acercó a las plumas y las olfateó.

—¿Sangre no?

—Yo no la bebería —asintió Averan—. Sangre, no.

La mujer puso cara lastimera. Se agachó en el suelo y comenzó a mascar una de las chirivías.

Averan se sentó junto a ella y miró a su alrededor. En realidad, no tenía ni idea de lo que hacer de su vida o adónde ir. Solamente sabía que quería dirigirse al norte.

Cerró los ojos y se imaginó los mapas grandes en el nido del pterodáctilo, allá en casa. En ese instante notó la presencia del rey de la tierra, como si fuera una rutilante gema verde. Pero, al presentirlo, una voz se apoderó de su garganta.

—¡El rey de la tierra se dirige al sur! ¡Ya ha recorrido un largo trecho!

Averan intentó comer algunos champiñones. Aunque estaban frescos y sabían a nueces, no la satisficieron. El estómago ansiaba otra cosa. Aparte de las sobras de una corteza de pan que el barón Panzurrón le había dado la noche anterior, llevaba dos días sin comer. Los champiñones le resultaron algo secos y sin mucha sustancia. Mordisqueó un higo, pero tampoco la satisfizo demasiado. Deseaba una comida mejor, ansiaba comerse un filete bueno y jugoso.

Averan metió la mano en la pequeña bolsa que llevaba en la cadera y sacó un peine de madera con el que empezó a quitarse la tierra del jardín del cabello. La mujer verde la observó con descarada curiosidad.

—Peine —dijo Averan, mostrándole el objeto—. Voy a peinarte el pelo, el tuyo.

—¿Mi pelo? —dijo la mujer verde.

Averan sonrió abiertamente. La mujer verde no solamente había repetido, sino que daba muestras de entender la diferencia entre «mío» y «tuyo».

—Eres lista —dijo la niña—. El maestro de bestias Brand tuvo un cuervo que hablaba, pero solamente repetía tonterías y, de todos modos, murió. No me importa lo que diga el barón Brazo de gitano, eres más inteligente que un cuervo.

—Yo ser inteligente —afirmó la mujer.

Averan intentó peinarle la melena, pero la mujer verde no hacía más que moverse, intentaba mirar el peine.

—Estate quieta —le dijo Averan, sujetándole la cabeza un segundo.

Intentó distraer a la criatura.

—Creo que debíamos ponerte nombre, ¿no crees? Yo me llamo Averan. Y el nombre de Roland es Roland, y el del barón Poll es barón Poll, aunque me guste llamarlo cosas desagradables. Todos tienen nombre. ¿Quieres tener nombre?

—¿Qué... nombre? —preguntó.

Averan dejó de peinarla. Se preguntó si la mujer verde comprendía en realidad la pregunta. Parecía imposible.

—No sé cómo llamarte —dijo Averan—. Tienes la piel verde, supongo que podría llamarte Verdecilla.

Fue la primera cosa que se le ocurrió.

De pequeña, Averan solía jugar con una niña de cinco años llamada Otoño Castaño que vivía en el torreón de Haberd. Otoño tenía un gato blanco llamado Blanquito y un perro rojo llamado Rojo. Y el cabello de Otoño era de color castaño y por eso su apellido le pegaba. Aunque a Averan le parecía que era realmente estúpido ponerle nombre a las cosas por su color.

—¿Qué te parece Oliva o Esmeralda? Conozco a una mujer llamada Esmeralda. Si entornas los ojos, puedes más o menos ver que tiene la piel verde. Aunque tu verde es mucho más bonito que el de ella.

La mujer verde escuchó cada uno de los nombres e intentó pronunciarlos, pero no parecía impresionada.

—¿Y qué tal Espinaca? —bromeó Averan.

—¿Espinaca? —repitió la mujer algo pensativa.

—Es una planta, una especie de lechuga.

La niña acabó de desenredar el cabello de la mujer verde. Esta no había gritado ni se había quejado una sola vez.

—Ya está, he terminado. No te preocupes, se nos ocurrirá un nombre que de verdad te vaya bien.

La mujer verde agarró la mano de Averan.

—¿Nombre verdadero? —preguntó esta en un curioso tono de voz, como si acabara de recordar algo—. ¿Nombre verdadero?

Averan se detuvo. Las criaturas mágicas poseían nombres verdaderos, nombres que no debían pronunciarse en público so pena de que lo oyera el enemigo.

—Sí, nombre verdadero —dijo Averan—. Mi verdadero nombre es Averan. ¿El tuyo?

La mujer verde miró hacia arriba, pero, en la penumbra, Averan no podía distinguir bien los rasgos de esta. La mujer verde recitó con tono autoritario:

—Levántate del polvo, mi campeón. Revístete de carne. ¡Te llamarás Vil Redentora, Destrucción Ecuánime!

Averan retrocedió. El tono de la mujer verde, toda su conducta, había cambiado tan radicalmente mientras hablaba que parecía una persona distinta.

Ella sabía que la mujer verde estaba repitiendo algo que había oído, lo repetía palabra por palabra. Si había dudado de que la mujer verde fuera una criatura mágica, si había supuesto por un instante que no era más que una extraña mujer de color, de algún reino lejano más allá del mar Caroll, esa duda acababa de disiparse.

Averan no quiso parecer asustada y, por eso, se acercó nuevamente y le acarició el pelo a la mujer verde. No le gustaba demasiado cómo sonaba el nombre de la mujer verde. Vil Redentora, Destrucción Ecuánime. ¿A quién tenía que redimir y a quién destruiría?

—Es un bonito nombre verdadero —aseveró Averan a la mujer verde—, aunque considero que será mejor que inventemos algo más corto. Desde ahora te llamaré Primavera. Primavera.

Averan tocaba a la mujer verde mientras decía su nombre.

Una fuerte ráfaga de viento golpeó violentamente el edificio y una de las enormes puertas giró con un chirriar de bisagras. Averan no sabía que el edificio tenía una chimenea, aunque enseguida oyó cómo el viento gemía por aquella garganta de piedra.

La mujer verde se puso de pie de un salto y chilló sin decir nada, encolerizada o aterrorizada.

—Solo es el viento —dijo Averan—. No te hará daño. Creo que se acerca una tormenta.

—¿Viento? —repitió la mujer verde—. ¿Viento?

Retrocedió hasta el fondo la sala. Averan la siguió y la encontró acurrucada en un rincón.

—Buena chica —dijo Averan con calma—. Este es buen sitio. El viento no nos encontrará aquí.

Rodeó a la mujer verde con los brazos. Aquella poderosa criatura parecía poseer músculos de hierro y, a pesar de ello, temblaba de miedo. Averan no tenía un lugar adonde ir ni nada que hacer. Abrazó a la mujer y le cantó una nana. Su madre solía cantarle nanas cuando era pequeña y Averan cantó así:

El viento sopla salvaje esta noche,  
dulce y salvaje esta noche.  
Agita los árboles,  
pero no dejes que te haga temblar las rodillas.  
Solamente es el viento, mi hija, duerme bien.

La mujer verde no se durmió. La propia Averan estaba más hambrienta que cansada. Así pues, le habló a la mujer verde hasta entrada la noche, le contó historias y le mostró los nombres de las cosas, e intentó enseñarle a hablar mientras que la tranquilizaba y la distraía.

Antes del alba, la mujer verde tapó la boca de Averan con la mano como si quisiera advertirla que guardara silencio. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron y se apoyó sobre una rodilla para olfatear el aire.

—Sangre, sí —susurró ansiosa.

El corazón de Averan comenzó a aporrearle el pecho.

*Los hombres de Raj Ahten están ahí fuera, pensó Averan. La mujer verde huele a los Invencibles.*

Averan avizoró por el edificio, una estancia enorme y vacía, sin un rincón donde esconderse, solamente proporcionaba abrigo contra el viento.

Los pilares de carga del edificio, empero, estaban hechos de roble sólido y

pesados brochales formaban un entramado con los pilares. Los brochales creaban una especie de escalera de mano que conducía a las vigas donde estaban posadas las palomas.

*Si un ferrin puede subir por aquí en la oscuridad, pensó Averan, yo también puedo.*

Se acercó a la pared y puso las manos en el brochal más próximo a ella, el cual le quedaba a la altura del pecho, y se encaramó encima. Luego siguió trepando uno tras otro. Le sorprendía lo difícil que le resultaba escalar sin el don de fuerza física. Además, era una tarea peligrosa porque unas avispa del género vespa habían construido nidos de barro en algunos de los brochales, había telarañas por doquier, y las vigas, toscamente talladas, tenían astillas.

A Averan le preocupaba que le picara una avispa, que le mordiera una araña o que se cortase la mano. Peor aún, podía resbalar y caer.

En menos de un minuto había trepado diez metros por la pared hasta alcanzar el entronque de las vigas.

Allí no llegaba la luz de las estrellas. En esa oscuridad total, se sintió segura, aunque tuviera que localizar las vigas y encaramarse sobre ellas únicamente mediante el tacto.

—Primavera —susurró la niña—, sube.

La mujer verde permaneció agazapada en el suelo, como un gato que se dispone a saltar. Si había comprendido el ruego de esta, no daba muestras de ello. Al contrario, parecía preparada para cazar y eso asustaba a Averan.

*¿Cuán fuerte es la mujer verde, se preguntó Averan, que habiendo caído miles de metros no se mató ni resultó malherida?* Aunque sí que sangró.

Si se encontraba con uno de los Invencibles de Raj Ahten, ¿tendría alguna posibilidad contra él? ¿Y si fuera un grupo de ellos?

Puede que la mujer verde fuera tan fuerte como un Invencible, pero no era un guerrero adiestrado con dones de metabolismo. Contra un adversario más veloz, podía morir en cuestión de segundos.

—¡Por favor, Primavera —susurró Averan—, ven y escóndete!

Pero Primavera seguía sin fiarse.

—¡Sangre, sí! —gruñó ferozmente.

A Averan, el hambre de la mujer verde le hacía la boca agua. Desde que hubo visto el cadáver del asesino en la pendiente la mañana anterior, había deseado saborear la sangre. En ese momento, aunque las zanahorias y las chirivías le habían llenado el estómago un poco, Averan anhelaba el cuerpo del asesino y esperaba que la mujer verde matara a alguien.

*No, eso no es lo que deseo, se dijo Averan. No quiero sangre.*

—¡Primavera, sube aquí inmediatamente! —susurró Averan.

No obstante, casi de inmediato, Averan oyó un ruido que le heló la sangre. En el exterior del edificio se produjo un siseo, un zumbido sordo más grave que el de una

serpiente de cascabel, un sonido que solamente había oído antes una vez: el ruido que hace un reaver cuando exhala aire a través de los quitinosos pliegues de la espalda. En el torreón de Haberd, Averan voló bajo por encima de los reaver y escuchó las vibraciones de miles y miles de ellos al unísono.

En ese momento, solamente percibía uno, que expulsaba aire lentamente, justo en la puerta.

*¡Debe de haberme seguido desde el torreón Haberd!*, pensó Averan desesperadamente. Después, algo más calmada, se convenció de que eso no podía ser cierto. *Hice casi todo el camino a lomos del viejo Cuello Curtido*, se dijo. *Ni siquiera los reaver hubieran podido seguirme la pista. No, se trataba de una especie de explorador.*

Averan tenía entendido que los reaver solían enviar avanzadillas de exploradores. Además sabía que los reaver preferían cazar durante las noches cálidas y bochornosas, cuando el tiempo se asemejaba a las condiciones climáticas de las guaridas reaver en el Averno. Esa noche era húmeda y fresca, no era un tiempo propicio para los reaver.

También tenía entendido que los reaver cazaban con el oído, el olfato y por el movimiento. Si se quedaba en las vigas y no hablaba ni se movía, quizás estaría a salvo.

Ansiaba poder gritar y prevenir a la mujer verde desde lo alto, pero no se atrevía ni a susurrar.

En el exterior del edificio, el reaver resoplaba. La mujer verde levantó la cabeza y gritó encantada. A continuación, dio un salto adelante y tomó carrerilla para encontrarse con el reaver.

El reaver se abalanzó por las grandes puertas abiertas.

Del suelo a los hombros, medía unos siete metros. Incluso Averan podía saltar sobre la espalda de este desde su escondite en las vigas sin hacerse daño.

La colosal cabeza coriácea era igual de grande que la superficie de una carreta y tenía filas y filas de dientes glaciales en la boca. Los reaver no tenían ojos, orejas o nariz; solamente una fila de pelillos sensores que rodeaban la parte trasera del cráneo y le colgaban como serpientes. En la cabeza tenía tatuadas runas de poder, en la frente y cerca de los curtidos labios, en caída horizontal.

Las seis largas patas del reaver eran oscuras y enjutas y relucían como la porcelana. Los enormes antebrazos terminaban en manos de tres dedos con grandes garras, cada una de las cuales se doblaba como el khivar de un asesino y eran de la misma longitud.

El reaver portaba un arma en las garras, una descomunal hoja con una empuñadura de cristal, que parecía tallada en hueso de reaver. La gruesa hoja de la espada era algo curva y tres veces más larga que un hombre.

El reaver siseó y blandió la espada en lo alto como si dibujara un gran arco, como si fuera a asestarle un golpe considerable a la mujer verde, pero la hoja se clavó en

una de las vigas a unos metros de Averan, se quedó atascada colgando por encima de la cabeza de la mujer. Gritó con regocijo y se lanzó sobre el reaver.

De forma involuntaria, Averan gritó:

—¡Primavera, detente!

Pero no se detuvo; simplemente, dibujó una runa en el aire con un par de movimientos rápidos de la mano y siguió adelante.

Cuando golpeó la mandíbula del reaver, el resultado fue asombroso: se produjo un estruendo atronador y pedacitos de hueso cristalino explotaron atravesando la carne del reaver.

Averan soltó un grito ahogado. *No hay nada capaz de hacer eso*, se dijo. Ni un martillo de armas ni una maza. Ni un soldado con veinte dones de fuerza física podría asestarle un golpe tan temible a un reaver. Sin embargo, lo había presenciado claramente a la luz de las estrellas.

El reaver siseó del dolor e intentó retroceder, pero apenas podía moverse. La mujer verde saltó sobre él y abofeteó la cara del reaver nuevamente, con idéntico resultado. El sonido del golpe resonó entre las vigas. Esta vez, el reaver se estremeció y se desplomó al suelo sin vida. Esta se encaramó sobre él, introdujo uno de los delgados brazos dentro de la cabeza coriácea del reaver y extrajo un puñado de sesos. Las heridas del reaver supuraban pus.

Se decía que los reaver no poseían olor propio, que solamente imitaban el olor de los objetos que los rodeaban.

Pero, mientras Averan seguía aferrada a las vigas y aterrorizada, cayó en la cuenta de que la mujer verde había olido al reaver. En aquella sala cerrada, el hedor de la podredumbre del reaver era insoportable y la niña ya podía olerlo, intenso y meloso. No había comido demasiado en varios días, y la comida que había probado no la había satisfecho. Se le antojó que necesitaba comerse un buen filete jugoso.

En ese momento, la boca se le hacía agua como si se tratara de un muerto de hambre ante la visión de una hogaza de pan.

Sabía lo que necesitaba, lo que ansiaba.

Averan, demasiado agitada para estarse quieta, descendió del entramado. Deseaba empaparse del terror, pues el aroma de la sangre del reaver era tan seductor que sabía que no podría resistirse; no en aquel instante, ni en adelante.

Reaver, necesitaba comer reaver; aunque, al contrario que la mujer verde, no podía matarlos por sí misma.

Se apresuró hacia el cadáver.

La mujer verde había dicho que se llamaba Vil Redentora, Destruyectora Ecuánime. Averan ya sabía que había sido creada para destruir.

Y, sutilmente, comprendió su destino algo mejor. La sangre de la mujer verde le fluía por sus venas y, de algún modo, se habían convertido en un mismo ser en cuanto a su naturaleza.

Averan no pudo resistir el impulso de subirse encima del reaver, de hundir las



manos y comer con avidez de aquella carne dulce que la esperaba, tibia y jugosa, dentro del cráneo cristalino del reaver.

—Ñam, ñam... —canturreó la mujer verde mientras comía—. Sangre, sí.

—Sangre, sí —asintió Averan atiborrándose de carne.

Conocía algunas leyendas sobre los reaver, sabía que cuando uno de ellos fallecía, los otros de su especie consumían el cuerpo del muerto, absorbiendo así toda la magia y fuerza acumuladas por el otro a fin de que los más ancianos, los que se alimentaban en su mayoría de jóvenes miembros de la especie, se convirtieran en los más terribles hechiceros y los más valerosos guerreros.

Por fin Averan había encontrado un alimento que la satisfacía, que hacía que su sangre fluyese por las venas. Incluso al saciar el hambre con la carne dulce del primer reaver que probaba, notaba que respondía a ello.

*Esto no debería suceder, se dijo Averan. La gente no se hace fuerte comiendo reaver. Lo único que hacen es ponerse enfermos si comen reaver. Yo no soy un reaver.*

No obstante, siguió hartándose y dando gracias a los poderes terrestres por aquel obsequio.

## Capítulo 36



### *Objetivos en la oscuridad.*

Cuando el centinela tocó los olifantes que llamaban a las tropas de Gaborn a formar, Myrrima se sintió inquieta. Estaba ansiosa por partir hacia Carris. La cabalgata de medianoche resultaría estimulante y le complacía el hecho de que solamente cargaría con dos cachorros en vez de cuatro.

De modo que, colocó la silla de montar a su caballo e hizo lo mismo con el de Iome. Los cachorros, mientras ella trabajaba, jugaban en el establo, correteaban y olfateaban las casillas de los caballos, se perseguían las colas.

Acababa de embridar la montura de la reina y de echarle la manta, cuando Jureem entró en el establo.

—No os molestéis —dijo con fuerte acento taifán—. Su majestad no desea montar esta noche, sino que se esperará a mañana.

—¿Al alba? —preguntó Myrrima—. Eso nos hará perder seis horas.

—Después —dijo Jureem—, al amanecer piensa comer y tomar los dones de los perrillos. No se llevará a los perros al frente y su caballo es bastante veloz para adelantarse al grueso del ejército.

Myrrima y Iome habían escogido a los cachorros a la vez. Esta tenía razón, Myrrima también tomaría dones de los dos que le quedaban al amanecer. Sería mejor hacerlo antes de viajar. Iome no podría llegar a Fleeds con cachorros en las alforjas, so pena de que todos en Rofehavan la identificaran como un señor de los lobos.

Myrrima odiaba la idea de esperar. Esperar a Iome el día anterior casi le había costado la vida. Pero no podía partir sin ella, la verdad sea dicha. La reina necesitaba una mujer que la escoltara y Iome consideraba que Myrrima era su dama de honor; aunque esta esperaba llegar a ser algo más que eso.

—Muy bien —dijo Myrrima, prometiéndose que no desperdiciaría la noche.

Por lo menos, podría coger el arco y practicar algo más con él.

Desató el arco de la funda, cogió a los cachorros bajo un brazo y puso rumbo hacia la puerta de las caballerizas justo en el instante en que entraba Gaborn.

Antes de verlo pudo olerlo, y era la emanación nauseabunda de la muerte, un

hedor que la hacía querer aullar de miedo y vomitar. Una pestilencia que parecía extenderse de una pared a otra, como un ancho espectro de desolación que andaba a tientas hacia ella. Perdió la vista y los sentidos se retrajeron.

Myrrima dejó caer el arco y los cachorros; gritó conmovida:

—¡Retroceded! ¡Retroceded!

Los cachorros gañeron aterrorizados y se refugiaron en una de las casillas vacías, donde empezaron a ladrar y a aullar quejumbrosamente.

Myrrima se encogió en el suelo, agachada en postura fetal, y se envolvió la cabeza con las manos. Todos los músculos parecían contraerse de dolor.

—¡Atrás, mi señor! —gritó—. ¡Os ruego que retrocedáis!

Aun así, Gaborn permaneció en el umbral de la puerta a unos cuarenta pasos de distancia, con expresión turbada en el semblante.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Qué he hecho? ¿Estás enferma?

—¡Por favor! —suplicó Myrrima, avizorando para descubrir por dónde escapar.

Pero aquellas caballerizas no eran cuadras corrientes. Allí se guardaban caballos de fuerza, los cuales necesitaban seguridad. El único acceso era la puerta de entrada y los guardias apostados en el rastrillo la vigilaban.

—¡Quedaos ahí! Traéis el olor a muerte con vos.

Gaborn la miró fijamente un rato y, después, sonrió.

—¿Ya eres señor de los lobos?

Myrrima asintió en silencio, el corazón le latía con fuerza, sin poder hablar. Gaborn metió la mano en el bolsillo y extrajo una hoja verde oscuro con forma de pica.

—Se trata de una hoja de apocino, nada más. La encontré en la calle.

El olor se hizo cincuenta veces más potente al sostenerla Gaborn en la mano y el terror que inspiraba en Myrrima era como un hierro de marcar candente sobre sus tripas. Gritó y volvió la cara hacia la pared, temblorosa.

—Os lo ruego, milord —suplicó—. Por favor...

Podía ver la hoja y sabía que los poderes de Gaborn como rey de la tierra amplificaban las propiedades habituales de la planta. Sabía que una sola hoja era la fuente de aquel terror horrible que la asediaba.

Aunque, ya que había aceptado el don del olfato de un perro, la lógica no le servía de nada. El indescriptible terror que el aroma infundía a la nariz de un perro no podía justificarse con argumentos racionales.

Gaborn se retiró, volvió sobre sus pasos. Tan pronto hubo salido del establo, Myrrima cogió a los cachorros que se retorcían y salió disparada por la puerta.

Distinguió a Gaborn al otro lado de la calle, donde estaba dejando aquella horrible hoja en el suelo.

—Esperaba que me ayudara a repeler a Raj Ahten y a sus asesinos —dijo—. Lo siento, no me paré a pensar cómo podía afectaros a ti o al duque Groverman.

—Me temo que os ayudará a repelerme a mí en adelante, y a vuestra esposa.

Gaborn asintió con la cabeza.

—Gracias por la advertencia. Tiraré estas ropas y me lavaré con agua de perejil para eliminar este olor de la piel. La próxima vez que nos veamos, mi presencia no te resultará tan insoportable.

—Me brindáis un gran honor, alteza —dijo Myrrima, recuperando los buenos modales.

—Todo tiene un precio —dijo Gaborn—. Que los dones te sirvan para bien.

Myrrima recogió el arco y se alejó del rey. Se recuperó lo suficiente de modo que, a los veinte minutos, había dejado de temblar. Salió a uno de los jardines en la parte trasera del gran salón del duque y allí encontró un campo de tiro con arco. Depositó a los cachorros en el suelo y les permitió que retozaran en la hierba.

Un empinado muro de contención se elevaba en dirección norte y frente a este habían colocado un par de hombres de paja. Myrrima midió ochenta pasos y examinó a los hombres de paja. Solamente poseía tres flechas de prácticas despuntadas. El resto eran afilados instrumentos de guerra.

Distraídamente, Myrrima encordó el arco que hubo comprado hacía apenas dos días. Le encantaba el tacto de aquella madera engrasada, la resistencia de esta. No era cualquier cosa endeble hecha de olmo, fresno o laburno, sino que era un arco de batalla fabricado con tejo que, según *sir* Hoswell le había garantizado a Myrrima, poseía la proporción ideal de corteza dura en el interior de la pieza y de corteza blanda en el lomo. El arco era unos quince centímetros más alto que ella misma y tensarlo era una ardua tarea.

Hacía dos días que Hoswell le había mostrado cómo cuidar del arco correctamente a fin de que la madera no se deformara debido la exposición a la humedad, o no se debilitara al dejarlo encordado demasiado tiempo. Le había explicado cómo conseguir que el lacado penetrara en la madera, frotándolo en círculo en el sentido de las agujas del reloj, primero, y en sentido contrario seguidamente. Le había enseñado la manera correcta de aplicar cera de abejas a las cuerdas de catgut.

Mientras lo encordaba, Myrrima pasó la mano por la cuerda para asegurarse de que se había secado durante el día. Temía por el arco, puesto que había caído al agua.

Todos los arcos llevaban un trozo de cuerno de vaca hueco pegado con una mezcla de brea de abedul y polvo de carbón sobre las puntas de engarce, donde se juntaban las extremidades del arco y los extremos de la cuerda. El cuerno impedía que la humedad penetrara la madera en caso de que una de las puntas tocara tierra mojada, pero *sir* Hoswell había avisado a Myrrima de que el cuerno debía secarse al fuego una o dos veces al año, y luego empaparse en aceite de linaza para que el arco pudiera protegerse contra la humedad. Asimismo debería evitar que la punta del arco descansara en el suelo. Myrrima tocó ambos cuernos y se aseguró de que estaban secos.

Una vez encordado el arco, Myrrima extrajo una de las flechas de práctica y le pasó la mano por la varilla lisa.

Todos los lores de Rofehavan utilizaban un método común para afinar una flecha en recto. Pero Hoswell le había advertido que no utilizara ninguna flecha fabricada en las últimas semanas. Los flecheros de Heredon habían estado trabajando día y noche enderezando madera recién talada, la cual tendía a doblarse. Esas flechas no volarían en línea recta y era más probable que se doblaran al chocar contra armaduras a que las penetraran.

Hoswell le había enseñado el estilo de las jaretas, las puntas de flecha alargadas que se utilizaban en el frente, y le había dicho que solamente utilizara las que tenían un lustre azul, pues esas eran las que estaban fabricadas con el acero más resistente y las que podían penetrar hasta un yelmo indhopalés. Le dijo que afilara todas las flechas de la aljaba antes del combate y que las embadurnara con brea, para que se agarraran mejor a las armaduras y las penetraran mejor.

Myrrima enflechó el arco con una de las saetas de práctica desafiladas, la tensó del todo hasta la oreja y relajó la respiración antes de soltarla. Observó la trayectoria de la flecha, algo elevada y hacia la derecha; a continuación, intentó un segundo disparo con un cambio de postura con objeto de afinar la puntería.

El segundo disparo también le quedó un tanto elevado y vencido hacia la derecha, aunque no igual de alto.

Myrrima se mordió el labio y suspiró algo exasperada. No se sentía a la altura de las circunstancias. El día anterior había disparado mucho mejor. Una pequeña porción de su fuero interno casi deseaba que Erin Connal estuviera presente para poder entrenarla.

La tercera flecha que disparó, alcanzó el hombro del hombre de paja.

Una vez lanzadas, Myrrima no divisaba dónde aterrizaban las flechas. Consiguió encontrarlas en el muro por el olor, junto con otra flecha que había perdido un tercero. Sin el don del olfato, nunca las habría encontrado en la oscuridad. La luz de las estrellas no era lo suficientemente intensa como para iluminar las plumas blancas.

Cuando regresó a su marca, oyó que las trompas de guerra tocaban a filas para que las tropas montaran. Escuchó el chirriar de las armaduras, los gritos ahogados de los hombres ordenando a las nerviosas monturas que se calmaran. La campiña estaba bañada por la luz estelar, relucía en satén. La media luna se alzaba pesadamente sobre las cimas del este.

Myrrima deseaba poder marcharse con Gaborn y los otros guerreros.

Una voz la saludó desde las sombras.

—Muy bien. Os tomáis la molestia de practicar.

Myrrima miró por encima del hombro. *Sir* Hoswell salió de la penumbra del gran salón del duque y se acercó a ella.

De repente, Myrrima se percató de que estaba a solas con él, en la oscuridad, donde nadie los vería.

—¿Qué hacéis aquí? —insistió Myrrima.

Esta alargó el brazo y saco una flecha de la aljaba, una con una buena varilla recta

y una pesada punta para atravesar las armaduras. Encovó la flecha rápidamente y tensó la cuerda del todo, dispuesta a abatir a Hoswell, si se diera el caso.

Sir Hoswell se detuvo y la escrutó seriamente, casi como si quisiera provocarla a que disparara.

—Mañana salimos para el frente y soy arquero, es lo más importante —dijo con soltura—. He venido a practicar. No sabía que estabais aquí. No os estaba siguiendo.

—¿Por qué será que no os creo? —preguntó Myrrima.

—Porque, francamente, no me he ganado vuestra confianza —dijo Hoswell—. Ni vuestro respeto, ni vuestra amistad. Me temo que nunca lo haré.

Myrrima examinó su fuero interno. El día anterior Gaborn la había prevenido mediante sus poderes cuando se encontraba en peligro. Pero, en ese momento, no sentía miedo, ni advertencia alguna.

Aunque no se fiaba de él. El corazón de Myrrima palpitaba con fuerza, observó a Hoswell con sumo cuidado. El tipo tenía dones de metabolismo y en pocos segundos podía recorrer los ochenta metros que los separaban, pero no antes de que ella soltara la flecha. Incluso con la luz de las estrellas, Myrrima distinguía que Hoswell aún tenía la cara hinchada donde Erin Connal le había golpeado.

—Marchaos de aquí —dijo Myrrima, estirando el arco y apuntado con firmeza.

Sir Hoswell levantó el arco y la aljaba en alto, la contempló con calma. Sonrió, como si la comprendiera.

—¿Verdad que es difícil matar a un hombre? —dijo—. Demostráis tener buen control. Contenéis la respiración y vuestra mano es firme. Seríais una buena asesina a sueldo.

Myrrima no dijo nada. No apreciaba los halagos de Hoswell.

—Voy a contar hasta tres —lo previno.

—Al disparar de noche —la tentó Hoswell—, el ojo cansado no juzga bien la distancia. Apuntad algo más bajo, Myrrima, o no me alcanzaréis nunca.

—¡Uno! —dijo Myrrima mientras bajaba un poco el arco.

—Así —dijo Hoswell—. En esa posición lograréis ensartarme. Ahora, practicad el disparo rápido. Si no podéis disparar quince flechas por minuto en una batalla campal, no serviréis de mucho.

—¡Dos! —dijo Myrrima con serenidad.

Hoswell leyó su mirada durante una milésima de segundo, mientras aún sostenía el arma en el aire. A Myrrima le sudaban los dedos y decidió aflojar un poco la flecha al tiempo que Hoswell le daba la espalda y se marchaba tranquilamente.

—Estamos en el mismo bando, *lady* Borenson —dijo Hoswell de espaldas a ella.

Todavía no había acelerado el ritmo y Myrrima no estaba segura de si atravesarlo o no.

—Mañana lucharemos juntos.

Myrrima no respondió. Hoswell miró por encima del hombro en su dirección.

—¡Tres! —dijo Myrrima.

Con paso vacilante, *sir* Hoswell hizo ademán de marcharse algo ofendido. Myrrima no le quitó ojo. Este dio unos veinte pasos y se detuvo, habló alto.

—Teníais razón, *lady* Borenson. Os seguí hasta aquí esta noche. Vine porque lo exige el honor, o quizás la deshonra. Vine a ofreceros mis disculpas. Hice una cosa despreciable y me arrepiento.

—Guardaos la disculpa. Lo que teméis es que se lo cuente a mi marido —dijo Myrrima—, o al rey.

*Sir* Hoswell se volvió hacia ella y levantó el arma.

—Contádselo si queréis —le dijo—. Seguramente me matarán por ello, igual que vos podéis matarme ahora con facilidad. Me pongo en vuestras manos.

La simple idea de perdonarlo le resultaba difícil. No sabía si tenía el aplomo suficiente. Antes perdonaría al mismísimo Raj Ahten.

—¿Cómo sé que puedo fiarme de vos? —dijo Myrrima.

*Sir* Hoswell se encogió ligeramente de hombros, con las armas donde Myrrima podía verlas.

—Lo que sucedió hace dos días... Nunca me había comportado así antes —dijo Hoswell—. Fue insensato, seguí un impulso, un acto de gamberrismo. Sois atractiva y os deseé con la esperanza de que me desearais también. Me equivoqué completamente. Pero puedo compensaros —dijo Hoswell, seguro de sí mismo—. Os ofrezco mi vida. Mañana, cuando vayáis al frente, lucharé junto a vos. Juro que mientras viva, seré vuestro protector.

Myrrima examinó su fuero interno. El día anterior Gaborn la había prevenido con los poderes terrestres de que se encontraba en peligro. En ese momento no oía una voz de advertencia, sino su propio y lógico miedo ante su agresor. Sospechaba que el ofrecimiento de Hoswell era sincero, pero no quería aceptar la disculpa, ni los servicios ofertados. Quizás solamente era una idea lo que lo mantenía con vida. *Si Gaborn puede perdonar a Raj Ahten, pensó, ¿no podría yo perdonar a este hombre?*

*Sir* Hoswell se alejó. Myrrima se quedó allí un largo rato hasta que el corazón dejó de latirle tan fuerte.

Cuando el sol asomaba por el cielo, Myrrima llevaba horas practicando.

## Capítulo 37



### *Después del banquete.*

**U**na vez que Averan hubo terminado de darse un atracón de sesos de reaver, la cabeza coriácea de la criatura resbalaba de sangre. Saciada, se reclinó sobre el cráneo de este, con el estómago lleno, y permaneció allí sentada mucho tiempo, embotada.

Quedaban pocas horas para el alba y Averan apenas podía mantener los ojos abiertos. Destellos fugaces de sueños la invadieron, visiones terroríficas del Averno, abrumadoramente vívidas.

Soñó con largas filas de reaver que marchaban hacia la superficie desesperadamente, en busca de algo. Un mago poderoso los conducía a donde no querían ir, ante una horrible bestia llamada Único Verdadero Maestro.

Aunque las imágenes le mostraban algo nuevo, puesto que el sueño no se revelaba a través de la vista, sino mediante fuertes olores, una sensación de temblor y el aura brillante de los campos de energía que rodeaban a todos los seres vivientes. Eran sueños fríos, fantasmales, que le mostraban la energía como ondas de luz azul, como la luz vespertina reflejada en la nieve. Todo era sobrenaturalmente nítido. Y los reaver cantaban canciones, arias elocuentes que despedían aromas demasiado sutiles para el olfato humano.

Durante un largo rato, Averan estuvo aletargada al tiempo que intentaba recordar lo que buscaba en el sueño. Entonces lo recordó: la sangre de los fieles.

Averan abrió los ojos de golpe y permaneció reclinada un momento mientras intentaba contener un grito; pues, instintivamente, sabía que no había tenido un sueño corriente. Aquellas visiones eran recuerdos, recuerdos del reaver que acababa de comerse.

Se acercaban los reaver; se acercaban y cruzarían aquel mismo pueblo.

Atiborrada de sesos de reaver, todavía embotada, Averan empezó a entrever su propia y apurada situación.

—Tenemos que largarnos de aquí —dijo Averan a la mujer verde al mismo tiempo que se subía a rastras a la cabeza del reaver—. Un mago malvado se acerca.



Quizás ya no haya tiempo.

Averan se bajó de la cabeza del reaver muerto y se preparó para la carrera hacia el norte.

Con desesperación, intentó evocar las imágenes de los sueños. Los reaver no podían abarcar grandes distancias con la vista, pues su sentido de la radiación luminosa tan solo alcanzaba a ver a medio kilómetro. Los objetos cercanos podían distinguirse con gran riqueza de detalle, pero los objetos a cientos de metros solían quedar borrosos y poco definidos.

Mientras que Averan se adelantara a los exploradores, estaría a salvo. Aunque los reaver poseían un sentido del olfato superlativo.

Y la mujer verde había matado a un portador de acero, en pos del cual pronto llegarían miles y miles de ellos. Los reaver descubrirían el rastro de Averan y les darían caza.

Averan tenía que huir, y rápido. Lo mejor sería un caballo de fuerza, que galopara a rienda suelta y recorriera una gran distancia. Pero Averan no tenía caballo.

*El rey de la tierra puede protegernos, pensó Averan.*

Cerró los ojos y consultó la ruta en su fuero interno. La llama esmeralda se acercaba, ya había recorrido casi trescientos veinte kilómetros. No obstante, el rey de la tierra aún estaba lejos, al sur de Heredon.

Al paso que este viajaba, no llegaría allí hasta el anochecer o al día siguiente. Averan no tenía tanto tiempo, ni mucho menos.

Un reaver era dos veces más alto que un caballo y había presenciado lo veloces que resultaban corriendo.

Miró al reaver muerto, inerte en la oscuridad, que emanaba un fuerte olor procedente de su trasero; una pista para los otros. El monstruo estuvo aterrorizado antes de morir, al notar cómo la mano de la mujer verde le chafaba el cráneo. Entonces pudo percibir el olor tenue del aroma a ajo que despedía el reaver.

Una hora antes, no había notado el olor; pero ahora sí, y mucho.

Averan se acercó apresuradamente al ano del monstruo. Su nariz de humana no era tan sensible como la philia de un reaver, aunque pudo apreciar la última secreción del reaver y no percibió el olor como sabor sino como si le gritara: «¡La muerte está aquí! ¡Cuidado! ¡Ten cuidado!».

La mujer verde se acercó a Averan y se puso a olfatear. Retrocedió y gritó sin decir nada, sacudiendo los brazos; pues, al igual que Averan, al haberse alimentado del cerebro del reaver, la mujer verde reaccionaba al olor del reaver como si ella misma fuera un reaver, con profundo terror.

Las nubes pasaban raudas por el cielo y, bajo la luz de las estrellas, Averan rebuscó hasta encontrar un palo largo que podía hacer de báculo e introdujo uno de los extremos en el ano del reaver, hasta que el aroma de advertencia moribunda del monstruo se pegó, gelatinoso, al bastón.

—Vamos, Primavera —dijo Averan a la mujer verde—. Vámonos.

Pero la mujer verde podía oler la muerte en el cayado de Averan y simplemente se echó atrás. Primavera buscó dónde esconderse y se tapó la cara con las manos. Averan temía que en unos segundos saliera disparada.

Averan sospechaba que si Primavera huía, los reaver la encontrarían y la matarían. Primavera había logrado abatir a un reaver, pero no le resultaría tan sencillo enfrentarse a docenas de ellos, y sin duda, nunca acabaría con un reaver brujo.

—¡Primavera! —gritó Averan.

Pero la mujer verde no hizo caso. Se giró, y agitó los brazos alocadamente mientras corría por la calle del pueblo hacia algunas de las casitas que se apiñaban como los gigante frowth, proyectando sombras por doquier.

Averan intentó captar su atención de la única forma que conocía:

—¡Vil Redentora, Destrucciona Ecuánime, sígueme!

El efecto fue asombroso, como si Primavera llevara un cordón invisible atado a la espalda. Tan pronto Averan hubo hablado la mujer verde se detuvo bruscamente, giró y miró a Averan desconcertada. Seguidamente, volvió sobre sus pasos.

—Eso es —dijo Averan—. Yo soy tu dueña. Sígueme y cállate. No queremos atraer la atención de más reaver.

Primavera puso cara de no estar conforme, pero se volvió y siguió a Averan obedientemente.

Averan echó a correr a toda velocidad por la carretera en dirección norte. La noche era fría y el viento soplaba fuerte en la senda, entre los nogales. La hojarasca revoloteaba a su paso y, en lo alto, las nubes también corrían, con olor a lluvia.

Averan pensaba que solamente lograría correr unos minutos, ya que, desde la caída de la torre Azul, se había sentido débil.

Ante su sorpresa, la tibia carne del reaver que había engullido le había proporcionado una energía inesperada. Se sentía más fuerte, aunque no lo suficiente como para romper el cráneo de un hombre de un solo golpe, nada tan extravagante como eso. No era lo mismo que recibir un don de fuerza física. Aunque se sentía más... llena de energía, más vigorizada. Aquella carne parecía actuar como un tónico curiosamente potente en el cuerpo de Averan.

Esta corrió sin descanso a toda velocidad durante una hora, más rauda de lo que podía un niño de su edad, con la mujer verde dando grandes zancadas a su lado.

Cada doscientos metros o así, Averan se volvía y restregaba el suelo con el palo y se imaginaba con júbilo que el grito de «¡La muerte está aquí!, ¡cuidado!, ¡ten cuidado!» asustaría a los portadores de acero que le siguieran el rastro al muerto. Sin él, no podrían controlar la reacción propia. Se verían obligados a estrechar filas, a adoptar una formación defensiva y a arrastrarse hacia delante a paso de caracol.

Averan se detuvo de golpe. *¿Cómo sé yo eso?*, se preguntó. No recordaba nada específico de las imágenes de los sueños, aquellos recuerdos prestados, que le explicaran cómo iban a reaccionar los reaver, cómo se verían obligados a reaccionar los portadores de acero. Sin embargo, lo sabía.

No obstante, la desconcertaban muchas cosas: ¿quién era el Único Verdadero Maestro?, ¿qué quería? Sabía que deseaba la sangre de los fieles, que era sangre humana; pero ¿para qué?

De repente, tuvo una visión, un reaver enorme, el Único Verdadero Maestro, sentado en un montón de huesos cristalinos de los que habían perecido, resplandeciente entre las llamas salvajes, ordenaba a sus inferiores que crearan runas para apropiarse de la tierra y sumirla en la desgracia.

Averan sabía que los reaver se dirigían hacia Carris, que la sangre de los fieles estaba cerca de allí.

*Pobre Roland, pensó. Espero que salga de allí rápidamente.*

Lo mejor que podía hacer para llegar hasta el rey de la tierra era internarse en las montañas, donde quizás los reaver no la seguirían. Al llegar a un cruce de caminos, tomó la senda este, un camino de mulas paralelo a un canal.

Como los reaver no veían más que medio kilómetro en cualquier dirección, podría escabullirse si se mantenía a cierta distancia.

Además, sabía que al caminar dejaba huellas de energía en el suelo, algo que los reaver percibían como un resplandor fantasmagórico. Aunque a la media hora de cruzar el campo, el resplandor desaparecería. Y la percepción de perspectiva de los reaver era bastante mala, con lo cual no detectarían sus huellas con facilidad. Así pues, tendrían que seguirla por medio del olfato solamente.

Cuando Averan era pequeña, el maestro de bestias Brand solía contarle historias sobre cómo ayudaba al duque a superar a los zorros en astucia durante la caza de estos. El duque Haberd contrataba los servicios de un cazador para atrapar a los zorros salvajes. Se ponía trementina en la espalda para que los perros de caza no perdieran el rastro del zorro. De modo que los zorros necesitaban ser astutos para sobrevivir.

Cuando los perros se acercaban, el zorro corría dando vueltas en torno a sí mismo, haciendo floreos. Así, lograba confundir tanto el rastro que los perros terminaban persiguiéndose las colas propias. Luego, el zorro encontraba un montículo bajo y se ocultaba tras un arbusto, y observaba a los perros para asegurarse de que ninguno se acercaba.

Los reaver eran algo así como los perros de caza y Averan tenía que superarlos en astucia como si fuera un zorro. Por eso, corrió por el canal en carrerilla de un lado a otro durante casi dos horas, a menudo dando vueltas.

Todavía se encontraba en las planicies al este de Carris, pero los pueblos estaban algo vacíos. Conocía el lugar por los mapas y lo había sobrevolado montada en pterodáctilo.

Al oeste había colinas y valles, después las montañas Hest. Esperaba dirigirse hacia allí, donde dudaba que los reaver la siguieran, gracias al severo frío.

Cuando juzgó que debía haber llegado cerca del final del canal, dio una vuelta por el bosque, moviéndose rápidamente en círculos, volviendo sobre sus pasos, trepando

a los árboles para perder el rastro en lo alto. Pintó cada árbol con las palabras «¡Tened cuidado!».

Empezó a lloviznar. Averan regresó al canal y saltó al agua; nadó a la otra orilla.

La mujer verde seguía a Averan fielmente, aunque algo torpe con tanta cabriola. Pero cuando Primavera saltó al canal, se hizo evidente que el plan de Averan iba mal encaminado. La mujer verde no sabía nadar. Se revolvía, agitando las piernas y chillando y cabeceando en el agua. Con desesperación miró a su alrededor, paleteando la superficie.

Averan intentó salvarla, pero sin el don de fuerza física, nadaba lenta y torpemente. Cuando por fin alcanzó a Primavera, la mujer verde se encaramó sobre Averan y la hundió.

Luchó por salir a la superficie, pero Primavera era demasiado fuerte. Averan se dio cuenta de que no podía hacer nada, que Primavera seguiría aferrada a ella. Entonces buceó desesperadamente, hasta que tocó el fondo fangoso del canal y seguidamente se dio impulso para subir.

Irrumpió en la superficie. La mujer verde se había hundido al tiempo que se revolvía. La niña recobró el aliento. La mujer dejó de chapotear, se había hundido definitivamente.

El corazón de Averan latía fuertemente.

—¡Primavera! —gritó—. ¡Primavera!

Pero la superficie del canal seguía imperturbable.

Durante unos segundos, Averan se preguntó qué debía hacer. En ese momento, Primavera salió flotando a la superficie.

Averan nadó hasta ella, la agarró por la espalda de la capa de piel de oso y tiró de aquella forma inconsciente hasta la otra orilla. La sacó la cabeza del agua y le dio la vuelta.

La mujer verde tosió y vomitó, lloró como un niño. Cuando dejó de vomitar lodo del agua del canal, Averan la ayudó a subir la orilla, miró a su alrededor en la oscuridad.

En la refriega por salvar a Primavera, Averan había perdido el cayado. A pesar de que el agua estaba tranquila, Averan calculó que la corriente las había arrastrado medio kilómetro corriente abajo. Quería el báculo para asustar a los reaver, aunque dudaba que pudiese recuperarlo en la oscuridad.

Tambaleándose, Averan se puso de pie. Se imaginó que estaban aún a unos trece kilómetros al oeste de Carris y a otros diez al sur. Deseaba regresar en dirección norte, pero estaba asustada. En las colinas al sur de Carris distinguía el resplandor de las fogatas.

El viento soplaba loco y las nubes se habían espesado tanto que Averan casi no veía. La lluvia comenzó a caer en forma de gruesas gotas. No podría recuperar el palo.

*Quizás, si tengo suerte, habrá rayos,* pensó Averan esperanzada. Todos sabían

que los reaver tenían miedo a los relámpagos, aunque nadie sabía por qué. Pero Averan se había deleitado con sesos de reaver y había descubierto los secretos de los reaver. Entonces los comprendía mejor: no es que los rayos los asustaran, sino que los cegaban y les producían dolor; para ellos, encontrarse cerca de un relámpago era como fijar la vista en el sol.

Soy la única persona en el mundo que sabe esto, cayó en la cuenta. De alguna forma, había hecho algo que nadie había hecho antes, había comido sesos de reaver y obtenido sus recuerdos, como si ella fuera una reaver.

Desgraciadamente, aunque llovía, no había señales de tormenta.

Agotada tras horas de carrera, Averan trotó despacio en dirección oeste durante una hora, la mujer verde comenzó a rezagarse. Una hora antes del amanecer, oyó un extraño sonido en la distancia en dirección a Carris, un extraño gemido que hizo temblar la tierra. Un poco más tarde, los pájaros del prado comenzaban a piar al despertarse. Le resultó curioso que los pájaros pudieran gorjear tan alegremente en un día tan deprimente como aquel.

Antes del alba, Averan encontró una colina arbolada al norte del camino y decidió asumir el papel del zorro.

Se agazapó entre chaparras de robles y altos helechos, al abrigo de un gran pino. Esperaría a que amaneciera. Desde aquella posición, imaginó que podría divisar a los reaver gigantes a una distancia de kilómetros, si los monstruos no le perdían la pista.

Primavera se tumbó junto a Averan, envuelta en la capa de piel de oso. Averan levantó la capa de Primavera y se metió debajo. El capote estaba húmedo, pero Averan se tendió al tibio calor del pecho de la mujer verde.

## Capítulo 38



### *Un viento frío en Carris.*

**A**ntes del alba el viento había cambiado de dirección en Carris y soplaba del nordeste; hacía un frío glacial. En vez de clarear, entre la niebla y las nubes bajas que se aproximaban, oscurecía cada vez más.

La fuente de luz más potente eran los tejedores de Raj Ahten, quienes estaban arropados con llamas vivas y que habían disipado la niebla al otro lado del puente. Raj Ahten estaba plantado entre aquellos pilares de luz, contemplaba a los hombres de las murallas. Los gigantes frowth, los canes de guerra y los Invencibles fruncían el ceño a su espalda.

—Si quieres pelea, ¡acércate! Pero si esperas encontrar refugio en Carris, esperas en vano. No nos rendiremos a ningún precio.

En torno a Roland, los hombres alzaron las armas, comenzaron a golpear el escudo con la espada como si fuera un brutal aplauso.

Raj Ahten estudió a Paldane y lo rechazó con una sola mirada. Seguidamente, paseó los ojos por los hombres apostados en las murallas y, al hacerlo, la mirada se desvió hacia Roland. Roland intentó sostener aquella mirada, pero no pudo. El desafío de aquellos ojos, esa expresión de confianza suprema, atravesó a Roland rápidamente y, por primera vez en su vida, se dio cuenta de lo pusilánime y patético que era realmente. Uno por uno, los hombres de las murallas dejaron de batir los escudos con las armas.

—Un sentimiento valiente —dijo Raj Ahten a Paldane.

En la distancia, en los confines de la niebla, justo antes del alba, Roland oyó de repente el sonido de los olifantes, las trompas de Indhopal que tocaban con violencia. Con ellas retumbaba el lejano redoblar de tambores, un estruendo repetitivo y ensordecedor. Uno de los gigantes detrás de Raj Ahten miró hacia el sur, mientras que los caballos de armas movían los pies con nerviosismo.

—Tocan retirada total —dijo el barón Poll extrañado junto a Roland.

En alguna parte de aquella niebla, puede que a unos ocho kilómetros de distancia, las tropas de Raj Ahten huían. ¿Se acercaban los caballeros equitativos? ¿O los

guerreros de las Cortes de Tide?

Con precipitada esperanza, alguien gritó desde la muralla:

—¡El rey de la tierra se acerca! ¡Eso los ha espantado!

Un trío de criaturas negras surgió ondeante de la niebla y pasaron agitadas junto a la oreja de Roland. Al principio, Roland las creyó murciélagos, pero eran demasiado pequeñas y se retorcían en el aire como si fueran el dolor personificado. Las reconoció como gree, seres del Averno que no solían verse en la superficie.

—¡Largaos! —gritó Paldane a Raj Ahten—. ¡No encontraréis refugio aquí! ¡Arqueros!

Raj Ahten levantó la mano hacia los arqueros, les ordenó sin hablar que no cumplieran esa orden. Mientras que algunas de las monturas se agitaban nerviosas, el caballo de armas imperial de Raj Ahten permanecía tranquilo.

—No es el rey de la tierra quien se acerca por el sur —dijo Raj Ahten en voz alta para que lo oyeran todos en la muralla.

De hecho, las palabras penetraron el subconsciente de Roland, lo atravesaron como la hoja de un puñal, y despertaron un miedo sutil.

—Tampoco vuestra salvación en forma de refuerzos. El duque Paldane sabe lo que es el estrépito del sur, sus emisarios atravesaron nuestras filas. Los reaver bullen del Averno, miles y miles de ellos. En una hora habrán llegado.

El corazón de Roland palpitaba fuertemente y tenía la boca seca como el polvo. *Reaver*, pensó con creciente horror. En mil seiscientos años los hombres y los reaver no se habían enfrentado. Roland había oído anécdotas de hombres que vivían en las fronteras de las montañas Alcair y que eran degollados por los reaver o a los que arrastraban hasta sus guaridas para comérselos más tarde.

A pesar de eso, los reaver no habían atacado en masa ninguna fortaleza en la historia reciente, hasta que arrasaran el torreón de Haberd.

Roland hubiera preferido enfrentarse a Raj Ahten dos veces que enfrentarse a una horda de reaver. Al fin y al cabo, un golpe afortunado podía derribar a un guerrero de fuerza, pero un reaver era más grande que un elefante. Un pobre plebeyo con una espada corta no le atravesaría ni la piel.

La niebla aún tapaba todo en los campos en torno a Carris. A Roland le pareció oír un fragor sibilante en la distancia, como el romper de olas contra la arena. Enseguida, las murallas del castillo temblaron.

Raj Ahten dijo:

—No contáis con soldados de fuerza para defender esta roca contra los reaver, yo sí. ¡Arrodillaos ante mí! —gritó—. ¡Arrodillaos ante vuestro señor y dueño! ¡Abrid las puertas! ¡Arrodillaos ante mí y os protegeré!

Sin pensarlo, voluntariamente, Roland hincó una rodilla en el suelo. La orden era tan persuasiva que no podía hacer otra cosa. En efecto, no deseaba hacer otra cosa.

Los hombres comenzaron a gritar y vitorear. Muchos de ellos desenfundaron las armas y las agitaron en el aire, ofreciéndose al servicio de Raj Ahten.

El corazón de Roland se aceleró. El duque Paldane permaneció apostado en lo alto de las almenas, desafiante, aferrado a la empuñadura de su espada, empequeñecido, despreciable en su impotencia. Parecía que él se opondría a Raj Ahten solo, mientras que todos los demás le daban la bienvenida.

*¿No ve ese insensato que Raj Ahten tiene razón?*, se preguntó Roland. *Sin el señor de los lobos estamos todos muertos.*

Roland se vio a sí mismo vitoreando.

A continuación, el puente levadizo se vino abajo con el estrépito de las cadenas.

Entre tanto aplauso, Raj Ahten entró victorioso en Carris y comenzó a dar órdenes a voces.

—Asegurad el puente. Deshaceos de la niebla para ver a qué nos enfrentamos.

Los tejedores de llamas se volvieron y comenzaron a dibujar runas de fuego en el aire al otro lado del puente.

La espesa niebla se desvaneció de momento en torno a los tejedores, flotó en retirada y, en segundos, los gigantes frowth que marchaban hacia Carris aparecieron con la niebla por la cintura, mientras que a los hombres sobre monturas de armas apenas les sobresalían las cabezas de la bruma.

A kilómetros de distancia, Roland percibió gritos de hombres, caballos relinchando de miedo al mismo tiempo que las tropas de Raj Ahten se precipitaban sobre Carris. Los olifantes tocaban retirada.

Junto con las trompas se oyó otro sonido distante flotar sobre la campiña, el zumbido que producía el abdomen de los reaver cuando expulsaban el aire, mezclado con el estruendo de los gruesos caparzones contra las piedras conforme atronaban la tierra.

Se acercaban los reaver y las tropas de Raj Ahten corrían a toda prisa entre la niebla para adelantarse a ellos. Iban llenando el castillo. El ejército se acercaba en largas filas de caballeros con rostro sombrío y cansado montados encima de sus orgullosos caballos de batalla. Filas y filas de lanceros. Los vítores sonaban más alto que el clamor de los cascos de los caballos y el sonido metálico de las armaduras.

Roland miró más allá de las almenas. Aunque los tejedores disipaban la niebla, no era algo que pudiera conseguirse en un santiamén. En los albores de la mañana, con la tierra húmeda, la niebla había crecido hasta el punto de tragarse todo lo que había en kilómetros a la redonda.

Roland esperó durante largos minutos, el estómago aterido del terror. Gotas de lluvia fría comenzaron a estrellarse contra su frente, a empaparle la casaca. Los hombres a su alrededor se taparon con los capotes y se agazaparon debajo de los escudos como si las gotas de agua fueran una granizada de flechas letales. La pequeña rodela que le habían dado solamente le tapaba la cabeza, apenas le protegía el cuello de la lluvia.

En lo alto aparecieron más gree que se movían deprisa, como lanzados con eslingas, una bandada de cientos. Metido entre la niebla mágica por un lado y las



nubes por otro, el puesto de Roland parecía un lugar raro y exótico. En la tenue neblina, las gaviotas, los cuervos y las palomas comenzaron a sobrevolar las almenas, aturcidos por tanta agitación, perdidos entre las nubes en lo alto y la niebla por lo bajo.

Conforme se desvanecía el entusiasmo inicial, y el poder de la voz de Raj Ahten disminuía, Roland se fijó en que estaba temblando.

Como si despertara de un sueño, de repente comprendió que había sido un traidor, había dejado que Raj Ahten tomara la ciudad sin oponer resistencia.

—¿Qué significa esto? —preguntó Roland al barón Poll—. ¿Qué haremos cuando llegue el rey de la tierra? ¿Nos veremos obligados a luchar contra él?

—Imagino —respondió el barón Poll, que escupió por el borde del castillo a la niebla.

La tranquila actitud del barón demostraba que ya había llegado a esa conclusión y que no lo perturbaba.

Roland le dijo en voz baja al barón, al tiempo que intentaba sonar seguro de sí mismo:

—No lo haré. ¡No me enfrentaré al rey de la tierra!

—Harás lo que te ordenen —dijo el barón Poll—. Serás hombre de Raj Ahten una vez que le jures lealtad.

Así era. Si Raj Ahten se hacía con toda la fortaleza, les daría a los soldados una opción: jurarle lealtad o morir.

—Soy un hombre de Orden, ¡no renunciaré a eso! —dijo Roland—. No levantaré la espada contra mi propio soberano.

—¡Pero será tu lealtad o la muerte! —dijo el barón Poll de forma pragmática—. Créeme, un hombre inteligente juraría lealtad rápidamente y la retiraría con la misma facilidad.

—Nunca he dicho que fuera inteligente —respondió Roland.

Eso era cierto, no sabía leer, ni sumar. Nunca tuvo nada que responder a la arpía de su mujer. Apenas había podido encontrar el camino entre la niebla de Carris.

Pero siempre había sido fiel.

—Escucha —dijo el barón con agresividad—, jura lealtad a Raj Ahten; pero, una vez que llegue el rey de la tierra, nadie dice que tengas que luchar fieramente. Si las tropas de este se acercan a las murallas puedes gruñir y blandir la espada corta con ademán hostil y exigirles que se vayan a hacer gárgaras. ¡No tienes que derramar sangre!

—Raj Ahten puede irse al carajo —dijo Roland, aferrándose a la espada.

Aunque, cuando los soldados de Raj Ahten comenzaron a subir a la muralla, Roland no se atrevió a desenfundarla.

En vez de eso, se agachó junto a las almenas y deseó nuevamente no haberle dado la capa de piel de oso a la mujer verde. El frío parecía haberse encrudecido más que la noche anterior. Le penetraba hasta el corazón, lo dejaba entumecido y aturrido.

Pasada casi media hora, los soldados de Raj Ahten aún no habían terminado de entrar. Los tejedores de llamas dibujaron runas de fuego en el aire al otro lado del puente en forma de enorme círculo. Los símbolos flotaban en la niebla como tapices en una pared, hasta que los tejedores los empujaban y, seguidamente, las runas de fuego se disolvían. La niebla comenzó a alejarse al mismo ritmo que un hombre corriendo, y abrió una pequeña ventana en aquellas tierras.

Durante esa media hora, el estrépito de los reaver se fue haciendo más audible, el sordo estruendo de los caparazones que se arrastraban por el suelo subía de tono como una tormenta que se aproxima.

Ocultos bajo la niebla, los reaver se congregaban en torno a Carris provenientes de todas partes: norte, sur y oeste.

Los olifantes sonaban en la niebla a más de tres kilómetros de distancia. Los caballos comenzaron a relinchar presa del pánico y Roland oía cómo cargaban primero en dirección sur, luego oeste y después se retiraban alocadamente hacia el norte.

Los hombres en las murallas empezaron a gritar:

—¡Están perdidos! ¡Están perdidos en la niebla! Atrapados.

Roland sintió pena de ellos. Sabía lo desesperante que podía resultar aquella niebla y lo fácil que era extraviarse en ella.

Los tejedores apenas habían empezado a dispersarla y Roland esperó, jadeante, entre las almenas, mientras la bruma se alejaba y dejaba al descubierto los verdes pliegues de la tierra, las casas encaladas de tejados de paja y los jardines exuberantes, los pajares y huertos de manzanos, los pastos y tranquilos canales de Carris. Un pato real solitario que se hallaba junto a un pozo de ladrillos miró hacia el cielo y agitó las alas, complacido de ver la luz de nuevo.

Era un paisaje tan bello y exuberante que a Roland le resultó aún más macabro estar allí en las almenas bajo el vaho de la lluvia, mientras se esforzaba por reconocer los sonidos del combate.

Los hombres de las murallas comenzaron a tocar los olifantes, como señal para los ejércitos de Indhopal perdidos en la maldita niebla, para conducirlos a lugar seguro.

Las tropas respondieron girando los caballos y galopando a rienda suelta hacia el castillo. A cada momento, Roland oía a los caballos tropezar y caerse en aquella nube impenetrable, y el estruendo de las armaduras de los caballeros al estrellarse contra el suelo.

Después, las tropas comenzaron a dejarse ver al borde de la niebla, a unos ochocientos metros de Carris.

Aquellos no eran feroces soldados de fuerza, sino arqueros con arcos de cuerno, con chilabas blancas y una endeble armadura de cuero; o artilleros con grandes yelmos de bronce y poco más que puñales largos con los que defenderse; o jóvenes escuderos más acostumbrados a limpiar armaduras que a llevarlas puestas.

En resumidas cuentas, aquello era la retaguardia del ejército, los posos del ejército de Raj Ahten, todo un cortejo plebeyo de apoyo que había venido a ocuparse de Carris si esta era conquistada. La mayoría viajaban a pie.

Solamente los líderes montaban a caballo y, un vez que divisaron el castillo, pusieron rumbo a la fortaleza, se lanzaron hacia ella al galope, completamente aterrados, y dejaron a los de a pie rezagados para que se las arreglaran solos.

Los plebeyos de Indhopal chillaban y huían entre las aldeas y los campos hacia el castillo de Carris. A su alrededor, se oía el atronador estrépito de los reaver que atravesaban la niebla.

El olor a polvo y a sangre comenzó a saturar el ambiente junto con los gritos de terror y Roland, aunque todavía no había visto a ningún reaver, sabía que entre la neblina los hombres luchaban por salvar la vida.

Los olifantes seguían sonando a lo largo de las murallas del castillo. Los soldados gritaban palabras de ánimo. Las tropas de Indhopal, quizás unos veinte mil soldados, corrían hacia Carris a toda velocidad.

A continuación llegaron los reaver. Un monstruo surgió de la nefasta niebla, dejando a su paso una estela, como si estuviera en llamas. Roland lo miró de hito en hito, horrorizado ante su primer reaver.

No se parecía a ninguna otra criatura que hubiera tomado cuerpo en el sobremundo. Era un portador de acero por rango, un guerrero sin las brillantes y fieras runas que distinguían a un brujo.

El reaver corría sobre seis patas y reservaba las zarpas delanteras para sostener el arma. Lo más aproximado sería describir la forma de este como la de un enorme cangrejo de caparazón grueso que, desde lo alto, parecía hecho de granito gris, con reflejos del color del lodo bajo las patas.

La cabeza era enorme, del tamaño de una carreta, y con aspecto de pala, con varias capas de tentáculos ondeantes, llamados philia, en la nuca y en la mandíbula. Los dientes brillaban como cristal de cuarzo y el monstruo no tenía ojos ni orejas ni conductos nasales.

Aparte de la respiración, no hacía ruido, ni un rugido sibilante. Se limitaba a correr entre los soldados que huían, los adelantaba a todos, pues poseía tres veces la velocidad de un plebeyo. Los dejaba atrás como un perro pastor que intenta cortar el paso al rebaño, como si no quisiera molestarse en matarlos y solamente quisiera interrumpir su trayectoria.

Se detuvo prudentemente a cierta distancia del castillo. Cuando alcanzó un punto concreto entre la vanguardia de los soldados, se giró y puso manos a la obra.

Entre las patas delanteras sostenía un martillo glorioso, un arma con un mango de acero negro de reaver con una cabeza de metal de doscientos kilos de peso. Según la tradición, se llamaba «martillo glorioso» porque rompe gloriosamente el cuerpo de un hombre cuando lo golpea.

Con el primer impulso del martillo glorioso barrió la tierra sin tocarla, como si el

martillo fuera una guadaña que cortara paja. El golpe abatió a cinco hombres y Roland presenció cómo los cuerpos de estos salían despedidos a treinta metros. La cabeza de un pobre desgraciado voló por el aire y aterrizó a cien metros de la refriega, en el lago Donnestgree, haciendo ruido al caer al agua.

Algunos de los hombres desenfundaron sus armas e intentaron luchar con el reaver. Otros intentaron pasar de largo como una oleada; otros giraron sobre los talones y huyeron desesperadamente o se escondieron en las casitas o entre los matorrales.

El martillo glorioso de la criatura se alzaba y caía tan deprisa, con una agilidad y una destreza tan asombrosas, que Roland apenas lo entendía. Cómo una bestia tan grande podía moverse con tan increíble agilidad. A los diez segundos, diez hombres murieron y el reaver solo acababa de empezar.

La mente de Roland se quedó en blanco ante aquel horror y notó que le faltaba el aliento, el corazón le latía tan fuerte que temía que los otros hombres lo consideraran un cobarde. Se volvió a fin de comprobar la reacción de los otros. Un muchacho situado junto a él había palidecido de terror, pero se mantenía tieso, con la mandíbula apretada estoicamente. Roland pensó que el muchacho aguantaba bien hasta que se fijó en que por la pierna derecha del chaval caía un reguero de orina.

De las barbacas provenía el crujir de los artilleros que disparaban proyectiles con las ballestas en forma de flechas gigantes, enormes proyectiles de acero de cien kilos de peso. Los dos primeros disparos no alcanzaron el objetivo, se clavaron entre las filas de los que huían. Seguidamente, se oyó el sonido de las manivelas y engranajes cuando los artilleros intentaban recargar con dificultad.

Los tiradores gritaron:

—Esperad a que el reaver se ponga a tiro.

Para entonces ya habían muerto cien hombres y los apostados en las murallas comenzaron a gritar:

—¡Mirad! ¡Mirad!

Por donde la niebla había quedado recortada, podía verse a los reaver que se abalanzaban hacia ellos, con estelas de bruma. No docenas ni centenares, sino millares de ellos.

Portaban enormes hojas de acero, martillos gloriosos y picas, largas lanzas con enormes ganchos en la punta.

Entre la neblina había reaver magos, criaturas resplandecientes tan cubiertas de runas de fuego que parecían vestidos de llamas. Portaban cayados cristalinos que brillaban con luz propia.

El atronador estrépito de los carapachos que rebotaban en el suelo hizo temblar las murallas del castillo. Los gritos de terror de los soldados comunes se convirtieron en rumor en los oídos de Roland, cuyas piernas notaba tan flojas que seguramente no lo sostendrían durante mucho más tiempo.

Roland notó también que le caía orina por la pierna.

—¡Por los Elementos! —bramó el barón Poll.

Los hombres prefirieron arrojarse por las murallas del castillo hacia el lago que enfrentarse a los reaver.

Algún loco con voz de pregonero gritó por allí cerca:

—¡Mantened la calma! ¡Por favor, mantened la calma! ¡Por favor, manteneos alerta y optimistas! Estoy casi seguro de que saldremos de esta... ilesos.

Roland se preguntó si el hombre intentaba tranquilizarlo o si únicamente deseaba enfrentarse a la muerte como los legendarios caballeros de antaño, con ánimo jocoso.

Si alguna vez en la vida de Roland se había dado un momento para dejarse apoderar por el pánico, aquel era el instante.

El barón Poll giró la cabeza, los primeros rayos del alba le iluminaban el rostro. El grueso caballero intentó bromear, habló en alto para que lo oyera entre el clamor de armas y los gritos agonizantes.

—Respira hondo, hombre. Puede ser lo último que hagas.

## Capítulo 39



*Un mundo aparte.*

Cuando el muchacho del pie deforme entró en el campo de tiro con arco en busca de Myrrima una hora después del amanecer, esta esperaba que le dijera que era hora de preparar la salida. En vez de eso, le dijo sencillamente que Iome quería que fuera al torreón de los Consagrados.

Myrrima se apresuró para ir al encuentro de su alteza. Allí, en el castillo de Groverman, el sol de la mañana brillaba con fuerza. Se levantaba en un cielo azul perfecto, repartía luz de día ante él. En la distancia revoloteaban unos pigargos.

Desde el patio del torreón, Myrrima podía divisar la planicie que se extendía unos treinta kilómetros: el río Wind, que se retorció con su cauce de agua plateada entre el brezo, las fincas, las casitas en los cerrillos junto al río, las manadas de ganado y los caballos que salpicaban el brezal.

Justo en el exterior del torreón, las palomas y los pichones picoteaban en el césped junto a los postes de amarre de caballos. Myrrima se acercó a la muralla que rodeaba el torreón de los Consagrados, las paredes de arenisca marrón no tenían comparación con las del castillo de Sylvarresta. Aunque las dependencias eran grandes, con un patio de armas enorme, no habían sido diseñadas para alojar a más de cuatrocientos consagrados.

Al acercarse al torreón, a Myrrima le sorprendió oír algo extraño: música. Dentro del torreón de los Consagrados, incluso tan temprano, sonaban gaitas, tambores y laúdes que tocaban un son acompañado de canto. Los consagrados, aquellos que no estaban demasiado debilitados al ceder dones, estaban de juerga.

Una vez atravesado el rastrillo, se encontró a un grupo de gente apiñada que miraba hacia el jardín.

Cuando Myrrima pasó de largo, una anciana susurró:

—Esa es la que mató a la Gloria Caída.

Myrrima se ruborizó.

—La llaman la Gloria de Heredon —continuó la vieja.

—Ha estado despierta toda la noche practicando con ese arco —dijo un joven

muchacho—. He oído que puede saltarle el ojo a un halcón que desciende en picado a cien pasos de distancia. ¡Ahora va en busca de Raj Ahten para matarlo ella misma!

Myrrima agachó la cabeza e intentó no hacer caso de los rumores. Saltarle el ojo a un halcón en picado, ya, ya, deseaba protestar. Suerte que no me enredo cuando intento encordar el arco.

Myrrima entró en el jardín y se quedó asombrada al ver que todos los consagrados del torreón estaban allí. Había mesas llenas de bebidas y los cocineros preparaban cantidades ingentes de pasteles salados y tartaletas. Los consagrados que habían cedido la fuerza, la agilidad o el metabolismo y, que por tanto, no podían moverse con facilidad, estaban sentados a la sombra de un enorme roble en el patio, mientras que los demás festejaban.

Ciegos y ciegas bailaban muy juntos, con cuidado de no pisarse unos a otros; los sordos y los mudos brincaban de alegría. Los pobres desgraciados sin inteligencia corrían desenfrenadamente.

Myrrima se quedó parada un instante justo en el umbral de la puerta, contemplando la escena del patio, perpleja.

Cerca de ella, un anciano ciego estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, comía tartaletas y bebía de una jarra de vino; su cara estaba desgastada por el tiempo, su pelo grasiento.

—¿Por qué bailan? —preguntó Myrrima—. Hostenfest acabó hace dos días.

El ciego sonrió a Myrrima desde el suelo y le ofreció de la jarra.

—¡Tradición! —dijo—. Hoy nos regocijamos, ¡nuestros señores van a la guerra!

—¿Tradición? —repitió Myrrima—. ¿Los consagrados siempre hacen esto cuando los señores parten al frente?

—Sí —asintió el fulano—. Bebe.

—No, gracias.

Myrrima estaba confusa. Nunca había oído mencionar aquella tradición. Por otro lado, Heredon no había entrado en guerra durante toda su vida.

Alzó la mirada hacia el torreón, las habitaciones de arenisca que alojaban a los consagrados, las amplias paredes y las atalayas en lo alto. Una vez que un hombre entraba allí, renunciaba al mundo exterior, hasta que señor o consagrado murieran. Poco antes, Myrrima se había planteado cómo aquellos lugares se convertían en un mundo ajeno, imperturbable ante los asuntos del resto.

Asombrada, observó cómo algunos consagrados bailaban.

—¿Durará todo el día? —preguntó Myrrima.

—Sí —dijo el ciego—, hasta el combate.

Myrrima se quedó pensativa.

—Ya entiendo... Si tu señor muere hoy, recuperarás la vista. ¿Qué mayor motivo de celebración?

El ciego agarró violentamente la jarra de vino, como si esta fuera una porra, y gruñó:

—¡Qué criatura tan grosera! Festejamos que hoy, nosotros —dijo aporreándose el pecho enfáticamente—, vamos a luchar. Hoy, mi señor Groverman utilizará mis ojos, pero yo estaría encantado de luchar junto a él si pudiera.

Derramó un poco de vino en el suelo.

—¡Y con esta libación imploro a la tierra que Groverman regrese victorioso para luchar un día más! ¡Larga vida al duque Groverman!

El hombre levantó la jarra de vino y bebió un largo trago a la salud del duque.

Myrrima había hablado de manera desconsiderada, comprendió que había ofendido al hombre, aunque no había sido esa su intención.

Junto a una tapia, entre las sombras y apartada de los juerguistas, Myrrima localizó a Iome dentro de un corro de tres docenas de campesinos, hombres y mujeres de varias edades y orígenes. Se daban la mano y giraban lentamente mientras Iome hablaba. Al fondo había dos juglares tocando una marcha lenta con flautas y tambores. Se trataba de una antigua canción.

Myrrima reconoció lo que pasaba al instante. Cuando un guerrero iba en busca de dones, hablaba con el mediador, quien componía una lista de todos los que se habían ofrecido como consagrados. El mediador reunía después a los candidatos y, como era imperativo que los consagrados se ofrecieran voluntarios y se entregaran del todo, el soldado a menudo tendría que hablar con ellos. Les explicaría a los candidatos la necesidad que lo acuciaba y prometería servirlos bien si le cedían los dones, y ofrecerse a contribuir a la manutención de quien se consagrara y de su familia.

De modo que a Myrrima no le sorprendió oír cómo Iome decía con convicción:

—No lo pido solo para mí. La tierra ha hablado a mi marido y le ha advertido que se acerca el fin de la era del hombre. Por lo tanto, si luchamos, no solo luchamos por salvar el propio pellejo, sino el de toda la humanidad.

Uno de los hombres del corro dijo:

—Disculpadme, alteza, pero no estáis preparada para el combate. ¿No servirían mis dones mejor a otro lord?

—Tienes razón —respondió Iome—. He recibido buen entrenamiento con la espada y, si poseyera un don de fuerza física, podría blandir un martillo de armas como el mejor de los hombres. Pero no voy a mentir y decir que lucharía con una enorme destreza aprendida. Luchar a gran velocidad es igual de mortífero que luchar con gran destreza. Así que, elegiré metabolismo.

Entre los posibles consagrados hubo un grito ahogado.

—¿Por qué? ¿Por qué desearíais morir tan joven? —preguntó una mujer algo mayor entre los del grupo mientras caminaba lentamente en corro.

Myrrima se apiadó de Iome. Ella nunca había tenido que pasar por aquel ritual y dudaba de que pudiese hacerlo. Sabía que no tenía el don de la palabra, que nunca podría convencer a un extraño para que le cediera el uso de sus atributos más preciados.

—En mi vientre llevo al hijo del rey —explicó Iome—. Ayer, cuando la Gloria



Caída vino al castillo de Sylvarresta, quería la vida del niño, no la mía. Si llevo el embarazo a término, el príncipe no nacerá hasta mediados de verano. Pero si tomo dones de metabolismo ya, podré alumbrar en seis semanas.

*Bien hecho*, pensó Myrrima. Todos los posibles consagrados podían entender lo que decía. Iome se convertiría en guerrero, entregaría su vida a cambio de la de su hijo. El amor de Iome por su hijo podría convencer a aquella gente.

La anciana miró a Iome fijamente y se salió del corro, dio un paso hacia delante y puso una rodilla en tierra.

—Os ofrezco mi metabolismo, a vos y a vuestro hijo.

Los otros continuaron dando vueltas y haciendo preguntas.

Alguien tocó a Myrrima en la espalda. Esta se giró y tuvo que levantar la cabeza para ver la cara del hombre más grande con quien jamás se había topado; proyectaba tal sombra que podía tapar a una pequeña multitud y tenía más pinta de ser montura que caballero. Por el olor a pino que desprendía, debía de ser un leñador. Vestía un chaleco de cuero sin camisa, con lo cual Myrrima podía apreciar el torso musculoso del hombre. Parecía rondar la mitad de la treintena y le sonreía, la cara barbuda llena de admiración.

—¿Sois vos?

—¿Quién? —preguntó Myrrima.

—Quien mató a la Gloria Caída.

Myrrima asintió con la cabeza, muda, insegura sobre cómo hablar a alguien con aquella expresión que profesaba tanta admiración.

—La vi —dijo el hombre—. Pasó volando muy alto, pasó. Ennegreció kilómetros y kilómetros de cielo. No imaginé que nadie pudiera matarla.

—Le disparé —dijo Myrrima.

Se dio cuenta de que se aferraba al arco con gesto defensivo, lo apretaba contra el pecho.

—De haber estado allí, tú hubieras hecho lo mismo.

—¡Quiá! Lo dudo mucho —sonrió el grandullón—, hubiera salido corriendo y aún estaría en ello.

Myrrima aceptó el cumplido. Al fin y al cabo, tenía razón, la mayoría de los hombres hubieran huido.

El hombre asintió con la cabeza, como si fuera demasiado tímido para hablar. Myrrima se percató de que no debía de ser muy inteligente.

—Necesitaréis un arco nuevo —dijo este.

Myrrima echó un vistazo al arco, se preguntaba si lo había estropeado.

—No te entiendo.

—Os hará falta un arco de acero —dijo—, porque ese vuestro podría partirlo en dos sin ningún problema.

Fue entonces cuando comprendió. Su reputación, aunque desmerecida, la precedía. Aquel energúmeno tenía la intención de cederle un don de fuerza física.

Muchos caballeros hubieran pagado con gusto cuarenta monedas de oro por ese don, el salario de diez años de un jornalero. ¡Por los Elementos que era enorme!

—Comprendo —murmuró Myrrima con asombro.

No se atrevía a confesar que no se sentía merecedora de aquella admiración, pues con la fuerza de un hombre como él, Myrrima sospechaba que podría convertirse en la clase de héroe que este creía que ella ya era.

Algunos campesinos a espaldas del gigante se apresuraron y se adelantaron. Y ella comprendió algo más: aquel grupo de gente en las puertas la había estado esperando a ella, había venido a ofrecerle dones.

Al contrario que Iome, Myrrima, la gloria de Heredon, no tuvo que convencerlos para que entregaran sus atributos.

## Capítulo 40



### *Cuentos de Locos.*

**E**l día encontró a Gaborn adentrado en las tierras bajas de Fleeds. El norte había resultado un terreno montañoso, lleno de casas de pastores y senderos estrechos bordeados de tapias. Enormes peñascos coronados de pinos retorcidos se cernían por el camino como centinelas antiguos, mientras las estrellas iluminaban el paisaje tan preñadas y palpables como monedas de plata.

Gaborn no se había atrevido a cabalgar al galope en la oscuridad, por mucho peligro que corriera Carris y, por tanto, la mayoría de las tropas mantuvieron un mismo ritmo constante durante la noche. Aunque ya había recibido algunos dones, una caída del caballo podía haberle roto el cuello como si fuera un hombre corriente.

No obstante, conforme avanzaba, notaba cómo se henchía, cómo se acrecentaba su poder. En el castillo de Groverman le llevó menos de una hora recibir dones y tomó uno de fuerza física, uno de metabolismo, uno de agilidad y uno de resistencia. Después, salió disparado, dejando que el mediador de Groverman localizara a otros que desearan hacer de vectores a través de los nuevos consagrados. También le advirtió que necesitaba cincuenta dones antes del anochecer y el mediador prometió conseguírselos.

Así pues, durante el trayecto nocturno, se había restablecido paulatinamente con cada hora transcurrida. Se había hecho más fuerte, más rápido.

Aunque sentía aversión ante tal acto, no podía negar que la maldad sabía dulce y, sin ser consciente de ello, incluso se había preguntado en una ocasión por qué, si Raj Ahten intentaba convertirse en la esencia de todos los hombres, no podía él hacer lo mismo. Sin embargo, enseguida apartó tal idea del pensamiento, pues no era digna de un rey.

Cabalgaba con Binnesman a su vera, junto con otros quinientos lores de Orwynne y Heredon. Gaborn le había procurado a su cronista un caballo de fuerza para que pudiera seguir a la comitiva.

Al alba, Gaborn contemplaba las planicies onduladas desde lo alto de un paso entre las colinas. Un sol frío parecía entretenerse en el horizonte y sobre la campiña

de Fleeds flotaba una neblina difusa.

A modo de preparación para la cabalgata por la llanura, se detuvo junto a un tranquilo lago, estrecho y alargado, para dar de beber y comer a los caballos, donde crecían espigas de avena y algarrobas y meliloto en abundancia. El agua gélida era transparente y maravillosa, unas embuchadas truchas nadaban perezosamente entre las rocas redondas bajo la superficie.

Unas calandrias amarillas cantaban en los sauces junto al camino y, al acercarse, salieron volando como chispas del yunque de un herrero.

—Quince minutos para comer y beber —anunció Gaborn—. Si nos damos prisa, podemos llegar a Tor Doohan en una hora. Desde allí, emprenderemos el camino hacia el sur con rapidez, con la esperanza de alcanzar Carris a media tarde.

Gaborn había reducido la jornada. La sensación de peligro inminente en Carris se hacía insoportable y la tierra le ordenaba que atacara.

—¿A media tarde? —preguntó *sir* Langley—. ¿Qué prisa tenemos?

Carris estaba tan lejos que ningún emisario podría traerle noticias frescas, de menos de un día. Aunque Gaborn los sorprendió con nuevas recientes.

—Sí —confesó Gaborn—, creo que Raj Ahten está frente a las puertas de Carris. Hace unos cinco minutos, mis emisarios corrían peligro mortal... sensación que se desvaneció durante un instante. Pero de nuevo siento una sorprendente sensación de peligro en torno a los mensajeros elegidos en Carris.

Los lores comenzaron a hablar entre ellos en voz alta, a discutir de táctica. Raj Ahten era célebre por hacerse con fortalezas muy rápidamente. Muy pocos pensaban que Carris fuese a durar un día entero. Si lo hacía, entonces espantar a Raj Ahten sería coser y cantar.

Aunque nadie creía que lo encontrarían agachado ante las murallas de Carris. La opinión generalizada era que si Gaborn asediaba el castillo, seguramente tendría éxito a corto plazo; pero ¿cuánto tiempo podrían mantener el asedio? Con los ejércitos del señor de los lobos desbordando las fronteras, Raj Ahten solo tendría que aguantar algo más de una semana hasta que llegaran los refuerzos. Eso implicaba que Gaborn tendría que atacar a Raj Ahten en aquel bastión o repeler a los ejércitos que vinieran en su ayuda.

Se mirara por donde se mirara, lo más probable es que Gaborn estuviera preparando el escenario para una batalla de dimensiones épicas. Todo sonaba tan sencillo. Los lores de Rofehavan se unirían bajo el estandarte de Gaborn. Beldinook y Fleeds, los caballeros equitativos, Heredon y Mysterria ya lo habían hecho. Con tanto ejército, Raj Ahten no sería problema. De hecho, Gaborn casi esperaba que Raj Ahten se hiciera con Carris, porque así quedaría atrapado como una rata en aquella península.

No obstante, Gaborn seguía sintiéndose muy intranquilo. La muerte acechaba a todos los hombres y mujeres de su cortejo. En Carris se daría un combate a muerte que no tardaría una semana. Temía que Raj Ahten estuviera preparando alguna

trampa.

Le preocupaba, incluso con la ayuda de Lowicker y de Fleeds, no tener tropas suficientes para entrar en combate.

El rey se acercó a la orilla del lago, con la esperanza de quedarse a solas con aquel pensamiento. Allí mismo, ramilletes de flores amarillas brotaban entre las rocas. Arrancó uno y lo sostuvo en la mano. De niño siempre había pensado que los ramilletes eran tesoros, aunque de adulto comprendía lo comunes que eran; como la gente, hombres y mujeres y niños, por todas partes. Gaborn apreciaba a todos y cada uno de ellos, aunque la tierra le hubiera prevenido que únicamente podría salvar a unos cuantos.

El cronista de Gaborn se acercó a la orilla del agua y se quitó la capucha de la capa de montar, dejando el recortado cabello al descubierto. Los rasgos esqueléticos de Días parecían demacrados, estropeados por la preocupación. Se arrodilló e hizo un cuenco con las manos para beber agua.

—¿Qué está sucediendo en Carris? —le preguntó Gaborn.

El erudito abrió las manos y soltó el agua, aturdido. No se volvió hacia Gaborn para responderle.

—Cada cosa a su tiempo, alteza.

—No puedes limitarte a archivar la muerte de los hombres —dijo Gaborn—. No importa lo mucho que quieras ocultarlo, temes por ellos. Ayer, cuando cayó la torre Azul, descubrí el horror en tu semblante.

—Soy testigo del Tiempo —dijo Días—, no me inmiscuyo.

—La muerte acecha a cada hombre y mujer de este séquito y lo sentís. En Carris hay cientos de miles de personas y creo que la muerte también los acecha. ¿Te limitarás a ser un simple testigo?

—No hay nada que yo pueda hacer —respondió Días.

Se giró para mirar a Gaborn. La luz del sol de la mañana se reflejaba en la mirada lagrimsa.

*¿Qué quiere decir?, se preguntó Gaborn, ¿que no lo hará o que no puede detenerlo? Que no puede, resolvió. Pero si eso era cierto, ¿qué trampa tan diabólica les había tendido Raj Ahten que no podía frustrarse?* Gaborn tenía que indagar más.

—Anoche me preguntaste si alguna vez elegiría a un cronista —dijo Gaborn—. La respuesta es que sí, lo haré. Pero solamente si este se entrega al servicio del prójimo.

—¿Intentáis comprar mi lealtad? —dijo Días.

—Intento salvar el mundo.

—Puede que vuestro esfuerzo sea en vano.

—¡Cómo debe de ser eso de mantenerse al margen! —lo reprendió Gaborn—. Fingir que la indiferencia es una virtud, que nuestro destino viene marcado por el tiempo.

—¿Esperáis que me encolerice y quebrante mis votos? —preguntó Días—. Os

había creído por encima de eso. Me decepcionáis. Lo anotaré en la crónica de vuestra vida.

Gaborn sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Rogar, ridiculizar, insistir, chantajear. Si te pido que hagas algo difícil, no lo hago por mí solo. Te lo advierto, no te nombraré elegido. Mañana entraremos en combate juntos y no te elegiré. Lo más seguro es que mueras hoy si no me dices el peligro que acecha en Carris.

Días se echó a temblar, intentó controlar la mandíbula mientras se daba la vuelta. Pero aquel ademán tembloroso le decía mucho a Gaborn. Carris corría peligro, una amenaza tan descomunal que el cronista realmente creía que iba a morir ese día.

E incluso así, elegía la destrucción antes que quebrantar el voto de no intervenir en los asuntos de la humanidad.

Mientras Gaborn esperaba junto al lago, Erin Connal se acercó a él. La noche anterior le había avisado de que deseaba hablar con él a solas y, en aquel momento, se sentó a su lado y dijo:

—Alteza, traigo noticias de un complot contra vos.

Entonces le relató sumariamente el ardid del rey Anders con el objeto de subvertir el derecho de Gaborn al trono.

Se sintió abrumado. Apenas podía imaginar el motivo por el cual Anders planeaba aquello. Era un desperdicio que otro noble intentara ir en su contra.

Había supuesto que la gente estaría jubilosa con la noticia de que la tierra había elegido a un nuevo rey y, en vez de eso, le parecía que de la tierra surgían enemigos como... como aquellos ramilletes brotaban del frío lago.

Gaborn pasó unos minutos conversando con Erin y, seguidamente, Erin se marchó en busca del príncipe Celinor para que él pudiera indagar aún más sobre el tema.

Gaborn lo sentó y lo interrogó.

—Erin me ha contado que tu padre organiza un complot en mi contra. ¿Crees que es algo serio? ¿Emprendería una guerra o enviaría asesinos contra mí?

Celinor contestó honestamente, como si tal opción le hubiera estado preocupando a él mismo.

—Esto... no lo sé. Mi padre nunca ha buscado una guerra contra noble alguno de Rofehavan o enviado asesinos contra un noble. Nunca me ha mencionado esa posibilidad. No obstante, últimamente mi padre no se ha comportado como suele. Al menos, no durante este mes pasado. Creo que ha enloquecido.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Gaborn.

Celinor miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie tan cerca que pudiera oírlos.

—Hace tres semanas, mientras todos dormían en el castillo, entró en mi habitación sigilosamente con únicamente una vela en la mano. Iba desnudo, sin nada más que una beatífica e incomparable sonrisa. Me despertó en voz baja y etérea y anunció que había visto un indicio en el cielo que le aseguraba que iba a ser el

siguiente rey de la tierra.

—¿Qué visión fue esa? —preguntó Erin.

—Según él, vio tres estrellas fugaces al mismo tiempo, brillantes y en llamas. Luego, esas estrellas, dijo, se acercaron al horizonte y, de repente, se desviaron y dieron vueltas rodeando el castillo, creando una corona de llamas que abarcaba todo Crowthen del Sur.

Gaborn se extrañó ante semejante historia. Los meteoritos no formaban parte de ninguna leyenda sobre poderes terrestres.

—¿Se le antojó un mensaje de la tierra?

—Efectivamente —dijo Celinor—, pero a mí se me antojó como un simple sueño, y se lo dije. A fin de demostrárselo, fui en busca del oteador de las murallas del castillo y los centinelas allí apostados, para poder convencer a mi padre del equívoco.

—¿Y qué dijeron? —preguntó Gaborn.

—Los centinelas del torreón de los Consagrados no habían visto nada, puesto que estaban haciendo la ronda en el interior del torreón. Descubrimos que cuatro hombres habían desaparecido y que el oteador de la atalaya estaba muerto.

—¿Muerto? —preguntó Erin—. ¿Cómo?

—Se había caído de la torre. Si lo empujaron o se resbaló o decidió saltar sin más, no lo sé.

—¿Los desaparecidos?

—Mi padre se negó a decir dónde estaban. Dio a entender que habían partido a una misión y simplemente dijo que «tenían obligaciones que atender en otro sitio».

—¿Crees que tu padre asesinó a su propio oteador y se deshizo de los hombres? —preguntó Gaborn.

—Quizás —dijo Celinor—. Ordené que se buscara a los cuatro hombres por las fronteras de Crowthen del Sur. Tras una semana, hallamos a un campesino que contó que, efectivamente, había visto a uno de los desaparecidos galopando hacia el sur. Dijo que había intentado darle el alto al hombre, pero que el caballero cabalgaba como ensimismado... sin verlo, sin hablar.

»Siguiendo una corazonada, continué indagando y descubrí que realmente los cuatro caballeros habían abandonado el reino, uno por el norte, otro por el sur, un tercero por el este y el último, por el oeste. Cada uno de ellos cabalgando sin decir ni una palabra.

—Esto me huele a brujería —dijo Gaborn.

No le hacía gracia aquello. No tenía nada que ver con los poderes terrestres, sino que olía a algo tenebroso, peligroso.

—Eso pensé yo —dijo Celinor—. En las colinas cercanas al castillo había una herbolaria, una mujer apodada la Recolectora, pues siempre andaba recogiendo frutos secos. Una hechicera que vivía en el bosque y cuidaba de las ardillas. Fui a visitarla a su cueva y a pedirle consejo, para saber si era cosa de la tierra; pero, aunque tenía entendido que llevaba cien años viviendo en esa cueva, repentinamente, había

desaparecido. Y, esto es lo curioso, todas las ardillas del bosque desaparecieron con ella.

Erin se mojó los labios con nerviosismo. Evidentemente, la Recolectora servía a la tierra, era uno de sus guardianes, como Binnesman, pero con obligaciones distintas.

—¿Le has preguntado al mago Binnesman por ella? —dijo Gaborn.

Celinor negó con la cabeza.

—No tengo pruebas de lo que sospecho. Después de esa noche, mi padre ya no ha vuelto a hablar de tal delirio, aunque me parece que es lo que impulsa todas sus acciones.

—¿Cómo puede ser? —preguntó Erin.

—Pues se puso en contacto con sus lores de manera tranquila y sistemática y comenzó a reforzar las defensas, a duplicar y cuaduplicar su guardia personal. No resultó cosa mala, pues tres días antes de Hostenfest, logró matar a un grupo de asesinos de Raj Ahten. De hecho, la actitud de mi padre, su juiciosa reacción ante esa creencia, casi me convence de que era una alucinación acertada; que, si estaba delirando, era un delirio útil. Y debo confesar que incluso comencé a preguntarme si había sido un mensaje de verdad. Pero, entonces, ocurrió otra cosa. La semana pasada mi padre perdió los estribos de manera indescriptible al enterarse de que otro alegaba ser el rey de la tierra. Gritó y tiró cosas. Rasgó tapices con las manos e incluso volcó el trono en el suelo. Azotó al criado que le trajo la noticia. Cuando por fin se hubo calmado varias horas más tarde, dijo que tenía que haberlo visto venir, que otros pretenderían quitarle el trono. Fue entonces cuando comenzó a tramar cómo podría desacreditar vuestro título. Lo que decía era tan convincente que incluso yo mismo me preguntaba si vos erais un farsante. Bruscamente, mi padre se volvió algo inestable, hablando de una cosa y cambiando de tema repentinamente o dando órdenes a voces que nada tenían que ver. Actuaba de forma extraña.

—Suen a chalado, y a peligroso —dijo Gaborn—. ¿Por qué no se lo has contado a nadie? ¿Por qué esperar hasta ahora?

Celinor se cruzó de manos y clavó los ojos en Gaborn.

—Cuando yo tenía diez años, mi abuelo enloqueció, padecía de delirios de grandeza y alucinaciones. Mis padres lo encerraron en un sótano bajo el torreón para que no se hiciera daño.

»De pequeño, solía oírlo farfullar y reírse hasta bien entrada la noche en la celda que ocupaba bajo mi habitación.

»En aquel entonces, mi padre me dijo que se trataba de una maldición sobre la familia e intentó hacer lo posible porque mi abuelo estuviera cómodo y viviera así el resto de sus días. Le canalizamos el metabolismo de cuatro sirvientes a fin de que envejeciera más rápidamente y muriera, mientras que difundíamos la noticia en el exterior de que mi abuelo había fallecido.

»Mi padre me hizo prometer que si él daba muestras de los mismos síntomas, que



lo trataría del mismo modo, ni mejor ni peor.

»Siempre le he sido fiel. Si mi padre se ha vuelto loco, creo que se merece nuestra compasión.

—Por supuesto —dijo Gaborn, aunque quedó preocupado.

Parecía como si un loco acechara las fronteras de Heredon cuando Gaborn había albergado la esperanza de hallar en Anders un aliado, como en los reyes Orwynne y Lowicker.

En ese instante, Gaborn ordenó a los hombres que montaran y pusieran rumbo a toda velocidad hacia Tor Doohan, con renovado vigor. Gracias a la clara luz de la mañana y a los caminos secos el ritmo era bueno. Mientras galopaban, las tropas comenzaron a separarse, aquellos sobre monturas más raudas tomaron la vanguardia, mientras que el resto quedó rezagado a varios kilómetros.

Una hora más tarde, Gaborn, el hechicero Binnesman y unos cuantos nobles desempedaban el camino por el sendero de Atherphilly hacia Tor Doohan. El palacio de Tor Doohan era más antiguo de lo que nadie recordaba. En términos modernos, no era un palacio, sino un enorme pabellón de color carmesí montado dentro de un círculo de rudimentarias rocas blancas.

Las piedras de Tor Doohan habían sido burdamente extraídas de la roca. Algunas plantadas como pilares de forma que se erguían como dientes irregulares, de veintiséis metros de largo por trece de ancho. Sobre las columnas, había un entramado de piedras colocadas horizontalmente de más de veintiséis metros de largo, que pesaban cientos de miles de toneladas.

Exactamente quién las había colocado allí, cuándo o por qué, no lo sabía nadie. Las leyendas antiguas lo llamaban el lugar de la Yegua Blanca, pues se contaba que una raza de gigantes había construido con piedras un corral para retener a la Yegua estrella antes de que esta escapara y se convirtiera en una constelación.

Solamente unos gigantes hubieran podido colocar las piedras en aquel círculo e incluso para los gigantes de las colinas, como los que todavía vivían en Inkarra, hubiera resultado una tarea monumental.

Pero ¿cuál era el motivo de las piedras? Desde luego no contenían a ningún caballo gigante. A los clanes ecuestres, cualquier círculo de piedras les hubiera parecido un corral.

Gaborn sospechaba que las piedras marcaban la tumba de algún anciano gigante de las colinas, aunque nadie había excavado en busca de los huesos.

Los clanes ecuestres de Fleeds llevaban casi tres milenios reuniéndose en lo alto de Tor Doohan para celebrar torneos anuales y consejos de guerra, hasta que el lugar se convirtió en el campamento fijo de la gran reina.

Desde antaño, las hermanas amazonas nómadas de Fleeds desdeñaban a todos aquellos que se asentaban en un mismo lugar. Por ello, el palacio de la reina en Tor Doohan era una enorme tienda que había permanecido montada entre las piedras durante treinta generaciones. Mientras que la tienda se alzaba sobre el monte, las

aldeas se habían extendido a lo largo del río Roan al oeste y el valle estaba salpicado con dieciocho fortalezas. A pesar de ello, el pabellón palatino seguía siendo el centro simbólico de Fleeds.

Gaborn se sintió agradecido cuando terminaron de bordear las colinas del sendero de Atherphilly y, por fin, pudieron contemplar el gran pabellón de seda escarlata de Herin la Roja erguido dentro del contorno de piedras. Sobre la entrada del palacio había dos enormes yeguas de bronce que piafaban en el aire.

En los terrenos fuera del círculo, cientos de líderes de los clanes habían montado sus tiendas a la sombra de palacio, en anticipación al conflicto. Pero, sorprendentemente, eran muy pocos y eso a Gaborn le preocupaba, pues venía con la esperanza de que la reina Herin pudiera prestarle algunas de esas tropas para que lucharan a su lado. Sin embargo, demasiados hombres y mujeres habían perecido en la batalla contra Raj Ahten y muchos más habían marchado hacía el sur a retomar el castillo de Fells.

Fleeds era un reino pobre, y parecía como si Herin la Roja no tuviera soldados suficientes para ofrecerle. Era una mujer orgullosa y Gaborn podía comprobar que no le sobraba nada.

Pese a eso, cientos de jóvenes guerreros competían alocadamente en torno al palacio, a lomos de caballos, ya que la leyenda contaba que aquel guerrero que rodeara el gran círculo de piedras siete veces mientras tocaba el olifante sería afortunado durante el combate.

Conforme Gaborn y unas cuantas docenas de lores se acercaban montados a palacio, escuchó los sorprendidos y apreciativos balbuceos de aquellos que lo contemplaban por vez primera.

Los jóvenes jinetes competidores se detuvieron y los miraron con el mismo asombro al divisar al rey de la tierra.

Muchas jóvenes, lanceras y arqueras, instigaron a sus monturas para que se levantaran sobre la grupa y piafaran en el aire como señal de que se entregaban, caballo incluido, al servicio de Gaborn. Sin embargo, Gaborn no se atrevió a elegir a ninguna de ellas hasta no haber hablado con la reina Herin la Roja.

Gaborn, Binnesman, el cronista de Gaborn y varios de los nobles pasaron bajo las estatuas de las yeguas de guerra y desmontaron. Unos sirvientes se acercaron a toda prisa y condujeron a los agotados caballos a los establos reales.

A Gaborn pocas cosas lo hacían sentirse más humilde que caminar bajo aquellos colosos y las moles erguidas del palacio. Una fresca brisa mañanera soplaba entre los cerros, batía el pabellón, de modo que las paredes exteriores de seda se hinchaban y se ondulaban. Los centinelas apostados en el exterior abrieron las portezuelas.

Los lores entraron en la antesala, un recinto con un techo de veintiséis metros de altura, y los sirvientes se marcharon a anunciar la llegada de la comitiva a la reina Herin la Roja. El sol, que se colaba por las capas más altas de la seda, proyectaba un resplandor escarlata y, así, incluso las urnas doradas que adornaban las paredes

quedaban bañadas en tonos rojizos.

Muchos de los lores se quedaron boquiabiertos ante los enormes tapices que cubrían las paredes a izquierda y derecha. Ambos mostraban el emblema de Fleeds, una gran yegua ruana piafando en el aire que expulsaba fuego por la nariz. Los tapices situaban a la yegua sobre un prado verde, donde uno podía apreciar cada hoja de hierba, cada diente de león, cada ramillete y cada hormiga.

En el exterior, los jóvenes jinetes habían reanudado las carreras en torno al palacio mientras tocaban los olifantes.

—¡Uf!, no sé si podremos celebrar un consejo con tanto jaleo —bromeó *sir* Langley.

La ignorancia de *sir* Langley era excusable, pues no sabía que la sala de la reina, en el centro del palacio, estaba prácticamente insonorizada.

El palacio era enorme. El techo consistía en tres capas de tela superpuestas, pero cada una medía ciento setenta metros de ancho. El interior estaba dividido en habitaciones por medio de grandes cortinas y tapices que conformaban las paredes.

Además, bajo la gran tienda, se habían construido muros con troncos de árboles que servían de suelos y escaleras, separando el pabellón en tres plantas. El armazón de madera permitía que los tapices pudieran colgarse de las paredes. Por tanto, el palacio de la Reina Roja era algo menos seguro que uno de piedra, aunque más resistente que un simple pabellón.

Al poco, la reina Herin entraba en la antesala. Tenía el cabello pelirrojo y la tez blanca, ojos azul oscuro como acianos. Era una mujer alta, fuerte. Sonreía, aunque sin mucho júbilo, ante aquel encuentro.

*Sabe que debo rogarle que me preste algunas tropas, pensó Gaborn, y sabe que no puede prestarme ninguna.*

La reina Herin iba vestida con una loriga y un cordón de plata en la cintura con el símbolo de Fleeds en esmalte rojo. En la mano portaba el cetro de Fleeds, una vara de oro en forma de fusta, con una cola de caballo de color rojo en un extremo.

—Alteza —dijo la reina Herin saludando a Gaborn.

A continuación, hizo algo inimaginable. Hincó ambas rodillas en el suelo, agachó la cabeza y le ofreció el cetro.

Entre las hermanas amazonas de Fleeds, ninguna reina jamás se había postrado ante un hombre.

Gaborn había venido con la esperanza de mendigar unos cuantos caballeros y algo de comida para sus hombres y sus caballos. En vez de eso, le ofrecieron un reino.

## Capítulo 41



### *El olor de la tormenta que se acerca.*

**B**ien entrada la mañana, Iome espoleaba a su caballo de armas en dirección a Fleeds, a galope tendido, con Myrrima y *sir* Hoswell en la retaguardia. Sin caballo de fuerza que igualara el ritmo de los otros, la cronista de Iome se rezagó.

En el castillo de Groverman, Iome había aceptado algunos dones, más de los anticipados, pero no tantos como Myrrima. Ya poseía dos dones de fuerza física, uno de agilidad, uno de inteligencia, uno de vista y cuatro de metabolismo. Además, poseía dones caninos: uno de oído, dos de resistencia y dos de olfato. En efecto, se sentía como un señor de los lobos, poderosa, incansable y letal. Era un placer embriagador que la llenaba con una renovada sensación de responsabilidad.

Sin embargo, Myrrima la superaba. Los aldeanos, enterados de cómo Myrrima había matado a la Gloria Caída, la colmaron de dones; tantos que Iome se había visto obligada a ceder más marcadores a Myrrima de su alijo privado. Dieciséis hombres y mujeres habían pasado por los marcadores a favor de Myrrima, y con esos dones y los de sus perros poseía casi tantos como cualquier capitán de la guardia de Heredon.

Myrrima siempre había sido alta y bella, y los dones añadidos le prestaban un aire de ferocidad. Era así como los tres señores de las runas cabalgaban sin más protección que su propia fuerza. Mientras avanzaban, Iome se percató de que *sir* Hoswell se mantenía a una distancia prudente detrás de ellas y Myrrima evitaba la presencia de este. No apreciaba la compañía del hombre.

El viento ondeaba la hierba rítmicamente, azotaba la espalda de Iome, la empujaba hacia el sur. Aunque el cielo estaba despejado, el viento olía a tormenta. Al brezo le habían brotado diminutas flores moradas después de las lluvias de la semana anterior, con lo cual los prados en la distancia se encontraban inundados de ese curioso tono gris y azul. Iome instigó a su yegua, pues el aire de la mañana era frío y la montura parecía ansiosa por superar la velocidad del viento. Aunque galopaba a sesenta y cuatro kilómetros por hora, a Iome le daba la impresión de ir más lenta.

Antes, al montar caballos de fuerza, nunca había podido seguir el movimiento de

los cascos con la vista; pero, en aquel momento, con tanto metabolismo acumulado, no tenía dificultad en hacerlo.

El mundo parecía haberse desacelerado drásticamente. Un cuervo batiendo las alas contra el viento parecía exasperadamente colgado del aire. El ruido seco de las herraduras de acero sobre el camino sonaba demasiado grave, como si un gigante frowth aporreara un enorme tambor.

Lo que era más perturbador, a Iome le parecía que las ideas se le habían acelerado. Antes, sin dones de metabolismo, viajar a caballo todo el día le habría parecido un trayecto corto. En cambio ahora, un día le parecería cinco.

Casi nunca había tenido tanto tiempo para reflexionar sin más y, después de la larga jornada, tendría que pasar la noche. Con tanto metabolismo, trece horas de oscuridad le parecerían sesenta y cinco. En mitad del invierno, los soldados de fuerza con mucho metabolismo solían tornarse irascibles y desanimados porque las noches se les hacían interminables. Iome se armó de valor para afrontar el invierno que entraba.

Pasó al galope junto a unos robles solitarios, cuyas hojas se había llevado el viento, cuya desnudez solamente era cubierta por la enredadera que se enroscaba entre las ramas hacia lo alto.

Delante había un arroyo poco profundo, de agua turbia, que serpenteaba por el prado y, allí donde el sendero formaba una hondonada, había alguien sentado en un estrecho puente hecho de troncos. Su caballo abrevaba a la precaria sombra de un roble.

Incluso a ochocientos metros de distancia, Iome reconoció la librea de aquel individuo, los colores de un emisario, el azul de Mystarria y el emblema de un hombre verde bordado en el lado derecho del pecho. Además, portaba un sable en la cadera y un yelmo de acero de celada larga. Se trataba de un emisario corriente, un tipo bajito y de cabello largo y canoso, como si hubiera envejecido antes de tiempo.

Iome levantó la mano indicando a Myrrima y a *sir* Hoswell que frenaran la marcha. Este emisario tenía un aire extraño. Myrrima había conocido a varios de los emisarios de Gaborn con anterioridad y no sabía decir qué era lo que no le cuadraba de este.

El mensajero los vio, se levantó y se quitó el polvo de la librea. Se subió al caballo y salió de la sombra del roble, dejando que el caballo caminara lentamente; escudriñó a los otros atentamente como si temiera que fueran forajidos.

Iome detuvo a su montura al mismo tiempo que este se acercaba. Resolvió que era un tipo raro, pues sonreía abiertamente, sin mostrar timidez o miedo, sino más bien con una sonrisa traviesa y una mirada pícara.

Iome espoléó al caballo hasta haberse acercado lo suficiente como para dirigirse al jinete.

—¿Adónde vas, señor?

El correo detuvo a su cabalgadura.

—Llevo un mensaje para el rey —contestó.

—¿De parte de quién? —preguntó Iome.

—Curioso —respondió el emisario con una sonrisa de suficiencia—. La última vez que lo vi, el rey no tenía tetas.

Era una forma grosera de reprender a Iome por indagar demasiado en los asuntos del rey, aunque Myrrima nunca había escuchado antes ese tipo de comentario ni en boca del mystarriano más basto.

—Pero la reina sí, la última vez que me miré —respondió Iome, intentando contener el tono de ira.

La presunción del emisario se desvaneció, aunque los profundos ojos castaños resplandecieron como si se riera por dentro.

—¿Sois la reina?

Iome asintió con la cabeza. El tono de voz del otro parecía indicar que lo había decepcionado de algún modo, que no era lo que se esperaba. Iome había tomado varios dones, pero ninguno de encanto o de voz. No tenía un aspecto regio. Intentó decidir si debería hacer que azotaran al hombre o simplemente despedirlo.

—Alteza, mil disculpas —dijo el emisario—. No os había reconocido. No nos habíamos visto antes.

Aunque se disculpara, el tono no era de disculpa, sino de burla.

—Déjame ver el mensaje —exigió Iome.

—Disculpadme, pero únicamente el rey puede leerlo —dijo el hombre.

Iome notó cómo se le aceleraba el pulso. Estaba enojada y no se fiaba. El tipo hablaba deprisa y Iome comprendió que poseía también más de un don de metabolismo. Eso no era lo habitual en un emisario. Lo olfateó, aunque no encontró nada fuera de lo normal; olía a caballo y a camino, a lino y a algodón y quizás a linimento que había utilizado para aliviar alguna herida en la pierna del caballo.

—Ya llevo yo el mensaje —dijo Iome—. De todos modos, vas en dirección equivocada y, sin duda, tu montura debe de estar fatigada. Así nunca alcanzarás al rey.

Algo consternado, el mensajero echó un vistazo al camino andado.

Si venía de Tor Doohan, se habría cruzado con Gaborn por la carretera. Lo cual significaba que la noche anterior no había escogido la ruta más directa, pero había viajado por el mismo sendero.

—¿Dónde puedo encontrarlo? —dijo el emisario, vuelto hacia atrás.

—¡Dame el mensaje! —ordenó Iome.

Por fin captó el tono de voz de Iome, se giró y la escrutó con una ceja enarcada. Sir Hoswell también percibió el tono de voz. Iome oyó cómo extraía el martillo de caballería de la funda atada a la silla de montar.

Pese a eso, el correo seguía sin hacerle entrega de la bolsa de mensajería.

—Es una orden —dijo Iome.

—Esto... mi intención era solamente que no os tomarais molestia alguna, alteza

—dijo el emisario.

Metió la mano en la bolsa y sacó una funda de pergamino esmaltada en azul que entregó a Iome.

—Solamente para que lo lea el rey —advirtió.

Iome se inclinó para tomar aquello y, entonces, la voz del rey de la tierra la previno claramente en su fuero interno: ¡Cuidado!

Iome vaciló un instante, examinó al emisario. No parecía hacer ademán de abalanzarse sobre ella o de desenfundar arma alguna. Aunque sabía con certeza que suponía un peligro. Estudió el exterior de la funda de lejos, pues tenía entendido que los asesinos del sur colocaban agujas envenenadas en ciertos objetos. Quizás fuera eso lo que pasaba allí.

Sin embargo, seguía sin detectar nada siniestro en la parte externa de la funda. Estaba sellada con cera, aunque sin la marca de sello alguno que la hubiera pegado.

El emisario se inclinó hacia delante, la miraba fijamente a los ojos. Una sonrisa tensa le curvó los labios cuando le ofreció la funda del pergamino.

*Me tiente a que lo coja*, pensó Iome.

Iome alargó el brazo y, en vez de arrancarle la funda de la mano, lo agarró por la muñeca. El emisario abrió mucho los ojos. Soltó un grito y espoleó al caballo con tanta fuerza que de los flancos del corcel saltaron gotas de sangre.

Era un hombre bajo, apenas más alto que Iome, y no tenía tantos dones como ella. Este forcejeó para obligar a la montura a pasar por delante de ella y Iome le apretó la muñeca con más fuerza. Al hacerlo, rozó la funda del pergamino con el antebrazo y notó una sensación imposible de describir: como si algo se moviera por la superficie de la funda, como si miles de arañas invisibles corretearan por ella y tropezaran contra su brazo. Horrorizada, estrujó la muñeca del emisario y se la retorció con la esperanza de obligarlo a soltar la funda.

Ante la sorpresa de Iome, los huesos del hombre se fracturaron. Iome había aceptado dones de fuerza física apenas hacía una hora y aún desconocía su propia potencia.

La funda del mensaje salió volando hacia el suelo.

La cabalgadura del tipo tomó la delantera, aunque Myrrima ya había reaccionado. Se abalanzó en defensa de Iome. El enorme caballo de armas de *sir* Borenson chocó contra la montura del emisario, que era algo más pequeña. El caballo del mensajero se tambaleó hacia atrás y dio un traspié. Con la arremetida, el mensajero salió disparado y rodó por el suelo. Myrrima luchó por mantenerse en la silla y acabó aferrándose al cuello de su caballo.

Iome le dio la vuelta a su yegua de armas, por miedo a que el emisario se precipitara sobre Myrrima. Aunque Gaborn le había advertido que llevara cuidado, se fijó en que eran tres contra uno y se sintió segura de sí misma.

—¡Cocea! —ordenó Iome a su montura.

La yegua de batalla, reculó y brincó hacia delante al tiempo que piafaba y

coceaba. El emisario se levantó de un respingo, con expresión salvaje en los ojos, se reía como un endemoniado. *Sir* Hoswell dio un grito y espoleó al caballo, se arrojó hacia delante blandiendo el martillo de caballería.

De repente, viendo que eran más que él, el emisario dio un salto en el aire ¡y echó a volar! No agitaba los brazos como si fueran alas, ni tampoco hizo ningún otro movimiento. Simplemente se rio socarronamente y extendió los brazos, como si fuera una ardilla voladora, y dejó que el viento lo transportara.

Una brusca ráfaga de aire se arremolinó en torno él, batió la capa azul de este y lo elevó inesperadamente. Voló alto por encima de la cabeza de Iome. El salto lo propulsó a más de treinta metros por el aire y a doscientos metros en la dirección del viento.

Se posó como un cuervo en el enorme roble junto al arroyo, donde Iome lo había descubierto al principio. Las ramas superiores se movieron y mecieron bajo su peso.

—¡Por los Elementos! —exclamó *sir* Hoswell, corriendo hacia el pie del árbol.

Cogió el arco de acero que llevaba a la espalda y, tal era la inusitada fuerza de *sir* Hoswell, que encordó el arco mientras seguía sentado en la silla. Se dispuso a disparar al tipo con una flecha.

El emisario se acomodó entre tres ramas y se rio como un loco al tiempo que Iome y Myrrima se acercaban. Iome avanzaba con cautela, se preguntaba por qué ese hombre había cambiado de actitud tan bruscamente: de asesino burlón a maniaco poseso.

—¡Es un señor del cielo! —exclamó Myrrima asombrada.

—¡Qué va! —gruñó *sir* Hoswell encolerizado—, un señor del cielo hubiera salido volando de este lugar. ¡No es más que un recondenado hechicero inkarrano!

Ya que lo decía Hoswell, el fulano tenía pinta de inkarrano: tenía el pelo canoso, un rasgo poco común en el norte, pero no era lo suficientemente pálido de piel y sus ojos eran de un castaño oscuro en vez de plateados o grises. *No es inkarrano*, pensó Iome, *tan solo un mestizo*.

Hoswell lanzó una flecha hacia el árbol, que se perdió rauda hacia arriba, disparada por el arco de acero. Pero el asesino la esquivó, o quizás la apartó una ráfaga de viento.

—Hola —dijo Iome a aquel ser, y levantó la mano para ordenar a Hoswell que no disparara más.

El mensajero seguía cacareando. Iome lo observó. En ese momento, ya que lo intentaba, lo presentía. Siempre había sido sensible a los Elementos y en ese momento notaba el Elemento que manejaba al fulano. No se trataba de un frío y calculador asesino, sino de uno que se había entregado al aire, uno apasionado, caótico y completamente temerario. Iome había reconocido que algo no andaba bien casi de inmediato, incluso al descubrirlo de lejos.

El emisario continuaba con su risa disimulada. Iome intentó sonreír, contagiarse del estado de ánimo del otro, percibir el Elemento que lo controlaba. No sabía mucho



sobre la magia del aire. El aire era un amo y señor impredecible, indomable y voluble. Antes de aprovecharlo, uno tenía que aprender esos estados de ánimo e imitarlos.

Sin duda, aquella farfulladora y endiablada criatura no podía ser un asesino si se comportaba de aquella manera. *No, ya comprendo lo que hace*, pensó Iome. *Adopta ese estado de ánimo a fin de congraciarse con el aire. No obstante, el viento es un amo inestable, lo mismo otorga diez veces el poder que un hombre necesita que lo rechaza sin contemplaciones.*

Pensó en la Gloria Caída, el espíritu elemental de aire que había escapado de ella. *¿Habría mandado este al asesino?*, se preguntó. *¿Puede haber iniciado este sutil ataque?*

Sir Hoswell le lanzó una mirada fulminante al emisario.

—¿Quién te ha enviado?

—¿Quién? ¿Quién? —gritó el tipo, agitando los brazos alegremente como si fuera una lechuza.

La muñeca rota le había dejado una mano de trapo. La miró, esbozó un gesto de dolor y dirigió a Iome una mirada acusadora:

—¡Eso duele!

—¿Por qué no bajas? —dijo Iome.

—¿Al suelo? —gritó el tipo algo alarmado—. ¡Al suelo, al suelo! ¡No! ¡Estaba la pájara pinta sentadita en su verde limón, con el pico picaba la hoja, con la hoja picaba la flor!

De repente, se le iluminaron los ojos como si hubiera tenido una idea.

—¡Milano!, ¡filano! ¿Por qué no os convertís en milanos y subís aquí? ¿Sabéis que podéis? Si pudierais, lo haríais. Lo haríais si pudierais. ¡En sueños!

A Iome se le aceleró el corazón. La semana anterior había soñado con eso, con que se convertía en milano y sobrevolaba el castillo de Sylvarresta, flotaba a la deriva en el aire y escapaba de los problemas.

El emisario abrió mucho los ojos, estiró la mano sana y le hizo señas para que se aproximara.

—Acércate a mí, oh, pesada y torpe reina del cielo, ¡para volar no hacen falta alas!

*Lo dice en serio*, pensó Iome, *quiere que me una a él.*

Una fuerte ráfaga de viento arremetió contra la espalda de Iome y casi la arrancó de la silla de montar. Iome sujetó la perilla y se aferró a ella. En ese instante, recordó la advertencia de Gaborn y se extrañó ante su propia estupidez. Si se soltaba, el viento la levantaría de la silla y temía adónde podía conducirla. Pidió socorro a gritos.

Hoswell disparó otro proyectil. La flecha se clavó en el árbol sobre la cabeza del asesino, cosa que lo descentró. El viento en torno a Iome cesó.

El asesino se giró y gruñó como un perro rabioso, encolerizado ante el inesperado ataque.

—¿No? —gritó—. ¡No! ¡No! ¡No viene! ¡No crece! ¡No como el hijo en ella crece!

Gruñía como la Gloria Caída.

—Dame al hijo del rey. Huelo un hijo en tu vientre. ¡Dámelo o lo tomaré!

El asesino agarró la flecha y la extrajo del tronco del árbol, donde se había incrustado la punta de metal y arrojó el proyectil hacia Hoswell. La flecha voló a una velocidad asombrosa, se difuminó mientras se precipitaba hacia el caballero, planeando de izquierda a derecha como ninguna otra flecha podría hacer.

Acertó en el hombro de Hoswell, pero simplemente rebotó en la armadura y salió disparada hacia la hierba.

Atenta, dijo la voz de Gaborn a Iome.

Iome se agachó justo cuando la flecha se elevaba y daba sacudidas a su alrededor. Seguidamente, pasó rozándole la cabeza y comenzó a desdibujarse mientras aceleraba. Luego, puso rumbo a otra parte, se perdió en la distancia. Sin los dones de metabolismo, Iome se habría visto empalada.

—¡Maldito seas! —gritó Hoswell—. Trepé el árbol en su busca si es preciso.

—¡Espera! —le advirtió Iome.

Iome miró fijamente al asesino y este le devolvió la mirada, se reía atropelladamente. La reina percibía al Elemento que lo controlaba. Nunca se había topado antes con un mago aéreo. Sentía la confusión en torno al emisario, la indecisión, como un cerco. El hombre no tenía uso de razón, ni voluntad propia. Se movía según el viento lo controlaba. Ya se había entregado con más ahínco, con la esperanza de que el viento lo defendiera.

Iome sentía la inestabilidad del hombre, el aire se apoderaba de él. Ya no era humano y apenas podía pensar de manera congruente. Era un loco farfullero a quien empujaba el viento. Una pobre criatura desprovista de voluntad. El espanto la invadió mientras caía en la cuenta de que quería que ella se uniera a él, que se convirtiera en lo mismo.

El sueño del milano. En ese momento, recordó que lo soñó durante una tormenta, bajo el azote del viento.

No, no era el hechicero quien deseaba que se convirtiera en lo mismo que él, sino que era el viento. El Elemento del aire.

Arrójate al vacío, déjame que te lleve.

—Bien, buen señor —dijo Iome intentado distraerlo—, ¿crees que me puedes enseñar a volar?

—¿Volar? ¿Volar por el cielo? Volar ¿Andar como una mosca? Hablar como una mosca. ¿Hablarle al cielo? ¿Por qué? ¿Por qué nos pregunta? —Comenzó a decir atropelladamente el asesino.

Con la mano sana rascaba la corteza del roble y Iome estaba asombrada ante la fuerza del individuo, ya que consiguió arrancar parte de la corteza descuidadamente.

Con tranquilidad, Iome se acercó al caballo de *sir* Hoswell, quien encocó otra

flecha sin estar seguro de si debía disparar. El último proyectil casi había atravesado a la reina.

Iome se mojó los labios y besó la punta de la flecha, la varilla y las plumas, del mismo modo que la flecha de Myrrima se había mojado antes de matar a la Gloria Caída.

—Dispárale ahora —susurró Iome.

El asesino chilló y buscó un escape. Aquel espanto repentino le indicó a Iome que había adivinado las intenciones de esta. Hoswell apuntó con el arco de acero. El tipo dio un salto, y el viento en torno a él chilló, como si el viento mismo tuviera miedo, y le batió la ropa hasta agitarla como alas.

Hoswell soltó la flecha y esta se convirtió en una forma oscura y difuminada que se clavó en el hombro del asesino, que dio unas seis vueltas en el aire. A continuación, los extraños vientos que lo sostenían se disiparon bruscamente y el cuerpo descendió en picado, como si se hubiera caído de una rama. Aterrizó con un golpe seco.

De la garganta se le escapó un quejido, un lamento que se elevó en el cielo y se arremolinó en lo alto, dando vueltas al roble. Espantada, Iome miró hacia arriba. El cuerpo del hechicero yacía a sus pies, pero una parte de él aún vivía, un torbellino de aire que circulaba muy arriba y gemía por sí solo.

Hoswell desmontó y le dio la vuelta al cadáver, apenas chorreaba sangre. La flecha clavada en el hombro le había causado una herida superficial que no debería haberlo matado. Sin embargo, el inkarrano yacía inmóvil, sin respirar, con la mirada perdida.

No lo hemos matado, comprendió Iome, no de la manera en que Myrrima acabó con la Gloria Caída. Este mago ha escogido abandonar su cuerpo.

Hoswell envolvió la garganta del emisario con la mano y apretó, luego cogió un puñado de tierra del suelo y empezó a metérsela al muerto por la boca y la nariz. Algo temerosamente, avizó a su alrededor mientras lo hacía.

—He oído decir que, cuando se abate el cuerpo de un señor del cielo, hay que enterrarlo enseguida —dijo Hoswell a Iome—. De ese modo, no puede recobrar el cuerpo. Lo mejor es coserle la boca y los orificios nasales también, pero tapados con tierra aguantará un poco.

Iome no sabía nada de eso. No era soldado del frente, nunca había imaginado que se enfrentaría a tales criaturas mágicas. Aún se preguntaba si la Gloria Caída regresaría, ya que no habían hecho nada de eso con el cadáver.

Una fuerte ráfaga de viento rugió en el cielo y se precipitó contra la espalda de Hoswell, derribándolo. De repente, el cuerpo del hechicero subía y bajaba como si estuviera agonizando.

Hoswell lanzó un puñado de tierra al aire y el viento mágico se retiró en forma de remolino. Como si estuviera frustrado, se elevó con gran estruendo a la copa del árbol y zigzagueó entre las hojas secas; hizo que se desprendieran todas.

—¡Espera! —dijo Iome, aterrada ante tanta truculenta molestia que Hoswell se tomaba para matar al hombre.

Hoswell levantó la cabeza y la miró con curiosidad.

—Quiero descubrir qué es lo que pretende. ¿Por qué nos has atacado?

—No sacaréis nada en claro de un loco controlado por el viento —dijo Hoswell.

—Regístralo —ordenó Iome.

Hoswell registró el monedero del emisario y no encontró nada. Le quitó la bota derecha: tenía el pie y la pantorrilla llenos de tatuajes azules, al estilo inkarrano, aunque los dibujos no eran el habitual árbol de la ciencia, sino el símbolo de los vientos entre el nombre de su linaje. Iome entendía poco de jeroglíficos inkarranos y a duras penas pudo leer lo que allí había escrito.

Hoswell se rascaba la mandíbula mientras examinaba los tatuajes.

—Sin duda es inkarrano. Se llama Pilwyn. Zandaros es su linaje patriarcal, pero la furcia que lo engendró se llama Yassaravine —dijo Hoswell de modo significativo.

Le clavó los ojos a Iome.

—¿Yassaravine coly Zandaros? —preguntó Iome—. ¿La hermana del rey de las tormentas?

El rey de las tormentas era quizás el noble más poderoso de toda Inkarra. La leyenda contaba que su linaje descendía directamente de los señores del cielo, pero que su padre había caído en desgracia y perdido el favor de estos. Lo que Hoswell le decía era que aquel mago, que tenía a su merced, era un poderoso lord por derecho propio.

Los inkarranos no luchaban en guerras. Los líderes inkarranos resolvían las disputas entre ellos mismos, pero los métodos inkarranos de combate eran a menudo sutiles y perversos. Casi nunca dos de ellos se enfrentaban con armas, sino más bien la víctima era envenenada o humillada o se la hacía enloquecer o suicidarse.

Al reflexionar sobre las acciones de aquel hombre, Iome quedó boquiabierta de asombro. Seguramente se había deleitado enormemente al disfrazarse de mensajero mystarriano, se habría divertido con la ironía de hacer de emisario en la tierra que intentaba destruir.

Iome comprendió la sensación estremecedora que había notado al rozar la funda del mensaje, grabada con runas mágicas, escritas con viento. A Iome no le cabía duda de que si Gaborn hubiera tocado la funda del pergamino, el mensaje lo habría destruido.

Lo que era peor, el emisario había dicho que había enviado sueños a Iome para perturbarla, o que había espiado los sueños de esta.

—¿Es esto lo que creo que es? —le preguntó a Hoswell.

—Me temo que sí —dijo Hoswell—. Por primera vez en la historia, los inkarranos se han colado en Rofehavan para hacernos la guerra, *milady*, y nos van a enseñar toda una nueva manera de combatir.

Frustrada, Iome apretó los puños y escudriñó el cielo. No deseaba matar a otro

lord, especialmente a un extranjero cuyos parientes podían clamar venganza. *¿Por qué deseaban los inkarranos la guerra?* Se preguntó si podría razonar con aquel tipo.

El viento ululaba entre las ramas más altas del árbol y Iome se dirigió a este:

—Pilwyn coly Zandaros, hableme.

La masa de aire cesó de moverse entre las ramas, quedó suspendida en lo alto del roble, como si le prestara atención.

—No os hemos atacado —gritó Iome—. Ni queremos una guerra con Inkarra. Esperamos aliarnos con vosotros en los aciagos tiempos que se avecinan.

El viento no respondió. Iome no sabía si el lord inkarrano podía hablar con ella en aquella forma. *Quizás le resulte una ardua tarea*, razonó Iome.

—Sir Hoswell, sácale la tierra de la boca y de la nariz.

—¿Milady? —inquirió Hoswell.

—Hazlo —dijo Iome.

Hoswell obedeció, pero el cadáver no se movió, se limitó a sonreír misteriosamente al árbol. Iome se fijó en que el tipo no tenía los ojos vidriosos.

Esta retrocedió hasta la carretera con el caballo, unos doscientos metros, hasta llegar junto a la funda del pergamino. No se atrevió a tocarla sin más, sino que le echó varios puñados de tierra encima. Durante unos instantes, dos runas escritas con viento se arremolinaron y, finalmente, se disiparon, ahogadas por el polvo. Solamente una vez que hubieron desaparecido, abrió Iome la funda y leyó el mensaje en el pergamino amarillo que había caído al suelo.

iAh, saborear el aire que da vida  
por última vez!

El pergamino era una maldición, entonces. Una que habría estrangulado a su marido, si este se hubiera atrevido a tocar la funda. Iome rompió el pergamino en dos y pisoteó la funda. A continuación, regresó hasta el árbol.

—Nos llevaremos su caballo como palafreñ —le dijo a los otros—. No quiero que nos siga. Pero dejadle algo de dinero y comida, para que pueda regresar a casa lo mejor que pueda.

—¿Dejaréis que viva? —preguntó Hoswell.

No ocultó la incredulidad de su tono de voz. Iome se arriesgaba demasiado.

—Puede que el rey de las tormentas desee una guerra, pero nosotros deseamos la paz —dijo Iome—. Dejemos que Pilwyn coly Zandaros vuelva a su hogar y refiera este mensaje a su tío.

Con ello, tomaron el caballo del inkarrano y dejaron su cuerpo bajo el roble. El tipo aún no se había movido, ni respiraba. Hoswell le dejó la flecha en el hombro.

No habían recorrido los tres más de doscientos metros cuando una flecha pasó rozando la cabeza de Iome.

Iome miró hacia atrás. El inkarrano estaba de pie con el pelo canoso flotando en

el aire. Se había arrancado la flecha del hombro y la había lanzado por encima de la cabeza de Iome.

—El honor me obliga a agradeceros vuestra amabilidad, alteza —gritó a Iome—. Vuestra vida por la mía.

Iome se obligó a efectuar una inclinación de cabeza, como se enseñaba a las damas de la corte y dijo:

—Que haya paz entre nosotros.

Pero el inkarrano negó con la cabeza.

—Aunque el rey de la tierra amenace con el puño y grite contra ello, el viento le trae guerra. Para él y las vastas hordas de la humanidad no hay esperanza, *milady*. El rey de las tormentas os ofrecerá un lugar seguro.

Señaló hacia una nube distante, un gran cumulonimbo en el horizonte. Iome se volvió y continuó en dirección sur.

## Capítulo 42



### *Un señor del Averno.*

**L**as murallas de Carris se estremecían conforme la horda de los reaver se precipitaba entre la niebla.

En los prados, ante las puertas de la ciudad, las tropas comunes de Indhopal huían para salvar la vida cuando la guardia del castillo comenzó a subir el puente levadizo. Muchos de esos soldados tomaron carrerilla por el paso elevado hasta llegar donde había estado el puente levadizo; seguidamente, se tiraron al agua y nadaron a lugar seguro, totalmente dependientes de que los apostados en las barbancas los sacaran del lago. El agua se llenó de chapoteos, súplicas de socorro y gritos de aquellos que se ahogaban.

Otros eran demasiado lentos y no lograron huir; a esos, los reaver los acorralaron o los persiguieron sin piedad. Ante el asombro de Roland, muchos de los hombres, al enfrentarse a un reaver que les bloqueaba el camino, simplemente huían aterrorizados hacia la llanura, adentrándose todavía más en el peligro, o se tiraban al suelo y se acurrucaban, sin poder moverse del espanto. Miles de hombres quedaron así varados, separados de Carris.

Roland se aferraba a la muralla del castillo. Los cuervos y las gaviotas de la ciudad comenzaron a huir de los nidos, solamente los gree llenaban el aire, se retorcían como seres atormentados.

Nueve reaver hechiceros se abalanzaron sobre el castillo, con la cabeza en alto, portando los báculos, atraídos por el olor a hombre. Los soldados de las murallas gritaron horrorizados.

Los tejedores de llamas de Raj Ahten corrieron al adarve, en lo alto de las puertas de la ciudad, y los soldados se apartaron de ellos. Los tejedores explotaron y se vistieron de llamas vivas. Uno de ellos levantó una mano y extrajo luz del cielo y, mientras la luz del sol giraba en torno a la palma de su mano y se canalizaba en ella, se vio rodeado de penumbra.

En el aire dibujó una silueta: una runa de fuego tomó forma ante él, un magnífico escudo verde de fuego vivo que brillaba como el sol. El tejedor lo empujó hacia

delante. La runa flotó hasta el otro lado del paso elevado y quedó suspendida en el aire a doscientos metros de las puertas del castillo. Uno detrás de otro, dos tejedores más lo imitaron y, seguidamente, el primer tejedor creó una cuarta runa.

La temperatura en torno a Carris aumentó diez grados mientras los tejedores extraían calor del cielo. La fría llovizna que había estado cayendo se tornó en aguanieve.

Sin embargo, en treinta segundos un muro de cuatro escudos llameantes bloqueaba el paso elevado, cortaba la retirada a los hombres, o frustraba el ataque de los reaver.

Mientras tanto, detrás de los reaver magos, el principal cuerpo del ejército reaver marchaba en dirección norte, como si Carris no les concerniera en absoluto. Roland sintió un alivio tremendo.

No somos nada para ellos, comprendió. Sea lo que sea lo que quieren, Carris no es nada para ellos.

Pero, en la planicie, el grupo de nueve reaver hechiceros se había puesto en filas y cargaban por el campo de batalla como gansos en formación, con el líder mago a la cabeza.

No, cayó en la cuenta Roland de repente, no somos nada para ellos. No opinan gran cosa de nosotros y por eso solamente sienten la necesidad de enviar a estos nueve.

El líder era una criatura enorme que medía casi siete metros desde el hombro al suelo, con runas llameantes tatuadas por toda la cara y en los antebrazos. Con la cabeza erguida, sin demostrar temor alguno, se acercó al paso elevado, báculo en alto. Mientras se lanzaba, el resplandor azul apagado del báculo se tornó rojo carmesí y la varilla misma empezó a dejar una estela de humo.

Los artilleros soltaron una lluvia de proyectiles con las ballestas. El zumbido de las ballestas acentuaba los gritos de «¡Recarguen!» y el movimiento de manivelas. A tan corta distancia, un artillero podía atravesar a un reaver. Pero, misteriosamente, todos los proyectiles se desviaron bastante del objetivo.

*¡Magia!*, pensó Roland. *No podemos dispararles. No podemos detenerlos.*

El gran líder mago llegó hasta el final del paso elevado y se detuvo un momento ante los verdes escudos de llamas. Movía la cabeza de un lado a otro, como si los examinara. A continuación, probó a alargar el brazo y tocar con el báculo aquel remolino verde de llamas vivas.

Roland se imaginó que conseguiría apagarlas, que los escudos se desplomarían sin hacerle daño.

Con el estrépito de una avalancha, los escudos explotaron y sacudieron los cimientos del castillo. Roland cayó de espaldas. Rayos de llamas verdes salieron disparados hacia el cielo. Una masa de aire caliente pasó por encima de Roland con violenta conmoción y, aunque se encontraba a más de doscientos metros de distancia, a Roland le pareció que estaba apoyado en la forja de un herrero. Los hombres que se



encontraban más próximos a aquel infierno gritaron de dolor y se agacharon en busca de abrigo.

Las llamas azotaban Carris. El calor era tan intenso que los encantamientos de agua comenzaron a ponerse en marcha.

Una nube de vapor salió expulsada violentamente como un géiser, hacia el cielo, en forma de gran cortina que obstruyó el campo de visión de Roland. Con la manga se secó el agua que le empapaba los ojos, debido a la condensación en la frente.

Durante un instante, Roland miró hacia arriba y distinguió emocionado el arco iris más hermoso de todos. Se puso de pie. Las nubes de vapor seguían elevándose, oscureciéndolo todo, y, durante unos minutos, no pudo ver nada.

Aunque las murallas de Carris estaban protegidas y reforzadas con runas de la tierra, la explosión había castigado los muros y había movido algunas piedras. Enormes losas de yeso se desprendieron de la parte interior y exterior de las murallas, destrozaron el encalado exterior y dejaron la piedra expuesta a la fría agua nieve.

Fue entonces cuando los hombres en las murallas más próximas a los reaver empezaron a gritar, a vitorear y a silbar.

Roland divisó por fin al mago, tendido a doscientos metros del paso elevado, negro como el carbón y más feo que cualquier pesadilla.

Estaba muerto, inerte. De las heridas le salía humo verde, allí donde las lanzas de fuego lo habían penetrado. Tras él, otros magos chamuscados por las llamas yacían de lado, y en vano piataban el suelo con las extremidades rotas.

Cuatro de los magos de la retaguardia, se giraron y huyeron del castillo, bien cojeando o bien arrastrándose sobre sus extremidades fracturadas.

Roland silbaba y miraba boquiabierto la victoria; jadeaba aliviado. *Los hemos derrotado*, pensó. *Hemos repelido su ataque*. Los hombres aplaudían y vitoreaban.

En las planicies, aún quedaban unos cuantos miles de hombres a pie, atrapados. Solamente tres docenas de reaver se habían molestado en acorrarlos. Los reaver merodeaban entre ellos, degollándolos por decenas, aunque cientos de soldados habían alcanzado el paso elevado y se habían tirado al agua.

Roland estuvo un rato observando la campiña. La niebla se desvanecía a ritmo constante y, a casi dos kilómetros del castillo, largas filas de reaver marchaban hacia el norte. El traqueteo de los caparazones contra la piedra resonaba por doquier, como el oleaje. En los montes cercanos, Roland divisó a miles y miles de reaver.

Había muchas especies que los hombres clasificaban como reaver, eso lo sabía Roland, pero pocas veces uno se topaba con diferentes variedades. La mayoría de los reaver que pintaban los hombres eran los reaver comunes, las hordas de los temidos portadores de acero y los temibles hechiceros que dirigían esas hordas.

Sin embargo, existían otras especies y, en ese momento, por primera vez Roland descubrió algunas entre los portadores de acero, los gusanos de muchas patas que los hombres llamaban «orugas de cola», de veintisiete metros de longitud cada una, y otras criaturas amarillentas, con forma de araña, más pequeñas, llamadas

«bramantes» porque de vez en cuando aullaban de manera extraña.

Aunque aquellas bestias no se parecían a los reaver comunes, de algún modo encajaban en la sociedad reaver. Si se trataba de especies inteligentes que los reaver habían conseguido dominar o animales simples adiestrados para hacer de esclavos a los reaver, nadie lo sabía.

Seguidamente, entre la niebla hizo su aparición el líder del ejército de los reaver. Era una criatura mitológica, un lord reaver que nadie habría visto en la superficie durante miles de años.

—¡Una maga maligna! —gritaron los hombres espantados conforme salía de la niebla.

Cien reaver hechiceros la portaban sobre un palanquín. Aunque un reaver era más alto que un elefante, la maga los hacía parecer enanos en comparación. De los hombros al suelo medía unos diez metros, el doble que un reaver común, el cuerpo entero estaba cubierto de runas que resplandecían como una prenda de luz. No iba sola en el palanquín, sino que se sentaba entre varios cristales brillantes, tan brillantes que Roland se imaginó al verlos que se trataba de una cama de refulgentes diamantes.

Pero no, se percató Roland, se trata únicamente de huesos de reaver, huesos limpios, sin carne, pulidos por lenguas de fuego. Esos eran los enemigos derrotados por la maga.

Entre las garras llevaba un enorme báculo resplandeciente de tono citrino.

*Es hermosa, pensó Roland.*

Cualquier reaver le daba tanto pavor que no sabía lo que sentir por esta. Miró para comprobar la reacción de los otros hombres, pues sospechaba que los soldados de las murallas conocerían las leyendas lo suficiente como para sopesar el peligro mejor que él. El rostro del barón Poll, quien había estado bromeando al ver a otros magos menores, se había tornado pálido y se hallaba aterido de espanto. Incluso el mismo Raj Ahten la contemplaba boquiabierto, con los ojos de par en par y resoplando por la nariz.

Minutos antes, Roland había suspirado con alivio. En ese momento, el vello de la nuca se le erizó y en los brazos se le puso la piel de gallina.

Allí tenían a un verdadero señor del Averno.

Los reaver magos que habían probado las enigmáticas llamas de Carris se precipitaron hacia el palanquín.

—¡Oh, oh! —murmuró el barón Poll presintiendo peligro—. Si hay algo que no me gusta son los chismosos.

*Quizás a la maga maligna no le importará, se dijo Roland con ansia. Igual tiene asuntos más urgentes que atender en el norte.*

Los cuatro magos llegaron hasta el palanquín y, ante la sorpresa de Roland, inclinaron las cabezas con forma de pala hacia el suelo en deferencia, casi exactamente como caballeros que se presentan ante un lord. La maga líder levantó la cola como si fuera una chinche hedionda. Los magos portadores del palanquín se

detuvieron.

La maga maligna giró la gran cabeza hacia Carris y, seguidamente, hizo algo que Roland jamás había visto; se levantó sobre las patas traseras, como una marmota ante su madriguera, para que las patas delanteras y las medias quedaran colgando inútiles en el aire. La maga resplandecía bajo aquella mañana gris. Tensó los filia en torno a la cabeza y los ondeó como los tentáculos de una anémona marina que intenta atrapar alimento en las corrientes del agua.

—Desde allí no puede vernos, ¿verdad? —preguntó Roland, con la esperanza de que a esa distancia pasara desapercibido.

—Nos olfatea —dijo el barón Poll—. Olfatea a los ochocientos mil que somos.

La maga maléfica cogió el enorme báculo con ambas manos, se bajó del palanquín de un salto y se dirigió hacia Carris a grandes zancadas. A su espalda, todo su ejército, miles y miles de reaver, la seguían como una marea negra.

Abajo, sobre las puertas del castillo, los tejedores de llamas que acababan de derrotar a los otros magos, comenzaron a extraer llamas del cielo frenéticamente y a colocar otros conjuros infernales delante de Carris. Mientras se afanaban, el aire se fue enfriando, y los tejedores absorvieron calor incluso de las murallas de piedra, hasta que estas quedaron cubiertas de escarcha. El aguanieve que caía se convirtió en nieve flotante.

Los tejedores prepararon otros nueve conjuros muy rápidamente y se quedaron sin energía. Las llamas que se retorcían por su cuerpo se apagaron; pronto, los tres quedaron desnudos ante el frío. No tenían vello o pelo alguno, ya que hacía tiempo que se había quemado. La nieve se convirtió en vapor con un chiss al caer sobre la piel caliente de los tejedores. Roland comprendió que los tejedores no creían que los conjuros pudieran detener a una maga maléfica.

A su paso, los reaver se detenían a recoger los maltrechos cadáveres de los soldados rasos de Raj Ahten con los dientes. Así, cuidadosamente y con los cuerpos inertes en el buche, se acercaron al paso elevado como si fueran a hacer una ofrenda, del mismo modo en que los gatos dejan ratones en el portal de su dueño. Algunos de los hombres solamente estaban heridos y se oían sus gritos de dolor o pedían socorro en indhopalés. Los alaridos se le clavaban en el alma a Roland, pero no podían rescatar a aquellas almas perdidas.

La maga maligna se aproximó, acechante, al castillo, y se detuvo a unos cuatrocientos metros.

Cien magos menores, hechiceras escarlatas, abrieron filas y la rodearon. Miles y miles de reaver se agolpaban a espaldas de la maga, una lúgubre horda que abarrotaba los prados; casi todos con un hombre entre los dientes cristalinos.

Los reaver aún se encontraban algo alejados de los verdes escudos llameantes de los tejedores.

La maga maligna levantó el báculo citrino y lo apuntó hacia las murallas de Carris, como si fuera a lanzar un conjuro funesto. Los hombres gritaron despavoridos

y se agacharon para ponerse a cubierto.

*¡Ahora nos va a demostrar de lo que es capaz!*, pensó Roland.

## Capítulo 43



### *De las debilidades humanas.*

**G**aborn no descansó mucho en Tor Doohan. Sentía la necesidad imperiosa de apresurarse en dirección sur, de luchar en nombre de la tierra. El mediador del castillo de Groverman debía de haber estado trabajando toda la noche, pues por la mañana temprano Gaborn ya apreciaba el efecto de los cincuenta dones que había pedido. Los músculos bajo la armadura se le habían tensado y la sangre le fluía vigorosa, lista para la batalla.

De manera que dejó que los caballos comieran y descansaran solamente tres horas esa mañana, hasta que no pudo contenerse.

Antes del mediodía, partió rumbo al sur, con un pequeño cortejo de doscientos cincuenta hombres y mujeres: cien nobles de Orwynne y Heredon y otros ciento cincuenta de Fleeds. Aunque, en muchos sentidos, eran un robusto conjunto bélico, los mejores soldados de tres reinos, y el pecho de Gaborn estaba henchido de esperanza. Pronto se uniría al gran ejército del rey Lowicker y, por el camino a Carris, esperaba reunir a los caballeros equitativos y a otros lores de Mystarria.

Se le antojaba que, al llegar a Carris, quizás tendría medio millón de hombres a sus órdenes, y que el ataque se vería liderado por algunos de los señores de las runas más poderosos del mundo.

Una y otra vez se emocionaba con la idea de que el viejo rey Lowicker de Beldinook se uniera a él. No esperaba que Lowicker fuera en persona.

Algunos calificaban a Lowicker de «frágil», aunque era un eufemismo. Su fragilidad era más mental que física. En los últimos dos años, había ido perdiendo facultades mentales. Simplemente, el hecho de que Lowicker poseyera la inteligencia de tres hombres distintos, le permitía almacenar sus recuerdos en la mente de esos hombres y le permitía ocultar la gravedad de su dolencia.

El rey Lowicker siempre fue uno de los aliados incondicionales del rey Orden. Apenas hacía tres semanas, Lowicker había organizado un gran banquete en honor al padre de Gaborn, a su paso hacia el norte.

Lowicker aduló a Gaborn de manera categórica, incluso insinuó que el príncipe

sería un magnífico marido para su hija, una joven rechoncha que no poseía ni una sola virtud sobresaliente, pero que, a la vez, parecía carecer de vicios.

Gaborn recordaba una velada bebiendo ponche caliente junto a la chimenea, durante la cual Lowicker y su padre estuvieron contando anécdotas de cacerías puesto que, años antes, Lowicker a menudo había acompañado a Orden al norte durante las cacerías de otoño.

Pero, tres años atrás, Lowicker se había caído y roto la cadera y, a partir de ahí, el anciano Lowicker apenas montaba a caballo y siempre que lo hacía le resultaba muy doloroso. Nunca pudo volver a cazar y el padre de Gaborn lamentó tal cosa.

Mientras Gaborn se dirigía al sur, sabía que Iome estaría enojada con él. En parte se había dado prisa por salir de Tor Doohan porque tenía una creciente sensación de peligro proveniente del sur, presentía la necesidad de atacar con celeridad. Aunque era algo más que eso, se apresuraba porque esperaba disuadir a Iome de seguirle.

Sabía que ella ya se había enfrentado a un peligro en las fronteras de Heredon esa misma mañana y, mientras avanzaba, comenzó a sospechar cada vez más que los hombres a su cargo morirían ese día. No deseaba contar a Iome entre las bajas.

La muralla de Kriskaven abarcaba unos ciento ochenta y cinco kilómetros de la frontera entre Fleeds y Beldinook. Un bastión de roca negra de casi siete metros de altura y otros tantos de ancho de base. Aparte de eso, en el flanco norte de la muralla había una zanja, excavada tiempos atrás, que servía de cuenca fluvial poco profunda todo el año salvo en mitad del verano, cuando no llevaba agua.

En lo alto de la muralla podían cabalgar dos jinetes en paralelo, pero los nobles de Beldinook no habían tenido necesidad de tener la muralla de Kriskaven vigilada en los últimos doscientos años.

Cuando, en las primeras horas de la tarde, Gaborn se acercaba a la muralla por la puerta de Feyman, se alegró al contemplar que las almenas rebosaban soldados de Beldinook, al ver caballos galopando en lo alto, al oír los olifantes de bienvenida procedentes de la muralla. Calculó que solamente en aquella entrada había unos mil soldados apostados.

La muralla supondría un obstáculo formidable si las tropas de Raj Ahten intentaban regresar por allí. Sin embargo, conforme Gaborn y los caballeros se acercaban a la muralla, notó la familiar sensación de aguijoneo, como si un velo hubiera caído sobre todos ellos. La tierra susurraba «peligro».

A doscientos metros de la puerta abierta, Gaborn dio el alto mientras examinaba a los centinelas delante de él. Los hombres vestían el uniforme de Beldinook, con largos cascos de plata de cimera cuadrada y petos pesados; escudos con los campos de color pardo y el cisne blanco, y los característicos arcos anchos de Beldinook. Ondeaban el estandarte de Beldinook. En lo alto, un capitán hizo un gesto a Gaborn para que avanzara.

Pero algo no andaba bien. La puerta de Feyman estaba abierta de par en par,

como lo había estado durante cientos de años, y los invitaba a seguir adelante. El portón medía trece metros de ancho y, el dintel de la puerta, parte de la muralla, tenía aspilleras y saeteras de sobra.

En silencio, Gaborn advirtió a los elegidos de su séquito de una emboscada inminente. El aire en torno a él se vició de repente con el choque de metal sobre metal cuando los lores bajaban las celadas y desataban los escudos de la grupa de las monturas. Los caballos de batalla conocían los sonidos de la contienda. Aunque el caballo de Gaborn se detuvo, saltó a un lado, ansioso por lanzarse a la carga.

El príncipe Celinor cabalgaba junto a Erin Connal, a dos caballos de distancia de Gaborn. El príncipe miró a su alrededor algo nervioso, se preguntaba qué ocurría.

—¿Quién se opone a nosotros? —gritó Gaborn en la distancia.

El viaje había sido largo y sucio y el polvo le estrangulaba la garganta. Aunque estaba preparado para la lucha, Gaborn no había tomado dones de voz. El viento soplaba hacia el noroeste y azotaba la cara de Gaborn, devolviéndole sus palabras, con lo cual no estaba seguro de si los hombres de la muralla lo habían oído.

Los hombres de Beldinook contemplaban las fuerzas de Gaborn con nerviosismo. Muchos de ellos prepararon sus flechas y se ocultaron tras la crestería.

—¿Quién se atreve a oponerse al rey de la tierra? —gritó la reina Herin, cuya voz atravesó la distancia mucho mejor que la de Gaborn.

Repentinamente, al otro extremo de la muralla se oyó un estruendo de cascos. Aparecieron dos filas de jinetes, una por la izquierda y otra por la derecha, coincidieron ante la puerta abierta y le obstruyeron el paso a Gaborn. Por la puerta, Gaborn solamente distinguía las primeras filas, pero calculó que eran más de mil de caballería.

Al frente cabalgaba el mismísimo rey Lowicker. Lowicker era un hombre de pelo canoso, rostro estrecho y ojos azul pálido, que se iban tornando grises con la edad. Llevaba el largo cabello trenzado sobre un hombro. No llevaba armadura, como si diera a entender que no consideraba que Gaborn fuera lo suficientemente temible como para merecer tal cosa.

Sentado en la silla, fruncía el entrecejo debido al dolor que le causaban las lesiones de antaño.

—¡Da media vuelta, Gaborn Val Orden! —gritó el rey Lowicker—. ¡Regresa a Heredon mientras puedas! No eres bienvenido en mi reino. Beldinook te está vedado.

—Eso no es lo que dijo tu mensajero hace dos días —grito Gaborn—. ¿Por qué eres tan poco hospitalario? Somos amigos desde hace tiempo. Aún podemos serlo.

Gaborn intentó mantener un tono apacible y una actitud familiar; pero, en su fuero interno, le hervía la sangre. Estaba confundido y se sentía traicionado. Lowicker le había prometido su ayuda en falso y lo había instado a apresurarse hacia Beldinook, para luchar a su lado. En realidad, Lowicker tramaba matar a Gaborn como a un perro. Aunque Gaborn intentó mantenerse tranquilo, en su fuero interno sabía que Lowicker ya no volvería a ser un aliado.

—¡Tu padre y yo éramos amigos! —gritó Lowicker, montado en cólera—. Pero no seré un peón en este regicidio.

Señaló a Gaborn con el dedo como si hubiera pillado a un joven sinvergüenza.

—¡Has usurpado la corona de tu padre tan pronto como has podido, pero te queda pequeña! ¡Ahora dices ser el rey de la tierra! Dime, rey de la tierra, ¿son estos cien hombres los únicos insensatos que te siguen a la perdición?

—Otros me acompañan —dijo Gaborn.

Lowicker escrutó a Gaborn con severidad y agitó la cabeza, como si se apenara por los que lo apoyaban.

—Jovenzuelo, cuando empezaste a practicar en la Sala de los Rostros ya tenía mis dudas. Pensé que si deseabas aprender a ser un monarca, al menos debías aprender a actuar como tal. Pero veo que te pavoneas y te acicalas como un gran soberano y no me impresionas. Regresa al norte, joven impostor, mientras aún puedas.

Gaborn presintió una sensación de creciente peligro. Lowicker no lo amenazaba en vano, Erin y Celinor habían informado a Gaborn de que el rey Anders esperaba disuadir a Lowicker y a otros con mentiras y, aparentemente, Anders había logrado hacerlo bastante bien.

Lowicker le había tendido una emboscada, faltaban unos segundos para que ordenase el ataque. A pesar de ello, Gaborn esperaba poder convencer a Lowicker con la verdad.

—¿Me acusas de regicidio, pero tramas mi asesinato? —dijo Gaborn, con la esperanza de que Lowicker viera su propio error—. Me temo que eres tú el peón de Anders. ¡Cómo se reiría Raj Ahten si viera esto!

—Ejecutar a un delincuente no es regicidio —insistió Lowicker—, aunque ese delincuente sea un hombre a quien siempre aprecié como si fuera mi propio hijo. Me gustaría poder creer que eres el rey de la tierra.

No obstante, su tono de voz sonaba frío, y Gaborn dudó de la sinceridad de Lowicker.

—Yo soy el rey de la tierra —le advirtió Gaborn.

Este penetró en el interior de Lowicker mediante el poder de la vista terrestre. Descubrió a un hombre que amaba su posición, amaba la riqueza y las alabanzas más de lo que amaba la verdad; vio a un hombre que siempre había sentido celos de la mayor prosperidad del rey Orden, los suficientes para haberlo recibido con gran pompa, y conspirar con el objeto de asegurarse una parte de Mysteria para él mismo. Un hombre que se había casado con una mujer a quien detestaba a fin de medrar. Gaborn recordaba cómo años atrás su propio padre había llorado la muerte de la buena mujer de Lowicker. Pero Gaborn miró de nuevo en la mente del envejecido monarca y descubrió cómo Lowicker había fingido amarla y cómo, cuando la reina tuvo una caída del caballo y murió en un accidente durante una cacería, sin más testigos que Lowicker, nadie se cuestionó la forma en que había muerto. Vio a un hombre que se creía sabio y que se solía felicitar en secreto por cómo había



conseguido quitar a su mujer de en medio.

Un hombre frustrado porque Gaborn no se había casado con su fea hija, pues esperaba que Gaborn amara la riqueza tanto como él y Lowicker llevaba tiempo tramando cómo organizar el matrimonio de Gaborn y disponerle una muerte precoz.

Mientras Gaborn navegaba por el alma del rey Lowicker, el alma de un hombre que siempre creyó un amigo, sencillamente encontró un cascarón vacío. Donde Gaborn pensó que había decencia y honor, únicamente descubrió una bonita máscara que escondía una escandalosa avaricia.

Lowicker no actuaba como el peón de Anders, sino que, como poco, era confabulador junto con Anders.

Gaborn sintió náuseas.

—Entonces —dijo Lowicker, sonriendo con falsedad—. Si eres el rey de la tierra, muéstrame que lo eres y me convertiré en tu sirviente.

—Lo haré —gritó Gaborn—. Esto digo, que todos los hombres que se nieguen a servirme morirán en los aciagos tiempos que se avecinan.

—Es fácil decirlo, pero difícil de probar —se rio Lowicker a carcajadas—. Y, puesto que todos los hombres van a morir, te sirvan o no, no veo la ventaja de magullarme las artríticas rodillas postrándome ante ti.

—Si no aceptas eso —dijo Gaborn—, permíteme que te revele otra cosa. He mirado en tu corazón y no da la talla. Conozco tus secretos. Me llamas regicida pero, durante una cacería hace ocho años, le rompiste el cuello a tu mujer con el extremo de la lanza. Y no sientes remordimiento alguno, igual que si hubieras acabado con un puerco.

Al rey Lowicker le falló la sonrisa momentáneamente, como si por primera vez se planteara si Gaborn era verdaderamente el rey de la tierra.

—Nadie se cree tus mentiras —dijo Lowicker—. No eres nada, Gaborn Val Orden; ni un rey ni una buena imitación. Ni siquiera un «haber sido», ni un «será». Tu reino está a merced de los despiadados. ¡Arqueros!

Cientos de hombres apostados en la muralla levantaron los arcos. Gaborn estaba a unos doscientos metros de la muralla de Kriskaven. A tal distancia, a las flechas les costaría penetrar la armadura, pero no todas las monturas de su cortejo llevaban armadura. Una lluvia de proyectiles sería devastadora y, en aquel momento, Lowicker tenía sed de sangre.

Sin embargo, el vil y anciano monarca vacilaba.

—¡Un momento! —dijo Gaborn levantando la mano—. ¡Os haré una advertencia más, para ser justo! Soy el rey de la tierra y sirvo a la tierra y la tierra me sirve a su vez. Se me ha encomendado que elija la simiente de la humanidad y aquellos que se atrevan a alzarse en mi contra ¡lo hacen por cuenta y riesgo! ¡Os ordeno a todos, dejadme pasar!

Los hombres de Lowicker comenzaron a reírse a carcajadas y Gaborn los miró fijamente, asombrado de cómo la maldad de un hombre podía subvertir a tantos.

—¡Regresa por donde has venido! —dijo Lowicker.

En ese instante, Gaborn se percató de que había algo que contenía a Lowicker, que le había impedido dar la orden de disparar incluso entonces. Ya que Lowicker se había extirpado la conciencia tan cautelosamente y con tanta precisión como un cirujano experto, Gaborn imaginó que lo único que lo contenía era el miedo.

Gaborn miró de un lado a otro. Junto a él estaba Binnesman, luego *sir* Langley y muchos otros lores de Orwynne, la reina Herin la Roja, Erin Connal de Fleeds y el príncipe Celinor de Crowthen del Sur. Si Lowicker disparaba a aquel cortejo, igual se toparía con ciertas consecuencias indeseables. Quizás, por encima de todo, temía la reacción del rey Anders ante el asesinato de su propio hijo.

Efectivamente, los ojos de Lowicker se posaron en Celinor medio segundo, le lanzaron una mirada desagradable, como si le rogara que se marchara.

Gaborn casi se ríe por dentro. Con repentina claridad, comprendió que la tierra le serviría bien en aquel momento. Se bajó del caballo.

Antes de tallar la piedra, los mamposteros dibujaban una runa rompedora de tierra a fin de debilitar la roca para que se ajustara mejor a su voluntad. Apenas hacía una semana que Binnesman había destruido el viejo puente de piedra por el desfiladero del Mal de forma análoga. Gaborn sabía que podía ejercer tal poder. Con la vista terrestre penetró, no a Lowicker, sino a la mismísima muralla de Kriskaven. La muralla era una vasta extensión de roca que se sostenía mediante argamasa y gravedad.

Al examinarla, descubrió algunos defectos en la piedra. Una grieta abierta donde se había introducido una raíz, un punto débil. No era una muralla lo que veía ante sí, sino más bien una red de pequeñas fisuras. La muralla era tan endeble que con un poco de presión ahí, otro poco allí, un poco más allá, se desplomaría.

—Si es una prueba lo que buscas, ¡te lo demostraré! —gritó a Lowicker—. Una que no vas a poder obviar.

Gaborn se volvió hacia el mago Binnesman. El hechicero, aún a horcajadas sobre el caballo, susurró:

—Milord, ¿qué pretendéis?

—Rechazo al rey Lowicker y a todo hombre que lo respalde —replicó Gaborn—. Préstame el báculo.

El mago le pasó el báculo y dijo:

—¿Estáis seguro de que esto es prudente?

—No, pero es lo justo.

Gaborn miró hacia arriba. Lowicker, aún sentado a lomos de su caballo, sonreía burlón en la distancia, seguro de sí mismo. No obstante, para satisfacción de Gaborn, el cronista de Lowicker comenzó a recular el caballo con nerviosismo.

Gaborn cogió el báculo y cuidadosamente esbozó una runa rompedora de tierra en el polvoriento camino. La runa miró a Gaborn como si fuera una mantis con dos cabezas y tres pinzas, atrapada en un círculo.

—¿Es así como se hace? —preguntó Gaborn al mago, a fin de asegurarse de haberlo hecho bien.

—Los poderes terrestres no se utilizan para matar —le advirtió el mago.

—La tierra permite la muerte —dijo Gaborn—, incluso las nuestras. Salvaré a los que pueda.

Aunque se preguntó si podría salvar a Lowicker. Gaborn necesitaba proteger a su gente y la tierra no le había prohibido quitarle la vida a sus enemigos. Matar a un enemigo tan virulento como Lowicker no era peor que matar a un reaver.

Gaborn levantó el báculo de Binnesman y gritó:

—¡Por la tierra a la que sirvo, ordeno a este muro, rómpete y conviértete en polvo!

Con la mente alcanzó unos cien puntos de presión en la muralla y, seguidamente, golpeó la runa rompedora de tierra con el báculo y notó el impacto en sus pies cuando el suelo comenzó a ondularse y a dar sacudidas. La tierra retumbó como si fuera a abrirse en dos y, bruscamente, los burlones arqueros de las murallas prorrumpieron en alaridos.

La orden de Gaborn no provenía de boca de un mampostero de endeble predisposición que servía a la tierra solamente para recibir algo a cambio. Era la orden del rey de la tierra y, por tanto, era mucho más potente que cualquier otra.

El caballo del rey Lowicker retrocedió, derribando al viejo de la silla. Los caballeros del séquito, rompieron filas, se volvieron y empezaron a huir. Los hombres en lo alto de la muralla se precipitaban a las escaleras o intentaban saltar a lugar seguro.

El parapeto de la muralla de Kriskaven se había sostenido durante mil años. Sin embargo, en ese momento, con el retumbar del trueno, el rey de la tierra la había sacudido. La muralla se estremeció y se retorció unos ochocientos metros en ambas direcciones, se contorsionó como una serpiente.

Pero Gaborn no podía matar sin más a quienes lo habían desafiado.

Notó cómo estaba a punto de derrumbarse y hacerse pedazos según sus designios, pero la contuvo unos momentos para que los hombres que estaban en lo alto pudieran ponerse a salvo.

Cuando ya no pudo sostenerla más, la muralla gimió como un animal rabioso y reventó. Trozos de roca salieron disparados por el aire y llovieron como granizo, rebotaron en el yelmo de Gaborn. El polvo levantado se elevó y creó una nube acre que el viento atrapó y llevó hacia el norte.

Los arqueros que habían saltado de la muralla a lugar seguro se alejaban corriendo de la base de esta, e intentaban taparse la cabeza con las manos.

Una vez se hubo posado el polvo, casi dos kilómetros de la muralla de Kriskaven se habían derrumbado. Incluso en aquel estado maltrecho, era un impresionante montón de escombros. En lugar de la puerta de Feyman había una maraña de pedazos de roca del arco que se había desplomado.

Unos cuantos hombres habían resultado heridos en una pierna o en un brazo al saltar de la muralla. Otra docena de caballeros habían sido arrancados de sus monturas.

Por lo que pudo comprobar, Gaborn no había matado a nadie.

Tras el bajo montón de escombros, los caballeros de Lowicker huían, cientos de hombres se alejaban de la destrucción.

Erin, Celinor y una docena de caballeros se adelantaron a toda velocidad hasta Lowicker, quien estaba en el suelo. Con los caballos, rodearon al viejo monarca, le cortaron la retirada.

Gaborn se adelantó con su séquito, entre la gravilla y los pedazos de piedra que una vez formaron el dintel de la puerta de Feyman, hasta donde estaba tumbado su antiguo amigo. El rostro del rey Lowicker estaba contraído de dolor, tenía la pierna derecha doblada y parecía que nuevamente se había roto la cadera.

—¡Maldito seas! —gritó Lowicker—. ¡Espero que Raj Ahten y tú os matéis entre vosotros!

—Es muy probable —respondió Gaborn.

Contempló a Lowicker desde lo alto del caballo, lleno de preocupación. No deseaba matar al hombre, ni matar a ningún hombre. Pero Lowicker era tan malvado, un soberano tan poderoso, que no sabía qué otra cosa podía hacer.

Albergaba la esperanza de poder conducir a las tropas de Lowicker al frente.

—Te he dado una prueba —dijo Gaborn—. ¿Me jurarás lealtad? ¿Te arrepientes de los delitos cometidos?

Lowicker se limitó a reírse con desdén.

—Por supuesto, milord. ¡Perdóname la vida y, por los Elementos, que te vaciaré el orinal todas las mañanas!

—¿Prefieres morir, entonces? —preguntó Gaborn—. ¿Prefieres la muerte a una vida a mi servicio?

—Si he de vivir, que sea como señor —bramó Lowicker.

Gaborn no se esperaba otra cosa y, con tristeza, agitó la cabeza de un lado a otro. Se volvió a mirar a sus caballeros; abatir a un rey, aunque fuera en el campo de batalla, era una obra muy dura, pues seguramente acarrearía la venganza por parte de otro noble. Muy pocos en el cortejo de Gaborn se atreverían a ello. Pero, ejecutar a un rey a sangre fría, era aún más peligroso, ya que provocaría la ira de los aliados de Lowicker.

Lo mejor era que lo hiciera un hombre del mismo rango que Lowicker, Gaborn se resistía a ello. Se dirigió a los nobles que lo acompañaban y preguntó:

—¿Quién entre vosotros lo sacrificará?

—Yo misma —dijo la reina Herin la Roja con dureza—. Siempre admiré a la esposa de Lowicker. Me vengaré en su nombre.

Cuando Celinor oyó la amenaza de la reina Herin, dijo:

—A vos os corresponde el honor, *milady*, pero me complacería que utilizarais mi

espada.

La reina se bajó del caballo castrado y tomó la espada de Celinor.

Lowicker gritó:

—¡No, por favor!

E intentó arrastrarse como un gusano conforme la reina Herin se acercaba. Aunque Lowicker estaba malherido en el suelo, no se encontraba indefenso del todo: seguía siendo un señor de las runas y poseía dones de fuerza física y metabolismo a su favor. Mientras la reina Herin se aproximaba, el rey Lowicker se movió con increíble celeridad y extrajo un puñal, el cual lanzó con destreza.

La reina Herin intentó esquivarlo con la espada, pero la hoja del puñal se le clavó de lleno en el pecho. La loriga de la reina absorbió el impacto y las capas inferiores acolchadas impidieron que se le clavara.

Lowicker abrió los ojos de par en par al tiempo que la reina Herin se abalanzaba sobre él con la espada. En Fleeds, el castigo por regicidio era la amputación de las extremidades del delincuente y, luego, se le dejaba languidecer. Lowicker no murió al instante debido a las heridas, tenía tantos dones de resistencia que no podía morir rápidamente.

Según los que pasaron luego por allí, Lowicker agonizó hasta la puesta del sol, cuando el frío le arrebató todo el calor al cuerpo; de modo que murió como una serpiente.

## Capítulo 44



### *Punto muerto.*

**L**a maga maléfica se encontraba plantada frente a las murallas de Carris sin más, con aquel asqueroso cayado citrino cuya luz palpitaba y las runas tatuadas en el caparazón que brillaban tenuemente. Señalaba con el báculo en dirección a las murallas y a Roland le parecía que en cualquier segundo pronunciaría una horrible fórmula mágica y las barbacanas se derretirían en escombros o quedarían deshechas como un montón de ruinas.

En vez de eso, se limitó a apuntar hacia el portón de la fortaleza con el báculo y, durante un rato, no sucedió nada.

Roland era buen nadador y, si se presentaba la ocasión, se quitaría la ropa y se tiraría al agua de cabeza desde la muralla. Seguramente podría nadar hacia el sur un par de kilómetros o más y luego volver a la orilla desde donde podría escapar.

Entonces, por fin comprendió el plan de la hechicera.

No les lanzaba conjuro alguno, sino que, de las filas de miles y miles de reaver, se adelantó un solo reaver. Era un reaver diminuto en comparación con los otros, pequeño, maltrecho y lleno de viejas cicatrices. Era el único que se acercaba hacia el castillo, hacia los nueve escudos de llamas verdes que los tejedores habían creado como protección.

Todos los del castillo comprendieron lo que sucedía al mismo tiempo. El capitán de los artilleros ordenó a voces a sus hombres que dispararan a la desvencijada criatura, y así lo hicieron.

No obstante, al igual que la vez anterior, los proyectiles de las ballestas se descarrilaron a toda velocidad y el diminuto y desgraciado reaver continuó lenta y ruidosamente hacia la entrada del paso elevado, justo en medio de los rutilantes escudos verdes.

Roland no pudo ver lo que sucedió, ya que se puso a cubierto antes de que el pequeño reaver provocara la reacción de los guardianes llameantes. Solo notó el retumbar de las murallas del castillo, la turbia ola de calor en lo alto.

Así fue como los conjuros protectores del castillo se desvanecieron. Los tejedores

de llamas, que defendían el castillo, habían agotado todo su poder en vano. Cuando Roland se levantó, miró hacia donde estaban estos. Dos de ellos, desnudos y sin llamas, comenzaron a descender la escalera sigilosamente, como si buscaran refugio, mientras que el tercero permaneció allí, sin más, contemplando los maltrechos escudos con actitud desafiante.

Una vez deshecho el conjuro protector, la maga malvada se volvió y puso rumbo norte a zancadas, como si ya no le importara el castillo.

Sin embargo, una cohorte de mil portadores de acero permaneció apostada allí, como un muro delante del castillo, a unos metros fuera del alcance de la artillería. La intención era obvia, no habría escapatoria posible de Carris.

La hechicera maléfica condujo a su ejército en dirección norte y Roland se sintió aliviado al comprobar que se retiraba. Pero no fue muy lejos.

Justo al norte de la fortaleza había un pequeño cerro llamado monte de los Huesos, donde los nobles lucharon durante siglos por hacerse con Carris.

La malvada maga se detuvo justo al pie del monte y agachó la cabeza hasta que casi tocó el suelo, como un sabueso ansioso por encontrar un rastro. Poco a poco, comenzó a caminar en círculos alrededor de la base del montículo, mientras que sus subordinados permanecían a cien metros de distancia.

Una vez hubo dado la vuelta completa, volvió a agachar la cabeza e hizo lo mismo, aunque al trote, algo más rápida, de tal modo que la cabeza con forma de pala había excavado una circunferencia perfecta. Seguidamente, repitió la acción al galope por tercera vez; ensanchó el surco.

Al hacerlo, todos los otros reaver comenzaron a sisear.

Segundos más tarde, el viento trajo un cierto olor, a algo bajo la nieve y la ceniza, incomparable a nada que Roland hubiera percibido con anterioridad. Algo más dulce que el néctar de las rosas, más frágil y exótico.

De todo lo que había presenciado ese día, aquel aroma era lo más maravilloso. Respiró hondamente, intentó llenarse los pulmones de ese perfume embriagador.

—¿Qué es ese olor? —preguntó al barón Poll un agricultor con un susurro.

—Algo que hacen los reaver —respondió el barón Poll.

—Pero... tenía entendido que los reaver no poseen olor propio, que ni siquiera los perros pueden seguirles la pista.

El barón Poll negó con la cabeza, asombrado.

—Señor, hasta el hombre más sabio del mundo podría escribir todo lo que sabe acerca de los reaver en un libro de diez páginas y, una vez leído, tirarlo a un pozo. Algunos dicen que los reaver no huelen, otros dicen que imitan el olor del entorno, e incluso he oído a algunos decir que pueden producir olores a discreción. Aunque... han pasado dos mil años desde que se produjo un enfrentamiento en la superficie con ellos, y la mayoría de lo que se sabía sobre ellos se ha perdido. Todo lo que nos queda son exageraciones y verdades a medias.

Cuando la maga maléfica hubo dado seis vueltas más al cerro, se subió a la cima.

Los reaver sacaron los cráneos cristalinos del palanquín y los utilizaron para decorar la cima, para que los cráneos sin ojos avizoraran desde allí en todas direcciones.

A continuación, la malvada hechicera levantó el báculo. Los magos de menor curia formaron un corro al pie del monte. Cada uno de ellos, que portaba a un muerto o a un moribundo en la boca, cogieron esos cuerpos y los retorcieron como si fueran de trapo, exprimieron sangre y vísceras y humores orgánicos en la zanja. Seguidamente, arrojaron los cuerpos dentro.

Cuando los magos reaver hubieron extraído todo el líquido a aquellas víctimas, comenzó a surgir un nuevo aroma, un hedor espantoso, una mezcla de humo y putrefacción.

Los bramantes y los portadores de acero abandonaron el monte de los Huesos y se desplegaron por la campiña, empezaron a dismantelar todos los objetos de fabricación humana y a derribar fortalezas y casitas, a arrancar árboles y huertos, a demoler albarradas que tenían cientos o miles de años.

Lo demolían todo, no dejaban nada, y trabajaban con espeluznante celeridad y eficacia.

Las orugas de cola se comían todas las plantas que veían, tragaban árboles enteros y los tejados de paja de las casas y, después, los escupían como saliva pegajosa. Los bramantes recogían la pulpa regurgitada y con ella hacían cuerdas, como si fuera caramelo que se endurecía rápidamente. Luego, transportaban las sogas hasta el pie del monte y las enroscaban alrededor, creando un capullo rígido en torno al cerro, un biombo tras el cual los magos reaver continuaban trabajando. Después, comenzaron a excavar el monte, dibujaron curiosos y sinuosos patrones de surcos en el suelo. Al pie del cerro, los portadores de acero excavaron madrigueras de defensa.

Pasada una hora, el resto de la baja niebla mágica ya se había disipado y Roland pudo divisar el panorama a varios kilómetros de distancia; al hacerlo, se le cayó el alma a los pies.

Al sur había una interminable fila de reaver, que provenían de las montañas y se dirigían hacia Carris. Los aproximadamente veinte mil reaver que vigilaban Carris eran únicamente la avanzada de un enorme ejército.

Roland había albergado la atrevida esperanza de que los reaver se marcharan en dirección norte. Pero, en ese momento, parecía que habían encontrado lo que buscaban, un nuevo hogar.

De pie, en lo alto de la torre de la barbacana de entrada, Raj Ahten contemplaba las colinas sureñas. Cada cuatrocientos kilómetros, divisaba reaver en formación de a tres y a nueve, una larga cola que llegaba desde Carris a las montañas Brace y más lejos. Era una visión enloquecedora.

El parapeto de portadores de acero a las puertas del castillo obstruiría todo intento de salida y ataque.



Los tejedores y consejeros de Raj Ahten estaban plantados junto a este, mientras que el cronista de Raj Ahten se encontraba a su espalda. Mientras observaba los prados en la distancia, lord Paldane, el Cazador subió a la torre.

—Mi señor —dijo Paldane en voz baja, aprensivo—, ¿puedo hablar con vos?

Raj Ahten lo escrutó con curiosidad. La conducta del hombre parecía un dechado de humildad, aunque el duque Paldane era un hombre de brillante inteligencia, taimado, un célebre estratega. En opinión de Raj Ahten, en una contienda prolongada, Paldane hubiera supuesto el adversario más temible. Justo en ese instante, se acercaba a él como un perro con la cola entre las piernas.

—¿Sí? —preguntó Raj Ahten.

—He estado pensando en un plan para abandonar el castillo —dijo Paldane con humildad—. En la muralla norte hay un acueducto con verja.

—Lo sé —dijo Raj Ahten—. Hace setecientos catorce años, durante el asedio de Pears, el duque Bellonsby fingió evacuar la ciudad atravesándolo en barco día y noche. Cuando los hombres del kaifba Hariminah penetraron las murallas finalmente, y para celebrarlo, se emborracharon, entonces los hombres de Bellonsby subieron de los sótanos del rey y los degollaron.

Con eso, Raj Ahten daba a entender a Paldane que se le había adelantado.

—Tú, por supuesto, posees gran cantidad de barcos.

—Sí —dijo Paldane—. Tengo casi ochocientos esquifes a mano. Podemos empezar evacuando a mujeres y niños a la orilla este del lago ya mismo, diez mil cabezas por flotilla. Calculo que podemos hacer un viaje cada dos horas. Eso supone más de cien mil al día. Si milagrosamente los reaver no atacaran durante cinco o seis días, podríamos evacuar el castillo entero.

Raj Ahten miró a Paldane fijamente, pensativo. Mujeres y niños. En efecto, salvarlos era una de las prioridades de aquellos norteños endebles. Casi se echa a reír. Aquellos tipos eran sus enemigos.

Además, ¿habrían sido los norteños igual de considerados si se hubiera tratado del bienestar de las mujeres e hijos de Raj Ahten? En los últimos cinco años, los asesinos del norte habían eliminado a la mayoría de su familia, a su padre y a su hermana, a sus mujeres e hijos. La guerra entre Raj Ahten y los lores de Rofehavan había sido sangrienta y personal. Al invadir el norte, Raj Ahten había acrecentado el conflicto a un nivel cruento e impersonal.

Raj Ahten podría evacuar a sus Invencibles sin dificultad alguna en una sola flotilla y abandonar a la gente de Carris, para que se las compusieran solos. O podía sacar a todas sus tropas del castillo en ese instante y desaparecer al finalizar el día.

—¿Qué te hace pensar que la orilla este es segura? —preguntó a Paldane—. ¿No será probable que los reaver tengan centinelas en torno al lago?

El lago Donnestgree era una gran masa de agua, de norte a sur medía sesenta y cuatro kilómetros, casi seis kilómetros de este a oeste.

—Puede que así sea —dijo Paldane con cautela—, pero mis oteadores no han

divisado centinelas algunos desde la torre.

Raj Ahten casi podía distinguir las dudas que daban vueltas en la cabeza de Paldane, la preocupación y el miedo.

Raj Ahten señaló la fila de reaver procedentes de las montañas del sur con la cabeza.

—Igual los reaver aún esperan refuerzos —dijo—, o puede que tras la cordillera haya más tropas. Yo no subestimaría a la maga malvada. Sería insensato enviar a mujeres y niños a un peligro mayor.

Sabía que las aldeas al este del lago Donnestgree estaban bastante alejadas unas de otras, e incluso las fortalezas donde podían defenderse sus hombres eran pequeñas. La orilla era tan rocosa, la tierra tan escarpada, que solamente estaba poblada por unos cuantos pastores de ovejas y leñadores. Raj Ahten se dirigió a su viejo consejero, Feykaald:

—Prepara veinte esquifes y llénalos de tropas mixtas, nuestras y de Paldane. Que comprueben si en la orilla este del lago hay indicios de reaver, y luego que se adentren varios kilómetros al este para asegurarse de que la orilla es invulnerable. Cuando hayan hecho eso, que tomen una fortaleza y entonces me informas.

Feykaald escrutó a Raj Ahten con los ojos entornados, ocultando una sonrisa. Comprendía el ardid: merecía la pena explorar la costa este y asegurarse un punto estratégico, pues lo necesitaría si tuviera que evacuar a sus hombres.

—Así se hará, oh, luz del universo.

Inmediatamente, Feykaald se puso a repartir órdenes entre algunos capitanes y se comenzó a reunir a la avanzadilla.

—Milord —dijo Paldane—, también tenemos mucha madera almacenada, vigas de las casas y tablones de los corrales de la ciudad. Podríamos hacer que los hombres de la muralla este construyeran balsas a destajo. Si tuviéramos suficientes, podríamos evacuar a unos cien mil más precipitadamente.

Raj Ahten observó a Paldane unos instantes. Paldane era un hombre delgado con cara estrecha, cabello oscuro que se había tornado casi del todo canoso. Los ojos azules oscuros de Paldane revelaban una astucia superior.

—Todavía no —se opuso Raj Ahten—. Si nos ponemos a construir balsas con demasiada antelación, los hombres se concentrarán en la huida y no en la mejor manera de defenderse. La defensa de Carris es la prioridad.

—Milord —dijo Paldane—, considerando los refuerzos de reaver que vienen del sur, sospecho que la huida es la mejor baza y, seguramente, la única opción.

Raj Ahten esbozó una sonrisa manida que implicaba algo más que un movimiento de labios. Contrajo los músculos en torno a los ojos.

—Ya puedes marcharte.

Una vez que la niebla se hubo disipado, por el castillo se extendió la noticia de que Raj Ahten iba a enviar una avanzadilla a la orilla este para evacuar la fortaleza. Eso

animó a Roland y fue entonces cuando pudo de verdad ver Carris. Ante él había casas y un almendro muy alto que crecía pegado a la muralla y al que, si se hubiera atrevido, habría podido saltar sin hacerse daño. Estaba justo en el jardín de un lord y la ciudad se extendía hacia el norte hasta donde alcanzaba la vista.

En el patio interior, al oeste, divisó a miles de ciudadanos, y los caballos de los caballeros de Raj Ahten atados en fila por la calle.

Agazapados junto al muro oeste del patio externo había unos cuarenta gigantes frowth, cada uno medía casi catorce metros, el pelaje rojizo, que asomaba bajo las cotas de malla, tenía un tono más oscuro de lo normal, puesto que la lluvia lo había apelmazado. Los gigantes miraban a su alrededor con aquellos grandes ojos plateados, parecían tristes y mal aprovechados. Los gigantes necesitaban carne fresca a menudo y a Roland no le gustó la forma en que contemplaban a los hijos de los campesinos de Carris, quienes observaban a los monstruos detrás de puertas y ventanas y bajo los aleros de las posadas.

Igual de temibles que los gigantes eran los canes de guerra de Raj Ahten, mastines con armadura, máscaras y arneses de cuero lacado en rojo y collares al cuello con enormes pinchos curvos. Eran canes de fuerza, criados para la guerra, con dones de fuerza física, resistencia y metabolismo de otros perros de la misma jauría.

Aunque Roland sabía que los guerreros de Raj Ahten eran más temibles que esas aterradoras bestias. Cada Invencible poseía al menos veinte dones a su favor. En la lucha, los Invencibles no tenían adversario.

Además de estas tropas, más de trescientos mil soldados comunes de Mystarria, Indhopal y Fleeds reforzaban las murallas de Carris; hombres apiñados en los adarves y hacinados en todas las torres, como carne embutida. Los patios y las calles de la ciudad rebosaban lanceros.

Un ejército tan extenso hubiera podido, en apariencia, repeler cualquier ataque. Pero Roland comprendió que si los reaver atacaban, todos los hombres del castillo no serían suficientes.

Mientras contemplaba cómo la flotilla de veinte embarcaciones navegaba hacia el este, deseó fervientemente que regresaran pronto y que comenzara la evacuación. Se planteó la mejor ruta hasta el agua, por si le hacía falta.

Los reaver ennegrecían el paisaje, continuaron la marcha desde el sur durante toda la mañana. Era imposible contarlos a todos en torno a Carris, pero seguramente eran miles y miles de reaver los que inundaban la campiña, trabajando febrilmente.

Jamás hombre viviente vio trabajar a un reaver, o presenciado la astucia o la competencia de estos o su asombrosa velocidad.

El viento batía con ferocidad y, dos horas antes del amanecer, comenzó a lloviznar. Una película de agua se fue formando sobre la piel coriácea de los reaver. La lluvia y las nubes trajeron algo de esperanza a la gente de Carris, puesto que todos sabían que si se producían relámpagos, era probable que los reaver se marcharan.

Los bramantes escarbaban y arrancaban todo, regurgitando defensas entre los

desperdicios, haciendo agujeros. Excavaron zanjas al sur y al oeste, las anegaron con agua del lago Donnestgree y así crearon una serie de cuatro curiosos y tortuosos fosos.

El estruendo proveniente de los campos al oeste de Carris era extraño, ajeno: un ruido sordo y áspero que generaban los reaver, los berreos en apariencia espontáneos e inexplicables de los bramantes y el cortante ruido que producían las orugas de cola mientras trabajaban. Como sonido de fondo, se oía una especie de risa ahogada, como un crujir de huesos, que emanaba de los gree que sobrevolaban las hordas de reaver. El estrépito hizo que Roland se sintiera como transportado a otro mundo.

En el norte, los reaver magos y las orugas de cola se afanaban en el monte de los Huesos, moldeaban unas crestas de piedra en forma de bajo relieve de diseño arcano, el extraño y sinuoso diseño de algo maléfico. Al mismo tiempo, los magos creaban bultos y salientes en la escultura al rociarla con excrementos. Se extendió un nauseabundo hedor a putrefacción, semejante al olor de un cadáver en descomposición.

Mientras tanto, a casi dos kilómetros al sur de Carris, los reaver empezaron a levantar una extraña torre, negra y retorcida, como el cuerno de un narval, aunque inclinada, como si apuntara hacia el monte de los Huesos.

En la orilla del río, junto a la torre, construyeron varias enormes cúpulas de piedra, conglomeradas con la resina de las orugas de cola. Algunos opinaban que eran nidos para depositar huevos o algún tipo de invernadero.

Los reaver continuaban sin atacar Carris.

Desmantelaron poblados que habían ido creciendo durante siglos, derrumbaron bastiones y utilizaron la roca para sus propios fines; levantaron caminos y jardines.

Los reaver continuaban sin atacar. Mientras que los portadores de acero tuvieran bloqueada la única entrada y salida de Carris, nadie podía albergar la esperanza de huir por ahí o intentar un ataque. Sin embargo, siempre y cuando los reaver no tomaran Carris por asalto, Roland se sentiría más tranquilo.

Según transcurría la jornada, se desprendió de esa angustiada evidencia de peligro y terror que había padecido por la mañana, provocada por los gritos de los soldados de a pie de Raj Ahten cuando se los llevaban a la muerte. Se atrevió a albergar algo de esperanza. Durante las largas horas de aquel día, los hombres de las murallas mantuvieron un sorprendente silencio; al llegar el mediodía, comenzaron a hablar con animación y soltura.

El grupo de avanzada a la otra orilla del lago llevaba varias horas fuera y, sin duda, regresaría pronto. ¿Quién podría reprocharles que no desearan volver corriendo a Carris?

No obstante, minuto a minuto, hora tras hora, los hombres escudriñaban el agua sin divisar embarcación alguna proveniente del este.

## Capítulo 45



### *El débil rey Lowicker.*

**H**asta hacía una semana, Myrrima nunca se había alejado más de dieciséis kilómetros de casa y, mientras atravesaba Fleeds a caballo, sentía como si se le escabullera todo lo que era familiar.

Myrrima había abandonado a su familia, su tierra natal. El paisaje iba cambiando sutilmente conforme galopaba en dirección sur. Primero atravesó las planicies meridionales de Heredon, luego, los cañones del norte de Fleeds y, en aquel instante, se adentraba en el sur. Allí, las praderas eran más abundantes y fértiles que en casa, algo más húmedas. No reconocía algunos de los árboles al borde de la carretera, e incluso la gente era distinta. Los pastores de ovejas de Fleeds a menudo resultaban ser más bajos y de tez más oscura que la gente de Heredon, la gente de los clanes ecuestres más altos y rubios. Las casitas ya no estaban hechas de barro y zarzos, sino de piedra. *Hasta el aire huele diferente*, pensó Myrrima. Aunque era difícil asegurarlo, puesto que acababa de recibir el olfato de un perro.

Lo más significativo era que Myrrima se había transformado: poseía la fuerza de tres hombres de armas, la agilidad de cuatro, la resistencia de sus cachorros y la velocidad de cinco. Jamás había sido tan consciente de su propia fuerza.

Sentía un inquietante parecido con la Myrrima de antes. En su fuero interno, amaba de la misma manera, pero conocía sus defectos. Incluso con aquellos dones Myrrima se sentía impotente. A pesar de que era señor de los lobos, se notaba aún demasiado plebeya.

No sabía si Borenson aceptaría que lo acompañara en su misión en el sur, pero esperaba llegar a Carris al caer la noche y presentarse ante él. Albergaba la esperanza de que pensara que se había ganado el derecho de acompañarlo a Inkarra, aunque ella no pudiera aspirar a poseer la misma destreza de combate que su esposo.

El encuentro con lord Pilwyn la había dejado aturdida, insegura. ¿Qué clase de enemigos encontraría en Inkarra? ¿Cómo esperaba enfrentarse a ellos? Los dones no serían suficiente para luchar contra magos como el señor de las tormentas y los suyos.

En Tor Doohan, Myrrima se enfrentó a un gran desbarajuste. Las tropas de

Gaborn andaban esparcidas kilómetros y kilómetros. Algunos acababan de llegar a Tor Doohan, mientras que un transeúnte les informó que el mismo Gaborn había partido hacia el sur una hora antes.

Un caballero montado surgió de entre las sombras de unas grandes rocas blancas que rodeaban el pabellón carmesí y se dirigió a Iome:

—Alteza, su majestad el rey Orden me ordenó que os informará de que ha tenido que salir para Carris urgentemente. Me encomendó esta misiva para vos.

Iome leyó la carta, olfateó el papel a fin de asegurarse que era el olor de Gaborn; seguidamente, lo estrujó enojada y se lo metió en el bolsillo.

—¿Malas noticias? —preguntó *sir* Hoswell—. ¿Os puedo ayudar en algo?

Iome le dirigió una mirada distraída.

—No —respondió—. Mi señor tenía mucha prisa por llegar a Carris y nos ordena que nos apresuremos. No podemos dejar que los caballos descansen mucho tiempo si deseamos alcanzarlo antes del anochecer.

—¿Es prudente siquiera intentarlo, *milady*? —inquirió *sir* Hoswell—. Habéis recorrido más de seiscientos cuarenta kilómetros desde ayer al alba. ¡Incluso vuestra espléndida montura no podrá aguantar tal vapuleo!

Era cierto. Cuando Myrrima había puesto rumbo al sur hacía dos días, el caballo de fuerza de *sir* Borenson tenía una reserva de grasa suficiente; pero ya había perdido entre veinte y veinticinco kilos por el camino.

Los nobles de Rofehavan alimentaban a los caballos de armas mediante una dieta especial cuando viajaban con prisa, una mezcla llamada miln, que consistía en copos de avena y cebada recubiertos de melaza, muchas veces mezclada con alfalfa o trébol dulce también. Para un caballo, el miln era un placer embriagador. Un caballo de fuerza bien alimentado podía galopar durante horas y horas, aunque a un caballo alimentado solamente a partir de hierba solía apodársele «piernas de mantequilla», ya que no aguantaba mucho la montura.

Sin embargo, incluso los caballos alimentados con miln no lograban correr sin descanso. La cabalgadura de Myrrima poseía tres dones de metabolismo y, con tantos dones, unas cuantas horas de descanso le parecerían todo un día a la bestia, permitiéndole por tanto restablecerse.

—Pues Gaborn sí lo ha hecho —protestó Iome ante Hoswell.

Hoswell negó con la cabeza.

—No me corresponde a mí aconsejar al rey de la tierra —dijo Hoswell—, pero Gaborn sabe el riesgo que corre. La mitad de los caballos que conduce a Carris morirán, al ritmo que llevan.

—Nos permitiremos dos horas de descanso —dijo Iome a Hoswell—. Podemos alimentar a los caballos aquí y llevarnos miln extra para el camino, hasta que alcancemos Beldinook.

Hoswell echó un vistazo a su caballo, el cual se encontraba en bastante peor estado que el de Iome o el de Myrrima. Primero, la bestia estaba mucho más flacucha

que las otras y se había visto obligada a mantener el paso de estas, más corpulentas. Myrrima sabía muy bien que Hoswell se oponía a una marcha precipitada en gran parte por la salud del propio animal.

Si el caballo sobrevivía hasta Carris, lo más seguro es que no estuviera en condiciones de entrar en combate. Ni podría cargar con hombre alguno en caso de retirada forzosa.

—Que así sea —dijo con pesadumbre.

De un salto bajó del corcel y lo condujo a los establos, con la intención de dejarlo descansar cuanto pudiera. Además, se llevó el palafrén del asesino inkarrano.

Myrrima lo observó conforme se marchaba.

—¿Por qué le lanzas esa mirada asesina? —preguntó Iome—. ¿Entre vosotros ha pasado alguna cosa?

—Nada —respondió Myrrima.

Hoswell era lord de la real sociedad de arqueros, maestro arquero que llevaba años en el sur, estudiando la fabricación de arcos de cuerno. Era un hombre de gran reputación, distinguido por el rey. No le apetecía admitir que lo detestaba.

Sentada a horcajadas en el enorme caballo de armas de Borenson, Myrrima contuvo el impulso de continuar hacia el sur inmediatamente. Iome debió de percibir el estado de ánimo de Myrrima.

—Gaborn me ruega en la nota que permanezca aquí —confesó Iome por lo bajo—. Piensa que el camino no es seguro y dice que se teme que la muerte se cierna sobre Carris. Incluso en estos momentos la tierra le ordena que ataque y huya con el mismo fervor. Está confundido. Se me ha antojado que debía advertírtelo.

—Seguramente tiene razón —accedió Myrrima.

Iome no parecía decidida sobre lo que hacer y, por eso, Myrrima le dijo:

—Si deseáis quedaros aquí, lo comprendo. Pero no voy a Carris a luchar, sino que espero acompañar a mi marido a Inkarra. Realmente debo seguir hacia el sur.

—Pareces convencida de ello —dijo Iome con cautela—. Temo que no me lo perdonareis nunca.

—¿Perdonaros, *milady*? —preguntó Myrrima, sorprendida ante el tono de la reina.

—Yo soy quien condenó a tu marido a realizar un acto de penitencia —dijo Iome—. Si hubiera sabido que te llevaba al sur también a ti, no lo hubiera hecho. Quizás debería abandonar la misión... He sido muy dura con él.

—No —respondió Myrrima—, habéis sido generosa. Le habéis concedido la forma de ganarse vuestro perdón y, según tengo entendido, en Mysteria es un precepto: «El perdón no debe concederse, sino ganarse». Me temo que en el caso de mi marido, él mismo no podrá perdonarse hasta que no se lo haya ganado.

—Entonces, espero que así sea, contigo a su lado —dijo Iome—. Posees el corazón de un guerrero. Me sorprende que nadie lo haya descubierto antes.

Myrrima negó con la cabeza, deseosa de cambiar de tema. Siempre había sido

tenaz, pero nunca se había considerado un soldado, no hasta hace poco más de una semana.

—Se cuenta que cuando Erden Geboren, rey de la tierra, fue coronado, eligió a sus guerreros. Sé de sobra que Gaborn me nombró elegida en el mercado de Bannisferre aquel día en que nos conocimos. Aunque ni él ni yo supiéramos que era el rey de la tierra. Me consideró atrevida y deseaba que fuera parte de su corte; pero, en realidad, me estaba eligiendo. Pero ¿sabéis lo que yo pensaba mientras hacía eso?

—¿Qué? —preguntó Iome.

Myrrima vaciló puesto que nunca le había contado esto a nadie, ni siquiera se había acordado hasta ese momento.

—A pesar de verlo allí plantado en el puesto del vendedor ambulante, vestido como un petimetre príncipe mercader, pensaba que lucharía en su nombre; moriría en su nombre. Nunca un hombre, antes de aquel encuentro, me había infundido tales sentimientos. La noción me llenó de valor para tomarlo de la mano, aunque fuera un extraño.

Iome estaba desconcertada.

—Gaborn me contó cómo te había conocido, cómo cogiste su mano allí en el mercado. Lo entendió simplemente como un intento de seducción, una mujer pobre en busca de un buen matrimonio.

Cierto, aunque Myrrima ya reconocía el gesto como algo más. Intentó expresar la curiosa idea que se le estaba pasando por las mientes.

—Puede que Gaborn no me eligiera del mismo modo en que ha elegido a otros. La semana pasada mencionasteis que uno no podía hallarse junto a esos poderes de creación y no desear tener un hijo. Esto... se trata de algo más. Desde que nos conocimos, miro la tierra y siempre quedo maravillada por su belleza, el amarillo de las margaritas o las sombras azules que proyectan los guijarros, o el fuerte olor del moho. Me hace sentir más viva que nunca. Pero aún hay más: me hace desear la lucha.

—Das miedo, Myrrima.

—Ya os he dicho que comprenderé si decidís quedaros aquí. Sé que ir a Carris resultará peligroso, pero deseo hacerlo —dijo Myrrima, con la esperanza de que Iome la entendiera.

—Ni tú ni yo hemos sido entrenadas para el combate —le advirtió Iome—, no sería prudente.

—Lo sé —dijo Myrrima—. Aunque eso no me quita las ansias.

Iome se mordió el labio y habló cuidadosamente:

—Creo que tus intenciones son buenas. Como señor de las runas debes ponerlas en práctica. Con la resistencia que posees puedes trabajar incansablemente, con la fuerza física puedes asestar potentes golpes. Nuestra gente se merece el máximo esfuerzo. Pero eso me preocupa, Myrrima. Te han dado tanto en tan poco tiempo. No desearía que te mataran.



La montura de Myrrima agachó la cabeza. El suelo bajo Tor Doohan era tierra batida, con apenas unas briznas de hierba, aunque consiguió arrancar unas cuantas hojas de trébol a ras del suelo.

—Cabalgaremos rápido —prometió la reina—, y quizás llegaremos a Carris antes del anochecer.

—Sois demasiado amable, *milady* —dijo Myrrima bajándose del caballo.

Se detuvo allí unos segundos para estirar las piernas.

Dos horas más tarde, mientras comían en una posada, un emisario les trajo noticias del sur: Lowicker de Beldinook había intentado tenderle una emboscada al rey de la tierra y había sido derrotado en la frontera de Beldinook.

La noticia perturbó a Iome. Lowicker había prometido aliarse con Gaborn y enviar a sus caballeros para que lucharan junto a él, había prometido conducir sus propias tropas contra Raj Ahten y abastecer a las tropas de su marido.

*¿Y qué ocurriría ahora que Gaborn había matado al rey de Beldinook?* Uno a uno, los aliados de Gaborn desaparecían. Ya eran casi las dos de la tarde, a esa hora, el día anterior, el rey Orwynne moría tras enfrentarse a la Gloria Caída. Y, ahora, Lowicker se había convertido en un traidor y había sido ejecutado.

Con la muerte de Lowicker, la hija de este se vería obligada a enfrentarse a Gaborn o a rendirse ante él. Gaborn tenía tanta prisa que no querría ninguna de las dos cosas. Tanto si la hija de Lowicker le declaraba la guerra como la paz, su esposo tendría que atravesar su reino sin más.

Sería peligroso seguir el camino hacia Beldinook. Los caballeros de Gaborn intentarían desplegar demasiado entre ese lugar y Carris. El rey y unos cuantos cientos de hombres galopaban a toda velocidad hacia Carris; seguramente en grupos de a doce. Con flancos tan desperdigados, los hombres de Gaborn no podrían luchar. Supondrían objetivos fáciles para la cólera de Beldinook.

No, Iome sospechaba que la hija de Lowicker no se rendiría sino que, en vez de eso, los atacaría. Andaría a la caza de los que encontrara en su reino.

Gaborn había esperado que Lowicker le dejara cientos de miles de tropas que lo defendieran y, en ese momento, parecía que el monarca iba a tener que enfrentarse a esas mismas tropas.

Iome suspiró, paseó la mirada de Myrrima a Hoswell y dijo con voz firme:

—Necesitaremos más comida para nosotros y los caballos.

Myrrima no estaba preparada para lo que vio cuando llegaron a la muralla de Kriskaven. En Fleeds, el emisario les dijo que Gaborn había desbaratado la emboscada de Lowicker, pero no mencionó que el rey de la tierra había maldecido y reventado la muralla.

Tampoco Myrrima sabía que Lowicker estaba aún vivo. Los tres jinetes se acercaron a la muralla y hallaron a Lowicker clavado al suelo a unos cien metros al

otro lado de esta, con una docena de caballeros de Gaborn allí apostados.

Una lanza le atravesaba el vientre, le sujetaba el torso contra el suelo, y llevaba una bandera donde se leía que Lowicker era un regicida. A Lowicker le habían arrancado los brazos y las piernas y se los habían llevado, de modo que solamente quedaba un muñón de hombre, aún vestido con ropajes reales, tendido bajo el abrasador sol.

Aunque Lowicker poseía tantos dones de resistencia que todavía estaba vivo. Solamente un rey o uno de los Invencibles de Raj Ahten, un hombre con tantos dones de resistencia, podría haber sobrevivido a tal mutilación. En torno a él se habían formado charcos de sangre y las moscas acudían en enjambre. Pero, con tantos dones de resistencia, las horribles heridas ya habían comenzado a cerrarse con rapidez.

Myrrima estaba asombrada de verlo allí tumbado, agonizante, aferrándose a la vida. Dudaba que durara mucho tiempo, sabía de sobra que anhelaba la muerte.

Tal era el castigo prescrito para los que habían cometido regicidio. Al acercarse al lugar, Myrrima dio un grito ahogado sin querer, pues recordó que *sir* Borenson también era asesino de reyes y, por derecho, Iome hubiera podido imponerle esa misma condena.

El olor a sangre en el ambiente era empalagoso y, puesto que Myrrima ya poseía un don de olfato canino, el olor le resultaba sorprendentemente tentador.

Cuando llegaron allí, el rey Lowicker volvió la cabeza y observó a Iome, con la frente sudorosa. Le clavó la mirada y empezó a reírse.

—Ah, prole de Sylvarresta, ¿habéis venido a regodearos? —preguntó Lowicker, sufriendo.

Iome negó con la cabeza.

—Al menos, dale algo de beber —ordenó a uno de los caballeros allí presentes.

El barón negó con la cabeza.

—Solamente serviría para prolongar el sufrimiento, alteza. Además, una gusano como este no os ofrecería nada a vos.

Se fijó en aquella cascarilla que era Lowicker y le dispensó una mirada de amabilidad.

—¿Quieres agua?

—Ah, se compadece de los condenados —gruñó Lowicker—. No me tengáis pena. La deseo menos que el agua.

Myrrima no podía dar crédito a la frialdad de Lowicker, tan impasible, incluso al tener a la muerte de frente. No obstante, había visto esa expresión de desprecio con anterioridad. En el castillo de Sylvarresta, cuando la guardia de la ciudad capturó a unos ladrones saqueadores mientras se acercaba la Gloria Caída. Aquellas expresiones en las caras de esos delincuentes habituales, hombres que se habían escondido por si el rey de la tierra penetraba sus corazones y los delataba como ladrones que eran.

Myrrima comprendía el dilema de Lowicker. Mientras que muchos soberanos

iban en busca de Gaborn, con la esperanza de aliarse con él y a salvar sus reinos y a su gente, otros monarcas actuarían como este, como Lowicker de Beldinook y Anders de Crowthen del Sur, hombres tan corruptos que no les quedaba otra opción que enfrentarse a Gaborn.

Lowicker sabía que era irremediablemente un corrupto empedernido.

—Aun así, sentiré pena por ti —dijo Iome.

Lowicker cacareó como un loco. Las lágrimas comenzaron a correrle por la cara emplastada por la suciedad. Evidentemente, el dolor y el sol ardiente le afectaban mentalmente.

*Qué hombre tan malvado, pensó Myrrima. No se merece compasión alguna y, sin embargo, Iome se apiada de él. No merece ni agua y Iome se la ofrece.*

—Alteza —dijo sir Hoswell pasado un rato—, ¿lo ejecuto?

No se atrevía a utilizar una palabra tan dura como «matar».

Myrrima pensó que Iome lo consentiría, que claudicaría y dejaría que el hombre muriera en el acto y, así, lo libraría del dolor.

—No —dijo Iome, repentinamente furiosa—. Eso es lo que desea.

Clavó espuelas y dejó atrás a Lowicker, y Myrrima se sintió aliviada.

## Capítulo 46



### *Héroe por necesidad.*

**E**n la torre oeste del torreón del Duque, Raj Ahten contemplaba y estudiaba el comportamiento de los reaver desde una de las ventanas.

De momento, se limitaba a hacer tiempo. La avanzadilla del lago aún no había regresado de la orilla este y, por tanto, todavía no sabía con certeza si podría huir del castillo por el agua. Lo cierto era que tardaban mucho más de lo previsto y eso le indicaba que seguramente estarían todos muertos.

En su fuero interno, sabía que las tropas de Gaborn se dirigían al rescate de Carris. El rey de la tierra tendría que enfrentarse a los reaver y se imaginó la satisfacción que le produciría contemplar ese combate.

Junto con Raj Ahten, allí se encontraban Paldane, los hombres que habían servido como sabios al rey Orden y el consejero de Raj Ahten, Feykaald. Los tres tejedores de llamas estaban a su espalda, delante de una crepitante chimenea, con la mirada fija en el humo y en las retorcidas llamas. Intentaban intensificar el calor de las llamas, regenerar su poder, pero estaban tan agotados que Raj Ahten dudaba que pudieran luchar durante el resto del día. No se atrevería a enfrentarse a los reaver hasta que los tejedores pudieran respaldarlo.

Después del amanecer, Raj Ahten dispuso rápidamente varias filas de defensa a las puertas del castillo. Los reaver seguían sin hacer caso y construyendo.

—¿Qué hacen? —se preguntó Raj Ahten en voz alta—. ¿Por qué no atacan?

—Puede que teman un ataque frontal —sugirió el duque Paldane—. Aunque son buenos excavadores e igual hacen un túnel hasta el castillo. Los monstruosos zapadores.

Evidentemente, los reaver estaban allí por alguna razón. Pero en esos momentos no parecían interesados en asaltar el castillo. Quizás no eran totalmente conscientes del peligro que suponían aquellos hombres. A Raj Ahten le parecía remotamente posible que los reaver se hubieran olvidado de la presencia de la fortaleza; al fin y al cabo, eran extrañas criaturas que actuaban motivadas por impulsos ajenos al hombre.

Raj Ahten miró hacia el monte de los Huesos. La maga malvada se afanaba cerca

de la cima, resplandecía gracias a las runas llameantes tatuadas en el caparazón. En una ocasión, volvió la cabeza hacia el castillo y, luego, continuó con su labor.

Quizás la maléfica hechicera se sintiera a salvo entre los subordinados que vigilaban las planicies. El paisaje estaba salpicado de aberturas de cavernas subterráneas, acordonado mediante fosos, decorado con una runa hedionda que cubría la colina. Raj Ahten examinó monte de los Huesos, que se escondía tras esa barrera de mucílago endurecido, en parte envuelto en un capullo.

Las orugas de cola habían detenido la construcción de esos muros a cierta altura. Raj Ahten sospechaba que las curiosas defensas de la maga maléfica estaban terminadas.

*¿Se trataba simplemente de una casualidad que hubieran llegado a Carris justo cuando Raj Ahten planeaba enfrentarse al rey de la tierra? Raj Ahten estaba extrañado. ¿Sería que preparaban el terreno de batalla para el rey de la tierra?*

Lo más probable era que las intenciones de los reaver no tuvieran nada que ver con ninguno de los dos. Los reaver parecían contentarse con hacer caso omiso de Raj Ahten y su ejército, como si no fueran dignos de tal atención.

Raj Ahten sacudió la cabeza, desanimado. En esa última hora, le habían asaltado unas sensaciones extrañas y angustiosas que no podía explicar.

*No debo consternarme*, razonó. Soy el señor de las runas más poderoso que ha dignado al mundo con su presencia durante milenios. Mis mediadores en Indhopal han extraído fuerza y resistencia de miles de súbditos, agilidad e inteligencia de otros tantos miles. Una espada clavada en el corazón no me matará. No debo sentir aprensión.

Sin embargo, estaba inquieto. Durante los últimos meses, se había convencido de su condición de invencible, de que estaba a punto de convertirse en una criatura mitológica, la esencia de todos los hombres, un señor de las runas tan carismático que no necesitaría de los marcadores para extraer atributos a sus consagrados. Esperaba convertirse en un Elemento, en una fuerza de la naturaleza, como la tierra o el fuego o el agua.

Si las leyendas contaban la verdad, Daylan Hammer lo había logrado en tiempos pasados. Raj Ahten estuvo a punto de conseguir ese calificativo y, hasta hacía diez días, no parecía haber nada que se interpusiera en su camino, justo cuando el rey Mendellas Orden le robó los marcadores.

Sin duda, si los reaver supieran que se enfrentan a un hombre como yo, Raj Ahten, me temerían.

Raj Ahten echó un vistazo a la pestilente runa a la que los reaver daban forma en el monte de los Huesos. La hediondez era atroz y pendía sobre el cerro como una voluta de bruma marrón. Aquel lugar rezumaba muerte. Raj Ahten sentía el dolor, la putrefacción y el deterioro. Un mero vistazo le provocó un tic nervioso de ojos, el deseo de apartar la mirada.

Bajo el turbio humo parpadeaban unas tenues luces, como las luces fantasmas que

se formaban en las ciénagas cuando se producían burbujas de gas. A Raj Ahten le parecía que toda la runa estaba a punto de explotar.

Estoy inquieto por algún motivo; esa runa es la clave.

Los reaver le dedicaban toda su atención. Los hechiceros pululaban por el cerro, excavaban grandes zanjas con paciencia para que la extraña runa quedaría como un bajorrelieve; seguidamente, la decoraron con su hedor.

Raj Ahten poseía dones de olfato de miles de hombres. Respiró hondo. No se trataba de un olor aislado, sino que pudo detectar miles de notas de fondo y sabores. Era un popurrí complejo: aroma a podredumbre, a carne descompuesta, mezclado con humo, muerte y sudor humano, una estridente sinfonía repleta de olores. Presentía como si estuviera al filo de una revelación, a punto de reconocer el conjunto.

Efectivamente, los reaver habían ido a Carris con el único propósito de crear esa runa. Correteaban por las paredes de la runa, y uno de ellos se resbaló y provocó un desprendimiento. Parte de la runa se desplomó, cosa que llenó a Raj Ahten de alegría. Los magos reaver se precipitaron para repararla, para contenerla. Rociaron sus protuberancias con nuevos aromas.

La runa estaba tentadoramente cerca. Un niño armado con un martillo podía destruirla. Impulsivamente, Raj Ahten dio un puñetazo con el guantelete puesto en la ventana del torreón del Duque y, durante un instante, inhaló la sutil textura de los olores que provenían de la runa.

Raj Ahten cerró los ojos, concentrándose. Mientras respiraba hondo, se percató de que algunos de los aromas no eran simplemente olores, sino que asaltaban las emociones. Sí, era consternación lo que percibía. Nunca había considerado la posibilidad de que un olor evocara una sensación.

El sudor agrio de alguien al borde de la muerte. Raj Ahten podía saborear el aroma y sentir la desesperación del hombre.

Humo y agonía. El sabor salado de las lágrimas humanas. El aroma grasiento de la carne chamuscada y con otro olor a ahumado, el de la cosecha cuando se pudre debido a los efectos de una plaga.

Descomposición. Un cadáver hinchado como un melón a punto de reventar.

Lo asaltaban la desesperación y el terror. El aroma cobrizo de la sangre, una mujer que rompe aguas y podredumbre; una madre que alumbra un hijo muerto. Fatiga.

El olor a vinagre de la piel envejecida. Una soledad tan honda cuyo dolor se sentía hasta en los huesos.

Tras largo rato, Raj Ahten sonrió y casi se echó a reír. Ya podía reconocer el complejo aroma: una sinfonía de sufrimiento, la cuenta de todas las aflicciones humanas.

—Es una fórmula mágica —comprendió Raj Ahten.

Se sorprendió a sí mismo al hablar en alto.

—¿Cómo? —dijo el duque Paldane, mirándolo boquiabierto.

—La runa —dijo Raj Ahten—. La runa es un conjuro hecho de aromas que invocará una maldición sobre la humanidad.

De repente, sintió la necesidad imperiosa de enviar la runa y a sus artífices al quinto mundo, ahogarla en el agua y purificarla.

No obstante, dudaba de que pudiese lograrlo. Los reaver eran demasiado inteligentes como para darle acceso a su objetivo, demasiado poderosos para derrotarlos mientras hubiera tantos. El capullo le obstruía gran parte del camino hacia la runa, aunque había un camino abierto para los obreros.

Raj Ahten debía intentarlo.

—Los reaver pueden construir —dijo—, pero no tenemos por qué dejar que lo hagan en paz. No puedo asaltar esa colina, aunque, sin duda, podría aguarles la fiesta.

## Capítulo 47



### *Esperando a Saffira.*

**E**n lo alto de las montañas Hest, el caballo de Borenson descendía a través de una ventisca por un sendero angosto. Borenson conducía a Saffira y a su guardia entre los escarpados desfiladeros.

Al contemplar un pequeño valle más abajo, distinguió una manada de elefantes que luchaban por sobrevivir en aquel ventisquero. La mayoría ya habían muerto y yacían como bultos inflamados y cubiertos por el hielo. Aunque un par de viejos paquidermos miraron hacia el séquito de Saffira y levantaron débilmente las trompas para trompetear.

Se trataba de elefantes domésticos, con los colmillos cortados y lacrados con cobre. Aunque estaban tan mal nutridos que seguramente no conseguirían salir de aquel valle. Los cuidadores los habían abandonado.

Aparentemente, el señor de los lobos había intentado traer elefantes de armas por las montañas Hest, algo entrada aquella estación del año, y había fracasado. Tres veces aquella noche, el grupo de Borenson se tropezó con ejércitos de plebeyos de Raj Ahten que intentaban atravesar la cordillera. Cientos de miles de arqueros y palafreneros, lavanderas y carreteros. Jamás hubiera imaginado Borenson que Raj Ahten intentaría cruzar las montañas con aquellas tropas tan avanzado el otoño. A tanta altitud y por las Hest, los caminos estrechos ya no tenían forraje, solo unos cuantos hierbajos agrestes y arbustos pequeños que consumir y nieve con la cual saciar la sed. No había combustible para quemar, y los hombres tenían que usar el estiércol de los bueyes en las pequeñas hogueras.

Un trayecto que Borenson podía hacer en una hora sobre un caballo de fuerza, les llevaría a estos hombres y mujeres un día entero. El recorrido de una sola noche supondría arduas semanas para un plebeyo. Muchos de los caballos que Borenson había visto en el último ejército se hallaban en un estado terrible: bestias con el lomo caído y cuerpos esqueléticos. Los plebeyos que los montaban se quedarían tirados en la nieve y morirían antes de que transcurriera la mitad del invierno, al igual que los elefantes.



Raj Ahten había hecho una terrible apuesta al arriesgar las vidas de su gente y sus animales.

*Pero no le importa, se dijo Borenson. No le importa mientras se juegue las vidas de los demás y no la propia.*

El aire de montaña era liviano y un viento cortante lo atravesaba, penetraba la capa de Borenson. Este se envolvió en ella y aguardó a que Saffira le diera alcance. Esperaba que Saffira viera tan hermosos elefantes y se diera cuenta de la locura de su señor. Por doquier había indicios de tamaña insensatez. Corría el rumor de que Raj Ahten había tomado más de mil dones de inteligencia. Con tanta aptitud, podría recordar con nitidez todos los momentos de su vida; pero los dones de inteligencia no hacían que un hombre razonara con más claridad, solamente le permitía almacenar recuerdos.

*De modo que posee mil dones de inteligencia, pensó Borenson, pero sigue siendo un cretino.*

La noche anterior, cuando Saffira había dicho que Raj Ahten era el mejor hombre del mundo y que, sin duda, libraría a la humanidad de los reaver, Borenson se lo había creído. Aunque en aquel momento, que no estaba mirándola, el seductor poder de la voz de Saffira no sonaba tan razonable al reproducirlo con el pensamiento.

No, Raj Ahten no era sabio en absoluto. Solamente un necio hubiera enviado a tanto plebeyo a las montañas.

Un insensato o un hombre desesperado, susurró una voz en el fuero interno de Borenson.

Quizás Raj Ahten había sido un señor de las runas durante demasiado tiempo. Es posible que se hubiera olvidado de lo frágiles que eran los hombres corrientes. Un hombre con un par de dones de fuerza física y metabolismo podría atravesar una fila de combate y derribar a los plebeyos como si fueran espantapájaros. Morían con tan maldita facilidad.

La noche anterior habían comenzado a caer unos copos y llevaba nevando toda la mañana. Si seguía así, las tropas de Raj Ahten quedarían atrapadas. Los animales morirían en dos semanas y, sin combustible para encender hogueras, la gente se congelaría en cuestión de días. ¿Cómo esperaba Raj Ahten que continuara el buen tiempo? Sin duda, había estudiado el clima de Rofehavan y sabía el riesgo que corría.

*Raj Ahten es un imbécil, pensó Borenson, y Saffira no lo ve.*

Sabía que Indhopal era una tierra extensa, formada por muchos reinos y, aunque Borenson había atravesado zonas de Deyazz y Muttaya a caballo, no se había adentrado más al sur, no había contado las ingentes hordas de Kartish o del antiguo Indhopal. Se decía que antes de que Raj Ahten conquistara a todos sus vecinos, el viejo reino de Indhopal, repleto de frondosas junglas y amplios prados, alimentaba a más de ciento ochenta millones de personas. Sin lugar a duda, los súbditos de Raj Ahten ya eran dos o tres veces esa cifra. Hasta el mismísimo Raj Ahten no podía permitirse desperdiciar a medio millón de sus palafreneros y arqueros mejor

adiestrados.

No, era un insensato, o un loco, embelesado con su propio rostro y el poder de su voz.

Lo más horripilante era que la ingenua de Saffira se mostraba incapaz de percibir los excesos de Raj Ahten, los defectos de este. Saffira era un peón en manos de Raj Ahten y, si ella no podía convencerlo, entonces lo más probable era que Raj Ahten la manipulara.

Borenson esperó a Saffira varios interminables minutos. Cuando llegó, Borenson se colocó entre ella y el viento, para protegerla de su azote.

—Ah, ahí están los elefantes de mi señor —dijo Saffira al detenerse para dar un respiro a su caballo.

La pobre bestia agachó la cabeza y mordió la nieve, la masticó para refrescarse.

—Debemos hacer algo para salvarlos.

Borenson miró a los famélicos elefantes con impotencia. Bajo la luz de la mañana, la belleza de Saffira se había tornado en una visión terrible e impresionante. Durante toda la noche, los mediadores de Obran debían de haber estado trabajando para transferir el encanto y la voz de las concubinas a los vectores de Saffira. Saffira había acumulado miles de dones. Cuando Borenson echó un vistazo al rostro de esta, la belleza de Saffira lo quemó como un horno y se sintió indigno de estar tan cerca de ella.

Un par de buitres, posados sobre los restos de un elefante, levantaron el vuelo.

—¿Qué es lo que sugerís, oh, estrella de Indhopal? —suplicó Borenson.

Cuando esta no respondió, Borenson miró a Pashtuk y al resto de la guardia. No veía la forma de salvar a los elefantes, a menos que se pasaran todo el día transportando paja y comida para ellos desde Mystarria.

Si Saffira le pedía que trajera comida para los elefantes, sabía que obedecería, aunque temía las consecuencias de retrasar la misión. Necesitaba llevar a Saffira ante Raj Ahten, para que lo convenciera de abandonar esta guerra autodestructiva.

—Esto... no sé qué se puede hacer por ellos —dijo Saffira.

—Han dejado el valle seco, oh, gran estrella —dijo Pashtuk—. Quizás si los condujéramos hasta otro valle a menos altitud donde haya más hierba, los elefantes podrían recuperar suficientes fuerzas para sobrevivir.

—¡Estupenda idea! —dijo Saffira encantada.

Borenson le lanzó una mirada asesina a Pashtuk, esperaba que este leyera en su cara cuánto le disgustaba la idea. Aunque al ver la cara de Pashtuk, sabía que el grandullón estaba tan engatusado como Borenson mismo. Pashtuk únicamente deseaba complacerla.

—Oh, rutilante señora —dijo Borenson—, vuestro señor ha intentado que los elefantes crucen la montaña con la estación muy avanzada. No podemos rescatarlos.

—Mi señor no tiene la culpa de que el tiempo no coopere —dijo Saffira—. El tiempo debería ser algo más cálido en esta época del año. A menudo lo es, ¿no es

cierto?

—Cierto —confesó Borenson.

La voz de Saffira era tan seductora que Borenson tuvo que dudar de sí mismo. Ella tenía razón, el tiempo seguía siendo cálido tan entrado el año.

—No obstante —dijo Borenson—, los ha traído muy tarde.

—No intentéis culpar a mi señor —dijo Saffira—. Es muy fácil repartir culpas y muy difícil admitirlas. Mi señor solamente hace lo necesario para poner fin a la depredación de los caballeros equitativos. Si alguien tiene la culpa, son los vuestros.

Las palabras de Saffira fueron como unos latigazos candentes en la espalda de Borenson. Este se estremeció sin poder formular argumento en contra, incapaz de argumentar nada. Intentó evocar las afirmaciones que había sostenido momentos antes, pero Saffira le había ordenado no culpar a Raj Ahten y su orden era tan persuasiva que todo pensamiento contrario abandonó la mente del caballero.

Por tanto, Borenson y Pashtuk dejaron a Saffira con la guardia y se dirigieron hacia los hambrientos elefantes. Era una manada de cincuenta bestias, aunque únicamente cinco de ellas seguían con vida. El angosto valle carecía de una fuente de agua que fluyera por él y Borenson sospechaba que los otros elefantes habían muerto, no solo de hambre, sino también de sed.

Esa mañana Borenson y Pashtuk trabajaron algo más lentos y prácticamente perdieron un largo día arreando a los elefantes a una distancia de unos quince kilómetros más abajo, donde estarían a salvo. Tras tres kilómetros de trayecto conseguían conducirlos hasta el borde de las arboledas. Desde allí, Pashtuk los llevaba por un camino al vado hasta otro estrecho valle, donde la ventisca se convertía en una llovizna fría. El valle les brindaba agua potable y hierba suficiente para que los elefantes se alimentaran un par de días antes de continuar hacia las tierras bajas, pero Borenson no albergaba muchas esperanzas de que sobrevivieran.

La hierba en aquel lugar era más bien paja que no les aportaría mucha energía. Sin hombres que los instaran a moverse, seguramente los elefantes se encontrarían demasiado débiles para salir de allí.

En fin, él había hecho cuanto podía.

El séquito de Saffira descendió de las montañas y Borenson se puso al frente del grupo. Los soldados del duque Paldane estarían vigilando aquel camino y, aunque un grupo grande podría pasar sin ser importunados, Saffira y la guardia de esta supondrían objetivos fáciles.

Borenson no podía predecir en qué dirección vendría la emboscada, pero estaba seguro de que le darían el alto.

Por tanto, se colocó el primero de la vanguardia, a unos cien metros de los otros. Se mantenía permanentemente alerta ante cualquier indicio de asechanza. Aunque con la pérdida de dones, su vista no era tan aguda como antes ni el sentido del oído tan afinado. Sin resistencia, se cansaba con mucha más facilidad que antes.

No obstante, los dones no lo eran todo. Saber dónde mirar era tan importante

como tener vista de lince. Así que iba examinando los oscuros pliegues de los valles donde había frondosas pinadas y estudiando los crestones tras los cuales podía ocultarse un caballo, y cada vez que encontraba un nuevo pliegue en el camino tenía que asomarse por la cresta.

Solamente esperaba que Gaborn hiciera uso de sus poderes a fin de avisarlo si se presentara el peligro.

A media tarde se puso a llover a cántaros. Borenson estaba ansioso por acelerar la marcha, pero Saffira ordenaba lo contrario.

Al descender por un declive forestado, se encontraron un antiguo refugio de caminantes al borde de un claro. El tejado de paja estaba combado y lleno de agujeros; pero Borenson se hallaba ya tan empapado que cualquier techo le parecía tan tentador como Saffira. Además, las ramas salientes de los pinos servían de resguardo adicional al cobertizo.

—*Sir* Borenson, ayuda a Mahket a preparar una hoguera mientras que Pashtuk y Ha’Pim preparan la cena —dijo Saffira—. Con tanto viaje estoy muerta de hambre.

—Oh, gran estrella —dijo Borenson—, estamos... Debemos apresurarnos.

Saffira le clavó una mirada de reproche y Borenson se protegió los ojos con una mano alzada, y se puso a preparar la hoguera sin objeción alguna, pues se convenció de que un corto descanso permitiría a las monturas comer algo de forraje, es decir, masticar ferozmente la hierba a la intemperie, como era típico de los caballos de fuerza. Además, la lluvia fría los había dejado a todos ateridos y necesitaban descansar. Por el momento, estaba demasiado agotado para seguir discutiendo.

Borenson entró en el refugio y encontró un rincón seco que el tejado aún resguardaba de la lluvia. Afortunadamente, el rincón estaba próximo al hogar. El suelo rebosaba de agujas y piñas de pino secas; Borenson y Mahket las arrojaron a la chimenea y pronto lograron que ardiera una pequeña fogata.

Conforme trabajaba, Borenson era consciente de la constante presencia de Saffira muy cerca de él. Puesto que sabía que fuera no habría madera seca, fue al otro extremo del refugio y arrancó parte de la paja del tejado. La utilizó como combustible mientras Pashtuk y Ha’Pim recogían agua para hervir arroz y calentar el cordero, cocido en leche de coco, que habían traído del palacio de las Concubinas.

Después de comer, Saffira ordenó a los hombres que montaran guardia mientras se echaba una siesta vespertina, pues dijo que no podía presentarse ante la gran luz con ojeras y falta de descanso.

Fue así como Borenson dejó que Saffira se tumbara en el rincón cálido y seco mientras él se apostaba por allí.

No pudo descansar. Estaban perdiendo tiempo y al apartarse de Saffira enseguida notó que estaba sencillamente furioso.

No se atrevía a expresar tal frustración ante Saffira, temía que lo reprendiera, pero estaba consternado con tanto retraso que esta causaba. Borenson resolvió que era casi como si no deseara ver a Raj Ahten.

Saffira dormía, respiraba honda y silenciosamente bajo un edredón bordado con vivos colores en el suelo, la visión del perfecto reposo.

Borenson se preguntó si tendría que matarla. Con tantos dones de encanto y voz sería peligrosa, a su manera, tan peligrosa como Raj Ahten.

Se fijó en aquel bendito rostro, un semblante de belleza e inocencia, y supo que matarla, quitarle la vida, sería casi tan imposible como arrancarle el corazón a un hijo propio.

Borenson dejó a Saffira con Ha’Pim y Mahket y salió a unirse a Pashtuk, que estaba subido a una roca, al abrigo de una rama de pino que colgaba baja.

Ya habían superado las tierras altas. A lo largo del camino, al fondo, los oscuros pinos se erguían formando una barrera impenetrable a los ojos. En una hora, llegarían a las tierras bajas, que eran más cálidas, donde crecían fuertes los robles y los olmos.

Borenson miró el camino.

—¿Cómo te sientes sin perlas? —preguntó Borenson a Pashtuk.

Se había fijado durante el trayecto cómo el guerrero se sentaba con dificultad sobre su montura, cómo tensaba los muslos para mantenerse separado de la silla.

Borenson no podía evitar preocuparse por el precio que debería pagar por haber contemplado el rostro de Saffira.

—No alcanzo a comprender —dijo Pashtuk— cómo una parte del cuerpo que ya no tengo puede causarme tanto dolor.

—Así de fuerte, ¿eh? —dijo Borenson.

—Cuando nos acerquemos a Carris —espetó Pashtuk—, sin duda Raj Ahten exigirá una pizca de las tuyas también.

—¿Una pizca? —bromeó Borenson—. Soy hombre de pizca y media.

Pashtuk no le vio la gracia.

—Te sugiero que agarres tu caballo y huyas —dijo—. Ni el caballo de Ha’Pim ni el de Mahket puede dar alcance al tuyo. Yo quizás podría seguirte sin problemas... pero no te cogería.

—¿Por qué no? —preguntó Borenson.

Pashtuk agitó la cabeza de un lado a otro.

—El decreto de mi señor fue ideado para que los hombres no buscaran Obran por capricho y para garantizar que los sirvientes de palacio no pierdan el tiempo con las concubinas. No creo que sea de aplicación a hombres como tú, hombres de honor que no traicionarían la confianza depositada en ellos.

Borenson se sintió verdaderamente agradecido.

—Gracias —dijo—. Pero ¿qué clase de escolta sería si huyera antes de dejar a los protegidos a salvo?

De repente, supo que no podría huir, no podría jamás abandonar a Saffira. A partir de ese momento tendría que permanecer a su lado y se preguntó si, una vez concluido el viaje, a la hora de partir hacia Inkarra, podría alejarse. Parte de él ansiaba quedarse con ella porque dejarla sería doloroso, pero también sabía que, como poco, tenía que

quedarse allí a fin de clavarle un cuchillo por la espalda si decidía traicionar al rey de la tierra.

Pashtuk negó con la cabeza.

—Te prevengo por tu propio bien. Si huyes, lo entenderé. Y si se presenta la ocasión, te ruego que lo hagas.

Borenson apartó la mirada hacia el sendero. Quería que Pashtuk se creyera que era una opción que tomaría en cuenta, que no tenía ningún otro motivo por el cual permanecer junto a Saffira.

—Quizás tengas razón, parece que no me necesitáis. Ya deberíamos de habernos tropezado con una patrulla mystarriana. Al menos, en los últimos treinta y dos kilómetros, pero no parece haber ninguna por aquí.

No necesitaba decir más. Con la destrucción de la torre Azul, pocos hombres podrían hacer de rastreadores en Mystarria, y la mayoría estarían escondidos en Carris.

—Esto es inútil —suspiró Borenson por fin—. No necesitáis mi protección. ¿Por qué se mueve Saffira tan lentamente? ¿A qué teme?

Pashtuk se mordió el labio y susurró:

—Es mucho más astuta de lo que crees. Puede darse el caso de que a nuestro señor no le agrade esto. En Indhopal se dice que nadie contraría al rey dos veces. Cuando le comunique el mensaje y abogue por la paz, solamente tendrá una oportunidad y ha de hacerlo lo mejor posible. Debes tener paciencia. Le diste mil marcadores, ¿cuánto tiempo crees que tardarán los mediadores en utilizarlos todos?

—No lo sé —dijo Borenson—. ¿Cuántos mediadores tiene?

Se imaginó que Saffira tendría docenas de mediadores a su disposición.

—Dos —dijo Pashtuk—. Un maestro y un aprendiz.

Borenson se mojó los labios. Solamente dos. Les resultaría difícil a cada uno consumir un marcador cada cinco minutos. Igual transferirían veinticuatro dones por hora, doscientos cuarenta en una jornada de diez horas, igual cuatrocientos si se obligaban a trabajar durante dieciocho horas.

La belleza de Saffira había ido en aumento mañana y noche; cada minuto que pasaba estaba más bella y más radiante.

Los mediadores debían de estar haciendo horas extraordinarias, agotándose. Sin embargo, no podrían extraer mil dones en menos de dos días.

Saffira solamente llevaba veinticuatro horas de camino. Borenson calculó que, si galopaban a toda velocidad, llegarían a Carris en cuatro horas o menos. Pero Saffira debía esperar.

—¡No puede retenernos aquí otro día! —dijo Borenson—. Raj Ahten ya habrá asaltado Carris con seguridad. Mañana, el rey de la tierra se abalanzará sobre él.

—¿Carris en manos enemigas es cosa grave? —preguntó Pashtuk—. Intentas evitar una sola batalla. Saffira espera poner fin al conflicto entero.

—Pero... ¡otro día!

Pashtuk negó con la cabeza.

—No será otro día. Ayer mientras dormías, hablé con el ayuda de cámara del palacio de las Concubinas. El palacio cuenta con menos de quinientas mujeres y centinelas, más algunos criados. Los mediadores de Saffira prometieron extraer dones a todos los que fueran dignos del marcador hoy al caer el sol. Si esos cálculos son acertados, Saffira poseerá para entonces más de mil doscientos dones de voz y dos mil cuatrocientos de belleza. Después, lo único que restará por hacer a los mediadores en el palacio de las Concubinas será tomar dones de los camellos.

Pashtuk se rio de su propio chiste.

Borenson sonrió. Sin duda, ni el mismísimo Raj Ahten poseía tantos dones de encanto. En los anales del mundo, Borenson jamás había oído de una reina que poseyera ni una décima parte de lo que Saffira intentaba acumular.

Tendría una sola oportunidad para convencer a Raj Ahten; una sola.

En silencio, Borenson se agachó en cuclillas junto a Pashtuk y dejó que Saffira descansara.

Entrada la tarde, Saffira se despertó y, después de un rato, dijo con una voz más dulce que ningún canto:

—Tengo buenas nuevas. Los mediadores han acabado, para bien o para mal.

Ante esa noticia, Borenson y Pashtuk ensillaron a los cinco caballos de armas.

El camino estaba embarrado y tuvieron que cabalgar más lentos de lo que a Borenson le hubiera gustado. Este esperaba llegar a Carris antes del anochecer.

Recorrieron treinta kilómetros a toda velocidad hasta que, finalmente, se tropezaron con la patrulla mystarriana que tanto temía Borenson.

Se trataba de una docena de caballeros, con el emblema del hombre verde, abiertos en canal. El cuerpo de uno de los caballos colgaba de las ramas de un árbol a trece metros de altura. La mayoría de los jinetes habían sido mutilados, un torso abierto con las tripas fuera por aquí, media pierna por allá. Era evidente que faltaban algunos miembros. El suelo en torno a los cadáveres estaba lleno de huellas de pisadas pesadas, pero los caballeros no habían conseguido matar a un solo enemigo. Borenson raramente había visto masacre semejante, y había acaecido apenas una hora antes. Los intestinos de los muertos aún humeaban.

—Parece que una de tus patrullas mystarrianas se ha tropezado con los hombres de mi señor —dijo Saffira inocentemente.

Se tapó la bonita nariz con un pañuelo de seda, mientras atravesaban el ambiente cuajado de olor a sangre y a bilis. La voz de Saffira sonaba tranquila y esta no temblaba, como si el contemplar a soldados muertos cortados en trocitos no la intimidara.

Borenson se preguntó qué tipo de cosas habría presenciado que la hacía tan indiferente siendo tan joven.

*Igual no le importa, pensó, porque son soldados enemigos.*

Pashtuk negó con la cabeza, como hastiado de la candidez de Saffira.

—No han sido los nuestros, oh, gran estrella. Ningún humano podría destrozar a otro ser humano de forma tan salvaje. Esto es cosa de reaver.

—Oh —dijo Saffira un tanto impasible, como si la idea de que los reaver merodearan por el bosque en torno a ellos no la alarmara en absoluto.

La guardia dejó que los caballos se acercaran. Pashtuk miró a Borenson y los ojos oscuros de aquel hablaron por sí solos.

—Si hay reaver en el camino, corremos peligro.



## Capítulo 48



*Los reaver envían un mensaje.*

**R**oland se puso a vitorear, plantado en las murallas del castillo, cuando Raj Ahten salió del torreón del Duque y comenzó a ordenar a sus hombres que se prepararan para atacar.

Los orgullosos Invencibles bajaron corriendo de las murallas para dirigirse hacia los caballos. Los escuderos empezaron a traer armaduras para los corceles y lanzas del arsenal. Les llevaría una hora larga prepararse para lanzarse a la carga y Roland tendría que esperar.

Sobre el monte de los Huesos, los magos reaver continuaban atareados con el trabajo. La malvada hechicera era una figura de centelleante movimiento borroso en la cresta del cerro. Mientras trabajaban, una voluta de turbia bruma marrón empezó a girar en torno a la runa.

El olor a muerte y a podredumbre que emanaba del monte de los Huesos mareaba a Roland: le revolvía el estómago, le dolía todo el cuerpo, y los ojos le escocían tanto que apenas se atrevía ya a mirar hacia el cerro.

Mientras los hombres de Raj Ahten vestían a los caballos con armadura, Roland percibió pequeños cambios en el exterior. Las enormes orugas de cola habían estado masticando hierba y árboles y constantemente regurgitaban una resina espesa y pegajosa que los bramantes utilizaban para conglomerar rocas y piedras con las que levantaban tapias y barricadas.

Habían estado trabajando en la orilla sur del río, creando varias cúpulas colosales. La hipótesis generalizada entre los hombres era que se trataba de nidos; aunque, en aquel instante, los reaver dieron la vuelta a las cúpulas y las empujaron hacia el agua y Roland comprendió que realmente eran embarcaciones, enormes naves sin remos o velas, con forma de cáscara de nuez abierta por la mitad.

Los bramantes comenzaron a afanarse en la construcción del armazón de las naves, piedra a piedra.

A Roland lo invadió el pánico; aparentemente hasta entonces los reaver se habían contentado con hacer caso omiso a los hombres de Carris. Aunque era obvio que, al

igual que Raj Ahten en el patio interior, los reaver se preparaban para el ataque.

Hacia el oeste, los reaver seguían cavando. La tierra yerma estaba llena de agujeros y cráteres con aberturas extrañamente algo más elevadas en el norte que en el sur.

Conforme llegaba la noche, Roland enfermó aún más. El aire en torno a Carris se hacía agobiante con el aroma a podredumbre. Le dolía la cabeza y le entró una gran desesperación visceral y una fatiga tan profunda que apenas podía continuar de pie. Algunos de los hombres a su alrededor intentaban ocultar el hecho de que habían comenzado a llorar.

A fin de levantar el ánimo, algunos guerreros corpulentos empezaron a lanzar insultos a los reaver; otros se reían y daban nombres a los nuevos monumentos que creaban los reaver.

La enorme torre de piedra al sur se elevaba cada vez más, se parecía al cuerno de un narval o a una espina gigante. A media tarde superaba los veintiséis metros y los reaver seguían construyendo. La maga maléfica se acercó dos veces para comprobar cómo avanzaba el trabajo en lo alto de la torre y a los hombres les pareció que tenía la apariencia del miembro masculino y por eso la apodaron la Torre del Amor. Al este de la torre, a lo largo de la orilla del lago Donnestgree, las orugas de cola y los bramantes continuaban la construcción de barcos en los astilleros de Piedra.

Al montón de madera desechada de casas, árboles y empalizadas lo llamaron el monte Leñoso. Los hombres estuvieron encantados de asignar un nombre a la multitud de guaridas al noroeste; ahora eran las Barriadas de lord Paldane.

Aunque entre todas las horribles cosas diseñadas aquel día, la runa maléfica del monte de los Huesos era la más espeluznante. Los bramantes se dedicaban en ese momento al trabajo de mampostería. Roland podía distinguir con esfuerzo cómo trabajaban detrás de la pantalla formada por el capullo. Mientras los bramantes cargaban con tierra de las zanjas y transportaban materiales secos a las orugas de cola, los magos con runas tatuadas alrededor de la cabeza sobre los philia, confeccionaban la terrible runa.

Así crecía la gran runa, una obscena insignia que poco a poco emanaba humo y poder. Bajo la bruma marrón, resaltaban sus curvas sinuosas, como culebras rojas apareándose en un ovillo o como un plato de lenguas de colibríes. Al igual que la magia de los reaver, la runa era retorcida y vil.

Si Roland intentaba mirarla, los ojos le latían con fuerza en un sentido literal. Los músculos que controlaban el movimiento de los ojos se convulsionaban, con lo cual no podía enfocar bien la vista. No obstante, si la apartaba, sentía tal sensación de quemazón en la piel que, de vez en cuando, olfateaba el aire temeroso de oler la propia piel en ebullición.

Sin embargo, la consternación que la runa de la maga malvada causaba a los hombres no era únicamente la manifestación de ese poder. Conforme se iba acercando la conclusión de las obras, la runa provocó un monstruoso cambio en torno

al monte de los Huesos, ya que los pocos arbustos y hierbajos al pie del cerro comenzaron a echar humo y a marchitarse. La hierba se tornaba gris y mustia. Las ramas del almendro pegado a la muralla, bajo los pies de Roland, empezaron a retorcerse lentamente; las hojas se ampollaron y se desprendieron.

Cuando las tropas de Raj Ahten estaban listas, los caballos vestidos con armadura y los hombres también, Roland escudriñó el panorama más allá de las murallas: al norte, sur y oeste del castillo la hierba y los árboles desprendían humo al morir, a kilómetros y kilómetros de distancia.

Los hombres de Carris dieron un segundo nombre al monte de los Huesos, el Trono de la Desolación y, en cuanto al castillo mismo, algunos susurraban con gravedad que lo mejor sería llamarlo el Corral del Carnicero. Roland se imaginó que la ciudad albergaba gente suficiente como para alimentar a los reaver durante dos meses o más. Era difícil saberlo, con tantos reaver que marchaban hacia el norte. Sin duda, todos los hombres en Carris se creían destinados a bendecir la mesa de los reaver.

Roland escudriñó el horizonte este con esperanza, por donde los tenues rayos del sol se reflejaban en las olas picadas. Aún no había indicios del regreso de la avanzadilla. Roland se aferró a la espada corta y practicó con ella.

Los reaver seguían construyendo, pero no atacaban.

—Quizás no nos ataquen —aventuró a decir Roland, esperanzado—. Quizás su intención es otra...

—Es el monte de los Huesos lo que los atrae —dijo un hombre a espaldas de Roland.

Un agricultor escuálido con barba hirsuta como el pelaje de una cabra, quien esa misma mañana se había presentado como Meron Blythefellow y vigilaba la muralla con una simple piqueta.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Roland.

—Todos los hombres que han muerto ahí... —dijo el agricultor—. Han cargado contra ese cerro y han muerto allí más caballeros que en ningún otro lugar de Rofehavan. Habrá sido escenario de unas cien contiendas y toda esa sangre derramada envenena el suelo, lo deja a punto para la magia negra. La sangre es tan espesa que incluso el duque ha intentado extraerla, en busca de metal sangriento. Por eso los reaver están ahí, creo, para construir esa runa donde hay tanta sangre humana.

Conforme Blythefellow decía lo que opinaba, el barón Poll frunció el entrecejo.

—No creo que sea eso en absoluto. Quizás simplemente nos envían un mensaje.

—¿Un mensaje? —preguntó Roland, incrédulo.

Era evidente que los reaver estaban envenenando a la gente de Carris, haciéndolos enfermar mediante retorcidos conjuros.

—Los reaver no hablan.

—Normalmente no —dijo el barón—, al menos no de un modo que podamos entender nosotros. Pero hablan, empero.

—Entonces, ¿qué dicen los reaver? —preguntó Roland.

El barón Poll abrió los brazos y señaló el paisaje. Hasta donde alcanzaba la vista, la tierra en torno a Carris había quedado estropeada y yerma. Ciudades, granjas, tapias y fortalezas habían sido derribadas y desguazadas. Los árboles, en un radio de ocho kilómetros de distancia, echaban humo.

—¿No lo entiendes? —dijo este—. No es tan difícil de descifrar como un jeroglífico complicado: «La tierra que una vez fue vuestra es ahora nuestra. Vuestros hogares son nuestros y vuestra comida, bueno, sois la comida. Os suplantamos».

Abajo, en el patio de armas, las tropas ya habían montado y los caballeros, sentados a horcajadas en los caballos de armas, apuntaban las rectas lanzas hacia el cielo, como agujas brillantes.

—¡Abrid las puertas! —gritó Raj Ahten al frente.

Se oyó el chirriar de cadenas que soltaban el puente levadizo.

## Capítulo 49



*Alakna.*

**A**veran no sabía que se había dormido hasta que notó cómo Primavera se levantaba de un bandazo y le arrancaba la comfortable capa. La mujer verde temblaba de entusiasmo a la vez que olfateaba el aire.

La niña había tenido curiosos sueños durante toda esa noche, visiones irreales del Averno.

El día era fresco. El sol se ocultaba tras un espeso manto de nubes y lloviznaba. Averan había soñado que uno de los pterodáctilos le había traído una cabra putrefacta al nido, como solían hacer a veces, y Brand la había obligado a deshacerse de ella.

Se restregó los ojos. Mientras estuvo dormida, los helechos que la tapaban se habían marchitado, lacios y mustios, como un trapo gris mojado. De hecho, todo el moho que tenía a mano, tallos, los árboles en lo alto, se habían marchitado como aniquilados por la peor de las escarchas. El hedor a putrefacción inundaba el aire.

Peor que eso, lo que aquejara a la tierra, también parecía afectarla. Averan sentía náuseas y debilidad muscular; sequedad en la boca.

*Si me quedo aquí, moriré, pensó.*

Con creciente curiosidad y temor, Averan miró el cielo. Hacía muchas horas que había amanecido y pronto anochecería.

Se había pasado corriendo casi toda la noche anterior y, muerta de cansancio, durmió casi todo el día. Durante ese tiempo, el paisaje había cambiado horriblemente.

Entonces, la mujer verde alzó la nariz y, con el pelo cayéndole por los hombros, dijo en voz baja:

—Sangre, sí. Sol, no.

Averan se levantó de golpe bajo la llovizna de la tarde y echó un vistazo colina abajo. A casi dos kilómetros de distancia, un grupo de reaver enormes, que correteaba por aquella orilla del canal, le seguían el rastro.

El aire que exhalaban del tórax producía un ruido sordo, como de sonajero, y callejeaban en formación defensiva llamada «de a nueves». Una hechicera escarlata iba a la cabeza con una vara que brillaba cruelmente con runas obscenas.

Una maga reaver, se percató Averan desanimada e intentando contener el pánico. Con algo de asombro, esta entendió que el explorador que se había comido conocía a aquella monstruosa criatura y a los portadores de acero que la seguían. No eran soldados corrientes, sino parte de la guardia de élite de la maga maléfica.

Las advertencias de Averan debían de haber asustado a los reaver, haciendo que enviaran a algunos de los más temibles guerreros.

Con desesperación, Averan se lanzó a toda velocidad entre los helechos marchitos que rodeaban la colina, se deslizó sobre su viscosa superficie, sin atreverse a desviarse de vez en cuando. Sabía que no podría ganarles la carrera a los reaver, que en unos segundos entraría en su campo de visión.

La mujer verde trotaba a grandes zancadas junto a ella, llena de curiosidad, mirando hacia atrás como un perro ansioso por cazar ardillas, indecisa sobre si luchar o huir.

En lo alto, las hojas de todos los árboles se habían desprendido. No quedaba follaje, nada que pudiera servirle de pantalla para ocultarse. Sin ningún lugar donde ir ni nada que perder, Averan hizo lo que le ordenaban los instintos. Formó un tremendo revuelo:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Asesinos!

Mientras gritaba pensó que de sonar la alarma de «¡reaver!» nadie sería tan tonto como para ir a rescatarla.

## Capítulo 50



### *La carga de los ratones.*

—¡ **A**brid las puertas! —gritó Raj Ahten desde el patio de armas.

Quinientos soldados de fuerza se habían juntado tras las puertas del castillo. Sus armaduras y las de los caballos destellaban, las lanzas pintadas picaban el aire en dirección al cielo.

El único monumento a la humanidad que quedaba a la vista era la fortaleza de Carris, aún erguida, aún orgullosa, con las murallas encaladas bajo la suave luz de la tarde. Había estado lloviendo todo el día, una y otra vez, y la lluvia lo había empañado todo. Unos rayos de sol atravesaban en este instante un claro entre las nubes.

Las murallas de Carris relucían de manera sobrenatural, en contraste con el pantanoso paisaje exterior.

El puente levadizo cayó y, a lo largo de las murallas, los hombres prorrumpieron en locos vítores. El mismísimo Raj Ahten iba al frente de la avanzada, portaba una larga lanza blanca hecha de fresno, montaba su gran e imperial corcel gris de armas.

Raj Ahten atravesó el paso elevado a una velocidad increíble y en pocos segundos desempedrababa las planicies camino al Trono de la Desolación. Los portadores de acero que estaban apostados a una distancia considerable del paso elevado se precipitaron a cortar el paso. Sin detenerse, arrasó con los primeros monstruos como si fueran islotes en un arroyo. Las tropas de Raj Ahten, fluían tras él. Cada caballo de fuerza poseía dones de fuerza física, agilidad y metabolismo y, por tanto, incluso con la pesada armadura podían recorrer los prados como un vendaval.

El rostro de Raj Ahten brillaba como el sol. Incluso a aquella distancia, captaba las miradas de todos como ningún otro hombre era capaz, como si fuera la belleza personificada.

En ese momento, los caballeros adoptaron una formación de cinco columnas que se dirigía hacia el Trono de la Desolación. Los reaver se apresuraron a obstruirles el paso, con aquellos caparzones que resplandecían misteriosamente debido a la lluvia de la tarde.

A Roland, a aquella distancia, Raj Ahten y sus hombres le parecían una gran manada de ratones, que iban a enfrentarse a una panda de gatos sobrealimentados, sobre caballos maravillosos y céleres, con lanzas que relucían bajo el sol como agujas. Los gritos de guerra de los hombres se perdieron en el viento. Y los reaver destacaban frente a ellos, de color gris, repugnantes y abotargados.

Las lanzas acertaron en la diana. Algunos de los caballeros intentaron clavarlas en el cerebro de los reaver, apuntando al punto débil del cráneo, o atravesándoles el paladar. Uno de los reaver heridos de este modo murió casi al instante. Pero otros optaron por ensartar a los reaver por el estómago, una herida que los mutilaba.

Así fue cómo los Invencibles arremetieron contra los reaver y comenzaron a asestarles golpes, pero también las lanzas explotaban contra los caparzones de los reaver sin causar daño alguno.

Los desafortunados soldados que no lograban asestar el golpe mortal, solían caer del caballo de espaldas, despojados de armas y teniendo que echar a correr para ponerse a salvo, con la esperanza de que sus compañeros abatieran al enemigo.

Roland observó a uno de los caballos resbalar en el escurridizo lodo y chocar contra un reaver como si este fuera un muro de piedra, de tal modo que, tanto el caballo como el jinete, quedaron desahuciados en el acto.

En otro lado, uno de los portadores de acero blandía una enorme hoja que le rebanó las piernas a un caballo de batalla.

En pocos segundos habían perecido media docena de reaver y varios hombres. Conforme cada columna de caballeros encontraba resistencia, esta se desviaba del enemigo y enseguida las columnas se convirtieron en zigzagueantes corrientes irregulares.

Y, una vez que un lancero se enfrentaba a su objetivo, perdía la lanza; y o bien empalaba al reaver en cuestión o bien la lanza se hacía pedazos. De cualquier modo, el lancero se veía obligado a hacer girar al caballo y retirarse.

Raj Ahten y unos cuantos caballeros se precipitaron contra el Trono de la Desolación. El corcel de Raj Ahten galopaba entre las volutas marrones que constantemente emanaban de aquel como remolinos, entre las amplias columnas de mucílago que componían el capullo.

Va como una mosca derecha a la tela de araña, temió Roland.

Unas cuantas docenas de descomunales portadores de acero salieron a su encuentro. En lo alto del trono, las orugas de cola se retiraron como feas larvas sorprendidas ante el peligro, mientras que los magos tomaban posiciones de defensa tras los muros de la runa misma. Los bramantes huyeron y se escondieron. La maga malvada se volvió para mirar a Raj Ahten con aquella cabeza sin ojos y, seguidamente, desestimó la amenaza y siguió trabajando.

Los Invencibles iban a la carga y los reaver al borde del capullo se irguieron sobre las patas traseras, las garras de las enormes patas delanteras sostenían las descomunales hojas de acero o martillos gloriosos.



Ambos flancos chocaron. Una docena de reaver salieron despedidos debido al furioso impulso de la carga. Lanzas hechas añicos. Armas que cortaban el aire más rápido de lo que el ojo humano podía percibir; Invencibles y sus caballos partidos en dos.

Con un solo ataque al filo del capullo, Raj Ahten perdió una docena de hombres. Los que chocaron contra los reaver perdieron las lanzas. Raj Ahten mismo abatió a un reaver, clavándole la lanza en la boca.

No obstante, al desplomarse, el cuerpo del reaver obstruyó el sendero al monte de los Huesos. Raj Ahten giró el caballo y tomó la dirección del castillo a toda velocidad, con muy pocos caballeros en pos de él.

De los escondrijos de las Barriadas de lord Paldane surgieron reaver encolerizados, saliendo de cualquier manera de las sombras, mientras otros se acercaban a toda prisa desde la orilla oeste del lago. Por los caminos al sur, el desfile de reaver no se había terminado.

Raj Ahten entendió el peligro y regresó al castillo. Sus hombres huyeron para salvar la vida.

Los reaver del oeste avanzaron pesadamente para obstruir el paso elevado y cortarle la retirada a Raj Ahten.

Desde las murallas del castillo, los hombres empezaron a gritar, a animar a las tropas de Raj Ahten para que se apresuraran, vitoreando a hombres que, hasta hace unas horas, habían sido enemigos.

Roland permaneció con la boca abierta, sin decir nada.

*¿Esto es lo mejor que podemos hacer contra ellos?*, se preguntó. *¿Interrumpirles la tarea unos segundos y luego huir como un niño que tira higos podridos a un caballero?*

Era una locura.

En la llanura no había más de sesenta o setenta reaver muertos. Raj Ahten se había visto forzado a retirarse y la maga malvada y sus subordinados lo iban a castigar. Así, como si hubiera estado esperando a que llegara ese momento, la maléfica hechicera atacó. La enorme maga sentada en lo alto del monte de los Huesos levantó el gran báculo hacia el cielo, el cual emitió un extraño rugido siseante. Incluso entonces, vestía las llameantes runas como si fueran una capa de luz.

Se produjo un atronador estruendo y de ella emanó un fuerte golpe de viento, que barrió la colina como si fuera una piedra invisible que cae en una charca, provocando una onda expansiva. Roland no lo hubiera percibido de no ser por los gree, que se retorcían en el aire. Cuando el viento los alcanzó, los propulsó como hojas en remolino.

Abajo en los prados, el viento golpeó a los caballos de armas. Aunque parecía como si los hubiera golpeado una simple ráfaga de viento, las monturas enseguida perdieron el equilibrio y se estrellaron contra el suelo rocoso con el estrépito de las armaduras. Los soldados gritaron al caer hacia una muerte segura. Algunos se

levantaron y a duras penas se arrastraron, mientras los reaver se precipitaban sobre ellos para liquidarlos.

Raj Ahten y sus hombres se acercaban al paso elevado, una desvencijada compañía de trescientos hombres y caballos de batalla. Las monturas de los caballeros se tambaleaban a ciegas, como si estuvieran heridas, mientras que una fila horizontal de portadores de acero cargaba contra ellos.

El viento azotó a Roland con ganas. Este sintió el beso helado del aire como si fuera el miedo mismo, miedo impropio de un hombre; el viento le aceleró el corazón e hizo que deseara esconderse. El aire olía a pelo quemado, pero cien veces más intensamente. Una especie de rugido lo ensordecía todo, un bramido mucho más alto que una atronadora cascada. Los ojos le escocían intensamente y, en ese instante, todo se ennegreció por completo.

Cegado de repente, con aquel rugido desmesurado de olas, Roland gritó y se aferró a las almenas de las murallas del castillo. Un mareo desorientador se apoderó de él; se agarró a la muralla, pero sin saber si estaba cabeza arriba o cabeza abajo.

A su alrededor, los hombres empezaron a gritar aterrorizados:

—¡Socorro! ¡No veo! ¡Ayuda!

Pero no había ayuda posible, tal era el poder del maleficio de la malvada maga que Roland se tumbó presa del pánico, respirando con dificultad y luchando por mantenerse con vida.

*¡Con razón los reaver no nos temen!*, pensó Roland.

Los ojos le escocían como si se hubiera quemado con una bebida caliente, y el nervio óptico pulsaba con el dolor. Jadeaba y copiosas lágrimas le corrían por la cara. Se sentía totalmente a la deriva.

Durante un largo minuto estuvo así tendido, hasta que el martilleo de los oídos comenzó a disiparse y, a través de las lágrimas, vislumbró la luz del sol que se atenuaba y la luna en el gris firmamento. Logró ponerse de rodillas y ver a través de aquella ceguera, parpadeó rápidamente. Todo se había oscurecido a causa de unas nubes negras. A lo largo del adarve, los hombres se agazapaban y se secaban la cara, entornaban los ojos intentando penetrar la oscuridad.

Al poco, Roland comprendió que los reaver debían de haber alcanzado el paso elevado y se habían puesto a tiro de artillería. Los tiradores ordenaban fuego de artillería y los hombres en las murallas del castillo disparaban con las ballestas. Un estruendo de las cuerdas tensadas con torniquete y manivela llenó el aire y, seguidamente, los proyectiles de metal atravesaron el aire y se clavaron en los caparzones de los reaver con un fuerte zas.

Roland parpadeó en la oscuridad por encima de la muralla, hasta que pudo distinguir a los reaver, formas grises que se retorcían en la penumbra. Parecía que la caballería de Raj Ahten iba a verse abrumada.

Aunque Raj Ahten no era un lord corriente y sus hombres no eran soldados cualquiera. Consiguieron recuperarse de la arremetida de la maga para seguir

luchando. Valientemente, se lanzaron a la refriega: lanzas que penetraban carne de reaver; caballos que relinchaban cuando los portadores de acero los partían en dos; martillos de gloria que repicaban contra armaduras.

Muchos más reaver murieron en el ataque, mientras Raj Ahten intentaba abrirse paso hacia Carris. Hombres con grandes dones de fuerza y metabolismo saltaban de los caballos moribundos con los que se habían lanzado a la carga, martillos de armas de mango largo que se elevaban y descendían, clavándose en la gruesa piel de los reaver.

En las ballestas de las murallas, los artilleros gritaban y con dificultad manejaban las manivelas que tensaban las cuerdas de los enormes arcos, al mismo tiempo que los muchachos levantaban las pesadas saetas y las introducían en los correspondientes carriles acanalados.

El mismo Raj Ahten, el lord humano más poderoso, profirió un grito de guerra que hizo retumbar el castillo, consiguió arrancarle el yeso a las murallas externas. Conforme se le aliviaba el dolor de ojos, Roland pudo distinguir cómo los reaver se retiraban, momentáneamente algo aturcidos por el sonido, pero luego atacaban con más violencia, como encolerizados.

Roland oyó gritos de hombres consternados. En los astilleros de Piedra, cinco docenas de barcos hechos de roca y resina de oruga de cola se habían echado al agua.

No llevaban velas ni remos, sino que los reaver remaban con largas hojas de acero, remaban con sus armas.

Roland parpadeó y contuvo las lágrimas. Esas extrañas naves de proa alta parecían la mitad de una cáscara de nuez en un charco. Excepto que las embarcaciones con cientos de reaver se acercaban a donde estaba él.

El pánico se apoderó de Roland. Este había albergado la esperanza de no tener que enfrentarse al enemigo. Se hallaba en la muralla sur y, al fin y al cabo, todos sabían que los reaver no sabían nadar y que se hundían como piedras.

*Además, razonó, las murallas encaladas de Carris son demasiado lisas para que cualquier hombre o reaver encuentre punto de apoyo y, aunque el yeso ha quedado dañado, nadie podría escalar las murallas.*

Se aferró a la espada corta que, dos días atrás, le había parecido defensa suficiente contra forajidos del camino, y se preguntó de qué le serviría en el combate que se le venía encima. Era una insensatez estar allí, una locura que un plebeyo se enfrentara a un reaver.

Mientras tanto, en el paso elevado, Raj Ahten gritó nuevamente con la idea de aturdir a los reaver. Roland miró hacia ellos, vio que los reaver no solamente hacían caso omiso al grito de Raj Ahten, sino que correteaban hacia él con más celeridad al reconocerlo como una amenaza.

—¡Preparaos! —gritó el barón Poll—. ¡Preparaos!

Los bramantes empezaron a corear curiosos cantos de manera sobrenatural.

Alrededor de Roland, los hombres corrían de un lado a otro, alzando los escudos

y cogiendo hachas de armas. Algunos de ellos gritaron a Roland para que se apartara y se acercaron y colocaron una pesada roca sobre la almena, junto a Roland, luego fueron en busca de otra.

—¡Maldita sea! —gritó Roland agitado sin saber qué otra cosa decir—. ¡Maldita sea!

—¡Mirad! —gritó alguien a su espalda—. ¡Están ante las puertas!

Roland echó una ojeada en dirección oeste. Los portadores de acero le pisaban los talones a Raj Ahten. Antes de que los guardias de la puerta pudieran subir el puente levadizo, los reaver se precipitaron a las puertas y atravesaron las dos primeras barbicanas. Roland no podía ver si se habían adentrado en la misma fortaleza, pues la torre de la puerta le tapaba el panorama.

De nuevo la maga maléfica sentada en lo alto del monte de los Huesos levantó el gran báculo hacia el cielo, el cual emitió un extraño rugido siseante. A lo largo de las murallas del castillo, los hombres gritaron, nadie deseaba que el conjuro de la maga los afectara por segunda vez.

—¡Cerrad los ojos! ¡Tapaos los oídos! ¡No respiréis el humo! —gritaron los hombres.

Roland miró hacia atrás, hacia las puertas, observó cómo algunos hombres se desplomaban al ser golpeados por el maleficio de la maga.

Se agachó contra la muralla, se aferró a las orejas y apretó los ojos, contuvo el aliento justo cuando el segundo conjuro le pasaba por encima.

Fue como un trueno y los músculos ópticos se contrajeron nerviosamente a pesar de las precauciones tomadas. Cayó al suelo y, durante unos largos segundos, mantuvo los ojos cerrados y no se atrevió a destaparse las orejas.

Aliviado, comprobó que el esfuerzo le había servido de algo, no se sentía desorientado y mareado.

Roland abrió los ojos y, a pesar de que le escocían mucho y no veía del todo bien, no había quedado completamente ciego. Se encontró cara a cara con un muchacho que estaba tan asustado que había palidecido del todo. Le castañeteaban los dientes y Roland supo que al pobre el pánico le impediría luchar, que aquel moriría allí justo en aquella postura.

Acurrucado contra la muralla, Roland también sabía que la maga malvada había pronunciado el maleficio para impedirle que defendiera Carris.

Roland siempre había sido una persona pasiva, había dirigido su vida según el plan establecido por sus padres, había respondido a las provocaciones de su mujer con gruñidos propios... Se había dirigido al norte en busca de un hijo que no conocía, no porque sintiera algo por él, sino porque pensaba que era lo correcto.

Justo en aquellos momentos, apretaba los dientes, arrepentido de todo lo que había hecho, de todo lo que no había sido capaz de hacer. Le había prometido a Averan ser su padre, deseaba hacer de padre con su hijo. Aunque dudaba que tuviera oportunidad alguna de hacerlo.

*¡O me quedo aquí tumbado y muero como este tonto chaval, o puedo levantarme y luchar!*, pensó.

Al oír el ruido seco de uno de los barcos de piedra que chocaban contra la muralla del castillo, no pudo esperarse más.

—¡Venga! —Ladró al asustado muchacho—. ¡Levantémonos y muramos como hombres!

Roland se levantó, agarró al chico y le dio la mano. Se apoyó entre dos almenas e intentó asomarse entre vapores hediondos que le hicieron llorar descontroladamente.

A unos treinta y tres metros más abajo, una embarcación reaver rozaba con la proa las murallas de Carris. Uno de los monstruos clavó las enormes garras en la muralla, penetró la capa de yeso blanco que cubría la piedra.

Cuando el reaver saltó del barco, un cuervo pasó graznando por encima de Roland. Ante el asombro de Roland, el reaver llevaba la gran hoja de acero entre los dientes, como un perro con su palo, y trepaba la muralla rastrillándola con las enormes zarpas delanteras.

*En este flanco todos somos plebeyos*, pensó Roland. *Ninguno puede luchar contra un reaver, aunque este vaya desarmado.*

A espaldas de Roland, alguien gritó:

—¡Traed unas cuantas alabardas aquí arriba!

Empujar a los monstruos muralla abajo con alabardas sonaba a buen plan, pero no tenían tiempo de ir a por ellas. La mayoría de las alabardas y los bracamartes se estarían utilizando más abajo, junto a las puertas del castillo.

Roland enfundó la media espada y cogió la pesada piedra que tenía al lado. Roland era un hombre fuerte y grande, pero la piedra pesaba más de ciento veinte kilos.

Con todas sus fuerzas, se esforzó por levantar ese maldito pedrusco y tirarlo por la crestería.

La roca aterrizó con un ruido seco, justo de lleno sobre la cabeza sin ojos del reaver, a unos veinte metros de distancia. El reaver se detuvo un segundo, aturdido, y se aferró a la muralla como si temiera recibir otra pedrada.

Roland quedó consternado, pues el enorme pedrusco no había sido suficiente para arrancar a la bestia del castillo. En vez de eso, clavó las articulaciones del codo en la roca y continuó escalando con más cuidado. Se clavaban en el yeso, de modo que tenía cierto punto de apoyo que ningún humano podía ver.

En tres segundos, el monstruo alcanzó la parte alta de la muralla y dio marcha atrás, preparado para lanzarse con un salto.

El reaver se sentó en el borde de la crestería, con las enormes patas delanteras en el aire. Agarró la gran hoja de acero y abatió a un joven que tenía a mano.

La hoja aplastó al muchacho demacrado contra el suelo de piedra. Solo quedó un reguero de sangre. Roland desenfundó la espada corta y emitió un grito de guerra.

Armándose de valor, se abalanzó sobre la criatura. El monstruo apenas mantenía

el equilibrio sobre la muralla, se aferraba con las uñas de los pies a las almenas. Roland distinguió claramente la articulación que unía los dedos del pie y supo dónde cortar exactamente para separar el dedo del pie.

Con todas sus fuerzas, le clavó la espada de lleno en la articulación del dedo y oyó cómo el reaver siseaba dolorido.

La espada corta se introdujo hasta la empuñadura y Roland forcejeó por soltarla. A su lado, Meron Blythefellow saltó hacia delante con la piqueta y le asestó un golpe a otra de las articulaciones.

—¡Atentos! —les advirtió el barón Poll.

Roland levantó la cabeza y vio la enorme garra que le daba un golpe. La garra lo alcanzó en el hombro, le arrancó la carne y lo hizo volar por el aire. Durante una décima de segundo, estuvo a diez metros por encima de la torre, de cara al interior de la boca del reaver y a las hileras interminables de dientes cristalinos.

Se dio cuenta de que los otros hombres aprovecharon la distracción para atacar a la bestia. Un fulano enorme se acercó por abajo y se lanzó contra el monstruo como un ariete.

El reaver cayó y Roland cayó con él. Aterrizó sobre algunos defensores y observó aterrado la sangre que le chorreaba del hombro derecho. El dolor era atroz.

Los hombres aplaudieron cuando el reaver se desplomó desde la muralla al agua con un chapoteo.

—¡Médico! ¡Médico! —gritó Roland.

Pero nadie se acercó. Roland se cogió el brazo e intentó contener la herida abierta, a fin de no desangrarse, sin dejar de temblar descontroladamente.

Algo aturdido, se arrastró marcha atrás hasta el muro del adarve e intentó despejar el camino para otros defensores del castillo.

Se quedó embobado mirando la almena donde el barón Poll había estado sentado durante ese último día, pero no había rastro de él. Otros hombres corrían a defender la muralla. Roland miró a su alrededor, aún luchando por contener las lágrimas y repeler la negra bruma que le amenazaba la vista.

De repente, en su interior evocó al tipo que había hecho de ariete y había tirado al reaver al lago. Ningún plebeyo podía haber ejecutado tal hazaña, solamente un hombre con dones de fuerza física podía haberlo hecho.

Y supo dónde estaba el barón Poll.

A Roland le parecía que el corazón se le salía por la garganta. Se levantó. Al este y al oeste, los reaver habían invadido la muralla. Los plebeyos intentaban, con mucha dificultad, repeler a los monstruos.

Aunque, en aquel lugar, el ataque se había detenido de momento. Roland se asomó por la muralla en dirección al lago. El agua estaba revuelta porque los reaver todavía intentaban atracar, pero el barco ubicado justo bajo su puesto estaba hundiéndose. El efecto de la caída de un reaver, que pesaba más de doce toneladas, fue demasiado para una nave de piedra. La proa estaba hecha añicos y los reaver se

hundían con el barco. Del mismo modo que el barón se había hundido con la armadura puesta.

Roland gritó a Meron Blythefellow:

—¡El barón Poll! ¿Dónde está?

—¡Muerto! —respondió Blythefellow a voces—. ¡Ha muerto!

Roland cayó de rodillas sin saber qué decir, mareado. La fría aguanieve le golpeaba el cuello. En lo alto, los gree revoloteaban doloridos.

El cielo se había ennegrecido, aunque la maléfica hechicera, toda vestida de luz, había dejado de lanzar maleficios.

## Capítulo 51



### *Extraños en el camino.*

**H**uye, sonó la voz de Gaborn en el interior de Borenson. Durante medio segundo, tiró de las riendas del caballo y echó un vistazo al oeste por el camino, en dirección a Carris; entornó los ojos para intentar ver en la penumbra. Levantó la mano como un gesto de aviso para Pashtuk, Saffira y los escoltas de ella.

Borenson iba al frente. Pashtuk se acercó a caballo.

—¿Qué sucede? ¿Una emboscada? —preguntó Pashtuk entornando los ojos, intentando penetrar la oscuridad que proyectaban la mezcla de robles y pinos por la ladera a su izquierda.

Borenson llevaba ya unos minutos extremadamente inquieto, puesto que ocho kilómetros atrás habían cruzado por una especie de franja invisible donde las plantas echaban humo y se marchitaban, destruidas por algún conjuro. Y donde la hierba siseaba como si estuviera llena de serpientes, las ramas por el suelo que se retorcían de dolor y lo invadía todo un hedor extraño a putrefacción precoz.

Cuanto más avanzaban, más decrepito se hacía el paisaje. No quedaba nada sano. A ras de la tierra flotaban unos vapores marrones. La vegetación parecía afectada por un maleficio más serio de lo que jamás había visto. Y la sensación de ansiedad, de peligro inminente, crecía.

—Esto... No sé si se trata de una emboscada —respondió Borenson—. El rey de la tierra me advierte de que nos acercamos al peligro. Quizás deberíamos torcer y cruzar a campo traviesa.

De repente, a la vuelta del camino, una muchacha corría bajo las ramas yermas de un vetusto roble. Su voz podía oírse en la distancia, dado el revuelo que armaba.

—¡Socorro! ¡Ayuda! ¡Asesinos!

Al doblar la curva, vio a Borenson, y una expresión de alivio le transformó el semblante. Era una niña pequeña de cabello largo y pelirrojo, del mismo color que el de Borenson, que vestía una sucia levita azul de correo aéreo.

Borenson llevaba una hora cabalgando a rienda suelta con la esperanza de llegar a



Carris al anochecer; temeroso de encontrarse con reaver por el camino y con la idea de que, si se lanzaba a galope tendido, podría dejarlos atrás. Pero, justo entonces, había aminorado la marcha para dejar que los caballos descansaran.

—¡Socorro! —gritó la niña y, tras ella, apareció una mujer saltando a grandes zancadas.

Ambas corrían bajo los árboles maltrechos, sobre la hierba sin vida, como si escaparan de una pesadilla de desolación. Los débiles rayos del sol de la tarde les daban de lleno en la cara.

La mujer parecía haber salido de un barril de tinte verde. Llevaba una capa de piel de oso negra que ondeaba mientras corría, dejando al descubierto el hecho de que no llevaba nada más bajo esa prenda única. Tenía los pechos pequeños y el cuerpo delgado, y parecía que, en efecto, el tinte verde le cubría todo el cuerpo. Aunque había algo en ella que hizo meditar a Borenson, lo distrajo inexplicablemente, y no era el hecho de que era una mujer hermosa e iba medio desnuda, sino más bien que, incluso a doscientos metros, le resultaba familiar.

El corazón le dio un vuelco. ¡El wylde de Binnesman! A pesar de que no había visto antes a la criatura, todos los nobles de Heredon tenían instrucciones de buscarla. Borenson se preguntó cómo habría llegado hasta allí.

Pashtuk se puso tenso y Borenson estiró el brazo en busca del martillo de caballería atado a la parte de atrás de la silla.

Huye, lo previno de nuevo el rey de la tierra.

—¡Maldita sea, os oigo! —gritó Borenson a este, sabiendo de sobra que Gaborn no podía oírlo.

—¿Es una emboscada? —preguntó Pashtuk.

En Indhopal, solían utilizar a mujeres o niños como señuelo para atraer a los soldados hacia la muerte, aunque ningún lord honrado de Rofehavan lo había hecho aún.

—¡Vámonos! —ordenó Ha’Pim, uno de los escoltas de Saffira.

Agarró las riendas de la montura de Saffira y, dándole la vuelta al caballo de esta, se dispuso a galopar en dirección sur, a campo abierto.

En ese momento, un reaver apareció a toda velocidad por la curva, descomunal y monstruoso, con un enorme martillo glorioso.

—¡Yo cojo a la niña y tú encárgate de la mujer! —gritó Borenson a Pashtuk.

Borenson clavó espuelas en la carne del caballo, levantó el arma. No se hacía ilusiones, no le quedaban dones, ni de fuerza, ni de agilidad, ni de metabolismo, y ni siquiera podría acercarse lo suficiente al reaver como para intentar darle una estocada. Aun así, el reaver no lo sabía. Esperaba que, al notar que dos soldados se abalanzaban sobre él, la bestia se detuviera el tiempo suficiente para agarrar a la niña y salir huyendo.

Soltó un grito de guerra, con la montura de Pashtuk galopando a su lado.

—¡Esperad! ¡Dejadlas! —gritó Ha’Pim a espaldas de Borenson—. Estamos aquí

para proteger a nuestra señora.

Pashtuk no se resistió. El Invencible tiró de las riendas un segundo y Borenson miró por encima del hombro y comprobó cómo Pashtuk regresaba a toda velocidad hacia su reina.

Borenson no sabía si Pashtuk hacía bien o no. La voz de Ha’Pim delataba un profundo terror.

Borenson se agachó y levantó el martillo de armas. El caballo de Borenson poseía dos dones de fuerza y podía soportar sin problemas la carga de un hombre, el wylde y la niña. Aunque supondría una torpe arremetida y dudaba que le diera tiempo a salvar a ambas. Efectivamente, el wylde andaba rezagado, corría muy lento, miraba hacia atrás de cuando en cuando, como si estuviera deseoso de girarse y plantarle cara al monstruo.

Borenson se precipitó a por la niña, aminoró la marcha justo en el momento en que tenía que estirarse para cogerla y tirar de ella. No obstante, ya no poseía dones de fuerza física y no calculó bien el esfuerzo que implicaba aquello. La niña dio un salto, como si quisiera ayudarlo a que la subiera al caballo.

La idea de Borenson era la de ponerla en la silla delante de él; pero, en vez de eso, le enganchó el brazo en tan mala postura que se desgarró uno de los músculos del hombro y, durante un instante, sintió una punzada de dolor tan intenso que temió haberse lesionado.

De todos modos, consiguió subir a la pequeña a su espalda y salió a toda velocidad hacia la mujer verde.

Sin embargo, al fijarse en el wylde, vio que otros tres reaver doblaban la esquina a toda prisa. Borenson no llegaría a tiempo. El reaver levantó el martillo glorioso, se precipitaba hacia la mujer verde, con los dientes cristalinos resplandecientes como cuarzo al sol.

Borenson intentó virar el caballo y abandonar al wylde a su suerte.

La niña que Borenson llevaba atrás gritó:

—¡Vil Redentora, Destructora Ecuánime; sangre, sí!

La mujer verde se detuvo en seco y giró sobre los talones para encararse con el reaver, saltó sobre la bestia y le dirigió un puñetazo en el gigantesco morro.

Aquello cogió al reaver por sorpresa, que corría a toda velocidad para alcanzarla y blandía el martillo glorioso en la mano justo en ese segundo.

Le asestó el golpe a lo largo y ancho, el suelo retumbó con estruendo, como si hubiera caído un árbol en medio del bosque.

Borenson no pudo dar crédito a lo que sucedió a continuación.

La cabeza del reaver era tan grande como una carreta; aquellas fauces podían tragarse a Borenson y a su caballo enteros. Si el monstruo caía sobre él, las quince toneladas de mole lo machacarían contra el suelo como la rueda de un molinero pulveriza la cebada.

No obstante, la mujer verde había girado la muñeca al golpear al reaver, una

especie de curiosa danza que confundió al ojo, como si fuera un mago que dibujaba una runa en el aire. Y al asestar el golpe, fue como si ella llevara el martillo glorioso. Los dientes cristalinos del reaver se hicieron pedazos y saltaron como gotas de agua que atrapan la luz del sol. Arrancó la carne gris de la cara del enorme reaver, dejando el hueso a la vista. La repugnante sangre azul, tan oscura como la tinta, chorreaba por doquier.

El efecto del golpe de la mujer verde fue como si el reaver se hubiera dado de bruces con un muro de piedra. El cuerpo de este se levantó a unos seis o nueve metros del suelo y las cuatro patas gigantescas se encogieron como las de una araña que intenta protegerse el abdomen. Cuando aterrizó, con un ruido seco, la criatura estaba muerta.

Borenson viró de nuevo hacia la mujer verde, pero no tuvo que molestarse. Pashtuk se comportó como un hombre a pesar de que Saffira le había extirpado la hombría y, en ese instante, galopaba hacia la mujer a rienda suelta.

Sin embargo, esta no pareció satisfecha con haber abatido al monstruo y, aunque tres de los compañeros del reaver se precipitaban sobre ella, de un salto se subió a la cabeza del reaver, con un puñetazo le penetró el cráneo y le extrajo un pedazo de cerebro, oscuro por la sangre, y se lo metió en la boca.

Borenson se quedó boquiabierto y detuvo el caballo. Pashtuk alargó el brazo hacia la mujer verde y la alcanzó por detrás.

Borenson dio la vuelta a su montura y echó a correr en dirección norte, hacia Saffira y la guardia de esta; miró por encima del hombro a fin de comprobar que Pashtuk había logrado escapar antes de que llegaran los otros reaver.

Pashtuk no se entretuvo con sutilezas, sino que agarró al wylde por la cintura como si fuera un saco de patatas. La mujer verde no forcejeó, ya que estaba entretenida dándose un banquete con un puñado de sesos de reaver.

—¡Por aquí! —gritó Pashtuk mientras viraba en dirección sureste al adelantar a Borenson.

Borenson se volvió a mirar nuevamente. Por la curva se acercaban más portadores de acero a toda prisa y, entre ellos, había un mago reaver, aunque los monstruos no podrían alcanzar a unos caballos de fuerza como aquellos. La velocidad máxima de un reaver eran de unos sesenta y algo kilómetros por hora y solamente en distancias cortas.

—¡Me has salvado! —exclamó jubilosa la niña a espaldas de Borenson—. ¡Sabía que vendrías a por mí!

Lo abrazó fuertemente. Borenson no había visto antes a la niña y le sorprendió su tono.

—Bueno, parece que tú sabes más del tema que yo —dijo Borenson con sarcasmo.

No tenía paciencia con mendicantes que fingían la presciencia, incluso si eran únicamente niños.

Durante unos minutos cabalgaron en silencio y Pashtuk consiguió colocar al wylde en la silla, delante de él. A espaldas de Borenson, la niña seguía echándose hacia delante, intentaba ver a Saffira, como si no pudiera dejar de contemplarla embelesada.

Por fin, la niña preguntó:

—¿Dónde está el barón Panza Grande? ¿No te acompaña?

—¿Quién? —preguntó Borenson.

—El barón Poll —dijo la niña.

—¡Bah! Espero que no —dijo Borenson—. Si me lo encuentro otra vez, ¡le esparciré las tripas por la carretera!

La niña tiró de la capa de Borenson, se esforzó por verle la cara.

—¿Estás enojado con él?

—No, simplemente lo odio como odio al mismísimo diablo —respondió Borenson.

La muchacha lo escrutó inquisitivamente, pero permaneció callada.

Un estridente gruñido llenó el cielo, un sonido que retumbó como un siseo distante. Sonaba como si bruscamente el firmamento respirara hondo. En la lejanía, el tono rojizo de las llamas brillaba entre las altas columnas de humo.

—¡Rápido! —exclamó Pashtuk, atravesando el yermo paisaje tan rápido como la montura se lo permitía—. ¡Mi señor entra en combate en Carris!

## Capítulo 52



*En el grueso de la batalla.*

**A**penas media hora después de que Raj Ahten hubiera salido por las puertas del castillo, Carris se encontraba al borde de la ruina.

En los primeros momentos de la batalla, los reaver forzaron la retirada de los caballeros de Raj Ahten a lo largo del paso elevado y luego reventaron la muralla oeste del castillo de Carris, antes de que los hombres pudieran subir los puentes levadizos.

Golpearon los arcos de piedra sobre las puertas con martillos gloriosos; pulverizaron las runas de protección terrestre allí grabadas.

Con las murallas de Carris debilitadas de ese modo, los reaver empezaron a abrirse camino a porrazos con la misma facilidad que si aquellas fueran ramitas.

En menos de cinco minutos, habían demolido las torres de la puerta y habían abierto una sima hacia el patio.

Raj Ahten únicamente pudo responder arrojando hombres a la brecha con la esperanza de hacer que los reaver se retiraran. Se formó un muro de cadáveres de unos veintisiete metros de altura, tanto humanos como reaver, cuerpos apilados sobre la sima. Pero los reaver lograron saltar de reaver muerto a reaver muerto hasta llegar a las murallas de la fortaleza.

Muchos de los reaver avanzaban entre los cuerpos apiñados, deslizándose sobre los reaver muertos con esos enormes caparazones, con un ruido sordo sobre la sangre y tripas.

Se lanzaban al combate tan violentamente que la carne y los huesos de todo hombre que se atreviera a ponerse delante de ellos, quedaban hechos fosfatina. Fuerza y poder por sí solos no podían detener a los reaver.

En pocos minutos habían masacrado a mil Invencibles ante la abertura. Mientras tanto, más reaver se dirigían a toda velocidad hacia la muralla sur de Carris con las embarcaciones de piedra, y pronto la decoraron con sangre y vísceras. Por lo menos veinte mil plebeyos perecieron antes de que los Invencibles de Raj Ahten consiguieran matar a los intrusos.

Desesperado, Raj Ahten llamó a los exhaustos tejedores a la contienda e incendió varias posadas y torres a fin de que los edificios en llamas pudieran infundir energía a los tejedores para que pudieran luchar.

Durante diez minutos, los tejedores de Raj Ahten estuvieron de pie en las torres al norte y al sur de las puertas lanzando, como mejor podían, bolas de fuego a las filas de reaver que avanzaban pesadamente por el paso elevado. Los tejedores contuvieron a los reaver, pero solo unos instantes.

Al poco tiempo, los reaver cruzaron velozmente el paso elevado con enormes planchas de oscura pizarra entre sus garras, como si fueran escudos, y las colocaron a ambos lados del paso elevado, formaron una tapia asimétrica que frustraba las llamas.

Entonces, algunos de los reaver se adelantaron bajo cubierto mientras otros arrojaban gigantescos pedruscos contra las murallas del castillo, como si se tratara de una tosca descarga de artillería. Una de las torres se desplomó. Dentro estaba uno de los tejedores de llamas, que pereció al hundirse en el lago.

Tras quince minutos de enfrentamiento, Raj Ahten supo que perdería el control de Carris, pues no solamente luchaba contra los portadores de acero sino también contra la maga malvada que los impelía. Esta había lanzado seis maleficios contra los hombres que defendían Carris, cada uno era una orden, de carácter sencillo, pero con asombrosas consecuencias. «Que quedéis sordos y ciegos» había sido el primero. Tres veces se levantó un viento negro que emanaba de ella. Después de esos tres azotes, ordenó: «Que os encojáis de miedo».

Seis maldiciones, a intervalos irregulares. Raj Ahten había quedado horrorizado ante el efecto de los maleficios. Incluso en ese momento, pasados diez minutos desde el último conjuro proveniente del este, hombres valientes se agazapaban presas de un pánico ciego.

Raj Ahten estaba desconcertado ante aquellas fórmulas mágicas. Ninguna crónica relataba que los reaver hechiceros profirieran tales maldiciones.

Justo entonces, mientras Raj Ahten luchaba en mitad de la contienda, desde el monte de los Huesos la maga maléfica de los reaver levantó el báculo citrino hacia el cielo y siseó, dejó caer el séptimo maleficio. Un siseo tan violento que parecía arrastrarse en todas direcciones al tiempo que rebotaba en el techo nublado entre la tierra y el cielo. Los hombres en las murallas del castillo se contrajeron, otros gritaron de miedo.

Raj Ahten prestó atención, pero sabía que no podría comprender la fórmula hasta que oliera el oscuro viento que provenía de ella. Hasta casi podía contar las milésimas de segundo que tardaría en llegarle la orden.

Cargó contra el flanco delantero de los reaver, difuminado por la velocidad, con un hacha de armas en cada mano. Con seis dones de metabolismo a su favor, podía moverse con celeridad, pero tenía que aprovechar cada segundo.

Uno de los reaver se deslizaba hacia Raj Ahten por encima de la espalda de los muertos, con el martillo glorioso en la mano. Bajaba con gran estruendo porque el

caparazón machacaba a los muertos produciendo el mismo sonido que un tronco rodando pendiente abajo.

Cuando se detuvo, un gigante frowth, situado detrás de Raj Ahten, rugió y le asestó un golpe a las fauces del reaver con una vara enorme; con una estocada ascendente obligó al reaver a retroceder un paso.

El reaver no tuvo mucho tiempo para pensar en el método de ataque: levantó el martillo. Raj Ahten vaciló una décima de segundo mientras el frowth mantenía al reaver a raya y, seguidamente, se lanzó al ataque. El primer golpe fue un violento tajo que alcanzó la parte trasera del codo izquierdo que el reaver tenía en alto. El hacha de Raj Ahten penetró la carne profundamente, se introdujo en la articulación del monstruo, debilitando la extremidad sin llegar a amputarla.

Lo más importante, los ganglios del codo le produjeron una sacudida entumecedora que dejó al reaver siseando de cólera, momentáneamente aturdido.

En esa infinitesimal milésima de segundo, Raj Ahten puso manos a la obra. Tenía que encontrar un segundo objetivo. Si el monstruo rugía, abriría la boca lo suficiente para saltar entre sus mortíferos dientes y clavarle el arma en el cerebro a través del blando paladar. Y si retrocedía asustado, golpearía el vientre blando del animal, bajo el tórax, donde podría destripar a la bestia.

Pero el monstruo no hizo ninguna de esas dos cosas. El reaver agachó la cabeza y, aún dolorido, asestó un golpe a ciegas, dejó caer el martillo glorioso de forma violenta, a bandazos, intentando dejar de lado a Raj Ahten.

Raj Ahten esquivó las quince toneladas de monstruo que se cernían sobre él. Incluso con miles de dones de fuerza física, no podía permitirse el lujo de recibir la estocada de un reaver pues, aunque los dones de fuerza aportaban vigor a sus músculos, no servían para fortalecer los huesos. Y hasta el golpe más superficial de un reaver le haría los huesos astillas.

El reaver atacó violentamente con el martillo, lo dejó caer dibujando un arco y utilizando para ello toda la fuerza de las garras de la pata derecha delantera, todavía sana. El gigante frowth lo empujó aún más con la gran vara, a fin de obligarlo a retroceder, y el frowth giró la cabeza y parpadeó.

En ese instante, Raj Ahten le dirigió una mirada al gigante. La criatura estaba salpicada de sangre roja de hombres y sangre azul de reaver, que le manchaban el pelaje. Había recibido el golpe de la hoja de un reaver con anterioridad, con lo que la cota de malla estaba desgarrada y la propia sangre del frowth se había sumado a la mezcla, apelmazada y llena de moscas sobre el pelaje dorado.

Quizás la pérdida de sangre lo había debilitado y, aunque los gigantes solían ser incansables, este vio venir el golpe y no hizo nada por esquivarlo, se limitó a empujar dócilmente con la vara y a parpadear con aquellos grandes ojos plateados, al mismo tiempo que se volvía de lado.

El martillo glorioso cayó sobre él, le aplastó el morro y le rompió los huesos y los dientes. La sangre llovió sobre Raj Ahten.

Encolerizado, Raj Ahten atacó con el hacha de armas y se llevó por delante dos dedos del pie de la pierna izquierda delantera del reaver. El reaver giró la cabeza para morder a Raj Ahten y, mientras, este saltó de la mandíbula hasta el interior de la boca, rodó por la rasposa lengua y golpeó sin tregua el paladar blando del monstruo.

La hoja del hacha de Raj Ahten se clavó en la carne del reaver, penetró hondo entre dos placas de hueso, hizo un corte tan hondo como el brazo de un hombre en la fisura del paladar, por encima de la mandíbula.

Desalojado el paso de la hoja, Raj Ahten clavó su arma una y otra vez. El peto opuesto a la cuchilla del hacha penetró hondo en el cerebro del monstruo.

Raj Ahten se tiró de cabeza de la boca del reaver antes de que la sangre y los sesos comenzaran a manar a raudales de la herida. El monstruo iba a morir, al igual que el gigante de Raj Ahten.

El frowth se alejó de la refriega, se tambaleó sobre unos soldados que había detrás, y cayó encima de una docena de hombres, a quienes aplastó.

Raj Ahten avizó alrededor por si sus hombres necesitaban ayuda. La mayoría de los suyos peleaban en grupos de cuatro o cinco contra un reaver. Vestidos con escrocones amarillos, a Raj Ahten le parecieron un enjambre de avispas que intentaban derribar a una presa descomunal con sus aguijones.

Entonces, la maldición de la maga malvada finalizó en el monte de los Huesos y la lúgubre orden se desplazó hasta la ciudad. Raj Ahten se preguntó por un instante si la maga jugaba con él sin más.

Si puede obligarnos a encogernos de miedo o cegarnos, ¿por qué no nos mata de una vez? Fabricar un viento que nos envenenara a todos no le resultaría mucho más difícil que pronunciar esas órdenes.

Raj Ahten únicamente podía especular. Ya habían pasado dieciséis siglos desde el último ataque de los reaver. Sospechaba que la maga estaba encantada con los conjuros nuevos e intentaba descubrir cuál era el más eficaz.

El viento oscuro de la maléfica hechicera alcanzó Carris. En lo alto de las murallas, los hombres gritaban y se tapaban la nariz, aunque Raj Ahten no pudo percibir ningún efecto inmediato.

Hasta que no le llegó el olor, no pudo comprenderlo. Se le secó la boca y, a la vez, todos los poros de la piel comenzaron a sudar. Los ojos le lloraban y tuvo que contenerse unas imperiosas ganas de orinar. A su alrededor, otros hombres más débiles perdieron el control de la vejiga.

Aunque luchaba contra ella, percibió la orden de la maga: «Secaos como el polvo».

A unos cien metros detrás de Raj Ahten, Feykaald se encontraba tras las filas de soldados en los peldaños de una posada y, con voz ronca, dijo:

—¡Oh, ilustrísimo, tengo que hablar con vos!

Raj Ahten ordenó a los Invencibles que cerraran filas, salió del campo de batalla a toda prisa y atravesó el jardín en dirección a la entrada de la posada.



Miró por encima del hombro. Los reaver se habían encaramado a la montaña de muertos y se disponían a deslizarse hasta el punto de batalla. Raj Ahten examinó las murallas: calculó que tres cuartas partes de los Invencibles ya habían muerto en aquella carnicería. Le quedaban menos de cuatrocientos.

Sobre las murallas, los reaver peleaban con los hombres. Raj Ahten sacó una lima y se puso a afilar la hoja del hacha. Necesitaba algo de aceite para la lima. La sangre de reaver le serviría.

—¡Habla! —dijo Raj Ahten a Feykaald.

El anciano movía la boca, como si se resistiera contra un polvo que lo ahogaba. Una capa brillante de sudor le caía a la vez que cuchicheaba al oído de Raj Ahten furtivamente.

—Ha llegado un barco. La costa este... protegida. Nuestros hombres encontraron reaver, pero los liquidaron.

Raj Ahten se secó el sudor de la frente, que le chorreaba, le empapaba la levita y le manchaba las manos. Las gotas le corrían por las mejillas hasta la barba. Pasó la lima por la hoja del hacha en sentido ascendente una media docena de veces. Mientras afilaba el arma, examinó las desvencijadas defensas que le quedaban en las murallas.

Sus vasallos luchaban en vano. La grieta de la muralla se agrandaba por segundos. La mitad de los puestos de artillería habían desaparecido. Los reaver peleaban sobre las murallas. Uno de los tejedores había muerto, los otros habían agotado sus recursos debido al cansancio, a pesar de que Carris era pasto de las llamas.

Los gigantes de pelaje pardo rojizo luchaban como bestias, pero solamente trece de ellos habían sobrevivido a la retirada de Longmot. Caían como moscas. Incluso mientras contemplaba la escena, la estocada de la hoja de un reaver le abrió el cráneo a uno de los gigantes y alcanzó a otro por la espalda, justo sobre la cola corta y rechoncha.

Y, al mismo tiempo que los reaver destrozaban las murallas de Carris, abrían más la brecha, de modo que las fuerzas de Raj Ahten estaban demasiado separadas como para detener de forma eficaz a los reaver. Muy pocos de los lores de Paldane poseían suficientes dones intactos con los que enfrentarse a un reaver. A duras penas luchaban junto a los hombres de Raj Ahten, pero el pobre esfuerzo que hacían no era de gran utilidad.

Carris caería en manos de los reaver sin importar lo que hiciera. No era cuestión de horas, sino de segundos.

Los plebeyos gritaban mientras el viento negro les extraía lágrimas y sudor. Algunos se desmayaron.

Diez minutos de esta potente fuerza y no quedará un hombre vivo, temió Raj Ahten. Podría haber sido peor de no ser porque una ligera brisa, que soplaba del este y cruzaba el lago, aliviaba los efectos de los maleficios de la maga malvada.

Raj Ahten terminó de afilar el hacha. Un reaver rodó por la pendiente de muertos. Un gigante frowth que se encontraba por allí cerca aulló cuando la gran espada del reaver le atravesó el cuello. El gigante se tambaleó de lado y se desplomó sobre un par de Invencibles; el reaver se lanzó al combate, la primera estocada abatió a cuatro hombres.

Raj Ahten llegó a la triste conclusión de que sus hombres morían y de que le quedaban menos de cuatrocientos Invencibles con los que luchar, y luchar era inútil. Esta batalla estaba perdida, y no quería malgastar el resto de su ejército en ella. Habría más batallas, más días.

No era cobardía lo que lo impulsaba a tomar la decisión, sino la fría certeza de que lo que hacía era lo mejor a largo plazo. No sacrificaría a sus hombres para salvar la vida del enemigo.

—Prepara la flotilla —le dijo a Feykaald—. Los tejedores y los Invencibles zarparán primero, luego los arqueros. Que corra la voz.

Raj Ahten volvió a lanzarse a la refriega.

## Capítulo 53



### *El dolor de la tierra.*

¿ **C**ómo puedo salvarlos a todos?, se preguntó Gaborn casi por enésima vez esa tarde, mientras cabalgaba hacia Carris. En ese momento, galopaba a rienda suelta. Una fría llovizna caía del cielo plomizo. Solamente algunos de los nobles montaban caballos que pudieran mantener el mismo ritmo: el mago Binnesman, la reina Herin la Roja, su hija, *sir* Langley y otras dos docenas de ellos.

Gaborn presentía que la mano de la muerte acechaba a los emisarios que había enviado a Carris. La tierra le había advertido que no solamente él corría peligro, sino todos los que se acercaran a Carris.

Los caballos de fuerza atrevaron los verdes prados de Beldinook desempedrando camino. Gaborn había hecho un tiempo excelente, había viajado casi cuatrocientos ochenta kilómetros en seis horas. Aunque no todos podían seguir su ritmo. Llegó a Beldinook al frente de cientos de nobles, pero muchos otros se habían ido quedando rezagados y las tropas andaban desperdigadas, cientos de kilómetros a la zaga. Los pocos que quedaban montaban caballos a punto de reventar. Algunos estaban rendidos, pero Gaborn no se atrevía a aminorar la marcha. El propio cronista de Gaborn se había quedado atrás hace horas y Gaborn se preguntaba si el caballo del historiador se había cansado o si Días temía ir al lugar adonde él se dirigía.

La aplastante aura de muerte en torno a tantos de los súbditos de Gaborn era asfixiante. Gaborn había cruzado el campo de batalla de Longmot la semana pasada, había visto a miles de hombres buenos asesinados por Raj Ahten; había olido los cuerpos chamuscados, la sangre y la bilis. Hasta había encontrado a su padre muerto, tan frío como la nieve que agarraba firmemente con las manos desnudas.

No obstante, no presintió esas muertes de antemano. No fue consciente de los últimos momentos de vida de esos hombres de la manera en que, en ese instante, notaba los de quienes lo rodeaban.

*¿Cómo puedo salvarlos a todos?*, se preguntó.

Percibió el peligro acercarse a Borenson y Gaborn envió una advertencia a sus oídos: ¡Huye!

A unos veintisiete kilómetros de Carris, Binnesman, el mago, quien galopaba junto a Gaborn, gritó:

—Milord, un minuto de descanso. No es aconsejable que entremos en Carris con unas cabalgaduras que no pueden luchar.

Gaborn apenas oyó al hombre entre el atronador estruendo de los cascos de los caballos.

—¡Milord! —gritó Langley, uniéndose a la súplica de Binnesman—. ¡Cinco minutos, por favor!

Delante de ellos, a la derecha del camino, un estanque los invitaba, donde los peces asomaban a la superficie para comer mosquitos. Un lugar habitual donde abreviar el ganado, puesto que la orilla se había convertido en un lodazal.

El rey detuvo su caballo y dejó que se acercara al agua. Un par de patos reales se pusieron a graznar y salieron volando de entre unas aneas, dieron la vuelta en torno al monarca y al estanque y, a continuación, viraron en dirección este. Enseguida, este se vio rodeado de mosquitos y se los apartó de la cara a manotazos.

Sir Langley dejaba abreviar a su caballo a menos de veinte pasos, al otro lado de Binnesman. Langley sonrió a Gaborn.

—¡Por los Elementos! —dijo—. ¡Si hubiera sabido que tendría que vérmelas con tanto mosquito, me habría puesto la armadura de launas!

Gaborn no estaba de humor para bromas. Se volvió a observar cómo unos cuantos lores llegaban rezagados e hizo un rápido recuento.

No llevaba un gran ejército en la retaguardia, sino solamente veinte caballeros. Lores dignos de confianza de Orwynne, Fleeds y Heredon. No había señal alguna del cronista de Gaborn. No contaba con un ejército, sino con un puñado de gente lo suficientemente valiente o insensata como para seguirle a una muerte segura.

Estaba convencido de que el castillo de Carris y sus ocupantes no resistirían una hora más.

Las tropas que había esperado obtener del rey Lowicker se habían esfumado. Los hombres a su espalda no le servirían de gran cosa. Creyó que se le sumaría uno de sus ejércitos o los caballeros equitativos que el alto comisionado Skalbairn le había prometido.

*No importa, pensó Gaborn. No sé qué trama Raj Ahten, pero iré a su encuentro y le exigiré que se rinda o lo mataré.*

El caballo de Binnesman, allí plantado, bebía el agua a grandes tragos. Gaborn sacó la bolsa de forraje y alargó el brazo con una última ración doble de miln para su caballo. El caballo de armas relinchó agradecido; masticó la avena dulce, la malta y la melaza con avidez y con expresión apagada y cansada en los ojos.

Y después Gaborn se limpió las manos pringosas en la librea. Binnesman debió de haber observado la expresión preocupada del rey porque le preguntó en voz baja:

—Milord, ¿algo os tiene preocupado?

Caía la noche y los últimos rayos de luz intensa se filtraban entre los huecos que

dejaban las nubes. El viento que azotaba el estanque era frío y le cortaba la cara a Gaborn.

Respondió también en voz baja, no quiso que los otros nobles que aún se acercaban al abrevadero lo oyeran.

—Nos adentramos en una zona de grave peligro. Me he estado preguntando si puedo ponerle precio a la vida de los demás. ¿Cómo puedo elegir a un hombre por encima de otro?

—Elegir no es difícil —dijo Binnesman—, no es eso lo que os inquieta.

—Pero ¿cómo puedo poner precio a la vida de los demás?

—Una y otra vez me habéis demostrado que para vos la vida es sagrada —respondió Binnesman—. Apreciáis a la gente más de lo que ellos mismos se estiman.

—No —dijo Gaborn—, mi gente ama la vida.

—Quizás, pero al igual que intentáis proteger a los súbditos más débiles con la propia vida, cualquiera de los miembros de este cortejo entregaría la vida por la de otro —replicó Binnesman y con un gesto de la cabeza señaló a los lores que se acercaban por detrás.

Tenía razón. Gaborn daría la vida con gusto al servicio del prójimo. Moriría noblemente por ellos en combate, viviría a su servicio en tiempos de paz.

—¿Qué es lo que realmente os preocupa? —preguntó Binnesman.

Con la esperanza de que nadie lo oyera, Gaborn susurró:

—La tierra vino a mí en sueños y me amenazó con castigarme. Me ha advertido que debo elegir las simientes de la humanidad y nada más.

En ese instante, Binnesman concentró toda su atención en el monarca, ceñudo, aparentemente horrorizado. El guardián de la tierra se acercó más a este.

—Tened cuidado, milord. Si la tierra decidió hablaros en sueños, es únicamente porque andáis demasiado distraído cuando estáis despierto. Decidme pues, ¿acerca de qué exactamente os previno la tierra?

—Que estaba eligiendo en demasía —dijo Gaborn—. La tierra tomó la forma de mi fallecido padre y me avisó que debo aprender a aceptar la muerte.

Gaborn no se atrevía a confesar que aún no había superado la muerte de su padre. La tierra le pedía algo que le resultaba imposible: tenía que reducir el ámbito, elegir únicamente a las mejores simientes de la humanidad y almacenarlas durante los aciagos tiempos que se avecinaban.

Pero ¿quiénes eran las mejores? ¿A las que más amaba? No siempre. ¿Las que más contribuían en el mundo? ¿Era la obra de arte de un hombre más valiosa que la destreza de un panadero, o que el amor de una humilde campesina por sus hijos? ¿Debía elegir a aquellos que mejor luchaban en su nombre y que mejor defendían a los suyos? ¿Cómo podía Gaborn ponerle precio a la vida? Había penetrado los corazones de su gente y, en ese momento, le parecía que el don de la vista terrestre era tanto una carga como una gran ayuda.

Había observado los corazones de otros y sabía que los ancianos amaban la vida

más ferozmente que los jóvenes, quienes deberían valorarla mejor.

Había leído los corazones de otros y raramente había encontrado hombres tan virtuosos como esperaba. Los mejores soldados, los hombres que deseaba como guerreros, a menudo no apreciaban la vida y, demasiados de ellos, eran brutos que amaban la sangre y la conquista. Muy raramente un hombre dotado de virtudes blandía una espada.

Con demasiada frecuencia había penetrado los corazones de los hombres y descubierto que no soportaba la visión, como con el rey Lowicker.

*¿Cómo podría entonces rechazar a una persona cualquiera que mereciera vivir, pero no tuviera nada que ofrecer, tales como los bebés, los muchachos con pies deformes y las abuelas que oscilaban al filo de la muerte?*

Binnesman susurró solemnemente para que no lo oyera nadie próximo a ellos:

—Milord, corréis un gran peligro. Aquellos que sirven a la tierra deben hacerlo con total complicidad con ella. Si no servís a la tierra, os retirará los poderes.

Binnesman escrutó a Gaborn un rato, ceñudo.

—Quizás la culpa sea mía —dijo Binnesman—. Cuando os dio el poder de nombrar elegidos, yo os dije que fuerais generoso. Debí haberos advertido del grave peligro que conlleva ser demasiado generoso. Puede que tengáis que abandonar a algunos de los elegidos... ¿Es eso lo que queréis?

Gaborn cerró los ojos y apretó los dientes. En aquel momento, no podía aceptar la muerte.

—¡Milord! —gritó *sir* Langley al tiempo que señalaba hacia la cima de una colina redondeada, a unos doscientos metros al sur.

Allí arriba, un vapor marrón se cernía sobre los prados, avanzaba sigilosamente por la colina como un incendio de monte bajo, se movía a la velocidad del paso de un hombre. Pero era un fuego sin humo, sin llamas. En vez de eso, la hierba y los matorrales siseaban y se marchitaban, maltrechos como ceniza. La sigilosa cabecera del vapor marrón alcanzó un gran roble y parte de la corteza de este quedó destruida y agrietada. Las hojas del roble se tornaron de un tono horrible y comenzaron a caer. Incluso el muérdago que colgaba de las ramas siseaba y se retorció. Los acianos al pie del roble cambiaron de color azul intenso al gris más apagado en cuestión de segundos. Entonces, la bruma de desolación comenzó a bajar la pendiente.

Binnesman frunció el ceño, se acarició la corta barba y Gaborn escudriñó la niebla acechante con creciente horror.

—¿Qué es eso? —Se atrevió a preguntar.

—No lo sé —respondió Binnesman—. Puede tratarse de un conjuro incendiario de alguna clase, pero no tenía entendido que fueran tan potentes.

—¿Es peligroso para los humanos? —preguntó Gaborn—. ¿Matará a los caballos?

Binnesman montó a caballo y se acercó a la colina. Gaborn se apresuró a la vera del mago, aunque no le apetecía nada encontrarse con aquella bruma profana.

Cuando este llegó hasta donde estaba la calima marrón, percibió un olor a muerte y podredumbre. Inmediatamente reconoció la putrefacción en torno a él. Incluso con los dones, respirar en medio de aquella niebla le debilitaba todos los músculos. La cabeza le daba vueltas y, sentado en la silla, se sintió asqueado hasta la médula. Solamente podía imaginarse cómo la neblina afectaría a los plebeyos.

—¡Ah! —gritó al acercarse a Binnesman.

Miró al hechicero para comprobar cómo le afectaba a este la bruma y, de repente, Binnesman aparentó ser más viejo que antes, las arrugas de la cara más pronunciadas, la piel algo más grisácea. Inclinado sobre la silla, como un hombre frágil y deshecho.

Detrás de Gaborn, los hombres dejaron de ocuparse de los caballos y se acercaron montados hasta donde estaba el rey. Este contempló su reacción ante la neblina. Sorprendentemente, no parecían tan afectados como Binnesman y él mismo.

—Perdonadme por dudar de vos, mi rey —dijo Binnesman con voz ronca antes de que se acercaran los demás—. Teníais razón al insistir en venir a Carris. Vuestros poderes intuitivos crecen y han superado incluso a los míos. Debemos acabar con lo que provoca esta profanación.

Gaborn subió hasta la cima del cerro y miró en dirección sur con aprensión. En la distancia, divisó bosques enteros arruinados. Ramas desnudas que arañaban el cielo. Vapor que se encrespaba en forma de volutas de montones de hierba gris.

La tierra atormentada. Gaborn lo notaba en todos los músculos y huesos. A unos ochocientos metros había tres guerreros montados a caballo que miraban en dirección a Gaborn. Uno de ellos llevaba el yelmo con cuernos característico de Toom, otro portaba el largo y rectangular escudo de Beldinook; el tercero vestía armadura completa de placas al ornamentado estilo decorativo de Ashoven.

Con estilos tan dispares de armadura únicamente podía tratarse de caballeros equitativos. Los tres observaron a Gaborn unos instantes y el guerrero de Toom levantó la mano derecha en señal de paz, al tiempo que se apresuraba en dirección a la colina.

Era un hombre gigantesco, con un hacha enorme atada a la espalda y un brillo mortal en los ojos, que se acercaba a Gaborn a toda velocidad. El semblante de este mostraba terror. Escrutó a los veinte hombres a espaldas de Gaborn.

—¿Esto es todo, alteza? ¿Es este el ejército que lleváis?

—Nos siguen otros, pero no llegarán a tiempo de salvar Carris —dijo Gaborn con sinceridad.

—Eso es obvio —dijo el guerrero.

—El rey Lowicker me traicionó —explicó Gaborn—, de Beldinook no vendrá nadie, solamente la reina Herin y algunos otros de Fleeds, Orwynne y Heredon. Lamento decir que no pudimos salir a tiempo.

—¿Podéis detener esta desolación? —preguntó el hombre al tiempo que señalaba hacia la corriente de monte muerto, la calima pútrida que recorría el paisaje.

—Debemos intentarlo —respondió Binnesman.

El enorme guerrero refunfuñó:

—Me enviaron aquí para que esperara, con la esperanza de que llegaran refuerzos. El alto comisionado Skalbairn aguarda vuestras órdenes. Nuestras tropas se dirigen al sur, a trece kilómetros de aquí, pero ni siquiera la horda de los justos puede hacerle frente a tanto reaver.

—¿Reaver? —preguntó *sir* Langley asombrado.

Los veinte lores que habían seguido a Gaborn abandonaron los modales bruscamente y comenzaron a dar voces: «¿Cuántos? ¿Dónde? ¿Cuándo atacaron?».

Anonadado, Gaborn se quedó tal cual sobre la silla, sin poder pronunciar palabra. A pesar de tanto poder, del presentimiento de que los elegidos estaban en peligro y de su obsesión sobre cómo salvarlos exactamente, aún no podía adivinar si luchaban contra forajidos, contra nobles, contra reaver, o simplemente corrían el riesgo de caerse de un taburete.

Pensó que sería Raj Ahten quien estaría asaltando Carris.

Los tres caballeros equitativos respondieron a la vez:

—Los oteadores nos han referido que Raj Ahten se hizo con el castillo antes del amanecer, pero los reaver le pisaban los talones. Según los cálculos, puede haber unos veinte mil portadores de acero, más muchos reaver de otras especies. Raj Ahten cargó contra ellos hace menos de una hora y perdió algunos hombres. Los reaver están ahora en las murallas del castillo, pero Raj Ahten les está cobrando cara la conquista.

Gaborn examinó a *sir* Langley. El joven lord aparentaba mucho poder. Langley vestía loriga y yelmo, aunque en cierto sentido no parecía cargar armadura alguna. Llevaba dos días recibiendo dones mientras los mediadores de Orwynne intentaban convertirlo en el igual de Raj Ahten. El muchacho llevaba la armadura con tal facilidad, como si se tratara de un campesino que se pone una levita y parece rebosante de fuerza y poder, como si una piel de metal no pudiera contener su energía.

En aquel instante *sir* Langley sugirió que debían atacar.

—Podemos cargar por ambos flancos y pillar a los reaver por sorpresa.

Tenía ganas de lucha, demasiadas ansias.

—Cargar contra una horda de reaver no es algo que deba tomarse a la ligera —se opuso Binnesman—. No tenemos tropas suficientes para realizar tal hazaña.

—Contamos con la horda de los justos —dijo el caballero grandullón de Toom—, y con cuatro mil lanceros de calidad que desertaron de Beldinook.

Gaborn reflexionó sobre lo que decían los hombres.

—Pensadlo bien —le advirtió Binnesman.

Gaborn miró al mago. Binnesman tenía un curioso tono verde metálico en la cara y los ojos. Los servicios prestados a la tierra lo habían despojado de humanidad hace décadas. Era un guardián de la tierra, el que más tiempo llevaba al servicio de esta, y que se había ofrecido como tal y cumplido con su deber con integridad durante



cientos de años. Gaborn apenas había jurado servir a la tierra hacía una semana y respetaba los consejos de Binnesman, aunque no deseaba seguirlos en esta ocasión.

—El hechicero tiene razón, alteza —dijo la gran reina Herin la Roja—. Somos muy pocos contra tantos reaver.

—Nunca pensé que fueras una cobarde —le dijo Langley enojado—. ¿No le ha ordenado la tierra que ataquemos?

*La tierra también me ha avisado que debemos huir, pensó Gaborn.*

—Meditadlo bien —dijo uno de los nobles de Orwynne—. Efectivamente, Paldane y su gente están en Carris... pero también lo está Raj Ahten. Quizás los reaver nos hagan un favor y maten a ese hijo de puta. Si además mueren los habitantes de Carris, aunque no pudiéramos aceptarlo fácilmente, no supondría un mal trueque.

—Eres un insolente —advirtió Gaborn al caballero—. No puedo dejar que cientos de miles de buenas personas mueran para deshacerme de un solo hombre.

Aunque Gaborn hablaba de ir en defensa de Raj Ahten, no se atrevía a descifrar el mensaje del sueño de la noche anterior.

—Os aviso, si seguimos adelante, cada uno de nosotros se encontrará hoy a las puertas de la muerte —dijo Gaborn—. ¿Quién cabalgará a mi lado?

Al unísono, los lores a su alrededor dieron vivas. Solamente Binnesman miró a Gaborn con expresión de escepticismo y permaneció en silencio.

—Pues que así sea —gritó Gaborn.

Espoleando a su caballo, echó a correr hacia Carris a galope tendido. Le dolían todos los huesos a causa del sufrimiento de la tierra.

Veinte nobles lo seguían.

De momento, eso parecía bastar.

## Capítulo 54



### *Un trato sucio.*

**G**aborn llegó hasta un valle bajo a cinco kilómetros de Carris y se tropezó con la retaguardia de las tropas del alto comisionado Skalbairn que atravesaban con dificultad los restos de un paisaje desolado, entre la hedionda neblina que infundía una intensa sensación enfermiza en los hombres.

En el otro extremo, Skalbairn iba al frente de unos cuatro mil caballeros, seguidos de ocho mil lanceros que marchaban en formación. Miles de arqueros los seguían cerca de la retaguardia.

Por último venía el cortejo de carreteros con enormes carromatos llenos de armaduras, flechas y comida; artilleros que trataban de pasar desapercibidos, puesto que sabían que no servirían de mucho durante el inminente combate; escuderos, cocineros, lavanderas, prostitutas y muchachos que iban en busca de aventura y que no pintaban nada en aquella guerra.

*¿Cómo puedo salvarlos a todos?*, se preguntaba Gaborn.

Los rastreadores de la retaguardia hicieron sonar los olifantes y la gente se volvió para mirar al rey de la tierra y a los «refuerzos». Si lo que vieron los decepcionó, no dieron muestras de ello. Los hombres de la retaguardia de repente alzaron los puños y gritaron triunfantes.

La humanidad había esperado la llegada de un rey de la tierra durante dos mil años y, al fin, el rey de la tierra se acercaba a aquellos pocos.

En el horizonte, el cielo nublado sobre Carris estaba enrojecido por las llamas. El sonido de un rugido siseante en la distancia retumbó por la maltrecha tierra. Los caballeros equitativos siguieron vitoreando, aunque el cortejo de seguidores empezó a gritar:

—¡Elegidme, milord! ¡Elegidme!

Se volvían hacia Gaborn, algunos corrían hacia él y le suplicaban que los eligiera. Este comprendió que si no actuaba pronto, la oleada de gente lo aplastaría.

El monarca salió al galope hacia una granja a orillas del camino. Cerca de la casa, había un granero de tepe para almacenar tubérculos cuyo techo de paja, muy cerca del

suelo, se elevaba como una pequeña protuberancia. Gaborn se acercó trotando hasta el granero y saltó del caballo, corrió hasta el tejado, se agarró a una veleta de hierro con forma de perro de carreras. Paseó la mirada por la horda de los justos de Skalbairn. Sabía que no supondrían un gran adversario para los reaver. No si luchaban solamente con poco más que la fuerza de los brazos para defenderse. Aunque Gaborn necesitaba aquel ejército desesperadamente si deseaba asestar un golpe.

Levantó el brazo izquierdo en forma de ángulo recto y envió una súplica a los poderes terrestres a los que intentaba servir.

—Perdonadme por lo que tengo que hacer.

Paseó la mirada por el ejército y gritó en voz alta para que todos pudieran oírlo:

—Os nombro elegidos, os elijo en el nombre de la tierra. Que la tierra os oculte, que la tierra os cure, que la tierra os haga suyos.

Gaborn no sabía si funcionaría. Con anterioridad, siempre había intentado mirar en el corazón de los hombres y juzgarlos justamente para comprobar si eran dignos de recibir aquel don. Nunca había intentado reunir a tantos de una vez.

Solamente esperaba que hubiera funcionado. La tierra misma le había dicho en el jardín de Binnesman que podía elegir a quien quisiera, pero Gaborn no sabía si podía elegir libremente a hombres que considerara no aptos.

En la lejanía, al frente mismo de la caballería cerca de la cima de la colina, cabalgaba el alto comisionado Skalbairn.

Sentado en su caballo, con armadura negra de launas completa, se giró hacia Gaborn, se levantó la celada y se tocó el yelmo bajo la oreja izquierda, como si le rogara a este que repitiera lo que había dicho.

Gaborn no había usado el poder de la vista terrestre para penetrar los corazones de cada uno de los hombres y mujeres de aquella horda. Solamente había mirado en el de uno, el del comisionado Skalbairn, y juró no elegirlo nunca.

En aquel momento, se arrepintió de esa promesa, pero no por Skalbairn. Esperaba que si este luchaba valientemente, sus hazañas salvarían la vida a unos cientos o mil plebeyos, quienes eran más dignos de vivir que Skalbairn.

Conforme se formaban los vínculos de poder entre Gaborn y los miles de nuevos súbditos, el rey susurró silenciosamente unas palabras que únicamente el alto comisionado podría oír.

—Así es —dijo Gaborn, ruborizado por la vergüenza—, te nombro elegido. Aunque hayas yacido con tu propia madre y engendrado a una hermana lisiada y retrasada. Has cometido una atrocidad y estás encantado con ello. Además amas a tu hija. Aunque detesto lo que has hecho, también te elijo.

*Soy libre de hacerlo*, se dijo Gaborn, *libre de elegir*. En su fuero interno lo sabía, deseaba poder descubrir la verdadera voluntad de la tierra en cuanto a esta cuestión.

Si la tierra se oponía a ello, a Gaborn no le resultaba obvio. No notó que sus poderes lo abandonaran o ningún otro indicio de las represalias de la tierra. Todo lo

que sentía era la pesada mano de la muerte que esperaba abatir a todos los hombres, mujeres y niños en aquel valle que se extendía ante él. Y, a la vez, presintió la orden de la tierra, aún imprecisa e indefinida: ¡Ataca!, ¡ataca ahora!

Gaborn se comunicó con el corazón de cada hombre y mujer de su ejército, les transmitió el mensaje.

El alto comisionado Skalbairn asintió con la cabeza, dio a entender que había oído a Gaborn. Seguidamente, se giró y tocó la trompa, toque de carga dirigido a sus guerreros.

*Gaborn parece tener la mirada atormentada*, pensó Erin Connal al tiempo que cabalgaba hacia Carris.

La amazona había visto esa expresión a menudo, la misma pesada carga en la frente de su madre. Todos piensan que Gaborn es invencible porque es el rey de la tierra, se percató. No saben cuántas noches pasa en vela, preocupado por los suyos.

Erin adivinó, por la expresión de horror, que en aquella batalla no iba a conseguir nada, y decidió quedarse junto a él para protegerlo hasta el final. *Puedo utilizar el cuerpo y escudarlo*, pensó Erin, *si se presentara la ocasión. Quizás pueda dar mi vida por la suya.*

Erin miró a Gaborn que estaba situado a su izquierda, el mago Binnesman iba al otro lado. Binnesman montaba un gran caballo imperial de color gris que había robado a Raj Ahten hace más de una semana. La bestia tenía tantos dones de inteligencia y fuerza física que no parecía una criatura de carne y hueso. Una feroz expresión de sagacidad iluminaba sus ojos, la misma cantidad de inteligencia que un hombre, pero no del mismo tipo. No, aquella montura no era un animal en absoluto. Aparentaba ser un Elemento de la naturaleza, o una criatura hecha de granito.

Aunque las volutas de neblina marrón que tanto olían a putrefacción la debilitaban, Erin tenía ganas de matar algo. *No un solo algo*, se dijo, *sino muchos*. Raj Ahten, el asesino de su padre, el primero. Deseaba aniquilar a los reaver, los suficientes para diluir aquella cólera impasible.

En lo alto, el cielo estaba plomizo y el sol se apagaba como una brasa tras los cerros. La montura de esta respiraba hondo, resoplaba, exhalaba un aliento frío.

Deseaba correr, sabía que era hora de luchar. Pero Erin debía mantener el ritmo lento de los pajes de la horda de los justos. Todavía no había avistado a ningún reaver.

A su alrededor olía fuerte a carne de caballo y los caballeros trotaban por doquier en silencio; el tintineo de las cotas de malla resonaba en aquel paraje campestre. A veces, se oía una lanza o un escudo chocar contra las armaduras, el ruido seco de los cascos, los bufidos y relinchos de los caballos.

Erin no llevaba lanza alguna, puesto que no había querido cargar con ella desde Fleeds a Mystarria, después de que se le rompiera con la primera estocada contra un caballero.

No obstante, con los reaver tan cerca, deseaba ir mejor armada. Los huesos cristalinos de los reaver eran tan duros como la roca y muchas de las armas se quebrarían al golpear a uno de esos monstruos. Pero sería difícil matar a un reaver con algo más pequeño que una pesada lanza.

Giró con el caballo y se dirigió a los carromatos de suministros, en busca de una carreta de plataforma larga.

—¿Lanza? —gritó.

Delante de ella, un muchacho subido a una carreta de plataforma larga se levantó del asiento y saltó a la plataforma a coger una lanza, mientras el boyero seguía conduciendo. Erin agarró la pesada lanza.

El príncipe Celinor se acercó a toda prisa, sobre un caballo tomado prestado de los establos de la madre de Erin.

El joven estaba pálido como una sábana, la mandíbula apretada.

—¿Lanza? —dijo, procurándose un arma propia.

Miró a Erin, dio unas palmaditas a una enfundada hacha de armas de Crowthen, con una empuñadura de dos metros y un enorme y un único peto. Era un arma algo tosca para luchar contra hombres, pero no se había diseñado para los hombres. La gran punta era ideal para rajar los caparazones de los reaver.

—No te preocupes —le dijo Celinor—. Yo te protegeré.

La idea la dejó asombrada.

¿*Protegerme?*, quería burlarse. Al fin y al cabo, Celinor no era uno de los elegidos. Erin se fijó en que, entre todos los que se dirigían a Carris, Celinor era el único sin elegir. Gaborn había alzado la mano y elegido hasta a los ayudantes de herrero y a las prostitutas del cortejo. Pero le había dado la espalda al príncipe Celinor.

No, si alguien necesitaba protección era él.

*Me tocará a mí defenderlo*, pensó Erin. *Su lealtad andaba algo fraccionada*. Apretó los dientes y asintió. *Me quedaré junto a él*, resolvió Erin.

Celinor sonrió irónicamente, adoptó el tono de un cliente que regatea con un vendedor ambulante.

—Bien, pues me he estado preguntado, hermana amazona Connal, ¿qué hazaña del día te convencerá de que soy digno de pasar una noche en tu lecho?

Erin se echó a reír sin más.

—Lo digo en serio —dijo Celinor.

—Yo que tú no me preocuparía por esas cosas. ¿Cómo puedes tener tanto serrín en la cabeza? ¿Cómo puedes pensar en eso ahora?

—Guerra y mujeres. Ambas me resultan excitantes. ¿Es valentía lo que deseas? Seré temerario. ¿Es fuerza y astucia lo que buscas en un hombre? Lo intentaré. ¿Y si te salvara hoy la vida? ¿Me ganaría una noche en tu lecho?

—No soy ninguna sierva de Kartish. No me convertiré en tu esclava por el hecho de que me salves la vida.

—¿Ni siquiera por una noche?

Erin escrutó la mirada de Celinor. Este sonreía como si bromeara, pero tras esa sonrisa había cierta preocupación, como si mirara en los ojos de un niño.

Celinor no bromeaba. La deseaba desesperadamente, y temía el rechazo de Erin. No era mal hombre, eso lo sabía. Era bien parecido y suficientemente fuerte. Y estaba bien formado. Si hubiera estado buscando un hombre que le diera un hijo, lo habría considerado un candidato.

Por ello, no se atrevió a rechazarlo sin más. Pero, aunque las apariencias y complexión de este le resultaban cautivadoras, le impresionaba mucho más que comprendiera las consecuencias oficiales de lo que le pedía, y sin embargo se lo pidiera. No andaba tras una simple noche de diversión, sino que deseaba hacerle la corte lo mejor posible. Erin no era una doncella delicada, al fin y al cabo era una amazona de Fleeds.

—Está bien —accedió Erin—. Demuestra tu valía en el campo de batalla hoy, salvándome la vida, y quizás te permita pasar una noche conmigo.

—De acuerdo —dijo Celinor—. Pero eso me trae a la mente otra pregunta. ¿Qué debe hacer uno para demostrar que sería digno como marido? ¿Debería, por ejemplo, salvarte tres veces?

Erin se rio a carcajadas, pues lo creía muy poco probable.

—Sálvame tres veces, y pasarás tres noches en mi cama —se burló Erin.

Aunque, a continuación, habló bajito y provocadoramente:

—Pero si deseas ser mi marido, debes demostrar lo que vales, no en el campo de batalla, sino en la cama.

Erin dio la vuelta a su montura castrada y puso rumbo a la penumbra. La cara le ardía de vergüenza. Contempló el cielo plomizo conforme el sol se ponía por el oeste. No era una puesta de sol bonita, no se trataba de un cielo crepitante, anaranjado o dorado, solamente una insinuación del día a la noche. Echó un vistazo a Celinor, quien se apresuraba por seguirle el ritmo.

Los caballos alcanzaron la cresta de una colina, al otro lado del valle había una muralla alta con un arco de entrada.

—La muralla de Barrens —dijo alguien.

Al otro lado de la muralla, Erin divisó Carris, a tres kilómetros de distancia. Las blancas torres de Carris se erguían altas y ufanas, pero una enorme brecha negra estropeaba la fachada oeste. De una compuerta en la muralla sur salían algunos barcos que cabeceaban entre las olas al tiempo que la gente huía a fin de salvar la vida.

En las murallas del castillo, los hombres aplaudieron y vitorearon al ver el ejército de Gaborn. Sonaron los olifantes en señal de socorro.

Al sur de Carris, en lo alto de una oscura torre inclinada que se retorcía como envuelta en llamas negras, distinguió a los reaver que se afanaban en algo.

Se distinguían reaver por doquier. Miles y miles de reaver deambulaban por los

prados y en las puertas del castillo de Carris. Otros, que bajaban de las montañas, marchaban en fila en dirección norte, cada cual más grande que un elefante, pero con aspecto de criaturas.

Al verlos, sintió aversión.

En un cerro al norte de Carris había una cosa extraña, un capullo hecho con hebras, que en la distancia parecía de seda, y que envolvía todo el monte. En la cima resplandecía una maga reaver maléfica, la cual exudaba volutas de bruma marrón.

Mientras Erin la contemplaba, la maga levantó el báculo y siseó, produciendo un sonido que inundó el valle. Una onda de viento negro emanó de ella en todas direcciones.

En respuesta, mil caballeros equitativos alzaron la voz repentinamente para cantar. Muchos de ellos espolearon a los caballos y se lanzaron hacia la puerta de la muralla de Barrens.

El caballo de Erin empezó a correr. Esta no se lo había ordenado, ni había golpeado su costado con los pies, pero el caballo salió lanzado bruscamente, ansioso por seguir a los otros caballeros a toda velocidad.

Los caballeros continuaban cantando, el príncipe Celinor lo hacía con voz clara al lado de Erin.

Nacimos para derramar sangre y para hacer la guerra,  
como nuestros antepasados de hace mil años.  
Tocad la trompa. ¡Atacad!  
¡Lancémonos a la desgracia o la gloria!

Erin comenzó a galopar, a rienda suelta, y la sed de sangre que tenía era tal que no le importaba si se precipitaba a la vida o la muerte. Bajó la lanza, espoleó al caballo, y prorrumpió en un grito de provocación.

## Capítulo 55



### *El Cazador ataca.*

**R**aj Ahten poseía dones de miles de hombres, podía recordar con todo detalle casi todos los momentos de su vida. Aunque habían transcurrido seis meses desde la última vez que echara un vistazo a un mapa de Carris, sabía exactamente dónde podía encontrar las naves de Paldane.

En torno a él, el patio estaba saturado de reaver e Invencibles enzarzados en una triste lucha. La ciudad ardía y sus hombres sudaban profusamente cuando la maga malvada profirió otro maleficio. La noticia sobre los barcos que los pondrían a salvo ya había corrido entre los hombres de Raj Ahten. Por doquier, Raj Ahten observaba cómo grupos de los suyos se salían de la contienda, cedían terreno ante los reaver, mientras que dejaban que los hombres de Mystarria rellenaran los huecos lo mejor posible.

Dudaba que muchos de sus hombres pudieran encontrar el varadero, puesto que estaba oculto en la zona del comercio.

Raj Ahten destripó a un último portador de acero y le dio la espalda a la refriega. —¡Seguidme! —gritó a sus hombres, y los condujo hasta las naves.

Mientras huía en sentido sur, hacia una calle angosta atiborrada de carros de bueyes, barriles de alquitrán y clavos que los plebeyos habían montado como penosas barricadas contra los reaver, se escucharon gritos de consternación entre la gente de Carris.

Levantó la cabeza en busca del motivo. Los plebeyos, allí arriba, hombres de Rofehavan que abandonaba a su suerte, seguían su retirada con la mirada, hombres de rostro pálido y expresión retorcida por el dolor. Los conjuros de la maga les había estrujado el sudor y muchos de ellos se habían desplomado en los adarves. Malgastar la propia vida y la de los pocos Invencibles que le quedaban no salvaría a los otros. Apretó el paso.

En Carris el suelo siempre había sido caro y eso se hacía evidente en las calles de la ciudad, que eran tan estrechas como las callejuelas de la mayoría de las fortalezas del norte. Los edificios casi se tocaban.



El viento negro de la maga maléfica los golpeó de nuevo y Raj Ahten se detuvo un instante y se arrodilló, mientras contenía el aliento y cerraba los ojos, intentando no absorber el aroma del maleficio.

Cuando empezó a respirar de nuevo, la orden de la maga le extraía el sudor con más violencia. Apretó el paso a fin de escapar de aquel maldito lugar.

Aún no había recorrido la mitad de la distancia hasta los botes cuando, al torcer por una calle con una pendiente empinada en dirección al barrio de los mercaderes, se tropezó con el duque Paldane, el Cazador, que se acercaba a él tranquilamente por un callejón estrecho, junto con media docena de los sabios del rey Orden en pos de él.

Paldane levantó la mano, dándole el alto a Raj Ahten, y se secó el abundante sudor de la frente con una manga.

La sonrisa victoriosa en los labios de Paldane hizo que Raj Ahten se detuviera. Este se paró con actitud recelosa.

—¡Buenas noticias! —dijo Paldane a modo de saludo—. ¡Os complacerá oír que ya ha zarpado la primera flotilla! La primera avanzada de mujeres y niños van camino de la salvación.

—¿Cómo? —preguntó Raj Ahten.

Se le antojó que era un ardid, que Paldane no podía haber llenado los botes tan rápido.

—Efectivamente —dijo Paldane—, me tomé la libertad de reunir a los refugiados esta mañana. Los barcos estaban llenos ya a medio día. Cuando mi oteador me trajo la noticia de que había visto un barco que regresaba por el horizonte, hicimos salir la primera carga de mujeres y niños.

A fin de recalcar la victoria, Paldane añadió:

—Todas las naves han zarpado. Todas.

Raj Ahten quiso correr a la muralla norte a comprobar la verdad de lo que decía Paldane, pero el tono triunfante de este era cierto y honesto. Evidentemente, Paldane había hecho zarpar los barcos. Desde la muralla, Raj Ahten solamente divisaría miles de esquifes cabeceando entre las olas del lago Donnestgree.

Paldane sabía exactamente lo que había hecho: había dejado a Raj Ahten varado en el castillo. Raj Ahten decidió borrarle esa sonrisa de superioridad de la cara.

Con el puño dentro del guantelete, Raj Ahten le propinó un rápido puñetazo a Paldane en el caballete de la nariz. El golpe se acompañó con el crujido y los huesos del cráneo de Paldane se hicieron polvo con un satisfactorio *zas*. Gotas de sangre salpicaron toda la cara de Raj Ahten cuando el Cazador de Mystarria se desplomó como un gran pedazo de carne.

*¿Cómo se atreve este insignificante hombre?*, pensó Raj Ahten mientras se limpiaba la sangre de la cara.

Los sabios del rey que habían seguido a Paldane retrocedieron y se hicieron una piña, aterrorizados. Esperaron las represalias de Raj Ahten, pero este se contuvo, era consciente de que un banquete sabe mejor cuando uno tiene el estómago vacío.

Sopesó las opciones que tenía: los Invencibles no necesitaban naves y, como último recurso, podían dejar las armas y las armaduras y atravesar el lago a nado.

En ese momento, se produjo un sonido curioso e inesperado. Los aullidos de dolor y desesperación procedentes de las murallas de la fortaleza se tornaron en vivas y en un toque de olifantes desenfrenado.

Raj Ahten intentó descubrir la causa de tanto entusiasmo y miró hacia arriba. Los de las murallas saludaban y señalaban hacia el norte, daban saltos de alegría.

—¡El rey de la tierra se acerca! ¡El rey de la tierra! —gritaron los hombres.

Raj Ahten sonrió forzosamente al cuerpo de Paldane. Y, con certeza repentina, comprendió que podría aún asegurarse una victoria estratégica en Carris.

—Ah —dijo Raj Ahten a los sabios del rey Orden, viejos estúpidos que temblaban ante él—, se acerca vuestro rey por fin, a lanzarse a la muerte a manos de los reaver. Será todo un espectáculo que no quiero perderme.

## Capítulo 56



### *Aquella runa.*

**E**l sudor cubría la frente de Gaborn, le empapaba el chaleco de cuero bajo la cota de malla. Al acercarse a Carris, la sensación de enfermedad que lo había asaltado desde que comenzaron a atravesar el desvencijado terreno se había acrecentado. Se aferraba a las riendas de la montura; sabía que sin dones de resistencia hubiera sucumbido en la silla.

Fijó la vista al frente, casi cegado por la sudoración, mientras el caballo galopaba a toda velocidad junto con los soldados. Apenas oía el canto de guerra de los caballeros equitativos, parecía distante.

Aturdido, Gaborn iba a lanzarse al combate, cruzó la puerta de piedra de la muralla de Barren. Solo fue vagamente consciente de la situación cuando estuvo a unos dos kilómetros de Carris y observó las torres ardiendo. Los gree volaban en torno a su ejército, retorciéndose misteriosamente.

Diez mil lazos lo unían a los hombres y mujeres a su cargo y presentía que la muerte los acechaba a todos. El peso de un manto invisible que lo agobiaba.

Miró colina abajo hacia el castillo, al otro lado de un paisaje desolado. Nunca hubiera imaginado tal escena de destrucción, la tierra tan muerta y desolada, con hordas de reaver deambulando de un lado a otro.

—¿Adónde, milord? —gritó *sir* Langley junto a Gaborn—. ¿Dónde atacamos?

Confuso y enfermo, Gaborn miró a su alrededor, intentó concentrarse. Su padre había sido un maestro estratega y, de joven, Gaborn había aprendido mucho de él. Necesitaba trazar un plan rápidamente.

Varios reaver, a unos cuatrocientos metros de distancia, notaron la presencia de los caballeros y comenzaron a avanzar hacia ellos pesadamente, con cautela. A aquella distancia, le recordaron a un grupo de cangrejos acechando una playa desierta; marchaban precipitadamente dando unos pasos y luego se detenían.

Gaborn analizó las defensas de los reaver. Justo enfrente, en el sur, la enorme y amenazadora torre se inclinaba hacia el castillo como una llama negra. En las puertas del castillo, los reaver habían abierto una brecha gigantesca en la muralla oeste, y se

introducían en la ciudad trepando por el monte formado con los restos de hombres y reaver. Gracias a la luz de las torres en llamas, distinguía con claridad a los hombres de Paldane que valientemente luchaban por defender las murallas, aunque los reaver se habían adentrado tanto en la ciudad que no quedaba esperanza alguna de ahuyentarlos.

Al norte de Carris, un achaparrado cerro se asentaba sobre una pendiente poco empinada, totalmente rodeado de un capullo de filamentos blanquecinos, el monte de los Huesos. Gaborn conocía el lugar debido al estudio de las antiguas batallas.

En lo alto trabajaba una maga maléfica, mientras que otros magos de menor curia se afanaban como esclavos en niveles inferiores. En torno a ella, unas turbias nubes sucias en forma de voluta emanaban de la colina. Unas luces fantasmales parpadeaban bajo la bruma herrumbrosa.

La respiración de Gaborn se aceleró. El monte de los Huesos le producía una inmediata repulsión y atracción a la vez.

Le repugnaba porque la runa grabada en ella le resultaba asquerosa a la vista, era fuente de enfermedad y dolor. Contemplar aquellas verrugosidades y el sinuoso contorno le quemaba los ojos y hacía que los músculos ópticos se contrajeran e intentaran apartar la vista. La runa en lo alto del cerro era como un enorme corazón que bombeaba sangre envenenada por todas las extremidades del cuerpo humano.

A pesar de eso, la runa lo atraía, era el objetivo. *¡Ataca!*, le suplicaba la tierra en silencio. *¡Ataca antes de que sea demasiado tarde!*

Gaborn evaluó la runa mediante la vista terrestre, igual que si penetrara el corazón de un hombre. Lo que descubrió lo aterrorizó.

Las leyendas antiguas contaban que todas las runas eran fragmentos de una gran runa matriz, la runa que controlaba el universo. Gaborn tenía ante sí un enorme trozo de la runa matriz.

La tierra poseía el control del crecimiento y la vida, la cura y la protección, pero, en aquella runa, Gaborn vio con toda claridad el fin de los poderes terrestres:

Donde hay crecimiento, que haya estancamiento.  
Donde hay vida, desolación.  
Que lo sanable se corrompa.  
Donde los hombres se ocultan, que quede al descubierto.

Gaborn conocía el nombre de aquella runa, lo sabía en su fuero interno: el sello de la desolación.

La runa no estaba acabada, como una espada forjada pero sin temprar. Aunque torturaba el paisaje en kilómetros a la redonda.

Gaborn estudió el objetivo maravillado. El vello de la nuca se le encrespó. Había recorrido cientos y cientos de kilómetros con la esperanza de enfrentarse a Raj Ahten y había prometido a los guerreros que los conduciría a la contienda.

No obstante, en ese momento supo que no se habían congregado allí para

enfrentarse a reaver o a seres vivientes, sino que necesitaba destruir aquella creación, aquel arma. Y ese era un trabajo que ningún ejército podía albergar esperanza alguna de lograr.

Solamente un hechicero con grandes poderes terrestres podría destruir aquel cerro, solamente Gaborn podía hacerlo; tendría que dibujar una runa rompedora de tierra.

Lo asaltó una sensación de fatalidad. Los poderes de Gaborn eran limitados y, para poder concentrar el conjuro, tendría que aproximarse. Pero el hedor que salía del monte de los Huesos se incrementaba cuanto más se acercaba.

Gaborn se dirigió al alto comisionado Skalbairn:

—Voy a atacar el monte de los Huesos y necesitaré una distracción estratégica. Toma a mil hombres y dirígete al valle, luego arremete contra la torre Negra, evitando al ejército de los reaver a unos cien metros de distancia. Asegúrate de que te acerques lo suficiente para que se percaten de vuestra presencia. Si no os atacan inmediatamente, mata a algunos de ellos, pero no te enfrentes al grueso de sus tropas. No desperdicies hombres. ¡Solamente quiero que los apartes! Y si yo resultara muerto, necesitarás a los hombres para derrotar a la maga malvada. ¿Está claro? ¡No podemos permitir que salga de este campo de batalla con vida!

—Como ordenéis, milord —dijo Skalbairn, quien estaba obviamente ofendido de que se le utilizara como simple distracción estratégica mientras otro atacaba.

Inmediatamente, dio la vuelta con el caballo y se puso a dar órdenes a voces, llamando al resto de su caballería para la acción.

—¿Y yo? —preguntó Langley.

Gaborn necesitaba poner a Langley ante un peligro más grave que el de Skalbairn. La gran fuerza de Langley resultaría útil en caso de enfrentamiento.

—Con otros quinientos caballeros, acércate a Carris por la orilla. Ataca sus filas por el paso elevado y luego retírate. Al igual que Skalbairn, tu misión no es la de matar reaver sino la de crear brechas en el flanco enemigo. Y si yo resultara muerto...

—Comprendo, milord —dijo *sir* Langley, con el mismo sentimiento de disgusto que Skalbairn.

De todos modos, resultaría una misión difícil ya que, por el paso elevado, estaba el grueso de los reaver y había poco espacio para la retirada.

Langley alzó la mano y convocó a sus hombres.

—¿Y nosotros? —preguntó la reina Herin.

—Vendréis conmigo —respondió Gaborn—, a enfrentarnos a la malvada maga.

A Gaborn la cruel sonrisa de aprobación que recibió de la reina no le resultó especialmente grata.

—Si os complace, le asestaré el golpe de gracia —dijo esta.

Gaborn se limitó a negar con la cabeza.

—Tendremos que atravesar filas enemigas para acercarnos al monte y poder destruirlo, nada más. La runa que está creando debe ser destruida. Después, nos

reagruparemos y decidiremos lo que hacer con la hechicera.

La gran reina asintió con la cabeza.

—Que así sea.

Se volvió a los caballeros a su espalda y repartió órdenes tranquilamente.

—¿Qué hay de los piqueros y los de infantería? —preguntó Erin Connal—. ¿No podríamos utilizarlos para sacar alguna ventaja?

Gaborn negó con la cabeza. Los de a pie contra los reaver no conseguirían nada.

—Ordena que se queden detrás de la muralla de Barren. Pueden defender esa posición contra todo reaver que intente escalarla.

Con ello, Skalbairn emprendió la carga hacia la derecha. Una fila irregular de mil caballeros se precipitó pendiente abajo hacia las planicies, a la carga contra la ladera oeste del monte de los Huesos.

Mientras avanzaban a rienda suelta, comenzaron a cantar. El estruendo de los cascos de los caballos y el tintineo del metal marcaba el ritmo de aquellas voces graves.

Desoyendo las órdenes de Gaborn, Skalbairn se lanzó de lleno con la tropa contra media docena de reaver. Chocaron las lanzas contra sus caparazones y los caballeros ensartaron a los reaver, seguidamente, se desviaron a poca velocidad, obligando a los caballos a trotar.

El efecto que produjo la distracción fue asombroso. Los prados estaban salpicados de extraños agujeros, cráteres torcidos de tenebrosas fauces. A Gaborn se le antojó que el campo estaba inundado por una marea negra de reaver, pero entonces comprobó cómo cientos de ellos bullían de lo subterráneo, a la caza de Skalbairn. En unos segundos, quizás dos mil reaver perseguían a los hombres de Skalbairn en dirección sur.

A espaldas de Gaborn, los hombres comenzaron a dar vivas y a levantar las armas.

—¡Bien hecho! —susurraban la reina Herin y otros, evidentemente complacidos.

El rey presintió que Skalbairn y los suyos no corrían grave peligro. En efecto, no estaban bajo una seria amenaza y, sin embargo, habían conseguido mucho.

Gaborn hizo un gesto de asentimiento con la cabeza a *sir* Langley, y este envió a los lanceros a la carga por la izquierda.

Langley también se dirigió lentamente contra el monte de los Huesos, pero por el flanco norte. Aunque Gaborn notó un velo de fatalidad en torno a aquel, Langley corría mucho más peligro que Skalbairn.

Al acercarse al monte de los Huesos, la maga reaver levantó el báculo hacia el cielo y siseó. La voz de la maga retumbó entre las nubes bajas como un trueno.

Un viento oscuro emanó de la maga y los hombres de Langley gritaron aterrados, giraron a los caballos y galoparon en dirección este hacia el lago, huyendo del tenebroso viento del conjuro de la hechicera. El metal bruñido de los yelmos y las armaduras de los caballeros reflejaba el resplandor de las ciudadelas llameantes de

Carris. Cientos y cientos de reaver se precipitaron en pos de ellos.

El viento negro alcanzó a los hombres cerca de la orilla y, bruscamente, el ambiente se llenó de alaridos. Los caballeros se desplomaban de las sillas, azotados por el viento. Gaborn no podía distinguir bien el motivo.

Fuera cual fuera el efecto que el conjuro de la maga maléfica había provocado entre los hombres, Gaborn se encontraba demasiado lejos para notarlo él mismo. Los hombres de Langley lucharon por mantenerse sobre los caballos al tiempo que se acercaban los reaver.

—¡Levantaos! —dijo Gaborn a los hombres—. ¡Luchad ya o moriréis!

Tras un breve instante de infarto, el mismísimo Langley se irguió en la silla, gritó y emprendió la carga en dirección sur, espoleando al caballo. Docenas de hombres lo siguieron, aunque la mayoría de la tropa permaneció inmóvil. Los caballos de estos daban vueltas o huían de los reaver que se acercaban.

Treinta de los hombres de Langley se abalanzaron contra la carga de reaver, con lanzas en ristre, y perdieron menos de una docena en la refriega. Los supervivientes dieron media vuelta y huyeron en dirección norte por la orilla del río, con setecientos u ochocientos reaver pisándoles los cascos.

Las consecuencias de las maniobras de Gaborn causaron estragos entre los reaver. Los más próximos al paso elevado retrocedieron, temerosos de un ataque por ese flanco, dando tregua a los defensores de Carris. Otros continuaron en dirección sur en pos de Skalbairn.

Gaborn suspiró aliviado cuando la ladera norte del monte de los Huesos se vio momentáneamente despejada, con muy pocos adversarios. Solamente divisó a unos cien reaver asomándose por los agujeros, pero un centenar de reaver no era un grupo insignificante, especialmente con una maga malvada que les cubría las espaldas. Únicamente contaba con unos pocos segundos para el ataque.

## Capítulo 57



### *En el valle de las sombras.*

—¡**P**reparaos para la carga! —gritó Gaborn—. ¡Formación de molinillo escalonado! ¡Una sola fila! ¡Adelante!

Gaborn levantó el brazo en el aire, hizo girar la mano de izquierda a derecha para informar a los hombres de cómo debían rotar.

El molinillo escalonado, o el circo del caballero, como a veces se le llamaba, había demostrado ser una formación efectiva contra los reaver en tiempos pasados.

En vez de adelantarse en fila, como lo harían contra adversarios humanos, los caballeros cabalgarían en forma de molinillo gigante que avanzaba a la vez que giraba. Al borde del molinillo siempre quedaban las lanzas en ristre, para que los hombres y las monturas fueran alternándose y avanzando al sesgo hacia el frente enemigo.

A la hora de pinchar un reaver con la lanza, lo crucial era encontrar el ángulo y la velocidad de ataque correctos. El truco para atacar a un reaver con lanza, por lo que Gaborn había aprendido de los que lo habían intentado, era golpear al reaver de lleno y ensartar a la maldita criatura sin sacrificarse mientras tanto.

La velocidad era clave. Un caballo de fuerza con muchos dones podía cargar de sesenta y cinco a ciento treinta kilómetros por hora. A esa velocidad, un caballero debía cuidarse de no chocar contra un reaver, como fuera, pues si lo hacía se rompería los huesos. Ni tampoco podía intentar cruzarse con el reaver del mismo modo que lo haría con otro hombre. El reaver era demasiado grande. Además, si un jinete se cruzaba con la vanguardia de una horda de reaver, perdería la lanza al hacerlo y se introduciría tras las líneas enemigas. Por consiguiente, tenía que pasar a toda prisa en paralelo a las líneas enemigas, e intentar acertar antes de retirarse.

Como Heredon Sylvarresta había demostrado siglos atrás, el arte de golpear a un reaver con una lanza estaba en inclinarse hacia la bestia sin brusquedad con la primera estocada. Luego, lo mejor era clavar la lanza en la cabeza del reaver, en la parte cartilaginosa, una zona del tamaño de la palma de la mano donde se localizaba la placa epifisaria. También podía clavarse en el paladar superior, si el monstruo abría



la boca, otro lugar donde había cartílago.

Y si la lanza penetraba en ángulo recto, el caballero podía seguidamente empujarla hasta el cerebro del reaver de un empujón suave pero decidido.

Dentro del molinillo escalonado, los caballeros debían galopar tan rápidos que los reaver no pudiesen igualar la velocidad vertiginosa de estos. Además, esta formación les brindaba la oportunidad de enfrentarse a los reaver de una manera viable, pues le daba a un caballero la posibilidad de escapar de las garras de un reaver si erraba el objetivo o permitía escapar a otro que se hubiera quedado sin lanza mientras que el siguiente soldado tomaba su puesto y continuaba con el ataque.

Gaborn espoleó a su corcel, el cual se lanzó colina abajo, desempedrando el camino. Mientras se aproximaba a la odiosa colina, echó un vistazo a ambos lados y descubrió que galopaba solo. Tal era la velocidad de su montura que ninguna otra podía seguirle el ritmo.

Cuidado, susurró la tierra y la voz de esta lo cogió por sorpresa. Gaborn estaba tan acostumbrado a advertir a los demás que no se hallaba preparado para recibir avisos él mismo.

Miró por encima del hombro. La colina a su espalda se había llenado de una marea negra de lores y caballeros, quienes se acercaban cantando, con el reflejo de las llamas de Carris en los escudos.

Erin Connal profirió un grito de guerra. Celinor Anders galopaba ceñudo al lado de esta y la gran reina Connal no se encontraba muy lejos. El rostro de Binnesman, el hechicero, estaba rígido de terror. Como una corriente, la caballería de Gaborn se lanzaba a la carga desde la muralla de Barren.

Más adelante apareció el monte de los Huesos, envuelto en un capullo de filamentos blancos como los hilos de una tela de araña. Suciedad y roca se abrían en las pendientes y le conferían un aspecto de ruina horrible, desvencijada y maltrecha.

Prevenidos por las primeras filas, los portadores de acero comenzaron a salir en tropel de las grietas del suelo de la colina, a encaramarse a lo alto del capullo como si fuera la muralla de una fortaleza. Tras estos, los magos continuaban aquella repugnante tarea.

La herrumbrosa bruma era más espesa en el valle a los pies del monte de los Huesos, donde formaba densos bancos. A Gaborn le lloraban los ojos de tanto escozor; parpadeó para limpiarse las lágrimas y distinguió luces fantasmales que respondieron a su parpadeo al otro lado del capullo. Hizo un gesto de dolor al intentar respirar. La fatiga y la enfermedad lo aplastaban como un puño. El estómago se le retorció y sintió náuseas; se le tensaron todos los músculos y el sudor le caía copiosamente por la frente.

Pasó de largo junto a un portador de acero, que se giró blandiendo el martillo glorioso demasiado tarde. Gaborn se agachó para esquivar el golpe, supo que de no haber tomado los dones en el castillo de Groverman ya estaría muerto.

Gaborn oyó el crujir de una lanza que se partía contra el costado desprotegido del

monstruo y atravesaba a la bestia. La reina Herin la Roja se había apuntado el primer tanto.

Aunque el caballo de batalla lo llevaba hacia la repelente runa, concentraba todo el esfuerzo en no caerse del caballo. A quinientos metros del monte de los Huesos fue deteniendo al caballo, cerca de las filas de reaver, y se agarró a la perilla de la silla.

Los reaver se precipitaban desde las pendientes del capullo para luchar.

Gaborn no se atrevió a arrimarse más. Allí en el valle, la bruma que olía a ácido se extendía por el suelo como una colcha asfixiante y ningún plebeyo hubiera soportado el hedor. Los músculos le ardían, le dolían como si cada fibra de tejido fuera a rasgarse en dos. El sudor le empapaba el cuerpo como un chaparrón. Se tambaleó y cayó al suelo.

El mismo suelo ardía tan caliente como una sartén. Gaborn se retorció y no podía respirar. En silencio, deseó haber tomado más dones de resistencia.

Miró hacia arriba entre la bruma herrumbrosa. Los caballeros empezaron a formar el molinillo por delante de él y en línea recta para cortarle el paso a los reaver que se acercaban estrepitosamente hacia la refriega, pues sus gruesos caparazones retumbaron contra el suelo rocoso.

Varios caballeros se acercaron a él y lo rodearon de manera protectora. Gaborn distinguió a Erin Connal y al príncipe Celinor, cuyos rostros habían quedado demudados por la consternación de ver al rey de la tierra caído.

Gaborn yacía en el suelo sudando, jadeando entre la cruel neblina, con miedo de asfixiarse, ya que el dolor que lo asaltaba apenas lo dejaba respirar. A su alrededor, era todo desolación, un humo que ahogaba el alma.

En la cima del monte de los Huesos, la maga maléfica levantó el báculo citrino al cielo y siseó tan fuerte que el sonido hizo eco en las nubes. Con un atronador estruendo, un humo negro se desprendió de ella.

Gaborn intentó ponerse de rodillas a la vez que el maleficio de la maga rodaba colina abajo.

Erin Connal había ido detrás de Gaborn, prefería protegerlo que ayudar al molinillo escalonado. Casi instantáneamente, se alegró de haberlo hecho.

Un reaver se abalanzó entre las filas mientras uno de los caballeros le rompía la lanza en el costado y, a continuación un enorme behemot que balanceaba la cabeza de lado a lado se dirigió pesadamente entre la bruma herrumbrosa hacia Gaborn.

Erin se sacudió el sudor de la frente, profirió un grito de guerra y se lanzó sobre la bestia. Con la lanza en alto y hacia un lado, en ristre para la estocada, entornó los ojos entre la bruma, puesto que le hacía daño a los ojos, y se separó de la silla.

Justo cuando el reaver volvía la cabeza hacia Gaborn, Erin dio en la diana. La punta de la lanza penetró la zona cartilaginosa del monstruo al bies.

Erin percibió cómo la punta entraba en el cráneo cristalino del reaver a poca profundidad. Sospechaba que no era el ángulo correcto, que la lanza tropezaría con

parte de hueso y se haría pedazos, pero la propulsó de todos modos con la esperanza de clavarle la punta y producir el efecto deseado mediante la fuerza bruta.

La lanza se enganchó en el hueso y la punta se partió. De repente, Erin se vio atrapada entre la estocada con la maldita lanza y la falta de resistencia. Al perder el equilibrio, desmontó del caballo y quedó repantigada en el suelo, justo bajo el reaver.

Este se erguía, con la gran espada levantada para protegerse de un caballero que cargaba contra él.

*¡Huye!*, gritó la voz de Gaborn en el pensamiento de Erin cuando esta intentaba levantarse. *Como si no pudiera verlo yo misma*, pensó, a sabiendas de que era demasiado tarde. El reaver agachó la descomunal cabeza y embistió, con aquellos dientes cristalinos que resplandecían como el cuarzo.

Una figura borrosa pasó casi rozándola a toda velocidad. La lanza de Celinor atravesó el cartílago del monstruo y se introdujo en el cerebro de este como si hubiera sido disparada por una ballesta.

Asombrada, se fijó en que había lanzado la maldita lanza como una jabalina. El reaver se desplomó a los pies de Erin.

Celinor se acercó a galope tendido, como si intentara impedir al moribundo reaver que atacara con el cuerpo. Seguidamente, se giró y desenfundó el hacha de armas de Crowthen.

La amazona corrió en busca de su caballo.

—¡Una! —gritó Celinor y señaló hacia el rey de la tierra.

Gaborn estaba tumbado en el polvo. Varios caballeros se bajaron de sus monturas de un salto para luchar a su lado, dispuestos a morir si era necesario. Celinor Anders se acercó y lo protegió, gritaba y blandía el hacha de armas como si desafiara a algún reaver a acercarse. Mientras Gaborn se esforzaba por ponerse de pie, la idea de nombrarlo elegido se le pasó por la cabeza como una centella.

Aunque la oleada de reaver que bajaba del monte de los Huesos como monolitos vivientes hizo que esa idea se desvaneciera, pues Gaborn se encontraba ocupado enviando advertencias a cientos de guerreros. En pocos segundos, Erin Connal y los otros acudieron junto a Celinor.

El viento negro llegó hasta ellos, traía consigo un hedor indescriptible, un olor parecido a col quemada, pero que afectó a Gaborn hasta la médula. Bruscamente, sintió que los músculos se le habían convertido en gelatina y experimentó una fatiga tan profunda como jamás hubiera imaginado.

Se dejó caer al suelo, tan débil como si acabara de ceder un don de fuerza física. En torno a él, muchos otros hicieron lo mismo, incluso la reina Herin la Roja.

A unos cien metros de distancia, Binnesman había detenido el caballo y le costaba mantenerse erguido, estaba encorvado como si le doliera algo.

—¡Jureem! —Avisó—. ¡Saca a Gaborn de ahí! ¡Aleja al rey de la tierra! Estamos demasiado cerca.

Jureem se acercó al galope a los caballeros y desmontó de un salto. El gordo sirviente se tapaba la nariz con un pañuelo de seda a fin de no respirar aquel hedor. Agarró a Gaborn por el codo y gritó:

—¡Milord, levantaos! ¡Debemos alejarnos!

Con flacidez muscular y la mente anegada por el dolor, el rey forcejó contra su propio hombre e intentó empujar a Jureem.

—¡Aún no puedo marcharme! ¡Ayúdame! —gritó—. ¡Ayuda!

Gaborn tenía que destruir la runa, que aún quedaba a unos quinientos metros de ellos. Había derribado la muralla de Kriskaven a la misma distancia. Era casi la distancia límite de su poder, pero las empalagosas brumas del valle eran tan devastadoras que no se atrevía a acercarse más.

Hizo un esfuerzo para dibujar con el dedo en el suelo caliente, esbozar una runa rompedora de tierra.

Jureem intentó coger a Gaborn por el codo, llevarlo hacia el caballo. Jureem llamó a Celinor:

—¡Aguantad el caballo de nuestro soberano! ¡Ayudadme a subirlo!

—¡No! —suplicó Gaborn—. ¡Dejadme! ¡Binnesman, ayúdame!

Gaborn volvió la vista atrás. Al hacerlo vio a Binnesman abatido bajo la influencia del conjuro de la malvada hechicera reaver, desplomado encima del caballo. La montura, que debía de haber percibido que el jinete había caído, puso rumbo al norte, apartando a su dueño de la zona de batalla.

Ante el asombro de Gaborn, algunos de los caballeros en torno a él no parecían tan afectados por los conjuros de la maga reaver. Algunos lanceros continuaban la carga, otros soportaban la debilidad. *¿Me hará falta más resistencia?*, se preguntó. No obstante, la reina Herin había caído y poseía tanta resistencia como cualquier otro.

—Jureem —jadeó Gaborn mientras esbozaba a duras penas un símbolo exacto en el suelo.

Le parecía que estaba intentado dibujar sobre el fuego mismo. Se notaba el dedo tan endeble que apenas podía remover el polvo.

Jureem dejó de forcejear con Gaborn para apartarlo de allí. El sirviente lo miraba, boquiabierto y angustiado, como si el no poder ayudarle le resultara doloroso.

Gaborn terminó de dibujar la runa, la examinó un momento a fin de asegurarse que cada floritura estaba bien dibujada. A continuación, lanzó una mirada salvaje a la colina donde el sello de la desolación profanaba la tierra. La maga maléfica continuaba su labor en lo alto. Las extrañas luces tras el capullo brillaban intermitentes en tonos turquesa pálido. De lo alto de la ladera sur de la colina bullían más reaver.

El monarca clavó los ojos en la colina y utilizó el poder de la vista terrestre para penetrar bajo tierra. Allí, en las profundidades, descubrió un punto flaco, una zona donde toneladas y toneladas de roca rozaban los labios de una falla.

Solamente haría falta un simple soplo y provocaría un gran estropicio, fracturaría

las placas por debajo de la runa.

Gaborn se concentró en el objeto del conjuro y gritó:

—¡Pártete en dos!

Golpeó el suelo como el puño y se imaginó cómo se hundía el suelo bajo su cuerpo, cómo la repugnante runa se resquebrajaba y cómo se hacían añicos las paredes de esta.

La tierra respondió.

El suelo se hundió y los caballeros que lo rodeaban quedaron boquiabiertos intentando no perder el equilibrio mientras el suelo se estremecía.

Los caballos relinchaban e intentaban no caerse, los reaver se tambaleaban. La tierra rugía como un animal.

El suelo se bamboleó en todas direcciones. Los caballeros gritaban. Los reaver en la cúspide del asqueroso capullo retrocedían consternados, aferrados a las telas de araña.

Gaborn no había imaginado que liberaría un poder tan devastador. Los caballeros se cayeron de los caballos de batalla, con gritos de pavor. Pero, cuando este levantó la cabeza hacia el sello de la desolación, perdió toda esperanza. Aunque el suelo temblaba y se hundía, el sello de la desolación se mantenía en su sitio como si se tratara de restos flotantes entre las olas del océano.

Solamente unas poderosas runas vinculantes podían sostenerlo así. Gaborn examinó de nuevo la construcción con la vista terrestre, como había hecho en la muralla de Kriskaven, en busca de un punto débil.

Efectivamente, estaba bien anclada. Cada bulto y protuberancia estaban ensartados en runas vinculantes, pervertidas fórmulas que no invocaban a los Elementos, sino que los volvían contra sí mismos. Gaborn se asombró al descubrir que los reaver habían manipulado la tierra de aquella forma, en contra suya.

Mientras se concentraba en la asquerosa runa, los hombres a su alrededor comenzaron a gritar:

—¡Mirad! ¡Mirad allí!

Gaborn volvió su atención hacia Carris.

Los reaver se arrastraban por la planicie delante de la fortaleza, habían excavado hoyos por doquier, pero el terremoto había lanzado piedras y reaver por el aire, había expulsado a los monstruos de las madrigueras o los había enterrado. Desorientados, algunos se arrastraban con las piernas rotas.

Por encima de aquellas criaturas, Gaborn observó cómo una de las torres se desplomaba, oyó los alaridos de miles de personas.

Una sensación de puro pánico le recorrió el cuerpo al comprobar cómo el corrimiento de tierras que había provocado no había resultado inútil del todo. Las murallas de Carris, a una distancia de ochocientos metros al sureste, se agitaban como las hojas de un sauce. El blanco yeso de las murallas se desprendía a capas y las almenas caían al lago estrepitosamente.

El seísmo no destruyó la runa vinculada, pero partió en dos otras estructuras más corrientes: torres por el suelo, murallas que se hacían pedazos, nubes de polvo que se levantaban por la ciudad conforme se derrumbaban posadas y hogares.

Mientras Gaborn contemplaba la escena, sucedió algo inesperado: el suelo bajo él empezó a dar nuevas sacudidas y otro seísmo más fuerte hizo que las murallas del castillo se movieran y se agitaran. La gente de Carris gritó aterrorizada.

El caballo de Gaborn se tambaleó sin perder el equilibrio y el polvo de Carris y las llamas se elevaron con el derrumbamiento de nuevos edificios.

Una réplica.

No necesitaba la vista terrestre para saber que había desatado un monstruo, presentía cómo se acumulaba la energía del seísmo. La falla era mucho más profunda de lo esperado. Igual que un grito podía provocar una avalancha, así él había provocado una catástrofe con el temblor de tierra.

Gaborn miraba de hito en hito a los desgraciados habitantes de Carris que se aferraban a las murallas. *Hace dos minutos, estaba aquí sentado felicitándome, pensó. Pero mi actuación ha condenado a la gente que esperaba salvar.*

Lo invadió un sentimiento de culpa; culpa por lo que había hecho y por lo que sabía que debía hacer.

Levantó el brazo izquierdo y miró hacia el castillo, a los miles de hombres que en aquellos momentos gritaban desesperados. Gritó a la gente de Carris, pero, a tal distancia, que muy pocos hombres habrían poseído suficientes dones para distinguir su voz:

—Os nombro elegidos. ¡Os elijo en nombre de la tierra!

*Sin duda, la tierra lo consentirá, razonó Gaborn. El don de elegir me fue otorgado para salvar a la humanidad y la gente de Carris necesita la salvación.*

Nunca había intentado elegir a un hombre sin tenerlo de frente. En ese momento, ponía sus poderes a prueba hasta el límite. Estuvo mirando fijamente las murallas del castillo con la esperanza de que aquel acto protegiera a todos los de dentro.

Si elegir a Skalbairn había permitido a Gaborn salvar a mil personas, esperaba que al elegir a Raj Ahten pudiera salvar a cientos de miles.

Boquiabierto ante las murallas desvencijadas de la ciudad, susurró:

—¡Incluso a ti, Raj Ahten, te nombro elegido!

Notó que las fibras de la conciencia se alargaban, tocaban a los que luchaban en Carris, junto con los que simplemente estaban escondidos en los oscuros rincones, temiendo morir.

Alcanzó incluso hasta a Raj Ahten. Gaborn visualizó al señor de los lobos con el pensamiento y, con tanta ternura como si este fuera un hermano, susurró:

—Te nombro elegido. Ayúdame a salvar a los nuestros.

Sintió los hilos de comunicación conectarse, se abrumó ante el peligro que corría Raj Ahten. La muerte se cernía inminente sobre el señor de los lobos, agobiante y nauseabunda. Gaborn no había sentido a ningún otro hombre tan cerca de la muerte.

Incluso se preguntaba si los poderes propios servirían para salvarlo.

Huid, susurró Gaborn a Carris.

En los prados, *sir* Langley y el comisionado Skalbairn contemplaban cómo el terremoto afectaba a los reaver, los dejaba aturdidos y heridos. Al encontrarse más alejados de la maga malvada, aquellos caballeros no se vieron tan afectados por los maleficios de esta.

Skalbairn se giró en redondo hacia los reaver, se lanzó a la carga, con la esperanza de apartar a algunos más del rey. Mil caballeros montados cruzaron la planicie a galope tendido con las lanzas en ristre.

## Capítulo 58



### Los indignos.

**A** Raj Ahten no le sorprendió descubrir que el joven Gaborn intentaba rescatar Carris incluso de los reaver. Era una maniobra mal meditada, tan insensata como valiente y caballerosa, un acto de autosacrificio por parte de un imbécil idealista.

Subió los peldaños de la torre a grandes zancadas y miró hacia el norte. En las planicies, los caballeros equitativos giraban en formación de molinillo a los pies del monte de los Huesos. Al sur, unos mil caballeros cargaban ahuyentando a las tropas de reaver, lo mismo que hacía otro contingente por el norte.

Raj Ahten casi deseaba felicitar a Gaborn. Había hecho bien en desperdigar a los reaver y sembrar el desconcierto entre sus filas.

Observó cómo los caballeros del monarca avanzaban con dificultad hacia el monte de los Huesos, contempló cómo el mundo se estremecía en torno a ellos, cómo levantaban tierra y piedras en el aire y hundían a algunos reaver, expulsaban a otros de las madrigueras y causaban un estruendo cien veces más estridente que el estallido del trueno.

Por algún motivo que no entendía, Raj Ahten nunca había podido ver a Gaborn. El muchacho estaba protegido por un conjuro, uno que lo ocultaba ante los ojos de Raj Ahten; aunque el señor de los lobos sabía que andaba por ahí fuera.

Notó el terremoto que azotó Carris, que hizo que las murallas se tambalearan como un borracho mientras que sus habitantes gritaban.

Solamente el rey de la tierra podía haber desatado tamaña monstruosidad. En lo que tarda en dar un latido el corazón, Raj Ahten discernió el peligro. La ciudad quedaría aplastada. Tan pronto como se produjo la réplica, oyó la voz de Gaborn en su interior mientras ejecutaba el acto de elección.

Conque, rey de la tierra, *¿me bendices y me maldices a la vez?*, se preguntó Raj Ahten.

Las tropas de Gaborn comenzaron a precipitarse sobre el monte de los Huesos y la hechicera maléfica. Este cabalgaba con unos dos mil caballeros en la retaguardia,



como si esperara que tan diminuta horda pudiera, por arte de magia, dar en el blanco.

Un viento negro barrió Carris, con el último maleficio de la reaver maléfica.

Raj Ahten pudo saborear el olor, cierta fatiga que le absorbió las fuerzas incluso con más energía que antes, y que él tradujo como «que muráis de agotamiento».

Sí, se trataba de un poderoso conjuro. De haber sido pronunciado a menos distancia de los plebeyos, Raj Ahten no dudaba que los hombres corrientes habrían muerto a causa de sus corazones debilitados, incapacitados para latir, y sus pulmones agotados, incapaces de seguir respirando.

A lo largo de las murallas de la fortaleza, en torno a él, muchos de los plebeyos se desplomaron, demasiado afectados para permanecer en pie.

Sin embargo, Raj Ahten no era un hombre cualquiera.

A medida que los caballeros de Gaborn se acercaban lentamente en dirección sur, los portadores de acero empezaban a acumularse contra Gaborn. Quizás, desconcertados por el seísmo, se habían vuelto hacia el monte de los Huesos y lo habían rodeado por ambos lados. Efectivamente, los reaver próximos a Carris habían cambiado de rumbo para afrontar este nuevo peligro.

Gaborn jamás repelería ese ataque, por lo que podía ver Raj Ahten. Las filas de reaver eran demasiado cerradas. A este se le antojó que solamente unos quinientos reaver habían muerto en la batalla de Carris. Todavía quedaban unos veinte mil que iban hacia el norte. En unos segundos, aplastarían a las tropas de Gaborn.

*¡Huid, salid de Carris!*, había resonado la orden de Gaborn en la mente de Raj Ahten. *¡Poneos a salvo!*

Al tiempo que hablaba el rey de la tierra, Raj Ahten comprendió que escucharlo era una locura. Las murallas de Carris iban a desplomarse, cierto, y morirían muchos hombres. No obstante, morirían de todos modos aunque no se enfrentaran a los reaver.

—Granuja inteligente —siseó Raj Ahten.

Ya comprendía el ardid de Gaborn, solamente intentaba utilizar a Raj Ahten y a los suyos como peones, como distracción, para quitarse a los reaver de encima. Raj Ahten era demasiado listo para picar en el anzuelo.

Sus Invencibles ya se habían retirado del combate.

—¡Permaneced en vuestros puestos! —gritó Raj Ahten a sus hombres.

Y a los de Paldane:

—¡Mantened posiciones en la brecha!

*El rey de la tierra morirá aquí*, se dijo Raj Ahten, y yo... *Yo lo contemplaré sin hacer nada.*

Sin embargo, cuando miró hacia la sima, se dio cuenta que los hombres de Paldane de repente se habían puesto a luchar tan violentamente como los reaver. Al principio creyó que había sido cosa de la desesperación que les proporcionaba fuerzas, pero era evidente que algún poder oculto los guiaba. Aquellos eran plebeyos y soldados de poca monta.

Observó cómo un plebeyo le tendía una trampa a un reaver: esperó a que el reaver le fuera a dar una estocada con la espada y, entonces, brincó a un lado al instante. En ese momento, otros dos hombres más fuertes aprovecharon la coyuntura y se lanzaron adelante con hachas; le cortaron un brazo al reaver. Mientras el monstruo gritaba, un tipo muy ágil saltó a la boca de este y le clavó una espada larga en el paladar, hasta el cerebro. Antes de que cayera la bestia, los hombres de Paldane se precipitaron a por el siguiente.

Los hombres de Paldane se movían con agilidad para sacarle partido a las víctimas desprotegidas, esquivaban las estocadas de los reaver. Aquellas estocadas y paradas estaban coordinadas, de modo que la refriega se convirtió en algo más que una batalla campal, se convirtió en una danza macabra y mortífera.

Ante el asombro de Raj Ahten, los hombres de Paldane habían empezado a luchar con tanta eficacia que los reaver ya vacilaban si cruzar las puertas, se retiraban confundidos, no estaban dispuestos a ser masacrados.

Los hombres de Paldane cerraron filas. Los de las murallas saltaron sobre la pila de cadáveres y se abalanzaron, obligaron a los reaver a retirarse por el paso elevado.

Por todas partes, los plebeyos bajaban a trompicones de los adarves hacia el patio, intentaban obedecer la orden de Gaborn y salir del castillo. Otros se tiraban de las murallas al lago.

Carris era enorme, con casi cuatrocientos mil soldados en las murallas y otros tantos plebeyos en la ciudad propiamente dicha. Toda esa gente desembocaba en esos momentos en las calles estrechas, huían de los temblores de tierra.

—¡Deteneos! —les gritó Raj Ahten—. ¡Os ordeno que no os mováis!

La voz de este era tan poderosa y seductora que sus palabras penetraron el subconsciente de los hombres de Paldane como una daga y, al poco tiempo, muchos de ellos empezaron a mantener las posiciones.

*No consentiré que me manipulen*, se dijo Raj Ahten.

Sonrió con determinación y gritó en la distancia, con una voz tan poderosa que llegó hasta el oído de Gaborn.

—¡Aún somos enemigos, hijo de Orden!

A Roland se le antojó que oía ladridos y gruñidos de perros. Se vio en un árbol hecho de piedra, colgado a buena distancia del suelo.

Aturdido, levantó la cabeza con dificultad; descubrió que había unos reaver enormes paseándose entre las ramas de arriba, reaver que le mostraban los dientes. Una insoportable fatiga lo afligía y se tumbó. La parte baja del árbol dio una sacudida y oyó como el gran tronco del árbol se quebraba con tanto peso.

—¡Las murallas van a desplomarse! ¡Las murallas van a desplomarse! —gritó alguien en la distancia.

La voz de Raj Ahten recorrió el bosque.

—¡A mí! ¡A mí!

Había hombres gritando y muriendo cerca de él. Roland oyó el grito de socorro de una mujer. Miró hacia abajo desde aquella rama de piedra y descubrió el rostro familiar del barón Poll que lo miraba con malicia.

—¡Socorro! —dijo Roland con voz ahogada.

El barón se rio.

—¿Ayuda? ¿Quieres que te ayude un muerto? ¿Qué me darás a cambio?

—Por favor... —dijo Roland.

—No hasta que me llames señor —dijo el barón Poll con aire de suficiencia.

—Por favor, señor —le suplicó Roland.

—Bueno, ¡si tu hijo pudiera decir esa palabra! —El barón Poll se rio.

Dio la vuelta al caballo y se alejó por un prado neblinoso.

En la distancia los hombres seguían gritando, también oyó la ruidosa vibración del respirar de los reaver. Sentía un gran dolor, ya no le importaba nada.

En lo alto había unos destellos, las llamas danzantes de una torre incendiada.

Roland abrió los ojos y permaneció un largo rato contemplándose el brazo que tenía envuelto en un vendaje ensangrentado. A su alrededor había hombres muertos, sangre que lo había salpicado todo en las almenas. Las murallas de yeso blanco de Carris se tornaban carmesí.

El cielo se tintaba de penumbra. Ligeros copos de nieve caían como cenizas. No, son cenizas, se percató. Roland cerró los ojos, ya que le dolía mucho mirar. Ya casi había oscurecido. Calculó que había perdido el conocimiento durante una hora o más.

Oyó el llanto de un bebé y torció la cabeza a un lado. Abajo, en el patio de la mansión, una joven vestida de azul apagado había salido de la casa y farfullaba en voz baja mientras intentaba calmar al asustado infante.

Resentido, Roland reunió cuanta fuerza pudo y se puso boca abajo. Del brazo vendado comenzó a brotar la sangre. Se puso de rodillas y se sostuvo el brazo un rato, conteniendo la herida, intentando asimilar lo que veía.

En la muralla sur no quedaba nadie vivo junto a él. Los cuerpos de miles yacían esparcidos por el adarve, casi todos eran de humanos, aunque había algunos reaver. Llovían cenizas y hollín en el frío ambiente.

Las murallas del castillo se movían, roca que chocaba contra roca.

*Os elijo, os nombro elegidos en nombre de la tierra,* susurró una voz en el interior de Roland. ¡Huid!

El reclamo le sonaba distante, le llegaba entre maltrechos retazos de una pesadilla de dolor. Le costaba comprenderlo.

Echó un vistazo a su alrededor. *Todos muertos,* pensó. *No, no, la muralla había sido abandonada. Las murallas recibían las sacudidas, yeso y piedra se desprendían de ellas.*

Miró hacia el interior del castillo. Los portones de entrada habían caído y también las torres. Los reaver habían entrado en el castillo y los hombres de Carris a duras penas se mantenían con vida en el patio, encaramados a una pila de reaver muertos,

intentado retomar el paso elevado. Unos cuantos gigantes frowth luchaban ferozmente a espaldas de aquellos hombres.

La planicie ante Carris estaba ennegrecida por los cuerpos, miles y miles de reaver de color gris apagado. A los pies del monte de los Huesos, había un gentío de humanos peleando; cientos de nobles a caballo giraban coordinadamente en formación de molinillo, con las lanzas en ristre.

Las lanzas se partían al chocar contra los reaver. Los caballos se tambaleaban con los caballeros a cuestas. Cuchillas de acero y martillos gloriosos subían y bajaban esbozando una curva letal.

En medio del molinillo, el recio viento agitaba una bandera, el hombre verde de Mystarria, el estandarte del rey Orden.

Justo en el grueso de una diminuta piña de gente, Roland distinguió al mismísimo rey de la tierra, Gaborn Val Orden. Los soldados se apiñaban en torno a este y a Roland se le hinchó el pecho al imaginar que su hijo estaría entre ellos. ¡Ah, ojalá Averan pudiera ver esto!

Es cierto, se percató Roland. La voz que escuché en sueños... El rey de la tierra me ha elegido.

*¿Y por qué?, se preguntó Roland. ¿Por qué a mí? Sin duda no soy digno de ello. Soy un asesino. Un plebeyo sin importancia. No soy un guerrero.*

Roland no era un soñador. Incluso si hubiera sido una persona fantasiosa, no se habría imaginado que el rey de la tierra lo elegiría.

De repente se dio cuenta de que las lágrimas le empapaban las mejillas y se preguntó cómo podría pagar aquel privilegio. Gracias, susurró, sin estar seguro de si el rey de la tierra podía oírlo.

En ese instante, un viento gris barrió las murallas del castillo y los gree pasaron arremolinados en el aire como cenizas en la corriente de una acequia, portador del hedor del maleficio de los reaver.

Roland se sentía muy débil a causa de las heridas, apenas pudo ponerse de rodillas. Y, entonces, el conjuro lo sacudió con un letargo que le absorbió toda la voluntad.

Se desplomó en el adarve, notó cómo este se tambaleaba. No tuvo energía suficiente para pedir ayuda, para respirar, o siquiera parpadear.

## Capítulo 59



### *Parientes inesperadas.*

**A** seis kilómetros y medio del castillo de Carris, Averan se aferraba a la espalda de Roland mientras cabalgaban, temía caerse. Uno de los hombres de Indhopal había subido a la mujer verde a la silla con gran esfuerzo, aunque esta había forcejado con él cuando intentaba bajarse.

Habían dejado atrás a los reaver que trataban de darles caza.

Pero algo no andaba bien. Averan no podía entender por qué Roland estaba allí con la hermosa mujer de Indhopal y la escolta de esta. Ni tampoco por qué iba vestido de forma diferente al día anterior o por qué montaba un caballo tan magnífico.

Con cierto apuro, comprendió que no era Roland. No era solo la ropa y el caballo, además olía mal. La ropa desprendía un aroma a salvia del desierto, a palo de grasa y a arena, no a la verde hierba de Mystarria.

—¿Quién eres? —preguntó—. Te había confundido con otro, con mi amigo Roland.

El grandullón la miró de soslayo y, entonces, Averan se fijó en que verdaderamente no se trataba de Roland. Tenía el mismo cabello pelirrojo, los mismos risueños ojos azules, pero el pelo ya había comenzado a tornarse blanco.

—¿Conoces a alguien llamado Roland? —le preguntó aquel hombre—. ¿De la torre Azul?

—Sí —susurró la niña—. Me llevó a caballo. Iba con el barón Poll hacia Carris, aunque quería ir al norte a ver al rey de la tierra y a su hijo, tú. Iba a verte a ti, ¿no es cierto?

El hombretón asintió con la cabeza.

—Roland es el nombre de mi padre. Puedes llamarme Borenson.

No parecía complacido al oír que su padre iba en su busca.

—¿No aprecias a tu padre? —preguntó Averan.

—Mi madre lo detestaba —respondió Borenson— y, puesto que me parezco a él, también acabó detestándome a mí.

—A mí me gusta Roland —dijo Averan—. Va a pedirle mi tutela a Paldane.

—Ese hombre es un cantamañanas —dijo Borenson—. No te servirá de padre mucho más de lo que me sirvió a mí.

Averan se sintió turbada por el modo frío en que Borenson hablaba de su padre y le molestó el hecho de que Borenson descartara todo lo que decía. Era cierto que no tenía más que nueve años y había perdido los dones, pero no era una niña estúpida. Acababa de anunciarle a Borenson que iba a ser su hermana y esperaba algún gesto de reconocimiento por su parte. Sin embargo, Borenson parecía empeñado en no hacerle caso.

Galoparon colina arriba por un angosto sendero, pisando ramas secas de centeno, dobladas y maltrechas, grises como la ceniza.

En lo alto del cerro, había una antigua cúpula solar de granito en ruinas. El crematorio, que imitaba perfectamente la forma de la orbe, se había caído del pedestal y se había rajado; descansaba en el suelo como un huevo cascado.

Averan podía divisar la distribución del paisaje de norte a sur. Estaban lo suficientemente alejados de cualquier abrigo donde los reaver pudieran tenderles una emboscada.

Pero al llegar a la cima y rodear la desvencijada cúpula, divisaron Carris en la distancia y Averan soltó un grito ahogado de consternación.

Allí abajo, las torres blancas de Carris eran pasto de las llamas, cuyo reflejo titilaba en el lago Donnestgree. Las barbacanas se habían desplomado y la muralla oeste del castillo estaba hecha pedazos, sin la lisa superficie de yeso.

Los reaver ennegrecían la vista de un paisaje oculto por una sucia bruma. Uno de los escoltas indhopaleses miraba fijamente el castillo.

—Nuestro señor Raj Ahten defiende la fortaleza —dijo tristemente—, junto con muchos hombres de Mystarria. El rey de la tierra pelea en los prados.

—Quizás no se nos necesita —dijo un eunuco—. Parece que nuestro señor ya ha dado una tregua.

A Averan le pareció que era un cobarde por la forma en que le temblaba la voz.

Más abajo, el paisaje se había transformado en un páramo. Carris jamás volvería a ser un lugar habitable para los humanos, ni siquiera si los hombres intentaban reconstruir hogares y sembrar nuevas cosechas.

La niña contemplaba al rey de la tierra abrirse paso entre la espesa bruma hacia el pie del monte de los Huesos, este había captado toda su atención y lo reconoció al instante, pero quedó sorprendida. Gaborn parecía un hombre corriente y no la llama esmeralda que había visualizado con los ojos cerrados.

Dirigió su mirada a la mujer verde, que estaba sentada en la silla delante de Pashtuk y observaba al rey de la tierra. Aunque lo miraba con los ojos cerrados, sonreía con añoranza.

La mujer verde también lo ve, se percató Averan. Percibe su poder. Averan cerró los ojos y miró a Gaborn, quien tenía aspecto de llama esmeralda que planeaba y

rebotaba con cada trote de la montura.

Uno de los escoltas indhopaleses sugirió:

—Si bajamos por aquella colina, podremos rodear el acueducto y alcanzar al rey de la tierra.

—A mí eso no me gusta —refunfuñó Borenson—. Las cuevas al extremo del canal no tendrán bichos.

Señaló hacia el norte.

—Debemos tomar el sendero que rodea la muralla de Barrens, entrar por la retaguardia.

—¡Eso está demasiado lejos! —replicó el indhopalés.

Averan seguía observando cómo Gaborn luchaba y se abría paso hacia el monte de los Huesos. Tenía tantos dones de metabolismo que a esta se le antojó veloz. Mientras, se agachaba y hacía un conjuro que hizo temblar toda la tierra. Vio cómo las murallas de Carris comenzaron a estremecerse y cómo el monarca las miraba boquiabierto; cómo levantaba la mano izquierda y pronunciaba otra fórmula mágica.

—¡Ahora! —dijo Borenson—. Está nombrando elegidos, ¡nombra a toda la ciudad!

Si Gaborn dijo algo, Averan no pudo oírlo. Las palabras de este se perdieron entre el estruendo siseante de los miles de reaver y el temblor de las réplicas. Aunque quedó maravillada ante la idea de que Gaborn pudiese elegir a la ciudad entera, incluso a sus enemigos.

Los hombres sobre las murallas de Carris daban vivas y abandonaban la ciudad en ruinas, mientras que los reaver se apresuraban a atacar al rey de la tierra. Estos aparecían con gran estrépito sobre una barricada en el monte de los Huesos y emergían de sus madrigueras.

El rey de la tierra instó a la caballería a que cargara hacia delante, intentaban luchar obstinadamente.

—¿Qué es lo que espera conseguir? —preguntó uno de los eunucos.

—Desea salvar Carris —dijo Borenson con certeza—. Espera atraer a los que atacan la ciudad.

Incluso desde aquella distancia, Averan veía que Gaborn no lo lograría. Había demasiados reaver y atacaban a mucha velocidad. Gaborn se veía aislado, acorralado.

Al otro lado del valle, retumbó la voz de Raj Ahten, amplificadas por los muchos dones que poseía.

—¡Aún somos enemigos, hijo de Orden!

Raj Ahten estaba en lo alto de las murallas de la ciudad, desafiante agitaba el hacha de armas, incluso mientras el yeso caía en cascada a su alrededor.

Y, en el monte de los Huesos, la maléfica hechicera levantó un báculo de color citrino hacia el cielo y siseó. Se produjo un trueno que rodó colina abajo hacia Carris.

La bella mujer de Indhopal dijo en voz baja:

—Entonces, es cierto. Mi marido rechaza al rey de la tierra, su primo político, y lo abandona a su suerte ante los reaver.

El tono de Saffira era uno de repugnancia grave, como si nunca hubiera pensado a Raj Ahten fuese capaz de tanta crueldad.

—Me temo que así es, oh, gran estrella, mi Saffira —dijo Borenson suavemente, procurando aliviarle la conmoción.

Otra réplica hizo retumbar el suelo, los caballos tuvieron que dar unos pasitos para no perder el equilibrio.

Saffira profirió un alarido y espoleó al caballo colina abajo, que galopaba con la velocidad, agilidad y determinación que solamente un caballo de fuerza podía alcanzar, a rienda suelta en dirección oeste hacia Carris, a la ciudad, pese a que diez mil reaver le obstruían el paso.

Borenson gritó y Averan se aferró fuertemente a la espalda de este mientras la montura del caballero se precipitaba hacia adelante.

Saffira giró hacia el oeste y, al principio, la niña pensó que se movía a ciegas. Pero, seguidamente, cambió el rumbo, se desvió al sur, y Averan comprendió adónde se dirigía.

Los reaver habían formado varios frentes: uno atacaba Carris; otro se acercaba al rey de la tierra a toda velocidad, y un tercero perseguía a la caballería que había atacado por el sur.

Al desmembrarse, habían dejado un espacio libre entre sus filas. Hacia ahí se dirigía Saffira.

—¡Esperad! —gritaron los eunucos—. ¡Esperadnos!

Aunque no sirvió de nada. Saffira galopó hacia Carris sin detenerse, hasta que, a ochocientos metros de las murallas, se encontró con los reaver, en la pendiente, tan apretados que no pudo continuar.

Al presentir la presencia de Saffira detrás de ellos, empezaron a girarse, y aquel ruido de escofinas, procedente de los tórax, se hizo más audible.

De momento, Saffira se acercó hasta un pequeño altozano, bajo los últimos rayos de luz del día. Vestía una capa de montar de algodón rojo de calidad, bordada con exquisito hilo de oro en forma de florituras, como las ramas de una vid que le envolvían los brazos y el pecho. En la cabeza llevaba un fino velo rojo y encima una corona de plata.

En ese momento, se desabrochó un estrecho cinturón dorado que arrojó al suelo y se quitó la capa. También se apartó el velo y, durante un instante, se mantuvo allí, ufana, a lomos del caballo imperial de batalla gris, ataviada con un simple vestido de seda color lavanda, que resaltaba el delicado tono oscuro de su piel.

El sol descendía por el horizonte y unos pocos rayos cortos rasgaban los nubarrones.

Había muchas lomas en aquel paisaje yermo, pero Averan comprendió entonces la razón que había llevado a Saffira a elegir aquella: porque había visto la tenue luz



que la cubría y sabía que era la mejor lugar para lucirse.

A Averan le parecía que Saffira era la perfección encarnada. El elegante dibujo de su cuello y sus hombros habría tenido a un juglar escribiendo versos durante toda la vida. Aunque ni el mismo Behoran Lengua de Oro hubiera podido componer una canción que captara toda la gracia, el resplandor de los ojos o el encanto de la postura de Saffira.

A Averan se le antojó que Saffira era consciente de que perecería, se había acercado demasiado a los reaver. El más próximo giraba sobre los talones a menos de cien metros por la pendiente, tomando una posición defensiva. Los reaver se sorprendían con facilidad y solían vacilar hasta que calibraban el peligro, pero a este le bastaría con un segundo y se percataría de que Saffira estaba sola.

Un segundo era todo lo que Saffira quería, empero y, en ese instante, comenzó a cantar.

## Capítulo 60



### *El monte de los Huesos.*

¿ **C**ómo puedo salvarlos a todos?, se preguntó Gaborn.

Había conectado con cientos de miles de personas en el castillo de Carris y la sensación de peligro en torno a ellos lo abrumaba. Un tercer temblor hizo que el suelo empezara a hincharse y a dar sacudidas.

Ante las puertas del castillo, miles de hombres luchaban por sus vidas. Gaborn se concentró en ellos, pues eran lo que estaban en peor situación. Sin embargo, en el castillo de Carris, Raj Ahten negaba a Gaborn, con tal petulancia que impedía que sus tropas avanzaran y, sin duda, los Invencibles podían despejar un hueco en el paso elevado.

La fatiga lo atormentaba mientras seguía avanzando obstinadamente hacia el monte de los Huesos, un profundo sopor que aturdí los sentidos. Cuanto más se acercaba, más paralizante era el efecto.

*He elegido demasiado indiscriminadamente*, se dijo. Iba a la cabeza de una panda de guerreros comunes. Desesperadamente, sus hombres seguían hacia delante. Sin caballos y desprovistos de las largas y mortíferas lanzas, no resultaban tan útiles como los caballeros montados y, sin embargo, avanzaban con valentía, como si la voluntad sola los animase.

Gaborn se bajó del caballo e intentó dar unos pasos más, pero el efecto del conjuro de la maga maléfica era tan potente que apenas podía sostener las riendas de su propia montura.

En el sur, el alto comisionado Skalbairn intentaba un infortunado ataque.

Gaborn le envió un mensaje: ¡Volved! ¡Salvaos si podéis!

Se concentró en lo que estaba haciendo, con la esperanza de que los soldados que los protegían fueran capaces de repeler todo ataque inminente en ese momento.

A doscientos metros por delante de ellos estaba el gran capullo, con la maga malvada en lo alto del cerro. Los reaver correteaban a ambos lados del monte de los Huesos y los tendría encima en cuestión de segundos.

Cuando ya no pudo desplazarse más debido al cansancio, se tiró adormecido al

suelo y comenzó a dibujar una segunda runa rompedora de tierra.

Con desesperación analizó la runa de los reaver en busca de algún punto flaco, algún defecto en el conglomerado.

Una oleada de reaver se acercaba a toda prisa al frente de batalla, a cincuenta metros por delante y por ambos lados. Cerca del pie encontró una hebra del capullo, un hilo que se extendía unos doscientos metros.

Gaborn miró a la cumbre del monte de los Huesos, intentó fijarse en el objetivo del conjuro. Los reaver estaban en medio, trepaban por el capullo a manadas. La cabeza de un reaver era más grande que la plataforma de una carreta y las patas más largas que el cuerpo de un hombre. Cada vez más, los monstruos se precipitaban sobre ellos, rodeándolos, y no conseguía ver nada.

No obstante, sus hombres defendieron sus posiciones, dispuestos a luchar con la fuerza de la desesperación.

Gaborn se arrodilló en la bruma fétida y, con dificultad, dibujó una runa.

Un reaver cargó contra el rey de la tierra, ni siquiera perdió velocidad cuando tuvo que derrumbar a dos hombres por delante de él, simplemente los aplastó con la mole de su cuerpo. Erin Connal gritó consternada, se abalanzó sobre el reaver.

—¡Tú un golpe bajo y yo uno alto! —gritó Celinor a espaldas de la amazona.

Esta corrió hacia la bestia, que levantó el martillo glorioso. Erin gritó y golpeó el codo del monstruo con el martillo de armas, que penetró la articulación bajo el osteofito protector.

La sacudida tendría que haber dejado al reaver paralizado por el dolor durante unos segundos o, al menos, haberlo encolerizado. Sin embargo, el reaver atacó con el martillo glorioso, doscientos cuarenta kilos de acero con una empuñadura de siete metros de longitud. Ella no oyó advertencia alguna del rey de la tierra.

La empuñadura cayó sobre el hombro de Erin y la tiró al suelo, sujetándola unos segundos. El reaver levantó una enorme garra en forma de puño, preparado para machacarla contra el polvo.

Celinor saltó por encima de la amazona, arrebatado, y le dio una estocada a la bestia entre los tabiques torácicos. Aunque la estocada no resultó lo suficientemente potente, puesto que no destripó al monstruo.

Asustado, el reaver soltó un bufido, retrocedió un paso y, tambaleándose, intentó escapar.

Celinor saltó hacia adelante y le asestó una segunda estocada. Las vísceras del reaver se desparramaron como una lluvia truculenta. La bestia salió corriendo y chocó contra uno de los suyos.

El príncipe de Crowthen del Sur viró en redondo, abandonó la refriega; cogió a Erin de la mano y la ayudó a levantarse.

—¡Ya van dos! —le advirtió.

Erin notó cómo se ruborizaba, disgustada.

Gaborn terminó de esbozar la runa rompedora de tierra, levantó el puño y miró hacia arriba.

Por doquier, los reaver se precipitaban como un atronador y terrorífico muro de carne, machacando las filas de sus hombres.

Por la izquierda, un reaver pulverizaba a otro de sus hombres con el martillo glorioso. El cuerpo del guerrero dio dos volteretas en el aire y se estrelló cerca de Gaborn.

Celinor levantó el escudo y se lanzó delante de su rey, pero la fuerza de ambos cuerpos chocó contra este y lo derribaron.

Todo se oscureció.

## Capítulo 61



### *Bajo la luz que cesa.*

**S**affira cantaba en la lengua de su hogar natal, el tuulistanés, y como tenía miles de dones de voz, el aria que entonaba sonaba más alta que cualquier otra cantada por un plebeyo.

Tan hermosa era la canción que Raj Ahten buscó desde la muralla del castillo, donde había permanecido recuperándose tras el desastroso ataque de Gaborn.

El tiempo pareció detenerse.

Tan potente era su canto que, incluso en el paso elevado, muchos reaver retrocedieron con los philia ondeando el aire, como si intentaran descifrar si aquella voz suponía una nueva amenaza a la que deberían enfrentarse.

Durante unos instantes, el tumulto de la batalla se calmó, porque los hombres escuchaban la voz dorada de Saffira.

Sin duda, la mayoría de los ciudadanos de Rofehavan no podían entender las palabras de Saffira. Tuulistan era una pequeña nación de Indhopal, insignificante. Uno podía cruzarla de punta a punta en quince días. A pesar de eso, el tono de voz suplicatorio de la joven le llegó al alma a Raj Ahten, le hizo anhelar... hacer cualquier cosa, lo que fuera para apaciguar a su esposa.

Se hallaba sobre una loma maltrecha, a sus pies, el paisaje era una marea negra de reaver. Bajo los últimos rayos del día, el vestido color lavanda parecía un sencillo velo que apenas podía disimular la perfecta belleza de su cuerpo.

Relucía como la primera y era más brillante que las estrellas del firmamento cuando cae la noche y, a su alrededor, Raj Ahten oyó cómo miles de hombres emitían un grito ahogado de admiración.

Inmediatamente, Raj Ahten supo lo que había hecho Gaborn. Distinguió el encanto de todas sus concubinas, de las mujeres más bellas de todas las naciones que había conquistado, todas concentradas en una. Percibió la dulzura de cada una de las voces melodiosas de su harén.

Saffira entonaba una canción de cuna corriente que había cantado a su primer hijo, Shandi, cuando lo tuvo en brazos por primera vez, hace cinco años, antes de que

un caballero equitativo degollara al niño a fin de librar al mundo de la progenie de Raj Ahten.

La melodía no era profunda, tampoco lo era el mensaje. No obstante, conmovió a Raj Ahten hasta lo más hondo de su ser.

No existe el «tú». No existe el «yo».

El amor nos hace uno. Solamente existe el «nosotros».

De todos los hombres que escuchaban la canción, únicamente Raj Ahten comprendió el mensaje. Entiendo el odio y la cólera que sientes, le decía. Lo comprendo, yo también lo siento. No he olvidado a nuestro hijo, pero debes dejar ya la ira de lado.

Saffira dijo entonces en burdo rofehavanés:

—Mi señor Raj Ahten, te ruego que abandones esta guerra. El rey de la tierra me pide que te transmita un mensaje: «El enemigo de mi primo es mi enemigo; hombres de Mystarria, hombres de Indhopal, ¡uníos!».

Saffira reclamaba a Raj Ahten y, en aquel silencio, los reaver más próximos a ella giraron bruscamente, se lanzaron monte arriba, como si respondieran a su llamada.

La escolta de eunucos de Saffira, los mejores Invencibles de Raj Ahten, corrieron en ayuda de Saffira y la siguieron loma abajo mientras huía a toda velocidad en dirección norte, hacia las tropas de Gaborn a ochocientos metros de distancia.

Por delante había demasiados reaver. Los enormes monstruos, situados en la retaguardia del penoso ejército del rey de la tierra, formaban un muro impenetrable. Incluso a toda velocidad, Raj Ahten sabía que no podría atravesar esas filas de reaver.

Sin duda, Saffira ya sabía eso y, sin embargo, galopaba hacia el peligro, hacia el centro de la vorágine.

Iba a obligarlo. Si no vienes a salvarlo, al menos sálvame a mí, decía la conducta de Saffira.

Con un grito de horror y consternación, los hombres de Carris respondieron al ruego de Saffira.

Los hombres de Paldane y los gigantes frowth, que llevaban un tiempo haciendo retroceder a los reaver, habían conseguido superar el montón de reaver muertos hasta el paso elevado del lago Donnestgree y, seguidamente, había logrado forzarlos a retirarse a unos cien metros de allí. El paso elevado estaba cubierto de reaver muertos.

Justo entonces, la gente de Carris aunó fuerzas y con gran estrépito se lanzó hacia el epicentro de aquel maremagno. Los maleficios de fatiga de la maga malvada parecían haber sido olvidados de momento.

A lo largo de las murallas y por las calles de la ciudad, los hombres cogieron cualquier arma que podían acarrear y se apresuraron para unirse a Saffira y al rey de la tierra.

Raj Ahten los contemplaba lleno de asombro.

*Esto es un error*, pensó. Cientos de miles de hombres, mujeres y niños de Carris que arremetían contra los reaver y la mayoría de ellos solamente eran plebeyos. Los reaver se los iban a merendar.

Aun así arremetieron.

No sabía decir lo que los impulsaba: si era la creencia en el rey de la tierra o el deseo de responder al reclamo de Saffira. Quizás ninguna de las dos cosas, igual solamente luchaban porque no les quedaba nada más.

El mismo Raj Ahten bajó de la torre corriendo, apartando a un lado a otros hombres que iban más despacio y que querían unirse a la contienda. El corazón le aporreaba el pecho y el pulso se le había acelerado. Por los callejones, a su espalda, aparecieron los Invencibles.

## Capítulo 62



### *Abismos.*

**D**e camino a Carris, Borenson se había preguntado una y otra vez si Saffira tendría el valor de enfrentarse a Raj Ahten. ¿De verdad deseaba la paz? ¿Traicionaría a Gaborn y a los suyos?

Aunque en aquel momento, rodeada de peligro, aquella mujer, apenas una niña, se había alzado en defensa de Gaborn.

Saffira terminó de cantar. Durante un instante en que contuvo el aliento, Borenson se mantuvo embelesado, incapaz de pensar, incapaz de hacer otra cosa más que lamentar el hecho de que la canción había terminado.

La ciudad la aplaudió con estridentes vítores, como el rugido distante del mar, lo que garantizaba que la gente de Rofehavan acudiría al reclamo de ella.

El coraje de Saffira había bastado. En este momento, Borenson la amaba tan profunda e inocentemente como podía amar a una mujer. El corazón le latía deprisa y lo único que deseaba era plantarse bajo la sombra de Saffira y respirar su suave perfume, contemplar su cabello de ébano.

Erguida sobre la silla de montar, respiraba hondo. El resplandor de sus ojos era una maravilla. Se mantuvo allí sentada, escuchando los aplausos de Carris; inclinó la cabeza en ademán de silenciosa exaltación.

—Vamos, amigos míos —los llamó Saffira—, antes de que sea demasiado tarde.

Espoleó al caballo hacia el norte y descendió la loma a rienda suelta hacia Gaborn, pero sin arremeter directamente.

Se dirigía hacia el oeste, alejándose del grueso de los reaver.

*Niña inteligente, pensó Borenson. Finge un ataque con la esperanza de desviar a los reaver de Gaborn, cuando pasa de largo por el monte de los Huesos en dirección oeste.*

Desde ahí, podría regresar por el norte y alcanzar a Gaborn por detrás.

Ha’Pim y Mahket, al lado de Saffira, a duras penas podían seguir su ritmo. Delante de ellos estaba el monte de los Huesos, el capullo nervudo lo rodeaba y brillaba pálidamente como los carámbanos por la tarde; la maga malvada apostada en



la cima resplandecía gracias a las runas opalescentes tatuadas en su caparazón.

La gran reaver estaba de pie con el báculo citrino en alto, apuntando al cielo; con los philia de la ancha cabeza de punta. Se agitaban en busca de un rastro.

Con un movimiento inesperado, giró la descomunal cabeza hacia Saffira, como si acabara de percatarse. Señaló al cortejo de esta con el báculo.

*¡Cree que atacamos!*, comprendió Borenson casi demasiado tarde. No sabía si los demás habían visto la reacción de la maga.

—¡Desviaos! —gritó.

La malvada hechicera siseó y una luz parpadeante se encendió en el báculo. El aire en torno al cayado explotó al tiempo que una neblina de color verde oscuro emanaba por el extremo de este.

Saffira se desvió bruscamente a la izquierda cuando la bruma verde chocó de golpe contra el suelo, justo por donde acababa de pasar ella. La nube llevaba un olor a putrefacción tan repugnante y tan abominable que Borenson no simplemente lo percibió, sino que pudo notar cómo su cuerpo respondía: como si la piel deseara mudarse y la carne descomponerse ante su roce.

Saffira se tapó la cara con un pañuelo de seda dorada, y esquivó al reaver más cercano trazando una trayectoria peligrosamente cercana a la bestia. El suelo dio una sacudida.

Pashtuk y la mujer verde salieron disparados de la montura del modo menos elegante. Este agarró al wylde e intentó montar de nuevo rápidamente. El wylde forcejó, como si estuviera deseosa de enfrentarse a los reaver.

Saffira miró hacia atrás, descubrió que Pashtuk estaba en apuros y detuvo el caballo, lo esperó.

—¡Cuidado! —gritó la niña en la grupa del caballo de Borenson.

Un portador de acero se abalanzaba tras Saffira. Los escoltas de Saffira también gritaron, intentando advertirla.

Saffira agachó la cabeza, viró en redondo y espoleó al caballo, con la esperanza de atraer a la bestia y alejarla de Pashtuk.

Casi despreocupadamente, el reaver hizo girar las descomunales garras, que brillaban siniestramente en el extremo de una pata delantera tan larga como un caballo.

El reaver golpeó a la yegua de Saffira, le rompió el cuello y la tumbó de espaldas. La reina dio una voltereta hacia delante por encima del caballo, rebotó contra una de las grandes garras y dio un salto hacia los recovecos oscuros detrás del reaver.

Otros tres reaver llegaron corriendo al lugar.

Ha’Pim gritó desconcertado y tiró de las riendas; se bajó del caballo. Uno de los portadores de acero le asestó una estocada con un martillo glorioso mientras descendía. La sangre salpicó la cara de Borenson.

Al galope, Mahket arremetió furiosamente contra los reaver, blandiendo una gran hacha de armas. Brincó a la boca del reaver que había golpeado a Saffira, le propinó

una tremenda estocada en el paladar superior y, con un paso, se retiró; enzarzándose contra la pierna de otro monstruo. El cuerpo de Mahket era una silueta difuminada por el movimiento.

Pashtuk abandonó la idea de subirse al caballo y simplemente se lanzó hacia el reaver más próximo. Saltó varios metros en el aire y, con el hacha de armas, golpeó la base del cuello de la fiera.

Borenson detuvo el caballo. Existía una remota posibilidad de que Saffira estuviera viva. El golpe que había recibido solamente le habría roto algunos huesos.

Aunque, si estaba viva, se encontraría entre los reaver o bajo ellos. Si no la mataban indiscriminadamente, acabarían aplastándola.

—¡Sácanos de aquí! —gritó la niña a espaldas de Borenson, aferrándose a la cintura de este.

El hedor a podredumbre que exudaba la malvada maga comenzaba a extenderse por la zona que ocupaban y lo hacía atragantarse.

Frustrado, apretó los dientes. Era el escolta de Saffira y pertenecía a ella más enteramente que a ninguna otra persona que pudiera imaginar en un futuro.

No obstante, también se debía a Gaborn, sabía cuál era su obligación. Borenson tenía el wylde del mago Binnesman a mano, un arma potente. Tenía que entregársela a Binnesman.

A duras penas, Borenson oyó cómo Saffira gritaba en tuulistanés:

—¡Ahretva! ¡Ahret!

Aunque no entendió el ruego, supo que estaba viva.

El poder de la voz de Saffira era más convincente que la fría lógica. Una mujer que había arremetido tan valientemente contra los reaver a fin de hacer entrega de un mensaje, tenía su corazón en un puño tan firmemente agarrado que no podía resistirse.

*Así sea, pensó Borenson embotado, aquí será donde pelee. Aquí me enfrentaré a los reaver. Aunque no sea la posición que habría elegido.*

Sin ningún don que lo ayudara y sin disculparse ante la niña que llevaba detrás, Borenson desmontó de un saltó y se lanzó a la refriega.

Sentada a lomos del caballo, durante medio segundo, Averen quedó consternada. Borenson y los escoltas de Saffira habían abandonado las monturas para proteger a Saffira.

La mujer verde seguía montada en la silla. La hoja de acero de un reaver se arqueaba en lo alto, dos monstruos se acercaban a ella a toda velocidad.

Averen gritó:

—¡Vil Redentora, Destructor Ecuánime! ¡Sangre, sí! ¡Mátalos!

La mujer verde saltó del caballo hasta el reaver más próximo con tanta celeridad que Averen casi se lo pierde. Primavera reventó el cráneo del reaver de un puñetazo e introdujo la mano en el cerebro de este, ya que finalmente había descubierto que era

la forma más rápida de conseguir la porquería que le gustaba.

Por delante de Averan, los dos escoltas indhopaleses le rebanaron las patas delanteras a uno de los reaver. La criatura retrocedió, intentó alejarse, mientras que con lentitud y torpeza aterradoras, al menos en comparación con los soldados que poseían dones, *sir* Borenson se colocó bajo el vientre de la criatura y comenzó a darle tajos bajo los tabiques torácicos. Los escoltas de Saffira se volvieron hacia un reaver que tenían en la retaguardia, intentaron abrirse camino hacia su reina a estocadas.

Averan tenía a un reaver casi sobre ella por la izquierda y otro por la espalda, a punto de converger.

—¡Socorro! —gritó Averan—. ¡Ayuda!

Pero nadie vino a socorrerla. No poseía el encanto de Saffira, tan solo era una cría.

Se bajó del caballo. Un reaver hizo oscilar un martillo glorioso tras ella y aplastó la magnífica montura de Borenson, que se vio reducida a un reguero de sangre y tripas.

Averan empezó a correr, se agachó, intentaba hacerse más pequeña y, desesperada, buscó dónde esconderse.

Delante de ella, la mujer verde acababa de matar a un reaver, que estaba tumbado y jadeaba de manera mecánica, con la boca abierta y la rasposa lengua, de casi sesenta centímetros de ancho, colgando de la boca. Averan quiso revolcarse bajo el monstruo, esconderse en el hueco de las piernas, pero la bestia había caído al suelo.

*Dentro de la boca, pensó, puedo esconderme ahí.*

Se introdujo de un salto en la cavernosa boca del monstruo, cuyo paladar formaba un hueco tan alto como un hombre, aunque los lados estuvieran cubiertos de babas. La carne verrugosa de las encías era casi negra y los dientes del reaver, en torno a ella, barras y barras, eran tan transparentes como puñales de cristal. Se agarró a los dos dientes más largos, con fuerza, para no caerse.

El aliento del reaver era fétido y se sumaba al terrible hedor de podredumbre que la maga malvada había producido. Se le antojó que la bestia se le pudría entre las manos, que empezaron a picarle, y en las que brotaron unas manchas oscuras.

La boca del reaver se sacudió involuntaria y la lengua, sobre la que estaba apoyada, se movió. A continuación, las fauces del reaver comenzaron a cerrarse lentamente.

A Averan le dio un vuelco el corazón del susto. Empujó contra las encías con todas sus fuerzas, intentó mantener la boca abierta. Temía que, aunque el reaver estuviera muerto, aún pudiese tragársela. En ocasiones había visto como un animal moribundo puede moverse por reflejo.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Ayuda!

—¡Ya voy! —gritó Borenson.

Había hecho un corte limpio entre los tabiques torácicos del reaver y, en ese momento, retrocedía conforme la bestia se desplomaba estrepitosamente,

despatarrado.

*Viene a rescatarme, pensó.*

Los eunucos continuaban luchando contra un portador de acero por el flanco izquierdo de Borenson y este los pasó de largo, se lanzó a un desfiladero oscuro formado por los cuerpos muertos de los reaver. Borenson corría hacia Saffira.

*¡Pero pensaba que venías en mi ayuda!, quiso gritar Averan.*

El cielo vespertino ya oscurecía y la repugnante y empalagosa neblina tapaba el paisaje y, entre la penumbra más oscura, las figuras de los reaver se recortaban tétricas y monolíticas. Un nuevo adversario se subió a los cuerpos de los muertos, la luz que le llegaba a Averan se apagó casi del todo.

La niña se estremeció del miedo, hizo un gran esfuerzo por abrir la boca del reaver de nuevo. Al hacerlo, entornó los ojos y, en su interior, distinguió la refulgente llama esmeralda.

*Está tan cerca, pensó, que casi puedo tocarla.* Hacía días que sentía una fuerte atracción por aquella llama y, en ese instante, creyó entender el motivo.

*Seguridad. Con el rey de la tierra estaré a salvo, se dijo, como elegida.* Se emocionó con esa disparatada esperanza.

—¡Vil Redentora, Destructor Ecuánime! —gritó Averan impulsivamente—. ¡Ve a por el rey de la tierra, él nos ayudará!

A continuación la boca del reaver se cerró a pesar de los esfuerzos de Averan.

La pequeña se puso a gritar.

## Capítulo 63



### *La estrella más brillante de Indhopal.*

**R**aj Ahten descendía de las murallas de piedra de Carris corriendo, esforzándose por ser el primero en alcanzar a Saffira, apartando a un lado a otros hombres que iban más despacio por la escalera. Saltó de los peldaños a la espalda de un gigante frowth y se enganchó el pie en la cota de malla de la criatura. Se soltó.

Una vez hubo logrado soltar el pie, brincó de la espalda de un reaver muerto a otro, sirviéndose de los cuerpos inertes de las bestias como si fueran horrendas baldosas. Así fue como llegó a las derruidas puertas del castillo mucho antes que los suyos. Solamente quedaban unos pocos hombres de Paldane delante de él en el paso elevado.

Durante un instante, se detuvo sobre el cuerpo de un reaver en el paso y percibió los temblores de otro terremoto, que sacudió los cimientos de Carris con un rugido mucho más fuerte que el del oleaje más violento. Al llegar a la orilla, la onda expansiva había generado una gran ola.

Mientras, los mejores hombres de Paldane estaban enredados en un remolino de gente delante de él. Raj Ahten imaginó cómo acabarían.

Se puso en marcha a toda velocidad, continuó saltando de espalda a barriga de reaver muerto. El temblor sacudió a uno de los reaver que pisaba y Raj Ahten dio una voltereta en el aire, aterrizó sobre la cabeza de un reaver vivo y le clavó el martillo de armas en la zona cartilaginosa, matándolo al instante.

Cien mil voces humanas gritaron cuando el terremoto zarandeó el castillo. Raj Ahten miró hacia atrás justo cuando la muralla oeste de Carris se iba a pique, en el instante en que caía hacia fuera como una estrepitosa ruina.

No se atrevió a vacilar ni un instante; trepó por la cabeza inclinada del reaver y puso rumbo a Saffira a toda velocidad. Ni siquiera se detuvo a contemplar la caída de Carris, pero la oyó, percibió el olor acre de polvo de roca en el ambiente. La gente de Carris gemía mientras esta se desplomaba, mientras las torres se derrumbaban y las tiendas quedaban desintegradas.

Con seis dones de metabolismo, Raj Ahten peleó con agilidad y ferocidad, se atrevió con determinados enfrentamientos a los que no se habría lanzado de no ser por Saffira. Saltaba entre las cabezas de los reaver e intentaba aplastarlos con los martillos. A uno de los monstruos que pasó de largo, le rompió la pierna para que los hombres que había tras él lo tuvieran más fácil. Durante un rato, la existencia de Raj Ahten se limitó a un sueño obscuro de muerte y mutilación.

A su espalda oía a los miles de plebeyos que se dirigían hacia Saffira en tropel, que arremetían contra los reaver. *Es un suicidio*, pensó Raj Ahten. Aunque sabía que no hacer nada también lo era.

En medio de la ciudad, varias de las torres ardieron y, al desmoronarse, escupieron madera y rescoldos al cielo de la noche.

Mientras los hombres de Paldane despachaban a un reaver, Raj Ahten se subió sobre la criatura con objeto de orientarse. Atrás, la gente huía del castillo para salvar la vida, guerreros y mercaderes, mujeres con bebés en los brazos, ricos y pobres.

Raj Ahten quedó maravillado ante el elevado número de personas que había sobrevivido al terremoto, ya que se había imaginado que solamente unos cuantos cientos de personas eludirían el derrumbamiento de Carris.

Durante lo que se le antojó una larga hora, Raj Ahten continuó luchando. Aunque, en términos de hombre corriente, no habrían sido más de diez minutos. Los nobles de Paldane y los Invencibles peleaban a su espalda, mientras que los plebeyos de Carris penetraban el frente de combate.

El efecto asombró a Raj Ahten, muchos de los reaver empezaron a retirarse con cautela, cedían ante el desafío. Aquellos que se veían rodeados por una docena de hombres, se retiraban.

Hasta entonces, ninguna de las tácticas empleadas habían hecho efecto entre los reaver; pero tantísima gente, una gran masa que atacaba toda a una, los hizo detenerse. No fue difícil entender el motivo, los reaver no sabían distinguir entre un plebeyo y un señor de las runas; todos olían igual. Para un reaver, cualquier hombre que se atreviera a atacarlos suponía un devastador contrincante en potencia.

Somos como avispa para ellos, se percató Raj Ahten, pero no pueden reconocer quiénes entre nosotros tienen aguijones.

Entre los Invencibles y los lores más poderosos de Paldane quedaban núcleos de resistencia que se hacían más fuertes. Aunque los reaver cedían terreno, no estaban huyendo.

Los portadores de acero se introdujeron entre los plebeyos e iniciaron una matanza verdaderamente cruenta, abatieron a miles y miles de hombres y mujeres.

La gente de Carris se precipitaba sobre las filas enemigas, plebeyos que blandían piqueras y martillos. Entregaban la vida por el rey de la tierra como nunca hubieran hecho por él.

El esfuerzo de aquellos hombres corrientes era casi inútil, salvo que

proporcionaban la debida distracción a favor de otros soldados con la agilidad, la fuerza y el metabolismo necesarios para la contienda.

Por tanto, el sacrificio no era completamente en vano. Sin embargo, Raj Ahten nunca olvidaría el espectáculo que veía antes las puertas de Carris: litros y litros de sangre humana, huesos rotos, carne destrozada y expresiones de terror en la mirada de las mujeres muertas.

Raj Ahten continuó luchando contra una interminable muchedumbre hacia un objetivo invisible. En dos ocasiones, recibió golpes que hubieran matado a cualquier otro hombre, lo cual le hizo perder valiosos segundos de resistencia para realizar esa curación milagrosa suya.

Resultó irónico que fuera la voz de una niña lo que condujo a Raj Ahten hasta Saffira.

A su espalda, los lores luchaban en treinta o cuarenta frentes distintos. Además, a ese caos se añadía el estruendo de los caballeros de Gaborn, al norte del monte de los Huesos, hombres que aullaban y agonizaban.

A pesar de los dones de oído, Raj Ahten apenas distinguía los constantes alaridos de la cría de los silbidos y las vibraciones de los reaver.

—¡Socorro! ¡Socorro!

Al oír a la pequeña, se lanzó entre las líneas enemigas para llegar hasta ella. Con seis dones de metabolismo, pasó entre varios reaver antes de que estos tuvieran tiempo de reaccionar.

Por delante había cientos de reaver muertos y heridos que componían un ceniciento laberinto. La pestilencia que había dejado el último maleficio de la maga malvada era insoportable. Raj Ahten saltó entre las extremidades enredadas de dos reaver y se deslizó por una angosta sima.

En pocos segundos accedió a un claro donde había una docena de reaver muertos en forma de corro desigual, que creaban una pequeña sima entre los cuerpos de otros reaver.

Al descender al claro, descubrió un caballo y un caballero muerto en el suelo, bajo sus pies. Oyó a unos hombres que forcejeaban contra un reaver a la vuelta de una pequeña curva.

La muchacha estaba atrapada en la boca de un reaver muerto. Raj Ahten la abandonó mientras gritaba aterrorizada.

No obstante, la herida del reaver que la ocultaba lo intrigó. Alguien le había reventado el cráneo al reaver. Aparte de un gigante frowth con una enorme maza, Raj Ahten no sabía de ninguna otra arma que pudiera atravesar el hueso de reaver de aquel modo.

Al girar, se encontró con Pashtuk, cuya pierna malherida sangraba, pero que seguía luchando como un loco mientras Mahket se unía a la refriega.

Un reaver intentaba abrirse camino entre dos compañeros muertos a fin de lanzarse contra los hombres. Raj Ahten no veía a Saffira pero, con tantos dones de

olfato, la encontró con facilidad. El delicado aroma del perfume de jazmín de Saffira lo condujo hasta el lugar, una pequeño abismo a su derecha.

Se hallaba atrapada bajo la pata de un reaver muerto. *Sir Borenson*, el hombre del rey Orden estaba tendido junto a ella, la rodeaba con los brazos, en ademán de protección. Borenson apenas podía respirar bajo la masa de la pata del reaver que lo aplastaba. Saffira tenía un corte profundo en la frente, del cual fluía la sangre a borbotones.

Raj Ahten agarró la pata del reaver de una de las largas garras. La pata pesaba entre doscientos diez y doscientos cuarenta kilos; se la quitó de encima a Saffira y apartó al caballero pelirrojo.

Detrás de Raj Ahten, por todo Carris, miles de personas luchaban en la contienda. Los reaver muertos formaban un muro sólido que mantendría a los plebeyos al otro lado. A los que buscaban a Saffira seguramente aquel lugar les pasaría inadvertido.

Los ojos de su mujer se clavaban fijamente en lo alto, respiraba de manera irregular. Raj Ahten sabía que estaba a punto de morir.

—Estoy aquí, amor mío —dijo Raj Ahten—. Estoy aquí.

Saffira le cogió la mano. Solamente tenía tres dones de fuerza física, con lo cual a Raj Ahten el apretón de mano le parecía tan ligero como una pluma.

Ella sonreía.

—Sabía que vendrías.

—¿El rey de la tierra te ha obligado a esto? —preguntó Raj Ahten, con la voz llena de cólera.

—Nadie me ha obligado —dijo Saffira—. Deseaba verte.

—Pero él te pidió que vinieras.

Saffira sonrió calladamente.

—Tuve... Me llegaron noticias de un rey de la tierra en el norte. Envié un emisario...

Por supuesto eso era mentira. Ninguno de los guardias de palacio estaba autorizado para hablar abiertamente sobre guerra o conflicto. Nadie se hubiera atrevido.

—¡Prométeme que no te enfrentarás a él! ¡Prométeme que no lo matarás! —le suplicó.

Saffira comenzó a toser. Al hacerlo, escupió motas de sangre. Raj Ahten se mantuvo callado.

Le limpió la sangre de la barbilla y la estrechó. El clamor de la batalla parecía distante, como si se tratara de rugidos de monstruos en páramos lejanos.

No fue consciente del momento exacto en que expiró Saffira; pero, en la creciente penumbra, bajó los ojos y vio que ya no se movía. Con la muerte, los dones de encanto que poseía Saffira fueron devueltos a los consagrados.

Se marchitó como un pétalo de rosa que se mustia en una herrería. Al poco, los brazos de la joven no eran ni la sombra de lo que habían sido.



La gran belleza de todos los tiempos se había desvanecido.

La consciencia de Gaborn deambulaba en un lugar donde no existía el presente, ni el dolor, ni la comprensión. Un lugar donde el cielo era púrpura, como el de alguna puesta de sol que recordara, un prado de flores silvestres por el cual había correteado en la infancia.

El aroma de la hierba de verano era fuerte, empalagoso, mantecoso, el olor de raíces, tierra y hojas que se secaban al sol; copiosas cantidades de margaritas abrían los pétalos amarillos. En comparación con la hierba su fragancia era amarga, pero únicamente intensificaban el sabor a tierra.

Gaborn se hallaba en un limbo. Se imaginó que Iome lo llamaba en la distancia, pero se encontraba tan débil que los músculos no le respondían.

Iome. La deseaba desesperadamente, anhelaba tocarla, besarla. *Debería estar conmigo, pensó, debería estar a mi lado.*

Contemplar este cielo tan perfecto, tocar este suelo tan perfecto. Gaborn no había contemplado nada tan bello desde que visitó el jardín de Binnesman.

—¿Milord? —dijo alguien—. Milord, ¿os encontráis bien?

Gaborn intentó responder, pero no se le ocurría nada.

—¡Subidlo al caballo! ¡Está herido! —grito alguien—. ¡Sacadlo de aquí!

Gaborn reconoció la voz. Celinor, Celinor Anders era quien gritaba, preocupado por Gaborn.

—Estoy bien —dijo Gaborn para intentar consolarlo—. Me encuentro bien.

Intentó levantar la cabeza y se desplomó, se percató de algo asombroso. La fatiga y la sensación de enfermedad y dolor que había sentido durante horas, casi había desaparecido por completo.

En vez de eso, notó como si estuviera plantado ante una fresca brisa primaveral, totalmente restablecido. La sensación se hacía más fuerte cuando se aferraba al suelo.

Poder terrestre, lo que notaba era el poder de la tierra, como en el jardín de Binnesman o ante las Siete Moles Erguidas del bosque de Dunn. La sensación se hacía más potente, más fuerte. Casi podía volver la cara hacia ella, como una flor vuelve las hojas al sol.

*Iome viene, pensó delirante. Eso es.*

De repente, la sensación se hizo más intensa, hasta que percibió algo cálido contra la mejilla, como si fuera un rayo de luz que lo acariciaba. Abrió los ojos.

En aquel claroscuro vespertino había una mujer vestida únicamente con una capa de piel de oso. No era Iome.

Aunque la reconoció inmediatamente. De semblante bello, inocente, inmaculado; de pequeños pechos caídos bajo la capa. La piel de un verde delicado. Gaborn notaba el poder que ardía en ella. La mujer verde se agachó y le puso la mano en la garganta con delicadeza. Gracias a aquel roce, todo el cansancio y el dolor de Gaborn desaparecieron.

La recordó al instante: el wylde de Binnesman.

El mago la había creado del polvo de la tierra hacía menos de una semana, durante la noche, dándole una forma tomada de su propia mente. Binnesman había dicho que esperaba crear un gran guerrero, como el caballero verde que había ayudado a los antepasados de Gaborn. No obstante, después de la creación, el wylde había dado un gran salto y había desaparecido.

Los ojos de Gaborn se abrieron de par en par conforme el wylde lo levantaba con una mano y tiraba de él.

—¡Ve a por el rey de la tierra! —Soltó.

A duras penas, Gaborn comprendió que la mujer verde lo necesitaba, necesitaba que la siguiera a alguna parte. O quizás la tierra misma la había enviado.

Este miró a su alrededor. Había estado tendido en el campo de batalla a cien metros de la última posición. El príncipe Celinor, Erin Connal y otros caballeros se apartaron de la mujer verde, la miraban de hito en hito, conmocionados.

Los caballeros de Gaborn habían dejado las cabalgaduras y estaban enzarzados en una violenta pelea con los reaver, en un frente fracturado. Los reaver les ganaban terreno a los hombres.

Por donde mirara, veía una marea de reaver encaramados unos sobre otros con el objetivo de romper filas, cazaban hombres como los perros cazan liebres. Los súbditos de Gaborn luchaban valientemente, aunque en vano. Cuando paseó la mirada por el campo de batalla, observó cómo una docena de hombres salían despedidos por la fuerza de la estocada de unos portadores de acero.

Sobre el monte de los Huesos, la maga malvada, rodeada de subordinados en aquel capullo protector, alzaba el báculo citrino hacia el cielo, se disponía a lanzar otro maleficio. El aire ya estaba anegado con un hedor indescriptiblemente repugnante; además, las llamas fantasmales que parpadeaban al pie de la runa intensificaron la actividad maléfica.

—¡Ve a por el rey de la tierra! —repitió el wylde, tirando de Gaborn hacia el frente.

Gaborn comprendió que alguien había enviado a la criatura en su busca. Aunque, al haber estado presente durante la creación de ella, conocía el verdadero nombre de la mujer verde. Entonces, él la cogió por la muñeca e invocó el poder del wylde para fines propios.

—¡Vil Redentora, Destructor Ecuánime, quédate conmigo!

La mujer verde se quedó plantada, jadeando, como si hubiera olvidado el recado anterior.

Ataca ahora, advirtió la tierra.

Gaborn se arrodilló. Con el dedo del wylde, Gaborn se concentró y dibujó una runa rompedora de tierra en el suelo.

Pero, mientras examinaba el odioso cerro ante él, no pudo encontrar ningún punto flaco, ninguna manera de destruir aquella cosa.

Curiosamente, le vino a la mente la imagen, no de una runa rompedora de tierra, sino de otra runa; una extraña espiral dentro de una circunferencia y un punto sobre ella.

Dibujó la runa y, seguidamente, hizo un puño con la mano del wylde.

Miró hacia arriba, fijamente, en dirección a la maga malvada en lo alto de la monstruosa creación y visualizó aniquilación. Imaginó una explosión del terreno, la devastación total de la colina y la maléfica runa que desaparecerían, se dispersarían en el aire tan lejos que simplemente perecerían, para no volver a ser reconstruidos jamás.

Gaborn no estaba seguro de si lo lograría. *¿Puedo destruir parte de la tierra?*, se preguntó.

Gaborn gritó:

—¡Conviértete en polvo!

Durante un par de largos segundos, Gaborn mantuvo el puño apretado, a la espera de una respuesta del suelo.

A mucha profundidad, bajo sus pies, el suelo comenzó a temblar. Algo lento al principio, un estruendo distante que se fue haciendo más poderoso paulatinamente, como si se preparara un corrimiento de tierras mucho más fuerte que los anteriores. Percibía la violencia de aquello. Deseaba escapar. A continuación, el suelo vibró como si un puño devastador lo hubiera sacudido.

La hechicera malvada levantó el báculo en el aire, las runas tatuadas en la carne de esta brillaban como una prenda hecha de luz solar, y el cristal citrino destelló con fuego interno.

Emitió un rugido siseante que resonó en el firmamento, retumbó en las murallas del castillo de Carris y en las colinas adyacentes. Una nube negra e impenetrable empezó a tomar forma a los pies de la maga, una nube que se sumaba a la corrosiva bruma arremolinada en torno al sello de la desolación. Un conjuro tal que Gaborn creyó que sus hombres no sobrevivirían.

A pesar de eso, dejó que creciera el poder terrestre, una fuerza incontenible que se erguía hacia él. Con la imagen de devastación en su mente, dejó que creciera y se agrandara hasta que no pudo contenerla más.

Gaborn abrió el puño cerrado y soltó aquella fuerza.

## Capítulo 64



### *Un mundo destrozado.*

**I**ome Sylvarresta todavía se encontraba a sesenta y siete kilómetros de Carris. Se había detenido junto con Myrrima y *sir* Hoswell para comer y tomar un vino de barril mientras los caballos descansaban. Una suave brisa mecía las hojas altas de un roble, susurraba entre la hierba mientras se desplazaba pendiente abajo.

Iome notó que la tierra temblaba mucho. El suelo se abrió y gruñó a sus pies; Iome miró hacia el sur preguntándose horrorizada qué pasaba.

Desde aquel punto, solamente podía distinguir una enorme nube de polvo que explotaba en el aire vespertino, que retumbaba al salir disparada hacia el cielo, kilómetro tras kilómetro.

Aunque el sol ya se había puesto hacía unos momentos, la nube de polvo se elevó tanto que la luz de la noche se reflejaba en ella, mientras que a su alrededor caían rayos.

—¡Por los Elementos! —exclamó Myrrima, levantándose bruscamente y derramando el vino de la bota.

Iome agarró el brazo de Myrrima porque, aunque poseía dones de fuerza física, se sintió repentinamente cohibida por el miedo. Sabía que su marido estaba en Carris y que nadie podría sobrevivir a tamaña explosión.

Unos eternos segundos más tarde, llegó el ruido de la explosión. Incluso a aquella distancia, el suelo dio una sacudida, retumbó bajo los pies de Iome y resonó el eco entre las montañas. No estaba segura de si había sido una sola explosión o más de una.

En los días que se sucedieron, imaginaría siempre que habían sido dos las explosiones: una primera, cuando Gaborn pronunció el conjuro y una segunda, cuando el gusano terráqueo emergió a la superficie, dejando un enorme agujero en el lugar del sello de la desolación.

Aunque algunos testigos oculares próximos a la explosión dijeran luego que solamente se había producido una, cuando el gusano terráqueo salió al reclamo del rey de la tierra.

La tierra contestó al gusano con un gruñido. Erin Connal luchaba junto a Gaborn cuando apareció la criatura, y así es como lo describiría en adelante: «La tierra contestó con un gruñido».

El sello de la desolación explotó en forma de nube de polvo y el gusano terráqueo se encabritó tan alto que, durante un instante, la mitad del cuerpo de este se precipitó cientos de metros hacia el cielo y tapó los últimos rayos de luz, escupiendo polvo a su paso.

El suelo se quejó allí donde había tenido lugar la explosión y la parte de las murallas de Carris que no había caído todavía se desplomó finalmente en el lago Donnestgree.

Durante mucho tiempo, Erin apenas recordaría lo que pasó a continuación. Se quedó pasmada contemplando al enorme gusano que medía ciento ochenta metros de diámetro. El corazón casi se le congela en el pecho, admirada ante la compleja musculatura de la bestia, el magma que le brotaba de las fisuras de la piel, el espectáculo que eran los dientes con forma de guadaña. El aire quedó inundado bruscamente del olor a azufre y el fuerte sabor metálico del polvo.

Seguramente aquella visión duró tan solo un instante, aunque el tiempo pareció detenerse.

Cuando recobró el sentido de la realidad, medio aturdida, se percató de que los hombres y las mujeres habían comenzado a dar vivas. El gusano terráqueo retornaba al enorme cráter, donde estuvo el monte de los Huesos, y por doquier llovía polvo.

Mientras llovía polvo de la bóveda celeste anublada, los relámpagos sacudieron el cielo.

Los reaver comenzaron a huir, lo cual parecía demasiado esperanzador para ser verdad: la derrota aplastante de estos. Sin embargo, con la destrucción del monte de los Huesos y de la maga malvada que los dirigía, los reaver no vieron motivo alguno para quedarse allí.

Poco a poco se desvanecieron en la noche, regresaron a los túneles oscuros, hasta que llegara la hora de volver con una fuerza mayor.

Huye, dijo una voz en la distancia. *Sir Borenson* intentó obedecer con dificultad. Corre ahora, mientras puedes.

La tierra dio una sacudida y lanzó por el aire al caballero a casi un metro de distancia. Se produjo un gran estruendo, mucho mayor que el atronador estrépito de un trueno. Explotaban rayos y llovían polvo y guijarros.

*¡El mundo destrozado!*, pensó Borenson aturdido.

Borenson sacudió las piernas por inercia y alargó el brazo hacia Saffira. La encontró sangrando y medio muerta en el campo de batalla. Pashtuk y Mahket habían luchado violentamente a fin de protegerla y, cuando los reaver se les echaron encima en tropel, Borenson no había tenido más remedio que colocarse sobre ella, intentar protegerla con el propio cuerpo, incluso cuando un reaver moribundo les cayó encima

y le cortó la respiración. No podía abandonarla en ese momento.

Tosió, apenas podía respirar y el polvo le obstruía la nariz.

Huye ahora, repitió la voz de Gaborn.

Tampoco le resultó muy nítida esta vez, aunque supo de quién era la voz que escuchaba y que se esforzaba por obedecer. El aire olía a podredumbre.

Borenson tanteó en busca de Saffira, a su alrededor.

—¡Oh, brillante estrella, debemos irnos! —masculló, incorporándose a duras penas.

Intentó enfocar la mirada, pero todo estaba oscuro. Se hacía de noche y, con el ambiente lleno de polvo, en la penumbra y entre cadáveres de reaver, no veía casi nada. Levantó la cabeza, en lo alto divisó una tolvanera, aunque por el horizonte norte y el sur todavía se colaban algunos rayos de sol. Se arrodilló. En lo alto relampagueaba.

—¿Adónde la llevarías, insignificante hombre del norte? —preguntó Raj Ahten, suave y melodiosamente, pero con atenuada cólera.

Borenson parpadeó, intentó concentrarse, para ver a Raj Ahten bajo los titiladores rayos, para oír su voz entre los truenos.

Ya lo distinguía en la intensa penumbra de la noche. El escrocón azafranado de Raj Ahten resplandecía en la oscuridad. Saffira yacía con delicadeza entre los brazos de su marido, tan quieta como el agua de un estanque en una mañana sin viento, sus dientes y ojos apenas si eran visibles. No se movía. El encanto la había abandonado.

Borenson permaneció de rodillas durante un instante eterno. Le faltaba la respiración. Se le cayó el alma a los pies y dudó de si sería capaz de permanecer sobre sus rodillas y sus manos.

Saffira había desaparecido para siempre y él temía perder la razón ante aquella certeza.

*No toda su belleza ha muerto, intentó consolarse, solamente la mayor parte. La vida no está vacía, sino que lo parece.*

No obstante, de repente sintió cómo un gran vacío se desperezaba en su interior. No podía respirar en ese ambiente lleno de polvo, pero no le importaba.

A Saffira solamente la conocía desde hacía un día y, a pesar de la brevedad, había sido... No encontraba palabras para describirlo.

Cada exhalación había sido por ella; cada pensamiento había girado en torno a ella. En ese único día se había consagrado a ella totalmente, se había convertido en su criatura. Esa devoción, aunque breve, había sido inmensa.

Seguir viviendo en ese momento le parecía... inútil.

Corre, dijo Gaborn a Borenson.

Estaba rodeado de reaver muertos, sin peligro, como si se encontrara en un estrecho cañón. Del otro lado, de la penumbra del campo de batalla, provenía el clamor de la guerra entre los gritos y los aplausos de los hombres en la distancia. Algunos reaver todavía luchaban, pero ninguno por allí cerca. La suerte se había

invertido.

Borenson contempló a Raj Ahten con recelo. El rey de la tierra le había advertido que huyera y Borenson supo que el peligro no eran los reaver.

—Respóndeme, hombre del norte —dijo Raj Ahten con tranquilidad—. ¿Adónde llevarías a mi esposa?

—La pondría a salvo —consiguió decir Borenson con voz ronca.

Se humedeció la boca seca, la lengua se emplastó de mugre.

—Aun así, la trajiste aquí, ¿no es cierto? La condujiste a la muerte, a instancias de tu señor. La mujer más sofisticada y encantadora del mundo. La trajiste aquí.

No era una acusación frívola. Borenson se ruborizó. Incluso si Raj Ahten no hubiera estado intentado expresar la culpabilidad de Borenson mediante el poder de la voz, este mismo se habría sentido culpable, condenado sin remedio.

—No sabía que en Carris habría reaver —se disculpó Borenson, más consigo mismo que con Raj Ahten—. Ella no los temía. Quisimos que se quedara apartada, pero no hizo caso...

Raj Ahten profirió un gruñido gutural, como si no tuviera palabras para expresar la cólera que sentía.

*Me odia, pensó Borenson. Las mentiras que conté lo alejaron del castillo de Sylvarresta y maté a sus consagrados cuando se marchó. El engaño le obligó a retirarse de Heredon debido al ardid de Gaborn. He conducido a su mujer a la muerte.*

—Has sido un adversario digno —susurró Raj Ahten.

Borenson intentó ponerse en pie, tambaleándose, echar a correr, pero no sería nadie contra Raj Ahten y sus dones de metabolismo.

Raj Ahten poseía la fuerza de más de dos mil hombres. Borenson no podría enfrentarse a él ni escapar de él, lo mismo que un recién nacido no puede soportar la ira del padre.

El señor de los lobos de Indhopal cogió a Borenson del tobillo, tiró con un movimiento rápido y de golpe tumbó a Borenson de espaldas.

—Te encontré abrazándola como un amante —susurró Raj Ahten con ferocidad—. ¿Eras su amante?

—¡No! —gritó Borenson.

—¿Niegas que la amabas?

—¡No!

—Mirar a mis concubinas está prohibido. ¡Se paga un precio! —dijo Raj Ahten—. ¿Has pagado por ello?

Borenson no tuvo que contestar. El señor de los lobos lo acercó a él, introdujo las manos por la pierna de Borenson bajo la cota de malla y la levita para examinarlo.

Indignado, *sir* Borenson lanzó un alarido e hizo ademán de coger la daga, pero Raj Ahten fue aún más rápido.

Apretó firmemente con dedos tan fuertes como las tenazas de un herrero y tiró.

El atroz dolor que asaltó a Borenson lo hizo perder el conocimiento durante un momento, soltar la daga. Cuando Raj Ahten retiró la mano, *sir* Borenson era menos hombre que antes.

Raj Ahten empujó a Borenson contra el suelo con fuerza, le dislocó la espalda y le rasguñó la cara.

*Sir* Borenson se retorció de dolor y horror, apenas incapaz de no desmayarse. Raj Ahten se puso de pie.

—De este modo —dijo Raj Ahten al tiempo que arrojaba un trozo de carne al suelo junto a la oreja de Borenson—, prescindo de tus servicios.

Averan pedía ayuda a gritos e intentaba abrir la boca del reaver muerto. Los relámpagos retumbaban y, en ese momento, un gree pasó volando junto a su cabeza, retorciéndose en el aire, y reconoció que la boca del reaver era un buen escondite. El empalagoso olor a podredumbre inundaba el aire. Era tan potente que la piel de las manos y de la cara de Averan que quedaban expuestas al aire habían comenzado a ampollarse.

—¡Socorro, por favor! —gritó, intentando que la oyeran por encima del ruido de los truenos.

Solamente unos rayos de luz de la tarde se colaban entre las nubes de polvo.

El corazón le dio el vuelco. Entre el parpadeante resplandor de los rayos descubrió a Raj Ahten, que de repente entraba en un claro lleno de reaver muertos, le tenía a menos de siete metros, donde un minuto antes habían estado Saffira y Borenson. Entonces lo oyó discutir. Los gritos de Borenson la habían aterrado.

En ese instante, Raj Ahten gritaba en alguna lengua de Indhopal. Averan no sabía lo que decía, pero era evidente que daba órdenes a los hombres. Mantenía el rostro en alto y la lluvia polvorienta que le caía por el yelmo le surcaba la cara. Se produjo otro relámpago y Averan pudo distinguirlo con claridad. Con tantos dones de encanto, era el hombre más hermoso que jamás había visto; de manierismo tan ufano y porte tan elegante, que le produjo palpitaciones.

—¡Por favor! —gritó, intentando abrir la boca del reaver.

Raj Ahten la miró sin prestarle mucha atención, como si no quisiera ocuparse de una niña. Aunque, aliviada, la niña comprobó que se acercó a ella.

A Averan se le antojaba que para abrirla la mandíbula al reaver necesitaría la fuerza de varios plebeyos con herramientas, pero Raj Ahten se enfundó el martillo de armas en la espalda y con las manos abrió la boca del reaver de par en par. Le tendió la mano a Averan y dejó que saliera delicadamente, como si fuera una dama de la corte.

Tenía los guanteletes manchados de sangre.

En unos segundos, media docena de Invencibles se introducían en el claro, entre los reaver muertos. Raj Ahten farfulló algo, habló tan rápido que costaba seguirle.

Averan únicamente entendió una palabra: «Orden».



Seguidamente, Raj Ahten y sus hombres salieron disparados en dirección norte. Corrieron tan rápido que casi parecían haberse desvanecido. Durante un instante, permanecieron parados entre las sombras y, a continuación, Averan oyó el ruido metálico de las cotas de malla y los Invencibles se difuminaron.

Averan se quedó allí, en aquel silencio repentino. Llovía polvo y barro. Retumbaron truenos y un rayo partió el cielo.

Los reaver temen los rayos, recordó Averan, porque los ciegan y les producen dolor. Van a huir todos. Al menos eso es lo que yo haría si fuera un reaver.

En las proximidades oyó que alguien se atragantaba; que alguien andaba malherido. El ruido provenía de la zona donde había visto a Borenson por última vez.

Averan se arrastró hacia aquel sonido, pegada al cuerpo de un reaver, hasta que pudo asomarse por la cabeza de este. Más allá, en la penumbra, estaban Saffira y *sir* Borenson tendidos.

Borenson era el único que estaba vivo, acurrucado de lado como un bebé, vomitando y llorando sin parar. La belleza de Saffira había desaparecido y ya solamente era una joven bonita.

Averan temía que Borenson muriera a causa de las heridas y que no pudiera hacer nada por remediarlo.

—¿Qué pasa? —preguntó Averan con timidez—. ¿Estás herido?

Borenson apretó los dientes, se secó las lágrimas. No habló durante un rato, hasta que por fin, con voz extraña, con tono de dolor y ferocidad, dijo:

—Cuando crezcas serás una joven bella y no hay nada que una persona como yo pueda hacer al respecto.

## Capítulo 65



### *La tierra traicionada.*

**H**uid, advirtió la tierra a Gaborn.

Estaba sentado en el suelo y miraba el cielo asombrado. Nunca hubiera imaginado que tenía poder suficiente para invocar a criaturas que fueran en su ayuda.

El gusano terráqueo apenas había salido a la superficie. Polvo, piedras y guijarros se precipitaban por encima del gusano. La descomunal bestia erguida ante él, se retorció y se retorció ochocientos metros en el aire.

La fuerza de la explosión había propulsado a Gaborn hacia atrás. La mujer verde permanecía junto a él, tirada en el suelo.

Entre el polvo resplandecían unos rayos que formaban una corona sobre la gran nube, una corona de luz que, durante un momento, a Gaborn le pareció que era su propia corona. A su alrededor, los reaver se volvían y huían del campo de batalla atemorizados.

Marchaos, insistía la tierra.

Se acercaba la muerte, la muerte de Gaborn. Nunca había sentido la presencia de ese sudario de manera tan aplastante y absoluta.

La penumbra se cernía sobre él como una inmensa nube negra de polvo y lluvia de detritos que tapaba lo que quedaba de la luz del día.

Bajo aquella oscuridad artificial, quebrada una y otra vez por los rayos, Gaborn se puso en pie tambaleándose y corrió hacia su caballo, mientras gritaba a sus tropas que se retiraran.

Claro, se percató, lo presentía todo el tiempo. Atacar y huir, atacar y huir, es lo que la tierra le pedía que hiciera en Carris.

—¡Vamos! —gritó a la mujer verde, tendiéndole la mano.

La mujer verde recorrió los siete metros que los separaban de un salto y Gaborn se agachó para subirla al caballo.

—¡Por aquí! —gritó Gaborn a sus hombres.

Salió galopando por salvar la vida. Examinó su interior.

En pocos segundos, la batalla tomaba otro derrotero. Miles y miles de personas habían huido de Carris y cientos de miles todavía no habían abandonado la ciudad, pero se dirigían a las puertas lo más rápidamente posible.

Casi todo había cambiado para mejor.

Los reaver huían. Los relámpagos iluminaban el cielo y los monstruos abandonaban el campo de batalla. El peligro que corrían los suyos había disminuido de repente.

Al galope, pasó de largo junto a dos reaver vivos y, a toda velocidad, puso rumbo al norte con una sensación de asombro y terror embotados, asombro ante su victoria y terror ante la sensación creciente de peligro personal que lo asaltaba.

La tierra ya no le ordenaba que atacara, sino que le ordenaba que huyera a toda prisa. Se adelantó tanto a los reaver como a los hombres, su presencia en Carris ya no era necesaria. Por tanto, atravesó la nube de polvo que había creado el gusano terráqueo, algo cegado por ella, hasta que pudo orientarse hacia el norte, hacia la puerta de la muralla de Barren.

La muralla era ahora una desvencijada ruina. Aunque Gaborn había centrado toda la atención hacia el sur durante el enfrentamiento, los temblores también habían sacudido el terreno por allí. Gran parte de la muralla había caído. Lo que quedaba en pie se inclinaba precariamente.

Milagrosamente, el arco de la puerta de Barren aún se sostenía y, conforme se acercaba al galope, Gaborn echó un vistazo a Carris.

Varias de las torres de la fortaleza se habían desplomado y otras todavía ardían. Nubes de polvo anegaban el valle. Hombres y reaver muertos llenaban la planicie. Cada centímetro cuadrado de suelo había quedado batido y arruinado; todas las plantas, destrozadas. La gran torre Negra se había derrumbado y era pasto de las llamas. El gusano terráqueo se deslizaba agujero abajo, por donde antes estuvo el sello de la desolación. En lo alto, los rayos continuaban atravesando las nubes de polvo. La repugnante bruma marrón aún coronaba el paisaje, con aquel asombroso hedor a pestilencia y enfermedad.

Gaborn no podía haber imaginado ni por asomo una desolación comparable a lo que presenciaba en aquel momento.

A varios cientos de metros, al otro lado del campo de batalla, Binnesman, el mago localizó a Gaborn. Parece ser que el anciano se había retirado a la retaguardia y se acercaba al galope gritando hacia Gaborn.

Gaborn sentía tal necesidad de huir que no se atrevió a esperar a Binnesman.

Tan solo con Jureem, Erin y Celinor a su espalda, pasó bajo el arco de la muralla de Barren a toda velocidad.

—Milord —dijo Pashtuk—. ¡Ahí está!

Raj Ahten había reunido a una docena de Invencibles rápidamente y les había ordenado que le ayudaran a encontrar al rey de la tierra.

Raj Ahten intentaba penetrar las nubes de polvo, al tiempo que los truenos estallaban en lo alto. El detrito se mezclaba con el polvo y, en ese momento, caía una especie de agua con barro. Raj Ahten estaba subido encima de dos reaver muertos y miraba detenidamente el punto que le había señalado Pashtuk.

Raj Ahten aún no le había visto la cara a Gaborn, pues estaba protegido por un conjuro y cada vez que Raj Ahten intentaba mirar al muchacho solamente distinguía una roca, o un árbol o nada.

Justo entonces, examinaba el caballo que señalaba Pashtuk. En lo que se refiere al rey de la tierra, Raj Ahten localizó la montura de este, un sencillo ruano, pero sin poder apreciar a Gaborn, únicamente a una mujer de tez oscura sentada de manera extraña sobre el corcel y una broza de roble que parecía tener delante de ella en la silla. Cabalgaba hacia el norte con varios caballeros a su vera. El mago Binnesman intentaba darles alcance.

—¿Adónde creéis que se dirige? —preguntó Mahket.

Era extraño que el rey de la tierra se retirara con tanta celeridad cuando tenía la victoria asegurada. Rayos en lo alto, reaver desperdigados por doquier, sin líder y sin propósito alguno.

—No me importa a donde vaya —respondió Raj Ahten sin más—. Voy a matarlo.

—Pero... Oh, gran luz —dijo Pashtuk—. Es pariente vuestro... Desea una tregua.

Raj Ahten le lanzó una mirada al soldado y este reconoció el rostro del enemigo.

No tuvo palabras para expresar la cólera que sentía de manera adecuada. Gaborn había eludido a los asesinos de Raj Ahten desde pequeño, lo había echado de Longmot gracias a un ardid humillante, le había robado los marcadores, había conducido a Saffira a la muerte, la había vuelto en su contra. Y, finalmente, ponía de su parte a sus más fieles adeptos.

Raj Ahten deseaba vengarse.

—Los reaver huyen —explicó Raj Ahten como si hablara a un niño corto de entendederas—. Ha pasado el peligro y podemos dejar la tregua a un lado tranquilamente.

—Una batalla ganada no es una guerra ganada —replicó Pashtuk.

—¿Por qué crees que regresarán los reaver? —dijo Raj Ahten en tono apacible—. No hay forma de saber si retornarán.

—Oh, gran señor —dijo Pashtuk—, perdonadme. No era mi intención la de ofenderos, pero él es el rey de la tierra y os ha nombrado elegido a vos.

—Yo también vine al norte a salvar a la humanidad —recordó Raj Ahten a Pashtuk—, y también puedo destruir a los reaver.

Raj Ahten oyó la advertencia de Gaborn en su fuero interno. ¡Cuidado!

De improviso, Pashtuk alzó el martillo de armas y se lanzó blandiéndolo. Este no poseía más de tres o cuatro dones de metabolismo.

Raj Ahten esquivó la estocada de Pashtuk y le golpeó la sien con el puño acorazado. El golpe fracturó el cráneo a Pashtuk y las astillas de hueso se le clavaron

en el cerebro.

Cuidado, repitió la voz de Gaborn.

Raj Ahten se giró sobre los talones. Dos de los Invencibles a su espalda habían desenfundado las armas, con la intención de asesinarlo. Al poco, se había enzarzado con estos dos y dos más que se unieron a la refriega.

Raj Ahten no era un iluso. A pesar de que sus Invencibles resultaban magníficos frente a un hombre corriente, siempre había sabido que algunos se volverían en su contra.

Despachó a aquellos cuatro hombres en un periquete y únicamente sufrió heridas leves. Con los miles de dones de resistencia que poseía, las heridas se habían curado antes de que el último contrincante se desplomara.

Se detuvo unos segundos, jadeante, mientras observaba a los ocho Invencibles restantes que lo rodeaban. Se produjeron parpadeantes rayos y tronidos. Ninguno de esos ocho se atrevió a hacerle frente, aunque Raj Ahten se preguntó algo aturdido si debía matarlos de todos modos.

La voz de Gaborn sonó de nuevo en el fuero interno de Raj Ahten. Los hombres muertos a tus pies son mis elegidos. Te acecha la muerte. Por última vez, te ofrezco protección y esperanza...

—¡Yo no te he elegido! —gritó Raj Ahten con tal potencia de voz que esas palabras sonaron más fuertes que los truenos.

Mientras Gaborn se alejaba de Carris al galope, gotas de sudor caían por su cara. En torno a él se lidiaban mil pequeñas contiendas al mismo tiempo. *Sir Langley* y *Skalbairn* abatían reaver sin piedad, atacaban con buenos resultados. Aunque muchos reaver abandonaban Carris, no todos ellos salieron ahuyentados.

Gaborn era consciente de que una intensa y enconada contienda iba a producirse por allí cerca. Raj Ahten estaba entre los Invencibles. Gaborn los creía en peligro, quizás debido a algún reaver mago.

Aunque, al avisar a Raj Ahten del peligro, Gaborn había contribuido a la muerte de los otros hombres sin ser consciente de ello.

Horrorizado y dolido, Gaborn intentó un último conato de paz con aquel hombre. Pero el rechazo de Raj Ahten se oyó por encima del clamor de la batalla y los truenos.

—¡Yo no te he elegido!

Gaborn no podía soportar el sentimiento de culpa; no podía permitir que Raj Ahten, uno de sus elegidos, continuara matando hombres y mujeres en torno a él. Desesperado, Gaborn no vio otra alternativa sino atacar.

Gaborn temió que iba a cometer un sacrilegio al luchar contra un elegido. La tierra le había concedido el privilegio de elegir y proteger a la humanidad. Utilizar esos poderes con otros fines quizás conllevarse el castigo de la tierra.

*No obstante, destruir a Raj Ahten significa proteger a miles,* razonó Gaborn.

Gaborn casi podía imaginarse la escena: Raj Ahten rodeado de los Invencibles, quienes habían presenciado el asesinato de su hermano y quienes en ese momento se preparaban para la lucha.

Sin duda esos eran hombres poderosos ya que, si hubiera sido de otro modo, la tierra no estaría enviándole a Gaborn el presentimiento del peligro que corría Raj Ahten.

Esta vez, Gaborn no advirtió a Raj Ahten del peligro que se acercaba a él. Gaborn contuvo la necesidad de prevenirlo, con todas sus fuerzas luchó contra el impulso de hacerlo, actitud que le resultaba penosa.

Gaborn invocó a los soldados próximos a Raj Ahten: ¡Atacad ahora!

Raj Ahten no llegó a oír advertencia alguna. Los Invencibles que lo rodeaban se lanzaron al unísono, como impulsados por una especie de orden inaudible.

Su viejo amigo Chesuit, uno de los mejores vasallos que Raj Ahten tenía y el de más confianza, giró e intentó atravesar el yelmo de Raj Ahten con el peto del martillo de armas.

Raj Ahten esquivó la estocada, escapó de las garras de la muerte por poco y clavó el martillo propio en el hombro de Chesuit y, luego, extrajo una daga larga de combate cuerpo a cuerpo.

Gaborn presintió de repente el peligro que corrían los Invencibles a quienes había ordenado matar a Raj Ahten.

Aunque solamente fue una tenue sensación, como si el poder terrestre que poseía fuera una vela que acababa de apagarse y solamente iluminara la estancia gracias al resplandor de un ascua en la mecha de la vela.

Aún poseía ese don, suficiente luz para saber que ardía, pero nada más.

Totalmente horrorizado, Gaborn se encaramó sobre una loma y se volvió a mirar. Sabía dónde estaba Raj Ahten. Incluso entonces luchaba por contener las ganas de advertirlo del peligro.

La contienda que se lidió pasó tan rápida que el monarca no pudo apreciarla a esa distancia a través de la bruma herrumbrosa y la lluvia sucia. El cielo relampagueó y, bajo ese resplandor, Gaborn distinguió un torbellino de cuerpos.

Presintió el peligro de los Invencibles, percibió cada golpe y estocada. Huesos rotos y músculos rasgados salvajemente. Corría la sangre y los hombres gritaban agonizantes y horrorizados al enfrentarse a la muerte propia. Supo íntimamente de la caída y muerte de cada Invencible.

Así pues, algo se desgarró en el interior de Gaborn. Ya se lo había dicho claramente a Molly Drinkham: cuando moría un elegido, sentía que algo le arrancaban algo de raíz, como si parte de él muriese también.

Justo entonces, sintió eso con vehemencia, más intensamente que antes. Con cada Invencible que era abatido, se le iba haciendo patente la sensación de pérdida de los propios poderes terrestres.

Morían tan rápido..., cada uno de ellos con la celeridad del toque a muerto de las

campanas en un campanario.

No solo anunciaban las campanas la muerte de unos cuantos Invencibles, sino la extinción de toda esperanza para la humanidad.

Antaño existieron toth, le había advertido la tierra a Gaborn en el jardín de Binnesman. Antaño existieron duskin... Cuando concluyan estos aciagos tiempos, la humanidad también será un mero recuerdo.

*¿Es así cómo morirá mi gente?, se preguntó Gaborn. ¿Traicionados por mí?*

He sido imprudente con los poderes, los he puesto demasiado a prueba, como un arquero fuerte que tensa excesivamente la cuerda de un arco para ver qué se romperá primero, si la cuerda o el arco.

La tierra le había concedido un dominio, una esfera de poder.

Salva a los que quieras, le había dicho. Pero Gaborn se encontraba en ese instante intentando matar a uno de los elegidos; había quebrantado la voluntad de la tierra.

Y así desaparecían sus poderes y Gaborn había quedado boquiabierto y horrorizado. Esperó a que desaparecieran del todo.

El cielo relampagueaba sobre Carris y bajo aquel resplandor permitió a Gaborn distinguir el fin de la lucha de los Invencibles. Solamente un hombre salió con vida de aquella espeluznante refriega.

Gaborn espoleó el caballo en dirección norte lo más rápido posible al tiempo que gritaba a los más allegados:

—¡Corred! ¡Se acerca Raj Ahten!

## Capítulo 66



*Se deben disculpas.*

**L**os Invencibles arremetieron contra Raj Ahten desde ocho ángulos distintos. Unos atacaron por lo bajo y otros por lo alto. Algunos le apuntaron a la cara y otros intentaron entrarle por la espalda. Arremetieron con martillos, dagas, puños y pies.

Incluso a pesar de esa velocidad suprema y de las décadas de adiestramiento que poseía Raj Ahten, no le permitirían salir ileso de la pelea.

Uno de los martillos de armas asestó un golpe certero a la rodilla derecha de Raj Ahten, le desgarró los ligamentos y le rompió los huesos. Una de las dagas penetró la loriga y le perforó un pulmón, mientras que una espada corta le rebanaba el cuello, cortándole la arteria carótida.

Un puño acorazado le abolló el yelmo y seguramente le fracturó el cráneo. Además, sufrió otras heridas no tan graves.

Raj Ahten logró sobrevivir. Miles de consagrados en Kartish le canalizaban resistencia y aquel se aferraba a la vida al mismo tiempo que luchaba.

En breve había abatido a los ocho Invencibles y se deslizó por la espalda del reaver muerto hasta el suelo, intentando curarse las heridas.

La herida del cuello se cerró enseguida, los tejidos se unieron, a pesar de haber perdido mucha sangre. Le dolía la cabeza y, cuando se quitó el yelmo, la abolladura le arrancó algo de carne.

La herida de la rodilla era la que más dolor le producía. El martillo se había encastrado en el hueso, le había roto la rótula produciéndole una luxación de modo que, al curarse la herida con tanta rapidez, quedó de mala manera.

Al intentar ponerse de pie, la rodilla le dolía tanto que se preguntó si se le habría quedado dentro un trozo del martillo.

Corría en dirección norte, pero lo hacía con gran dolor. Con tantos dones de metabolismo, agilidad y fuerza física, debería haber hecho entre los ochenta y los cien kilómetros por hora. En circunstancias normales, podía mantener ese ritmo todo el día y, aunque de momento la montura de Gaborn lo superara, Raj Ahten podía



correr sin descanso y, con tiempo, le daría alcance al muchacho.

Y así fue como cruzó el desvencijado paisaje entre la penumbra: con una carrera corta atravesó la muralla de Barren, siguió en dirección norte por la carretera y los pueblos de Casteer, Wegnt y Breakheart, hasta dejar el clamor de la batalla atrás.

Sudaba mucho y había estado luchando durante mucho tiempo. Aunque lo del tumulto solamente había durado dos horas y media, con seis dones de metabolismo le habían parecido quince. No había bebido casi nada desde mediodía y tampoco había comido. Los espantosos conjuros de la maga malvada lo habían debilitado y lo habían dejado algo aturdido y, además, estaba malherido.

Perseguir a Gaborn en tales condiciones era una locura. No era un caballo de fuerza alimentado de nutritivo miln y engordado gracias a una semana de inactividad.

Llevaba dos semanas comiendo raciones reducidas, primero durante la marcha al norte, a Heredon, con la campaña librada allí y, luego, la huida hacia el sur.

Durante el mes transcurrido, había perdido peso y se había visto obligado a luchar durante todo el día. Aunque las heridas se le curaban con celeridad, eso también le restaba energía.

Por tanto, mientras corría lo asaltó una sed tremenda; había perdido demasiado líquido vital.

Todo ese día había estado lloviendo de modo intermitente y, a unos dieciséis kilómetros al norte de Carris, se tiró al suelo, junto a la carretera, para sorber agua de un charco.

La hierba que rodeaba la masa de agua se había marchitado, como si el sol la hubiera secado. Se maravilló ante el efecto que había ejercido el maleficio de la maga malvada en ese paisaje y se preguntó si beber de aquel estanque era seguro. *El agua sabía rara... Sabe a cobre, resolvió, o puede que a sangre.*

Se tomó unos minutos de descanso. Luego, se levantó y continuó la carrera. A pesar de recorrer otros ocho kilómetros, seguía sin poder localizar a Gaborn. Aunque entre la bruma acre podía saborear el rastro de caballos y de aquellos que cabalgaban junto a Gaborn.

Continuó corriendo. Resolvió que no quitarse la armadura había sido un error, pesaba demasiado; lo agotaba. O quizás se trataba de la dolorosa herida de la rodilla.

Se preguntó si, de algún modo, había perdido resistencia, si alguno de sus consagrados había muerto.

*O quizás el hechicero del rey de la tierra lo tenía bajo algún conjuro.* Eso pensó Raj Ahten porque le resultaba extrañamente difícil seguir corriendo.

O quizás sea esta tierra. Una tierra maldita, ¿por qué no la gente que está en ella?

Continuó corriendo hasta detectar un cambio de olor. Durante todo el camino desde Carris, la hierba y los árboles muertos habían olido a podredumbre y pestilencia. Sin embargo, ya percibía el fresco aroma a hierba exuberante, que había madurado en los campos de verano, y el olor a menta. Sabor a hojarasca y a champiñones silvestres en el bosque; al aroma dulce de algarroba y flores silvestres

que a uno le pasan desapercibidas hasta que no se echan en falta.

A cuarenta y cinco kilómetros al norte de Carris encontró un obstáculo: como si alguien hubiera trazado una línea divisoria de un solo tirón. En dirección sur, toda brizna de hierba había quedado maldita y marchita.

No obstante, al otro extremo de esa línea, las colinas se divisaban abundantes y efervescentes; allí los árboles prosperaban y los murciélagos revoloteaban en la noche. Ululó un mochuelo.

Al otro lado de la línea se encontraba Gaborn subido en su corcel, pero Raj Ahten seguía sin poder verle la cara. En vez de eso, parecía una calabaza que a duras penas mantenía el equilibrio encima de la silla de montar. Dos nobles iban junto a él, un joven principesco con los colores de Crowthen del Sur y una joven de Fleeds. En la retaguardia, sesenta caballeros de Heredon y Orwynne. Aparentemente, Gaborn se había topado con un grupo de caballeros de su propio séquito, un grupo que había presenciado la escena de destrucción y no se había atrevido a cruzar aquella frontera a las tierras malditas. Los hombres y las mujeres de ese grupo blandían arcos y hachas. Raj Ahten reconoció a su prima Iome entre los nobles.

Binnesman, el mago, montaba al gran corcel imperial de Raj Ahten, con el báculo en alto en la mano derecha, en torno al cual pululaba un enjambre de luciérnagas en forma de nube, iluminando su rostro; en la mano izquierda sostenía unas cuantas hojas.

A su vera se hallaba el wylde de Binnesman, una mujer con una capa de piel de oso cuya piel era tan verde como la hoja de una lechuga.

Raj Ahten se detuvo. La había visto antes por detrás, había visto a Gaborn huir con ella, aunque entonces no había reconocido lo que era. Si hubiera sabido que el wylde andaba por allí, no se habría atrevido a seguirlos.

Raj Ahten intentó aparentar despreocupación al tiempo que se acercaba a ellos.

Una extraña y desconcertante pérdida de sensación empezó a envolverle la cara y las manos y dondequiera que tuviera piel expuesta al aire. Se le hizo difícil respirar y todo lo notaba frío.

No sabía qué tipo de conjuro lo afectaba de aquella manera, qué hierba utilizaba el mago, hasta que Binnesman le advirtió:

—Manteneos alejado. No podéis resistiros al acónito. Si os acercáis mucho más, dejará de latiros el corazón.

Raj Ahten reconoció la hierba. De niño había rozado un acónito y la piel se le había dormido; pero, en manos de un guardián de la tierra debía ser mucho más potente.

—Suficiente —dijo Binnesman—. Conque, Raj Ahten, ¿por qué seguís al rey de la tierra? ¿Venís a rendirle homenaje por fin?

Raj Ahten se detuvo e intentó recobrar el aliento, todo el cuerpo se le había adormecido y sentía un hormigueo. Incluso con todos los dones que poseía, no podría hacer frente al rey de la tierra, especialmente a uno tan bien protegido por un wylde y

sesenta nobles. El wylde levantó la barbilla y olfateó el aire.

—¡Sangre, sí! —gritó con deleite.

Sonreía mostrando los brillantes colmillos.

Raj Ahten nunca había tenido a nadie que quisiera comérselo cara a cara, pero no dudaba de lo que se ocultaba tras aquella expresión angelical.

—Aún no —susurró Binnesman al wylde—, pero si se acerca es tuyo y puedes hacer con él lo que quieras.

Raj Ahten tragó saliva.

—Tienes mis marcadores —dijo Raj Ahten a Gaborn, como si intentara hacer caso omiso del mago—, y quiero que me los devuelvas, nada más.

—Y yo quiero que me devuelvas a mi gente —dijo Gaborn—. A los consagrados que mataste en la torre Azul; a mi padre y a mi madre, a mis hermanas pequeñas y a mi hermano.

A Raj Ahten le pareció singularmente curioso que la calabaza hablara. Raj Ahten prestó atención a la voz del rey de la tierra con cautela.

—Es demasiado tarde para eso —dijo Raj Ahten—. Igual que es demasiado tarde para mi esposa Saffira.

—Si lo que buscas es venganza —dijo Gaborn—, despáchate con los reaver. Si se ha producido afrenta alguna, yo soy el más damnificado y, si deseara venganza, me la tomaría aquí mismo.

Raj Ahten sonrió.

—¿Es por eso que te has parado, Gaborn Val Orden, para amenazarme mezquinamente? —preguntó Raj Ahten—. ¿Necesitas rodearte cómodamente de magos y caballeros solamente para gimotear ante mí?

Raj Ahten aún jadeaba, estaba decidido a ocultar lo mucho que le estaba afectando el acónito. Deseaba poder verle la cara a Gaborn, descubrir lo que el muchacho pensaba.

—No, no he venido a amenazarte. Esperaba advertirte del grave peligro que corres. Yo mismo presentí el peligro, ayer, antes de que destrozaras la torre Azul. Se trataba de una pestilencia empalagosa e indescriptible. Te digo que Mystarria no es el único reino donde se han concentrado los reaver. Me temo que tus consagrados serán los próximos en caer.

La voz del joven sonaba sincera, aunque este no tenía motivo alguno por el que desearle el bien a Raj Ahten.

—Entonces, ¿quieres que huya a casa? —dijo Raj Ahten—. ¿Que persiga la sombra de un fantasma mientras tú afianzas las fronteras?

—No —respondió Gaborn—. Deseo que vuelvas a casa y te salves. Si lo haces, utilizaré todo el poder que tengo con objeto de ayudarte.

—Hace menos de media hora que intentaste matarme —señaló Raj Ahten—. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión tan radicalmente?

—Te he nombrado elegido —dijo Gaborn—. Mi intención no era la de utilizar

esos poderes contra ti, pero me has obligado a ello. Te lo pido una vez más, únete a mí.

De modo que el muchacho busca un aliado, comprendió Raj Ahten. Teme no poder detener solo el avance de los reaver.

Raj Ahten se preguntó si podría persuadirlo para que le devolviera los marcadores.

—Echa un vistazo a tu alrededor, Raj Ahten —los interrumpió Binnesman, el hechicero. Mira el paisaje a tu espalda, ¡desolación y muerte! Te enfrentaste a la maga malvada. ¿Es este el mundo que quieres? ¿No prefieres unirme a nosotros aquí, en esta tierra bella y verde, llena de gracia y viva?

—¿Me ofreces tierra? —dijo Raj Ahten, sinceramente decepcionado—. Cuán gentil eso de ofrecerme una tierra que podría tomar con facilidad, tierra que vosotros, atajo de incompetentes, no podéis retener.

—La tierra me ordena que te prevenga —dijo Gaborn—. Sobre ti cae un velo mortuario. No puedo proteger a un hombre que rechaza mi protección. Si te quedas en los reinos de Rofehavan, no podré salvarte.

—No puedes echarme —dijo Raj Ahten.

Volvió la mirada hacia Carris, en dirección a sus tropas.

En ese momento, Gaborn cambió de actitud y comenzó a reírse. No eran carcajadas de puro nerviosismo, sino una risa de alivio intenso y profundo, una risa tan honda como el diafragma, que Raj Ahten se preguntó de dónde provenía. Deseaba poder ver al muchacho.

—¿Sabes una cosa? —dijo el joven en tono cordial—, que hubo un tiempo que te temía a ti y a los Invencibles. Sin embargo, acabo de caer en la cuenta de cómo derrotarte, Raj Ahten. Lo único que he de hacer es nombrar a tu gente elegida, hombre a hombre, mujer a mujer, niño a niño, y hacerme con ellos.

Junto a Gaborn, el mago Binnesman también sonreía y se echó a reír al percatarse del aprieto en que se hallaba Raj Ahten.

Este se encogió por dentro al darse cuenta de que era cierto. Ya no poseía un ejército en Carris y dudaba poder lanzarse con esos hombres en contra de Gaborn.

—Vuelve a Carris si así lo deseas —le sugirió Gaborn con frialdad—. Has derrotado a doce Invencibles, pero tengo cientos de miles de seguidores allí, tus hombres. ¿Te enfrentarás a todos ellos?

—Devuélveme los marcadores —exigió Raj Ahten con tranquilidad, con la esperanza de poder utilizar el poder persuasivo de la voz y alcanzar algún acuerdo.

Pero Gaborn Val Orden gritó:

—¡Nada de tratos, repelente perro! Te perdono la vida, ¡nada más! Por última vez te ordeno que desaparezcas, o te quitaré hasta el aliento.

El rostro de Raj Ahten se encendió de cólera y el corazón comenzó a aporrearle el pecho. Gritó y se precipitó hacia Gaborn.

Una docena de caballeros dispararon flechas. Raj Ahten agitó las manos

intentando apartarlas, pero una de ellas se le clavó en la rodilla herida. Luchó contra la aterradora pérdida de sensibilidad que le absorbía toda la energía del corazón.

A continuación, la mujer verde se lanzó contra él. Lo agarró de la loriga y lo levantó, clavándole las uñas con tanta fuerza que pedazos de loriga saltaron como las escamas de una trucha.

Raj Ahten forcejó con ella, le lanzó un puñetazo a la garganta con el guantelete. La fuerza del golpe le rompió el brazo derecho a este, aunque también tiró a la mujer verde hacia atrás. Pareció sorprenderse de que el golpe hubiera surtido efecto; sorprendida, pero no herida.

Gritó y dibujó una pequeña runa en el aire, mediante una complicada coreografía de movimientos con la mano derecha que confundían a la vista. Luego le pegó en el pecho y las costillas de Raj Ahten se hicieron pedazos, atravesaron los pulmones y el corazón. Raj Ahten salió propulsado unos doce metros hacia atrás, de cabeza, y permaneció tumbado un instante, jadeante, contemplando el cielo de noche.

No se había fijado hasta entonces que las nubes habían escampado y que un brillante manto de estrellas relucía en el firmamento. Con los miles de dones de vista, podía distinguir muchas más estrellas que un hombre corriente, muchísimas más, discos circunestelares y orbes deslumbrantes, todas bellísimas.

Allí tendido, se atragantaba con su propia sangre, el corazón le latía irregularmente. El pecho le ardía mientras le fallaban todos y cada uno de los músculos.

La frente comenzó a sudarle.

*Me han matado, pensó, me han matado.*

El flujo sanguíneo le golpeaba en los oídos y la mujer verde se abalanzó sobre él, le cogió por la garganta y se dispuso a arrancarle la tráquea.

—¡Alto! —gritó el mago.

La mujer verde sostuvo a Raj Ahten, sacó la lengua verde oscuro y se relamió el labio superior. Raj Ahten podía leerle la mirada de deseo interminable.

—¿Sangre? —suplicó.

Binnesman se acercó con el caballo hasta Raj Ahten y varios caballeros lo rodearon, con los arcos tensados. Afortunadamente, el mago había soltado la hoja de acónito. El mago le preguntó a Gaborn con sinceridad fingida:

—¿Qué decís, milord? ¿Lo despachamos?

Las heridas de Raj Ahten ya comenzaban a cerrarse. Los huesos rotos del pecho se le soldaban torcidos; el brazo derecho le dolía de la punta del dedo hasta el hombro. Estaba curándose y en pocos minutos podría luchar, así que tenía que entretenerlos.

Sin embargo, las heridas se cerraban despacio, más lentamente de lo que hubiera imaginado. Incluso con miles de dones de resistencia, no podía curarse.

Estaba en manos de los otros, quienes le habían hecho un corro, como una jauría de perros.

Myrrima miró en dirección a Gaborn, escrutó al rey de la tierra. Vislumbró la justificada ira en la destellante mirada de este, cuán lívido estaba. Los músculos tensos, tirantes. Estaba sorprendida que hubiera pedido disculpas al señor de los lobos, que incluso entonces hubiera deseado aliarse con él.

Pero eso había quedado en el pasado. Gaborn estaba furioso y Myrrima pensó que él mismo mataría a Raj Ahten, aunque ella también ansiaba tal honor.

Myrrima no había mentido cuando, unas horas antes, había declarado a Iome que la presencia del rey de la tierra le provocaba ganas de pelear por alguna causa. Y Gaborn era una causa por la cual moriría voluntariamente.

Ningún hombre en la faz de la tierra merecía ser ejecutado más de lo que se merecía Raj Ahten. Myrrima se sentía afortunada de haberse encontrado con Gaborn en aquel lugar, aquella bonita noche, porque así no se perdería la muerte del señor de los lobos.

Aun así, con dolor, arrepentimiento y tono tajante, Gaborn respondió a Binnesman:

—No, dejémoslo.

—¡Milord! —exclamó el príncipe Celinor indignado, junto con Erin Connal y una docena de nobles más, aunque la voz de Celinor fue la que sonó más fuerte—. Si no lo matáis, permitidme ese honor.

—¡O a mí! —gritaron otros.

Iome intentó mantener la calma.

—Amor mío, estás cometiendo un error —le dijo a Gaborn entre dientes—. Deja que lo hagan.

A Myrrima le hervía la sangre en las venas puesto que había visto al padre de Gaborn vivo en Longmot, cinco horas antes de que cayera el castillo, y él le había impedido que entrara a la fortaleza, a sabiendas de que así seguramente le salvaría la vida. Luego, lo había visto muerto, muerto, al igual que miles de soldados, un poco más tarde, esa noche.

Recordaba a Hobie Hollowell y a Wyeth Able y otra docena de muchachos de Bannisferre que perecieron en aquella batalla, mientras que cerca de su hogar natal otros campesinos fueron decapitados por los exploradores de Raj Ahten mientras el ejército de este había intentado atravesar el bosque de Dunn sigilosamente. Incluso su vecina de noventa y tres años, Annie Coyle, quien no hubiera podido ni cojear hasta la ciudad para dar la alarma, fue masacrada.

La propia esposa de Gaborn, que vio su belleza usurpada, presenció la muerte de su madre a manos de Raj Ahten y fue testigo del asesinato de su padre a consecuencia de los actos de Raj Ahten y de la devastación de su ejército.

Y a pesar de todo eso, Gaborn tenía la desfachatez de abstenerse.

Y, mientras Myrrima examinaba los rostros endurecidos de los caballeros de aquel séquito, sabía que la vida de todos se había visto afectada por la maldad de Raj Ahten. Todos habían perdido a reyes y reinas a manos de sus asesinos, todos habían

sufrido la muerte de amigos o hermanos o padres a manos de Raj Ahten.

Pensar que Raj Ahten viviría para contar otro minuto les resultaba insoportable. La sangre gritaba en las venas, clamaba venganza.

—Del mismo modo en que me amáis —dijo Gaborn a los nobles—, como apreciáis vuestra vida, os ruego que le perdonéis la vida. La tierra me ordena que dejemos que viva.

Encolerizada, Myrrima escrutó la mirada de Gaborn. Se había puesto muy tensa. Sacó otra flecha de la aljaba y la encocó. La primera que había disparado aún estaba clavada en la rodilla de Raj Ahten, aunque esperara haber hecho diana en el pecho de aquel desgraciado.

—¡Esto es intolerable! —gritó *sir* Hoswell—. Dejar que viva es...

Se produjo un clamor de asentimiento entre los demás. Gaborn se limitó a levantar la mano y pedir silencio. Luego, dijo solemnemente:

—Elegir a Raj Ahten fue un acto desesperado y, seguidamente, intenté utilizar mis poderes para acabar con él. Por esta falta, la tierra se ha apartado. Mis poderes han disminuido y puede que ya no pueda arreglarlo. Solo sé que, para salvar el mundo, debo dejar la ira de lado. Ninguno de los presentes desea verlo muerto más que yo...

Gaborn temblaba de rabia e impotencia, gimió de desesperación. Espoleó al caballo de batalla y puso rumbo al sur, hacia Carris, como si no se fiara de sí mismo, como si no tuviera voluntad suficiente para dejar a Raj Ahten con vida si seguía allí.

Recorridos ochocientos metros, se detuvo en la loma de un cerro sobre el paisaje maltrecho, miró hacia atrás.

—¡Venid! —gritó Gaborn—. ¡Alejaos de ahí!

Las hojas de los álamos temblones susurraban a espaldas de Myrrima con la brisa de la noche; la hierba murmuraba. Myrrima apretó los dientes y esperó.

Binnesman descendió del caballo y posó la mano en el hombro de la mujer verde.

—Vamos —le susurró al oído—, dejémoslo de momento.

El wylde retrocedió, aunque los demás no lo hicieron. Los caballeros seguían sin moverse un centímetro, montados a caballo en la penumbra, con las armas en ristre. Myrrima percibía la fuerte respiración, la furia, y el olor a sudor de estos.

Raj Ahten se incorporó y se quitó la flecha de la rodilla. El wylde le había arrancado el escrocón y destrozado así la loriga, estaba hecha jirones, rasgada y destrozada por delante.

El señor de los lobos de Indhopal miró a los lores fijamente, con expresión regia y majestuosa incluso en esa situación. Respiraba con dificultad, resollaba, como si por dentro tuviera algo roto.

—Si yo fuera el rey de la tierra —dijo en voz baja—, no sería un hombrecillo tan patético.

—Claro que no, primo —dijo Iome—, puesto que sientes la necesidad de mostrarte superior a todos los demás y, por ello, esa necesidad se vería mucho más

acrecentada y serías aún más patético.

Iome le dio la espalda al odioso Raj Ahten y dijo a los lores:

—Venid, marchémonos.

Siguió a Gaborn. Los demás fueron tras ella, despacio al principio, pero algo más rápidos después, pues temían quedarse solos con Raj Ahten.

Myrrima permaneció allí, decidida a ser la última en marcharse, decidida a no dar muestras de miedo. *Sir Hoswell* se quedó cubriéndole la retaguardia, mientras que *Binnesman* mantenía al *wylde* a su vera.

Cuando todos los demás se hubieron marchado, Myrrima sostuvo la mirada de Raj Ahten con expresión enfurecida. Aún sentado en el suelo, este la miró fijamente, como divertido.

—Os agradecería que me devolvierais la flecha —dijo Myrrima, señalando con un gesto el proyectil en la mano de Raj Ahten.

Deseaba darle a entender que había sido su flecha la que acertó en el blanco, aunque no hubiera servido de nada.

Raj Ahten se enderezó, le ofreció la flecha y respondió con tono seductor:

—A vuestro servicio, bella dama.

Myrrima tomó la flecha y lo olfateó clandestinamente, para quedarse con el rastro de Raj Ahten. Si alguna vez tuviera que seguirle la pista, le serviría de ayuda.

Raj Ahten dijo:

—Tengo tres cosas que decirte, jovencita: lobos, señores... y perra.

Raj Ahten se giró en dirección suroeste y emprendió la marcha por las tierras malditas.

Myrrima dejó la sangre de la flecha sin limpiar y la introdujo de nuevo en la aljaba. Giró el caballo y siguió a su rey, aunque dejar a Raj Ahten con vida fuera lo más duro que jamás había hecho.

No sospechaba lo mucho que se arrepentiría de ello más tarde.



## Capítulo 67



### *Por las tierras malditas.*

**A**veran se había quedado con Borenson después de la batalla. Algunos curanderos de Carris se presentaron para examinarlo, descubrieran el tipo de herida que había sufrido y, luego, se fueron en busca de otros que estuvieran en peor estado y próximos a morir.

Averan solamente podía imaginarse remotamente lo que le pasaba al gran caballero. Aunque los curanderos le habían dicho que no moriría a causa de la herida, una de las mujeres le ofreció belladona.

Borenson únicamente gruñía enfurecido y tumbado en el suelo, enroscado como un bebé.

Averan encontró la capa de un hombre muerto bajo la cual calentarse. Estuvo buscando a la mujer verde, pero Primavera parecía haber huido durante la batalla, o la habían matado. La niña empezó a preocuparse, constantemente prestaba atención por si algún ruido de pies caminando por el fango.

Pasada una hora después del anochecer, se percató de que tenía hambre y, con el puñal de Borenson, se puso a deambular entre los reaver muertos en dirección a Carris, en busca de un trozo de carne.

En Carris, los edificios aún ardían y logró abrirse camino entre los reaver muertos gracias al tenue resplandor de las llamas.

El paso elevado se hallaba vigilado por miles de hombres, soldados de Carris, Invencibles e infantería de Indhopal, quienes habían arrojado los cadáveres de los reaver al lago para despejar el paso. Los hombres parecían aterrados ante la idea de que los reaver regresaran ocultos entre las sombras de la noche. Sentados junto a las fogatas, intercambiaban anécdotas y, en ocasiones, se reían con aprensión. Se trataba de una paz intranquila, pero Averan nunca se hubiera imaginado que lograrían llegar a una tregua.

Aunque en el campamento había risas, sino el desagradable rumor, que algunos difundían, acerca de que el rey de la tierra había muerto o los había abandonado a todos. Otros referían nerviosamente cómo habían descubierto a mitad de batalla que

el líder callaba.

Averan intentó imaginarse al rey de la tierra; pero, cuando cerraba los ojos, no conseguía verlo.

Resolvió que había muerto.

A la entrada del paso elevado, los soldados habían arrastrado parte del cuerpo de la enorme maga reaver, toda carbonizada y mojada. Las runas llameantes aún ardían en torno a la cabeza del reaver y la boca había sido apuntalada con una estaca para que todos vieran lo grandes que eran las mandíbulas.

—¿Qué es esto? —preguntó Averan a los hombres que acampaban por allí.

—La malvada maga, o lo que queda de ella —respondió uno—. La sacamos del lago. ¡Cuidado con ella, que aún se mueve y te puede morder!

El hombre se rio con ese estúpido chiste. Hasta una niña de nueve años podía darse cuenta de que el cadáver de la maléfica maga ya no se movía.

Desde luego, era el reaver más grande que habían matado durante el día, anciana y venerable en cierto modo.

Averan la miraba de hito en hito. Entró dentro de la boca de la maga y, en el exterior, los hombres se reían y aplaudían.

—¡Ahí, valiente! —dijo uno de ellos.

Averan fue hasta el fondo de la boca del reaver, hasta que encontró la zona cartilaginosa del paladar superior del reaver. Hundió el puñal en el paladar e hizo un corte rápidamente, temerosa de que alguien la detuviera.

Tenía hambre y aquello era el único alimento que la saciaría.

Mientras la sangre manaba a raudales, introdujo la mano arriba, tan dentro como pudo y cogió algunos sesos. La maga malvada era tan enorme que su cerebro aún estaba caliente y desprendía vapor.

Averan estuvo atiborrándose un rato y, después, se tumbó en la lengua del reaver medio aturdida y unos extraños sueños la asaltaron, la llevaron por un territorio inimaginable.

De la maga maléfica, Averan aprendió mucho sobre la magia del Único Verdadero Maestro. Y lo que descubrió la dejó atemorizada.

Deseaba contárselo a alguien desesperadamente, especialmente al rey de la tierra. Pero, al cerrar los ojos e intentar verlo, no consiguió encontrarlo.

—Eh, niña, ¿qué haces ahí dentro? —preguntó alguien.

Averan levantó la cabeza. Todavía tenía carne ensangrentada en la mano, que se limpió en la lengua del reaver.

El hombre a la entrada de la boca del reaver portaba una antorcha. No era un caballero, sino un simple plebeyo.

—No, deja eso, no puedes comer eso. ¡Voy a buscarte comida de verdad!

La expresión horrorizada en la mirada del hombre le indicaron a Averan que no debía dejar que la tocara. Si este pensaba que estaba loca y se acercaba demasiado a él, quizás intentaría enjaularla.

Averan cogió el puñal con ambas manos y lo mantuvo en alto para que el otro lo viera.

—¡Apártate! —gritó esta.

—Un momento —respondió el hombre, retrocediendo con cautela—. No voy a hacerte daño. Simplemente quiero ayudarte.

La pequeña se levantó y echó a correr, esquivó al hombre y salió por el paso elevado entre las fogatas.

Cuando llegó al final del paso, se giró un segundo y gritó a los asustados soldados que acampaban allí.

—Los reaver no volverán ni aquí, ni esta noche. ¿No os dais cuenta? ¡Han ganado esta batalla! ¡Han destruido todo el metal sangriento del suelo y no tienen motivos para regresar!

Todos la miraban como si se hubiera vuelto loca.

—¡Es verdad! —dijo—. El Único Verdadero Maestro prepara «sellos de la desolación». ¡Si no lo detenéis, no habrá lugar seguro!

Por supuesto todos la miraron como si estuviera ida de la cabeza. Nadie escucharía a una niña loca. Se volvió y salió huyendo.

—*Milady* —rogó Myrrima a Iome—. Quisiera ir a Carris. Habrá otros heridos que sanar.

Comprendió algo tarde que utilizaba las palabras «otros heridos» porque se percataba de las heridas que tan profundamente afligían a Gaborn.

—Por supuesto —dijo Iome, excusándola de su servicio.

Los sesenta guerreros habían formado un corro no muy lejos de donde habían luchado con Raj Ahten.

Gaborn alzó la mirada bajo la luz de las estrellas.

—Tu marido se encuentra a seiscientos metros al noroeste del castillo —dijo—. Está vivo, pero no se ha movido durante un largo rato. Lo siento, no puedo acompañarte. Tengo que... Tengo que hablar con la tierra y aquí el suelo está muerto y es impotente.

Echó una ojeada hacia el norte, como si fuera a emprender la marcha en esa dirección.

El rey guardó silencio. Por su tono de voz de este advertía que Borenson estaría malherido, y que ella debía prepararse para lo que pudiera encontrar. Le costaba imaginarse a su marido, uno de los guerreros más poderosos de Mystarria, herido en el suelo, a las puertas de la muerte. Pensó que tendría todos los huesos rotos o que se habría partido el cuello.

—Por favor, id con ella —rogó Iome a los nobles—. Habrá muchos heridos. Debemos hacer lo que podamos.

—Yo os acompañaré —le dijo la amazona a Iome—. Tengo asuntos que atender en mi reino.

Myrrima y los demás se dirigieron al sur, dejando a Gaborn, Iome, Binnesman, el wylde, Jureem, Erin y Celinor solos. Los nobles cabalgaron en silencio durante varios minutos, hasta que ya no podían oírlos y, por fin, uno de los de Orwynne preguntó:

—¿Qué hacemos ahora?

A fin de llenar el incómodo silencio que se produjo a continuación, Myrrima dijo:

—Lo que tenemos que hacer. Seguir luchando.

—Pero ¿esos tiempos aciagos de los que hablaba Gaborn? Dijo que nos elegía para salvarnos de esas inminentes tinieblas.

—Las cosas van a empeorar aún más —respondió *sir* Hoswell.

—Si nos quedamos junto al rey de la tierra, este aún nos avisará del peligro —dijo un hombre con la voz cargada de miedo.

Myrrima intentó imaginarse el futuro, al lado de Gaborn, un señor de los lobos, con otros cientos de hombres y mujeres escondidos en el bosque, luchando por sobrevivir a las incursiones de los reaver.

Sin embargo, al cruzar la tierra maldita, el olor a pestilencia que emanaba del polvo en torno a ella la hizo comprender que no quedaría bosque alguno donde esconderse.

*Rocas, entonces. Nos esconderemos bajos las rocas, se consoló. Debemos cumplir con nuestro deber,* se dijo en silencio.

Apretó los dientes y tiró de las riendas del caballo y, como iba la primera, los nobles a su espalda hicieron lo mismo, la miraron expectantes.

—Me he convertido en señor de los lobos —dijo, observando la reacción de los hombres.

La expresión de estos se mostraba entumecida por la pena.

—Nadie podrá ayudarnos. Pero los marcadores de Raj Ahten están escondidos en las tumbas reales de Heredon y quizás con ellos logremos salvarnos.

Los hombres la observaron, indecisos. Un orgulloso caballero de Fleeds dijo:

—¿Qué quieres decir? ¿Quieres ser nuestro señor? ¿No eso algo atrevido?

Myrrima levantó el arco en alto para que todos lo vieran.

—No pido ser vuestro líder. Nadie debería pedir ese favor. Hasta que regrese el rey de la tierra, rechazo a todos los demás monarcas. Pero os digo esto, os juro lealtad a todos vosotros, a la humanidad entera, de todo corazón. Cuando alguno necesite ayuda, me encontrareis luchando con ellos, con cualquier arma que encuentre, dones caninos, uñas y dientes si es necesario. ¡Os juro lealtad a todos vosotros, por la humanidad y por la tierra!

Los nobles contemplaron el arco con aturrido asombro, mientras la sangre gritaba en las venas de Myrrima. Se convertía en caballero equitativo, pues, como ellos, había jurado proteger a la humanidad. Los hombres junto a los que cabalgaba eran poderosos señores de las runas, nobles con un largo historial al servicio de Heredon, Fleeds y Orwynne. No se esperaba que la siguieran, pero quedó asombrada y satisfecha cuando, uno a uno, los hombres blandieron las armas y las alzaron al cielo

mientras gritaban:

—¡Por la humanidad y por la tierra!

Así pues se forjó la hermandad del lobo, en un día tan tétrico.



DAVID FARLAND nacido en 1957, es un escritor estadounidense de ciencia ficción y fantasía. David Farland es el seudónimo con el que firma sus obras de fantasía.

Hasta la fecha ha escrito y editado casi cincuenta libros entre novelas y relatos. También es autor de juegos digitales y articulista. La saga de fantasía épica *Los señores de las runas* ha sido traducida a más de diez idiomas. Es todo un fenómeno de ventas y su versión cinematográfica está en fase de preproducción.